



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos

La Eutopía y la Metrópolis

Agencia y política urbana en la trayectoria de los Huertos Obreros y Familiares José Maza de La Pintana.

Santiago de Chile. 1936 – 2021.

Paulina Terra Rosas

Tesis presentada a la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos de la Pontificia
Universidad Católica de Chile para optar al grado académico de Doctor en Arquitectura y Estudios
Urbanos

Profesora Guía: Francisca Márquez

Comité de Tesis: Jonathan Barton

Santiago de Chile | Diciembre de 2021

© 2021. Paulina Terra Rosas

Índice

Agradecimientos	6
Prólogo	7
PARTE I. Introducción al proyecto de investigación.....	8
1. El problema de investigación.....	9
2. Pregunta de investigación	20
3. Objetivos	20
3.1. Objetivo general	20
3.2. Objetivos específicos	20
4. Metodología	21
4.1. Enfoque de investigación	21
4.2. Tipo de investigación	23
A) En relación con la unidad de análisis	24
B) Selección del caso.....	25
C) Recolección de datos.....	25
D) Análisis de datos	28
5. Estructura de la tesis	31
PARTE II. Proyectar, construir, habitar y producir una eutopía experimental. 1936-1990	32
Introducción	33
1. Antes del lugar: Los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana como proyecto político	35
1.1. El comienzo del Estado Moderno y Benefactor y la asociatividad como vehículo de presión	35
1.2. Cooperación, comunidad y naturaleza en el proyecto fundacional	38
1.3. La circulación de la idea.....	52
1.4. La fuerza del compromiso político en la instalación del proyecto como política pública	57
1.5. Diseño y funcionamiento de la Ley 6.815 sobre Huertos Obreros y Familiares.....	69
2. La fundación de los Huertos en la transición hacia la Ciudad Funcional. Décadas de los cuarenta y cincuenta.....	73
2.1. La consolidación del Estado Benefactor y el problema de la vivienda en los sectores populares urbanos	75
2.2. Giro en el modelo urbano y habitacional: la instalación del proyecto de la ciudad funcional.....	77
2.3. La construcción de los Huertos en la transición del modelo urbanístico y de vivienda	86
3. Habitar la Eutopía: Agencia desde la comunidad. Década del sesenta.	98

3.1.	Una década de reformas: de la Revolución en Libertad a la Vía Chilena al Socialismo.....	99
3.2.	Los Huertos en la metrópolis moderna. Entre el abandono y el reconocimiento.....	103
3.3.	Agencia desde el lugar: entre la individualización y la colaboración ..	115
4.	Habitar desde el interior de la parcela. La villa como una suma de huertos. Décadas del setenta y ochenta.	125
4.1.	El Estado totalitario.....	126
4.2.	Los Huertos en la ciudad neoliberal	130
4.3.	Agencia individual(ista): el replegamiento del proyecto de lugar ..	145
PARTE III. Estado, Mercado y Comunidad.1990-2021		151
	Introducción.....	152
1.	El capitalismo nos fragmentó	154
1.1.	La reconversión bajo una lógica de comodificación del espacio.....	155
1.2.	El Estado, el gobierno, el país, te está presionando a vender tu propiedad.....	162
2.	El Estado no ve el territorio... (y el territorio no ve al Estado)	168
2.1.	Un espacio vacante para la ciudad: representaciones y narrativas desde el Estado	169
2.2.	Más allá de la representación: la exclusión de la comunidad como práctica estructural gubernamental.....	176
2.3.	¿Dónde está el poder del Estado?: burocracia y responsabilidad...183	
3.	Si yo tengo una industria ahí y no vivo ahí, me da lo mismo	189
3.1.	Del lugar como “familia industrial” a la desvinculación de los lazos sociales en un territorio productivo	189
3.2.	La significación colectiva de la experiencia del habitar: sufrimiento ambiental, devastación y vulneración del derecho a ser pequeño agricultores	193
PARTE IV. Agenciamientos y políticas escalares. Entre la disolución y la actualización de la eutopía		199
	Introducción.....	200
1.	Futuro imaginado. Entre la desesperanza y el deseo de permanecer	203
1.1.	Todo va terminando. Narrativas de pérdida del lugar	205
1.2.	De todas formas, La Pintana no muere ni quiere morir. Narrativas de duelo y renovación del apego.....	213
2.	El lugar imaginado. Idearios y horizontes políticos en la actualización de los Huertos como ciudad jardín y comunidad eutópica	220
2.1.	Los Huertos como un pulmón verde para la ciudad	223
2.2.	Los Huertos como un pulmón de verduras para la ciudad.....	230
2.3.	Los Huertos como un “Buen lugar”. Política de lo común, economía solidaria y cooperativismo	235
3.	La comunidad por sí misma	244

3.1.	Entre la fragmentación y el retorno a la comunidad (política)	245
3.2.	Difícilmente podemos trabajar unidos si no nos conocemos. La dificultad para hacer comunidad	255
3.3.	Hacer comunidad. De la tradición a la experimentación	262
3.4.	Quiebres y uniones. Asociatividad y comunidad desde lo común	269
4.	El origen de esta comunidad son los huertos.....	280
4.1.	Trayectorias relacionales en torno a la revitalización de la agricultura y el agua	281
4.2.	Estamos manteniendo la parcela verde por un milagro. El declive de la agricultura	286
4.3.	Nos unimos para salvar los últimos huertos que quedan.....	292
4.4.	Ser huertero.....	306
5.	Nosotros no somos ciudad, nosotros estamos insertos dentro de una ciudad. Procesos agenciales y defensa del lugar.....	312
5.1.	La parcela como un espacio de resistencia	313
5.2.	Que las autoridades nos escuchen. Procesos agenciales para abrir espacios de gobernanza.....	315
5.3.	Reconfigurar el territorio desde su condición de margen.....	330

PARTE V. Conclusiones337

PARTE VI. Bibliografía..... 349

*-Cuando me pongo a cantar
y no canto recordando,
sino que canto así, vuelta
tan sólo a lo venidero,
yo veo los montes míos
y respiro su ancho viento.
Cuando es que el camino va
lleno de niños parleros
que pasan tarareando
lo más viejo y lo más nuevo,
con semblantes y con voces
que los dicen placenteros,
yo veo una tierra donde
tienen huerto los huerteros.
Y cuando paro en umbrales
de casas y oigo y entiendo
que Juan Labrador ya se labra
huerto suyo y duradero,
a la garganta me vienen
ganas de echarme a cantar
tu canto y lo voy siguiendo.*

*Parece que hasta la Tierra
que llaman "bruta" los lerdos
se puso a hablar cuando vio
el reparto de mil huertos.
Cantaba y yo me lo oí
y canté días enteros
y canté junto con ellos
y el silbo de cuatro vientos:
Viento Sur y Viento Norte
con el Este y el Oeste.
¡No hubo día entre los días
tan dorado y tan ferviente!*

(Extracto poema "Flores", Gabriela Mistral)

Agradecimientos

Comienzo por agradecer a mi compañero de ruta, André, por su apoyo y cariño en este camino. Esta tesis es para él y para mi hija, Emma. Gracias también a mi familia, especialmente a mi padre por transmitirme su infinita curiosidad y amor al conocimiento.

Esta tesis es, además, para los huerteros de La Pintana, quienes me abrieron las puertas de su comunidad y con confianza y generosidad me hicieron sentir bienvenida en fiestas, asambleas y conversaciones. Este trabajo emerge desde sus voces por muchos años silenciadas. Agradezco especialmente a Arturo Salinas, Verónica Lagos, Fresia Figueroa, Crithian Téllez y Tania Murillo, de Huertos José Maza; a Alfredo Miranda de Villa Las Rosas y a María Elena Leyton de Mapuhue. Espero de corazón que en este trabajo encuentren un espacio de reconocimiento a su historia y a su querida Pintana.

Agradezco también a mi profesora guía, Francisca Márquez, por su cálida compañía todos estos años y por animarme constantemente a explorar y trazar nuevos caminos, para así encontrar una voz propia. Gracias a Jonathan Barton por su entusiasmo y confianza en mi trabajo.

Al equipo del Doctorado, Jacqueline Bigorra, Andrea Masuero, Ángela Iriarte y José Rosas, por su apoyo y por hacer de ese espacio un lugar acogedor.

A mis amigos y amigas del Doctorado. La lista es muy larga, agradezco a todos quienes se cruzaron en mi camino, aprendí de cada uno de ustedes. Fueron mi referente y compañía. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar con especial cariño a Paula Vera, Francisca Avilés y Luciano Basauri. También a Carolina Maturana, Pía Montealegre, Fernando Carvajal, Fulvio Rossetti, Alejandra Monti, Andrea Rojas, Carole Gurdon y Anna Braghini.

Gracias también a Felipe Vargas y a Alejandra Monti por ayudarme con las cartografías.

Esta tesis fue financiada por el Programa de Formación de Capital Humano Avanzado, Beca de Doctorado Nacional 2013, CONICYT.

Prólogo

Ir o viajar a Huertos José Maza desde el centro de Santiago toma más de una hora en transporte público. Una vez llegada a la estación Santa Rosa, a medida que avanza el recorrido en micro desde la estación hasta el camino El Mariscal por avenida Santa Rosa se va dejando atrás a las poblaciones que se crearon fundamentalmente producto de las erradicaciones de los años ochenta para ver, a ambos lados de la avenida, grandes extensiones de campo: a un lado el campus Antumapu y al otro el sector de La Platina. El recorrido sigue y, justo frente al centro cívico de la comuna, donde se encuentra la municipalidad, deberíamos ver Villa Las Rosas, la cual se intuye por unas copas de árboles que se asoman detrás de una fachada continua de pequeños negocios que dan hacia la calle. Unas cuadras más al sur el Parque Mapuhue con su arboleda anuncia la entrada a Villa Mapuhue, localizándose justo frente a ésta la población El Castillo. Luego de pasar por un terminal de buses de Transantiago y dejando atrás los fundos La Esperanza y San Antonio, con sus campos cultivados y la Cordillera de la Costa al fondo, llegamos finalmente a la esquina del camino El Mariscal con avenida Santa Rosa. Allí tenemos justo en frente a Huertos José Maza y, atravesando Santa Rosa, Bajos de Mena, con la Población Francisco Coloane vacía a la espera de su reconstrucción.

Es difícil hacerse una idea de qué es Huertos José Maza hoy. Si uno se aproxima con la expectativa de encontrar un conjunto de huertos cultivados con casas de ladrillos en su frente, pensando en un paisaje típico rural de campo chileno, puede que tenga que recorrer varias cuadras, largas cuadras de monótonas paredes que no dejan adivinar qué hay adentro. Si se tiene suerte y justo en ese momento se abre un portón, se podrá dejar ver algún galpón, bodega o construcción que permita adivinar un destino industrial. Algunos camiones circulan por o se encuentran estacionados en calles que llevan nombres como “Los Plátanos” o “Los Duraznos”. Pero si seguimos caminando por la calle “El Parque”, nos encontraremos justo en la esquina de esta calle con “El Olivar” con la sede de la Cooperativa José Maza, la casona Aníbal Pinto. En sus jardines se pueden ver algunos huertos comunitarios, y se podría incluso coincidir con alguna actividad comunitaria como una feria ambiental o una fiesta de vecinos. Y si se persiste en el recorrido, se podrán encontrar algunas parcelas con rejas que permiten ver cultivos de frutales, restos de columnas de parrones. Quizás se podrán divisar algunas de las parcelas que se encuentran divididas, albergando no sólo un huerto, sino que quizás también una bodega o un galpón. Otras se mantienen íntegras, con su casa y su huerto o árboles frutales. Otras sólo mantienen jardines y quizás una piscina. Y al final de Huertos José Maza, como un enclave de resistencia, la parcela de Fresia, con su huerto y árboles nativos. Si miramos hacia el poniente y hacia al sur de Huertos José Maza veremos campos cultivados y, a menos de dos kilómetros, el Río Maipo. Estamos “al final de Santiago”.

PARTE I

Introducción al proyecto de investigación

1. El problema de investigación

El problema de la posibilidad de construir y habitar lugares en la ciudad como una forma de realización colectiva, en la cual se combina el deseo por la mejora de las condiciones de vida, pero también como proyectos de desarrollo personal y colectivo, ha suscitado una gran cantidad de estudios y discusiones en los estudios urbanos occidentales, manteniendo su vigencia hasta la fecha. Desde la teoría urbana, esta problemática ha suscitado no sólo un interés por comprender las lógicas que subyacen a estos procesos, sino que también un interés ético y político, por lo que podríamos afirmar que se ha producido un cuerpo académico que tiene por finalidad iluminar la comprensión de estos fenómenos desde visiones políticas, como es la “política de la posibilidad” (Harvey, 1996; Swyngedouw, 2004; Massey, 2005) o la “política de lo común” (Amin y Thrift, 2002) como alternativas al neoliberalismo y su proyecto político espacial. Esta tesis se posiciona desde esa vereda, desde una crítica hacia el proyecto espacial del capitalismo neoliberal respecto de sus lógicas de producción (y disolución) de los lugares, y desde una esperanza de explorar otras lógicas que nos permitan comprender formas alternativas o híbridas de vivir, habitar y de “estar en el mundo”.

En la presente investigación el análisis sobre este tema se realizará a partir del análisis de los procesos agenciales que se han llevado a cabo a lo largo de la trayectoria de Huertos José Maza, desde la formación de las primeras cooperativas para impulsar el proyecto de lugar en 1936 hasta el presente. Huertos José Maza forma parte de los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana, los cuales se construyen en la década del cuarenta sobre la base de un modelo socioterritorial inspirado en los ideales de la Ciudad Jardín y en la filosofía de los socialistas utópicos, los cuales le otorgaban un papel protagonista a los ciudadanos organizados, en este caso, a través de cooperativas, para la construcción y un habitar desde “lo común”. Es así como los Huertos nacen como una utopía, como un “soñar social” (Tower Sargent, en Amin y Thrift, 2002) de un colectivo cuyo deseo de habitar y desarrollarse en un mejor lugar se plasmó en una forma de comunidad ideal que se materializó al sur de la ciudad de Santiago. Este caso se concibe, por lo tanto, como un lugar que se imagina y se construye desde sus propios habitantes, siendo un ejemplo del poder que puede llegar a tener una comunidad organizada en la construcción de un lugar en la ciudad y de cómo se puede llevar a cabo una visión de “lo común” como un vehículo de transformación social.

Los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana fueron ideados, de esta forma, como un proyecto social que buscó la creación de un nuevo lugar en la ciudad para una comunidad que, mediante la colaboración entre sus habitantes y organizaciones, pudo concretar la creación de un patrimonio común material e inmaterial, el cual se tradujo en una serie de servicios sociales, infraestructura comunitaria y redes de cooperación. Sin embargo, el proyecto de los Huertos

comenzó un proceso de disolución en Dictadura, produciéndose una transformación a partir de la instalación del modelo de ciudad neoliberal en Santiago que se tradujo en una transformación material por el reemplazo de huertos familiares por industrias y empresas, pero también por una fragmentación de la comunidad y por una progresiva pérdida de “lo común”. Huertos José Maza se transforma, así, en un caso que da cuenta sobre cómo los procesos de desarrollo geográfico desigual que se han dado tanto en Santiago como en otras ciudades neoliberales pueden traer consigo procesos de disolución del lugar, desencadenados fundamentalmente por procesos de comodificación y desregulación territorial conducidos desde el Estado en alianza con el Mercado.

Este proceso de transformación del lugar ha desencadenado, a su vez, una respuesta comunitaria, articulándose nuevos procesos agenciales desde los habitantes de los Huertos, quienes de forma más pasiva o activa buscan resistir los procesos de disolución. Se genera, de esta forma, una paradoja en la actualidad: ¿cómo se resiste y actualiza un proyecto de lugar basado en el valor de lo colectivo y la cooperación, cuando una de las precondiciones del capitalismo neoliberal consiste precisamente en dismantelar “lo común”, al sostenerse sobre los valores de la libertad individual y la propiedad privada?

Para comprender los procesos agenciales en la trayectoria de los Huertos se adoptó un enfoque de “dialéctica relacional” (Harvey, 1996), planteándose que los procesos de producción del espacio son llevados a cabo por ejercicios de poder como parte de procesos relacionales interescales a través de los cuales se producen flujos de carácter simbólico y material que se fijan en el lugar (Massey, 1999, 2005; Swyngedouw, 2003). Este enfoque se sustenta en un cuerpo teórico mayor que busca comprender la co-constitución entre “estructura” y “agencia”, la cual podemos definir en términos generales como “*la eficacia de la intención humana*” (Lansing, Schoenfelder y Scarborough, 2006: 326; en Biersack y Greenberg (Ed), 2006), “*la capacidad de los seres humanos para moldear las circunstancias en las cuales viven*” (Locke, 1978; en Emirbayer y Mische, 1998: 965) y el “*actuar creativamente en la transposición de esquemas existentes hacia nuevos contextos*” (Sewell, en Emirbayer y Mische, 1998: 1005).

La discusión sobre cómo alterar relaciones de poder e incidir en la toma de decisiones ha sido central en el debate de las ciencias sociales. Por una parte, desde corrientes ligadas al estructuralismo, funcionalismo o marxismo, se considera que la agencia que ejercen individuos y grupos sociales, en este caso, el poder para que sus acciones influyan sobre sus trayectorias de vida y el espacio que habitan, estaría mayormente condicionada por las estructuras que operan, estando por lo tanto su posibilidad de agencia restringida por la estructura (fundamentalmente, por su posición de clase). Por otra parte, desde corrientes vinculadas a la fenomenología, esta restricción de la estructura sobre la capacidad de agencia de los individuos o

grupos para transformar su realidad se pone en tensión, relevando la capacidad de subvertir la realidad social desde el individuo, al ser ésta una construcción social que puede ser alterada.

Una posición intermedia considera que, si bien nos encontramos limitados por las estructuras de las cuales formamos parte, existe un margen de posibilidad de agencia para transformar las condiciones de realidad. Este margen estaría dado por la posibilidad de aperturidad del espacio (Amin y Thrift, 2002; Massey, 2005; Sennett, 2019), basada en una “ontología del encuentro o de la unión” que concibe una concepción de mundo desde el proceso y el potencial (Whitehead, 1978; en Amin y Thrift, 2002), estando por lo tanto el espacio siempre en proceso y, de esta forma, nunca completamente acabado, radicando en esta condición la posibilidad de agencia. Estos procesos se sostienen de interacciones que se articulan desde lo global hasta lo local, incidiendo estas interacciones en las prácticas simbólicas y materiales, por lo que el espacio está siempre en proceso de formación y, por lo tanto, abierto a nuevas configuraciones (Massey, 2005). El carácter relacional del espacio implica que éste está siempre abierto a la posibilidad de que vínculos inexistentes en algún momento se concreten en otro, y vuelvan a desaparecer más adelante (de ahí su apertura). Tal como dice Massey, *“desde esta óptica, el espacio nunca puede ser esa simultaneidad completa en la que todas las interconexiones ya se han establecido y en la cual todos los lugares ya están vinculados entre sí”* (Massey, 2005: 105). En este sentido, el potencial del espacio de abrirse hacia nuevas configuraciones se sustenta en la capacidad de articular y desarticular relaciones cargadas de poder (Massey, 2005), y que estas relaciones sustenten representaciones, significaciones y prácticas cotidianas y colectivas (Amin y Thrift, 2002) que produzcan permanencias o cristalizaciones temporales (Harvey, 1996). Esto implica que el poder es un efecto relacional de interacción social, constituyéndose las distintas modalidades de poder de forma diferencial en el espacio y tiempo (Allen, 2016).

En el caso de Huertos José Maza, los procesos agenciales se han sustentado a lo largo de su trayectoria en la búsqueda por controlar lógicas espaciales de producción del espacio urbano y metropolitano con la finalidad de construir, habitar y producir el lugar. En este sentido, los procesos agenciales deben ser comprendidos en relación con contextos más amplios, de carácter global y local, como también con el rol cambiante que ha tenido el Estado y el mercado en la producción de este espacio y en la relación con las organizaciones articuladas desde el lugar. Es así como, si bien el poder se encuentra dentro de las relaciones, la capacidad de agencia para llevar a cabo acciones o proyectos se desarrolla dentro de un contexto, el cual limita y posibilita a la vez¹. En este sentido, los agenciamientos

¹ En este sentido, a pesar de que el contexto o las estructuras (políticas, sociales, económicas, entre otras) otorgan un marco que puede restringir el actuar de ciertos colectivos de personas, éste puede ser moldeado o transformado por parte de las prácticas y discursos de colectivos de personas (Giddens, 1995, en

que se llevan a cabo desde el lugar deben comprenderse desde su desarrollo en relación con una serie de contextos que pueden ser favorables o no para el logro de éstos, como son los ciclos políticos, económicos y sociales; la agenda urbana, expresada en un marco normativo e institucional; los discursos y visiones de producción del espacio que circulan; la existencia (o no) de un contexto y cultura de organización ciudadana, evidenciado en grupos con demandas o proyectos similares, entre otros. Massey (2004) sitúa entonces a la capacidad de construir el espacio en la capacidad que poseen las relaciones que se articulan en éste, tomando en consideración que estas relaciones se desarrollan en un contexto de “(...) estructuras de poder que constriñen a las posibilidades relacionales de agencias de cambio” (Moulaert y Mehmood, 2010; en S. González, F. Moulaert, F. Martinelli, 2010: 51; traducción propia).

En el desarrollo de la ciudad de Santiago se dieron a lo largo del siglo XX diversos contextos en relación con la forma en la cual se orientaba la producción del espacio urbano y éste en relación con un sistema más amplio. Si bien estos modelos de desarrollo y las visiones de ciudad fueron múltiples, se puede dividir al siglo XX en Chile en dos grandes momentos: antes del Golpe Militar y después de éste. De forma previa a 1973, el Estado poseía una visión basada en el mejoramiento de las condiciones de vida vinculado a la planificación racionalista que delineaba hacia dónde y cómo se debía conducir el desarrollo de las ciudades, la cual podía conducir gracias a que se constituyó como un Estado robusto. Estas formas de construir ciudad, desde modelos de ciudad ideal asociados a la búsqueda de formas espaciales que posibilitaran la transformación social, se ven interrumpidos con el Golpe Militar y la instalación del modelo neoliberal. Este modelo instala una visión de ciudad en la cual se reemplazan los valores de lo colectivo y de formas ideales espaciales por los ideales de la libertad individual y la propiedad privada, los cuales son llevados a cabo gracias a la pérdida de protagonismo del Estado, siendo el Mercado quien comienza a marcar las pautas del desarrollo urbano. De acuerdo con Lawner (2013), con el Golpe Militar el rol del Estado en la búsqueda del bien común, tanto en el desarrollo urbano como en la vivienda, se ve imposibilitado debido a la transferencia de esta responsabilidad al sector privado. Es así como, desde este momento, la instalación de una nueva forma de hacer ciudad es posible gracias al reemplazo de un Estado como el principal organismo promotor del desarrollo urbano a que esto quede mayormente en manos del capital privado, el cual busca la plusvalía urbana como el objetivo último (De Mattos, 2002), concibiéndose al espacio como una mercancía a partir de la cual es posible obtener ganancias y acumulación de capital (Harvey, 1996). La primacía del derecho a la libertad individual y el derecho a la propiedad privada trajo consigo el fortalecimiento progresivo de los mercados y de los agentes privados como los principales

Retamozo, 2009; Emirbayer y Goodwin, 1994; Emirbayer y Mische, 1998; Massey, 2005; Melucci, 2010; Mische, 2009; Stevenson y Greenberg, 2000).

productores de espacio (Harvey, 2007), debilitándose el rol que había tenido hasta entonces el Estado y el poder que había logrado la ciudadanía.

En Chile, este modelo neoliberal de producción del espacio urbano ha sido perpetuado desde el retorno a la democracia y durante las décadas siguientes hasta la actualidad. En nuestro país, gracias a las garantías y a la protección que ofreció el Estado al sector privado partir de un nuevo marco institucional y legal, se pusieron durante la década de los ochenta en marcha políticas de desregulación y liberalización del uso del suelo (De Mattos, 2002) bajo la premisa de que sería a través de “la mano invisible del mercado” que se lograría la asignación de los recursos en la ciudad (Theodore, Peck y Brenner, 2009; en Vicuña, 2013). Esto se materializa principalmente en la promulgación del Decreto 420 en 1979, el cual suprimió el límite urbano y dejó el crecimiento de la ciudad en manos de la especulación inmobiliaria. A través de la liberalización económica y la desregulación normativa se produjo un traspaso de poder del Estado al mercado, lo que trajo consigo un fuerte desarrollo del sector inmobiliario a comienzos de esa década (Janoschka, 2011). Si bien en los años noventa y dos mil la liberalización absoluta del uso del suelo fue contenida a través de actualizaciones del plan regulador intercomunal, se ha mantenido al sector privado como el principal agente en la producción del espacio urbano. Este cambio en las políticas urbanas reafirma lo planteado por Capel (1974), quien postula que bajo un modelo neoliberal el marco institucional o normativa judicial nunca es neutro, sino que está hecho para representar y defender el interés de las clases dominantes.

El cambio de visión, de ciudad utópica a ciudad neoliberal, vino de la mano con un cambio en las coreografías de poder para la producción del espacio urbano en Santiago. Se pasó de un Estado robusto como el principal agente en la conducción del desarrollo de la ciudad, el cual formaba alianzas con la ciudadanía y organizaciones de distintos ámbitos, a una nueva articulación en donde el mercado es hasta el día de hoy quien conduce estos procesos en alianza con un Estado como ente que funciona mayormente como un regulador y, en la cual, la ciudadanía ha quedado desplazada como agente. En este sentido, si bien a mediados del siglo XX los agentes situados en la escala local e incluso barrial eran considerados activamente en la producción del espacio urbano, con la instalación del modelo neoliberal esta articulación se quiebra, quedando las grandes decisiones sobre el desarrollo urbano en manos de agentes situados en escalas superiores (global, nacional, metropolitana), implementándose estas decisiones “desde arriba hacia abajo”.

La instalación de lógicas de producción del espacio urbano de carácter neoliberal produjo un cambio en Chile y el mundo no sólo respecto de una visión sobre cómo construimos nuestras ciudades y de quienes participan de esta construcción, sino que también de la forma en la cual nos relacionamos como sociedad y, por lo tanto,

como vivimos nuestras ciudades, pasando de formas de vida más colectivas hacia un creciente individualismo (Bauman, 2008; Barcellona, 1999) e individualización (Beck, 2015).

Esta época, caracterizada por el individualismo, se encuentra en directa relación con los pilares primordiales del pensamiento neoliberal: el derecho a la libertad individual y a la propiedad privada. Este cambio en las relaciones de producción pero también de los valores como sociedad ha traído como consecuencia el reemplazo del valor de lo colectivo por el valor de la elección individual (Harvey, 2007), representando el neoliberalismo la abolición de lo societal, al independizar a “(...) los actores de todas las restricciones culturales, sociales y políticas a la lógica del intercambio mercantil” (Janoschka, 2011: s.p.) con la finalidad de “(...) reorientar la práctica social desprendiéndola de formas de regulación colectivo-institucional para facilitar la adaptación de los sujetos económicos atomizados a las exigencias del mercado y la maximización de la utilidad” (Janoschka, 2011: s.p.).

Además, este creciente individualismo ha socavado la participación de los habitantes como colectivo en la forma en la cual se construye la ciudad. Esto está íntimamente unido a la forma de relación entre el Estado y el individuo, debido a que en esta individualización estructural planteada por Beck (2015) el ciudadano atomizado posee menor poder para poder plasmar su visión de la ciudad que desea y para resistir a los procesos contrarios a éstos que ciudadanos organizados o que poseen el potencial de organización. Es así como, en relación con la distribución del poder y las relaciones que se forjaban para la producción de la ciudad, se puede decir que antes del Golpe de Estado los habitantes de la ciudad poseían un mayor espacio para participar como agentes en conjunto con instituciones estatales que de forma posterior a éste. En este sentido, Santiago y otras ciudades neoliberales han experimentado un cierre progresivo para la emergencia de configuraciones y prácticas contra-hegemónicas: *“La cité cerrada es, en consecuencia, tanto un problema de valores como de economía política”* (Sennett, 2019: 22).

En diálogo con la trayectoria que ha tenido Santiago a lo largo del siglo XX e inicios del XXI, los habitantes de los Huertos han conducido procesos agenciales para construir, habitar, producir y, a partir de la década del noventa, resistir a los procesos de disolución y transformación del lugar. Debido a que estos procesos agenciales han emergido, fundamentalmente, desde los habitantes de los Huertos, la comprensión de estos procesos se enmarca desde la comprensión de dinámicas de empoderamiento y desempoderamiento de la comunidad, considerando que el empoderamiento es un proceso (Rowlands, 2010) vinculado a la capacidad para elaborar visiones e intenciones colectivas que se aúnan hacia una meta conjunta, hacia una respuesta sobre “lo que hay que hacer” (Martinelli, 2010) y la capacidad de llevarlas a cabo (Rowlands, 2010). Al ser una comunidad localizada, estas

dinámicas se observan desde la concepción de “lo local” de forma dinámica, como una “espacialidad articulada” (Moulaert, 2010) que trasciende los límites de la comunidad.

Además, en todo proceso de producción de espacio en la ciudad intervienen dinámicas de poder, las cuales son desplegadas por parte de los actores que forman parte de dichos procesos, formando geometrías o coreografías de poder (Swyngedouw, 2004; Massey, 2005). Es así como en cada uno de los procesos que influyen sobre el devenir de los espacios participan relaciones cargadas de poder y relaciones de subordinación, las cuales pueden ser pasivas y observar dichos procesos, o bien reactivas y buscar un mayor posicionamiento para poder moldearlos en la búsqueda del espacio deseado mediante el despliegue de la agencia. Es por ello por lo que podemos decir que no todos quienes participan de estos procesos lo hacen desde una misma posición, siendo las dinámicas de poder de carácter asimétrico (Swyngedouw, 2004; Massey, 2005).

Esta condición, de una comunidad localizada que conduce procesos agenciales para controlar la producción de un lugar, que se articula a partir de relaciones de poder inter y transescalares, nos lleva a observar los procesos agenciales desde una doble dimensión. Por una parte, desde el desarrollo colectivo de capacidades propias de la comunidad y las relaciones que articula para fortalecerse como una comunidad política a lo largo de la trayectoria del lugar. Por otra, como una comunidad que se encuentra en interdependencia con relaciones de poder multiescalares, comprendiendo una complejidad socio-política de la dialéctica comunidad-sociedad (Moulaert, 2010), internalizando el lugar procesos más generales (Merrifield, 2002). Para observar ambas dimensiones se propone un marco analítico que se nutre tanto desde la Teoría de Redes Sociales como desde la producción del espacio desde la producción de la escala, y la conducción de políticas de escala como estrategia de empoderamiento y control.

Por una parte, se parte de la noción de que todo proceso agencial implica compromiso e involucramiento social (Emirbayer y Mische, 1998), sosteniéndose ambos gracias a una fuerza unificadora en la cual los significados, los valores, la comprensión y el conocimiento se construyen colectivamente, articulándose un significado colectivo compartido (Nicholls, 2009; Martin, 2003). Este significado colectivo es, en procesos agenciales conducidos desde el lugar, indisociable de un “sentido de nosotros”, el cual se liga a una intencionalidad compartida que puede dar lugar a la acción (Tomasello, 2009). Martin (2003, sobre la base de Snow y Benford, 1988, 1992) plantea que este sentido de nosotros se liga a un sentido de acción, pudiendo observarse en cómo se definen como comunidad una forma de interpretar su motivación en actuar colectivamente y en cómo se definen los problemas que necesitan de acción. Esto va de la mano con una perspectiva de análisis desde el materialismo histórico, desde el cual se busca comprender “(...)

cómo los individuos y grupos logran comprenderse a sí mismos y a su realidad y actuar en concordancia con este entendimiento” (Harvey, 1996: 106). El entendimiento, la significación colectiva y los acuerdos permiten sostener redes de compromiso y el movimiento que generan hacia la producción de espacios y tiempos particulares, *“como una consecuencia en las formas en las cuales los actores en estas redes se relacionan entre sí”* (Amin y Thrift, 2002: 29; traducción propia).

En este sentido, desde una perspectiva relacional, se considera que quienes se involucran en procesos agenciales van más allá de decisiones racionales y/o basadas en el interés individual, vinculándose las personas en contextos de acción también gracias a marcos de sentido compartidos que involucran significados subjetivos. Con ello, se introduce también la importancia de considerar, además de la reflexión racional, a la afectividad, respecto del apego e identificaciones hacia sueños colectivos (Jasper, 2012; Sennett, 2012; Berlant, 2020) y lugares (Entrikin, 1991; Pierce et al, 2010; Low, 2017). El involucramiento y compromiso en procesos agenciales tendrían, de esta forma, una base sustentada en una topofilia que nace de la vida cotidiana y de la experiencia del habitar, constituyéndose las emociones como una parte relevante de los procesos de significación, proponiendo Jasper (2012) que éstas sean consideradas como *“una forma de pensar y de evaluar”* y no como *“una fuente de irracionalidad”* (Nussbaum, 2001; en Jasper, 2012: 35). Estas significaciones llevarían a una construcción interpretativa intersubjetiva de los problemas y de la realidad social que guía y sustenta la acción, construyéndose además las posibilidades de revertirlos (Emirbayer y Mische, 1998).

Sin embargo, se debe considerar dentro de las claves interpretativas que esta visión del empoderamiento de la comunidad por sí misma, desde la articulación de marcos de sentido que los aúnen para el involucramiento y compromiso activo y sostenido, debe considerar también que se da en un contexto de estructuras histórica y socialmente construidas, existiendo asimismo una interdependencia con otras escalas. En este sentido, agencia y estructura se co-constituyen, pudiendo el contexto constreñir o posibilitar la emergencia de la comunidad como fuerza política. Es así como el compromiso e involucramiento de la comunidad en procesos agenciales no puede ser separado de las realidades sociopolíticas conducidas desde el Estado y de relaciones de poder desigual, es decir, no puede ser separado de procesos más amplios de acumulación de capital y de regulación estatal (Moulaert et al, 2010; Swyngedouw, 2004).

Por otra parte, la trayectoria de los procesos agenciales desde el lugar para su construcción nos lleva a preguntarnos sobre las capacidades para producir y construir el lugar desde el lugar. Las iniciativas o procesos agenciales de carácter colectivo que han emergido en los Huertos los podemos situar como una forma de disputa por las representaciones y materialidades del lugar, por lo que podemos decir que la comprensión de la agencia también debe observarse a partir de su

dimensión política. Harvey (1996), Martin et al (2003) y Pierce et al (2010), conciben a lo político como un proceso de negociación sobre los términos que gobiernan el uso del lugar, pudiendo incluir este proceso la contestación de representaciones de carácter discursivo, conceptualizaciones escalares o sobre los términos de la participación en la construcción del espacio. Por su parte, Swyngedouw (2017), citando a Ricoeur y Arendt, diferencia a “la política” de “lo político”. El primer caso se refiere a los procesos institucionalizados de elaboración de políticas y el segundo a los desacuerdos y sueños de futuro de carácter heterogéneos que emergen desde las personas y que suelen ser suprimidos por “la política”. “Lo político” puede en ocasiones tornarse visible cuando las personas se organizan y manifiestan sus desacuerdos, en la demanda por la participación de espacios de poder (Swyngedouw, 2017).

Para Massey (2005), las condiciones de posibilidad para actuar e incidir sobre la producción del espacio estarían dadas por la capacidad de las redes de instalar narrativas o discursos en escalas que superen el lugar/local, estableciéndose conexiones que vayan más allá del lugar topográfico.

En este sentido, los procesos agenciales deben comprenderse a partir de su capacidad para reordenar las relaciones de poder que producen el lugar, debido a que estos procesos ocurren en un nivel multi y transescalar, encontrándose incrustado en andamiajes geográficos más amplios (Brenner, Jessop, Swyngedouw). Este reordenamiento sólo es posible, de acuerdo con Swyngedouw (2004), Jonas (1994) y Massey (2005), entre otros, bajo la conducción y compromiso en un proceso de “política de escalas” o de “políticas escalares de espacialidad”, las cuales se definen como “(...) *la articulación de las iniciativas locales con procesos, instituciones y capacidades sociales que operan en otras escalas espaciales*” (Swyngedouw y Moulaert, 2010: 226; traducción propia). Esta política de escalas involucra, desde la comunidad, procesos de empoderamiento, mediante el incremento de sus capacidades y la actualización de su identidad para el aumento de su visibilidad y de su reconocimiento, con la finalidad de poder acceder a espacios de toma de decisiones y para ser oídos en sus demandas (Martinelli, 2010). Esto viene de la mano con la búsqueda por nuevas formas de articulación que fortalezcan el tejido asociativo y la participación en relaciones de poder y gobernanza (Martinelli, 2010). Esto podría ser llevado a cabo a través de la constitución de alianzas y de cooperaciones que permitan la movilización de prácticas materiales y de procesos de carácter simbólico, lo que podría llevar a una alteración de las relaciones de poder que permitirían una mayor incidencia en la toma de decisiones sobre la producción del espacio (Swyngedouw, 2004). De esta forma, se establece que, “*el éxito o efectividad de estrategias sociales y políticas de empoderamiento está relacionado con las formas en las cuales la escala geográfica está activamente considerada y movilizada en luchas para resistencia o cambio social, político o económico*” (Swyngedouw, 2004: 27; traducción propia).

De acuerdo con Swyngedouw (2004), la capacidad diferencial para configurar el espacio por parte de redes y/o alianzas de personas y organizaciones se debe a la capacidad de formar arreglos institucionales que permiten concebir órdenes regulatorios, los cuales se relacionan y se encuentran en diálogo con redes económicas. En la movilización de estos procesos la articulación de relaciones no sólo se busca circular información y recursos, sino que también imaginarios, deseos e ideas, por lo que vienen acompañados de prácticas materiales y simbólicas, teniendo estas últimas por finalidad posicionar narrativas o discursos en escalas que superen el lugar/local, gracias a conexiones que van más allá del lugar topográfico (Massey, 2005). En estos procesos lo que suele movilizarse y defenderse es una idea de lugar, buscando instalarse y difundirse esta idea en espacios de influencia. Es así como, por una parte, *“la idea de barrio provee de una suerte de marco, o una forma de definir una situación, que da forma, guía y contiene una serie de demandas para el activismo”* (Robinson, 2001 y Martin, 1999; en Martin, 2003: 376), es decir, da forma y orienta a los procesos agenciales. Pero, además, se cristaliza en narrativas y discursos que buscan posicionarse frente a la institucionalidad pública, medios de comunicación o también en otros lugares con la finalidad de lograr alianzas mediante solidaridades territoriales o encadenamientos de lugares (Massey, 2005; Nicholls, 2009). Tal como plantea Harvey (1996), *“Materialidad, representación e imaginación no son mundos separados (...). La movilización política a través de procesos de construcción del lugar debe tanto a las esferas representacional y simbólica, como a las actividades materiales”*. (Harvey, 1996: 416, sobre la base de Lefebvre, 1990).

Esta sería la salida que nos plantea Massey (2005) en su concepción de aperturidad del espacio, existiendo un margen de posibilidad de acción basado en la fortaleza de los vínculos sociales que forman y el marco de sentido compartido que articulan, y la capacidad de visibilizar, negociar e instalar sus deseos, proyectos y/o demandas en la agenda urbana y en la participación en relaciones de poder y acceso a espacios de gobernanza (Swyngedouw, 2004).

Es así como la comprensión de la trayectoria de los procesos agenciales y de los procesos de construcción y transformación de los Huertos nos permite acercarnos a la comprensión de un fenómeno urbano más extenso, el de las disputas locales desde las comunidades que se viven actualmente en la ciudad neoliberal. Las distintas visiones e intenciones sobre cómo producir el espacio urbano y lo que se busca obtener a partir de su producción, nos lleva a cuestionarnos, por una parte, sobre la posibilidad de resistir a procesos considerados como indeseados por parte de quienes habitan estos espacios y, por otra, por la posibilidad de llevar a cabo proyectos de lugar que emergen desde el lugar distintos y muchas veces opuestos a los planteados desde el sector público en alianza con el mercado. Esto nos lleva a la pregunta sobre la capacidad que poseen los habitantes de un lugar para poder ejercer su influencia en los procesos de transformación de la ciudad, mediante la

búsqueda de una nueva distribución del poder, del fortalecimiento o creación de relaciones interescales y del reconocimiento de la significación de la construcción del lugar.

Para abordar esta problemática, la presente investigación se centrará en el análisis de la trayectoria de Huertos José Maza, desde que nace la idea de construir un mejor lugar fuera de la ciudad por parte de habitantes del Barrio San Eugenio a mediados de la década del veinte, hasta el presente, abordando de esta forma casi un siglo de trayectoria del lugar. Para ello, nos enfocaremos en la comprensión desde los procesos agenciales que han desplegado, primero las cooperativas para la construcción del lugar, y luego los habitantes de los Huertos como resistencia frente a estas dinámicas de transformación y disolución, bajo lógicas de empoderamiento y desempoderamiento, desde la comprensión de que estos procesos se dan de forma interdependiente con otras escalas, instituciones, visiones, prácticas y relaciones sociales, como parte de procesos sociales más amplios (Harvey, 1996).

2. Pregunta de investigación

¿Cuál ha sido el rol de los procesos agenciales, articulados desde el lugar, y de la alternancia de ciclos sociopolíticos y económicos y de los distintos modelos de producción del espacio urbano y metropolitano, en la proyección, construcción y transformación de Huertos José Maza, desde su formación hasta hoy?

3. Objetivos

3.1. Objetivo general

Comprender la trayectoria de Huertos José Maza, desde la co-constitución entre cambios en los ciclos sociopolíticos y económicos y su vinculación con procesos de producción del espacio en Santiago de Chile y los procesos agenciales impulsados y llevados a cabo desde la comunidad, entre 1936 y 2021.

3.2. Objetivos específicos

- a) Analizar la trayectoria de Huertos José Maza respecto de los cambios en los ciclos sociopolíticos y económicos y su vinculación con procesos de producción del espacio en Santiago de Chile, especialmente respecto de los cambios en la agenda urbana y modelos de ciudad, cambios en la trayectoria institucional en materia de vivienda y territorio y las dinámicas espaciales de la ciudad de Santiago y su relación con el territorio regional.
- b) Analizar el rol de los procesos agenciales en el posicionamiento del proyecto de los Huertos en la política pública y en la conformación y consolidación del lugar.
- c) Analizar el vínculo entre la instalación del modelo de ciudad neoliberal y sus lógicas de producción del espacio en Santiago y el proceso de transformación material y de disolución del proyecto de lugar.
- d) Comprender los procesos agenciales como resistencia a la transformación y disolución del lugar, fundamentalmente desde su orientación y acción, respecto del rol de la proyectividad del futuro del lugar y su significación política, de los procesos de compromiso e involucramiento, de la articulación de relaciones inter y transescalares y de la capacidad de visibilizar, negociar e instalar sus deseos, proyectos y/o demandas en la agenda urbana y en la participación en relaciones de poder y acceso a espacios de gobernanza.

4. Metodología

4.1. Enfoque de investigación

Partimos de la base de la concepción de lugar relacional planteado por Massey (2005), como un sistema de interacciones abierto en donde las conexiones ofrecen la posibilidad de relaciones sociales y políticas entre una multiplicidad de personas, las cuales se encuentran y entretienen en un sitio particular, en un punto de encuentro (Massey, 1999; en Albet y Benach, 2012). Este enfoque nos acerca, por lo tanto, a la concepción de que el lugar está creado a partir de relaciones desiguales de poder, pero nos ofrece al mismo tiempo una salida debido a que el lugar está en permanente proceso de construcción, producido a partir de interacciones globales y locales (Low, 2017). Esta visión aúna el enfoque de los humanistas, en la cual el lugar se basa en la experiencia humana, y el de los geógrafos marxistas, quienes consideran al lugar como el producto de relaciones de poder y de lucha política.

La investigación se concibe, de esta forma, desde un paradigma crítico, al considerar que los procesos de producción del espacio son llevados a cabo por ejercicios de poder, los cuales a pesar de encontrarse en permanente proceso y flujo de cambio son temporalmente fijados en el espacio. Harvey (1996) llama a esta aproximación “dialéctica relacional”, la cual otorga prioridad ontológica al proceso, el flujo y la corriente, pero sin dejar de lado la comprensión de las condiciones materiales e histórico-geográficas en las cuales se desarrolla la acción humana, reconociendo para ello el significado y poder de las “permanencias” (Whitehead; en Harvey, 1996).

La investigación se enfoca en el análisis de los procesos agenciales que emergen desde el lugar para su construcción y defensa, considerando dichos procesos como parte de procesos interescales en donde intervienen actores a distintas escalas y a través de las cuales se producen flujos (de materia, energía, información, discursos, entre otros) que se fijan en el lugar. La investigación concibe, por lo tanto, al lugar como parte de una estructura multiescalar compleja, en concordancia con lo postulado por Massey (1999) y Swyngedouw (2003).

Bajo este enfoque subyace una mirada que es tanto analítica como política. Si comprendemos al lugar/local como *“la encarnación de relaciones sociales de empoderamiento y desempoderamiento”* (Swyngedouw, 1997; en Holm Nielsen y Simonsen, 2010: 912), siendo estas relaciones de carácter interescalar, podemos plantear que la comunidad es una entidad que se encuentra siempre “en relación”, rechazando de esta forma la idea de que la comunidad se puede valer por sí misma mediante el aumento de sus capacidades “internas”. Esta noción tiene relación con la idea de Lefebvre (2013) de que el espacio social se construye (o produce) a partir de un andamiaje de escalas espaciales (cuerpo, hogar, barrio, ciudad, área metropolitana... hasta el mundo), estando cada escala íntimamente relacionada

respecto a otras, construyéndose mutuamente. Esto quiere decir que cada escala no es una unidad cerrada ni estable por sí misma, sino que se produce, reproduce y transforma en virtud de la interacción con otras escalas (Castree y Rhoads, 2016). En este sentido, se concibe “lo local” como una “espacialidad articulada”, en la cual *“(…) lo local es el sitio de existencia de una comunidad proactiva, pero también un nodo en una geografía compleja de vida comunitaria, con la comunidad trascendiendo los confines de la localidad”* (Moulaert, 2010: 11). El enfoque de considerar al lugar como abierto y en proceso (Massey, 2005) también nos sitúa políticamente desde la exploración de campo de posibilidades o de “mundos posibles”, desde la potencialidad de cambio y autorrealización el cual es integral al pensamiento dialéctico relacional (Harvey, 1996). Es así como la decisión de adoptar este enfoque nos aleja del conocimiento neutral, al ser una decisión ética y política, considerándose *“(…) a los conocimientos construidos que se producen como discursos situados en un juego de poder dirigido hacia un objetivo u otro”*. (Harvey, 1996: 82).

Esta visión, propuesta desde una dialéctica relacional, nos sitúa epistemológicamente en la comprensión de los procesos mediante el análisis de las relaciones. Para abordar esta aproximación, la presente investigación se complementa con una mirada de la realidad social a partir del enfoque relacional propuesto desde la sociología, situándose desde una aproximación interdisciplinaria. El aporte a la noción de lugar relacional desde un enfoque ligado a la teoría de redes nos permite aproximarnos a la red social (en términos dinámicos, continuos y procesales) (Emirbayer, 2009) desde la particularidad de poder aproximarse a ésta desde la comprensión de las relaciones dinámicas que se forman y quiebran entre individuos y/o organizaciones que buscan moldear los contextos situacionales de los cuales forman parte. Esta aproximación se basa en la particularidad de que la observación que se efectúa desde las redes sociales permite identificar ciertos patrones de organización que integran el nivel micro con el macro, siendo estos patrones los que median entre individuos y procesos de carácter más estructural (Diani, 2003). *“El enfoque relacional inserta al actor dentro de relaciones e historias que cambian a través del tiempo y el espacio y, por lo tanto, precluye una estabilidad categórica de la acción”* (Emirbayer, 2009: 293).

El estudio de las estructuras relacionales se situó desde un enfoque cualitativo, el cual es una aproximación metodológica de las ciencias sociales que dirige su atención hacia las cualidades que forman parte de las propiedades de los fenómenos por sobre los atributos (Taylor, 1987). Sin embargo, a diferencia de los estudios clásicos desde teoría de redes, la presente investigación buscó comprender al lugar relacional y sus procesos de construcción y disolución desde estructuras relacionales siempre cambiantes, por lo que el objetivo se centró más en la comprensión de los cambios de estas estructuras que en el análisis estático de los grafos desde sus propiedades estructurales, el cual era un objetivo al inicio de la

investigación. Esta decisión permitió ampliar la mirada hacia una interpretación del lugar desde su carácter siempre en proceso, lo que habría sido difícil de lograr si nos hubiéramos centrado en un excesivo análisis de la red social como fotografías de un momento particular. De esta forma, si bien la utilización de grafos nos permitió abstraer, simplificar y representar un fenómeno para ayudar a transmitir una idea, el dejar a los grafos en un lugar secundario nos permitió sortear en alguna medida el problema de la comparación entre entidades (las redes sociales) en diferentes momentos del tiempo, en lo que Harvey (1996) llama un método de “estática comparativa” que nubla muchas veces la comprensión del proceso desde su fluidez.

Para dar cuenta de la complejidad de cómo una red social puede influir sobre la reparación y transformación del lugar la investigación se sitúa desde un enfoque pragmático (Tashakkori y Teddie, 1998; en Vasilachis de Gialdino, 2006) el cual se centra en la utilización combinada de métodos y procedimientos de investigación para relevar la evidencia empírica del fenómeno en estudio. (Vasilachis de Gialdino, 2006). Permite además captar los aspectos subjetivos y objetivos, considerando un mundo compuesto de múltiples verdades. (Vasilachis de Gialdino, 2006). El enfoque es también a su vez deductivo e inductivo. Es deductivo ya que parte de una base teórica que concibe al espacio desde una perspectiva relacional el cual se produce en un contexto de desarrollo geográfico desigual. Y es inductivo respecto a que la aproximación al objeto de estudio se realiza a partir de una observación profunda y directa que permita extraer las particularidades del caso de estudio para poder llegar a conclusiones empíricas (Marradi et al, 2010). Una vez comprendido el objeto de estudio es posible usar las observaciones para testear la teoría bajo la cual se enmarca la investigación (Baldwin, 2012).

4.2. Tipo de investigación

El tipo de investigación bajo el cual se desarrolló la investigación corresponde al de estudio de caso, el cual consiste en un “*diseño de investigación orientado al análisis de las relaciones entre muchas propiedades concentradas en una sola unidad*” (Marradi et al, 2010: 213). En este caso, la investigación empírica considera que el estudio de caso es el tipo de investigación idóneo debido a que éste busca el “*análisis intenso de sus significados con la intención de comprenderlo en su especificidad más que buscando generalizaciones*” (Marradi et al, 2010: 214).

Para ello, la investigación se aborda desde el “estudio de desarrollo de caso”, el cual considera el tiempo como una dimensión de variación (Bartolini, 1991; en Marradi et al, 2010). Esto se debe a que se considera que la comprensión de la trayectoria del lugar y de las redes sociales que se han articulado para llevar a cabo procesos agenciales desde el lugar en Huertos José Maza es fundamental para poder entender más profundamente el fenómeno que se da en la actualidad, debido a que son tejidos

sociales que se han ido articulando y desarticulando en el tiempo debido a diversos factores, desencadenando en su composición actual. Asimismo, las problemáticas a las cuales se enfrentan también poseen una trayectoria que necesariamente debe ser develada, con la finalidad de entender cómo se desarrollan en la actualidad más profundamente.

En relación con las estrategias de producción de información, la presente investigación recurre a entrevistas en profundidad y semiestructuradas individuales y grupales. Además, se realizó observación directa de actividades propias de las organizaciones de los Huertos José Maza. La información producida mediante estas técnicas ha sido enriquecida con la revisión de fuentes bibliográficas primarias correspondientes a notas de prensa, leyes y normas, fundamentalmente, y secundarias correspondientes a investigaciones históricas.

A) En relación con la unidad de análisis

En relación con la pregunta de investigación, la unidad de análisis corresponde a las organizaciones sociales como agentes en la construcción del lugar de los Huertos José Maza.

La configuración de la muestra está constituida por una muestra representativa de los miembros de las organizaciones sociales de Huertos José Maza. El contacto con estas personas nace a partir de un trabajo de campo, en el cual la investigadora va estableciendo contacto de forma orgánica mediante la asistencia a actividades propias de las organizaciones. En estas instancias la investigadora pudo conocer a los principales dirigentes sociales, quienes facilitaron la entrada al territorio y el conocimiento y contacto con otros miembros de las organizaciones. Esta forma de configurar la muestra en la literatura se conoce como “Bola de nieve” (Sampieri, 2017), la cual es una técnica de muestreo no probabilístico que permite llegar a los sujetos en contextos en los cuales mediante otras técnicas sería difícil de contactar. Para la configuración de la muestra se consideró además que existiera un criterio de representatividad de la composición social de quienes forman parte de las organizaciones, buscando para ello entrevistar tanto a hombres como mujeres y personas de tercera edad como más jóvenes, prevaleciendo de todas formas personas de mayor edad debido a que son quienes participan en mayor medida de las organizaciones sociales del lugar. El límite de la muestra fue definido a partir del principio de la redundancia o saturación, entendido como “(...) *el agotamiento de información o efectos de sentido no conocidos previamente*” (Canales et al, 2006: 23).

El universo de estudio estuvo conformado por 12 mujeres y 14 hombres entre 32 y 90 años, correspondientes a 26 personas en total, quienes participan activamente de la Junta de Vecinos 18-1 de Huertos José Maza, la Asociación Gremial de

Huerteros de La Pintana, la Asociación de Canalistas de La Pintana, la Cooperativa José Maza, Ecopintana y la Comunidad de Aguas de Villa Las Rosas. Muchos de quienes participan de estas organizaciones lo hacen en más de una organización, por lo que se sitúan con dobles o triples roles como agentes, informando la misma persona sobre la trayectoria de organizaciones distintas. Esto llevó a que, si bien en principio se consideró un universo de estudio más amplio, al entrevistar a los agentes se pudo constatar que el universo era más reducido precisamente debido a que se produce una redundancia en la participación por parte de los agentes. La muestra también estuvo conformada por personas que participan esporádicamente de las actividades de las organizaciones, sin tener una afiliación formal a éstas.

B) Selección del caso

El caso de estudio corresponde al proceso de construcción y transformación de Huertos José Maza, perteneciente a los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana, entre los años 1936 y 2021. Este caso fue seleccionado debido a que el lugar se ideó y fue posible gracias a la fuerza política de cooperativas, presentándose una primera etapa de construcción y expansión fundamentalmente gracias a la comunidad. Sin embargo, a partir de la instalación del modelo de ciudad neoliberal el lugar comienza a vivir un fuerte proceso de transformación, el cual ha desencadenado un conflicto entre habitantes e institucionalidad pública por el uso del suelo y por el deterioro del ambiente y las condiciones de vida debido al proceso de industrialización del lugar. Se consideró que la investigación, la cual aborda casi un siglo de existencia de los Huertos, nos permitiría comprender los cambios en las condiciones de contexto y en las dinámicas propias del lugar que han llevado a los procesos de construcción y disolución del lugar. Más aún, el análisis de los procesos de cambio en los Huertos nos permite iluminar la comprensión de procesos más amplios de producción del espacio urbano en relación, por una parte, a los procesos actuales de desarrollo geográfico desigual y, por otro, a las posibilidades de contestar o resistir estos procesos desde el lugar en la ciudad neoliberal.

C) Recolección de datos

La recolección de datos fue realizada a través de técnicas cualitativas, con la finalidad de obtener un registro más denso de las interacciones, lo que permitió no sólo tener las características estructurales de la red social, sino que además el contenido, el contexto, los cambios y significados de la misma.

Las técnicas utilizadas fueron la observación participante y no participante, entrevistas semiestructuradas y en profundidad y entrevistas grupales cuya finalidad fue la realización de “Netmaps” o mapas de relaciones. La recolección de datos comenzó en el año 2014 y finalizó el 2021.

Las técnicas de investigación de carácter cualitativas permitieron en una primera fase exploratoria el conocimiento del lugar y sus actores, y en una segunda fase entrar en diálogo con los sujetos observados, interrogándolos sobre sus prácticas, percepciones, pensamientos e imágenes de forma situada. Esto tuvo por finalidad enriquecer la observación, ya que el sujeto está en contacto directo con el lugar, pudiendo manifestar sus impresiones de forma simultánea a su propia experiencia dentro de éste.

La primera fase tuvo como finalidad aproximarse al caso de estudio, con el objetivo de ajustar las preguntas de investigación, las técnicas de recolección de datos, el acceso a los datos y las estrategias de análisis de datos (Yin, 2013). Esta fase se realizó desde una perspectiva cualitativa (Massey, 1999; en Marradi et al, 2010), la cual se centra en la observación directa del caso de estudio y la recolección de todos los datos disponibles para la identificación de actores relevantes, sus relaciones y prácticas, para, por una parte, generar lazos de confianza entre quienes fueron investigados y el investigador y, por otra, para contrastar el diseño metodológico con la realidad, para así realizar los ajustes necesarios para el levantamiento de datos posterior. Además, una primera fase exploratoria efectuada a través de técnicas etnográficas permite obtener el contexto en el cual se desarrolla la red. Finalmente, una vez que se tuvo una primera aproximación al fenómeno en estudio, se procedió al diseño de instrumentos que permitió cubrir de forma más específica el problema de investigación.

Una segunda fase consistió en la realización de entrevistas semiestructuradas con dirigentes y miembros de las organizaciones de base, al considerarse actores clave y como *“expertos de las redes de las cuales forman parte”* debido a que *“la percepción de su medio ambiente (contexto de acción) está formada por su posición social específica”*, además de que definen *“problemas y objetivos, asignan relevancia y persiguen estrategias de relación”* (Hollstein, 2014). A partir de estas entrevistas se obtuvieron los nombres de actores y organizaciones involucradas como también sus propiedades estructurales y datos referentes al contenido de la red. En ocasiones estas entrevistas semi estructuradas derivaron en conversaciones más abiertas o incluso en historias de vida ², presentándose estas situaciones como una oportunidad de obtener la información desde formas distintas a las planificadas. Esta flexibilidad permitió un registro más profundo y desde distintas aristas, considerándose enriquecedor para el análisis posterior. Además, la reiteración en el

² Una variante de estas reivindicaciones identitarias es el uso de historias sobre trayectorias de vida. Aunque en ocasiones estos relatos pueden ser contados por muchas/os activistas e incluso a veces ocurren como testimonios grupales, comúnmente las historias de vida son individuales y relatadas por las personas que las experimentaron. Pese a eso, estas historias tienen impacto movilizador porque muestran una realidad colectiva sobre la cual muchas/os más pueden empatizar y aprender (Farthing y Kohl, 2013; Escoffier, 2018; Albro, 2009). Estas historias, además, promueven cohesión en los grupos de activistas porque construyen significados identitarios comunes (Polletta et al., 2011) y una cultura que legitima la acción colectiva (Fine, 2018). (Escoffier, 2020: s.p.)

tiempo de entrevistas sucesivas a un mismo agente permitió sortear vacíos de información de aspectos considerados como claves para la investigación.

Estas entrevistas fueron complementadas con mapeos participativos de la red social, los cuales consistieron en la realización de mapas de relaciones entre organizaciones por parte de dirigentes y miembros de cada organización perteneciente a la red social, permitiendo la representación gráfica de las organizaciones que forman parte de la red y sus funciones. Además, al ser una actividad colectiva, los miembros de cada organización fueron complementando la información personal con consensos colectivos sobre cómo interpretan la realidad y los lazos y alianzas que construyen para el logro de sus objetivos, por lo que se obtuvo a partir de esta técnica de recolección de datos tanto la estructura de la red como el contenido de esta. A partir de estos mapeos se pudo obtener una serie de narrativas que dan cuenta de la significación de los procesos de transformación de los Huertos desde su trayectoria, dando cuenta de cómo interpretan estos procesos en función de los contextos políticos, económicos y sociales que se han ido sucediendo en relación con las dinámicas propias del lugar. Además, el mapeo colectivo representa una herramienta de autoevaluación para las propias organizaciones, al hacer evidente el por qué y el cómo están actuando frente a los problemas que enfrentan.

Estas fases fueron complementadas con observación no participante que consistió en la asistencia a actividades comunitarias, como fiestas, ferias ecológicas, asambleas abiertas a la comunidad y reuniones internas de las organizaciones de base con instituciones públicas, las cuales fueron registradas en un cuaderno de campo. Además, en esas instancias se produjeron conversaciones informales con habitantes y dirigentes de las distintas organizaciones de los Huertos. Cabe destacar que, después de un tiempo el carácter no participante se transformó en participante debido al lazo de confianza que se desarrolló entre la investigadora y los agentes, solicitando su participación y opinión en algunas materias en las cuales se consideró a la investigadora como una mirada externa y académica.

Finalmente, se realizaron entrevistas abiertas a dirigentes y habitantes de los Huertos con el objetivo de poder tener una interpretación más profunda de las problemáticas investigadas. La decisión de entrevistar únicamente a dirigentes y habitantes de los Huertos se sustenta en que el objetivo fue comprender las estrategias, motivaciones y las perspectivas desde ellos como agentes, además de relevar la historia de los Huertos desde su memoria social.

Estas entrevistas en profundidad permitieron experiencias y significaciones. Las entrevistas en profundidad fueron realizadas una vez que se logró un “rapport”, es decir, una “(...) *relación de intimidad, sintonía o comprensión con los informantes gracias a los repetidos encuentros que tienen*” (Taylor y Bogdan, 1984). Estas entrevistas permitieron superar una primera etapa de discurso estructurado hacia

el investigador y acercarnos con mayor profundidad a la comprensión del fenómeno en estudio gracias a la extensión del periodo de recopilación de información y a la reiteración de entrevistas y conversaciones con los dirigentes y habitantes de los Huertos.

La recolección de datos a través de técnicas cualitativas fue complementada con el análisis de fuentes secundarias, que permitieron no sólo reconstruir la historia de los huertos, sino que también dar cuenta de los mensajes comunicativos presentes en estas fuentes.

Estas fuentes secundarias fueron clasificadas en:

- Documentos producidos por las organizaciones de base, tales como comunicaciones internas, minutas de reuniones, declaraciones públicas, comunicaciones con instituciones públicas, etc.
- Medios de comunicación de las organizaciones: Revista Caudal, grupos de Facebook, páginas web.
- Leyes y normas.
- Archivos históricos.

D) Análisis de datos

El análisis de datos se realizó a través de un análisis de contenido, que nace de la sistematización de la información producida por las entrevistas, la observación directa y la recopilación de los antecedentes proporcionados por las fuentes primarias y secundarias. A partir de lo anterior, la investigación identifica categorías con datos que permiten responder a la pregunta de investigación y al desarrollo de los objetivos, como por ejemplo las relaciones entre organizaciones del lugar y la institucionalidad pública, la visión de desarrollo de ciudad, los modelos de planificación urbana, la transformación material del espacio, entre otras.

El análisis de contenido que se efectuó en la presente investigación se centró en el análisis del significado o categorial temático. Para ello se recurrió a la categorización de los textos obtenidos a través de las entrevistas y mapeos participativos, luego a la condensación del significado mediante el resumen de las declaraciones de los entrevistados en donde se obtenga el significado principal (Kvale, 2011) y, finalmente, a la interpretación del significado.

Debido a que el interés de la investigación consistió en poder captar con la mayor profundidad posible las significaciones e interpretaciones por parte de los agentes y habitantes de los Huertos es que la categorización fue realizada de forma amplia, con el objetivo de no perder las narrativas que, en un ejercicio de hiper clasificación de los elementos constitutivos de la entrevista puede llevar a una descomposición tal que hace perder el sentido más profundo del fenómeno.

Es por ello por lo que tanto las entrevistas grupales como las individuales fueron categorizadas con un criterio temporal en cinco categorías principales, coincidentes con las distintas etapas históricas de construcción y transformación de los Huertos, las cuales permitieron sistematizar la lectura de los textos. Esta decisión de categorización en bloques extensos consistió además en que una parte importante del análisis se centró en las historias de vida personales de los entrevistados en relación con la trayectoria del lugar, como también en las narrativas individuales y colectivas que dan sentido y significan los distintos procesos investigados. Además, al mantener las categorías de forma más amplia se posibilitó la interpretación tanto desde el individuo como desde los marcos de sentido compartidos, leyéndose el material siempre desde esta doble dimensión.

Esta técnica tuvo como ventaja no perder los procesos y las relaciones entre los distintos elementos y mantener las narrativas casi intactas. Como desventaja se tuvo que es un método más lento, ya que hay que volver continuamente a revisar grandes volúmenes de contenido, sin embargo, debido a que la investigadora fue quien realizó el levantamiento de la información en su totalidad se tuvo mayor dominio y conocimiento del material, facilitando esto su análisis.

El desarrollo de entrevistas semi estructuradas y en profundidad, como también las entrevistas grupales en forma de mapeos participativos permitieron explorar no sólo una dimensión testimonial de los entrevistados, como observadores válidos y legítimos al ser observadores directos del fenómeno en estudio (Canales et al, 2006), sino que también la interpretación propia y colectiva de esos fenómenos.

El análisis de datos desde métodos interpretativos se basa en el análisis de contenido cualitativo, con el objetivo de poder dar cuenta del “*contenido latente y del contexto*” (Marradi et al, 2010: 267) en el cual se desarrolla la comunicación de las entrevistas, debido a que ésta corresponde a una “*técnica de investigación destinada a formular, a partir de ciertos datos, inferencias reproducibles y válidas que puedan aplicarse a su contexto*” (Krippendorff, 1990: 28). Esto permite la exploración de significados, percepciones, dinámicas de los lazos, significados y procesos dinámicos, además de la interpretación del contexto. (Edwards, 2010). Para ello, el análisis de datos a partir del análisis de contenido permitió detectar la emergencia de nuevas estructuras de organización al captarse de mejor forma los lazos débiles o latentes, los cuales no quedarían registrados en matrices de datos de corte cuantitativo, pero que resultan relevantes para la atracción de cambios (Monsted, en Edwards, 2010). Por otra parte, permitió comprender el sentido y el “cómo” de la acción, (Hollstein, 2014), además de los efectos que posee la red social en el lugar y en contextos más amplios.

Un desafío importante en la tesis consistió en que en el análisis la combinación entre la narración como texto y la representación gráfica de las relaciones en los mapas de red permitieran expresar e interpretar de la mejor forma la trayectoria de las

organizaciones a lo largo del tiempo. Las representaciones gráficas de los mapas de red son fotografías del momento, por lo que se debió elegir los momentos más ilustrativos para explicar dinámicas y procesos que son siempre cambiantes, representando esta decisión una dificultad en sí misma. Sin embargo, esta dificultad fue sorteada al cobrar mayor importancia el texto en el cual se analiza el contenido y significado de las relaciones y en el cual se da cuenta de esta dimensión dinámica y procesual, asumiendo los mapas de red un rol de apoyo a éste.

Es por ello por lo que, si bien en un primer momento de la investigación se consideró que el análisis de redes sociales desde el análisis de grafos sería preponderante, posteriormente se desestimó esta aproximación. Por otra parte, al centrarnos en las relaciones entre más bien pocas organizaciones sociales el carácter más descriptivo y cuantitativo del análisis de redes que se pensó asumir en un inicio de la investigación fue dejado de lado, quedándonos con un enfoque más interpretativo desde el sentido que adquieren estas relaciones y sus acciones como agentes territoriales.

5. Estructura de la tesis

La estructura de la tesis se articula en cinco partes, siendo la Parte I la introducción al problema de investigación. Las Partes II, III y IV presentan la investigación empírica, la cual se fue entrelazando con los fundamentos teóricos, en una sucesión histórica desde una visión relacional.

Frente a esto, la investigación empírica se concibió en dos grandes bloques.

Por una parte, la Parte II buscó responder, cómo se articuló la trayectoria de los Huertos respecto de los cambios en los ciclos sociopolíticos y económicos y su vinculación con procesos de producción del espacio en Santiago de Chile, especialmente respecto de los cambios en la agenda urbana y modelos de ciudad, cambios en la trayectoria institucional en materia de vivienda y territorio y las dinámicas espaciales de la ciudad de Santiago y su relación con el territorio regional, y cómo estos contextos eran abiertos y flexibles o más bien cerrados para el desarrollo de procesos agenciales en el posicionamiento del proyecto de los Huertos en la política pública y en la conformación y consolidación del lugar, entre los años 1936 y 1990.

Por otra parte, las Partes III y IV tuvieron por objetivo el profundizar en esta relación entre contextos y procesos agenciales desde el lugar desde 1990 hasta el presente, en un contexto de Ciudad Neoliberal, pero en régimen democrático. La Parte III se centró en comprender cómo la instalación del modelo de ciudad neoliberal y sus lógicas de producción del espacio en Santiago se relacionaron con el proceso de transformación material y de disolución del proyecto de lugar, mientras que en la Parte IV se analizan los procesos agenciales como resistencia a esta transformación y disolución del lugar, fundamentalmente desde su orientación y acción, respecto del rol de la proyectividad del futuro del lugar y su significación política, de los procesos de compromiso e involucramiento, de la articulación de relaciones inter y transescalares y de la capacidad de visibilizar, negociar e instalar sus deseos, proyectos y/o demandas en la agenda urbana y en la participación en relaciones de poder y acceso a espacios de gobernanza.

En la Parte V se presentan las principales conclusiones y hallazgos respecto de la relación entre cambios en los ciclos sociopolíticos y económicos y su vinculación con procesos de producción del espacio en Santiago de Chile y los procesos agenciales impulsados y llevados a cabo desde la comunidad.

PARTE II

**Proyectar, construir, habitar y
producir una eutopía
experimental.**

1936-1990

Introducción

Trazar el comienzo de la trayectoria de los Huertos es, en sí mismo, un ejercicio arbitrario. ¿Dónde comienza la historia de un lugar proyectado, con qué evento, en qué momento?. En este ejercicio por conocer la trayectoria de los Huertos, la reconstrucción se realiza desde la voz y acciones de los sectores populares urbanos, como actores de sus procesos y que la historiografía tradicional suele dejar de lado (Espinoza, 1988). De esta forma, asumimos que el rol de estos actores es central. Son estos quienes configuran la trayectoria del lugar desde sus acciones (Espinoza, 1988) y a través de la organización comunitaria, las cuales los posicionan como agentes en la producción del espacio habitado.

Tomando esta premisa, consideramos dos hitos como los fundacionales de esta trayectoria. Se considera como hito inicial de esta organización, la formación de la Cooperativa José Maza en 1936, momento en el cual comienza la acción encauzada desde una estructura relacional cohesionada bajo el objetivo común de instalar a los Huertos Obreros como política pública. Por otra parte, se identifica como segundo hito la compra del fundo La Pintana en 1942, dando con ello el inicio de la materialización de los Huertos.

Sin embargo, si consideramos que *“las trayectorias posibles se trazan sobre la base de experiencias pasadas”* (Emirbayer y Mische, 1999: 1003; traducción propia), entonces siempre debemos recurrir a la comprensión de ese pasado que sostiene el compromiso e involucramiento en procesos agenciales. Por esto, el primer capítulo de este apartado se titula “Antes del lugar”, en el cual se explora una idea que se encontraba en circulación desde comienzos del siglo XX, logra concretarse en un proyecto y luego en una política pública de vivienda que permitió la materialización del lugar.

Los siguientes capítulos se van sucediendo de forma lineal en el tiempo según el relato de sus actores, abarcando las décadas desde los años cuarenta hasta fines de los ochenta. El foco de este análisis es la comprensión de la sucesión de los cambios en los ciclos sociopolíticos y económicos, y su vinculación con procesos de producción del espacio en Santiago de Chile, especialmente respecto de los cambios en la agenda urbana y modelos de ciudad, cambios en la institucionalidad en materia de vivienda y territorio y las dinámicas espaciales de la ciudad de Santiago y su relación con el territorio regional. Finalmente, cómo estos dialogaron con los procesos agenciales que emergían desde el lugar en una búsqueda por construir, habitar y producir los Huertos. En este sentido, la perspectiva es desde el “espacio-tiempo”, dando cuenta de la interrelación entre los procesos de construcción del espacio en los Huertos y dinámicas escalares más amplias.

En esta trayectoria, si bien la alternancia de los ciclos fue produciendo diversos contextos, se produce un momento de quiebre que divide la historia de los Huertos

en dos: antes del Golpe de 1973 y después de este. Este quiebre se debe, fundamentalmente, a la instalación de la Ciudad Neoliberal, cambiando con ello las lógicas de producción del espacio urbano. Esto vino de la mano con los procesos de transformación y disolución del proyecto, los cuales se analizan en el último capítulo de esta parte, “Habitar desde el interior de la parcela”.

1. Antes del lugar: Los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana como proyecto político

El proyecto de los Huertos Obreros y Familiares nace a partir de un proyecto de Estado que tenía por finalidad dar una solución habitacional para familias provenientes de contextos socioeconómicos medios y bajos. Este proyecto fue uno de los primeros ensayos en este ámbito por parte de la Caja de la Habitación Popular desde un carácter más integral, en el sentido de que no sólo se buscaba el otorgamiento de una vivienda sino que también la promoción de una cierta ética social basada en la cooperación y asociatividad como fundamento del proyecto tanto en su construcción como funcionamiento; el trabajo en las horas de ocio para evitar conductas antisociales; una vida más sana asociada al campo y la agricultura, la cual se presentaba en contraposición a las viviendas insalubres en las cuales vivían los sectores más desfavorecidos.

Las ideas fundacionales sobre las cuales se diseñó el proyecto, si bien fueron adaptadas por parte de los actores que lo llevaron a cabo, provienen de diversos idearios que se encontraban circulando a nivel mundial, como era la apuesta en las cooperativas como un modelo alternativo al sistema capitalista, el modelo de la Ciudad Jardín en términos de planificación territorial y algunos ejemplos de viviendas con huertos para el autoabastecimiento familiar que se desarrollaban en Europa y América del Norte como respuesta a crisis económicas y a la Primera Guerra Mundial.

La visión que tuvo la institucionalidad pública de la época vino acompañada de una visión compartida con un sector de la sociedad que no sólo participó del proyecto como beneficiarios, sino que durante más de una década trabajaron en conjunto para el diseño y promulgación de la ley que le daría viabilidad al mismo. Desde una perspectiva relacional, se puede apreciar que el contexto político y social nacional, en conjunto con la circulación a nivel mundial del ideario de la Ciudad Jardín y de Huertos Obreros como solución habitacional, se presentó como un contexto abierto para que para la articulación entre distintos actores situados en distintas escalas tuvieran éxito en la instalación del proyecto.

1.1. El comienzo del Estado Moderno y Benefactor y la asociatividad como vehículo de presión

El proyecto político de crear Huertos Obreros y Familiares se gesta a mediados de los años veinte, con la formación de las primeras cooperativas que serían parte del

proyecto, produciéndose una articulaciones y acciones entre actores políticos, técnicos y ciudadanos durante más de quince años para poder instalar el proyecto como una política pública de vivienda. Todas las estrategias llevadas a cabo tienen como punto cúlmine el año 1941, año en el cual se promulga la Ley 6.815 sobre Huertos Obreros y Familiares, la cual da un sustento institucional, legal y de financiamiento para la construcción y desarrollo de estos. En esta trayectoria tenemos como hito el año 1936, año en el cual se crea la Caja de la Habitación Popular, como una nueva institución a cargo de las políticas de vivienda, y se desarrolla la Exposición de la Habitación Económica, instancia en la cual se debate ampliamente cómo resolver el problema de la vivienda popular, presentándose como una de las soluciones la implementación de Huertos Obreros y Familiares en la periferia de la ciudad.

En términos políticos, se puede decir de forma general que estos años están gobernados en primera instancia por Arturo Alessandri, perteneciente al Partido Liberal (partido de derecha), quien gobernó en un primer periodo entre los años 1920 a 1925 y en un segundo periodo entre 1932 y 1938, apoyado en un principio por grupos de izquierda y radicales, los cuales se fueron distanciando hasta el año 1937, cuando se produce un quiebre con el Partido Radical. Entre 1927 y 1932 gobernó Carlos Ibáñez del Campo, desde una postura más pragmática ya que no provenía de ningún partido político. Pero es bajo el gobierno de Pedro Aguirre Cerda (1938 y 1944), del Partido Radical y apoyado por el Frente Popular, el cual estaba formado por socialistas, comunistas, demócratas y por la Confederación de Trabajadores de Chile, en el cual el proyecto es finalmente impulsado gracias a la promulgación de la Ley 6.815.

A nivel país el contexto situacional está marcado por las repercusiones de la crisis económica a escala internacional como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y de la Gran Depresión de 1929, las cuales vinieron acompañadas en Chile de la crisis de la producción del salitre (Hidalgo, 2005). Uno de los efectos que tuvieron las crisis económicas a nivel mundial y en nuestro país fue el giro respecto al rol del Estado y de cómo éste encauzaba las políticas económicas y sociales. Para salir de las crisis se adoptó en Chile y en distintos países occidentales un modelo hacia un Estado Moderno más robusto con características que tendían cada vez más hacia el de un Estado Benefactor, a través de la adopción de los planteamientos keynesianos respecto de la búsqueda de pleno empleo por medio del intervencionismo estatal (Correa et al, 2001).

Este Estado más robusto e interventor (en términos de una ampliación de atribuciones amparadas en un marco legislativo, en la creación de nuevas instituciones y en el aumento de funcionarios públicos y técnicos) se volcó desde una política económica que en los años anteriores se encontraba orientada al libre mercado hacia una política económica en la cual el Estado intervenía en las finanzas,

el comercio y el trabajo (relaciones laborales) (Correa et al, 2001). Mediante un Estado Benefactor se buscaba un mayor impulso en la modernización del país mediante la industrialización para el desarrollo de los distintos sectores productivos (industria, agricultura, minería, entre otros) (Franck y Pérez ,2009) y a través de la planificación (Correa et al, 2001).

Este Estado Benefactor y Moderno, orientado hacia el “nacional desarrollismo” (Hidalgo, 2005), comienza a tomar forma en la década del treinta, siendo sus principales directrices:

- *“El fomento y la nacionalización de la economía,*
- *La preocupación por lo social,*
- *El incremento de la autoridad gubernativa,*
- *La preponderancia que debía corresponder a los técnicos en la conducción nacional”* (Ibáñez, 1994: 186; en Hidalgo, 2005: 134).

Uno de los aspectos más relevantes respecto del Estado Benefactor en términos de la conducción de políticas públicas orientadas hacia lo social es el del aumento de la inversión fiscal en éstos, triplicándose entre los años treinta y cincuenta el gasto fiscal en programas sociales. Esta inversión venía acompañada de un apoyo en créditos para quienes buscaban el desarrollo de alguna actividad productiva o bien para percibir una vivienda (Correa et al, 2001). Junto con la inversión fiscal, otro cambio relevante en materia estatal fue la incorporación de profesionales y técnicos en las políticas públicas, tanto desde su rol como funcionarios públicos como en la consideración de aquellos profesionales que se encontraban agrupados (Correa et al, 2001). Este Estado Burocrático adopta en este periodo como estrategia de planificación y gestión la creación de una serie de instituciones, tales como la Caja de la Habitación Popular en 1936 o la Corporación de Reconstrucción y Auxilio en 1939 como respuesta al terremoto de Chillán.

Las problemáticas sociales, además de las crisis económicas y la búsqueda por su superación, se producen gracias al marcado aumento de la población y a la migración del campo a la ciudad. Tanto el aumento de la población como el cambio hacia un país cada vez más urbano trajeron consigo una agudización de la cesantía y la insalubridad en las viviendas y hambre, acentuándose por lo tanto la marginalidad (Valenzuela, 2007; en Castillo e Hidalgo, 2007).

Es en este contexto en el cual se acrecienta el descontento de las clases medias y populares, trayendo consigo un aumento de la organización social. Este descontento inicia a comienzos del siglo XX un ciclo de alta movilización popular (Vila, 2014), con las clases obreras organizadas en sindicatos, gremios, cooperativas, entre otros, capaces de desestabilizar el orden mediante huelgas y acciones colectivas (De Shazo, 2007) y ejerciendo presión política de forma directa o bien a través de partidos políticos de los cuales formaban parte (Correa et al, 2001). Si bien a comienzos de

siglo la cuestión social se insinuaba tímidamente, a mediados de los años veinte ésta cobra relevancia, posicionándose el problema de la vivienda y de la ciudad (entorno sano, conectividad, transporte público, entre otros) como una de las principales problemáticas en la discusión pública, esto gracias al liderazgo de organizaciones de arrendatarios, quienes llegaron a conducir en esos años una huelga general por el pago de alquileres (Vila, 2014).

En este sentido, el proyecto de los Huertos, desde el nacimiento de la idea hasta la promulgación de la ley, se dio en un contexto de transición desde la República Parlamentaria, en la cual el poder se encontraba fuertemente concentrado en la elite oligárquica, hacia el ensanchamiento del Estado y la incorporación en éste de las clases medias educadas (Correa et al, 2001; De Shazo, 2007). Esta reestructuración y reformulación del Estado, y el giro en el ciclo político en un sentido más amplio, se tradujo en un contexto favorable para la instalación del proyecto de los Huertos como política pública. Por una parte, gracias a la juventud de las instituciones recién creadas, especialmente la Caja de la Habitación Popular, y a la incorporación de profesionales y técnicos que traían ideas innovadoras, se produjo un contexto de apertura para la discusión de diversas teorías y soluciones a los problemas de la vivienda y la ciudad. Esto vino acompañado de un Estado que buscaba ampliar su capacidad de gestión y planificación, aumentando para ello el gasto fiscal en la solución de las problemáticas sociales, siendo especialmente relevante el acceso a la vivienda. En este sentido, el contexto bajo el cual se idea y logra instalarse el proyecto de los Huertos como una política pública, se presenta como abierto y flexible para la introducción y el ensayo de diversas ideas e imaginarios que buscaban la solución a las diversas problemáticas que emergían respecto de las condiciones de habitabilidad en la ciudad

Por otra parte, si bien las cooperativas que se formaron para impulsar el proyecto de los Huertos no se circunscribían al movimiento anarcosindicalista o a otros grupos políticos de la izquierda más radical, si formaban parte de un movimiento más amplio que pujaba desde las bases gracias a su poder organizativo. Es así como el giro en el ciclo político vino de la mano de una fuerte presión desde sectores medios y populares organizados, aumentando su agencia gracias a su capacidad organizativa y de acción.

1.2. Cooperación, comunidad y naturaleza en el proyecto fundacional

De la mano de un contexto nacional abierto gracias al cambio en el ciclo político, la reestructuración del Estado y el creciente poder producto de la presión de las clases populares organizadas, se da un contexto a escala mundial de ideas y visiones para mejorar el bienestar de la sociedad a través de modelos de planificación territorial.

Tal como plantea Harvey (1996), se produce en el siglo XIX entre intelectuales y políticos un movimiento de reforma urbana que tenía por finalidad encontrar soluciones racionales a las problemáticas de la ciudad, generando para ello distintas propuestas, las cuales sin embargo lograron,

“(…) hacer que las ciudades funcionaran mejor, que mejorara la suerte no solo de las elites urbanas sino también de las masas, que mejoraran radicalmente las infraestructuras básicas (como el suministro de agua y energía, la vivienda, el alcantarillado y la calidad del aire), así como liberar espacios urbanos para nuevas rondas de una acumulación de capital organizada de maneras que perduraron durante gran parte del siglo XX”. (Harvey, 1996: 522).

Dentro de estas ideas se pueden identificar como visiones fundacionales del proyecto de los Huertos Obreros y Familiares la conjugación de valores como la ayuda mutua como fuerza de evolución social, gracias a prácticas cooperativistas y mutualistas, con el ideal de una forma espacial que organizara la vida social y, gracias a esto, se produjeran procesos de reforma y transformación social (Gurovich, 2009). Es así como esta visión se enmarca en una “utopía de la forma” (Harvey, 1996), como un fenómeno asociado a un “soñar social”, a un impulso colectivo hacia un mejor lugar (Sargisson, 2012). Las utopías, a diferencia de otras formas que buscan lograr una sociedad ideal, presentan una mirada radical y crítica respecto de las estructuras sociales hegemónicas, pudiendo ello conducir a experimentos utópicos espaciales en los cuales se practican nuevas formas de vivir y relacionarse sobre la base de valores éticos, sociales y políticos (Sargisson, 2012).

Estos elementos, ayuda mutua y una forma espacial ideal, se conjugan en el modelo de Huertos Obreros y Familiares, el cual mediante un modelo de planificación territorial buscó crear una nueva forma de relacionarse mediante estructuras organizativas basadas en cooperativas, sustentándose además en el poder de la comunidad para crear un tejido social colaborativo y organizaciones comunitarias que le otorgara al lugar un cierto grado de autosuficiencia gracias a la construcción de escuelas, iglesias, servicios básicos de salud, entre otros. Para ello, se planteaba la creación de comunidades próximas a la ciudad, basándose el modelo en la conjunción de la vivienda con un huerto que permitiera el autoabastecimiento familiar mediante el cultivo de este en las horas de ocio. Este nuevo ideal relacional, basado en la búsqueda del bienestar de los sectores populares, buscaba mediante una nueva forma de relacionarse de carácter colaborativo alterar la estructura productiva mecanicista propia del capitalismo, gracias al reforzamiento de la vida familiar y del espíritu comunitario, introduciendo la motivación ética como una fuerza de reforma social (Bauman, 2008). Sin embargo, a diferencia de las posturas de anarquistas y socialistas más radicales, en este modelo se buscaba una conciliación entre el trabajo y el capital, pudiendo afirmarse que pertenecía a un socialismo no marxista.

Este modelo se inspiró tanto en los ideales de cooperación y comunidad de los socialistas utópicos y del anarquista Kropotkin como de los modelos de planificación de Ciudad Jardín promovidos a principios del siglo XX fundamentalmente por Ebenezer Howard.

En primer lugar, si bien las ideas de cooperativismo y de comunidades rurales o periurbanas basadas en la autogestión pueden ser rastreadas entre varios intelectuales de corrientes ligadas al liberalismo y al socialismo, es en los anarquistas y socialistas utópicos del siglo XIX que podemos encontrar estas ideas con mayor fuerza y desarrollo, existiendo incluso algunos ensayos o experimentos de comunidades que fueron llevados a la realidad, pero sin mucho éxito³.

Los socialistas utópicos (Owen, Saint Simon y Fourier) y algunos anarquistas, como Kropotkin, consideraban que el cooperativismo podía ser una solución al sistema alternativo al capitalismo, el cual tiene por fundamento el desarrollo individual. Estos intelectuales consideraban, de forma contraria a la propuesta darwiniana de la competencia como fuerza para la evolución, a la ayuda mutua como necesaria para la transformación social, logrando la asociatividad no sólo una mejora de las condiciones habitacionales, sino que era una condición necesaria para el progreso (Sanz, 2010). Es así como la visión científica de Kropotkin de la ayuda mutua como fuerza para la evolución social y natural (Harvey, 1996) se relacionaba con una visión valórica en donde la promoción de las comunidades basadas en prácticas colaborativas, de carácter altruista y mutualista, les permitirían no sólo lograr metas en conjunto, como la mejora de sus condiciones materiales de vida, sino que también una vida más pacífica. Esta noción asume una interdependencia social comunitaria que construye un “sentido de nosotros” gracias a una intencionalidad compartida y a prácticas comunes, siendo la meta común el centro de los móviles cooperativos (Tomasello, 2010).

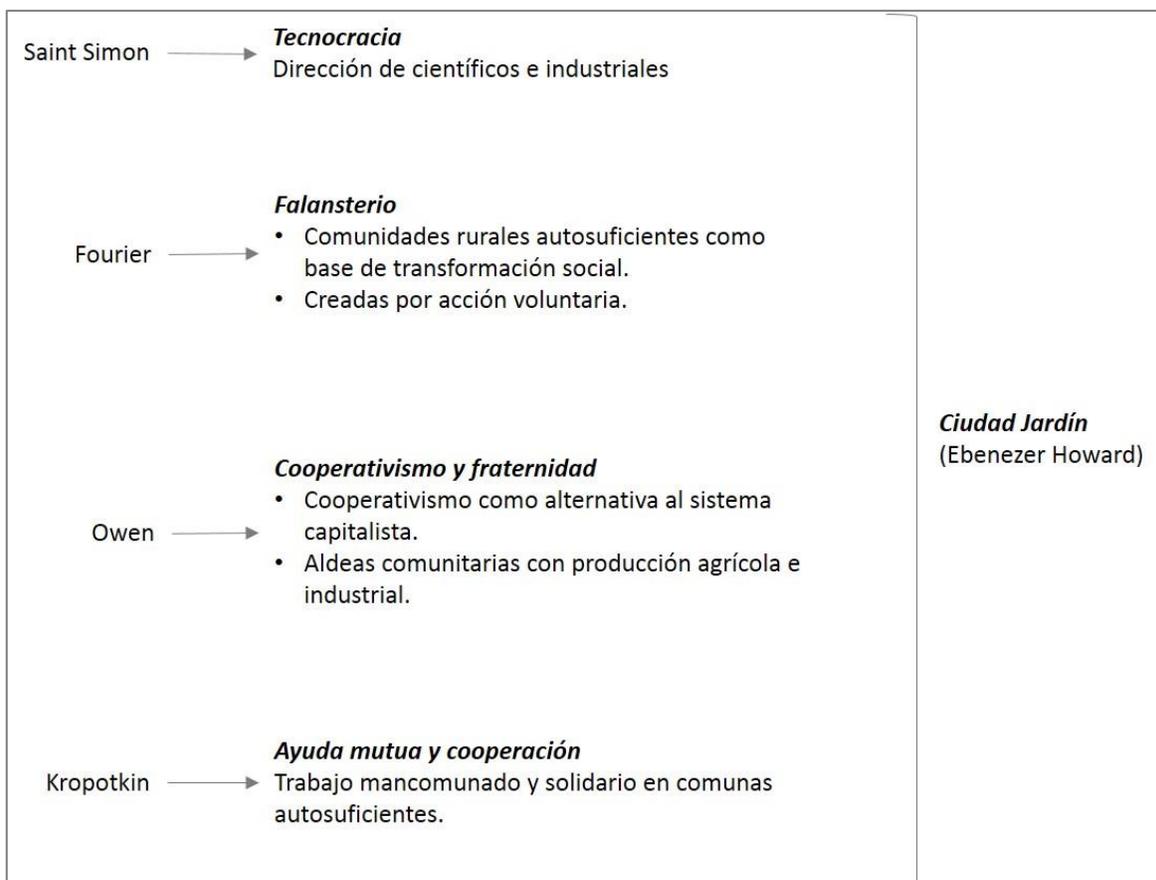
Esta visión se tradujo en la propuesta de la formación de comunidades autogestionadas fuera de la ciudad, que pudieran subsistir y propagarse mediante el trabajo agrícola y la creación de industrias cooperadas, en las cuales participarían quienes vivieran en estas comunidades. En estos poblados modelos la propiedad privada estaría abolida y los beneficios de la venta de la tierra serían para la comunidad (Sanz, 2010; Hall, 1996). Por su parte, Owen planteó en estas comunidades la organización de cooperativas de producción y de distribución como una alternativa al sistema capitalista, debiendo ser una opción que fuese más rentable que la industria capitalista para poder subsistir y propagarse (Sanz, 2010).

En segundo lugar, estos valores asociativos en conjunto con la idea de crear comunidades autogestionadas en los márgenes o fuera de la ciudad fueron tomadas

³ Un ejemplo es el caso de “New Harmony”, un poblado fundado por Robert Owen en Estados Unidos que tuvo una corta existencia de tres años.

por Ebenezer Howard a principios del siglo XX en Inglaterra, quien las condensó en la formulación de un modelo de planificación territorial que llamó “Ciudad Jardín” (Hall, 1996). El modelo de Ciudad Jardín buscaba lograr un equilibrio entre naturaleza y edificación gracias a un buen diseño y a un equilibrio entre hogar, fábrica, escuela y tiendas, abriendo con ello “(...) la posibilidad de una buena vida para todos” (Sennett, 2019: 108). Además, la Ciudad Jardín, mediante un diseño adecuado, pretendía lograr una cierta armonía entre el medio construido y la naturaleza, gracias a la planificación de huertos y cinturones verdes, siendo los planificadores de la Ciudad Jardín los primeros en pensar en la agricultura urbana y en incorporar principios de sostenibilidad (Sennett, 2019).

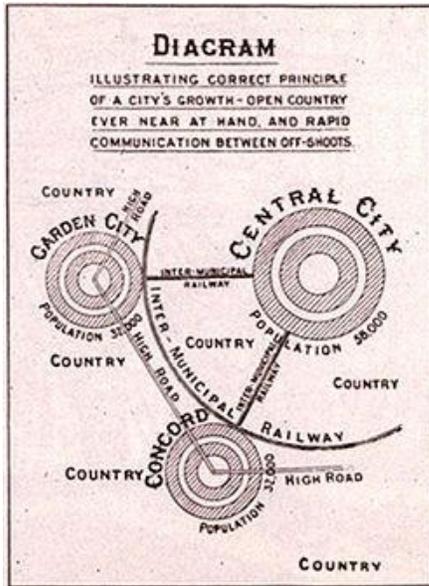
Ideas fundacionales de la Ciudad Jardín



Fuente: Elaboración propia sobre la base de Hall, 1996 y Sanz, 2010.

Este modelo nace a partir de las observaciones que realiza Howard respecto del problema del acceso a la vivienda en Londres de fines del siglo XIX, planteado una solución de carácter higienista para la mejora de las condiciones habitacionales de

Modelo de Ciudad Jardín de Ebenezer Howard



Fuente: Howard, 1898.

los obreros de la época, pero también una solución de carácter político, con una fuerte inspiración en las ideas de socialistas utópicos (Hall, 1996). Para ello, diseñó un modelo de ciudad distinto al que se estaba desarrollando en ese momento, el cual consideró en términos de forma un centro urbano rodeado de cordones verdes, en los cuales se pudieran localizar comunidades con un cierto nivel de autogestión y autoabastecimiento, con la finalidad de tener una baja dependencia del centro urbano (Hall, 1996; Sennett, 2019) y grandes huertos que les permitieran el desarrollo de una agricultura urbana cercana a los centros de consumo. Es así como buscaron conjugar de forma armónica en el diseño de la ciudad o, más bien, de un área metropolitana, naturaleza, agricultura y medio construido (Sennett, 2019).

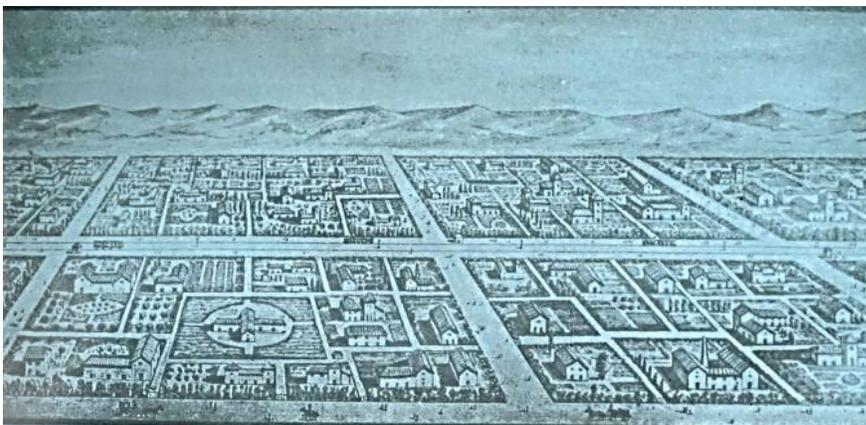
El modelo de Ciudad Jardín de Howard se basaba, retomando las ideas de los socialistas utópicos y de Kropotkin, en primer lugar, en la noción de comunidades que se constituyeran de forma voluntaria (asociatividad entre personas que quisieran crear una comunidad en la periferia de la ciudad) y que tuvieran una mínima dependencia de instituciones del Estado, mediante su autogestión (Hall, 1996). En este sentido, Howard consideraba que a través de la planificación territorial bajo el modelo de la Ciudad Jardín se podría lograr una reconstrucción de la sociedad capitalista, “convirtiéndola en una infinidad de sociedades cooperativas” (Hall, 1996: 98).

Además de la noción de asociatividad mediante la autogestión y el cooperativismo, el modelo de Ciudad Jardín tenía para Howard el objetivo de la mejora económica de las personas que vivieran y trabajaran en la Ciudad Jardín a través de la valorización del precio del suelo en el cual se asentaran las comunidades (Hall, 1996). Esto se lograría debido a que los precios del suelo en la periferia de las ciudades suelen ser menores al del centro urbano o de la ciudad consolidada, por lo que la compra de terrenos fuera de la ciudad por parte de comunidades permitiría su valorización al urbanizarlos y trabajarlos, tornando estos espacios en espacios productivos y dotados de servicios. La ganancia no sería para cada individuo, sino que iría para la comunidad en su conjunto (Hall, 1996).

La Ciudad Jardín tuvo una traducción en España a cargo del ingeniero Arturo Soria y Mata, quien a finales del siglo XIX plantea su modelo de Ciudad Lineal, el cual tenía por principio “A cada familia, una casa, en cada casa, una huerta y un jardín” (Soria y Puig, 1968: 35; en Hall, 1996: 122). La diferencia entre la Ciudad Jardín y la Ciudad Lineal es que en esta última Soria y Mata planteaba que la mejor forma de proyectar una Ciudad Jardín era trazarla de forma lineal a las vías de comunicación que conectan a la Ciudad Jardín con la gran ciudad, creciendo la ciudad de forma longitudinal a la vía (Hall, 1996). Esta forma de proyectar la Ciudad Jardín de forma lineal a las vías de transporte, tales como ferrocarril, tranvía, grandes avenidas, entre otros, poseía para Soria y Mata la ventaja de disminuir los tiempos y costos de desplazamiento entre la Ciudad Jardín y la gran ciudad. Otro

principio que compartía la Ciudad Lineal con el de la Ciudad Jardín era el de la búsqueda de viviendas y conjuntos urbanos más higiénicos a través de tipologías de viviendas y edificaciones aisladas dentro de terrenos con jardines o huertos. El espacio necesario para la construcción de manzanas de baja densidad implicaba alejarse del núcleo urbano para poder encontrar espacios amplios con el potencial de ser convertidos a los principios de la Ciudad Lineal. Si bien el higienismo era un principio transversal a las distintas corrientes de arquitectura en esta época, la característica propia de la Ciudad Jardín y de la Ciudad Lineal era que la solución estaba dada por el crecimiento en extensión mediante la planificación de poblados o ciudades pequeñas en la periferia o fuera de la Gran Ciudad. Como se vio anteriormente respecto de la Ciudad Jardín, el menor precio del suelo rural permitiría construir viviendas de calidad accesibles para los sectores medios y populares, las cuales estarían rodeadas de un terreno para un jardín o huerta que les otorgara un ambiente saludable.

Tipología de Ciudad Lineal



Fuente: Navascués, 1969.

Estos principios de la Ciudad Jardín y la Ciudad Lineal sirvieron de inspiración para el modelo de planificación que constituyó el proyecto de los Huertos Obreros y Familiares en Chile, siendo adoptados por sus principales ideólogos, el arquitecto Carlos Carvajal y el técnico agrícola Víctor Robinovitch. Por una parte, la consideración del higienismo en la planificación se traducía en que el espacio entre las edificaciones permitiría “acceder al aire”, considerándose la aireación en esa época debido a los problemas de salud derivados del hacinamiento como *“la más importante de las necesidades urbanas”* (Carvajal, 1909 (2012): 61). Además, el beneficio de la línea recta no sólo se aplicaba a las vías de transporte, sino que se consideraba que el trazado de manzanas rectangulares permitiría ahorrar en costo de materiales de tuberías, canalización de aguas, entre otros. (Carvajal, 1909 (2012)).

Otro referente que inspiró a Carvajal y Robinovitch a promover a los Huertos Obreros en Chile como solución habitacional fue el de los Huertos Obreros que se formaron en la región de Sedán, en Francia, a finales del siglo XIX. La formación de estos huertos provino de Felicia Hervieu, dueña de la fábrica de Paños de Sedán, quien ideó una forma de asistencia mediante el aporte monetario a familias vulnerables para que pudieran alquilar un huerto para producirlo y así obtener alimentos y un complemento a sus ingresos (Carvajal, 1936). Este aporte estaba condicionado a que la familia que recibía el dinero y ayuda debía tener un ahorro el cual debía invertir, generándose una suerte de sistema mutualista (Carvajal, 1936).

El sistema ideado por Hervieu se expandió no sólo en Sedán, sino que también hacia otras regiones de Francia y hacia otros países, llegando a conformarse en Luxemburgo la asociación “Rincón de la Tierra y el Jardín Obrero”, la cual se transforma posteriormente en la “Liga”, compuesta por 14 países y contando para el año 1936 con 3 millones de asociados (Robinovitch, 1936). Goemars, presidente de la Liga, promovía este sistema de asistencia como un deber ético que debían tener los empresarios hacia los obreros para que éstos pudieran complementar sus ingresos con el trabajo de la tierra: *“Si vosotros no tenéis el deber de darles un trabajo de que carecéis, de hacer vivir vuestros obreros, tenéis el deber social de **permitirles trabajar para ellos**, tenéis el deber de permitirles vivir para ellos mismos y para esto no hay sino un recurso, **la tierra, la gran alimentadora**”* (énfasis en el original; Goemars; en Robinovitch, 1936: 170).

Además, se fueron generando verdaderos poblados en torno a los Huertos Obreros, en los cuales se fundaron otras instituciones de prestación de servicios tales como farmacias, escuelas, bibliotecas, oficinas de registro civil, entre otras (Carvajal, 1936). Esta nueva forma de conjugar trabajo remunerado con trabajo agrícola bajo un sistema espacial de carácter comunitario comenzó a ser difundido en congresos internacionales y mediante la dictación de cursos prácticos de horticultura (Robinovitch, 1936), produciéndose de esta forma una circulación de estos modelos ideales a nivel mundial. Esto vino de la mano con el auge de este tipo de soluciones en distintos países en momentos de crisis económica de corte capitalista (como la crisis de 1929), pero también a raíz de guerras. Este fue el caso de la emergencia de la agricultura de auto subsistencia como una alternativa de solución parcial que se ensayó en algunos países de Europa, Estados Unidos y Canadá, principalmente, como fueron los “Victory Garden”, huertos urbanos para complementar el ingreso familiar durante la Primera Guerra Mundial. Bajo esta noción, el proyecto de los Huertos concebía a la agricultura de pequeña escala como complemento al ingreso familiar, permitiendo *“Ayudar eficazmente a las familias modestas en las crisis económicas que de tiempo en tiempo afligen a los países y más ahora que la máquina está desplazando al obrero en forma que se ha tenido que dictar leyes de protección al trabajo manual (...)”* (Carvajal, 1937; en Hidalgo, 2005: 139).

En este sentido, no se buscaba una alternativa política al capitalismo, sino una solución pragmática a través de un mecanismo que permitiera mejorar las condiciones de los más vulnerables mediante el trabajo de la tierra como complemento a su empleo. Se asume además un comunitarismo sin Estado de base asistencialista, en donde el aporte de los más pudientes era vital para el desarrollo de los huertos y en la prestación de servicios que no eran cubiertos por el Estado.

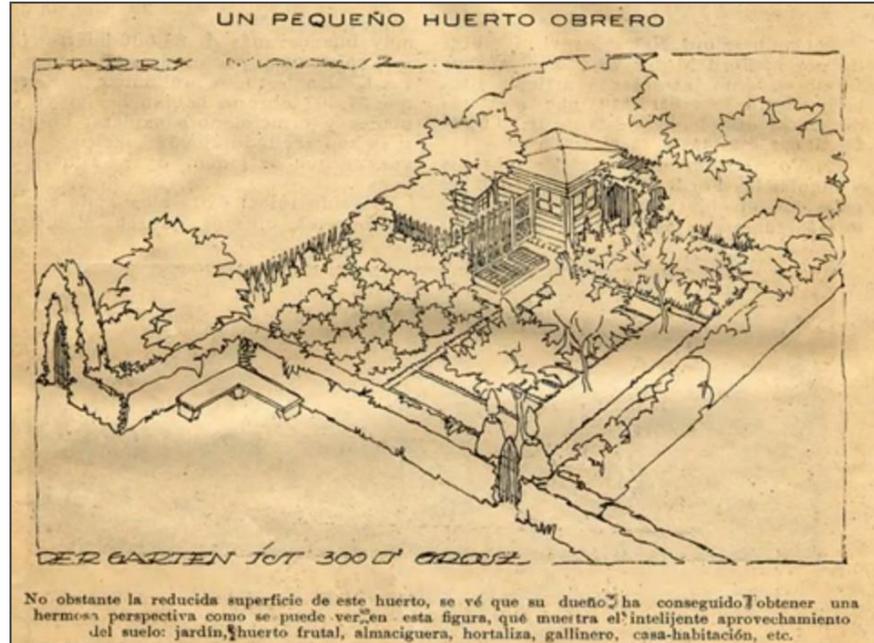
Ideales fundacionales de los Huertos Obreros y Familiares



Fuente: Elaboración propia.

Las ideas de la promoción del cooperativismo como una forma de solucionar la dotación de viviendas, el ideario de la Ciudad Jardín y de la Ciudad Lineal y los experimentos espaciales de Huertos Obreros fueron recibidas y traducidas a la realidad chilena por parte de políticos, arquitectos y sociedad civil. Estas ideas encuentran un contexto nacional favorable para que pudieran ser llevadas a cabo en un modelo propio, gracias al auge del cooperativismo de corte estatal, el impulso para llevar a cabo una reforma agraria que beneficiaría a los pequeño agricultores y una búsqueda desde el Estado por reforzar las estructuras familiares en la solución a los problemas habitacionales de los sectores populares.

Esquema de un Huerto Obrero



Fuente: Documental "Villa Las Rosas, parte 1", 2013

"No obstante la reducida superficie de este huerto, se vé que su dueño ha conseguido obtener una hermosa perspectiva, como se puede ver en esta figura, que muestra el inteligente aprovechamiento del suelo: jardín, huerto frutal, almaciguera, hortaliza, gallinero, casa-habitación, etc."

A nivel estatal, el cooperativismo se estaba incorporando de forma integral en distintas políticas públicas como una forma de relación entre el Estado y la sociedad civil organizada, y como una visión de desarrollo en donde la promoción de ciertos sectores productivos sería más efectiva si se producía un trabajo de asistencia financiera y técnica del Estado, con agrupaciones tales como sindicatos, gremios o cooperativas. Además, se impulsaron reformas con la finalidad de incentivar el desarrollo agrícola en el país, siendo uno de sus objetivos el fomento de la pequeña agricultura. Frente a esto, el ideario de la Ciudad Jardín y Ciudad Lineal, el cual incorporaba al cooperativismo y la agricultura de pequeña escala y familiar, fue acogido favorablemente por un sector político, de profesionales y de agrupaciones civiles que vieron en las ideas de Howard y Soria y Mata una solución para el problema de la vivienda y las crisis económicas que se estaban produciendo en los años veinte. Además, gracias a las experiencias internacionales de creación de Huertos Obreros frente a crisis, éstos se presentaban como una posible solución en Chile a los problemas sociales y económicos derivados de la crisis del 29, profundizada en el país por la crisis del salitre, y a la necesidad de reconstrucción a raíz del terremoto de Chillán en 1939.

Por una parte, el cooperativismo experimentó un auge a lo largo de casi todo el siglo veinte, gracias al impulso que se le dio especialmente durante las décadas del veinte, treinta y cuarenta en Chile. Este cooperativismo se diferenciaba del de corte anarquista en que estaba fomentado desde el gobierno, el cual ofrecía financiamiento y apoyo técnico para el desarrollo productivo y para la solución de necesidades básicas. Por su parte, la sociedad civil organizada a través de cooperativas se comprometía con trabajo cooperado y con el aporte de una parte del financiamiento mediante la adquisición de créditos o, en algunos casos, a través de la inversión directa de fondos (Bravo Lira, 2014). De esta forma, el ideario del cooperativismo fue adoptado de forma transversal por los distintos gobiernos entre los años veinte y cuarenta. Este ideario era considerado como una alternativa al capitalismo menos radical que las propuestas del comunismo o del anarquismo que circulaban en esos años. Representaba así un punto intermedio entre la derecha y la extrema izquierda que permitía acoger las demandas de los trabajadores mediante su asociatividad, haciéndolos formar parte de la solución.

Es así como la constitución de cooperativas se fomenta tanto para formar parte de la solución del problema del acceso a la vivienda como para el desarrollo de sectores económicos a través del impulso de la pequeña industria y agricultura, entre otras medidas. Además, se deja en manos de sociedades cooperativas el otorgamiento de una serie de prestaciones de beneficios sociales tales como escuelas, cruz roja, bomberos, entre otras, tal como fue establecido en el Decreto Ley 700 sobre sociedades cooperativas de 1925. Es así como el ideario del fomento de la asociatividad y de la cooperación fue considerado en este periodo como uno de los medios para el desarrollo del país, tal como se establece en el Decreto Ley 669,

“El fomento de las sociedades cooperativas se impone actualmente a la acción oficial como una iniciativa eficaz de propender por medio de estas sociedades a la resolución de diversos problemas sociales y económicos que preocupan actualmente la atención del Gobierno.

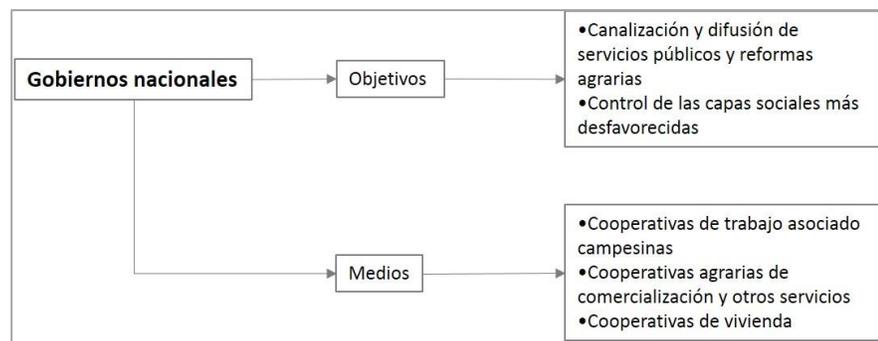
En efecto, el abaratamiento de las subsistencias, la ocupación de obreros cesantes, la creación de pequeñas industrias que eviten la entrada al país de numerosos productos que hoy día se importan, la necesidad de procurar a los elementos de trabajo, el mínimo de bienestar a que tienen derecho, el abaratamiento de los costos de producción, y muchos otros problemas, encuentran en las cooperativas un medio de solución tan efectivo como sencillo y práctico”. (Decreto ley 669 de 1932, Modifica el decreto ley número 700 de 1925 sobre sociedades cooperativas).

El impulso al cooperativismo desde el Estado se tradujo en un crecimiento sostenido de este tipo de organizaciones a lo largo del siglo XX, quebrándose esta tendencia con el Golpe de Estado y la instalación de un nuevo modelo socioeconómico. De acuerdo con Bravo Lira (2014), si bien a inicios de los años veinte había solo seis cooperativas con personalidad jurídica en Chile, gracias al apoyo prestado desde el

gobierno para el desarrollo del cooperativismo, éstas aumentaron a más de 200 en 1945, diversificándose en siete rubros, siendo los más relevantes vivienda, consumo, ahorro y crédito. Para la década del cincuenta las cooperativas se duplicaron y entre 1955 y 1965 se produce una gran expansión, superando los socios el medio millón. En 1975 las cooperativas llegan a 3.300 con más de 830.000 socios, todo ello gracias un gran esfuerzo por parte del Estado e instituciones extranjeras en su promoción (Bravo Lira, 2014). De esta forma, el proyecto de los Huertos se sustenta sobre la base de la necesidad de dotar de una mayor y mejor cantidad de viviendas debido al auge de la población urbana a través de un cooperativismo de Estado.

El ideario del cooperativismo iba además acompañado de un relato ético en el cual se apelaba a la asociatividad mediante la conformación de cooperativas como un principio humanista basado en los valores de la solidaridad y de la “fraternidad natural” (Gurovich, 2009). Es así como el trabajo cooperado no sólo tenía la finalidad de resolver un problema o necesidad de forma colectiva (acceso a vivienda, trabajo, salud, entre otros) sino que se instaló en la esfera pública el principio de la asociatividad como un valor social que enaltecía al ser humano.

Cooperativismo de corte gubernamental



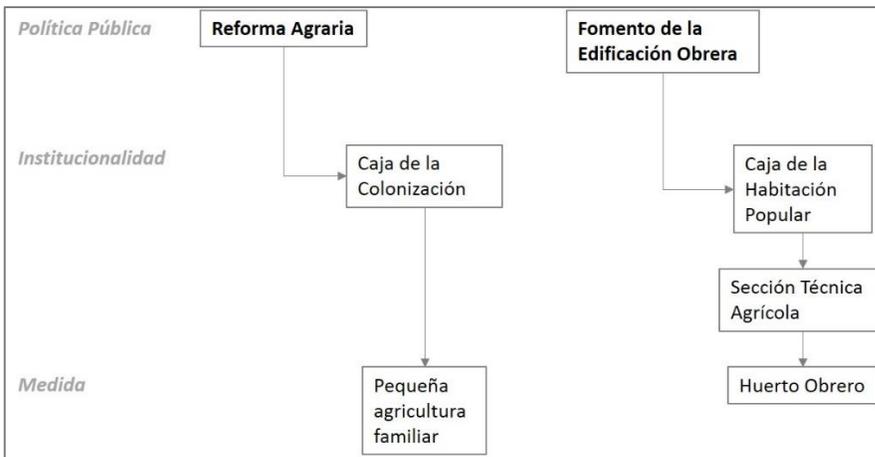
Fuente: elaboración propia sobre la base de Coque, 2002.

Por otra parte, el proyecto de Huertos Obreros y Familiares se combina con la visión que se poseía durante los años veinte de considerar como un obstáculo para el desarrollo del sector agrícola el que la propiedad de la tierra estuviera concentrada en grandes latifundios. Para ello, la Constitución de 1925, durante el segundo gobierno de Alessandri, establece como uno de sus objetivos la subdivisión de grandes propiedades y el fomento de la pequeña propiedad agrícola familiar. En 1928 se crea como institución de apoyo a estos objetivos la Caja de la Colonización Agrícola, la cual impulsa medidas relativas al otorgamiento de créditos y a la promoción del riego, entre otras (Garrido, Guerrero y Valdés, 1988).

Posteriormente, en el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo se conduce una reforma agrícola (en 1927), la cual va acompañada de una reforma social. En ella, se trazaron como principales lineamientos la colonización de tierras estatales, el desarrollo de cooperativas agrícolas, un sistema de préstamo a pequeños propietarios rurales y la subdivisión de latifundios de la Zona Central para fundar nuevas colonias (Garrido, Guerrero y Valdés, 1988). Esta reforma, que conjugaba la participación de pequeños agricultores a través de cooperativas en el desarrollo del sector agropecuario, sirvió como sustrato para la creación del proyecto de Huertos Obreros y Familiares, al unificar el acceso a la vivienda propia con agricultura de autoabastecimiento y complemento al ingreso familiar.

A pesar de que el desarrollo de esta reforma generó un ambiente favorable para el diseño y desarrollo del proyecto de los Huertos, se produjo a su vez un ambiente de conflicto entre la Caja de la Colonización y la Caja de la Habitación Popular debido a la superposición de objetivos en la promoción de la pequeña agricultura de forma cooperativa (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941).

Lineamientos Caja de la Colonización y Caja de la Habitación Popular en torno a la promoción de la pequeña agricultura



Fuente: Elaboración propia.

Finalmente, la visión práctica de buscar una forma de que el obrero pudiera tener un complemento a su ingreso estaba asociada a una visión que se transformó en un proyecto social por parte de los Gobiernos Radicales, la cual consistía en la defensa del modelo familiar tradicional y la búsqueda de alejar a los hombres de los vicios (Correa et al, 2001). El proyecto de los Huertos Obreros se enmarcó en una serie de políticas públicas que tenían por finalidad el reforzamiento de las estructuras familiares y de los roles de los integrantes, al considerar que “*el alcoholismo, la*

inestabilidad familiar y los nacimientos al margen del matrimonio, así como los altos índices de mortalidad y morbilidad infantil, atentaban contra el capital humano de la nación” (Correa et al, 2001: 168). De acuerdo con la Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda. (1941), la fortaleza del proyecto radicaba en que se conjugaba el ideario de la subdivisión de la tierra con la educación de los obreros para estimular su desarrollo. Además, era la familia en su conjunto la principal fuerza de trabajo para la explotación agrícola de la parcela. Es así como la visión ética que se poseía respecto de los beneficios de los Huertos Obreros era coherente con la búsqueda del reforzamiento de la estructura familiar que Correa et al (2001) atribuyen como una meta de los Gobiernos Radicales.

Estas visiones se conjugan en los planteamientos de los principales ideólogos de los Huertos Obreros y Familiares en Chile, Víctor Robinovitch, quien fuera el creador de la maqueta de la Ley 6.815 de Huertos Obreros y profesional de la Caja de la Habitación Popular, y Carlos Carvajal, arquitecto miembro de la Junta Central de la Habitación Popular. Esta amalgama de principios de cooperativismo y asociatividad para el desarrollo económico y social, de la potencialidad de la planificación territorial bajo el ideal de la Ciudad Jardín y Lineal como vehículo de transformación social y de la defensa del modelo tradicional familiar se articulan para dar lugar a las principales ideas que sustentan el proyecto de los Huertos Obreros.

La traducción que se realizó en Chile de las ideas de los socialistas utópicos y de los planificadores de la Ciudad Jardín y Lineal se basó en conjugar la noción de villas cercanas a la gran ciudad que estuvieran conectadas mediante una carretera o avenida, pero que, a diferencia de las ciudades planteadas por Howard y Soria y Mata, éstas serían villas con viviendas para obreros urbanos que mantendrían sus trabajos en la ciudad y ejercerían la agricultura de pequeña escala en los predios en los cuales tendrían sus viviendas. Es decir, no llegarían a ser las ciudades satélites propuestas por ambos urbanistas, sino que serían comunidades con una autosuficiencia relativa, las cuales seguirían siendo dependientes de la gran ciudad fundamentalmente respecto en términos de empleo.

Por otra parte, en términos políticos, Carvajal adopta la noción de un cooperativismo que se aleja del cooperativismo anarquista, al ser más bien una corrección del sistema capitalista para mejorar las condiciones de los más vulnerables. Carvajal ve en los huertos obreros la potencialidad de mezclar distintas clases sociales a través de su coexistencia en un mismo espacio, sin buscar una mayor igualdad o disolución de clases:

“Las ciudades lineales (...) es, a la vez, una idea moral, porque aspira a la división y repartición de la propiedad territorial a lo que llama el gran filósofo Tolstoy, “La conquista de la tierra”, esto no por medios violentos, como lo pretende el anarquismo, ni con sus sueños irrealizables como quieren el colectivismo y el

socialismo, sino por medios equitativos, por la solidaridad del capitalista y del trabajador, por la virtud de la laboriosidad y el ahorro de éstos, de la protección de aquellos, de la fraternidad y conveniencia de todos” (Carvajal, 1909 (2012): 68).

A esta noción de mixticidad social Carvajal (1936) atribuía otro beneficio en la conformación de huertos obreros: el mantener a los obreros ocupados para evitar conflictos, revueltas y huelgas asociadas al malestar que podrían tener a partir de su conciencia de clase. Con esta noción, Carvajal se aleja de los movimientos anarcosindicalistas y de un socialismo marxista que veían en la acción directa una estrategia para remover la estructura económica.

“Esta congestión urbana en muchos países ha producido malestar y huelgas, principalmente en la época de crisis financieras, y para evitarla en varias ciudades se han establecido en las cercanías de las fábricas y en los alrededores de las ciudades, huertos obreros como instituciones sociales y en las partes donde han prosperado, estas huelgas han sido muy raras” (Carvajal, 1936: 157).

“Y la pequeña propiedad territorial, con casa, huerta y jardín, repartida entre todas las clases sociales, es bienestar y riqueza que se crea, facilitando la solución del problema social, pues convierte al obrero huelguista en obrero pacífico, propietario y burgués” (Carvajal, 1909 (2012): 68).

Estas ideas se complementaban la noción de que gracias a este modelo espacial se podían fortalecer las estructuras familiares y con ello conducir hacia una reforma social pacífica, sustentándose en ello el potencial del Huerto Obrero, de acuerdo con Robinovitch (1937),

“(…) la apreciable cualidad de proporcionar trabajo al obrero en sus horas desocupadas, y a su familia durante todo el día, sin necesidad de que ella se aleje de su hogar.

Contribuye, pues, a restablecer, a conservar y a unir a la familia, en un mismo sentimiento de solidaridad y una misma aspiración:

BIOLÓGICO, ECONÓMICO Y SOCIAL” (Robinovitch, 1937: 176).

Asimismo, el diputado Emilio Zapata, político que apoyó la promulgación de los Huertos como política pública, conjugaba los principios del higienismo con el desarrollo de la pequeña agricultura en la defensa del proyecto de Huertos Obreros: *“(…) se trata de atender a la realización de una política de subdivisión de la tierra que abunda en el país y que está en reducidas manos; se trata de entregar éstas a modestos hijos del pueblo para fomentar la vivienda amplia con aire, luz y sol, y para el desarrollo de industrias agropecuarias”* (Diputado Emilio Zapata, 1941; en Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 14).

Es así como las visiones fundacionales de los Huertos encuentran y se sustentan en ideales más amplios que no solo se encontraban circulando a nivel nacional, sino

que se estaban legitimando en políticas públicas, como era el fomento del cooperativismo y de la pequeña agricultura gracias al impulso de la reforma agraria. Además, el carácter utópico, sustentado en la idea de la planificación territorial como base para la reconstrucción de la sociedad capitalista, se conjuga con una visión pragmática en la cual los huerteros seguían siendo trabajadores insertos en el sistema capitalista de producción de lunes a viernes, trabajando en los huertos los fines de semana como complemento a sus ingresos. De esta forma, la mejora de sus condiciones de vida no se lograba mediante el reemplazo del sistema capitalista por otro sistema económico, sino que se complementaba a éste. Esta particularidad es quizás la que hace que el proyecto sea transversalmente apoyado y que logre escalar hacia su legitimación como política pública.

1.3. La circulación de la idea

El contexto en el cual se encontraba el país en los años veinte, tanto en términos del aumento de la población urbana y la creciente necesidad por dotar de vivienda a los sectores populares, como en términos políticos y sociales a raíz de la emergencia de visiones de desarrollo relacionadas con el cooperativismo, la reforma agraria y la modernización del Estado, se tradujo en un contexto favorable que posibilitó un campo de acción en el cual se pudo desarrollar y llevar a la realidad la idea de los huertos obreros.

La construcción del proyecto estuvo dada por dos etapas. La primera se caracterizó por la difusión y movilización de la idea entre el ámbito profesional, principalmente arquitectos, y la institucionalidad pública, llevándose a cabo intentos por legislar en favor de este proyecto y por ensayar ciertas tipologías de huertos obreros, los cuales no prosperaron. La segunda etapa se definió por una articulación de las relaciones más amplia, vinculándose las cooperativas de vivienda con políticos y con la institucionalidad pública con la finalidad de generar alianzas que permitieran la consecución del proyecto.

En ambas etapas se presenta una narrativa común y la divulgación del ideario de los Huertos Obreros y de idearios vinculados con el mismo: la Ciudad Jardín, Ciudad Lineal, asociatividad, higienismo, refuerzo de la estructura familiar tradicional, principalmente. En este sentido, la definición de la situación y la orientación de la agencia en ambas etapas es la misma: la solución de dotación vivienda mediante la construcción de huertos obreros. Para ello se buscaba ejercer influencia en el poder político con la finalidad de que éste legislara en favor del proyecto.

Pero como se dijo anteriormente, la diferencia entre ambos momentos es que en el primero (entre los años 1900 y 1925) aún no se daba un contexto político coherente con el ideario de los Huertos Obreros y las vinculaciones, si bien se daban entre

relaciones de poder, no constituían una red de alianzas que ejerciera presión para que el proyecto pudiera realizarse como una política pública. En la segunda etapa, en cambio, la visión de desarrollo desde el poder político conjugado con una articulación de alianzas promovida desde la sociedad civil permite la consecución de arreglos institucionales que tuvieron por resultado la promulgación de la ley.

A raíz de la celebración del Congreso y Exposición de la Habitación Popular en el año 1936 se posee una recopilación de los textos de las presentaciones que realizaron arquitectos y profesionales de distintos ámbitos para discutir sus visiones en torno a cómo se debía proceder en políticas de vivienda y el rol de la recientemente creada Caja de la Habitación Popular. Estos textos dejan en evidencia no sólo las ideas de cada uno de los participantes, sino que aportan antecedentes respecto del rol y posición que poseían para posicionar las ideas que defendían, sino que también permite rastrear la trayectoria de estas ideas y las relaciones que permitieron que éstas circularan.

Uno de los principales propulsores de la Ciudad Lineal y de la promoción de la vivienda obrera en Chile mediante el desarrollo de huertos obreros fue Carlos Carvajal, arquitecto que era en 1936 miembro de la Junta Central de la Habitación Popular. De acuerdo con lo expresado en su presentación en el Congreso y Exposición de la Habitación Popular en el año 1936, Carvajal poseía una trayectoria en cuanto a la difusión de la idea y a la búsqueda de que los huertos obreros, en el marco de las ideas de la Ciudad Lineal, fueran considerados como una política pública.

La trayectoria de la idea se da a partir del contacto que mantenía Carlos Carvajal con Arturo Soria y Mata desde principios del siglo XX, pudiendo decirse que Carvajal era el representante de los postulados de la Ciudad Lineal en Chile (Figueroa, 2009). Asimismo, mantiene un intercambio de ideas y experiencias con Georges Benôit-Lévy, quien en 1928 forma la Asociación Internacional de Ciudades Lineales (Hall, 1996) y que participa en 1936 en el Congreso y Exposición de la Habitación Popular. Se puede decir entonces que Carvajal poseía una relación directa con los urbanistas referentes de la Ciudad Lineal a nivel internacional, siendo el mismo Carvajal reconocido en Europa (Figueroa, 2009).

Carvajal plantea que uno de los primeros intentos que lleva a cabo para incorporar en la legislación a viviendas con huertos como solución habitacional lo efectúa en 1913, casi 25 años antes de que se legislara al respecto. A partir de entonces realiza una serie de acciones tendientes a promover la idea de los huertos obreros tanto entre arquitectos y profesionales afines como entre políticos. Algunas de estas acciones consistieron en la participación en 1914 en el Primer Congreso de Gobierno Local, del cual forma parte del comité directivo y en donde expone el sistema de Huertos Obreros, pero según el mismo Carvajal, no tuvo impacto; la divulgación de planos realizados por él de un conjunto de una población Agrícola de Huertos

Obreros en el Congreso Científico de Temuco en 1914; la presentación de un estudio para propagar las pequeñas poblaciones agrícolas en la Exposición y Conferencia de la Habitación Económica, de la cual fue organizador, en 1922; la publicación del trabajo del escritor H. González del Castillo que dedica a Chile y en el cual plantea la colonización del país a través de poblaciones lineales urbanas y agrícolas; entre otras.

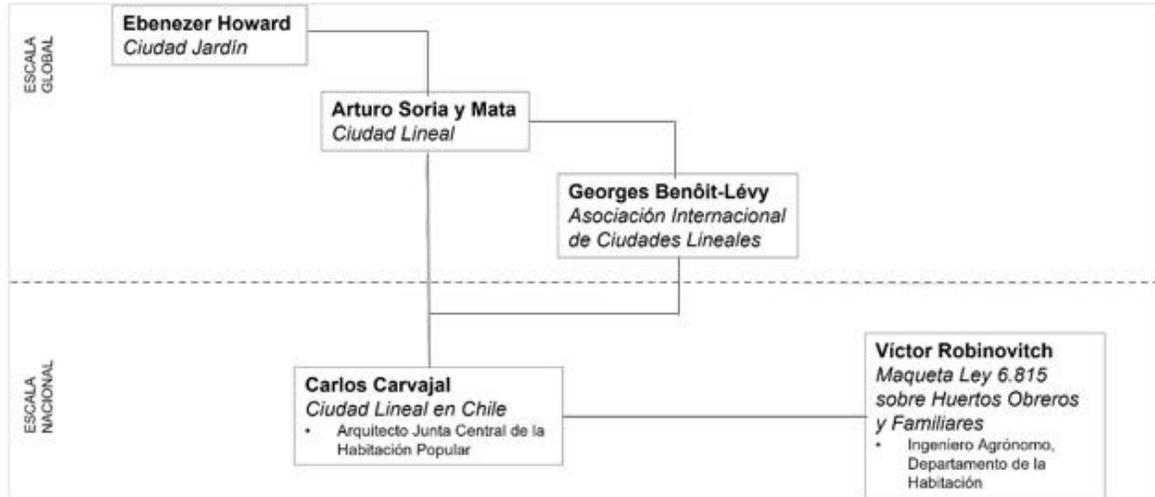
Además de la divulgación, Carvajal realiza una serie de intentos por instalar el ideario de los Huertos como política pública, presentando sus propuestas directamente en distintas instituciones públicas. En 1925 presenta al ministro de Obras Públicas un estudio que tuvo acogida favorable sobre formación de huertos agrícolas; en 1929 elabora un proyecto de población agrícola en Santiago, el cual es presentado al Gobierno, pero no se concreta; en 1930-31 presenta un proyecto a los Inspectores Generales del Trabajo para palear la cesantía a través de huertos obreros, siguiendo el modelo de Detroit, el cual tampoco tuvo acogida.

Es así como, si bien Carlos Carvajal logró entablar conversaciones con el poder político en distintas ocasiones con la finalidad de presentar proyectos sobre poblaciones agrícolas o bien para impulsar legislación al respecto, no es sino hasta 1933, cuando es invitado a formar parte del estudio sobre el proyecto de ley que creaba a la Caja de la Habitación Popular, que se logró incorporar la idea de incluir a los huertos obreros como parte de la solución habitacional, al considerarse la creación de fondos para el desarrollo de huertos obreros e industrias caseras en esa ley. Carvajal no establece si fue mérito de él el logro de la incorporación de financiamiento para los huertos obreros en la ley, sin embargo, podría decirse que es indiscutible el rol que jugó en la difusión de la idea.

Por su parte, Víctor Robinovitch, ingeniero agrónomo conocedor de las ideas de la Ciudad Lineal y de los Huertos Obreros, trabaja en la década del treinta en la promoción de la idea de forma paralela a Carlos Carvajal. Si bien no se ha podido establecer si hubo trabajo en conjunto entre Carvajal y Robinovitch, si existe evidencia de que Carvajal estaba al tanto de las gestiones de Robinovitch para impulsar a los Huertos Obreros dentro de las políticas de vivienda (tal como lo estipula el mismo Carvajal en el Congreso y Exposición de la Habitación Popular de 1936).

Robinovitch, movilizó la idea de los Huertos Obreros desde su calidad de funcionario público, primero en la Junta de la Habitación Popular y luego en la Caja de la Habitación Popular. Participó en 1931 en la formulación del Decreto Ley N° 33 de 1931, en el cual se planteaba la destinación de préstamos para el desarrollo de Huertos Obreros, siendo este el primer logro en cuanto a impulsarlos en la política pública de vivienda con respaldo legal. La promulgación de este decreto, sin embargo, no fue suficiente para que se consideraran proyectos de vivienda con la tipología de Huertos Obreros.

La circulación de la idea. De la Ciudad Jardín a los Huertos Obreros y Familiares.



Fuente: Elaboración propia.

El ideario de los Huertos Obreros, enmarcados dentro del modelo de la Ciudad Jardín, no era el único ideario que se encontraba en construcción y circulación a nivel mundial y nacional. Tal como se dijo anteriormente, esta es una época que se caracteriza por la profusión de ideas de profesionales e intelectuales que buscaban soluciones para las problemáticas de la ciudad en relación con una visión más amplia de reforma social. En este contexto se idean diversos modelos territoriales y urbanos, produciéndose muchas veces disputas entre sus ideólogos en la defensa de lo que consideraban como la solución ideal.

Es así como el proceso de consenso que llevó a la promulgación de la ley de Huertos Obreros y Familiares en Chile, el cual estuvo impulsado por las relaciones y alianzas entre los actores antes mencionados, tuvo como contraparte un proceso de contestación llevado a cabo por actores que poseían una visión distinta sobre cómo se debía conducir la política pública respecto de la dotación de viviendas. Una parte de esta oposición se encontraba en arquitectos contrarios a la idea de la Ciudad Jardín y que sintonizaban con idearios distintos, como era el movimiento de Arquitectura Moderna y sus nociones de planificación racionalista y en densidad, de acuerdo con los postulados de la CIAM sobre la vivienda racional y la ciudad funcional (Hidalgo, 2005). Este grupo de arquitectos eran cercanos a las ideas de Le Corbusier, quien veía una dualidad entre las ideas de cercanas a la Ciudad Jardín y la Arquitectura Moderna racionalista: “(...) las ciudades en oposición a la concentración urbana; de estos dos estados contradictorios era preciso escoger el

que se evite el despilfarro de tiempo, energía, dinero y territorio” (Le Corbusier; en Hidalgo, 2005: 136).

Dentro de este grupo de arquitectos ligados a la Arquitectura Moderna en Chile se encontraban Parraguez y Gebhard, quienes se oponían a la idea de la Ciudad Jardín y, más aún, a legislar en favor de los Huertos Obreros como solución habitacional. Esto debido a que consideraban que la vía para la dotación de vivienda debía ser mediante el aumento de densidad en el interior de la ciudad y la construcción en altura, viendo en la construcción de Huertos Obreros problemas derivados del aumento de los costos en urbanización, transporte y mantención de estos (Franck y Pérez, 2009). Es así como Gebhard planteaba en el Congreso y Exposición de la Habitación Popular en el año 1936 su rechazo frente a las propuestas de solución habitacional con huertos obreros: *“El primero es no hacer nada, es decir, construir ciudades jardines, etc. El segundo la acción enérgica y consciente, deducida de un análisis frío y matemático de la realidad”* (Gebhard, 1936; en Hidalgo, 2005: 138).

Esta polarización de las ideas sobre cómo planificar la ciudad y solucionar el problema de vivienda se reflejó en las legislaciones relativas a vivienda aprobadas en la década del treinta y cuarenta. Ambos postulados, de la Arquitectura Moderna y de la Ciudad Jardín y lineal quedaron condensados en las leyes, promovándose tanto los conjuntos habitacionales en densidad en el interior de la ciudad como los Huertos Obreros (Hidalgo, 2005).

Sin embargo, a raíz del terremoto de Chillán en el año 1939 se produce un giro paulatino hacia los postulados de la Arquitectura Moderna y un retroceso de las ideas ligadas a la Ciudad Jardín. El aumento del déficit de viviendas llevó a una visión pragmática que buscaba acelerar la velocidad de la construcción, lo cual era posible mediante la construcción de viviendas en altura con el uso de hormigón armado (Franck y Pérez, 2009). Esto fue impulsado por Luis Muñoz Maluschka, arquitecto ligado a la corriente moderna y jefe de la sección de Urbanismo de la Caja de la Habitación Popular. Esta visión pragmática y moderna era además coherente con un Estado que también se encontraba en proceso de modernización y que fue adoptando la nueva forma de hacer arquitectura que venía de Europa en desmedro de las corrientes de principios de siglo ligadas a la Ciudad Jardín, la cual también estaba en retroceso en el resto del mundo. (Franck y Pérez, 2009).

La disputa por las ideas no solo se dio entre los arquitectos urbanistas, sino que también se dio entre instituciones del Estado. Tal como vimos anteriormente, se producen fricciones entre la Caja de la Colonización y la Caja de la Habitación Popular por la superposición de objetivos respecto del desarrollo de la pequeña agricultura, reclamando la primera los fondos destinados al proyecto para el financiamiento de su política de colonización. También se produjeron tensiones entre la Caja de la Habitación Popular y la Caja Nacional de Ahorros y el Banco Central, debido a que éstos últimos pusieron impedimentos para la aprobación del

financiamiento que se había propuesto para el proyecto (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941).

Pero también se produjeron diferencias de punto de vista dentro de la misma Caja de la Habitación Popular,

“De diversos sectores se levantaron oposiciones a la realización de tan interesante iniciativa, y lo que es más y que encierra una verdadera paradoja, ocurrió en el seno de la propia Caja de la Habitación Popular, institución llamada a dar vida próspera a los huertos obreros” (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 2).

Una de las consecuencias de estas disputas fue el despido de la Caja de la Habitación Popular de Victor Robinovitch, creador de la ley y el principal impulsor de la idea de los huertos dentro de esta institución. Así veía la Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza en el año 1941 el despido de Robinovitch:

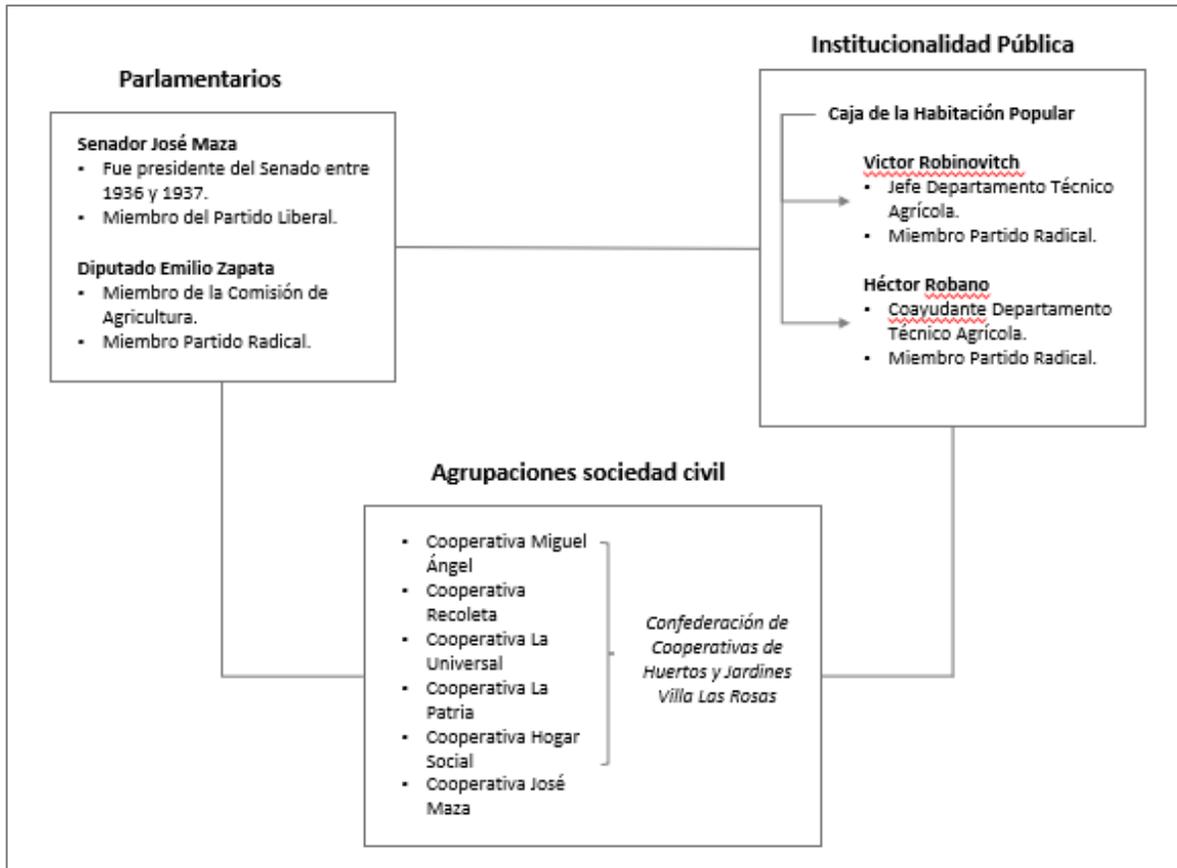
“Es la primera víctima, como funcionario de la Caja en pro de la causa de los huertos obreros, pues siendo Jefe del Departamento Técnico Agrícola, fue destituido injustamente por los contrarios de los huertos obreros, en compañía de su coayudante, también radical, el Ingeniero Agrónomo, don HECTOR ROBANO. (El pago de Chile)”. (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 28).

1.4. La fuerza del compromiso político en la instalación del proyecto como política pública

A pesar de las oposiciones a las cuales se vio enfrentado el proyecto, fundamentalmente debido a la paulatina instalación del ideario de la Arquitectura Moderna y el consiguiente desplazamiento del ideario de la Ciudad Jardín, el proyecto de Huertos Obreros se convierte en el año 1941 en política pública gracias a la promulgación de la Ley 6.815 “Destina fondos para la formación de Huertos Obreros y al desarrollo y fomento de las industrias caseras”, más conocida como la Ley sobre Huertos Obreros y Familiares José Maza. La promulgación de la ley, la cual da cuenta de la legitimación del proyecto y el consiguiente apoyo estatal para su desarrollo, se logró gracias a una serie de procesos agenciales llevados a cabo durante más de quince años. Esto fue posible, tal como se dijo anteriormente, gracias a un contexto que se presentaba abierto a las distintas visiones sobre cómo abordar el problema de la vivienda y de la ciudad, pero también a visiones que se encontraban instaladas en la política pública que se vinculaban al ideario de los Huertos Obreros, como era el cooperativismo, el fomento de la pequeña agricultura y el reforzamiento de las estructuras familiares. Sin embargo, el éxito del proceso agencial se sustentó, además, en una estructura relacional fuerte constituida por

agentes situados en distintas escalas, generándose alianzas entre organizaciones de la sociedad civil, como fueron las cooperativas, parlamentarios y funcionarios públicos.

Estructura relacional Proyecto Huertos Obreros y Familiares



Fuente: Elaboración propia.

La importancia que tuvieron las cooperativas en la consolidación del proyecto es que, gracias al compromiso sostenido de sus socios y a sus acciones y estrategias, lograron articular nuevos arreglos institucionales y, con ello, escalar el proyecto e instalarlo en la agenda pública. La decisión de trazar como punto de inicio la conformación de las cooperativas se sustenta en el enfoque de esta investigación, la cual busca relevar a los sectores populares urbanos como agentes con capacidad de acción histórica en la producción del espacio urbano (Espinoza, 1988), por lo que la historia comienza con la organización de estos sectores. *“(La historia) no puede ser escrita sino desde el punto de vista de ellos; vale decir, a partir de las acciones que los configuran como actores en conflicto”* (Espinoza, 1988: 9).

La formación de las cooperativas de vivienda se produjo gracias a un marco normativo que promovía la articulación social a través de este tipo de organizaciones, mediante el Decreto Ley 700 del año 1925 sobre Sociedades Cooperativas. Si bien esta ley no contemplaba el proyecto de Huertos Obreros como solución habitacional, si otorgaba los cimientos para el mismo, al fomentar la creación de sociedades cooperativas para la promoción de la asociatividad en el desarrollo de diversas áreas, tales como el desarrollo de pequeña industria, de la agricultura, la construcción de viviendas para socios de las cooperativas, el funcionamiento de éstas como instituciones de crédito para socios o también como gremios de profesionales u oficios. Es entonces a partir de esta ley que se forman las cooperativas de vivienda que luego formarían los Huertos José Maza y Villa Las Rosas.

Las primeras cooperativas que se constituyen como tal y que formaron parte del proceso de diseñar e impulsar el proyecto de Huertos Obreros y Familiares fueron seis cooperativas que luego formarían Villa Las Rosas y Huertos José Maza. En el caso de las cinco cooperativas que formarían Villa Las Rosas, éstas se conformaron como tal entre los años 1927 y 1929, bajo el alero del Decreto Ley 700 del año 1925 sobre Sociedades Cooperativas. En el caso de la Cooperativa José Maza, ésta se formó en el año 1936, año en el cual ya se consideraba el fomento de los huertos obreros en la legislación. En este sentido, la distancia temporal respecto de la formación de las cooperativas puede haber jugado un rol en cuanto a que el contexto normativo cambió, debido a que la legislación respecto de la promoción de los huertos era inexistente cuando se formaron las primeras cooperativas mientras que, en el caso de la creación de la Cooperativa José Maza, ya existía la idea de formar este tipo de comunidades. Bajo este contexto, las cooperativas formadas antes del Decreto Ley N°33 de 1931 que establecía por primera vez a los huertos como una solución habitacional y la Cooperativa José Maza, formada posteriormente, no tuvieron el mismo rol respecto de la promoción de la Ley 6.815 sobre Huertos Obreros y Familiares, estando esta última más involucrada en el proceso de promulgación que el resto de acuerdo con la documentación que se ha podido recopilar.

Cooperativa José Maza



Fuente: Gentileza Arturo Salinas.

Ahora bien, el objetivo común para todas las cooperativas se encontraba en formar una agrupación que les permitiera acceder a una vivienda propia en el marco de lo que establecía la ley de Sociedades Cooperativas. Esto queda en evidencia en los estatutos de la Sociedad Cooperativa de Edificación, Consumo y Crédito Poblaciones Unidas Recoleta Limitada:

“Tiene por objeto acogerse a los beneficios de la Legislación Social, de manera de poder proporcionar a sus socios vivienda propia e higiénica, la adquisición de terrenos para construir habitaciones en sus anexos y dependencias, la construcción de edificios con varias habitaciones; que puedan ser ocupadas por una reunión de familias o la edificación de casas con uno o más patios con huertos y jardines, para el uso de una sola familia” (Sociedad Cooperativa de Edificación, Consumo y Crédito Poblaciones Unidas Recoleta Limitada; en Catalán y Fernández, 2014: 20).

En relación con el rol que tuvieron las cooperativas en el impulso del proyecto de Huertos Obreros y Familiares, no se poseen antecedentes en detalle sobre la participación de las cinco cooperativas que luego formaron parte de Villa Las Rosas, ni tampoco sobre la relación entre éstas y parlamentarios y/o funcionarios públicos o entre éstas y la Cooperativa José Maza. En cambio, en el caso de la Cooperativa José Maza, a partir de la cual se formaron los Huertos José Maza, existe documentación en la cual queda en evidencia cómo esta cooperativa estableció un diálogo directo con la institucionalidad pública de la época y con los parlamentarios

que apoyaban el proyecto (como es el caso de los documentos creados por la Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda: el primero, que recopila el proceso que llevó a la dictación de la ley y la Historia de la Cooperativa José Maza, el cual reconstruye la historia de la cooperativa desde el año 1936 hasta 1954).

Para la Cooperativa José Maza, el objetivo de su formación no estuvo basado únicamente en crear una agrupación para acceder a vivienda propia, sino que desde sus inicios tuvo como finalidad la promoción del proyecto para convertirlo en una realidad. La adopción de un rol activo y central por parte de esta cooperativa en la búsqueda de un sustento legal para llevar a cabo el proyecto de los huertos se puede evidenciar tanto en las prácticas que realizaron y en las alianzas que sostuvieron con actores de mayor influencia como también en la visión que poseían de ellos mismos como agrupación, es decir, hacia dónde orientaban su agencia:

*“Un grupo de ciudadanos conocedores de la Ley de la Caja de la Habitación Popular y con clara conciencia de sus deberes para con las necesidades populares, se dio a la tarea de organizar una institución que se ocuparía de patrocinar hasta realizar la idea de los huertos obreros. Esta institución es la que se conoce con el nombre de **Cooperativa de Huertos** (énfasis en el original)”* (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 6).

La búsqueda por parte de la Cooperativa José Maza de otorgarle al proyecto de Huertos Obreros y Familiares un mayor sustento por parte de la legislación y de la institucionalidad pública se debió a que ninguna de las legislaciones que consideraban el fomento de los huertos dio como resultado la creación de éstos, por lo que se consideró la necesidad de generar una ley propia.

La falta de sustento en las legislaciones que precedieron a la Ley 6.815 se puede notar en que, si bien la Ley 5.950 del año 1936 que creó la Caja de la Habitación Popular establecía en la misma el fomento del huerto familiar y de industria doméstica (Ley 5.950/1936, Art. 19 (f)), ésta no presentaba la forma en la cual se llevaría a cabo esta nueva forma de dotación de vivienda. De forma previa a esta ley se tiene además como antecedente el Decreto Ley N° 33 de 1931, en el cual se establecía en el Artículo 14 el otorgamiento de préstamos para la formación de huertos obreros y la Ley 5.579 de 1935 sobre Financiamiento de la habitación popular, en la cual se define financiamiento para el desarrollo de Huertos Obreros mediante préstamos hipotecarios para la compra de sitios y mediante un fondo destinado a la construcción y dotación de estos.

Para solucionar esta situación, en el año 1936 se crea la Cooperativa José Maza, la cual establece como uno de sus objetivos la promoción de la ley, presentándose ese mismo año la iniciativa de proyecto de Ley “sobre creación de Huertos Obreros, como fomento a las industrias caseras”.

En relación con la formación de alianzas colaborativas entre la Cooperativa José Maza y parlamentarios y funcionarios públicos que pudieran dar curso al proyecto de Huertos Obreros, se tienen algunos relatos por parte de la Cooperativa en los cuales se sitúa a ésta como una de las organizaciones que ocuparon un rol central en el logro de la promulgación de la ley precisamente por sus vínculos con miembros de la clase política:

“En la promulgación de la ley 6.815, la Cooperativa José Maza tuvo un rol muy relevante ya que logró el consenso de muchos parlamentarios de diferentes posiciones políticas para aprobar esa ley la cual fue patrocinada y coordinada por el Senador José Maza Fernández, para lograr éxito, la institución arrendó un local en calle Serrano 62 que tenía facilidades para que asistieran ministros de estado, parlamentarios y otras personas en el transcurso de la campaña para obtener la aprobación de la ley”. (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda, 2014: 23).

Los parlamentarios con los cuales se establecen alianzas y que son mencionados en los documentos de la época son el senador José Maza, perteneciente al Partido Liberal, quien fue durante el primer gobierno de Alessandri Palma ministro del Interior y ministro de Justicia e Instrucción Pública, y presidente del Senado entre 1936 y 1937, y el diputado Emilio Zapata, del Partido Radical. Existen al respecto registros de encuentros en el año 1938 entre el entonces presidente de la cooperativa Julio de la Cruz con el senador José Maza sobre los avances en el diseño del proyecto unos años antes de la promulgación de la ley. Por otra parte, existe documentación sobre prácticas por parte del directorio de la Cooperativa relativas a la repartición de propaganda alusiva al proyecto a parlamentarios y autoridades políticas para agilizar la aprobación de la ley, en 1939.

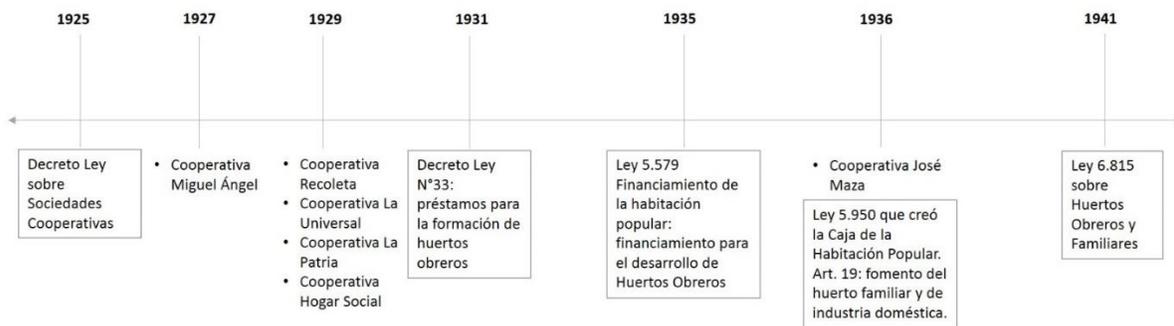
En relación al rol que ocuparon los parlamentarios vinculados a la Cooperativa José Maza, se considera al senador José Maza por parte de esta cooperativa como el *“autor y defensor en el Congreso Nacional del proyecto de ley de Huertos Obreros”* (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 20), destacándose para ellos *“en forma admirable, elaborando el proyecto y defendiéndolo en ambas ramas del Congreso Nacional hasta convertirlo en Ley de la República, con lo que los chilenos tendrán una Patria mejor”*. (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 20). El diputado Emilio Zapata, por su parte, jugó un rol importante en el proceso de elaboración y promulgación de la ley gracias a la *“defensa y patrocinio”* de la misma, siendo este rol definido por la cooperativa,

“Los miembros de la Cooperativa de Huertos Obreros, estudiaron la situación relativa al hombre que debería tener en la Cámara de Diputados la defensa y el patrocinio del proyecto de ley sobre los huertos obreros, y después de considerar antecedentes, llegaron a la conclusión que nadie podría hacerlo mejor que Emilio

Zapata Díaz, conocidos su dinamismo, su inquebrantable afán de servir a causas del pueblo y su interés por todos los aspectos del problema relacionado con la vivienda popular” (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 16).

Debido al éxito que se obtuvo el año 1941 frente a la promulgación de la ley, la Cooperativa José Maza denomina al diputado Emilio Zapata como el “*Campeón de la defensa del proyecto en la Cámara*” (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 20).

Trayectoria proyecto de Huertos Obreros



Fuente: Elaboración propia.

Al observar los procesos de articulación y de acciones llevadas a cabo por parte de esta estructura relacional, podemos notar que el compromiso sostenido y el involucramiento de actores en distintas escalas fue clave para el logro de la agencia. Por una parte, la fortaleza de la estructura relacional se manifestó en lo que Harvey (1996), Emirbayer y Mische (1998) y Nicholls (2009) plantean como uno de los fundamentos de la agencia: la construcción de una fuerza coherente que impulse los procesos de cambio, la cual se manifestó en un compromiso político colectivo de forma sostenida en el tiempo. Esto se tradujo en la movilización del proyecto espacial durante casi una década, gracias al cual se logró finalmente su materialización como política pública: *“el huerto obrero, la idea con cuya realización ha soñado largamente un grupo de ciudadanos visionarios e idealistas (...)”* (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 2)

Por otra parte, los procesos agenciales se sustentaron en una estructura relacional que se articuló a partir de lo que Nicholls (2009) postula como una de las condiciones para el éxito de la acción política: la constitución de redes relacionales que involucren tanto a agentes locales, quienes proveyeron de recursos emocionales, materiales y simbólicos, y de agentes distantes, mediante su aporte como soporte político. Es así como el involucramiento de agentes provenientes

desde la sociedad civil, desde el sector público y desde el ámbito político, se tradujo en una estructura relacional que se articulaba tanto a partir de lazos de proximidad como a partir de personas instaladas en la esfera pública.

La fuerza del compromiso político de parte de quienes se articularon en la estructura relacional que condujo el proyecto de los Huertos Obreros se construyó a partir de lo que Harvey (1996) y Nicholls (2009) consideran como uno de los aspectos clave para el éxito de procesos agenciales: el desarrollo de un cierto grado de cohesión organizacional e ideológica a partir de una visión colectiva, la cual se materializó en una serie de prácticas llevadas a cabo para la promoción de la ley, desarrollándose una agencia exitosa que tuvo como momento cúlmine su promulgación.

El apoyo político del senador José Maza, perteneciente al Partido Liberal, a un proyecto que nace con una fuerte inspiración de los ideales anarquistas y socialistas utópicos puede parecer a primera vista extraño. Sin embargo, este apoyo puede comprenderse en primer lugar en que entre los años 1920 y 1937 el gobierno de Alessandri, del Partido Liberal, era apoyado por partidos de centro e izquierda. Además, si observamos que el movimiento anarquista y socialista de comienzos del siglo XX en Chile, si bien estaba enfocado en la promoción de las cooperativas y de los principios mutualistas, estaba más centrado en la organización de los trabajadores bajo una lucha económica contra el sistema capitalista. En este sentido, el proyecto de los Huertos bajo cooperativas de vivienda que requerían del apoyo institucional se presentaba como un proyecto casi apolítico, especialmente en comparación con las corrientes anarquistas que promovían la acción directa. Más aún, las demandas de quienes se adherían a soluciones comunitarias de carácter mutualista eran consideradas soluciones más bien pragmáticas, pudiendo concebirse al mutualismo incluso como un principio organizador de carácter apolítico (Espinoza, 1988). En este sentido, el proyecto de los Huertos se presentaba como una alternativa que podía coexistir con el sistema capitalista. Es más, desde el movimiento anarcosindicalista se criticaba la creación de cooperativas que beneficiaban exclusivamente a sus socios gracias a prácticas mutualistas, *“Las cooperativas solo eran buenas si sus beneficios, en vez de repartirse entre los asociados, se destinaban a socorrer a los obreros cesantes, a mantener un periódico o a acumularlos para sostener una huelga”* (Grez, 2007: 78). El carácter del proyecto de Huertos Obreros, como una forma de reforma social no marxista, permitió la adhesión de actores que provenían de diversas visiones ideológicas, construyéndose una visión conjunta propia que los unió en la conducción de este proyecto.

La búsqueda de apoyos políticos e institucionales de distintos colores políticos por parte de las cooperativas para la consecución del proyecto se enmarca también en un contexto en el cual una parte de los sectores populares urbanos organizados se encontraban cansados frente a negociaciones con la institucionalidad pública que

duraban años y no llegaban a puerto (Espinoza, 1988). Esta incertidumbre llevó a algunos a no adoptar posturas políticas en las iniciativas que encauzaban hacia la solución de los problemas habitacionales, articulándose como grupos de presión con un carácter pragmático e independiente a los regímenes políticos, siendo este carácter apolítico una posible ventaja para las negociaciones (Espinoza, 1988).

Esta cohesión organizacional e ideológica también puede comprenderse al observar el origen de los socios de las cooperativas, tanto respecto de su posición de clase (fundamentalmente a partir de sus oficios). Las cooperativas que formarían Villa Las Rosas fueron cinco: la Fundación Cooperativa Miguel Ángel bajo el nombre de Sociedad de Edificación Miguel Ángel, la cual se estableció a partir de personas que provenían de distintas comunas y profesiones y oficios; la Sociedad Cooperativa de Edificación, Consumo y Crédito Poblaciones Unidas Recoleta Limitada, la cual estaba formada en su mayoría por profesores de la comuna de Recoleta; la Sociedad Cooperativa de Edificación y Consumo La Universal Limitada, en la cual gran parte de sus integrantes provenían de la comuna de Independencia, siendo de diversas profesiones y actividades; la Cooperativa La Patria, siendo sus integrantes en su mayoría de Santiago Centro y empleados en servicios públicos; la Cooperativa Hogar Social de Empleados Públicos, cuyos miembros pertenecían a la administración pública. (Catalán y Fernández, 2014; Catalán, Fernández y Orea, 2013). Huertos José Maza estuvo a su vez integrado y formado a partir de una cooperativa denominada en sus inicios como Fundación Sociedad Cooperativa de Construcción Urbana y Rural de Huertos Obreros José Maza Ltda., la cual se formó a partir de un grupo de vecinos provenientes del Barrio San Eugenio de la comuna de San Bernardo, barrio en el cual se ubicaba la Maestranza San Eugenio, por lo que los miembros de la cooperativa poseían a su vez lazos de vecindad y laborales producto de su trabajo en el ferrocarril y en la Maestranza. (Catalán, Fernández y Orea, 2013; Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda, 1941).

El origen de quienes conformaron las cooperativas de vivienda, si bien es diverso, se puede ver que todos ellos pertenecían a una clase obrera urbana que en las primeras décadas del siglo XX se encontraba fuertemente organizada en sindicatos, gremios y cooperativas, fundamentalmente, y que una parte importante de ellos poseía una adscripción política a movimientos anarcosindicalistas o socialistas (De Shazo, 2007). Tal como plantea De Shazo (2007), a pesar de que los trabajadores poseían distinto grado de calificación y que trabajaban en distintos rubros, se producía una conciencia de clase obrera, lo cual se evidenció en que muchos de los líderes sindicales poseían una alta preparación en sus oficios. Es en este contexto, de una clase obrera urbana organizada que veía en su capacidad de organización y acción un aumento de su agencia en la conducción de reformas sociales, que se articulan las distintas cooperativas de vivienda, beneficiándose de esta experiencia agencial y del clima de movilización social. Es así como la conformación y organización en cooperativas para llevar a cabo el proyecto de los Huertos se da en

un contexto nacional del auge de la autoorganización de la sociedad civil como emergencia de un poder político (Bravo Lira, 2014).

Además, quienes formaron las cooperativas ya se encontraban relacionados debido a que pertenecían a dominios comunes. Esto debido a que si observamos la conformación de las cooperativas desde lo que White (en Edwards, 2010) denomina como los “dominios de red” o “Netdoms”, los cuales establece bajo la consideración de que todas las redes están incrustadas en dominios tales como la familia, el trabajo, la amistad, entre otros, se puede observar que las cooperativas se formaron a partir de dominios en común como era la proveniencia de un oficio o empleo, como profesores o empleados fiscales, o bien de un barrio común como fue el caso de la Cooperativa de Huertos José Maza la cual se formó a partir de vecinos del Barrio San Eugenio. En este sentido, las personas que integraban cada cooperativa poseían lazos laborales que las relacionaban, ante lo cual decidieron formar estas cooperativas, como también lazos de proximidad territorial, como era la proveniencia de un barrio, existiendo lazos de vecindad preexistentes a la formación de las cooperativas. En algunos casos, los miembros de las cooperativas compartían más de un dominio de red: eran vecinos y a la vez compañeros de trabajo. Este origen en común y la preexistencia de vínculos sociales previos a la formación de las cooperativas se constituyó como un aspecto clave en el posterior desarrollo que éstas tuvieron en relación, por ejemplo, a los lazos de confianza que existían para la formación de las villas a partir de la asociatividad y el trabajo de carácter cooperativo.

En el caso de la Fundación Sociedad Cooperativa de Construcción Urbana y Rural de Huertos Obreros José Maza Ltda., ésta fue la cooperativa que tuvo el rol más activo en la movilización del proyecto desde su formación hasta la promulgación de la ley. Una posible explicación podría deberse a que los arreglos institucionales eran más favorables para el impulso del proyecto en el año 1936, cuando se creó la Cooperativa José Maza, debido a que existía un marco legislativo orientado hacia el mismo. En cambio, el marco legislativo y, por lo tanto, la posibilidad de articular arreglos institucionales favorables al proyecto aún era débil entre los años 1927 y 1929, cuando se crearon las cinco cooperativas que formarían posteriormente Villa Las Rosas. Pero, más allá de un contexto normativo favorable, sus capacidades agenciales sustentadas en el compromiso sostenido y en su capacidad de negociación se pueden comprender, entre otros aspectos, a partir de su calidad como empleados de la Maestranza y de una experiencia socioespacial particular como era el origen de sus socios como vecinos del Barrio San Eugenio.

Por una parte, si bien De Shazo (2007) plantea que uno de los pocos grupos importantes de trabajadores que nunca se organizaron como sindicato fue el de los ferroviarios, en el caso de los trabajadores de la Maestranza estos sí formaron una organización sindical; “(...) *los Trabajadores de ferrocarriles hacían gala de su*

estructura organizativa, la que respondía a varios años de formación, a través primero de sociedades mutuales y de resistencia, para luego constituir su sindicato” (Vila, 2014: 238). Esta cualidad puede haber influido en que el proyecto adquiriera mayor fuerza, debido a que presentaban una orgánica de organización previa que los visibilizaba como un colectivo con demandas frente a la institucionalidad pública, aumentando con ello su capacidad de negociación. En este sentido, de acuerdo con Correa et al (2001), los sectores populares organizados eran política y económicamente heterogéneos, corriendo distinta suerte en función de su posición en el sistema productivo, su capacidad de negociación y su nivel de organización. Además, la asociatividad de los sectores populares, conjuntamente a la búsqueda por posicionar el problema urbano en la agenda pública, tuvo como finalidad el poder optar a beneficios sociales que eran otorgados a aquellos sectores que se encontraban organizados (como, por ejemplo, la asignación de créditos a cooperativas) (Correa et al, 2001).

Por otra parte, el origen espacial común, de provenir del Barrio San Eugenio, también jugó un rol en la experiencia agencial y en su proyección como agentes en la búsqueda por construir un nuevo espacio en el cual habitar y desarrollarse. Este barrio, el cual formaba parte de una “periferia obrera”, se constituía a partir de conjuntos habitacionales que fueron construidos entre los años 1905 y 1913 por la Empresa de Ferrocarriles del Estado para los trabajadores de la Maestranza, en el cual prevalecían unas malas condiciones de habitabilidad y la falta de servicios (Vila, 2014). Gracias a la investigación de Vila (2014) sobre la contribución de los sectores obreros y trabajadores de la periferia sur de Santiago en la construcción del espacio urbano a principios del siglo XX, podemos conocer su rol como agentes en la búsqueda por las mejoras de sus condiciones de vida, perteneciendo a este sector los socios de la Cooperativa Huertos José Maza. De acuerdo con Vila (2014), la periferia sur se constituyó desde la colonia como una ciudad informal donde habitaban los más pobres de la ciudad, impactando ello en una infraestructura precaria, en la falta de servicios básicos y, más aún, en la falta de leyes sociales y derechos. Para Vila (2014) esta experiencia socioespacial compartida sería más relevante que su origen de clase en la formación de una organización social y de una toma de conciencia respecto a su rol como agentes en la mejora de sus condiciones de vida ligadas al habitar,

“(…) la realidad urbana devino en espacio común donde las problemáticas entre los diversos sectores que componían la sociedad popular se amalgamaron y proyectaron políticamente en base a una identidad y experiencia compartidas. Dicha identidad a la cual hacemos referencia, más que provenir de su relación cotidiana con el trabajo -como lo postulan generalmente las teorías del desarrollo de la clase obrera- surgió de la experiencia del convivir en un barrio específico de la ciudad” (Vila, 2014: 308).

Esta experiencia socioespacial compartida devino en el fortalecimiento de su capacidad de organización en una búsqueda por aumentar su poder agencial desde los barrios de la periferia sur, formando parte de esta experiencia y de estos procesos quienes luego formarían la Cooperativa José Maza. Es así como desde este espacio vivido se proyecta un nuevo espacio experimental, el de los Huertos, siendo la experiencia del empoderamiento de los sectores populares como agentes espaciales una experiencia agencial que sirvió de aprendizaje y de motivación para impulsar los cambios deseados, *“(...) las preocupaciones crecientes de los sectores populares respecto a sus condiciones de vida en cada uno de los barrios que componen la periferia sur; si bien en muchos casos no fueron escuchadas, sí lograron convertirse en plataforma para la organización popular y la toma de conciencia de dichos sectores sobre su rol en el mejoramiento de su entorno”*. (Vila, 2014: 309).

En el caso del Barrio San Eugenio, éste forma parte de una forma espacial específica relacionada con una estructura económica de capital productivo industrial, el cual se caracterizaba por la coexistencia de fábricas y talleres con viviendas, en lo que se denominó como “barrios industriales”, en donde la conjugación de espacio de trabajo con espacio habitacional daba lugar a un enraizamiento de las comunidades locales con una fuerte identidad, una voluntad social independiente y, en ocasiones, una soberanía activa (Salazar, 2019). Esto se evidenció en que desde la construcción de la Población San Eugenio los trabajadores de ferrocarriles y de la Maestranza jugaron un rol activo en la conformación del nuevo conjunto habitacional, encauzando con ello una trayectoria agencial de compromiso colectivo en las mejoras de sus condiciones de vida y de su entorno,

“(...) los distintos problemas que debieron enfrentar los vecinos de San Eugenio no se agotaban en su disputa con la empresa tranviaria, sino que se siguieron extendiendo en el tiempo; debido a ello es que aquéllos continuaron organizados, aprendiendo una valiosa experiencia que les permitió hacer frente a diversos problemas que iban apareciendo por su vida en la ciudad. Se mostraba con ello su voluntad por tomar parte en las decisiones que afectaban su entorno, fenómeno particular que, de acuerdo al material recopilado por esta investigación, se dio sólo en este lugar de la periferia sur de Santiago”. (Vila, 2014: 242, 243).

En este sentido, es gracias a esta experiencia socioespacial compartida y a una conciencia social más amplia del rol de los sectores populares como agentes urbanos, que se construyen lazos fuertes y solidaridades, promoviéndose con ello la generación de capital social, lo que permitió el aumento de los poderes colectivos. Es así como la conciencia de clase, sumada a un habitar en común, devino en una visión o un “marco socioespacial compartido” (Martin, 2003) que sustentó una proyección de una solución a futuro para la mejora de las condiciones de vida, como fue el proyecto de los Huertos Obreros. Esto nos lleva a resituar y comprender al sujeto como agente político no sólo desde una categoría social como su origen de

clase (como una categoría vinculada a una posición estructural), sino que también a la conformación del sujeto como agente desde su localidad, desde su espacio vivido y desde un entramado de relaciones sociales.

1.5. Diseño y funcionamiento de la Ley 6.815 sobre Huertos Obreros y Familiares

Si bien el proyecto de Huertos Obreros y Familiares se inspiró principalmente en el modelo socioterritorial de la Ciudad Jardín, el cual presentaba un gran nivel de detalle respecto de su diseño y cómo llevarlo a cabo. Sin embargo, el modelo no fue tomado de forma literal, considerándose algunos de sus principales planteamientos para la traducción hacia un modelo socioterritorial propio.

Similitudes y diferencias entre el modelo de la Ciudad Jardín y el de Huertos Obreros y Familiares

	Ciudad Jardín de Howard	Huertos Obreros y Familiares
Similitudes	<ul style="list-style-type: none"> • Se funda a partir de una agrupación de personas. • La compra de tierras fuera de la ciudad se realiza mediante la obtención de un préstamo a una sociedad limitada. • Migración de industriales con sus industrias y trabajadores. • Explotaciones agrícolas en el cinturón verde. • Conectada a la ciudad mediante ejes de transporte (ferrocarril). 	<ul style="list-style-type: none"> • Se funda a partir de una agrupación de personas: cooperativas. • La compra de tierras fuera de la ciudad se realiza mediante la obtención de un préstamo a una sociedad limitada. • Creación de industrias relacionadas al sector silvoagropecuario de pequeña escala. • Agricultura de pequeña escala en parcelas propias y en zonas comunitarias centrales. • Las tres villas que se planificaron en La Pintana se localizaron de forma próxima a la avenida Santa Rosa, la cual comunica directamente con el centro de Santiago.
Diferencias	<ul style="list-style-type: none"> • La Ciudad Jardín ofrecería una amplia gama de trabajos y servicios. • Población de 32.000 habitantes. 	<ul style="list-style-type: none"> • Los trabajos y oficios de los habitantes de los huertos estarían en la ciudad. El trabajo de los huertos sería para complementar ingresos. • No se detalla una cantidad de población crítica para su funcionamiento.

Fuente: Elaboración propia a partir de Hall (1996) y Sociedad Cooperativa Huertos José Maza Ltda (1941).

El modelo socioterritorial quedó plasmado en las indicaciones de la Ley 6.815, cuyo diseño estuvo a cargo del ingeniero agrónomo Víctor Robinovitch, sufriendo el

Un Huerto Obrero Chileno



Fuente: Caja de la Habitación Popular, 1937.

diseño original una serie de modificaciones para que pudiera ser promulgada finalmente en 1941. Sin embargo, se mantuvo en la ley la visión de Robinovitch, la cual se basaba en que mediante estudios de tipo agronómico y alimentario los huertos debían ser de 5.000 metros cuadrados, lo que permitiría la alimentación para una familia de cinco integrantes durante todo el año y el pago del préstamo para la adquisición del huerto con vivienda gracias a la comercialización del excedente de producción. Robinovitch planteaba que “(...) *el Huerto Obrero es, sin duda alguna, la habitación más económica que puede idearse, ya que el obrero sin invertir un centavo de su salario o de sus posibles economías, sirve y paga la deuda de la habitación que adquiere, con el solo producto de su Huerto*” (Robinovitch, 1936: 175).

Respecto del rol de las cooperativas, éste sería homologado a la forma en la cual funcionaban en Europa: tendrían labores de administración, dirección técnica y gestión del trabajo en los huertos, siendo un acompañamiento para el obrero y su familia en la explotación agropecuaria (Robinovitch, 1936). Estarían involucradas además en la edificación de las viviendas.

Por otra parte, los huertos estarían agrupados para disminuir sus costos de urbanización, tal como lo establecía Soria y Mata en su propuesta de Ciudad Lineal. Además del fomento para el desarrollo de los huertos, se impulsaría la creación de pequeñas industrias para autoabastecimiento y comercio.

Bajo este diseño la expectativa se encontraba puesta en que el “(...) *huerto obrero, de apariencia modesta, resolverá bajo una dirección técnica competente y sin gravamen para el Estado, el problema de la habitación sana, el arraigo a la tierra del mayor número de familias en pos de cultivos y plantaciones que le permitan fortalecer la alimentación popular*” (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 3).

Las ideas de Robinovitch y de los legisladores que formaron parte del proceso de diseño de la ley tuvieron como resultado las siguientes estipulaciones respecto del funcionamiento del proyecto.

En relación con el financiamiento, se estableció que el Consejo Superior de la Caja de la Habitación Popular destinaría el 35% de sus fondos anuales al desarrollo del proyecto de Huertos Obreros y Familiares, jardines obreros y jardines familiares. De estos fondos, el 30% estaría destinado a la compra de terrenos, construcción de viviendas y dotación de infraestructura y servicios, y el 5% estaría orientado hacia la promoción de industrias caseras, privilegiando las agropecuarias. (Art. 1).

Respecto de la asignación de huertos, la Caja de la Habitación Popular otorgaba préstamos para la adquisición de los terrenos, la construcción de viviendas y para el desarrollo de las industrias, principalmente. La compra de terrenos estaría a cargo de la Caja, quien elegiría y compraría los terrenos directamente.

Los cooperados, por su parte, serían deudores hasta que finalizaran el pago de los huertos (Art. 3). Cada cooperado debía aportar, por su parte, una cuota mínima al contado correspondiente al 5% del valor del terreno y construcciones. Una vez pagado el 20% del valor total del huerto se les otorgaba el título de propiedad definitivo. (Art. 16). Sin embargo, los huertos no podían ser vendidos, hipotecados o divididos sin la autorización de la Caja hasta que éste estuviera pagado en su totalidad. (Art. 17).

La preferencia para el otorgamiento de préstamos sería para aquellas cooperativas de obreros o de empleados que se hubieran formado de forma previa a la promulgación de la ley (Art. 6). Esta preferencia en el acceso a huertos con vivienda para las cooperativas formadas de forma previa a la dictación de la ley se amparó, de acuerdo con el Diputado Emilio Zapata, en que

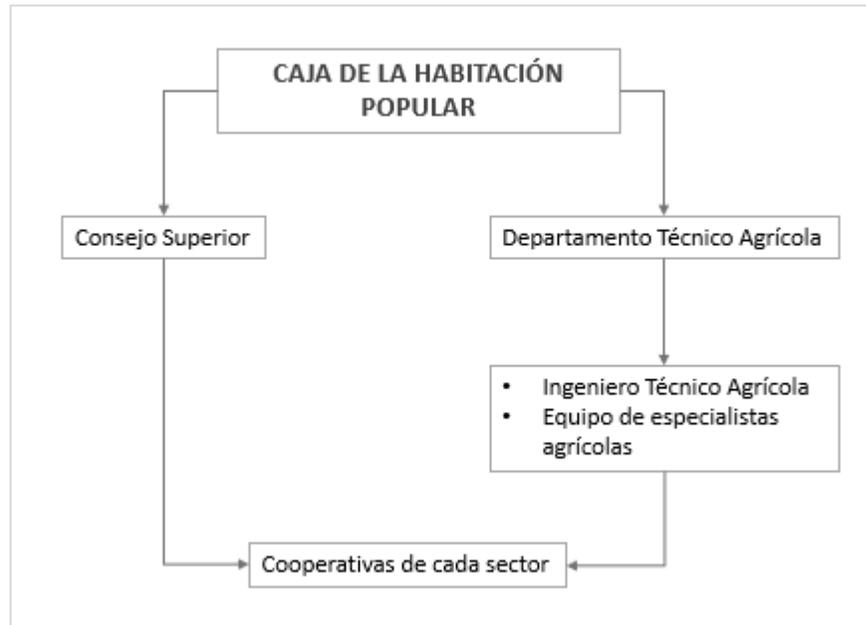
“Precisamente, el artículo, en la forma que viene del Honorable Senado tiene la finalidad de considerar las preferencias para los interesados, y a la vez establece el orden de éstas, dando como primera preferencia a las Cooperativas de obreros o empleados que, de acuerdo con el decreto N° 596, se hayan organizado. Es de justicia que así sea, ya que las Cooperativas son las que han movido la dictación de esta ley” (Diputado Emilio Zapata, 1941; en Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Ltda., 1941: 12).

El financiamiento del funcionamiento en términos de gastos de urbanización, tales como calles, plazas, alcantarillado, agua, luz, entre otros estaría a cargo del Estado de forma íntegra (Art. 9).

La gestión de los huertos en términos de su producción agropecuaria estaría durante los primeros cinco años a cargo de un ingeniero agrónomo y un equipo de técnicos especialistas en temas agropecuarios dependientes del Departamento Técnico Agrícola, con el objetivo de capacitar a los huerteros en las labores agropecuarias y de dirigir la forma en la cual se explotarían los huertos (especies a ser sembradas, distribución de la siembra, entre otros). Una vez transcurridos los cinco años la labor del ingeniero agrónomo y su equipo se reduciría a la de vigilancia y control. (Art. 10).

Finalmente, se fijó que el 20% del espacio debía estar destinado a infraestructura y servicios, tales como plazas, escuela, equipamiento deportivo, etc.

Estructura institucional proyecto Huertos Obreros y Familiares



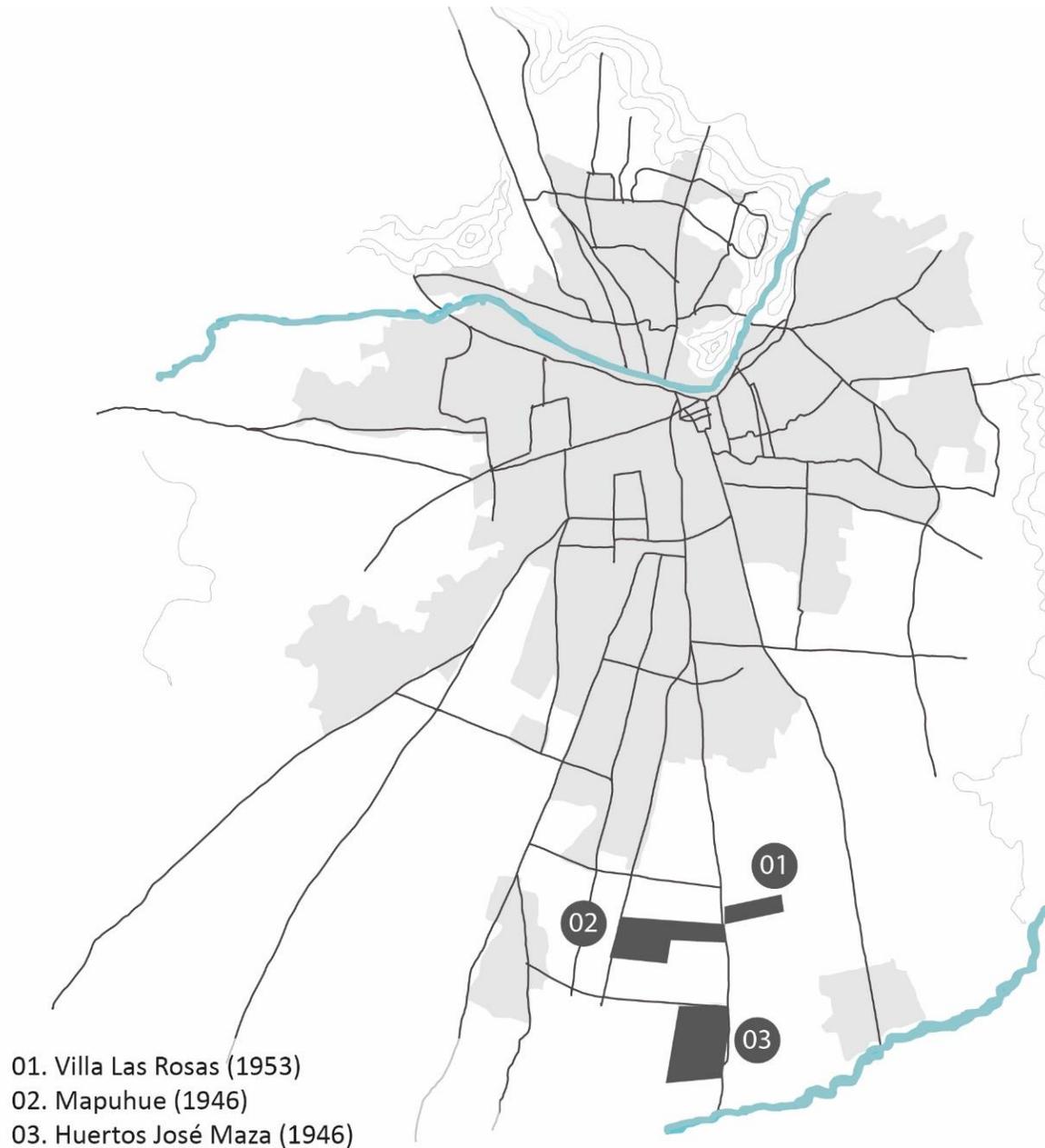
Fuente: Elaboración propia sobre la base de Ley 6.815.

2. La fundación de los Huertos en la transición hacia la Ciudad Funcional. Décadas de los cuarenta y cincuenta.

“Dijo Don Daniel de la Vega en el año 1947 en Las Últimas Noticias, La Pintana, Huertos Obreros, Cooperativa José Maza, tiene muchos nombres y es una gran población que desparrama sus casitas blancas junto al camino Santa Rosa, a veinte kilómetros de Santiago. Tanto como las proporciones de esta empresa, cautiva el entusiasmo de los pobladores, que no sólo cultivan afanosamente sus huertas, que arreglan los caminos, hacen puentes, editan un periódico y se ayudan unos a otros, como miembros de una inmensa familia”

(Revista Caudal N°3, noviembre 2010).

La fundación de los Huertos en La Pintana toma fuerza a partir de la promulgación de la Ley 6.815 sobre Huertos Obreros y Familiares. El sustento legal, el apoyo institucional y el otorgamiento de financiamiento mediante préstamos a las cooperativas posibilitan la búsqueda de terrenos en la periferia de la ciudad de Santiago, en la actual comuna de La Pintana, para la construcción e instalación de las familias que formaban parte de las cooperativas beneficiadas. Cuando la Caja de la Habitación Popular abre las inscripciones para las cooperativas que quisieran acogerse a la ley 6.815, las cinco cooperativas que formarían Villa Las Rosas y la Cooperativa José Maza que formaría Huertos José Maza fueron unas de las primeras en realizar dicho trámite, por lo que pasaron a ser preferencia en la asignación de terrenos. Es así como en la década de los cuarenta las cooperativas en conjunto con la Caja de la Habitación comienzan a trabajar en la búsqueda y compra de terrenos, en la edificación de las viviendas y en la urbanización de los terrenos.

Los Huertos y la ciudad. Santiago de Chile

Fuente: Elaboración propia sobre Plano Base PRMS 1960.

La Cooperativa José Maza, quien fue además uno de los actores fundamentales en el impulso del proyecto, fue la primera cooperativa a la cual le otorgaron un terreno, el Fundo La Pintana, comprado por parte de la Caja de la Habitación Popular en 1942 (Catalán, Fernández y Olea, 2013). En 1946 comenzaron a arribar las primeras familias a la primera etapa, constituida por la asignación de 150 huertos de 5.000

metros cuadrados cada uno (Hombre, 90 años, 2016). Se da entonces a partir de este año la fundación de Huertos José Maza, periodo en el cual la agencia se enfocó en la construcción de las viviendas, la urbanización de la villa y la puesta en marcha del proyecto de agricultura.

Sin embargo, la materialización del proyecto, a pesar de encontrarse legitimado por la Ley 6.815, no fue fácil. La agudización de los problemas en la ciudad producto del rápido aumento de la población urbana trajo consigo la focalización de las políticas públicas en los sectores más vulnerables, frente a lo cual se produce en estas décadas fuertes tensiones sobre cómo abordar el problema de la vivienda. Estas tensiones se tradujeron en conflictos entre quienes defendían el modelo de Ciudad Jardín y quienes abogaban por planificar bajo los ideales de la Arquitectura Moderna, perdiendo paulatinamente apoyo el proyecto de los Huertos desde la institucionalidad pública en favor de proyectos vinculados a la Ciudad Funcional. Esta pérdida de apoyo requirió por parte de las cooperativas y de la comunidad en formación la creación y el fortalecimiento de sus capacidades agenciales, logrando gracias a estas la construcción de los Huertos.

2.1. La consolidación del Estado Benefactor y el problema de la vivienda en los sectores populares urbanos

La fundación de Huertos José Maza como parte del proyecto de Huertos Obreros y Familiares en La Pintana se dio en un contexto político marcado por los catorce años de gobiernos radicales, los cuales se desarrollaron entre los años 1938 y 1952, con los gobiernos de Pedro Aguirre Cerda (1938 a 1941), Juan Antonio Ríos (1942 a 1946) y Gabriel González Videla (1946 a 1952). El lema de estos gobiernos fue el de “pan, techo y abrigo”, constituyéndose como gobiernos que impulsaron un Estado Benefactor que ya venía desarrollándose desde comienzos de la década del treinta. Posterior a estos años se sucedieron los gobiernos de Carlos Ibáñez del Campo (1952 – 1958), con un populismo autoritario (Correa et al, 2001) y el de Jorge Alessandri (1958 – 1964), los cuales si bien no fueron gobiernos de centro izquierda como los anteriores, representaron una continuidad en cuanto a la prolongación de un modelo de gobierno sustentado en la búsqueda de soluciones a las problemáticas que aquejaban al país desde un enfoque tecnocrático y pragmático y una forma de gobierno a través de alianzas que permitían un cierto equilibrio político (Correa et al, 2001).

Es así como para Correa et al (2001), se gestó en ese periodo desde la esfera política un modelo o “proyecto nacional” de carácter transversal a todos los partidos políticos, aunando un ideario común que buscaba darle algún tipo de solución a las sucesivas crisis económicas de corte capitalista que se habían producido en las últimas décadas. Este proyecto nacional estaba basado fundamentalmente en un

modelo económico de fomento a la industrialización y de sustitución de importaciones, con la finalidad de fortalecer la producción interna. Desde el ámbito institucional, se fundan los dos pilares de la democracia constitucional: la ampliación de la protección legal y la participación de los sectores populares, manteniéndose este modelo por parte de los distintos gobiernos hasta el Golpe de 1973 (Espinoza, 1988).

Para el logro de este proyecto se produjo un ensanchamiento del Estado aún más importante que el que venía dándose desde la década del treinta, incorporando una mayor cantidad de profesionales y técnicos y creando y fortaleciendo a la institucionalidad pública. Esto vino acompañado de un fuerte aumento del gasto público, el cual creció en un 70% entre los años 1940 y 1954 (Correa et al, 2001). El fortalecimiento del Estado y la fuerte inyección de recursos que se requirió para ello se produjo a pesar de que las décadas del treinta, cuarenta y cincuenta estuvieron marcadas por el estancamiento económico que se dio debido a una inflación ascendente y a un aumento de la cesantía, causado por la fluctuación del precio del cobre y la crisis del salitre, entre otros factores (Espinoza, 1988; Correa et al, 2001). Esto trajo consigo una dificultad en la recaudación de impuestos, pero, a pesar de ello, se crea en los años cuarenta y cincuenta una serie de instituciones públicas que tenían por finalidad mejorar las condiciones de los sectores más vulnerables como también la de los sectores medios (Correa et al, 2001), focalizándose especialmente en la población urbana (Hidalgo, 2005). Un ejemplo de ello es la creación de la Corporación de Fomento, CORFO, en 1939, o la reforma de la Caja de la Habitación Popular en 1943, la cual tuvo por finalidad otorgarle mayores atribuciones y financiamiento.

Una de las mayores problemáticas que debió enfrentar el Estado en estas décadas fue el fuerte aumento de la población producto del crecimiento de la tasa vegetativa y de la población urbana debido a la migración campo ciudad. En el caso de Santiago, la población crece en estos años de forma exponencial: en 1940 contaba con 952.075 habitantes, en 1952 con 1.350.409 y en 1960 con 1.907.378 (Correa et al, 2001), produciéndose un aumento de cerca del 200% entre 1940 y 1960. Santiago crece a su vez más de tres veces en superficie entre 1930 y 1960: de 6.500 a 20.900 hectáreas. El aumento de la población, especialmente de la urbana, en conjunto con el estancamiento económico, agudiza el problema del déficit de viviendas, siendo especialmente grave en los sectores más vulnerables. Al déficit se sumaban las condiciones de insalubridad y hacinamiento en las cuales vivían muchas familias (Espinoza, 1988). Frente a esta realidad comienzan a aparecer las “poblaciones callampa” en la periferia de Santiago, de extrema precariedad debido a la autoconstrucción de las viviendas con material liviano y a la falta de urbanización y de acceso a servicios básicos de los terrenos donde se instalaban (Correa et al, 2001; Hidalgo, 2005).

Es así como en la década de los cincuenta y sesenta comienzan a emerger con mayor fuerza movimientos sociales de tomas de terreno que tenían por finalidad la ocupación de terrenos localizados usualmente en la periferia de Santiago para la autoconstrucción de viviendas. La primera toma de terreno en 1957 sienta un precedente al no ser desalojada, fundándose la Población La Victoria, la cual se convierte en un símbolo de reivindicación del derecho a la vivienda para los sectores más marginados (Espinoza, 1988; Gross, 1991). La constitución de cordones de pobreza en la periferia de la ciudad, debido a la proliferación de asentamientos informales sin acceso a servicios básicos, llevó a una mayor consideración del problema de la habitación, enfocándose no sólo en la dotación de vivienda, sino que en conjuntos habitacionales que contaran con urbanización y espacios públicos.

El problema de la vivienda era tan importante que la consigna de “pan, techo y abrigo” de los gobiernos radicales se tradujo el fortalecimiento de la institucionalidad y en una búsqueda permanente de nuevas soluciones y tecnologías. A pesar de los esfuerzos del Estado canalizados a través de las políticas de vivienda impulsadas por la Caja de la Habitación Popular, el déficit de viviendas era ascendente año tras año: *“las necesidades totales del país (...) son de unas 28 mil casas anuales, y sólo se construyen unas 5 mil casas. Por consiguiente, cada año que pasa aumenta el déficit en unas 18 mil (...) cada año van quedando en Chile unas 100 mil personas más sin casa habitable”* (Revista Ercilla, 1951; en Correa et al, 2001: 151). Para 1961 el déficit de viviendas era de 500.000 unidades (Correa et al, 2001).

2.2. Giro en el modelo urbano y habitacional: la instalación del proyecto de la ciudad funcional

El giro en las políticas urbanas y de vivienda se da a través de la movilización e instalación del ideario de la Arquitectura Moderna tanto en la esfera pública como en la enseñanza universitaria. Si bien los años anteriores se habían ensayado distintos modelos para la solución de la problemática de la vivienda, en los años cuarenta, y aún más fuertemente en los años cincuenta, ésta se orienta hacia el desarrollo de conjuntos habitacionales de gran escala de corte moderno. Se da, además, un desplazamiento en la toma de decisiones desde políticos y parlamentarios hacia profesionales y técnicos del Estado vinculados a instituciones públicas en materia de vivienda, como también de asociaciones de la sociedad civil, como fue la inclusión del Colegio de Arquitectos (Correa et al, 2001).

Este giro en la agenda urbana y en la arquitectura institucional de vivienda se produjo en un clima de conflicto y de pugnas de poder entre funcionarios, técnicos y académicos, generándose un cambio en las “coreografías del poder” (Swyngedouw, et al, 2014) o “geometrías de poder” (Massey, 2005) en la toma de

decisiones en esta materia, debido a la rearticulación de los vínculos y a cambios institucionales. En este clima de conflicto no sólo se produce un debate de ideas, sino que también estrategias para bloquear proyectos de ciudad y de vivienda que fueran distintos del de la Arquitectura Moderna, como era el caso de los Huertos. Esta conflictividad perduró hasta el reemplazo de la Caja de la Habitación por la CORVI, en 1953, con lo cual se instala de forma casi definitiva el ideario de la ciudad funcional.

Este giro se produce en un contexto de un creciente déficit de viviendas que aquejaba a los sectores medios y populares, y a la proliferación de asentamientos informales en terrenos sin urbanización ni acceso a servicios básicos. Frente a esta problemática se comienza a replantear la forma en la cual se habían concebido las políticas de vivienda en la década del treinta. Si en la década pasada la confrontación entre el ideario de la Ciudad Jardín y de la Ciudad Lineal frente al ideario de la Arquitectura Moderna fue constante, en la década de los cuarenta los arquitectos promotores de la Arquitectura Moderna encuentran en el déficit ascendente de viviendas el argumento perfecto para movilizar e instalar en la esfera pública las ideas de este movimiento.

La instalación del ideario de la Arquitectura Moderna se produce, además, por una sincronía entre el planteamiento por parte de ésta como un modelo racional y un Estado Benefactor que también tenía por orientación un mayor pragmatismo y cientificismo en la toma de decisiones y las políticas que encauzaban. Si bien los arquitectos ligados al movimiento de la Arquitectura Moderna poseían en la década del veinte y del treinta un discurso en el cual la Arquitectura Moderna buscaba oponerse al modelo de la Ciudad Jardín y al de la Ciudad Lineal, al relacionar a la Arquitectura Moderna con el urbanismo científico, racional y técnico, y al modelo de la Ciudad Jardín y la Ciudad Lineal con lo utópico y/o lo ideológico, es en las décadas sucesivas en donde encuentra una consonancia entre este ideario y el del Estado Moderno y Benefactor. El Estado en los años cuarenta se vuelca definitivamente hacia una visión basada en una confianza en que la solución de los problemas sería posible a través de la implementación de soluciones técnicas, adoptando un enfoque más pragmático como visión de desarrollo en todos los ámbitos. En este sentido, la Arquitectura Moderna parecía ser el modelo más coherente para este Estado Moderno emergente. Esta visión conjunta se expresa en que *“la tecnocracia sobrepasará a las ideologías políticas, transformándose, debido a las circunstancias, en la ideología dominante del momento.”* (Gross, 1991: 36).

El auge que vive la Arquitectura Moderna en Chile se condice con el auge que experimenta este movimiento a nivel internacional. La promulgación de la Carta de Atenas, la cual fue redactada en el IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM) en 1933 y publicada por Sert y Le Corbusier en 1942, otorga un

diagnóstico de la condición urbana y los lineamientos fundamentales bajo los cuales se deberá proyectar la ciudad y la vivienda, los cuales se transforman en una carta de navegación para los arquitectos adheridos a este movimiento a nivel mundial.

Si bien existían objetivos en común entre la Arquitectura Moderna y el modelo de la Ciudad Jardín y la Ciudad Lineal, tales como la búsqueda de un mayor higienismo en las viviendas, la necesidad del contacto con la naturaleza, la proyección de viviendas y barrios con mayor espacio, entre otros, en la Carta se planteaba a la Arquitectura Moderna como una alternativa opuesta al ideario de la Ciudad Jardín y de la Ciudad Lineal, catalogando a estos modelos como “irracionales”:

“En ese suburbio enfermo, en el que la función distancia-tiempo plantea una difícil cuestión que está por resolver, hay quien trata de hacer ciudades-jardín. Paraísos ilusorios, solución irracional. El suburbio es un error urbanístico, extendido por todo el universo y que en América se ha llevado hasta sus últimas consecuencias. Constituye uno de los peores males de la época.” (Carta de Atenas, 1942: 9).

La Arquitectura Moderna buscaba de esta forma posicionarse como un modelo racional, desprovisto de un marco ideológico en donde la observación de la ciudad desde una connotación científica otorgaría las soluciones necesarias para la solución de sus males. Este discurso sería además transversal a cualquier gobierno, sin importar la posición política del mismo.

La Ciudad Jardín y La Ciudad Lineal comienzan a su vez a vivir un declive en Europa y América del Norte. En Inglaterra llegan a construirse cerca de ocho ciudades bajo el modelo de la Ciudad Jardín, las cuales lograron cumplir con la visión de Howard. Sin embargo, este modelo fue criticado principalmente por no poder responder al aumento de la población que se produjo de forma posterior a la Segunda Guerra Mundial. Si bien estas ciudades sólo lograron otorgar vivienda para 400.000 personas, muy por debajo del requerimiento de la época, de acuerdo con Hall (1996) no podrían considerarse como un fracaso debido a que:

“Son lugares bastante agradables para trabajar y vivir, y lo mejor que se puede decir de ellas es que en los años ochenta, cuarenta años después de que se iniciara su construcción, casi nunca son noticia: los medios de comunicación sólo las nombran en raras ocasiones (...) cuando quieren escribir sobre algún lugar donde no hay problemas” (Hall, 1996: 143).

En Estados Unidos, por su parte, de las 3.000 nuevas ciudades que Tugwell, director de la Dirección de Colonización del gobierno de Roosevelt (1935 – 1938) e impulsor de la Ciudad Jardín en ese país, quería construir en los primeros años del New Deal, sólo llegaron a construirse tres por falta de fondos y bloqueos legales en contra de los proyectos (Hall, 1996). Estos bloqueos se debieron en parte a la oposición frente a la identificación del modelo de la Ciudad Jardín con una ideología política de corte socialista, en la cual el Estado central era quien planificaba la creación y

construcción de nuevas comunidades en las periferias de las ciudades. Además del fracaso de las ciudades jardín en Estados Unidos en términos cuantitativos, los proyectos desarrollados se circunscribieron a la clase media: los costos de arriendo de viviendas eran muy altos para los sectores más pobres, se excluyó el acceso a afrodescendientes, no había trabajos cerca, los medios de transporte eran deficientes, entre otros aspectos (Hall, 1996).

El contexto dado por el déficit de viviendas a causa del aumento vegetativo, la migración campo ciudad y el terremoto de Chillán ocurrido en 1939, otorga un margen de oportunidad para que los arquitectos y profesionales ligados al movimiento de la Arquitectura Moderna pudieran posicionar a principios de la década del cuarenta de forma definitiva el discurso de la solución del acceso a la vivienda mediante la proyección de grandes conjuntos habitacionales de corte moderno. Este discurso vino acompañado del descrédito que se le quiso dar a los proyectos inspirados por el modelo de la Ciudad Jardín, atribuyendo a éste el ser ineficiente para dar solución a esta problemática. Este discurso se sustentó principalmente en el argumento relativo al aumento del déficit habitacional año a año y a la imposibilidad de que proyectos de vivienda inspirados en la Ciudad Jardín pudieran desarrollarse a la velocidad necesaria para poder dotar de suficiente vivienda.

Sin embargo, esta confrontación venía desde la década de los veinte. Durante casi dos décadas, siendo el hito el Congreso y Exposición de la Habitación Popular en el año 1936 en donde quedan manifiestas ambas posturas, los arquitectos ligados a la Arquitectura Moderna desestimaban al Modelo de la Ciudad Jardín como la vía para no sólo mejorar la dotación de viviendas, sino que, para proyectar la ciudad, de forma previa a que se pusieran en práctica los Huertos Obreros y Familiares. Es así como Gross (1991) plantea que la instalación que se produjo en la década del cuarenta del ideario de la Arquitectura Moderna se produjo de forma paulatina. Esta instalación comenzó con la búsqueda de un modelo alternativo en la década del treinta, encauzando una transición hacia un urbanismo de carácter científico entre 1925 y 1938, el cual se vuelve definitivo en el periodo comprendido entre 1938 y 1964, el cual Gross (1991) denomina como “El proyecto de la ciudad funcional”.

Si bien en 1941 se promulga la Ley 6.815 sobre Huertos Obreros y Familiares, acogiendo de esta forma la Caja de la Habitación Popular proyectos derivados de las corrientes urbanísticas de la Ciudad Jardín y Ciudad Lineal, este periodo se caracteriza por una fuerte transición hacia la solución del problema de la vivienda a través de los grandes conjuntos habitacionales promovidos desde el pensamiento moderno. La Caja presenta entre su formación, en 1936, hasta su reforma en 1943 y su reemplazo definitivo por la Corporación de Vivienda (CORVI) en 1953, serias dificultades para operar por conflictos tanto internos como con otras instituciones que también tenían por misión mejorar el déficit de viviendas en Chile. De la

multiplicidad de instituciones y la consecutiva duplicidad de funciones, en conjunto con la falta de financiamiento para la Caja y las distintas concepciones sobre el modelo urbanístico y arquitectónico bajo el cual se debía enfrentar el problema de la vivienda, se derivaron una serie de conflictos que, por una parte, dificultaron el actuar de la Caja y, por otra, llevaron a importantes reformas tanto a nivel institucional como a un cambio en la visión sobre cómo proyectar la ciudad.

En primer lugar, uno de los principales puntos de conflicto radicaba en la multiplicidad de instituciones que desarrollaban vivienda social tanto desde el Estado como desde instituciones propias de gremios específicos, como por ejemplo la Caja de Empleados Públicos y Periodistas, la Caja de Previsión de Empleados Particulares, la Caja del Seguro Obrero, la Corporación de Reconstrucción y Auxilio y la Sociedad Constructora de Viviendas Económicas, entre otras. La coexistencia de estas instituciones en conjunto con la Caja de la Habitación Popular, de carácter semi autónomo, era rechazada por algunos sectores de arquitectos y profesionales que promovían un Estado que pudiera centralizar en solo un organismo el problema de la vivienda (Valenzuela, 2007; en Castillo e Hidalgo, 2007).

Otro de los principales gatillantes que llevaron a la crítica del actuar de la Caja de la Habitación Popular frente al creciente déficit de vivienda fue la dificultad que experimentaba para que llegaran a la Caja los fondos comprometidos. Esta dificultad estaba sustentada en que los fondos de la Caja se componían de fondos que debían otorgar una serie de instituciones, como era el caso del Fondo de Construcción de Habitaciones Populares de la Corporación de Fomento, CORFO, por citar un ejemplo (Hidalgo, 2005). La burocracia que se generó producto de la complejidad del sistema de administración llevó a que muchas veces los fondos no llegaran a destino (Hidalgo, 2005). Como respuesta a las críticas por la gestión de la Caja de la Habitación Popular, su director justificaba su actuar en el problema del financiamiento:

“Si los fondos consultados por las diferentes leyes para la Caja hubieran llegado a ella en su totalidad y en la oportunidad indicada por las mismas leyes, la situación financiera de la Institución habría sido inmejorable (...). Sin embargo, como los fondos no llegan a la Caja en forma directa, sino que a través de otros organismos, el financiamiento indirecto ha resultado un fracaso”. (Alcaíno, 1941: 8; en Hidalgo, 2005: 164).

Frente a la dificultad del financiamiento de la Caja y al complejo sistema de administración de la política de vivienda los arquitectos ligados al ideario de la Arquitectura Moderna buscaron posicionar de forma definitiva el ideario de este movimiento en la promoción de la vivienda social, logrando el desplazamiento de los proyectos inspirados por la Ciudad Jardín. Este posicionamiento se puede analizar en dos momentos: el actuar de la Caja en los años cuarenta, década en la cual se produce la transición hacia la Arquitectura Moderna, y el reemplazo de la

Caja por la CORVI en los años cincuenta, década en la cual se instala definitivamente este modelo.

En la década del cuarenta la Caja de la Habitación seguía operando en un contexto de críticas y conflictos que le dificultaban su actuar. En este contexto, la Caja comienza a transitar hacia el desarrollo de conjuntos de vivienda de corte moderno, esto a pesar de contar en su legislación la posibilidad de desarrollar proyectos tanto desde el Modelo de la Ciudad Jardín y/o Lineal como desde la Arquitectura Moderna. A pesar, entonces, de que la Ley 6.815 de 1941 destinaba más de un tercio de los fondos anuales de la Caja de la Habitación Popular al desarrollo de Huertos Obreros y Familiares, lo cierto es que en la práctica los pocos proyectos que se realizaron bajo este modelo tuvieron serias dificultades para su construcción y desarrollo, como ocurrió con Huertos José Maza, Villa Mapuhue y Villa Las Rosas. En su lugar, proliferaron en estas décadas los grandes conjuntos de vivienda con estándares provenientes de la Arquitectura Moderna, siendo algunos ejemplos de esta época la construcción de la población Huemul II (1943) y de la población Arauco (1945).

Esta transición se vio expresada en el retroceso definitivo del proyecto de los Huertos Obreros y Familiares en la década del cincuenta, debido a la modificación de la Ley 6.815 en 1951 y a la reforma de la institucionalidad de vivienda. En primer lugar, la modificación de la ley consistió en el reemplazo del inciso primero del Artículo N° 9, en el cual se estipulaba que era el Estado quien debía costear los gastos de urbanización y servicios básicos:

“Los gastos generales de urbanización de las agrupaciones, como calles, plazas, construcciones para las instalaciones de servicios comunes, alcantarillado, agua potable, luz, fomento agropecuario, y todas aquellas que tiendan a cumplir la función social que se persigue, tales como asistencia y bienestar sociales, educación, deportes, culturización, etc., serán de cargo del Estado, sin costo alguno para los adquirentes”. (Ley 6.815, 1941, artículo N° 9).

Sin embargo, en la modificación de la ley en 1951 se establece que, si bien la Caja de la Habitación destinará fondos para el pago de la urbanización y servicios, éstos serán otorgados como préstamos a los beneficiarios del proyecto. Es decir, el Estado ya no será quien financie la urbanización y servicios básicos, sino que éstos deberán ser costeados por los cooperados.

En segundo lugar, con el reemplazo de la Caja de la Habitación por la Corporación de Vivienda en 1953 la instalación de la Arquitectura Moderna como solución al problema de la vivienda se vuelve definitiva. La Caja de la Habitación, la cual era una institución de carácter semi autónomo que estaba conducida por un Consejo Superior compuesto por integrantes de múltiples proveniencias, daba paso a la CORVI, la cual se constituyó como un órgano dependiente del Ministerio de Obras

Públicas, centralizado y que aglutinaba en un solo organismo toda la problemática de la vivienda. Es en esta década en la cual se experimenta el auge definitivo de la Arquitectura Moderna, al estar el directorio, profesionales y técnicos de la CORVI fuertemente influenciados por esta corriente, lo que quedó en evidencia con los conjuntos habitacionales que se construyeron en los años siguientes.

Esta transición hacia la Arquitectura Moderna casi como modelo único de planificación se debió a la reestructuración de las relaciones y a las presiones ejercidas por parte de actores contrarios a la forma en la cual se estaba llevando a cabo la política de vivienda. Si bien no ha sido posible reconstruir estas relaciones en detalle a través de las fuentes revisadas, si se ha podido constatar un reordenamiento de las mismas producto del aumento de la importancia de ciertos actores y la incorporación de otros. Esta reestructuración está dada fundamentalmente por una mayor influencia por parte de arquitectos ligados a la Arquitectura Moderna tanto en el interior de la Caja de la Habitación Popular como en otras instituciones públicas vinculadas a políticas de vivienda y urbanismo, por la vinculación con la universidad, por la incorporación de empresarios del gremio de la construcción tanto en la toma de decisiones como en la participación de la construcción de la vivienda social y por alianzas con organismos externos, como con la Organización de Estados Americanos, la cual prestaba apoyo y orientación sobre cómo conducir políticas públicas.

En relación con los arquitectos que impulsaron un cambio a nivel institucional y de visión en la conducción del problema de la vivienda, éstos tienen por principal protagonista a Luis Muñoz Maluschka. Muñoz fue un arquitecto inspirado por la corriente de la Arquitectura Moderna que de forma previa a 1936 fue director del Departamento de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas, luego, entre 1936 y 1953 fue jefe de la Sección de Urbanismo del Ministerio de Desarrollo y en 1953 pasa a ser director de la recién creada Corporación de Vivienda, CORVI.

Muñoz, desde sus roles de jefatura en distintas instituciones del Estado y en su calidad de docente de la carrera de arquitectura en la Universidad de Chile, difundió las ideas de la Arquitectura Moderna y desestimó las relacionadas al modelo de la Ciudad Jardín. La búsqueda de Muñoz por instalar el ideario de la Arquitectura Moderna como único modelo de planificación duró casi dos décadas: desde la incorporación de los Huertos Obreros y Familiares dentro de la política de vivienda en la década del treinta, la cual era llevada a cabo por la Caja de la Habitación Popular, hasta la creación de la CORVI a comienzos de la década del cincuenta, institución que presidió desde sus inicios, permitiendo desde ese rol encauzar de forma definitiva los proyectos de vivienda desde el ideario de la Arquitectura Moderna. De acuerdo con Pávez (1992), Muñoz intervino de forma importante en el proyecto que creó a la CORVI, pudiendo moldear esta institución bajo los

preceptos de las corrientes científicas y de racionalismo alemán que inspiraban a Muñoz.

Si bien se plantea, por una parte, que el modelo de la Ciudad Jardín era ineficiente como modelo de vivienda, debido a la lentitud en su construcción⁴, diversas fuentes (Hidalgo, 2005; Valenzuela, 2007; en Castillo e Hidalgo, 2007) coinciden con que gran parte de las dificultades que tuvo la Caja de la Habitación para poder llevar a cabo sus proyectos, bien fueran a través de Huertos Obreros y Familiares o a través de conjuntos de vivienda de corte moderno, se debió a los conflictos que se producían tanto al interior de ésta como entre las diversas instituciones que trataban el tema de la vivienda, siendo uno de los principales protagonistas de estos conflictos Luis Muñoz Maluschka:

“Eventualmente, la principal razón por la cual la Caja no consigue responder al déficit de vivienda radica en los conflictos políticos internos de la organización y, de ésta con las autoridades del gobierno que resultan en la falta de apoyo financiero. Esta situación de conflicto político y financiero se vería agravada cuando Muñoz crea otras entidades paralelas al interior del gobierno, y la Caja efectivamente no consigue aminorar el déficit habitacional. Pese a que los fondos comprometidos no se traspasan a la Caja, entre 1937 y 1942, ésta logra construir 9.180 casas, de las cuales realiza directamente un 58%” (Valenzuela, 2007: 74; en Castillo e Hidalgo, 2007).

De acuerdo con Valenzuela (2007; en Castillo e Hidalgo, 2007) Muñoz desaprueba no sólo el actuar de la Caja de la Habitación Popular y los proyectos que se planificaban en su interior, sino que además el carácter semi fiscal que ésta poseía. Al ser una institución semi autónoma que no dependía de ninguna entidad pública podía tomar decisiones sin consultar, por ejemplo, a la sección de urbanismo del Ministerio de Desarrollo, la cual era conducida por Muñoz.

Otro punto de conflicto se produjo en la relación entre el sector privado y la Caja, la cual se encontraba en tensión desde el periodo anterior. En el Congreso y Exposición de la Habitación Popular en el año 1936, los empresarios pertenecientes a la Asociación de Propietarios de Chile se mostraron contrarios a la idea del Estado como ente promotor de la vivienda, estrategia que sería llevada a cabo por parte de la recién creada Caja de la Habitación Popular sin participación del sector privado (Hidalgo, 2005).

La falta de participación del sector privado en la solución del problema de la vivienda es nuevamente abordada en la discusión que se produjo en el marco de la reforma de la Caja de la Habitación de 1943. En esta ocasión los arquitectos

⁴ Al ser terrenos localizados en la periferia esto debían ser urbanizados; se utilizaban materiales tradicionales, como el ladrillo y tejas; se ponía en marcha un proyecto de agricultura urbana el cual debía contar con personal técnico del Estado y financiamiento, pasando por etapas de experimentación antes de llegar a resultados; entre otros aspectos.

agrupados en el Colegio de Arquitectos manifestaron su opinión de otorgarle una mayor participación al sector privado en el financiamiento y construcción de viviendas, argumentando que su incorporación permitiría la construcción de conjuntos a mayor escala (Hidalgo, 2005), en consonancia con los postulados de la Arquitectura Moderna. Sin embargo, en la Ley 7.600 de 1943 que reformó a la Caja de la Habitación se dejó fuera al gremio de la construcción tanto de la toma de decisiones como del financiamiento de la Caja y de los proyectos de vivienda, el cual continuó siendo a través de aportes fiscales y de aporte de cajas de previsión (Hidalgo, 2005). La Caja de la Habitación seguía teniendo la atribución tanto de construir como de fomentar la construcción de viviendas sociales.

La búsqueda por incorporar al sector privado de forma más importante fue mantenida durante las décadas siguientes. En 1951 se crea la Cámara Chilena de la Construcción, la cual albergó al gremio de empresarios de la construcción y en 1953, con la creación de la CORVI, se cimenta una alianza entre el sector público y el privado para la construcción de viviendas a gran escala, la cual persiste hasta el día de hoy (Hidalgo, 2005; Castillo e Hidalgo, 2007). En 1960 se dicta la Ley N°2, la cual le otorga de forma definitiva beneficios al sector privado, tales como deducciones de impuestos y exenciones para la construcción de vivienda social.

Finalmente, la incorporación de la Cooperación Internacional como un actor más en la toma de decisiones no se ha evidenciado como parte de los conflictos que se desarrollaron en estas décadas, sin embargo, su actuación fue relevante debido a la ayuda prestada a través de la OEA y de la Unión Panamericana, mediante la División de Vivienda y Planeamiento. Este apoyo se tradujo en una asistencia en los primeros programas de autoconstrucción de viviendas bajo la acción de la CORVI, con foco en los pobladores de asentamientos informales de la periferia (Hidalgo, 2005), los cuales fueron canalizados a través de Programas de Autoconstrucción y Ayuda Mutua, destinados a cooperativas de habitantes de asentamientos informales. La ayuda prestada por la Cooperación Internacional estuvo enfocada, entonces, en la población urbana más vulnerable.

Trayectoria institucional y política urbana

Se construyen los primeros grandes conjuntos de vivienda (1954 – 1958)

Fuente: Elaboración propia.

La articulación de estas relaciones va dando por resultado la crisis de la Caja de la Habitación en los años cuarenta y la emergencia de una nueva institución, la CORVI, la cual formó lazos tanto con el sector privado, incorporando a la Cámara Chilena de la Construcción en la solución de la problemática de la vivienda como a la Cooperación Internacional a través de sus distintos organismos. Esta nueva articulación tuvo repercusiones que dificultaron el proceso de construcción y desarrollo de los Huertos José Maza, Villa Las Rosas y Villa Mapuhue.

2.3. La construcción de los Huertos en la transición del modelo urbanístico y de vivienda

En comparación con la etapa anterior, en donde la agencia fue posible gracias a un contexto abierto y flexible, se produce en los años cuarenta y cincuenta un contexto que se fue cerrando paulatinamente para el desarrollo de los Huertos. El proceso de cambio en la orientación agencial de la institucionalidad de vivienda, específicamente de la Caja de la Habitación, respecto del periodo anterior, se centró en la planificación de grandes conjuntos habitacionales de Arquitectura Moderna y en la protección del sector más vulnerable de familias que habitaban asentamientos informales en la periferia (Espinoza, 1988; Hidalgo, 2005). En este sentido, tanto el giro en el ideario de ciudad y su instalación en la agenda urbana como la focalización en los sectores más vulnerables alejan a la política urbana del proyecto de los Huertos, perdiendo apoyo y financiamiento a pesar de encontrarse vigente la Ley

6.815. Frente a esto, las cooperativas debieron superar una serie de dificultades para poder construir los Huertos y habitar en ellos.

El clima de conflictividad interna en la institucionalidad responsable de las políticas de ciudad y vivienda trajo consigo que los años previos a la instalación casi definitiva de la ciudad funcional en Chile como única política habitacional para los sectores populares se produjeran una serie de dificultades para dar curso al proyecto de los Huertos. Los conflictos políticos internos en la Caja de la Habitación vinieron de la mano con la creación por parte de Muñoz de instituciones de vivienda que actuaban de forma paralela a la Caja, lo que repercutió en que los recursos comprometidos no llegaran a la Caja (Valenzuela, 2007; en Castillo e Hidalgo, 2007). Es así como, a pesar del compromiso adquirido por Ley con el desarrollo de los Huertos como política pública, este compromiso fue cumplido parcialmente, para finalmente desaparecer con la modificación del artículo N° 9 de la Ley 6.815 en el año 1960, con el cual se le quita el financiamiento al desarrollo de los Huertos al traspasarse los gastos de urbanización y servicios básicos desde el Estado a los beneficiarios o cooperados.

Las serias dificultades para el financiamiento de los Huertos se sustentaron en que, si bien la Caja de la Habitación había comprometido el 35% de su financiamiento para el desarrollo de Huertos Obreros y Familiares, estipulándose un compromiso por parte de la Caja con préstamos y apoyo técnico para la compra y para la construcción de las viviendas y con la totalidad de la urbanización de los terrenos (agua, luz, alcantarillado, espacios públicos y calles, principalmente) lo cierto es que los recursos llegan con retraso o simplemente no llegan.

En este sentido, si bien las configuraciones de alianzas que se habían formado en el periodo anterior entre las cooperativas y políticos y parlamentarios de la época se mantuvieron en la década del cuarenta y cincuenta, éstas no pudieron hacer frente a las problemáticas que debieron enfrentar los Huertos para su construcción y funcionamiento. Es decir, si bien en esta etapa no se produjeron rupturas de las relaciones que se habían articulado en la etapa anterior, las cuales habían sido exitosas para poder instalar el proyecto de los Huertos Obreros y Familiares en la política de vivienda, éstas vieron debilitada su capacidad de agencia en este nuevo contexto, en el cual se encontraba prácticamente instalado el ideario de la Arquitectura Moderna y en el cual emergió una nueva configuración entre la institucionalidad pública de vivienda, universidad, Colegio de Arquitectos y, en los años cincuenta, el sector privado, a través de la Cámara Chilena de la Construcción y la Cooperación Internacional. Es así como, si bien en la década del treinta la articulación de las relaciones, específicamente entre parlamentarios y cooperativas de vivienda, permitió la movilización e instalación del proyecto de los Huertos Obreros y Familiares en la política habitacional, siendo la promulgación de la Ley 6.815 en 1941 el hito que permitió darle sustento legal al mismo, esta misma

articulación no permitió evitar los problemas que debieron enfrentar las villas que se acogieron a la Ley en su etapa de construcción en la década del cuarenta y cincuenta.

Frente a estas nuevas coreografías de poder, lo que repercutió en dificultades por parte de la Caja para conducir el proyecto de los Huertos, la respuesta de parte de las cooperativas fue la de fortalecer sus vínculos y capacidades internas, apelando a prácticas mutualistas y solidarias y también a liderazgos, creando organizaciones y generando y movilizand o capacidades y recursos para construir y desarrollar los Huertos. En este sentido, la estrategia agencial se adapta al perder de forma progresiva el apoyo institucional, centrándose en la comunidad en formación como el principal agente para la producción del espacio. Es así como, a medida que la Caja va quitando el apoyo comprometido hacia los Huertos en la década del cuarenta y, aún más fuertemente en la década del cincuenta con la creación de la CORVI, son las organizaciones sociales que se estaban formando quienes asumen la labor de financiar y dotar de la infraestructura y servicios necesarios para que el proyecto pudiera salir adelante.

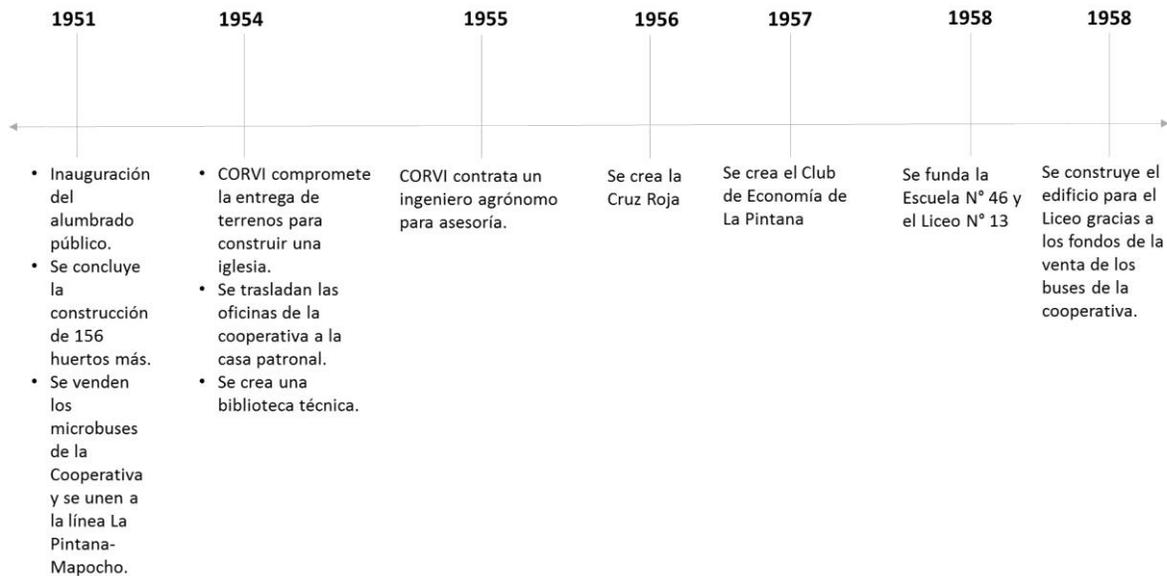
La orientación de la agencia se centró, por una parte, en resolver las problemáticas urgentes derivadas de la falta de cumplimiento de la Caja de sus responsabilidades como institución, y, por otra, en llevar a cabo el proyecto colectivo de habitar en común mediante nuevas formas asociativas. Para ello, se centraron en la conformación de una serie de organizaciones e instituciones comunitarias que buscaban prestar servicios básicos, de una gobernanza interna liderada por las cooperativas, la generación de recursos colectivos, entre otros aspectos, que posibilitaran una vida comunitaria con una relativa autonomía respecto de la ciudad. La paulatina pérdida de apoyo por parte de la Caja trajo consigo una cierta soberanía en la cooperativa y en la comunidad en formación como una voluntad colectiva, la cual *“(...) sólo puede emanar de una comunidad que se comunica consigo misma; es decir: que tiene la capacidad de **deliberar por sí misma, libremente**, sobre los problemas que la afectan y sobre las soluciones que se deben aplicar a esos problemas”* (Salazar, 2019: 14; énfasis en el original).

Es así como es en esta etapa, la de la fundación de los Huertos, que el ideario se transforma en prácticas colectivas de carácter mutualista, como una sociabilidad estratégica con el fin de conseguir metas que los beneficie individualmente (Sennett, 2012), pero también en prácticas colaborativas en un sentido de solidaridad comunitaria y altruismo (Tomasello, 2010). En este sentido, se produce, en palabras de Amin y Thrift (2002), una co-constitución entre modos de práctica y modos de pensamiento, vinculándose las prácticas cooperativas con la construcción de una comunidad ideal inspirada en la colaboración como vehículo de transformación social, siendo el compromiso colectivo el sustento de los procesos agenciales que se llevaron a cabo para la materialización del proyecto.

En el caso de Huertos José Maza, ésta fue la villa que se constituyó de forma más temprana, en 1946. A pesar de encontrarse con una serie de dificultades por la lentitud en la construcción de las viviendas y la falta de dotación de servicios básicos e infraestructura por parte de la Caja, logran no sólo que finalmente se complete la construcción de la totalidad de las viviendas gracias a las presiones ejercidas por parte de la Cooperativa, sino que también gracias al involucramiento de una naciente comunidad logran proveer de educación, de salud, de recintos deportivos, de una iglesia e incluso de un sistema de transporte público. En este sentido, si bien de acuerdo con la Ley la comunidad era considerada como un agente activo en la producción del espacio, la responsabilidad que debe asumir para poder llevar a cabo el proyecto es mayor. Esta capacidad agencial se puede apreciar en cómo desde 1946 hasta 1960 se logra construir la totalidad de la villa y crear una serie de organizaciones e instituciones comunitarias.

Trayectoria construcción Huertos José Maza 1942 - 1958

Se adquiere la Casa Patronal Aníbal Pinto con su parque y los terrenos del estadio



Fuente: Elaboración propia sobre la base de Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Limitada, 2014 y Catalán, Fernández y Olea, 2013.

Esta capacidad agencial no era nueva, teniendo algunos de los socios de la cooperativa y sus familias una experiencia organizativa, una memoria agencial y una visión de ellos como agentes en la producción del espacio urbano derivada de su experiencia vivida en el Barrio San Eugenio como un barrio que en esos años se encontraba en formación y con una importante actividad agencial desplegada desde sus habitantes,

“(…) los obreros que allí prestaban labor y residían fueron parte de un grupo que se inmiscuyó profundamente en las decisiones y medidas relacionadas con su entorno; practicaron así un tipo de acción política que trascendió muchas veces los temas del trabajo, con los que comúnmente se relacionaban los obreros durante nuestra época de estudio. Ello trajo como consecuencia que este sector de la ciudad, de marcado carácter popular y obrero, fuera uno de los que contara con mayor calidad de vida al interior de la periferia sur de Santiago, a pesar de todos los problemas y carencias que hemos venido relatando” (Vila, 2014: 244).

A esta memoria y experiencia agencial se sumó la necesidad de crear nuevas capacidades y una forma creativa de resolver las problemáticas que iban emergiendo, muchas de ellas vinculadas a la construcción de un espacio que debía ser materializado en un entorno rural lejos de la ciudad. Para ello se crearon tanto en Huertos José Maza como en Villa Las Rosas y Mapuhue una serie de organizaciones paralelas a las cooperativas, las cuales asumieron roles específicos, pero también de colaboración entre éstas para el desarrollo de tareas de carácter transversal.

El momento que inicia la fundación de Huertos José Maza se produce con la compra del Fundo La Pintana, ubicado a 18 kilómetros al sur del centro de Santiago, en 1942, el cual es elegido por parte de la Cooperativa en conjunto con la Caja. De acuerdo con lo estipulado por la Ley, la compra del fundo se realiza entre la Caja y los cooperados, cancelando la primera \$6.462.500 pesos, mientras que los cooperados comprometen \$844.248 a pagarse en cuotas (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Limitada, 2014).

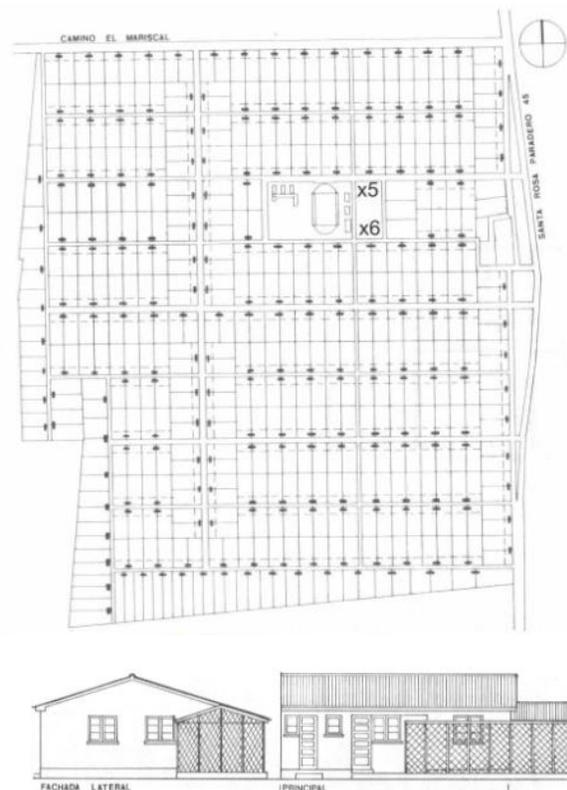
Fiesta de inauguración de Huertos José Maza, con la presencia del Senador José Maza



Fuente: Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Limitada, 2014

Las principales dificultades que tuvieron para poder llevar a cabo el proyecto estuvieron dadas, por una parte, en la lentitud del proceso de construcción de las viviendas e infraestructura y en la asignación de las parcelas a los beneficiados. El proyecto consistía en la parcelación de 500 huertos de media hectárea con viviendas unifamiliares aisladas, el cual se fue construyendo en distintas etapas. En 1946 se asignan los primeros 150 huertos, llegando a habitar el lugar ese mismo año las primeras familias; en 1951 se entregan 272 huertos más, faltando 78 huertos para completar los 500 del proyecto (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Limitada, 2014). En 1954 concluye la construcción de viviendas y asignación de parcelas, 12 años después de haber comenzado el proyecto, siendo estas últimas casas construidas de madera, debido a que no llegan los recursos comprometidos por parte de la Caja (mujer, ochenta años; conversatorio Cooperativa; 16 de julio, 2016).

Esquema general del loteo y modelo de vivienda, 1946.



Fuente: Gámez, 2008.

Además de la lentitud en el avance de la construcción de las viviendas, desde un primer momento se vislumbraron problemáticas respecto de la falta de fondos para

la dotación de infraestructura y servicios básicos. Las primeras familias que llegaron en 1946 se encontraron con que algunas calles no se encontraban trazadas y no existía agua potable, luz eléctrica ni alcantarillado, frente a lo cual la cooperativa, a través del aporte de los socios, reúne el dinero para la instalación de los servicios básicos (hombre, setenta años; conversatorio Cooperativa; 16 de julio, 2016). Esto generó que, además, en ese mismo año se paralizaran los trabajos en el fundo por problemas de agua potable, regadío y falta de ladrillos para la construcción de las casas (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Limitada, 2014). El entonces presidente de la Cooperativa José Maza, Víctor Guerrero, expresaba con estas palabras el primer año del proyecto:

“Los actuales ocupantes llegamos a los huertos hace un año, aceptando recibirnos de ellos tal como se encontraban, o sea, sin haber sido despojados todavía de escombros, sin luz, sin agua, con los servicios higiénicos a medio instalar, con los terrenos anexos a las casas como campo eriazo, cubierto de piedras y malezas” (Víctor Guerrero, 1947; en Klapp, 1982: 10).

La falta de fondos también afectó a la pavimentación de calles y a la construcción de las viviendas. Las viviendas pertenecientes al cuarto (116 huertos) y quinto sector (156 huertos) fueron construidas en 1951 con un solo dormitorio, en comparación a las viviendas que fueron construidas en las primeras etapas, las cuales tenían tres dormitorios (mujer, setenta años; conversatorio Cooperativa; 16 de julio, 2016). La insistente presión que ejerció la Cooperativa para la construcción de dos dormitorios más rindió éxito, realizando la Caja posteriormente la ampliación de las viviendas. Además, entre 1943 y 1946, la Caja tuvo una mala administración en la explotación del fundo, lo cual dejó un importante déficit, el cual debieron costear los cooperados en los años siguientes (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Limitada, 2014).

Si bien las presiones por parte de la Cooperativa hacia la Caja rindieron en algunos casos éxito, en otros la comunidad organizada debió actuar para poder resolver las problemáticas más urgentes que aquejaban a los primeros huerteros que llegaron a habitar, como era la falta de agua potable y luz,

“Cuando llegamos a La Pintana, los pioneros, no existía alumbrado domiciliario ni público, no había agua potable, se solucionaron esos problemas de la siguiente forma: con la gestión de Don Luis Pineda que hizo la conexión eléctrica uniendo con el único medidor que existía en las Casas del Fundo Casona con los domicilios, lo que permitió solucionar el problema del alumbrado. La iluminación de las casas en todo caso era muy leve, pues por la distancia y la cantidad de consumo bajaba el voltaje, por lo que teníamos que alumbrarnos con lámparas a carburo o anafres, por otro lado dada la benevolencia que caracterizaba a Don Óscar Voighe que tenía un camión con piso de madera se pudo repartir 200 litros de agua para domicilio, los baños estaban conectados a una fosa séptica y a un pozo, las casas del lado

oriente tenían la fosa y las del lado occidente el pozo” (Fernando Espínola, Revista Caudal N°3, 2010: 7).

Estas soluciones parciales fueron dando lugar a otras más definitivas, gracias al espíritu de colaboración, al fortalecimiento del tejido comunitario y al desarrollo de capacidades colectivas e individuales, lo cual se materializaba en prácticas de mejoramiento de los Huertos. Esta comunidad, sin embargo, continuó ejerciendo presiones a la institucionalidad pública, manteniendo una orientación vinculada a hacer valer su derecho a la vivienda,

“En esos años existía unidad de todos los huerteros, con las consabidas diferencias políticas que tenía cada cooperado, pero no era impedimento para gestionar, organizar, hacer peticiones a la municipalidad de La Granja y a los distintos ministerios, debido a esa unidad lograron importantes conquistas, como por ejemplo entre el año 1940 y 1949 lograron la instalación de medidores en cada casa, con la instalación de redes eléctricas y alumbrado público cada 100 metros, posteriormente en el año 1952, se logró la pavimentación de las calles principales, por donde hacía el recorrido la movilización, esas calles eran Las Acacias, Los Duraznos, Los Cipreses, Los Paltos y El Parque. (Fernando Espínola, Revista Caudal N°3, 2010: 7).

El desarrollo de un tejido asociativo para la construcción y desarrollo de los Huertos no estuvo exento de conflictividad. En este sentido, si bien la creación de organizaciones sociales posibilitó que los proyectos pudieran ser llevados a pesar de la progresiva falta de apoyo institucional, se produjeron algunas problemáticas internas que marcaron la trayectoria de los Huertos.

Algunos ejemplos de estas problemáticas se pueden observar en cómo en los primeros años de vida en los Huertos se produjo malestar en las tres villas debido a que el proyecto no era llevado a cabalidad, existiendo algunos beneficiarios que no poseían un compromiso absoluto o bien poseían dificultades en poder llevar a cabo el desarrollo del proyecto. Esto se expresaba en que algunos huertos no eran suficientemente cuidados o trabajados. A esto se sumó el hecho de que, de forma contraria a lo que era el espíritu de la Ley, algunos huertos se transformaron en parcelas de agrado, es decir, segundas viviendas que se encontraban a cargo de un trabajador y su familia, quienes realizaban las labores agrícolas y cuidaban el terreno, asistiendo los propietarios los fines de semana o en su tiempo libre (Catalán, Fernández y Olea, 2013). Existía, por otra parte, serios problemas por la falta de pago de dividendos (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Limitada, 2014).

En relación con problemas específicos de Huertos José Maza, la cooperativa tuvo que enfrentar en sus primeros años no sólo años de conflicto con la Caja de la Habitación, sino que los problemas de administración y contabilidad llevaron a la

salida del directorio que había estado a cargo durante diez años, desde 1936 a 1946, quienes habían sido los principales promotores de la Ley. La nueva directiva asumió una serie de problemas, tales como la falta de luz, de agua, mal funcionamiento de la locomoción y la expulsión de socios por cuentas impagas. Este conflicto llevó a que en 1949 se creara una cooperativa paralela con los socios expulsados, la Cooperativa Agrícola José Maza, la cual fue posteriormente disuelta. A pesar de todos estos problemas, la cooperativa fue capaz de resolver gran parte de estas dificultades, especialmente aquellas relacionadas con la dotación de infraestructura y servicios básicos.

Es así como, si bien las relaciones tanto dentro de las organizaciones como entre éstas no estuvieron exentas de conflictos, lo que prevaleció en estos años fue un espíritu de colaboración para no sólo para construir el lugar en términos físicos, sino que también para dotarlo de un tejido organizativo de ayuda mutua que se tradujo en la creación de una serie de organizaciones de base e instituciones comunitarias. Esto se vio impulsado por la lejanía de las villas de la ciudad, por lo que la necesidad de crear servicios básicos de salud, educación, entre otros, era imperante,

“Luis Pineda instala, junto a su casa, la primera estafeta de correos y telégrafos, además de un teléfono público; Mario Castro inaugura su almacén La Campana; Oscar Voight, un versallesco hombre de negocios, se hace de un camión fudre, para llevar agua fresca a los huerteros, ya en plena campaña tras el alumbrado eléctrico y la construcción de una escuela. Los jóvenes del recién fundado Club Deportivo, pala en mano, construyen una cancha de fútbol cerca del tranque. Las damas acentúan su catolicismo con la edificación de la parroquia Nuestra Señora del Huerto y fundan, al mismo tiempo, la Posta La Pintana de la Cruz Roja Chilena para el necesario auxilio médico de emergencia; los varones se reúnen en la Sociedad de Socorros Mutuos y Bienestar” (Klapp, 1982: 10).

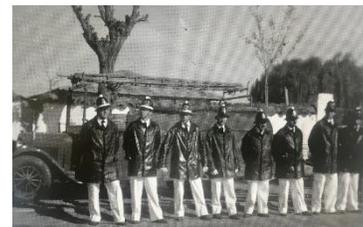
De esta forma, los Huertos se van transformando en esa comunidad cada vez más autónoma, acercándose a los ideales de Howard y de los socialistas utópicos. En ello, la cooperativa juega un rol central, tal como estaba ideado en la utopía de la Ciudad Jardín y de la aldea ideal. Por una parte, se transforma en el centro de la comunidad, instalándose en la década del cuarenta en la Casona Don Aníbal gracias a su compra a la Caja de la Habitación. Allí se instalaría la cooperativa; el almacén de la cooperativa, en el cual se acopiaban los productos necesarios para las labores agrícolas de los huertos, un cine y un retén de carabineros (Catalán, Fernández y Olea, 2013). Esto permitió que la cooperativa tuviera sus reuniones en Huertos José Maza en lugar de la oficina en el centro de Santiago en la cual se encontraba la sede de la cooperativa en sus inicios. Por otra parte, gracias a los aportes de los cooperados, la Cooperativa compra terrenos para albergar canchas deportivas y funda la Sociedad de Transportes y Movilización en el año 1945, la cual tenía por finalidad dotar de transporte a los huerteros que viajaban a diario a trabajar a

Inauguración Oficina de Correos y Telégrafos, 1950; Fundación Cuerpo de Bomberos, 1946.



Fuente: Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Limitada, 2014.

Fundación Cuerpo de Bomberos, 1946.



Fuente: Revista Caudal N° 5, 2012.

Microbús perteneciente a la Sociedad de Transportes y Movilización



Fuente: Catalán, Fernández y Olea, 2013

Liceo N° 13



Fuente: Revista Caudal N° 4, 2011.

Santiago (hombre, setenta años; conversatorio Cooperativa; 16 de julio, 2016). Para ello se creó una sociedad la cual emitió acciones, las cuales fueron adquiridas por los cooperados, se contrataron choferes y cobradores, se compraron microbuses y se construyeron las instalaciones necesarias para guardarlos (Catalán, Fernández y Olea, 2013). Los pasajes se pagaban con bonos que vendía la Cooperativa en el paradero 21 de Santa Rosa (Luis Araya, Revista Caudal N° 8, 2015). Este recorrido benefició no sólo a los huerteros, sino que también a los habitantes de la entonces comuna de La Granja, publicitándose esta iniciativa en el resto de la comuna.

Si bien esta iniciativa tuvo dificultades para su funcionamiento desde sus inicios, cabe destacar el ímpetu con el cual los huerteros buscaban desarrollar su lugar desde distintas necesidades que iban surgiendo. En este caso, si bien esta propuesta no fue sustentable en el tiempo, pudo ser reconvertida hacia otro fin social. En 1960, luego de años de mal funcionamiento, se rematan los buses propios de la Cooperativa para invertir los recursos obtenidos en la compra de acciones de la Sociedad Constructora de Establecimientos Educativos, con la finalidad de instalar un liceo (Sociedad Cooperativa de Huertos Obreros José Maza Limitada, 2014).

Si bien el rol de las mujeres estaba más bien supeditado al cuidado de la familia y del hogar, pero también de la parcela y de la producción agrícola en los días de semana, debido a que de lunes a viernes los hombres iban a trabajar a Santiago, ellas juegan un importante rol no sólo en la creación de algunas organizaciones, sino que también como voluntarias en una serie de iniciativas comunitarias. En la década del cincuenta crean dos instituciones, la Cruz Roja, en 1956, y el Club de Economía de La Pintana, en 1957 (Catalán, Fernández y Olea, 2013). De acuerdo a Dora (2016), la Cruz Roja fue fundada por enfermeras que capacitaron a un grupo de mujeres de los huertos para asistir en primeros auxilios, y el Club de Economía se enfocó en el desarrollo de talleres de manualidades, convirtiéndose en las décadas siguientes en el Centro de Madres (Catalán, Fernández y Olea, 2013). Además, trabajan como almaceneras, profesoras en la escuela, en la producción y venta de los productos agrícolas producidos en los huertos, entre otras labores. De esta forma, parte importante del tejido social y de la vida en común es sostenida por las mujeres.

La creación de organizaciones e instituciones comunitarias tales como la escuela, bomberos, Cruz Roja, una iglesia, canchas deportivas, entre otras, vino de la mano con la promoción del encuentro y del debate, al participar la comunidad activamente en todas estas instancias. Lo común se transforma, de esta forma, no sólo en una forma de proveer de servicios básicos, sino que también en un “pegamento” que sostiene la sociabilidad en los Huertos,

“En esos años existía unidad de todos los huerteros, con las consabidas diferencias políticas que tenía cada cooperado, pero no era impedimento para gestionar, organizar, hacer peticiones a la municipalidad de La Granja y a los distintos

ministerios, debido a esa unidad lograron importantes conquistas, como por ejemplo entre el año 1940 y 1949 lograron la instalación de medidores en cada casa, con la instalación de redes eléctricas y alumbrado público cada 100 metros, posteriormente en el año 1952, se logró la pavimentación de las calles principales, por donde hacía el recorrido la movilización, esas calles eran Las Acacias, Los Duraznos, Los Cipreses, Los Paltos y El Parque". (Fernando Espínola, Revista Caudal N°3, 2010: 8).

Si bien el foco de la orientación de la agencia se centró en estos años en el desarrollo de la comunidad, se mantiene la noción de que éste es un modelo ideal ejemplar de política pública que debe ser difundido y replicado. Frente a esto, la Cooperativa José Maza mantiene un rol político que va más allá del lugar local, siendo un ejemplo de ello que, además de haber sido una de las principales impulsoras de la Ley 6.815, asume la organización de la primera Convención de Huertos, en 1945, la cual tenía por objetivo el aglutinar a las organizaciones que estaban involucradas con proyectos de Huertos Obreros y Familiares, poder intercambiar experiencias y promover este tipo de solución habitacional.

Es así como, en estos años y hasta el Golpe, la utopía experimental de los Huertos se construye no sólo materialmente, sino que se moldea una vida cotidiana sobre la base de prácticas y experiencias fieles al modelo de Huertos Obreros, dando como resultado una comunidad que logra gracias a sus capacidades agenciales construir un lugar en la periferia de la ciudad.

Cruz Roja



Fuente: Revista Caudal N° 5, 2012.

3. Habitar la Eutopía: Agencia desde la comunidad. Década del sesenta.

La década del sesenta se caracteriza en términos generales por ser una época en la cual los Huertos José Maza ya se encuentran casi completamente consolidados, las viviendas están construidas y las parcelas se encuentran en plena producción agrícola. Luego de casi quince años desde la puesta en marcha del proyecto, con la llegada de los primeros huerteros, la vida en los huertos transcurre entre reuniones sociales, el trabajo agropecuario y el desafío de la producción y comercialización, las mejoras constantes tanto del interior de la parcela como de los espacios públicos y los viajes diarios a Santiago, en donde se encuentra la fuente laboral.

Son los tiempos de habitar la eu-topía,

“... corrían los años 60... rodeada de fundos, unas 500 casas con 5.000 m2 de terrenos, árboles frutales de todas las especies, calles de tierra, escuela, club deportivo, iglesia, cooperativa, cine, tranques para el regadío, locomoción precaria a Santiago y muchas otras cosas.

Cada calle era un nido de pajaritos... tenían sus propias historias y pocas cruzaban los huertos para ser conocidas en otras calles... habían también las actividades comunes en el club deportivo o en la cooperativa, con historias que nacían allí mismo”.

“En las calles, circulaban carreteras transportadas por caballos vendiendo pan, las verduras y la leche... habían dos almacenes que vendían los mantenimientos de supermercados y una carnicería en Santa Rosa, una peluquería en la esquina del Olivar con los Duraznos, donde había un aprendiz de peluquero... en fin, todo era simple y escaso” (Pepe Albornoz, Revista Caudal: 18, julio 2009).

Los huerteros se enfrentan en esta década a una serie de desafíos para poder llevar a cabo la agencia que les permita conducir el proyecto de lugar. En términos relacionales, se produce un quiebre con las instituciones públicas, especialmente con la CORVI, llegando a un abandono institucional casi definitivo. Por otra parte, las visiones de desarrollo se alejan de los ideales del socialismo utópico y anarquismo que inspiraron al modelo de Ciudad Jardín como proyecto de transformación social, primando en esta década los idearios de la Promoción Popular de Frei Montalva y el Poder Popular de Allende, cuyo foco se encontraba en el mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores marginales.

En este contexto políticas urbanas centradas fundamentalmente en solucionar el problema de la dotación de vivienda para los sectores marginales urbanos y con la Arquitectura Moderna como referente en materia de planificación de la ciudad y en vivienda para sectores medios y bajos, los Huertos José Maza quedan en una

situación de ambigüedad respecto de la gestión y planificación territorial. Frente a esto, la agencia que se desarrolla consistió en una agencia individual centrada en las prácticas cotidianas del producir y el habitar el huerto, desde el núcleo familiar, y en una agencia colaborativa desde el lugar, orientada hacia la continuidad del proyecto, la cual se despliega desde el tejido social de la comunidad con la finalidad de fortalecer la autonomía del lugar.

3.1. Una década de reformas: de la Revolución en Libertad a la Vía Chilena al Socialismo

La década de los sesenta se caracteriza por ser una década en la cual, a nivel global, se buscan nuevos caminos para la transformación de la sociedad, primando un clima caracterizado por *“la efervescencia social, la transgresión a las costumbres, el desenfreno eufórico por el cambio y un fuerte optimismo y confianza en el futuro”* (Correa et al, 2001: 226). En Chile, los cambios sociales que se venían acrecentando desde mediados de siglo, con un fuerte crecimiento de la población, la migración campo-ciudad, el aumento de la marginalidad urbana y la persistencia de la pobreza rural, trajeron consigo que los sectores más vulnerables incrementaran su capacidad de agencia, presionando y actuando de forma organizada por mejoras en sus condiciones de vida. Esta masa organizada y movilizadora de la “baja sociedad civil” (Salazar y Pinto, 2014) generó además lazos con grupos de izquierda y con la recientemente creada Democracia Cristiana, aumentando su visibilidad social e influencia política, generando que, a medida que avanzaban los años, las demandas sociales y políticas se aceleraran, exigiendo cada vez con mayor intensidad soluciones.

Frente a esto, la respuesta por parte de los gobiernos de Alessandri (1958 – 1964), independiente pero perteneciente a la coalición de Partido Liberal y Conservador Unido; Frei Montalva (1964- 1970), perteneciente a la Democracia Cristiana; y Allende (1970 – 1973), socialista y parte de la coalición de la Unidad Popular, consistió en la profundización del modelo de Estado modernizante y desarrollista de las décadas anteriores (esto a pesar de la diversidad de partidos que gobiernan), en el cual las transformaciones se impulsan “desde arriba”, acentuando en este periodo una intervención directa y planificada (Correa et al, 2001). Este modelo de Estado se sustenta en la tesis estructuralista, la cual plantea que los problemas provienen de una crisis integral causada por el mantenimiento de las estructuras tradicionales, principalmente debido a desequilibrios en la economía (Correa et al, 2001: 239). Para poder enfrentar dichos desequilibrios, el Estado es considerado como el principal agente promotor del desarrollo y de las mejoras de las condiciones de vida de la población, para lo cual se robustece respecto de la dotación de

profesionales, creación de instituciones, modernización y creación de marcos jurídicos, entre otros (Bravo Lira, 2014).

En este contexto, los gobiernos de Alessandri, Frei Montalva y Allende llevan a cabo reformas estructurales cada vez más profundas, las cuales se ven presionadas desde los movimientos de masas que pujan por cambios en el país. Sin embargo, cada gobierno representó proyectos políticos formulados como modelos de sociedad distintos, los cuales buscaron principalmente superar las crisis inflacionarias y el creciente desempleo que se produjo bajo el modelo de industrialización y sustitución de importaciones implementado por los Gobiernos Radicales (Espinoza, 1988). Alessandri conduce una concepción autoritaria de Estado, un reforzamiento del sector privado y el control de las clases populares; Frei Montalva, bajo los ideales del Humanismo Cristiano, contempló reformas antilatifundistas y políticas sociales focalizadas en los sectores populares; y Allende, como parte de una alianza socialista y comunista, propuso un programa de reformas socialista en contra de los monopolios y el imperialismo, situando a la clase obrera como parte de una alianza política (Espinoza, 1988). Es así como las reformas de Alessandri, impulsadas en buena parte por los requerimientos de la Alianza por el Progreso (de la cual formaría parte con la finalidad de obtener recursos fundamentalmente para la reconstrucción del país a causa del terremoto de 1961) son tímidas⁵ en comparación con las impulsadas por Frei Montalva, con su “Revolución en Libertad” y por Allende con la “Vía Chilena al Socialismo”, buscando estos últimos reformas profundas mediante planificaciones globales.

Las reformas implementadas en cada uno de los gobiernos dependieron de una economía a nivel país que fue más bien oscilante debido a ciclos inflacionarios permanentes, presentándose periodos de estancamiento económico en los cuales el Estado tuvo serias dificultades para poder llevar a cabo su agenda de medidas. Si bien los primeros años del gobierno de Alessandri fueron exitosos, en cuanto al auge económico y la inversión en infraestructura y vivienda, a partir de 1962 la economía sufre un revés, disminuyendo la inversión y aumentando la inflación, la cual llegó al 50% en 1964 (Correa et al, 2001).

En el gobierno de Frei Montalva la inyección de recursos por parte de Estados Unidos ayudó a superar los problemas inflacionarios heredados del gobierno anterior y los derivados de la baja del precio del cobre, entre otros. En este contexto, el gobierno, buscando atender las demandas de los movimientos sociales, impulsa los planes de Reforma Agraria, de Chilenización del Cobre y políticas de vivienda (Aranda, 2014). Sin embargo, entre 1967 y 1970 la inflación aumenta progresivamente, a lo que se sumó una desaceleración del crecimiento industrial, lo que llevó a limitar el plan de reformas estructurales (Aranda, 2014; Correa et al,

⁵ Un ejemplo de ello es que la reforma agraria impulsada en su mandato haya sido popularizada como la “Reforma Macetero”.

2001). La sensación de frustración por parte de la población trajo consigo la radicalización de los nuevos sectores organizados, lo que se expresó en el aumento de tomas de terrenos urbanos y de fundos y ocupaciones de fábricas. La movilización de masas se profundizó y con ello la proliferación de formas de acción directas, tales como tomas, huelgas, marchas y concentraciones frente a la falta de mecanismos convencionales de diálogo (Correa et al, 2001; Hidalgo, 2005).

Los primeros años de Allende fueron muy positivos en términos económicos y en el cumplimiento de su programa de gobierno, logrando nacionalizar una parte importante de los recursos minerales; de empresas e industrias consideradas estratégicas para el Estado, las cuales pasaron a formar parte del Área de Propiedad Social; el 80% de los bancos y más del 30% de la tierra agrícola (Correa et al, 2001). El PIB creció en un 8,6%, la cesantía disminuyó a un 4,2%, la producción agrícola y ganadera y la industrial tuvieron aumentos considerables y la inflación se redujo a un 22,1% en 1971 (Correa et al, 2001). Sin embargo, en 1972 la economía sufrió un revés debido a las acciones conspirativas internas y externas, a la caída en el precio del cobre y al descenso en la producción debido a un casi permanente estado de movilización social (Correa et al, 2001). A pesar de las medidas económicas implementadas por el gobierno, la inflación aumentó a partir de este momento hasta 1973 en un 353% (Correa et al, 2001).

La búsqueda de cambios de carácter estructural trajo consigo un reordenamiento en las relaciones de poder y la ideación de nuevos modelos de sociedad. Estos cambios vinieron fuertemente impulsados por los sectores populares organizados y apoyados por distintas facciones políticas de izquierda y de centro, presionando cada vez con mayor fuerza por el respeto y reconocimiento a sus derechos a medida que avanzaba la década de los sesenta. Si bien en las décadas anteriores la ciudadanía poseía distintas formas de organización, tales como sindicatos, gremios, cooperativas, entre otros, lo particular de esta década radica en que el sector más vulnerable y marginal de la sociedad crea organizaciones nuevas y se articula con la institucionalidad pública, demandando con urgencia y efervescencia el cumplimiento de sus derechos más fundamentales, como la vivienda.

Frente a esta presión, el poder político buscó nuevas formas de respuesta mediante la formulación de reformas y la generación de estrategias de inclusión de estas masas en sus programas de gobierno. Estas respuestas fueron articuladas en el ideario de la “Promoción Popular”, contenido en la “Revolución en Libertad” de Frei Montalva, y del “Poder Popular” en la “Vía chilena al socialismo” de Allende. En ambos idearios, “lo popular” se erige como el nuevo protagonista histórico de cambios estructurales en la búsqueda de una sociedad más justa y equitativa en reemplazo de “la burguesía” (Correa et al, 2001).

El ideario de la Promoción Popular se pone en marcha con la llegada de Frei Montalva al poder en el año 1964, siendo la Democracia Cristiana el primer partido

que integra a los sectores marginales dentro del pacto social (Colom, 1999). Su gobierno proclama las virtudes de la comunidad popular, la cual sustentaba el poder de los sectores marginales como agentes activos en la organización de sus condiciones de vida (MINVU, 2004). Estas ideas se encontraban sustentadas en la noción de Promoción Popular, la cual tenía por finalidad,

“Atender preferentemente a los sectores de más bajos ingresos de la población. Todo esto en el contexto de una política de integración y participación social dirigida por el Estado y el partido dominante (...) siendo el objetivo la redistribución de recursos y la incorporación a la sociedad de los sectores “marginados”, a través de su movilización y organización” (MINVU, 2004: 128).

En este sentido, en el ideario de la Promoción Popular la agencia por parte de los sectores populares se articula desde el incentivo de la organización de estos sectores para aumentar sus capacidades como agentes mediante la institucionalización de las organizaciones sociales, con la finalidad de facilitar la participación y, por lo tanto, la inclusión de las masas populares. Sin embargo, las políticas de incentivo a la formación de organizaciones sociales abarcaron a un sector más amplio de la población. Es así como en 1968 se dicta la Ley 16.880 de Organizaciones Comunitarias, conocida como Ley de Promoción Popular, la cual reconoció a juntas de vecinos *“(...) como una expresión de solidaridad y organización del pueblo en el ámbito territorial para la defensa permanente de los asociados y como colaboradoras de la autoridad del Estado y de las Municipalidades”* (Ministerio del Interior, 1968) y organizaciones comunitarias, tales como Centros de Madres, Centros de Padres y Apoderados, Centros Culturales y Artísticos, Organizaciones Juveniles, Organizaciones Deportivas, Grupos Corales, Cooperativas, entre otras⁶. Gracias a esta ley llegan a crearse miles de juntas de vecinos, centros de madres y clubes deportivos, lo que fue acompañado de la capacitación de líderes comunitarios y de la entrega de infraestructura y materiales e implementos para el funcionamiento de las organizaciones. (Correa et al, 2001).

Por su parte, las nuevas formas de organización en el gobierno de Allende se articulan bajo el ideario del “Poder Popular”, el cual también se enfoca en los sectores más vulnerables. Sin embargo, la incorporación de estos sectores abarca un espectro más amplio de actuación, al considerarlos como agentes económicos capaces de participar de forma importante o incluso de llevar el control de los procesos de producción y distribución, entre otros (Kriés, 1983; Colom, 1999). En este sentido, el ideario del Poder Popular se diferencia del de Promoción Popular al considerar una transición hacia una nueva sociedad en la cual los sectores marginales (pobres urbanos, campesinos e indígenas) lograrían construir una

⁶ Se crean entre 1964 y 1970, 3.487 juntas de vecinos y 9.000 centros de madres con 450.000 socias, construyéndose un fuerte vínculo entre las asociaciones comunitarias y la administración política municipal y central (Jiménez, 2012).

historia propia de superación de la pobreza y la incorporación al desarrollo mediante una nueva forma de producción, una producción socialista (Pinedo, 2000).

Tanto el ideario de la Promoción Popular como el del Poder Popular y su puesta en acción como políticas de gobierno dieron como resultado el que en esta década el Estado cobrara un rol activo en el incentivo del fortalecimiento de la vida colectiva y de una ciudadanía política, llegando en 1972 a que más del 50% de las personas participaran de alguna organización social (Letelier et al, 2019).

3.2. Los Huertos en la metrópolis moderna. Entre el abandono y el reconocimiento

El proceso de industrialización impulsado en las décadas anteriores, bajo el modelo de sustitución de importaciones, vino acompañado a mediados del siglo XX de una rápida urbanización y concentración de la población y de las actividades en la capital, llegando ésta a superar el millón y medio de habitantes en la década del sesenta (Espinoza, 1988), produciéndose un tránsito de una dinámica de ciudad colonial hacia el de una metrópolis (Parrochia, 1990; en Pávez y Parrochia, 2006). La superación de los antiguos límites coloniales en estos años se evidencia en el congelamiento del crecimiento de la comuna de Santiago y en un fuerte dinamismo de las comunas adyacentes (Espinoza, 1988). Este crecimiento se sustentaba, principalmente, en una fuerte migración campo-ciudad, atrayendo la actividad industrial propia de la ciudad a un campesinado empobrecido producto de la persistencia de los latifundios y de la fijación de precios en los bienes agrícolas (Espinoza, 1988). De esta forma, el crecimiento de la ciudad se produjo fundamentalmente gracias a la emergencia de un nuevo sector popular urbano, quienes mayoritariamente se concentraban en conventillos en el centro de la ciudad o bien buscaban soluciones habitacionales en espacios vacantes, mediante la autoconstrucción de “poblaciones callampa” o de poblaciones como parte de la política de vivienda.

En este contexto, es en esta década en la cual se inicia una dinámica de crecimiento urbano acelerado y marcado por la concentración de población vulnerable en la zona sur de Santiago, trayendo consigo que a escala metropolitana la segregación socioespacial también aumente. La constitución de la hoy comuna de La Pintana (entonces comuna de La Granja), en la cual primaban los fundos y parcelas agrícolas, siendo las villas que conformaban los Huertos Obreros y Familiares el poblamiento más importante en esta década (Gurovich, 2003), experimenta una profunda y acelerada transformación. La comuna de La Granja crece en 6 veces su superficie urbana entre los años 1956 y 1970 debido a la llegada de nuevos habitantes a conjuntos de vivienda social y campamentos derivados de tomas de

terreno, conformando el sector urbano delimitado por Lo Martínez, Santa Rosa, Lo Blanco y San Francisco (Gurovich, 1999). Los conjuntos de vivienda social eran de baja calidad, con servicios sanitarios básicos y con una inversión mínima en urbanización (De Ramón, 1990).

El rápido crecimiento de la población, especialmente de sectores populares, y una dinámica de expansión física de la ciudad, situó un contexto político para el desarrollo de los Huertos en el cual la institucionalidad se focalizó en las demandas de los sectores más vulnerables y en encontrar una forma de planificar el desarrollo de la metrópolis, generándose una respuesta desde el sector público hacia los Huertos que se encontró entre la pérdida de apoyo institucional y el reconocimiento. Por una parte, la primacía en la agenda política y urbana de buscar una solución a las problemáticas de los sectores marginales urbanos llevó a focalizarse en la superación del creciente déficit de viviendas. Esto significó para el proyecto de los Huertos quedar fuera de una agenda política que buscaba dar solución a los sectores más vulnerables, perdiendo de esta forma el apoyo institucional para la superación de las problemáticas que los aquejaban en estas décadas, tales como el desarrollo de pequeñas industrias agropecuarias o una mayor y mejor dotación de servicios e infraestructura. Por otra parte, se buscó una forma de planificar el desarrollo de esta metrópolis en expansión bajo los ideales de la planificación regional, la cual tenía como uno de sus referentes al modelo de la Ciudad Jardín. En este sentido, bien la planificación regional, cristalizada en el Plan Regional Intercomunal de Santiago de 1960 (PRIS 1960), reconoce a los Huertos como un espacio de importancia ecológica y agrícola para la región, esta planificación careció de una gestión y de una planificación económico-financiera (Gross, 1991), por lo que se tradujo en un reconocimiento normativo, pero sin encontrarse asociado a un soporte técnico y a recursos para su desarrollo y continuidad. Es así como el desarrollo de los Huertos en estos años recayó fundamentalmente en una agencia conducida desde la comunidad, pudiendo llevarse a cabo el proyecto gracias a ella y a la lejanía respecto de las dinámicas de expansión de la ciudad, manteniendo su carácter rural.

En primer lugar, el auge del movimiento de masas populares encauzado sobre todo en la búsqueda de un mayor derecho a la vivienda y la ciudad podría considerarse a primera vista como un contexto favorable para volver a situar a los Huertos en la agenda política urbana, como parte de estas demandas desde una comunidad organizada. Sin embargo, la presión de los sectores populares urbanos organizados y la evidente situación de precariedad en la cual se encontraban trajo consigo la articulación de visiones y narrativas político-institucionales que situaron a la marginalidad urbana en el centro de la problemática social, cristalizándose en los idearios de la “Promoción Popular” y del “Poder Popular”. Esto se conjugó con la búsqueda por soluciones arquitectónicas que adoptaran técnicas constructivas que dieran una rápida solución al creciente déficit de vivienda, profundizándose en esta década el retroceso de los ideales de la Ciudad Jardín en favor de los ideales de la

Arquitectura Moderna, emergiendo además otros modelos, como el de la autoconstrucción tutelada.

En este contexto de dinámicas y problemáticas metropolitanas que escalaban y se instalaban directamente en la escala nacional, al interpelar las masas organizadas al ejecutivo y sus instituciones, las problemáticas de los Huertos quedan fuera de las políticas públicas implementadas y de los procesos de negociación, lo que significó la pérdida del apoyo que la institucionalidad pública había comprometido en la Ley 6.815. El proyecto de los Huertos queda, de esta forma, anclado a una ley del pasado, pero sin la voluntad política de darle continuidad y respaldo.

Esta pérdida de apoyo se tradujo en el quiebre con la CORVI, siendo ésta la alianza más relevante que tenían los Huertos con una institución del Estado, perdiendo el financiamiento y apoyo técnico. Esta alianza se quiebra al retirar definitivamente en estos años el apoyo al desarrollo de los Huertos, los cuales, si bien se encontraban casi constituidos en su totalidad, aún requerían de su colaboración para terminar obras de urbanización y para llevar a cabo la explotación agrícola y la comercialización de productos. Esto queda en evidencia en la respuesta que le da la CORVI a la Municipalidad de La Granja, cuando a petición de soporte de esta última para concluir las obras de urbanización la CORVI da una respuesta negativa,

“El criterio de los funcionarios encargados de cumplir con la Ley ha quedado claramente expresado en la respuesta que con fecha reciente dio el señor Vicepresidente de la Corporación de la Vivienda a un Oficio de la I. Municipalidad de La Granja, en que se solicitaba se diera término a la urbanización de las poblaciones de las Cooperativas de Huertos de la Comuna.

Expresó el señor Vicepresidente: “El organismo a mi cargo considera que dichas poblaciones son de “HUERTOS ORBEROS” y como tales tienen ya una urbanización más que suficientes, por tanto se dejarán como están”. (Sociedad Cooperativa de Huertos José Maza Ltda., 1961: s.p.).

El quiebre definitivo se da en 1960, al derogarse el artículo 19 de la Ley 6.815 que otorgaba el 5% del financiamiento de la Caja de la Habitación Popular para el fomento y desarrollo de los Huertos mediante el apoyo de especialistas y técnicos agrícolas⁷, traducándose esto en la eliminación del Departamento Técnico Agrícola. Si bien se mantiene el artículo 1 sobre la destinación del 5% de los fondos de la Caja de la Habitación Popular para *“el desarrollo y fomento de las industrias caseras especialmente las agropecuarias”* (Ley 6.815/1960, Art. 1), se quita el apoyo técnico para llevar a cabo dicho objetivo. El apoyo que otorgaba el Departamento Técnico

⁷ “La aplicación de esta ley estará a cargo de un Departamento Técnico-Agrícola, dependiente de la Caja de la Habitación, cuyo jefe deberá ser ingeniero agrónomo. El actual personal del Departamento Agrícola de la Caja de la Habitación, pasará a formar parte de este Departamento. El Consejo de la Caja de la Habitación Popular podrá destinar anualmente hasta un 5% de los fondos del Departamento Técnico Agrícola para los gastos que demanden los sueldos, gratificaciones, instalaciones, fomento, etc., que exija la buena marcha del servicio y la aplicación de esta ley” (Ley 6.815/1941, Art. 19).

Agrícola se producía gracias a ingenieros agrícolas y trabajadores provenientes de la CORVI que asistían a los huertos a realizar la mantención de árboles (poda y desinfección) y a capacitar a los cooperados para la producción agrícola, llegando en los primeros años a realizar ellos la siembra de éstos e indicando qué especies producir (Hombre, 65 años, 2018). En este sentido, el respaldo por parte de la CORVI, en colaboración con INDAP y CORFO, era considerado como fundamental para el desarrollo agrícola de las parcelas, debido a que las familias que los habitaban venían de la ciudad y no poseían experiencia en agricultura. En este sentido, el apoyo no sólo era material, sino que se producía una transferencia de conocimientos hacia la comunidad, acompañándola en sus labores agrícolas, pero también instruyendo un aprendizaje que era necesario para que el proyecto agrícola prosperara. Sin embargo, la construcción de capacidades propias por parte de los huerteros fruto de esta relación con los profesionales del Departamento Técnico Agrícola no alcanzó a desarrollarse del todo, retirándose el soporte antes de que se produjera el aprendizaje y experiencia necesarios para que la actividad agropecuaria se convirtiera en una actividad económica estable e integrada a los circuitos de abastecimiento agrícola en la escala metropolitana.

A esto se sumó la eliminación del Club 4 C, el cual tenía por objetivo el ayudar a jóvenes en la producción de los huertos, mediante la entrega por parte de INDAP de animales, semillas y plantas, y orientar sobre cómo producir (Hombre, 70 años, 2018). En este sentido, si bien el apoyo por parte de la Caja de la Habitación y luego la CORVI nunca se dio de acuerdo a cómo estipulaba la ley, y el apoyo de INDAP y CORFO era inconstante, debiendo los cooperados y sus familias asumir una serie de labores que eran responsabilidad del Estado para poder llevar a cabo la materialización del proyecto, la pérdida definitiva del apoyo del Departamento Técnico Agrícola y de financiamiento deja al proyecto de los Huertos sin respaldo.

Es así como uno de los problemas que debieron enfrentar los huerteros frente al abandono por parte de la CORVI fue el de la disminución y luego el cese en la producción frutícola. La Caja de la Habitación, a través del Departamento Técnico Agrícola, sembró árboles frutales en la etapa de construcción de los huertos en los años cuarenta y cincuenta, y si bien en un inicio la producción estuvo centrada en la producción frutícola, especialmente en duraznos, éstos disminuyeron su producción y calidad, a lo que se sumaron problemas de enfermedades de los árboles: *“los árboles duraron 12 o 13 años, porque el durazno no dura más, les entra una enfermedad. De la noche a la mañana los árboles se murieron, empezamos a plantar lo que nosotros podíamos: porotos, choclos, tomates, una cantidad de cosas para el consumo de la casa. Pero como para vender como negocio no daba”*. (Catalán, Fernández y Olea, 2013).

El retiro del apoyo por parte de la CORVI al proyecto de los Huertos y las consecuencias que esto tuvo especialmente en la actividad agrícola da cuenta en este

periodo de una fragilidad respecto de la extrema dependencia de la microescala respecto de la escala nacional, careciendo de redes de gobernanza en escalas intermedias que pudieran dar soporte al proyecto. En estas décadas el Estado Moderno se encontraba profundamente centralizado en la escala nacional, existiendo un debilitamiento de la institucionalidad pública situada en la escala local. De acuerdo a Salazar y Pinto (2014), en el periodo comprendido entre 1914 y 1973 prima la relación entre los movimientos de ciudadanos y el Estado situado en la escala nacional, mediante la discusión de políticas nacionales, más que luchas en la escala local: *“Más como “movimiento de Mazas” que como proyección de comunidades”* (Salazar y Pinto, 2014: 285, Vol. I), quedando *“La comunidad local, la democracia territorial y el gobierno local (...) en una posición excéntrica y marginal”* (Salazar y Pinto, 2014: 285, Vol. I). Además, el Estado Moderno hipercentralizado concentra en la escala nacional sus atribuciones, quedando la institucionalidad local debilitada en su capacidad de acción: *“(...) el estatismo, al absorber todas las atribuciones municipales del desarrollo local, asumía un número tal de tareas que no le era posible hacer por sí mismo lo que no dejaba hacer a los municipios”* (Salazar y Pinto, 2014: 296, Vol. I).

Esta incapacidad del Estado Central de bajar a la microescala y vincularse con las pequeñas comunidades con problemáticas de carácter local y territorial, debido a la excesiva concentración de atribuciones por parte del Estado, entre ellas el desarrollo local, era tema de debate en estos años, planteando la Confederación Nacional de Municipalidades (CONAM) *“(...) la imposibilidad en que se encuentran los organismos centrales para atender y resolver los numerosos problemas comunales, y lo que es más grave, se ha desvinculado al ciudadano, al vecino, de sus propios problemas, lo que ha llevado a la irresponsabilidad o al errado criterio de que “todo debe esperarse del Ejecutivo”...*” (Editorial: “Memorandum a su Excelencia”, Revista Municipal 2: 10 (1957), pp. 2-4. En Salazar y Pinto, 2014: 296, Vol. I). Tal era la invisibilización de las problemáticas particulares de las comunidades y la casi imposible capacidad de escalar sus demandas hacia el Estado Central que la CONAM planteaba como una de sus propuestas que las Juntas de Vecinos debían ser organismos vecinales y autónomos, los cuales debían relacionarse con los municipios y las comunas de las cuales formaban parte, oponiéndose al proyecto de Frei Montalva de organizar a los pobladores en Juntas de Vecinos mediante un plan nacional de Promoción Popular (Salazar y Pinto, 2014, Vol. I).

A esto se sumó que, en el caso de la comuna de La Granja, el foco de la institucionalidad local se encontraba en poder resolver, con muy escasos recursos, el problema de la creciente concentración de familias vulnerables en la comuna. Las dinámicas metropolitanas de expansión por la proliferación de poblaciones al sur de la ciudad trajeron consigo una concentración de la pobreza en comunas periféricas, como era La Granja. Ejemplo de ello es la construcción en estos años de

una serie de poblaciones populares al sur del Zanjón de la Aguada, tales como la Población La Legua, San Gregorio, San Rafael, La Bandera, entre otras (Parrochia, 1990; en Parrochia y Pávez, 2006).

El problema de la proliferación de poblaciones y de conjuntos de vivienda social precarios se agudizó frente a la falta de recursos municipales y a la desatención por parte de la CORVI de conjuntos planificados por esta institución, las cuales muchas veces eran dejadas a medio construir. Además, el municipio debió encargarse de otorgar conectividad mediante el mejoramiento del transporte público y su infraestructura, debiendo alargar la línea Santiago-Puente Alto, y de dotar de mercados donde pudieran abastecerse los nuevos habitantes a buenos precios (Cayul, 2013), entre otras problemáticas. Es así como, a pesar de que, en 1961 Pascual Barraza, socio de la cooperativa de Huertos José Maza, es elegido alcalde de la comuna de La Granja, esto no repercute en el establecimiento de vínculos entre el municipio y las villas que se tradujeron en una alianza de colaboración para su desarrollo. La única obra que se atribuye a Barraza fue la pavimentación de calles gracias a su influencia política en el periodo de Allende, cuando fue ministro. (Hombre, 80 años, 2017).

En este sentido, el abandono de los Huertos por parte de la institucionalidad pública se debe a un giro en la visión sobre cómo resolver el problema de la vivienda en la gran escala, privilegiándose el modelo de la Arquitectura Moderna por sobre el de la Ciudad Jardín. Sin embargo, no es sólo eso, sino que también se vincula a una priorización de las problemáticas urbanas. Esto se tradujo en una focalización desde la escala nacional en los sectores más vulnerables, lo que llevó a la consideración de que los Huertos ya se encontraban lo suficientemente constituidos como para seguir recibiendo recursos y apoyo técnico, y careciendo la institucionalidad local de las capacidades para concluir las obras y darle soporte al proyecto agropecuario, quedando de esta forma las problemáticas que aquejaban a las villas que forman parte de los Huertos Obreros y Familiares invisibilizadas y desatendidas. Es así como *“La cuestión de la escala en términos políticos está íntimamente relacionada con jerarquías de valor, pues ha de decidir qué cosas son más importantes y cuáles menos importantes: ¿cómo podemos escoger entre recursos escasos para establecer estas jerarquías de valor? ¿Cómo puede el desorden decidir qué es importante en una ciudad?”* (Sennett, 2019: 117).

Respecto de la agenda urbana y los Huertos, se da en segundo lugar de forma paralela a la pérdida de apoyo por parte de la CORVI el reconocimiento de su aporte a la región desde esta misma institución, al integrarse a los Huertos en la planificación regional. Si bien esto se podría interpretar como una especie de disonancia en la visión de política urbana y territorial, se puede observar como una postura de valorar a los Huertos que ya existían, pero de no apoyar la emergencia de nuevas villas de Huertos. Esto debido a que la focalización de la política de

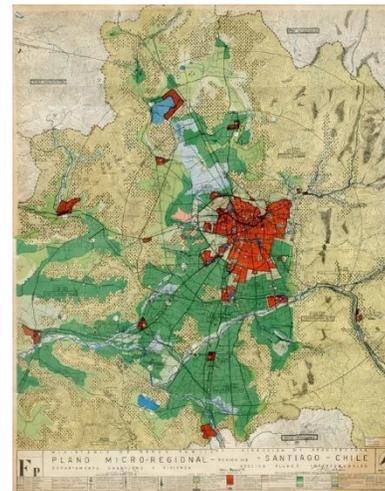
vivienda se centraba en poder otorgar soluciones rápidas y eficientes y se consideraba que los proyectos vinculados a la Ciudad Jardín eran lentos de implementar, entre otras razones. Además, el ideario de los Huertos no iba en consonancia con el del Estado Moderno, como si lo hacía el de la Arquitectura Moderna o el de soluciones como la autoconstrucción tutelada, considerándose como una forma del pasado y, por lo tanto, poco vanguardista.

Sin embargo, los Huertos, como parte del ideario de la Ciudad Jardín, si “calzaban” dentro de las ideas de la Ciudad Regional. Este ideario comenzó con Patrick Geddes, quien se inspiró de las ideas de los geógrafos franceses y del autonomismo anarquista, condensando Lewis Mumford su pensamiento, quien a su vez integró las ideas afines de Ebenezer Howard (Hall, 1996). El foco de las ideas de Geddes se encontraban en comenzar por el estudio de la región desde sus condiciones naturales, para luego planificar con la finalidad de “(...) tener una base para la reconstrucción total de la vida social y política” (Hall, 1996: 154). En ello, el objetivo de la planificación regional de lograr un equilibrio entre el campo y la ciudad y, más aún, de integrar la naturaleza en la ciudad, se inspiraba en las ideas expuestas por los idearios de la Ciudad Jardín, pero llevándolo a la escala regional,

“La planificación regional no se pregunta sobre la extensión de la zona que puede ponerse bajo control de la metrópolis, sino de qué modo la población y los servicios cívicos pueden distribuirse de manera que permitan y estimulen una vida intensa y creativa en toda la región -considerando que una región es un área geográfica que posee una cierta unidad de clima, vegetación, industria y cultura. El regionalista tratará de planificar este espacio de modo que todos los lugares y fuentes de riqueza, desde el bosque a la ciudad, desde las montañas al mar, puedan desarrollarse equilibradamente, y que la población esté distribuida de modo que utilice sus ventajas naturales en lugar de anularlas y destrozarlas” (Mumford, 1925b: 151; en Hall, 1996: 162).

Esta visión de la necesidad de planificar la ciudad como parte de una región más amplia, de forma armónica, fue adoptada por una serie de arquitectos quienes, desde la CORVI, encauzaron el proyecto de un Plan Regional, enmarcándose este plan en la continuidad del proyecto de la ciudad funcional (Gross, 1991). La planificación del crecimiento de la ciudad se da a partir de la modificación de la Ley de Construcción y Urbanización en 1953 con el DLF 224, integrando la regulación y planificación intercomunal y comunal y la planificación del crecimiento de la ciudad, lo que culmina en la promulgación en 1960 del Plano Regulador Intercomunal de Santiago (PRIS). El objetivo del PRIS de 1960 consistió en definir *“fundamentalmente aquellos aspectos de zonificación, vialidad, áreas verdes, servicios públicos y límites de extensión urbana”* (Parrochia, 1979; en Gross, 1991: 13).

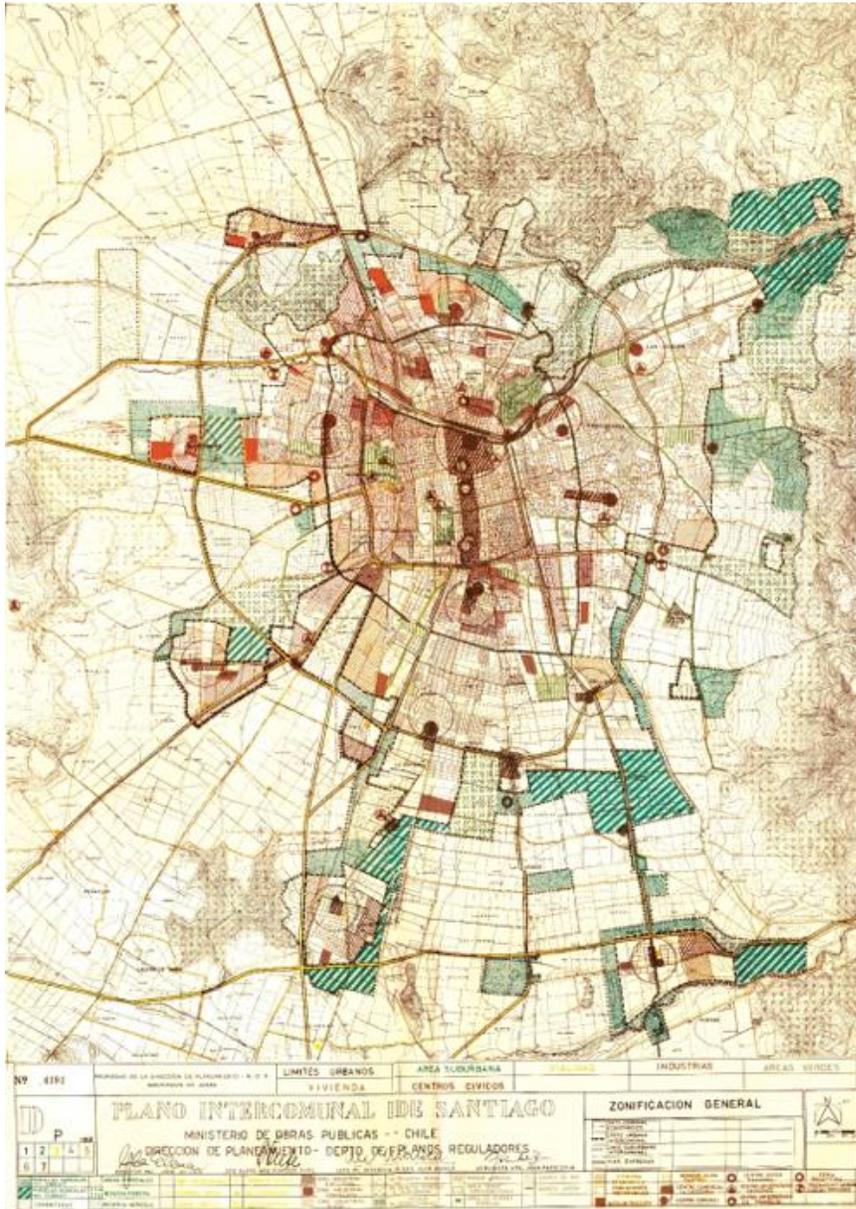
PRIS 1960



Fuente: Parrochia y Pávez, 2016.

En primer lugar, el PRIS de 1960 tenía por objetivo el *“Producir un borde inteligente y razonable, coherente y estructurado, en el contacto entre las áreas urbanas y rurales, creando las zonas suburbanas”* (Parrochia, 1994: 50; en Pávez y Parrochia, 2016), frente a lo cual se reconocía a una parte importante de la zona sur de Santiago como zona de resguardo ecológico y agrícola, al establecerse en el plan tanto a los Huertos José Maza como a Villa Las Rosas (Villa Mapuhue queda como zona rural fuera del límite urbano, sin uso) como parte del cinturón suburbano que enlaza lo urbano con lo rural. El objetivo de este cinturón consistía en *“Proteger todos los recursos agrícolas de la Región evitando su destrucción por las áreas urbanas en crecimiento”* (Parrochia, 1994: 21), debido a que las villas se encontraban emplazadas en la mejor calidad de suelo agrícola para el cultivo. En términos normativos, esto implicaba que no podían instalarse industrias de ningún tipo y que las parcelas de Villa Las Rosas y Huertos José Maza mantenían su tamaño original de 5.000 m² sin posibilidad de subdivisión, con una densidad máxima de 10 personas por Ha. En este sentido, el PRIS de 1960 protegía al proyecto de Huertos Obreros y Familiares de acuerdo con su visión original de parcelas agrícolas residenciales suburbanas como cordón de transición entre el campo y la ciudad (De Ramón, 1992). Finalmente, el PRIS de 1960 contemplaba la remodelación de Av. Santa Rosa, lo que mejoraba la conectividad entre las villas y la capital, especialmente el centro de la ciudad, lo que era coherente con el modelo de Ciudad Jardín de fortalecer la comunicación entre las comunidades satélites y la ciudad.

Los Huertos en el PRIS 1960

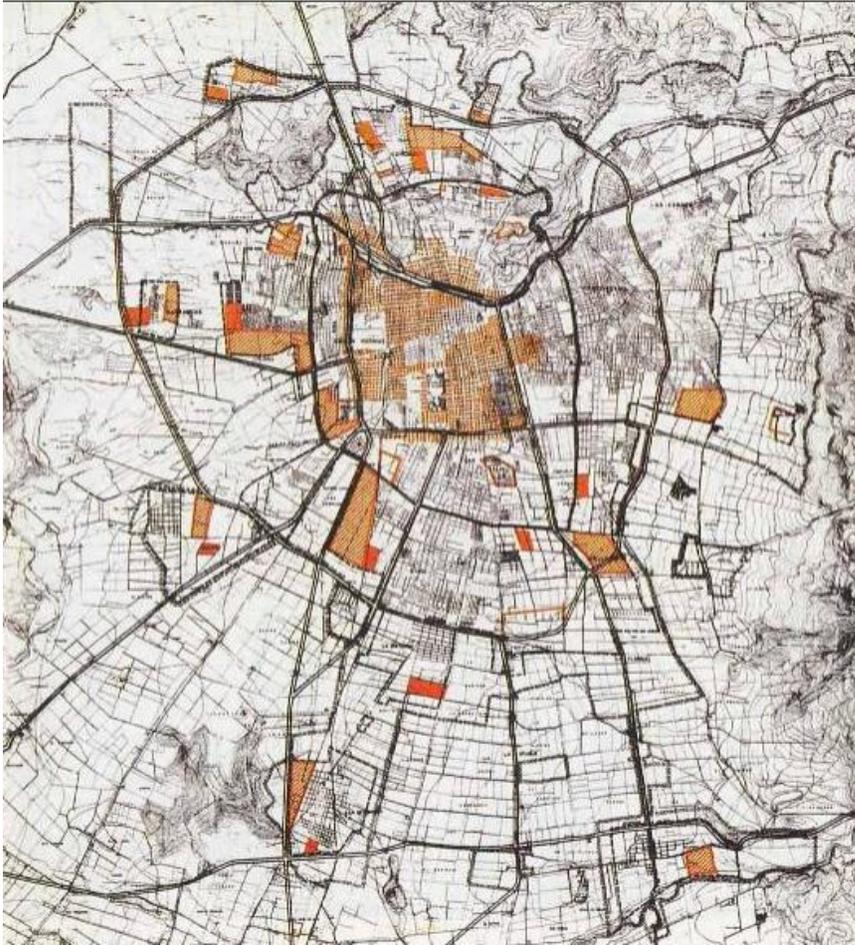


Fuente: Parrochia y Pávez, 2016.

Si bien el objetivo del PRIS era hacer de Santiago una ciudad moderna, bajo los preceptos de la Carta de Atenas y experiencias de planificación territorial de carácter internacional, de acuerdo a Gross (1991) este objetivo tuvo dificultades para ser llevado a cabo debido a que se carecía de un gobierno metropolitano que pudiera hacerse cargo de la gestión urbana, a que no se produjo una gestión económico-financiera y a que las normas de uso del suelo fueron en ocasiones vulneradas, como sucedió con el límite urbano. Esta vulneración fue realizada por el propio Estado

para la instalación de viviendas sociales debido al menor precio del suelo en áreas de cultivo localizadas en la periferia, a lo que se sumó la presión de propietarios de suelos que deseaban urbanizarlos con la finalidad de obtener ganancias (Gross, 1991). Además, el límite urbano normado en el PRIS fue incapaz de contener las tomas de terreno.

Es así como los Huertos Obreros y Familiares mantienen en la década del sesenta el uso normativo definido en el PRIS de 1960, pero se produce una presión por el avance de la ciudad sobre el cordón ecológico y agrícola de la periferia sur de Santiago. Esta presión se da a partir de la llegada de sectores marginales urbanos en la búsqueda por una mejora en sus condiciones de vida y una vivienda propia. Esto trae consigo que en esta década se produzca en la comuna de La Granja una serie de tomas de terreno y la instalación de vivienda social impulsada desde el Estado, contradiciendo a la planificación regional, la cual situaba la instalación de conjuntos de vivienda social fundamentalmente en el centro y en comunas del poniente debido al menor precio del suelo de zonas rurales próximas a la ciudad. La transgresión de la normativa se explica también en que ésta correspondía a una normativa física que carecía de instrumentos que permitieran un desarrollo integral de la ciudad, a lo que sumó la escasa participación social y por parte de los municipios para llevar a cabo los proyectos contemplados en los Planos Reguladores, siendo el Estado el principal agente que controlaba el gasto y la inversión (Gross, 1991).

Planificación de vivienda social, PRIS 1960

Fuente: Parrochia y Pávez, 2016.

Esto se expresó en la instalación de tomas de terreno en zonas agrícolas de la comuna, de forma colindante con Villa Las Rosas y Mapuhue, y en la construcción de viviendas sociales bajo la iniciativa estatal de Operaciones Sitio, las cuales correspondían a la entrega de lotes de 160 m² con urbanización básica y mediaguas de 20 m² en lo que es hoy el centro de La Pintana (PLADECO La Pintana 2012-2016). Gracias a este tipo de poblamiento, el crecimiento de la población comunal se acelera en la década del sesenta, llegando a tener cerca de 36.000 habitantes en 1970 (PLADECO La Pintana 2012-2016).

Un ejemplo de este tipo de iniciativas es la constitución de la población San Rafael, la cual nace a partir de la erradicación por parte de la CORVI en 1961 de la población Santa Adriana hacia el Fundo San Rafael, siendo los mismos pobladores quienes, frente al abandono de las instituciones, se organizan para llevar a cabo la autoconstrucción de sus viviendas en un espacio carente de servicios e

infraestructura. Tal como relata Hugo Manacero, actual poblador y quien participó del proceso de erradicación: *“Aquí no había nada. Un peladero. Un potrero sin fin rodeado de canales de regadío. Aquí nosotros vinimos a colonizar este lugar. Nosotros éramos colonos porque aquí no había nada”* (Cayul, 2013: 38).

Este proceso de rápido crecimiento urbano, marcado por la concentración de los sectores más vulnerables en torno a los Huertos Obreros y Familiares, trae consigo una problemática que se perpetúa hasta el día de hoy y que amenaza a la continuidad del proyecto.

De esta forma, el proceso de expansión de la ciudad hacia el sur genera que en las próximas décadas se produzca una competencia por el uso del suelo en esta zona, convirtiendo el entorno de los Huertos de un espacio rural a uno urbano. Esto da cuenta de que, si bien la visión del proyecto de Huertos Obreros y Familiares contemplaba que éstos debían lograr una relativa autosuficiencia mediante la asociatividad y autogestión de la comunidad que formaba parte de éstos, las villas que forman parte de los Huertos poseen de todas formas una relación respecto de su entorno y de los procesos socioespaciales que allí se desencadenan. En este sentido, la protección del PRIS de 1960 fue insuficiente, quedando las villas como verdaderas islas dentro de un contexto que con el avance de los años se torna cada vez más urbano y denso. Gross (1991) plantea respecto de la imposibilidad del PRIS de 1960 de contener los procesos de urbanización y segmentación socioespacial, por la concentración de población vulnerable en el sur de Santiago, lo siguiente:

“En el campo de la planificación urbana se formulan planes que son el resultado de una metodología de base científica para interpretar la realidad, con decididos aportes de las ciencias sociales, confiando en disponer de formulaciones exactas del funcionamiento urbano a través de la modelística y la traducción matemática de los problemas de la ciudad. Debido a la urgencia que significaron los problemas de la vivienda, el desarrollo urbano, que supone acciones más complejas, globales y sostenidas en el mediano y largo plazo, quedaría a menudo relegado a un segundo plano”. (Gross, 1991: 42).

Frente a este contexto, se puede observar cómo las dinámicas socioespaciales que se dan a escala nacional, como es el crecimiento vegetativo y la migración campo ciudad, marcada por el aumento de personas en la ciudad en condición de marginalidad, repercuten en la microescala, en el proyecto de lugar de los Huertos José Maza. Si bien en esta década la presión sobre sus bordes aún es incipiente, la transformación del entorno en el cual se emplazan los Huertos y el foco de la política pública sobre las necesidades de los sectores marginales urbanos repercuten en la pérdida de apoyo por parte del Estado y en la dificultad de la institucionalidad local de colaborar con su desarrollo.

3.3. Agencia desde el lugar: entre la individualización y la colaboración

El acentuamiento del quiebre progresivo en la relación entre las organizaciones de los Huertos y las instituciones estatales que operaban a escala nacional y la baja capacidad de agencia derivada de las relaciones con el municipio, debido a sus escasos recursos y atribuciones, trajo consigo una respuesta de parte de la comunidad de fortalecer su tejido asociativo para poder culminar las obras físicas faltantes y darle continuidad al proyecto. En este sentido, el tejido comunitario de Huertos José Maza desarrolla en esta etapa una autonomía casi absoluta, orientándose la agencia hacia la difusión y persistencia de las prácticas cotidianas y colectivas sostenidas en una vida en común.

Al encontrarse los Huertos casi constituidos en su totalidad, es en estos años que la comunidad comienza una nueva etapa, la de vivir y habitar el proyecto de lugar. Para ello, las principales acciones se encaminaron hacia el desarrollo de pequeñas industrias agropecuarias para autoabastecimiento y comercio impulsadas desde las cooperativas, el trabajo agrícola del huerto por parte de las familias y la dotación de infraestructura y servicios, tales como plazas, escuela, equipamiento deportivo, entre otros, por parte del Estado y la comunidad.

Es así como la agencia desde la comunidad se fundamenta en prácticas materiales y en formas relacionales de carácter asociativo y de apoyo mutuo, orientadas hacia la promoción de la vida en comunidad para la mejora de las condiciones materiales, pero también como un vehículo de transformación social y ética. Éstas se vinculan con uno de los principales objetivos de la eutopía concebida por los socialistas utópicos y Howard, el de la producción, entendida como una práctica dirigida hacia la mejora de las condiciones materiales, pero que se sostiene y reproduce también gracias al placer de la práctica y del trabajo colaborativo, teniendo estas prácticas un carácter estético y sensual que otorga bienestar (Amin y Thrift, 2001). Se sostienen, además, en una voluntad colectiva de construir aquello que aún no está ahí, en imaginar y proyectar y “(...) *aferrarse a esa imagen*” (Amin y Thrift, 2001: 114; traducción propia), de persistir en un horizonte imaginativo que sólo se logra desde la acción (Schutz, en Mische, 2009), presentándose de esta forma una construcción colectiva coherente de sueños, deseos y valores (Harvey, 1996). También en una “esperanza totalizante” del proyecto político (Mische, 2009) de lugar, de movilizarse al sentir que son capaces de sostener el proyecto por sí mismos, gracias a sus capacidades individuales, pero también al desarrollo de capacidades colectivas. Y, podríamos agregar, en la claridad de las metas que otorga un modelo que se encuentra diseñado, como es el caso de las utopías (Mische, 2009).

“No ‘Pintaneros’, todo es posible. Del esfuerzo y colaboración que todos prestemos depende que las cosas se hagan. El pasado debe ser el espejo que ilumine nuestro

futuro, sigamos adelante, siempre adelante, que el futuro pertenece a los que practican y viven los ideales comunitarios del “cooperativismo”” (Sociedad Cooperativa de Huertos José Maza Ltda., 1961; s.p.).

Todo esto, la colaboración, la voluntad y la esperanza de un sueño colectivo que, si bien se encuentra prediseñado, presenta ciertas flexibilidades derivadas de una necesaria adaptación a las condiciones político-institucionales, pero también a las problemáticas que se van presentando en la vida cotidiana, traen consigo que en estos años la eutopía logre su consolidación.

Desde la construcción de una vida cotidiana, se observa que quienes llegan a habitar los Huertos lo hacen con el objetivo de llevar a cabo el proyecto en su concepción original. En este sentido, quienes llegan a los Huertos realizan la elección de formar parte de un cambio de vida, el cual significaba involucrarse en la construcción del lugar, en aprender nuevas prácticas y en adaptarse desde una vida urbana a una de campo. Existe, por lo tanto, la voluntad de habitar los Huertos de acuerdo con como éstos habían sido proyectados, involucrándose en este sueño colectivo. Un ejemplo de ello es la experiencia de Olfa, quien llegó a vivir a Huertos José Maza en el año 57, junto con su marido y sus tres hijos. Ellos vivían en la calle Loreley con Príncipe de Gales, en la comuna de La Reina, y decidieron trasladarse porque necesitaban una casa más grande y soñaban con tener un huerto. Su marido era empleado bancario, por lo que le fue más fácil acceder a un préstamo y comprar. Ella relata de la siguiente forma cómo conoció el terreno y tomaron la decisión con su marido de comprarlo:

“Yo soñaba con tener árboles. Con tener plantas. Entonces un día mi marido me dijo “mira, encontré una parte, vamos a verla”. Vine en invierno, pero vi los árboles y me imaginé en primavera esto todo... me imaginé esto. Sí le dije, había divisiones de alambres con los otros huertos, no como tengo ahora, se hizo la reja, se hizo todo, no había alcantarillado, había pozo, pero igual vino el arquitecto y dijo “mira Héctor, esta es la casa que te conviene”.

De este sueño y de la experiencia vivida emerge también una topofilia hacia el lugar, vinculándose ésta a la persistencia de una práctica agencial y al placer y de la experiencia cotidiana. Esto se expresa en el relato de Tania sobre la decisión de su abuelo de vivir en los Huertos José Maza,

“Mi abuelo compró esta propiedad hace mil años, y él era una persona que tenía una empresa en Santiago, tenía su taller y todo, pero él siempre regresó a su tierra porque le encantaba y yo lo veía todos los días que él llegaba, pescaba su pala, regaba su chacra, porque eso era el amor de él”.

La vida de campo era para muchos una experiencia nueva, por lo que tuvieron que vivir una adaptación. Tal como relata Olfa sobre sus hijas:

“Ellas andaban de organza, muy lindas, las niñas todas bien bonitas. Cuando llegué acá y se me metieron a la acequia, uy, sufrí, yo las veía llenas de tierra, llenas de barro, y una tía me dijo “mira, te voy a dar un consejo: cómprale short, una polerita, un pantaloncito corto y unas sandalias plásticas”. Eso lo hice, así que después las largaba en la mañana y salían todas al huerto allá, fueron a hacer sus causeos, comían cebollas, tomates, todo en las matas por ahí, hasta caracoles comían. Los ponían en una lata, hacían fuego, y ponían los caracoles, las cochinas (ríe). Y se criaron así... (...) Cinco mil metros, siete hijos tuve. Paría la chancha a veces, doce de la noche e iban todos en pantalones, otros en pijama, iban a ver parir la chancha. Muy lindo, una vida muy linda.”

En esta vida y ritmos cotidianos, que sostienen una voluntad colectiva en torno al proyecto de lugar y un sueño común, se presentan coherencias y discontinuidades respecto de cómo se llevan a cabo los agenciamientos y la vida cotidiana respecto del proyecto original, las cuales se observan en las prácticas del producir y el habitar. Estos agenciamientos se encaminan en esta década hacia el sostenimiento de dos objetivos: la explotación agropecuaria y comercio de productos y el desarrollo de la vida en comunidad.

En primer lugar, en esta década comienza una etapa en donde la experimentación y el aprendizaje inicial sobre cómo trabajar un huerto agrícola da paso a la consolidación del proyecto agropecuario. El trabajo de la tierra está presente en el habitar y en la vida cotidiana, teniendo cada uno de los huertos cultivos variados, sembrándose hortalizas, flores, legumbres y frutales, los cuales son complementados con la crianza de animales.

“De a poco fueron asentándose a los ritmos del campo, tenían una huerta donde cultivaban verduras y frutas, pues en ese entonces muchas de las parcelas se entregaban con árboles frutales. Criaban chanchos, los que luego faenaban para producir arrollados, queso de cabeza, prietas, longanizas y cuenta emocionada que se corría la voz cuando iba a matar un chanco”. (Leontina, Revista Caudal N° 4, noviembre 2011).

Si bien en esta década los Huertos perdieron el apoyo institucional para poder llevar a cabo el desarrollo agropecuario de los huertos, éste fue posible gracias al trabajo de cada uno de los cooperados. Bien sea debido a la falta de sustento institucional, por dificultades derivadas del contexto político, social y económico o por dificultades y decisiones internas, lo cierto es que se produjeron una serie de ajustes en la implementación respecto del proyecto original.

Esto se expresó en que el desarrollo del proyecto agropecuario no fue homogéneo para todos los huerteros. Se produjo, por una parte, una búsqueda por lograr una producción y comercialización en los circuitos metropolitanos o bien como venta directa de insumos a empresas, logrando con ello efectivamente un ingreso extra

Vida cotidiana, familia Castro Salinas. Años 60´.



Fuente: Revista Caudal N° 8, 2015.

que complementara los ingresos familiares, *“Los huertos fueron entregados con árboles de duraznos, durante varios años fueron el sustento de varias familias, quienes vendían la producción a la compañía frutera sud Americana”*. (Kranko Zapatta, Revista Caudal N°4, 2011).

Por otra, algunos huertos se centraron en una producción más bien de autoabastecimiento que podía también derivar en trueques entre vecinos, *“En esos años, todos los huerteros, se autoabastecían de muchas cosas y se acostumbraba a cambiar un producto por otro entre los vecinos (...). Me acuerdo que, a cambio de nuestros caquis, los Otero del frente, nos daban unas ciruelas rojas que eran exquisitas”*. (Rafael Mella, Revista Caudal N°8, 2015: 10).

Es así como la visión eutópica del proyecto original de la existencia de una producción organizada por una cooperativa y en la cual se desarrollarían industrias agropecuarias pequeñas nunca se logró del todo, siendo más bien una actividad que dependía del esfuerzo de cada familia.

La puesta en marcha del proyecto agropecuario y la forma en la cual se organizó el trabajo de los huertos está marcado, de esta forma, por las relaciones que se tejieron para poder sustentarlo, las cuales se articularon fundamentalmente de forma individual y desde la microescala de los huertos. Estas relaciones, además, se sustentan y nutren en las prácticas cotidianas que se desenvolvían en los huertos ligadas al trabajo agrícola, articulándose en relación con la existencia material en la cual se despliegan, pero produciendo a su vez el espacio vivido de los Huertos.

Además, el funcionamiento interno de los huertos estuvo fuertemente ligado a la lejanía de estos respecto de la ciudad, debido a que quienes trabajaban en Santiago debían realizar largos desplazamientos diarios. Estos desplazamientos marcaban una pauta diaria de viajes por parte de quienes trabajaban en la ciudad, fundamentalmente los hombres, y la permanencia de la mujer y sus hijos en la villa. Estos viajes se enmarcaban en una distinción entre el espacio vivido, el cual poseía los ritmos y prácticas propias del campo chileno, y la capital. Además, la lejanía de la ciudad respecto de los huertos traía consigo la ausencia del hombre durante gran parte del día, yéndose a las 6 de la mañana y volviendo entre 10 y 11 de la noche. Tal como relata Fresia,

“Antes era de campo, no pasaba nunca un vehículo, si tú veías un bus que salía a las seis de la mañana y te tocaba la bocina, y en la noche como a las once tocaba la bocina para que la gente calentara la comida, para los hombres que llegaban. Ese era el único ruido que sentía. Y el gallo que venía a dejar el pan, en el (hace ruido de caballo), tenía caballito. El lechero, eso ya no se ve”.

La lejanía de los Huertos y el ritmo cotidiano de desplazamientos a la capital trae consigo una forma de habitar que va a estar marcada por el escaso tiempo libre, lo que genera que se produzcan pocos tiempos para la cooperación. El encuentro entre

vecinos se produce fundamentalmente gracias a los trayectos diarios hacia el trabajo y el retorno al hogar en el bus que iba al centro de Santiago por las mañanas y volvía a los Huertos por la noche, constituyéndose éste como un espacio público en el cual se posibilita el diálogo y la comunicación. Es en esos trayectos en los cuales se organizaban fiestas y partidos de fútbol, pero también se conversaba sobre las problemáticas de los huertos y sus soluciones.

Esta lejanía también se presenta como un obstáculo para el trabajo en el huerto. El proyecto contemplaba el trabajo agrícola por parte del “obrero” en sus horas desocupadas y de “la familia” durante el día, debido a que la madre con sus hijos permanecía en el huerto. El trabajo del huerto sería una forma de autoabastecerse y de obtener ingresos complementarios al del trabajo remunerado gracias a la comercialización de los productos agrícolas, todo ello gracias al trabajo de la familia. Sin embargo, la autonomía de las familias respecto del trabajo de sus huertos fue difícil de lograr. Por una parte, el origen urbano de gran parte de los huerteros trajo consigo la falta de experiencia y conocimiento sobre el trabajo agrícola. Por otra parte, los hombres que poseían trabajos asalariados debían destinar su escaso tiempo de ocio al mantenimiento de los huertos, el cual correspondía a las noches de los días de semana y los fines de semana. Esto trajo consigo que algunos huerteros decidieran destinar parte de sus huertos al cultivo en mediería (Catalán, Fernández y Olea, 2013), el cual consistía en una forma de cooperación en donde el propietario del huerto cedía una porción de tierra a un trabajador, quien una vez realizada la cosecha entregaba al propietario parte de ésta como forma de pago. También en algunos huertos se recurrió al apoyo de trabajadores pagados. Olfá relata que su marido viajaba a diario a Santiago a trabajar en un banco y, para ayudar en el huerto, contrataron a tres trabajadores, quienes ayudaban en el cultivo de flores y en el cuidado de los cerdos.

A pesar de que gran parte de los huertos se encontraba productivo en esta década, esta producción no fue canalizada mediante el apoyo de alguna institución u organización. A la pérdida de apoyo institucional se suma la ausencia en la microescala de alguna organización que pudiera colaborar en la producción y comercialización de los productos agropecuarios. Si bien el desarrollo de pequeñas industrias caseras estaba a cargo de cada uno de los cooperados, el rol de apoyo interno desde la microescala, de acuerdo con el proyecto original y con las ideas de Robinovitch (1936), se encontraría en las cooperativas, las cuales tendrían labores de administración, dirección técnica y gestión del trabajo en los huertos, debiendo ser un acompañamiento para el obrero y su familia en la explotación agropecuaria. Sin embargo, las cooperativas ejercieron dicha labor, pero parcialmente. Esto se debió a que, si bien en un principio realizaron funciones tales como el préstamo de servicios y la entrega de insumos agrícolas, estas se fueron debilitando con el paso del tiempo (Catalán, Fernández y Olea, 2013). Arturo cuenta que “*Ha sido siempre así, como una cooperativa de comillas*”, y que a pesar de que en esta década la

cooperativa construyó en su establecimiento galpones que se destinarían a gallineros y producción avícola éstos no prosperaron.

La cooperativa también debió enfrentar una serie de problemáticas derivadas del contexto socioeconómico a escala nacional, principalmente debido a los ciclos inflacionarios que se perpetuaron durante décadas (Espinoza, 1988). Una de éstas fue la volatilidad de los precios y de la oferta de insumos específicos para la agricultura, debido a la inestabilidad económica que sufría el país en esta década, a lo que se sumó que muchas veces se dependía de un solo proveedor. La escasez de insumos y la variabilidad de los precios repercutió directamente sobre la producción de los huertos, generando en muchos huerteros grandes pérdidas (Catalán, Fernández y Olea, 2013).

En relación con algunas de las problemáticas internas de la comunidad que debieron enfrentar, una de éstas estuvo dada por la falta de recursos de la cooperativa. De acuerdo con Klapp (2009), *“La cooperativa estaba en un trance muy difícil, porque la gente no pagaba el agua y la usaba igual, las cuentas de la Cooperativa subieron a tal magnitud que estuvo a punto de quebrar”*. (Wolrad Klapp, Revista Caudal N°2: 22, julio 2009). Es por ello por lo que en 1968 se crea la Asociación de Canalistas de La Pintana, la cual se formó con el objetivo de ser la organización encargada de administrar los derechos de agua, estableciendo normas en el uso del agua, las cuales deben ser acatadas por los regantes.

Es así como la estructura relacional de producción agropecuaria estuvo dada por una relación débil entre los huerteros y la cooperativa y el quiebre entre éstos y la institucionalidad pública. Respecto de la comercialización de productos, los vínculos estuvieron dados por una relación directa entre huerteros, industrias, comerciantes y compradores, sin la presencia de la cooperativa como una organización intermedia, produciéndose la venta directamente en ferias locales y a empresas, o en el caso de las flores, se vendían en oficinas en el centro de Santiago. En este sentido, la cooperativa tampoco funcionó en la mediación entre huerteros y compradores: *“(…) a lo más fue que en un periodo vinieron empresas como la OSO, una empresa conservera y compró duraznos, porque aquí había bastantes duraznos y la mayoría vendió sus duraznos, la empresa dio un buen precio. Eso fue lo que más pasó, eso no fue como cooperativa, fue porque la empresa ofreció y el que quería inscribirse se inscribía, pero no fue una acción cooperativista”*. (Hombre, 65 años, 2016).

Desde la estructura relacional para el sustento del proyecto agropecuario de los Huertos se puede apreciar una distancia respecto de lo postulado por Owen, quien sostenía que las cooperativas debían ser un organismo que rigiera la producción y distribución. También en la forma en la cual se llevó a cabo el proyecto agropecuario se dejó de lado el valor del trabajo mancomunado planteado por Kropotkin y, al derogarse el Departamento Técnico-Agrícola, se quitó la dirección tecnocrática, la

cual era fundamental para Saint Simon para el logro de una comunidad autosuficiente.

En segundo lugar, a diferencia del proyecto agropecuario, en donde en la agencia desplegada primaron los vínculos individuales, produciéndose además una serie de dificultades para llevar a cabo el proyecto, los agenciamientos desarrollados para el proyecto de vida en comunidad estuvieron marcados por la preeminencia de la asociatividad mediante la cooperación como valor fundamental para la transformación social y espacial, en concordancia con las ideas de los socialistas utópicos (Owen, Saint Simon y Fourier) y por el anarquismo de Kropotkin.

En este sentido, en esta década la comunidad de Huertos José Maza desarrolla agenciamientos para conducir el proyecto de lugar, produciendo el espacio con el objetivo de que los Huertos sean un lugar en el cual vivir, pero también en el cual se pueda “con-vivir”. Para ello, la agencia que se desarrolla para el desarrollo de la comunidad y para la producción del espacio habitado como uno en donde, además de los huertos y sus viviendas, se constituyera un poblado con equipamiento y servicios que pudieran servir al entorno, fue lograda gracias a las acciones voluntarias, descritas por Fourier como uno de los pilares para el desarrollo de comunidades rurales autosuficientes. Estos agenciamientos se basan además en el compromiso colectivo, el cual de acuerdo con Wenger (2016) se construye y sustenta en lazos sociales fuertes y, de acuerdo con Sennett (2012), a partir de interacciones cooperativas cuyo objetivo consiste en el logro de intenciones compartidas. Esta agencia tuvo como sustento un tejido social fuerte cuya base se encontraba en la colaboración y ayuda mutua entre vecinos y en la creación y fortalecimiento de organizaciones que no sólo fueron funcionales dentro de la villa, sino que jugaron un rol relevante en prestar servicios al entorno, vinculándose con personas que habitaban en las cercanías.

El proyecto de lugar sustentado en la cooperación y ayuda mutua entre vecinos puede ser observado en prácticas colaborativas en donde las personas se organizaban para el logro de objetivos compartidos. Debido al quiebre del apoyo institucional, muchas de las labores de mejoramiento de la villa debieron ser llevadas a cabo por vecinos. Tal como relata Verónica, *“Entre todos los vecinos hacían campañas para limpiar las acequias, para plantar árboles, para hacer aseo en las veredas, en las calles, en la vía pública, entonces entre todos ellos se juntaban porque eran vecinos unidos”*.

Por otra parte, la creación y fortalecimiento de organizaciones sociales estuvo marcada en esta década por la continuidad del funcionamiento del Liceo N° 13, de la Escuela N° 46, de la Oficina de Correos y Telégrafos, del Club Deportivo, de la Junta de Vecinos, del Cuerpo de Bomberos, de la Cruz Roja y del Club de Economía de La Pintana, a los que se sumaron la creación del Club de Huasos y en 1963 la inauguración del retén de carabineros en la casa de la cooperativa. Esto contribuyó

Inauguración Retén de Carabineros en Huertos José Maza



Fuente: Revista Caudal N° 5, noviembre 2012.

a una mayor autonomía de los Huertos, gracias al fortalecimiento de los servicios tanto a los huerteros como a las poblaciones del entorno, *“En 1960 ya con el nuevo edificio en la calle el Olivar con los Tilos, se establecieron los cursos completos para los seis años de enseñanza secundaria, que permitió a nuestra generación realizar todos los estudios primarios y secundarios en la Villa”*. (Pepe Albornoz, Revista Caudal N°8, 2015).

Todas las organizaciones sociales y sus equipamientos fueron autogestionados desde la comunidad de Huertos José Maza con recursos de la cooperativa, a pesar de que en el Artículo 9 de la Ley 6.815 se estipulaba que el Estado estaría a cargo de los gastos generales de urbanización, entre los cuales se contemplaba la construcción de instalaciones sociales, educacionales, de deportes, entre otros⁸. En este sentido, la cooperativa jugó un rol fundamental para el desarrollo del proyecto de lugar de vida comunitaria, gracias al financiamiento con recursos, como fue el caso de la construcción del edificio del Liceo N° 13 gracias a la venta de los buses de la cooperativa en 1958 o de la construcción del retén de carabineros en 1963. Tal como anunciaba a fines de 1963 el diario El Mercurio: *“Fue oficialmente inaugurado un moderno retén de carabineros con un personal de 8 hombres en La Pintana, sector La Granja, costeados con fondos de la Cooperativa de Huertos “José Maza”, cuyo predio abarca 145 metros cuadrados y su costo fue del orden de los 25 millones de pesos y la obra fue ejecutada por la firma “Cocimet”, siendo una de las más modernas construcciones de tipo policial”* (Revista Caudal N° 5, noviembre 2012: 23).

La cooperativa también jugó un rol relevante como recinto que albergó a diversas organizaciones, tales como la Cruz Roja, un cine, el retén de carabineros y en sus comienzos a la escuela primaria. En este sentido, si bien la cooperativa no ocupó un rol relevante como cooperativa agrícola, si jugó lo hizo en el desarrollo comunitario.

En relación con el desarrollo de equipamiento y servicios, su base asistencialista no sólo sirvió a la villa, sino que también al entorno, cubriendo las necesidades sociales de una periferia del sur de Santiago que se poblaba rápidamente de personas en situación de vulnerabilidad y en donde el Estado muchas veces no llegaba. Es así como los bomberos y el retén de carabineros servían a un perímetro más amplio que el de la villa y la escuela albergaba alumnos de La Granja y Puente Alto. La Cruz Roja también servía a una comunidad más amplia, ayudando además con labores de formación. Olga cuenta al respecto:

“Aquí preparamos 17 niñas que eran del centro de La Pintana, ¡17!. Yo les hice primeros auxilios, otra amiga enfermería, y al último se recibieron.

⁸ *“Los gastos generales de urbanización de las agrupaciones, como calles, plazas, construcciones para las instalaciones de servicios comunes, alcantarillado, agua potable, luz, fomento agropecuario, y todas aquellas que tiendan a cumplir la función social que se persigue, tales como asistencia y bienestar sociales, educación, deportes, culturización, etc., serán de cargo del Estado, sin costo alguno para los adquirentes”*. (Art. 9, Ley 6.815).

Trabajábamos con dentistas, con doctores. Atendíamos gente de todos lados, venían de las poblaciones, de todas partes (...). Nos conseguíamos las vacunas en el Sótero, ¿sabe que ahora nadie puede conseguirlas? Me las daban a mí no más. (...). Teníamos sala completa de obstetricia, completa, completísima, yo me conseguí la cama, una cama moderna, una cosa muy linda, una mesa, de todo. Teníamos tanta cosa, área limpia, área sucia, todo bien bien.”

Sin embargo, esta vinculación con el entorno no estuvo exenta de dificultades. En un principio se produjo rechazo frente a la llegada de nuevos habitantes provenientes de contextos más vulnerables, especialmente en el periodo de Allende con las tomas de terreno que se producían a nivel país, lo que generó temor por posibles tomas de parcelas (Catalán, Fernández y Olea, 2013). Frente a esto se organizaron guardias nocturnas por parte de los vecinos para evitar las tomas, sin embargo, no hubo intentos concretos, pero si se produjeron robos de productos agrícolas y de animales (Hombre, 62 años, 2016). A pesar de estos conflictos iniciales, luego de un tiempo algunos huerteros prestaron ayuda con la entrega de parte de su producción y, tal como se dijo anteriormente, los nuevos habitantes comenzaron a utilizar los servicios y equipamiento de la villa, tales como el bus de locomoción colectiva y almacenes, entre otros (Catalán, Fernández y Orea, 2013).

Más allá de una colaboración de carácter mutualista, se produjo un tejido social que se sustentaba también en el placer de la cooperación y del encuentro (Amin y Thrift, 2001) o, más aún, en el placer de la comunidad: *“Sosegarse, sentirse cómodo en un lugar, dejar las presiones en suspenso y pasar el tiempo con otros por el mero placer de estar con ellos: todo eso contribuye a incrementar por medios informales el compromiso con un proyecto colectivo”* (Sennett, 2012: 381). A pesar de que la morfología de los Huertos dificulta el encuentro cotidiano, debido a que se constituye como un espacio extenso (500 parcelas de 5.000 m², cuerdas de cerca de 500 metros de longitud y falta de plazas y áreas de encuentro), éste se daba, tal como se dijo anteriormente, en el bus que realizaba el recorrido de Santiago a los Huertos y de los Huertos a Santiago, en los negocios de abarrotes de la villa, en la cooperativa y en instancias de participación tales como la Fiesta de la Primavera y eventos deportivos.

Sin embargo, uno de los pilares más importantes para la continuidad del proyecto de lugar de los Huertos se derrumba en esta década, al producirse un quiebre en la construcción institucional producto de un cambio en las normas internas. En el año 1964 la Cooperativa decide retirarse de la Ley 6.815, al ver que ya no se poseía el apoyo por parte del Estado debido a la supresión del Departamento Técnico-Agrícola. El retiro de los Huertos de esta ley, mediante la modificación de los estatutos de la cooperativa y el cambio de su reglamento, pasando a llamarse Sociedad Cooperativa Agrícola José Maza de La Pintana Limitada, trae consigo que la estructura de la propiedad cambia, debido a que los huertos y su destino quedan

Primer campeonato de Baby Fútbol (1960)



Fuente: Revista Caudal N° 8, 2015.

Fiesta inauguración Retén de Carabineros (1963)



Fuente: Revista Caudal N° 4, 2011.

en manos de cada uno de los propietarios y ya no se debe pedir autorización a la Cooperativa para su compra o venta o para realizar transformaciones en el interior de éste.

Además, en caso de que los propietarios aún tuvieran deudas con la Caja de la Habitación o CORVI, ésta debía autorizar su venta, tal como lo establecía el Artículo 17 de la Ley 6.815:

“Sin autorización de la Caja, los huertos y jardines obreros y familiares y sus aguas no podrán ser transferidos total o parcialmente, ni hipotecados, ni divididos, mientras no se haya cubierto totalmente su importe. La prohibición a que se refiere este artículo deberá inscribirse en el Registro del Conservador de Bienes Raíces respectivo”.

Se produce así un cambio de régimen, al suprimirse la supervigilancia por parte de un organismo que cautelaba la continuidad del proyecto territorial, pasando a uno en donde la decisión del destino de la propiedad se individualiza y, por lo tanto, se fragmenta. Este cambio, de una gestión colectiva de la propiedad de la tierra por parte de la Cooperativa y en donde la producción agropecuaria se encontraba supervisada por el Departamento Técnico-Agrícola de la Caja de la Habitación y luego CORVI, se pasa a la gestión individual de los huertos, lo que traerá repercusiones en los años siguientes sobre las transformaciones socioespaciales que experimentarán los huertos.

Al observar los procesos agenciales que se despliegan en esta década se puede notar, en síntesis, que las prácticas y acciones llevadas a cabo por la comunidad, a pesar de presentarse ciertas dificultades respecto del desarrollo del proyecto agrícola, trajeron consigo el principal objetivo del proyecto: un buen vivir para la comunidad. La transformación social fue posible gracias a un sueño colectivo y a una construcción institucional que organizó las relaciones entre los vecinos, construyéndose instituciones sociales de carácter durable, las cuales proveyeron de servicios que permitieron la educación, salud, recreación no sólo para los huerteros, sino que también para las poblaciones aledañas. También gracias a la persistencia de prácticas cotidianas y materiales y de estructuras cooperativas y sociales que se cristalizaron en una permanencia, en un proyecto de lugar simbólico y material.

4. Habitar desde el interior de la parcela. La villa como una suma de huertos. Décadas del setenta y ochenta.

El Golpe de Estado perpetuado en 1973 y la instalación de la Dictadura Cívico-Militar de Augusto Pinochet durante 17 años marcó no sólo un cambio en las estructuras económicas y políticas del país, mediante la instalación de un Estado Subsidiario y de un nuevo modelo ideológico-económico de corte neoliberal, sino que trajo consigo una profunda transformación de la sociedad chilena, la cual, a causa de un violento cambio de estructuras y de la instalación de un aparato estatal represivo, se atomizó y fragmentó.

El carácter refundacional de la Dictadura (Correa et al, 2001) generó un proyecto totalizante que permeó todas las dimensiones implicadas en los procesos sociales y urbanos: una nueva visión de ciudad plasmada en una nueva agenda urbana y la reestructuración de la institucionalidad pública. Sin embargo, de forma más profunda, se instaló un nuevo modelo de sociedad y de formas de vinculación, reemplazando el valor de lo colectivo y de la asociatividad, los cuales habían sido predominantes a lo largo de todo el siglo XX, por la instalación del valor de la libertad individual y del derecho de propiedad (Harvey, 1996). Esto se tradujo en que los procesos económicos, políticos y sociales que se estaban viviendo a nivel país se plasmaron en nuevas dinámicas de desarrollo urbano, sustentadas en la preeminencia de las fuerzas del Mercado, en un retroceso del Estado y en posicionar al sector privado como el principal agente en la producción del espacio urbano, reemplazando a la planificación racional y a un Estado como motor de desarrollo.

Estas nuevas dinámicas de producción del espacio se dejaron sentir en los Huertos, dando comienzo en estas décadas a un proceso de transformación en donde el proyecto de lugar era reemplazado por nuevas lógicas espaciales y relacionales. Por una parte, el abandono del Estado Central, debido a su concepción de dejar operar a las leyes del mercado como la principal fuerza en la producción del espacio, significó una rápida transformación del entorno en el cual se emplazan los Huertos Obreros y Familiares, convirtiendo a la comuna de La Pintana en una de las comunas más populosas y pobres gracias a las políticas de erradicación impulsadas desde el Estado. Esto impactó en la invisibilización de las problemáticas de los Huertos por sobre la emergencia de problemas derivados de la masiva llegada de familias en condición de pobreza material y en una sensación de inseguridad por parte de los huerteros frente a la creciente estigmatización de La Pintana. Además, los Huertos quedaron completamente desprotegidos debido a que fueron clasificados como área urbanizable en la nueva normativa urbana, perdiendo todo reconocimiento como un espacio de valor para el sistema metropolitano.

Por otra parte, la polarización política y social también afectó a las relaciones de amistad y vecindad de Huertos José Maza, permeando todos los espacios de la villa: *“Las posiciones políticas no solo salieron de las casas hacia las calles, fueron para el Liceo y entraron en las salas de clases, también fueron para el Club y entraron en las canchas deportivas, en fin, invadieron todas las actividades comunes de la villa”* (Pepe Albornoz, Revista Caudal julio 2009). Esto, junto con la prohibición de reunirse y la socavación de las estructuras organizativas trajo consigo que los huerteros se retrajeran al interior de la parcela, custodiándose en sus familias y amistades más cercanas.

Esto vino de la mano con procesos de transformación por el reemplazo de parcelas por industrias y empresas, dando en estas décadas inicio a un proceso de disolución y pérdida del proyecto. Estos se dieron gracias a que algunos vecinos comenzaron a vender y, gracias a la flexibilidad en las normas del uso del suelo y la nula fiscalización estatal, empiezan a llegar industrias y talleres que no guardaban relación con el proyecto original.

4.1. El Estado totalitario

El 11 de septiembre de 1973 no sólo se produce un Golpe de Estado en Chile, sino que a partir de ese día se da comienzo a una nueva etapa en la historia de nuestro país, al instalarse un régimen militar de carácter totalitarista cuyo objetivo consistió en reemplazar al Estado Moderno y Benefactor, el cual venía desarrollándose en las últimas décadas, por un Estado Subsidiario que sustentará un nuevo modelo económico de corte neoliberal. La Dictadura de Augusto Pinochet Ugarte tiene desde sus inicios, por lo tanto, un carácter refundacional (Correa et al, 2001).

El Golpe de Estado trae consigo la caída del Estado Liberal Desarrollista, modelo bajo el cual se gobernó el país entre 1932 y 1973. El Estado robusto, que se constituía como el principal agente en la modernización y en el liderazgo para el desarrollo global del país, enfocándose en la industrialización y en la interconexión entre empresas (*nacionalismo económico*) y con una planificación fuertemente centralizada (Salazar, 2019), es violentamente reemplazado por un Estado Subsidiario que se constituye como un agente pasivo, al considerarse al Mercado como el principal agente y regulador de la economía en todas sus aristas, incluso en la dotación de servicios para la población.

El cambio de paradigma, ideado en la escuela económica libremercadista de Chicago, sobre la base de las recomendaciones formuladas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para los países en desarrollo (Meller 1996; en De Mattos, 2004) y en la doctrina gremialista, fue aplicado en los primeros años de la Dictadura a cabalidad. A nivel mundial se da en los años setenta un descrédito del Estado Benefactor, siendo fuertemente cuestionado el dirigismo estatista y la

planificación centralizada (Gross, 1991). Este cuestionamiento se basa en la idea de que no es posible lograr una planificación objetiva e independiente política e ideológicamente, sustentada en métodos científicos, debido a que el Estado no sería un poder neutro (Gross, 1991). Además, debido a la centralización del poder por parte del Estado Moderno, éste se interpone con las “fuerzas naturales” del mercado, interviniéndolo y no dejándolo operar.

En Chile, la adopción de las políticas basadas en los lineamientos teórico-ideológicos del Consenso de Washington, o más conocido como “modelo neoliberal”, fueron aplicadas de forma estricta, gracias a la existencia de un régimen militar autoritario que no permitió oposiciones. La concepción neoliberal, amparada en el crecimiento económico y la libertad individual, contempla un Estado que debe ser el garante para que el mercado financiero opere con (casi) total libertad, reemplazando el Mercado al Estado como el principal agente económico (Correa et al, 2001). El Estado Subsidiario, a diferencia del Estado Benefactor, se encarga de la asignación de recursos para posibilitar que los agentes puedan poseer mayor capacidad de pago (demanda) y para que éstos puedan invertir y aumentar la producción (mejorar la oferta), interviniendo sólo de forma acotada en aquellas áreas en donde el Mercado no pueda operar de forma óptima, como por ejemplo en la dotación de algunos bienes y servicios públicos para sectores vulnerables (Aranda, 2014).

Si bien, de acuerdo con Salazar (2019), el Golpe de Estado se produce en la crisis chilena de la clase política y de su propuesta de Estado Liberal-Desarrollista, el “ajuste estructural” que se instala en Chile para llevar a cabo un modelo neoliberal ideado por la Escuela de Chicago es planificado en Estados Unidos y transmitido a las Fuerzas Armadas chilenas unos meses antes del Golpe. La ideación del Golpe y la planificación del modelo de forma anticipada y desde EE. UU. quiere decir que el Golpe no sólo fue una respuesta frente a una crisis nacional, sino que tuvo como objetivo el testear un nuevo modelo ideológico-económico. Este modelo de laboratorio fue llevado a cabo por los militares en el poder entre 1973 y 1980, bajo una metodología que fue conocida como la Doctrina del Shock⁹.

El efecto de las nuevas políticas económicas trajo consigo en los primeros años una caída en la producción industrial (25%), caída en los salarios (llegando en 1975 a su punto más bajo), un aumento de la tasa de desempleo (de un 9,7% en 1974 a un 18,7% en 1975) y un notable aumento de la deuda externa (Correa et al, 2001; Gross, 1991). Esto vino acompañado de la caída en el precio del cobre y de un alza en el petróleo. Sin embargo, se produjo a su vez una reducción de la inflación, alcanzando

⁹ La política del triple shock consistió, de acuerdo con Salazar (2019) en:

- a) Arrancar de la memoria social la cultura política nacional-populista y el proyecto social-revolucionario, mediante la instalación de un aparato represivo;
- b) Imposición de un modelo de mercado perfeccionado;
- c) Imposición de una constitución política neoliberal.

en 1981 su punto más bajo (9,5%), aumentó el PIB y el crecimiento, en 1979 se elimina el déficit fiscal y la apertura a la economía global exhibe cifras positivas en cuanto al incremento de los flujos de capitales extranjeros y de las exportaciones y en la balanza de pagos (Correa et al, 2001). A pesar de esta relativa recuperación económica, en 1980 ésta vuelve a decaer, debido a la vulnerabilidad de la economía chilena a causa de su apertura al exterior y a la baja inversión en bienes de capital y en sectores claves (Correa et al, 2001; Gross, 1991).

A pesar de que a fines de los años setenta se produce el crecimiento esperado por la instalación de las políticas económicas, este trajo consigo un alto costo social. La apertura al mercado mundial y la libre importación produjo el quiebre de un gran número de industrias nacionales, se produjeron privatizaciones del sector público y entre 1970 y 1980 aumentó el número de familias en condición de pobreza, de un 28% a un 44%, profundizándose dramáticamente la brecha entre ricos y pobres (Correa et al, 2001; Gross, 1991). El éxito en el ámbito macroeconómico vino acompañado de una casi nula redistribución de los ingresos, afectando principalmente a los sectores populares, pero también a la clase media, la cual vio disminuido su poder adquisitivo (respecto de cifras de los últimos años de la década del sesenta y principios del setenta) (Gross, 1991). A fines de la década del ochenta se ve una mejoría en los ingresos de la clase media gracias al aumento de la actividad económica y a una mejora en las posibilidades de trabajo asalariado. (Gross, 1991).

El quiebre con el modelo anterior, de un Estado robusto que se constituía como el principal agente en el desarrollo del país hacia un Estado debilitado al servicio del mercado financiero, requirió de un reordenamiento de las relaciones de poder, siendo las Fuerzas Armadas con el respaldo de grupos de altos ingresos quienes detentaron el poder absoluto durante los 17 años que duró la Dictadura Cívico-Militar. Es así como *“Con el golpe se produjo una recomposición en las clases dominantes que permitió la hegemonía de la burguesía financiera”* (Kries, 1983: s.p.). Esta nueva articulación de relaciones trajo consigo el desarme de las estructuras relacionales precedentes entre la institucionalidad pública y organizaciones de la sociedad civil (sindicatos, gremios, entre otros), fuertemente burocrática y centralizada, para dar paso, de acuerdo con Salazar (2019), a una gobernanza neoliberal globalizada, la cual se caracteriza por *“(…) una nube de poderes celulares diseminados a lo largo y ancho del territorio, dentro y fuera del país (...)”* (Salazar, 2019: 228-229) de forma descentralizada y fragmentada. Esta dispersión, sin embargo, no significa que el poder se encuentre desconcentrado, sino que el Estado y el Mercado se encuentran *“(…) unidos por un ADN neoliberal y una invisible espina dorsal globalizada (...)”* (Salazar, 2019: 228-229).

Para poder instalarse esta nueva estructura relacional en la gobernanza y en la estructura sociopolítica del país, mediante el reemplazo del modelo de desarrollo y de las formas representativas de gobierno (Gross, 1991), la Dictadura de Augusto

Pinochet Ugarte articuló un aparato en extremo represivo, con la finalidad de instaurar el nuevo modelo sin tener que mediar con otros agentes y para anular cualquier tipo de participación en la toma de decisiones. Es así como, *“El consenso, que a lo largo de la historia había sido fuente de certeros acuerdos, fue borrado como opción política y el país se gobernó con prescindencia de otras opiniones”* (Gross, 1991). Esto dio como resultado el debilitamiento tanto de la administración pública como de todo tipo de instituciones y organizaciones sociales: se disminuyó drásticamente la dotación de funcionarios públicos y en 1975 junto con el “tratamiento de shock” se redujo la inversión (50% entre 1970 y 1978) y el gasto público (27% en 1975); las universidades fueron intervenidas; la prensa, radio y televisión fueron censuradas; se clausuró el congreso y se disolvió el Tribunal Constitucional; se prohibieron los partidos políticos y se quemaron los registros electorales, entre otras medidas (Correa et al, 2001).

Por su parte, la sociedad civil sufrió un estado de terror al prohibirse toda actividad o manifestación pública y el derecho a reunión, al instaurarse un toque de queda que restringía el desplazamiento nocturno de las personas y, además, al permitirse los militares cualquier tipo de fiscalización pública civil (Correa et al, 2001). La represión militar afectó a miles de personas que fueron arrestadas y muchas de ellas torturadas y desaparecidas en unidades militares de campos de concentración, siendo la afiliación socialista, mirista y comunista las más afectadas en cuanto a la cantidad de víctimas fatales y a la persecución y desmantelamiento de sus organizaciones sociales. (Correa et al, 2001).

La represión y la concentración del poder entre agentes del Estado, militares y los grupos de altos ingresos deja totalmente fuera de la esfera pública a la sociedad civil en su conjunto, especialmente a los sectores populares. El movimiento social y las organizaciones sociales que habían logrado ascender en sus capacidades agenciales en la década del sesenta y comienzo del setenta se ven violentamente anuladas, culminando así *“(…) un período histórico de las luchas sociales y políticas en Chile”* (Kriés, 1983: s.p.). Se pone fin a la democracia social, viéndose la sociedad civil atomizada y fragmentada: *“El golpe militar de 1973 desarticuló no solo a las organizaciones políticas de la izquierda chilena, sino al movimiento social en su conjunto”* (Kriés, 1983: s.p.).

Si bien en dictadura se activan y multiplican las redes organizativas de la sociedad civil, éstas se encuentran asociadas al surgimiento de organizaciones de derechos humanos, muchas de ellas apoyadas por la Iglesia más progresiva, y poco después del Golpe y de forma posterior, de organizaciones de orientación democrática (Bastías, 2013). Sin embargo, a pesar de esta reorganización política y social y de la activación de los lazos de ayuda y de la cooperación internacional, prima en esta etapa el miedo y la desintegración social. De acuerdo con Kriés (1983) la represión y las políticas económicas y sociales trajeron consigo el quiebre de las solidaridades,

la atomización y el debilitamiento de la conciencia y de la memoria colectiva de la clase trabajadora. Con ello se produjo un replegamiento hacia la familia, respondiendo la organización social desde las bases a luchas cotidianas, careciendo de estructuras y esquemas rígidos (Kriés, 1983).

Por otra parte, la instalación del modelo neoliberal no sólo trajo consigo un cambio en la estructura económica, sino que también se produjo en términos ideológicos un cambio de conciencia en donde comienzan a valorarse los pilares del neoliberalismo, el crecimiento económico y la libertad individual en lo económico (Correa et al, 2001). Por una parte, el estatismo socializante de las décadas anteriores es denigrado por un segmento de la población, que lo vincula a posturas progresistas y revolucionarias, considerando esta postura como *"restrictiva, idealista y muy poco eficaz"*. (Gross, 1991: 47).

4.2. Los Huertos en la ciudad neoliberal

De la mano con la instalación de un Estado Subsidiario y de un nuevo modelo ideológico-económico de corte neoliberal vino una transformación en el enfoque bajo el cual el Estado impulsaba el desarrollo urbano, con la finalidad de dejar en manos del Mercado y de las “fuerzas naturales” los procesos de producción del espacio. Es así como se instala una nueva visión sobre cómo conducir estos procesos, la cual trajo consigo un reordenamiento de las relaciones de poder, delegando en el sector privado la agencia en la construcción de la ciudad. Esto trae como consecuencia la transformación de Santiago hacia una ciudad neoliberal.

El cambio de Santiago, de la Ciudad Funcional hacia la Ciudad Neoliberal, trajo consigo una serie de transformaciones espaciales, como fue un crecimiento en extensión de forma casi desregulada y una fuerte segregación socioespacial, pero también en el sistema de gobernanza, con un debilitamiento del Estado y de la institucionalidad en materia de vivienda y ciudad y el fortalecimiento del sector privado como agente espacial, y la casi anulación de la participación de la sociedad civil organizada. Esto generó un contexto favorable para que comenzara un proceso de transformación de los Huertos.

Por una parte, la desregulación en las normas de uso de suelo dio inicio al proceso de reemplazo de parcelas con huertos familiares por industrias y empresas que no guardaban relación con el proyecto. Por otra, se profundizó la condición de la ahora comuna de La Pintana como comuna pobre, quedando los Huertos completamente fuera de la focalización del actuar municipal. Además, la anulación de la sociedad civil organizada como agente político, la imposibilidad para poder reunirse y el miedo a hacerlo cerró casi completamente la posibilidad de la emergencia de una agencia colectiva, a lo que se puede agregar que no existían instituciones democráticas con las cuales dialogar. Es así como, a partir de 1973 el reconocimiento

de los Huertos como un espacio de valor para la metrópolis se anula, considerándose que éstos y su entorno se encuentran disponibles para su reconversión.

Esto se produce gracias a un cambio de modelo que afectó todas las dimensiones: la visión de ciudad y, consecutivamente, la agenda urbana y la estructura de gobernanza, lo que repercutió directamente en una alteración de las coreografías de poder. Este cambio produjo un casi completo cierre de las estructuras de posibilidad para que la comunidad pudiera darle continuidad al proyecto de los Huertos como un proyecto colectivo.

El nuevo enfoque de gestión urbana y los cambios en la dinámica económico-productiva, bajo una visión en donde las fuerzas naturales del libre mercado serían las que orientarían el desarrollo de la ciudad y en el reordenamiento de las relaciones de poder, al retroceder el Estado frente al sector privado como el principal agente en la producción de la ciudad, trajo consigo una metamorfosis en el Área Metropolitana de Santiago (AMS) que incidió en la transformación de Huertos José Maza.

De la mano de la completa liberalización del uso del suelo con la finalidad de dejar que los agentes privados puedan operar en la producción del espacio viene la promulgación del DL 420 en 1979, el cual liberaliza el límite urbano y califica a Huertos José Maza, Villa Las Rosas y Mapuhue como área urbanizable. Además, la comuna de La Pintana vive un rápido proceso de transformación gracias a las políticas de erradicación de campamentos, pasando de una comuna rural en donde predominaba el paisaje agrícola a una urbana marcada por la aparición de poblaciones. Estos procesos de transformación vinieron de la mano con el abandono del Estado Central hacia el proyecto de los Huertos Obreros y Familiares y la dificultad por parte de la institucionalidad local de hacerse cargo de sus problemáticas debido a la creciente pobreza y carencia en el territorio comunal.

De esta forma, se produce el fin de la ciudad funcional y de los proyectos utópicos, de la planificación racionalista que no sólo pretendía controlar y direccionar el desarrollo de la ciudad, sino que buscaba dar las condiciones para una mejor sociedad. En su lugar, se instala la idea de que la producción del espacio se debe regir por la "Forma natural", es decir, a partir de las fuerzas invisibles del Mercado.

Es así como, de la mano con el cambio de modelo, que buscaba dejar de lado al Estado como el principal agente que encausaba el desarrollo global del país para dejar al Mercado como el encargado del crecimiento económico, viene la muerte de las ideas utópicas en la planificación de la ciudad. Los modelos e ideales espaciales bajo los cuales se buscaba no sólo la mejora de las condiciones de vida, sino que también la transformación del ser humano es reemplazada por el discurso teórico-ideológico liberalizador que sustentó esta fase de modernización capitalista (De

Mattos, 2004), ajustándose la planificación urbana al enfoque neoliberal y a la economía social de mercado (Gross, 1991). Con ello, concluye una etapa en la cual primó el ideario de la Arquitectura Moderna y el proyecto de la ciudad funcional para dar paso a la ciudad neoliberal. Los modelos utópicos y la planificación racionalista fueron reemplazados por una forma de gestión urbana cuyo pilar primordial fue el Diseño Urbano. Éste tuvo como protagonista al proyecto arquitectónico de corto y mediano plazo, el cual se transformó en la forma ideal de hacer ciudad debido a su flexibilidad y a que permitía tener al sector privado como el principal agente (Pávez, 2011).

Es así como la planificación urbana que se había desarrollado en las décadas anteriores, la cual había tenido por objetivo el regular y controlar *“la multitud de procesos privados de apropiación del espacio”* (Topalov, 1979: 20; en De Mattos, 2004: 10), que caracterizan a las dinámicas de urbanización capitalista, es reemplazada por un enfoque que buscó flexibilizar y minimizar la planificación y debilitar, remover o neutralizar las regulaciones con la finalidad de *“(…) mejorar las condiciones para la afirmación de una lógica estrictamente capitalista en la producción y reproducción metropolitana”* (De Mattos, 2004: 13).

La nueva visión sobre cómo llevar a cabo el desarrollo de la ciudad es llevada a cabo en los primeros años de la Dictadura de la misma forma en la cual se ponen en práctica el resto de los principios neoliberales: de forma dogmática y sin contrapeso. Es así como hasta principios de la década del ochenta prima la idea de que es el Mercado quien con sus “fuerzas naturales” debe conducir el crecimiento y desarrollo de la ciudad, siendo el Mercado el *“(…) mejor y más eficiente asignador de recursos”* (Gross, 1991: 49).

De acuerdo con Marco A. López, entonces Jefe de la División de Desarrollo Urbano del Ministerio de Vivienda y Urbanismo de Chile, la planificación urbana es considerada como poco eficiente e incluso como interventora en el desarrollo de la ciudad, considerándose a la planificación como una solución intelectual que busca anticipar la realidad futura, pero sin éxito debido a que no obedece a *“una forma natural en el comportamiento de la sociedad urbana, tanto en su forma de localizarse como en distribuir sus preferencias dentro del espacio disponible”* (López, 1981: 31).

Con esta concepción, las lógicas del Mercado reemplazan a las de la planificación, aludiéndose que, *“Pareciera entonces mucho más conveniente intentar el seguimiento de esas tendencias del mercado, que identifican las preferencias naturales de los usuarios y proveedores, que pretender diseñar situaciones ideales del espacio urbano, las cuales, en la mayoría de los casos, no corresponden con las tendencias aludidas”*. (López, 1981: 31).

Este cambio de visión hacia la preeminencia del mercado y sus fuerzas naturales como el principal gestor en el desarrollo de la ciudad queda plasmado en la Política Nacional de Desarrollo Urbano de 1979. En ésta se establece principalmente que serán los mecanismos de la economía social de mercado los cuales “regularán” los procesos urbanos, siendo el rol del Estado el actuar por subsidiariedad, con la finalidad de corregir eventuales imperfecciones que surgen del sistema, garantizando de esta forma condiciones de competencia para los ciudadanos. Es así como el garantizar la libre operación de las leyes del mercado traería consigo que la dotación de viviendas, el equipamiento y todo tipo de servicios urbanos estarían satisfechos gracias a la operación del mercado sobre la oferta y la demanda de estos (Política Nacional de Desarrollo Urbano 1979; en Minvu, 2012).

Para que el Mercado pudiera operar libremente, la normativa urbana se liberaliza, especialmente el límite urbano, al considerarse que restringe el crecimiento natural de las ciudades (Gross, 1991). Para ello, sobre la base de los argumentos del asesor del gobierno militar Arnold Harberger, economista de la Escuela de Chicago, se establece la principal premisa de la Política Nacional de Desarrollo Urbano de 1979: el suelo no es un recurso escaso. Se suprimió, de esta forma, el límite urbano, con la idea de que su liberalización traería consigo un mayor equilibrio en los valores de suelo entre el suelo urbano y el rural (Vicuña Del Río, 2013), siguiendo el “crecimiento natural” de la ciudad las tendencias del mercado de acuerdo con los usos requeridos en base a las rentabilidades deseadas (Política Nacional de Desarrollo Urbano 1979; en Minvu, 2012). Además, se incentivaría la inversión privada (López, 1981; Gross, 1991; Vicuña Del Río, 2013), al considerarse que,

“(...) la oferta de suelo, en cada caso, no puede estar restringida sólo por delimitaciones y zonificaciones basadas en estándares teóricos y normas rígidas. Para una operación adecuada del mercado de suelo, tanto urbano como rural, es conveniente que siempre exista la posibilidad fácil de incorporar nuevos stocks de tierra para los usos de mayor demanda. Este aspecto es básico en la comprensión de la política de suelo urbano, tanto en las preferencias por localizarse dentro o fuera del perímetro, como por usar zonas centrales ya urbanizadas” (López, 1981: 31).

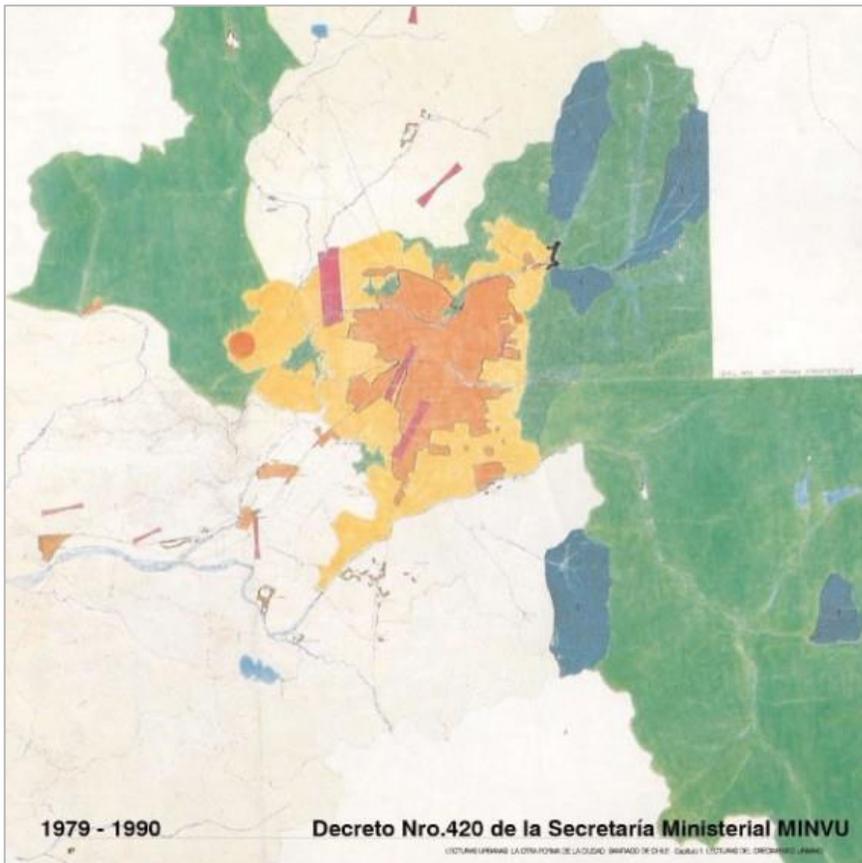
La principal medida impulsada por la Política Nacional de Desarrollo Urbano, la cual consistió en la absoluta liberalización del mercado inmobiliario y de las normas urbanas, se tradujo en el fin del reconocimiento de los Huertos como un espacio de valor para la región y la ciudad. Esto fue materializado a través de la anulación del Plan Regulador Intercomunal Metropolitano de Santiago (PRIS) de 1960 mediante la promulgación del DL 420. Este decreto no solo definió como área potencialmente urbanizable a 64.000 hectáreas (lo que generó que casi se duplicara la superficie del área urbana de Santiago hacia finales de los años setenta y triplicara el mercado de tierras) sino que además estableció una normativa que liberó al Estado de la

responsabilidad respecto de la dotación de infraestructura y equipamiento urbano, estableciendo un mínimo de requisitos y exigencias para su desarrollo, las cuales estarían en gran parte en manos del sector privado (Greene y Soler, 2004; Vicuña Del Río, 2013).

La expansión urbana desestimó, de esta forma, las medidas de protección de áreas agrícola de riego y de áreas no urbanizables tales como el pie de monte andino establecidas en el PRIS de 1960 (Pávez, 2011), facilitando a su vez el crecimiento en extensión del área urbana sobre el área rural. Tal como establecía el jefe de División de Desarrollo Urbano del Ministerio de la Vivienda y Urbanismo de Chile, Marcos López *“(...) el perímetro no debe considerarse como un límite jurídico, sino como el reconocimiento de las tendencias naturales de crecimiento de la ciudad en un determinado momento. El crecimiento natural quedará entonces, enmarcado dentro de una norma técnico-jurídica que permitirá al sector privado, generar nuevos desarrollos en las direcciones de expansión urbana previamente identificadas”*. (López, 1981: 40)

Al encontrarse en la periferia sur de Santiago, este decreto afectó a los Huertos Obreros y Familiares, los cuales pasaron de encontrarse reconocidos en términos normativos por el PRIS de 1960 a encontrarse a merced del mercado inmobiliario y sus “leyes naturales”. Los Huertos hasta 1979 se encontraban calificados como zona de resguardo ecológico y agrícola, en el caso de Huertos José Maza y Villa Las Rosas, y como zona rural en el caso de Villa Mapuhue, estableciendo a esta última como fuera del límite urbano. Los Huertos, mediante la dictación del DL 420 de 1979, pasaron de formar parte del cinturón suburbano que enlaza lo urbano con lo rural, el cual tenía por objetivo el proteger los recursos agrícolas de la región y evitar su destrucción frente al avance de la ciudad (Parrochia, 1994), a ser calificada como un área de expansión urbana apta para acoger el crecimiento urbano, pudiendo albergar cualquier tipo de uso.

Los Huertos en el Decreto Ley N° 420



En naranja se observa la zona urbana consolidada y en amarillo la zona urbanizable.

Fuente: Squella, 2006.

En relación con el reconocimiento de las áreas que presentaban desarrollo de la agricultura o de suelos con una alta calidad para ésta, la Política Nacional de Desarrollo Urbano de 1979 establecía que las áreas con potencial agrícola estarían protegidas si la rentabilidad económica derivada de su explotación agrícola fuera superior a la rentabilidad de cualquier otro uso. Es decir, el carácter económico del potencial de las tierras de una buena calidad para la agricultura sería el único factor relevante al momento de decidir sobre el destino de la propiedad. Las zonas agrícolas deberían, entonces, elevar su valor mediante una explotación rentable para poder competir en precio con los valores del suelo urbano y así mantener su condición rural, en una suerte de “autodefensa” del recurso suelo: *“Creemos, por ejemplo, que si una há de tierra de categoría 1 de riego ubicada en la periferia de la ciudad a la cual se le agregaran todas las mejoras imaginables, no logra un valor absoluto igual o superior al de una há de suelo urbano, eriazo, en el casco de*

la ciudad, no habrá reglamento, ordenanza ni voluntad capaz de impedir el cambio de destino” (López, 1981: 31).

Por otra parte, la expansión del límite urbano sobre áreas agrícolas localizadas en la periferia que contaran con una buena calidad de suelo, como es el caso de los Huertos, era justificada aduciendo que la planificación y normas urbanas no tendrían ninguna validez frente a la presión de la ciudad por crecer:

“Resulta lógico pensar que si un mismo predio, de buena aptitud agrícola, es dividido por un límite urbano, el paño o lote que queda dentro de dicho límite aumentará su valor sin necesidad de ninguna mejora, y aunque en el otro paño se demuestre que está el mejor suelo agrológico del país, éste con seguridad no podrá competir basado en su propia rentabilidad rural y será rápidamente transformado en urbano por sus propios dueños, o sea, que las áreas agrícolas o con aptitud agrícola, ubicadas en las inmediaciones de una ciudad, al no existir políticas precisas sobre su productividad destinadas a mejorar su valor intrínseco en el mercado, seguirá considerándose como un recurso potencialmente urbano y no podrán resistir la presión cuando ésta llegue”. (López, 1981: 31).

Además, se consideraba que en la Zona Central no deberían contemplarse restricciones a la expansión urbana sobre suelos con aptitud agrícola, debido a que se estimaba que más del 30% de la superficie regional poseía potencialidad agrícola, por lo que la expansión urbana no representaría un peligro para el desarrollo de la actividad (López, 1981). En este sentido, no existiría ninguna protección hacia la agricultura familiar de autosubsistencia o la pequeña agricultura, como era el caso de los Huertos, desde la planificación territorial, quedando las tierras a merced de las fuerzas del Mercado. Es así como los Huertos pierden el rol agroecológico para el sistema metropolitano, de acuerdo con la visión plasmada en el PRIS de 1960.

El cambio en la normativa de uso de suelo generó incertidumbre sobre el futuro de los Huertos en algunos habitantes de Huertos José Maza, quienes frente a un gobierno autoritario no pudieron contestar la forma en la cual se estaban planificando los Huertos,

“Aquí el cambio de zona empezó con el Golpe Militar. Porque en ese tiempo había una señora que era de la junta de vecinos, el otro día me acordé, lo único que me acuerdo que el apellido era Smith. Y la señora, en ese tiempo me acuerdo que era una mujer joven, vivía allá en la casa de mis suegros, y ella me dice “por favor trate de sembrar y plantar porque van a cambiar el uso de suelo”, en el tiempo de los milicos. Entonces, cuando yo llegué a la casa le digo a mi yayo, “yayo, me dijeron esto” “qué van a hacer estos milicos, nada, total van a agarrar al que quieran, a quien sea, con tal de satisfacer ellos su ego” Y eso fue. E hicieron el cambio de uso de suelo.” (Mujer, 75 años, 2015).

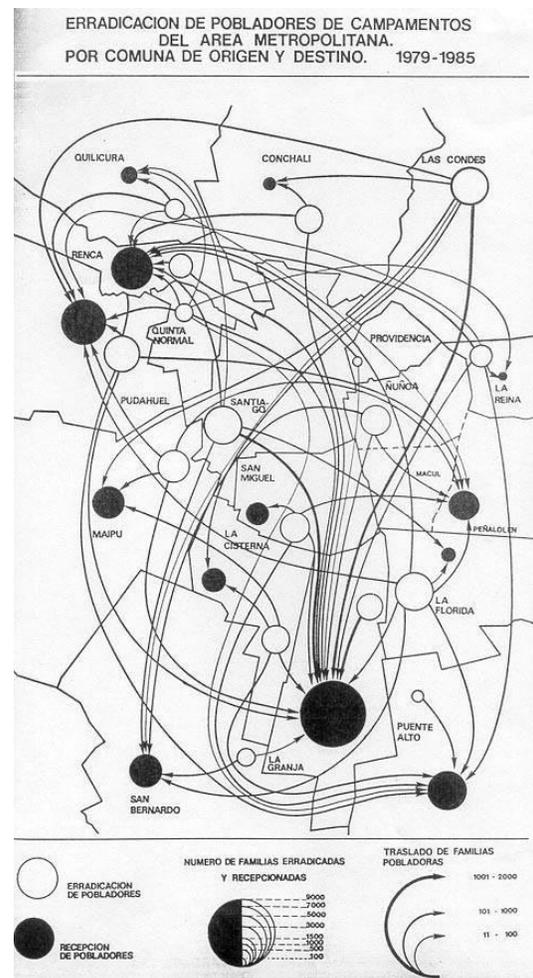
Si bien en 1985 se ajustó la Política Nacional de Desarrollo Urbano mediante la dictación del DS 31, el cual sostenía que el suelo urbano es un recurso escaso; que el derecho de propiedad puede tener restricciones en función del bien común; que la libre iniciativa y el mercado deben sujetarse a la planificación estatal y que es necesario promocionar el uso intensivo del suelo de áreas consolidadas, a fin de evitar el crecimiento en extensión (MINVU, 2012), entre otros aspectos, esta modificación no surtió ningún efecto debido a que nunca se dictó la normativa que asegurara su materialización, siendo derogada el año 2000 (Gross, 1991; MINVU, 2012).

Sin embargo, esta completa liberalización del uso del suelo hacia las fuerzas naturales del Mercado no fue completa, sino que, en una búsqueda por crear las mejores condiciones para potenciar la producción del espacio como una producción económica, se condujeron una serie de acciones desde el Estado por liberar los suelos de mayor renta para el desarrollo inmobiliario. Esto se tradujo en que, junto con contemplar al área en la cual se emplazaban los Huertos como área de expansión urbana, otorgando además casi absoluta libertad de acción al mercado, se promovió la conversión de esta zona desde un espacio rural, con la presencia de algunos conjuntos de vivienda social de la década pasada, a un área urbana socialmente homogénea, la cual se poblaría en la década del setenta y ochenta casi exclusivamente con familias y personas erradicadas y trasladadas desde campamentos provenientes fundamentalmente del sector centro y oriente de la capital. La finalidad de convertir a La Pintana en una comuna receptora de familias vulnerables se justificó en la liberación de los terrenos del sector centro y oriente de la capital, los cuales poseían una alta plusvalía, para desarrollos inmobiliarios. Además, La Pintana se transformó en un área de “experimentación de laboratorio” (Muñoz y Gámez, 1988; en Gurovich, 2003) con el objetivo de concentrar en ella medidas que permitieran regular el conflicto en la escala local (Pérez, 2008).

Esta visión de convertir a La Pintana en una zona urbana densa y socialmente homogénea estuvo amparada en la política de vivienda social, a través de los Programas de Erradicación y Radicación de Campamentos (DL 2.552), la cual tuvo como objetivo la erradicación y traslado masivo de habitantes de campamentos y tomas de terreno. Los traslados hacia viviendas sociales o casetas sanitarias se dieron en un contexto de una fuerte agudización de la pobreza urbana, de una drástica reducción de la inversión pública y de recesión económica (Gross, 1991; De Mattos, 2004). Esto trajo consigo una fuerte segregación socioespacial, promovida desde el Estado como mecanismo de regulación social que se tradujo en exclusión social (Pérez, 2008), lo cual generó comunas receptoras de familias vulnerables, aumentando el número de comunas de 17 a 34. Bajo esta política es que se divide la comuna de La Granja en 1981, creándose las comunas de La Granja, San Ramón y La Pintana, la cual comenzó a funcionar administrativamente en 1984.

Si bien es difícil poder expresar en palabras el violento proceso de traslado de familias hacia la periferia de Santiago, quebrándose sus redes de colaboración, amistad, trabajo, entre otras, impactando además sobre su dignidad y sobre su condición de ciudadanos, las cifras nos orientan sobre la masividad del proceso. La Pintana fue la comuna que mayor cantidad de familias recibió, aumentando su población a raíz de la erradicación de campamentos provenientes fundamentalmente de Santiago Centro de 78.312 habitantes en 1982, a 148.710 en 1984 (Rodríguez e Icaza, 1993). Si comparamos el crecimiento del AMS con el de La Pintana entre 1982 y 1992, podemos notar cómo la primera crece un 15% en comparación con un 108% (Gurovich, 1989). En relación con la composición de su población, en 1984 el 53% de sus habitantes provenían de campamentos de radicación, nuevos campamentos y poblaciones de erradicación (Pérez, 2008).

Mapa de erradicaciones de campamentos en el AMS por comuna de origen y destino, 1979-1985



Fuente: CED, 1990: 65; en Rugiero, 1998

Además, entre 1979 y 1985 se produce un aumento del 327,73% de su población, lo que puede dar cuenta no sólo de la masividad de la medida de erradicaciones, sino que también del impacto en la transformación espacial de la comuna. Si bien de forma previa al Golpe la entonces comuna de La Granja contaba con algunas poblaciones de vivienda social construidas por la CORVI (como es el caso de la población San Rafael), la masividad de la llegada de nuevas familias en un periodo tan corto de tiempo impactó profundamente a una comuna que hasta entonces mantenía su característica de comuna rural.

El espacio rural en el cual se emplazaban los Huertos, donde predominaba el campo y los sembradíos, es recordado por una habitante de Huertos José Maza, quien fue testigo de cómo era la comuna de forma previa a las erradicaciones de fines de los setenta y ochenta,

“Cuando formábamos parte de la comuna de La Granja, ¡uf!, cuántos años atrás, era la época de los buses japoneses marca Mitsubishi que salían de Mapocho con el número 54, con un peregrinar largo por San Antonio, San Francisco y Santa Rosa.

Transcurridos varios minutos, el bus pasaba por Manuel Rodríguez en el paradero 25 y enseguida las gordas vacas indicaban la llegada al fundo La Bandera. Así de simple, se acababa la ciudad y se iniciaba el campo. Luego lo más llamativo era La Platina, ya que las Escuelas de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Chile, ni siquiera estaban en las ideas de nosotros.

El paradero 35 en San Rafael, era una gran estancia agrícola, que al parecer fue de las primeras “tomas de terreno”, proceso normal y habitual a partir de aquellos años, que se prolongaría después a uno y otro “cambio de uso de suelo”, total quién sabía que algún día habría plano regulador, bastaba con una bandera y la cosa ya estaba en marcha.

Las Rosas en el paradero 36 y 37 y después Mapuhue en el 39 y 40, indicaban que ya se estaba cerca de la villa. ¡Ah! Casi me olvido, había una vetusta escuela de adobes de dos pisos rodeada de un campo increíble. Era la Escuela El Castillo, construida en los tiempos del presidente Balmaceda, rodeada de un campo en el que se perdía la vista por sobre los sembradíos.

El otro día anduve por ahí y la verdad es que me preguntaba, en qué estaban pensando los creativos de la urbanización de la década de los 80'. Seguramente fueron razones de Estado, como aconteció con San Bernardo y Peñaflor”. (Armida Navarrete, Revista Caudal N°2, noviembre 2009: 5).

La nueva política habitacional produjo, además, una desarticulación de las redes de proximidad de quienes eran erradicados y un desarraigo, quebrándose el tejido social y sus redes de trabajo (CEUT UCM / Corporación SUR, 2020). Este proceso es recordado por un habitante de Villa Las Rosas, producto de la instalación de la población El Castillo de forma próxima a la villa,

“... cuando llega El Castillo, porque El Castillo era un fundo que lo único que había eran las antenas de la radio Magallanes, lo único que había eran las parcelas como tal, era todavía, o casi, un oasis este sector. Y en ese momento trajeron... bueno, esa parte de la historia la deben recoger de otro lado, pero lo que se hizo, se limpió Las Condes y Santiago de las poblaciones callampa que existían alrededor, y las tiraron todas acá, les construyeron unas poblaciones, con todas las limitaciones que podían existir, y desarraigaron a un montón de gente que vivía y desarrollaba toda su historia en relación con el medio en el que vivían, eran los jardineros, las empleadas, todo se desarraigó y los trajeron aquí a un lugar sin el apoyo que implica de colegios, de centros de salud, cualquier cosa, y los tiraron para acá, desarraigados totalmente”. (Hombre, 70 años, 2015).

El resultado de la masiva construcción de conjuntos de vivienda social fue la concentración de un bolsón de pobreza. La Pintana fue clasificada en 1984 como la comuna más pobre del AMS (Secretaría Comunal de Planificación, SECPLAC, 1984; en Rodríguez e Icaza, 1993), presentando un importante déficit en servicios comunales¹⁰, infraestructura y equipamiento, tardando seis años desde su creación en poder cumplir con la dotación de servicios básicos (Rodríguez e Icaza, 1993).

Si bien las familias vieron mejoradas sus condiciones habitacionales, otros aspectos de su vida sufrieron negativamente (Gurovich, 1990), lo que se vio agravado por la distancia a la cual se encontraban de sus anteriores fuentes de trabajo y la dificultad de encontrar nuevas fuentes laborales en un contexto de aguda pobreza. A la falta de servicios en una comuna nueva y sin recursos, la precariedad material y el desempleo, se sumó el sentimiento de abandono y desarraigo por parte de los nuevos habitantes,

“De repente te sacaron y te vinieron a dejar a un lugar donde no tenías nada, igual te sentías como desamparado. O sea desamparado de las autoridades, desamparado de todo el mundo (...) Nos sentíamos como que éramos seres, personas que era como indigno de que el campamento estuviera casi cerca del centro de Santiago. Entonces eras como algo no deseado que te habían venido a botar”. (Pérez, 2008).

Este sentimiento, de un violento proceso de relocalización de familias, también es compartido por parte de quienes habitaban en los Huertos, reconociéndose en el relato la incapacidad por parte del espacio y de la institucionalidad local de hacer frente a la masividad del proceso,

¹⁰ “Según el SECPLAC, el 61,9% de la población de 1984, estaba clasificada en los índices 1, 2 y 3 de la ficha CAS, sobre extrema pobreza. La misma fuente señala que el 40,07% de la población total de ese año se encuadraba en la edad escolar, pero la cobertura del sistema educacional era entonces insuficiente, alcanzando apenas a servir al 13,78% del nivel prebásico, al 60,04% del básico y al 1,99% del nivel medio de enseñanza en el ámbito comunal. (...) El 25,73% de la población comunal no alcanzaba a ser atendida por el sistema de salud, servido por tres consultorios (Pablo de Rockha, San Rafael y Santiago del Nuevo Extremo)” (Gurovich, 1990).

“No hallaban dónde poner a la gente, y dijeron “¡a!, ahí hay espacio” y las lanzaron. Y aquí no había como para recibir a toda esta de gente. Entonces hicieron poblaciones donde había chacras. No había servicios de salud, ni educacionales suficientes ni nada para recibir a toda esta tonelada de gente que, de verdad, literalmente, los tiraron, así, y creo que todavía los consultorios, yo he conversado con médicos que me dicen “hasta hoy no sabemos cómo atender de buena manera a toda esta gente”. (Mujer, 55 años, 2016).

La conformación de la comuna de La Pintana como una comuna urbana y densamente poblada a partir de familias en situación de vulnerabilidad trajo consigo no sólo un cambio respecto del carácter rural en el cual se enmarcaban los Huertos, el cual que era valorado por sus habitantes, sino que la llegada de las poblaciones generó en ellos una sensación de inseguridad (en términos de aumento de la violencia y delincuencia) y una sensación de una rápida transformación que podía repercutir en un deterioro en su espacio habitado y en la imagen debido a la proximidad a las poblaciones. De forma próxima a Villa Las Rosas se conformó, a raíz de las erradicaciones, la población de El Castillo; junto a Villa Mapuhue las poblaciones El Roble y Santo Tomás y la población El Mariscal en Puente Alto, próximo a Huertos José Maza. Esta inseguridad se evidencia en el titular del Diario El Mercurio del día 12 de noviembre de 1986: *"En Villa La Pintana: denuncian problemas de orden delictual con erradicados"*, y en el rápido aumento de las denuncias por asaltos y robos, el cual crece entre 1982 y 1984 en un 59% (Gurovich, 1990).

Este rápido proceso de transformación tuvo también como resultado un deterioro de la percepción de la imagen de La Pintana (Gurovich, 1990), comenzando en estos años un proceso de estigmatización social de la comuna. Junto con la inseguridad y la transformación de La Pintana como una comuna popular vino una baja en el precio del suelo, comenzando las parcelas a perder su valor económico. Es así como, con la llegada de las poblaciones, se afirma que algunos huerteros tradicionales sintieron temor, pensando que llegaría la delincuencia, por lo que vendieron sus parcelas y se trasladaron a otros sectores. En palabras de Tania, este habría sido el primer hito bajo el cual comenzó un proceso de transformación, marcando un antes y un después en la villa: *"... antes la gente dejaba las puertas abiertas y todo, y después “que nos van a asaltar, aquí no, arranquemos” y vendieron, a precios ínfimos de pronto para poder arrancar... entonces esa fue la primera estampida, entonces ahí industriales aprovecharon de comprar barato e instalarse”* (Mujer, 50 años, 2016).

Además, la focalización por parte del municipio en los sectores más vulnerables de la comuna produjo un alejamiento entre los huerteros y el municipio, produciéndose una suerte de estigmatización por parte de éste hacia ellos. Esto debido a que los consideraban como los habitantes ricos de la comuna y que no

poseían carencias materiales al vivir en parcelas y tener el trabajo de la tierra como sustento. La focalización del municipio se encontraba en atender al segmento más pobre de la capital, siendo además la realidad y necesidades de los huerteros muy distintas a los del resto de la comuna.

Por otra parte, se produce una alianza entre el Estado y el Mercado, desarticulándose a la sociedad civil y quedando fuera como agentes en la construcción de la ciudad. La reestructuración de las relaciones en un duopolio Estado-Mercado y la fragmentación de la sociedad civil como agentes en el desarrollo del país es replicada en la producción de la ciudad. La primacía de considerar al valor de cambio por sobre el valor de uso y la individualización en la toma de decisiones trajo consigo un contexto relacional constreñido, posibilitándose la transformación de los Huertos, la cual comenzó paulatinamente con la reconversión de parcelas hacia industrias y empresas completamente desvinculadas del proyecto de lugar.

Esto se sustentó en una visión de dejar operar al mercado con sus leyes naturales, lo que trajo consigo una mayor libertad para que el sector privado pudiera incidir en la producción de la ciudad, jugando un rol fundamental en el funcionamiento, morfología e imagen de la ciudad (De Mattos, 2004), al ser el *“(...) principal encargado de materializar las iniciativas de desarrollo urbano que demanda la población, mediante la generación de una adecuada oferta de bienes y servicios”* (Política Nacional de Desarrollo Urbano 1979; en Minvu, 2012: p.). La sociedad civil, fragmentada y atomizada, es considerada como usuarios y proveedores o productores de la ciudad, en una lógica de demanda y oferta, quienes, al seguir a las leyes del mercado, naturalmente van desarrollando formas de localizarse y de distribuir sus preferencias en el espacio (López, 1981).

Para instalar esta nueva lógica de producción de la ciudad, la Política Nacional de Desarrollo Urbano de 1979 establece una nueva forma de gestión urbana, sustentada en un sistema de planificación flexible que implicara una mínima intervención del Estado y de sus instituciones. En esta nueva forma de gestión, el sector público tiene como objetivo establecer normas técnicas y procedimientos de tipo genérico para que el mercado pueda operar eficientemente. Para ello, se produce un replegamiento del Ministerio de Vivienda y Urbanismo en la escala nacional y regional, siendo su principal rol el generar y poner a disposición del sector privado la información necesaria para que éste pueda operar en el desarrollo inmobiliario y el proponer las políticas que orientarán las *“(...) relaciones de mercado en orden a preservar el bien común y las condiciones más favorables del medio ambiente urbano, dentro del cual deben desarrollarse las actividades económicas y sociales de la población”* (Política Nacional de Desarrollo Urbano 1979; en Minvu, 2012: p.). A pesar de que se propicia la desconcentración del MINVU mediante la creación de Secretarías Regionales Ministeriales (SEREMI) en

cada una de las regiones del país, el rol de éstas consistió en representar al ministerio en la región, con escasas atribuciones en materia de desarrollo urbano.

El contexto se restringió también por un debilitamiento del Estado expresado en la política de subsidios habitacionales y en una nueva institucionalidad en materia habitacional encarnada en el SERVIU, en reemplazo de la CORVI. El SERVIU derivó en el privado el problema de la vivienda y de su localización, reduciendo con ello al máximo la intervención del Estado (Gross, 1991). Esto significó una hiperfocalización de la institucionalidad de vivienda por disminuir el creciente déficit de vivienda, dejando de lado una visión integral para abordar las problemáticas de ciudad.

Es así como las relaciones con el Estado Central y las organizaciones de base de los Huertos se cortan definitivamente en esta década. Respecto de las instituciones que tenían por rol el desarrollo urbano, si bien ya se había producido un quiebre en la década pasada al retirar la CORVI en 1960 el apoyo para el fomento y desarrollo de los Huertos, la creación de SERVIU como una institución que se dedicaba principalmente a la coordinación de la entrega de viviendas económicas deja definitivamente sin espacio para generar lazos de colaboración con las organizaciones de los Huertos y sus necesidades de apoyo institucional. Asimismo, se crean las SEREMI´s MINVU con escasas atribuciones en el desarrollo urbano, quedando éste mayormente en manos del sector privado, por lo que las organizaciones ya no tienen a quién recurrir e interpelar en el nivel central.

A esta nueva estructura de gobernanza se suma la modificación del marco normativo en materia de atribuciones de los gobiernos municipales, al restringirse *“(...) la dimensión política de lo local, limitándolo a ser un espacio intermedio de articulación de demandas en torno a equipamiento y servicios urbanos”*. (CEUT UCM / Corporación SUR, 2020: 2). Además, la institucionalidad local sufre un proceso de transformación en estos años con el reordenamiento municipal, lo cual incluyó la municipalización de los servicios. La delegación de responsabilidades hacia los municipios trajo como consecuencia que la recién creada comuna de La Pintana se encontrara sobrepasada en las problemáticas a resolver, debiendo enfocarse en las familias más vulnerables que llegaban a habitar la comuna a una velocidad sin precedentes y en transformar una comuna rural en urbana, debiendo enfrentar con ello un importante déficit en servicios, equipamiento e infraestructura. Frente a esto, los Huertos quedan completamente invisibilizados, conformándose como verdaderas islas en medio de bolsones de pobreza.

Esto se evidenció en una falta de relación entre los huerteros y el municipio, produciéndose en esta década la instalación de industrias, muchas de ellas contaminantes, sin contrapeso. A pesar de los reclamos y denuncias por parte de huerteros frente a las problemáticas medioambientales que comenzaron en aquellos

años debido a las industrias y talleres, el municipio no daba respuesta, calificándose la relación por esos años como “mala” y “sin diálogo”.

Si bien en un comienzo los huerteros de Huertos José Maza vieron en el nombramiento de la comuna una señal de reconocimiento, al adoptarse el nombre de su villa, Villa La Pintana, como el nombre de la nueva comuna, este reconocimiento simbólico no se tradujo en un reconocimiento real. Muchos huerteros pensaron que la Casona Aníbal Pinto sería la sede de la municipalidad y que de Huertos José Maza (entonces Villa La Pintana) surgirían candidatos para ser nominados a alcalde (en esos años de dictadura, alcaldes designados) (Hombre, 80 años, 2017). Pero nada de ello ocurrió. Además, en 1973 se retiran los efectivos del retén de Carabineros creado en la década anterior, pudiendo esto ser también interpretado como una falta de reconocimiento hacia la Villa. Junto con ello, a raíz de la ley de municipalización de escuelas públicas se transfirió la administración del Liceo en 1987 a la Municipalidad de La Pintana, produciéndose de esta forma una paulatina pérdida de “lo común”.

Es así como, en este nuevo contexto, las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, las cuales se habían fortalecido en las últimas décadas, llegando a su punto más alto con la Promoción Popular de Frei Montalva y el Poder Popular de Allende, se quiebran abruptamente, dejando a la sociedad civil y especialmente a los sectores populares fuera de toda esfera de participación como agentes en la producción del espacio (CEUT UCM / Corporación SUR, 2020).

En relación con las instituciones en el nivel central enfocadas en el desarrollo agrícola, si bien hasta antes del Golpe persistían algunos lazos de colaboración con INDAP y CORFO, instituciones que prestaban apoyo de forma esporádica, estos también se cortan con la instalación del nuevo modelo. La nueva visión sobre cómo conducir el desarrollo del mundo rural trajo consigo un replegamiento del apoyo de estas instituciones, las cuales se enfocaron principalmente en el desarrollo de una agricultura destinada a la exportación, en concordancia con la economía de mercado que se estaba impulsando. En este contexto, el Estado tenía como responsabilidad el definir políticas para el fomento de la agricultura que generaran incentivos, mecanismos técnicos y de infraestructura que beneficiaban a los grandes empresarios con capacidad para desarrollar una agricultura extensiva. Además, se consideraba que estas políticas deberían estar orientadas a zonas que se encontraran a una distancia adecuada de las áreas de influencia de las ciudades (López, 1981).

En este nuevo modelo agroexportador las pequeñas explotaciones de autosubsistencia, la agricultura familiar y las prácticas asociadas se encontraban fuera de la visión del Estado como un espacio relevante de ser preservado e impulsado en su desarrollo. En este sentido, las villas en las cuales se encontraban los Huertos tampoco calificaban como destinatarias de apoyo mediante

mecanismos de desarrollo agropecuario. Además, los pequeños agricultores pierden capacidad para competir con las grandes empresas y las nuevas formas de industrialización basadas en packings y tradings. En este contexto, las organizaciones de los Huertos pierden sus lazos con las instituciones que hasta antes del Golpe colaboraban con insumos y ayuda técnica.

Es así como en estas décadas el contexto sociopolítico de una fuerte represión en Dictadura; la nueva visión sobre cómo producir la ciudad, basada en la liberalización del suelo y la predominancia del sector privado como el principal agente; y el violento proceso de transformación de la comuna de La Pintana como una comuna receptora de familias vulnerables, conducido desde el Estado, se tradujo en un contexto favorable para la transformación de los Huertos, anulando casi por completo la posibilidad de una agencia colectiva desde la comunidad, socavando con ello la construcción de “lo común”.

4.3. Agencia individual(ista): el replegamiento del proyecto de lugar

Para muchos huerteros, la década del setenta y ochenta es una época marcada por la experiencia familiar, por la vida cotidiana en la parcela, los estudios, el trabajo. Sus memorias, a diferencia de las décadas anteriores, no recurren a la épica y el orgullo de los logros colectivos y a la comunidad. Para algunos, es una época dolorosa, en lo personal pero también en lo vecinal, donde se quiebran relaciones de amistad y solidaridad. Para otros, es una época de un vivir tranquilo, en donde lo comunitario se sustenta en lo recreativo y festivo, como eran los encuentros deportivos y la realización de las Fiestas de la Primavera. Pero, para todos, es una época marcada por la llegada de las industrias y empresas, primero de forma incipiente y, a finales de la década del ochenta, de forma más importante, lo cual sucedió casi sin ninguna resistencia, articulándose tan solo a fines de la década del ochenta un actuar colectivo por detener este proceso,

“Aquí había gente muy creyente, que iba a la iglesia, gente que venía de todos lados, de todos lados. Si recibían visitantes, se miraban en la calle... Pero a tu casa en la tarde, todos escondidos. Entonces se fue perdiendo todo. La gente empezó a vender, empezaron a llegar las empresas, otros que decían “no señor, nosotros le vamos a cuidar su parcela” y le chantaban feroz empresa, y así la gente se fue yendo, yendo, yendo...”. (Mujer, 70 años, 2017).

La agencia en los Huertos, de esta forma, se caracteriza por perder en esta época su carácter colectivo, convirtiéndose en una agencia individual centrada en la decisión de vender y migrar o de permanecer. Esto vino de la mano con un profundo cambio de paradigma a nivel país con la instalación del modelo neoliberal, el cual permeó

no sólo a la estructura económica, sino que produjo además una individualización en términos sociales, instalando un nuevo modelo de sociedad.

El proceso de fragmentación y despolitización comunitaria no fue particular de los Huertos, viviendo muchos barrios y comunidades en el país un quiebre de lo vecinal (Letelier et al, 2019), produciéndose un replegamiento hacia la esfera privada a causa de la represión y polarización política, fortaleciéndose los lazos familiares y de amistad (Rodríguez y Winchester, 2004). Esto trajo consigo una reducción de las capacidades agenciales por parte de las organizaciones vecinales y una menor participación en la esfera política (Letelier et al, 2019). Tal como plantea Correa et al (2001), *“En varios sentidos, el 11 de septiembre fue un terremoto que azotó vidas, antiguas concepciones de comunidad y conciencias”* (Correa et al, 2001: 283) y en Huertos José Maza este terremoto también se dejó sentir.

En los Huertos, las fuertes divisiones que se produjeron entre sus habitantes debido a su posición política trajeron consigo no sólo la fragmentación del tejido social, sino que el quiebre de relaciones de vecindad y amistad a causa de denuncias entre vecinos, lo que desencadenó que algunas personas fueran detenidas debido a listas que hicieron algunos vecinos y entregaron a los militares. Violeta (2014) recuerda con dolor la violencia de esa época, *“hay gente que perdió un pulmón, a puro golpe”*; *“hay mujeres que fueron violadas, tuvieron sus hijos, y se tuvieron que ir porque uno veía el rechazo que ellas tenían por los hijos que habían tenido”*, y cómo la gente se vigilaba, viendo las visitas que cada uno recibía, quiénes caminaban por las calles...

La fuerte polarización política permeó todos los espacios de la Villa,

“(...) Hubo una división ideológica peligrosa, era común ver amigos discutir en los lugares más inverosímiles, agresivamente, posiciones que antes eran colocadas en un plan irrelevante. La atmósfera que se vivió en esos tiempos fue gris y triste, lo que vino después todos lo sabemos. Después de estos traumas sociales, los seres humanos nunca más son los mismos (...)”. (Pepe Albornoz, Revista Caudal julio 2009).

Las consecuencias del dolor que generó el quiebre de la comunidad se tradujo en que algunas personas comenzaran a vender sus parcelas e irse, otras aislándose dentro de sus casas, tratando *“(...) de olvidar que habían tenido amistades. Gente que quedó muy dolida, muy dolida”* (Mujer, 75 años, 2017). Hasta el día de hoy perduran las cicatrices de lo acontecido en esos años de dictadura,

“Entonces, todavía, siempre se dice se perdona, pero no se olvida, pero el hecho de no olvidar, no sirve de nada el perdón, hasta que no te mueres, porque siempre los vas a estar viendo aquí, porque sabes que él fue uno de los causantes, porque aquí fueron un grupo de personas que hizo la lista y hasta el día de hoy la gente no lo perdona, sino que lo está mirando cómo se va envejeciendo y las enfermedades que

tiene, y tú les preguntas y dicen “no, si yo lo perdoné pero me alegro que esté enfermo el viejo (...). Que lo castiguen por todo el dolor que sintieron las demás personas”. (Mujer, 80 años, 2017).

Las organizaciones sociales también sufren un debilitamiento a causa del quiebre de las relaciones entre vecinos. Las personas ya no querían participar en las organizaciones junto a vecinos que sabían que habían denunciado a otros vecinos, a lo que se sumó la política de la época de un debilitamiento desde el Estado de toda organización social o comunitaria. Tal como plantea Arturo, la mayoría de las instituciones murieron a principios de los ochenta, en el sentido de que si bien algunas siguieron existiendo nominalmente la participación en éstas era cada vez más escasa.

Junto con el debilitamiento de las organizaciones de base y del movimiento vecinal vino el debilitamiento de las cooperativas a nivel nacional como agentes en la producción del espacio¹¹. Si bien a partir de 1970 comienza a descender el número de cooperativas y el incentivo a las mismas, en Dictadura se produce una intervención hacia la democracia interna de éstas y se instalan una serie de medidas discriminatorias hacia las mismas (Coque, 2002), en concordancia con las medidas de control y represión adoptadas para otro tipo de organizaciones tales como gremios o sindicatos. Se produce además la pérdida del escaso apoyo internacional que recibían y, debido al “ajuste estructural”, se produce una gran dificultad para operar, trayendo consigo que muchas de ellas quebraran. Todo esto llevó a la desaparición de más de mil cooperativas en el país en un periodo de cinco años a finales de la década del setenta (Catalán, Fernández y Olea, 2013). Se produce, además, una división respecto de aquellas cooperativas que buscaban mantener un objetivo social como motor de acción, fundamentalmente vinculadas a sectores populares relacionados con la iglesia y ONG’s internacionales, y aquellas que se enfocaron en el desarrollo empresarial bajo una visión mercantilista, relegando lo social (Coque, 2002).

Este debilitamiento también se dejó sentir en la cooperativa de Huertos José Maza. De la mano del retroceso del cooperativismo y de la desaparición de miles de cooperativas en Dictadura, entre las cuales se cuenta la disolución de las cinco cooperativas de Villa Las Rosas, y de un nuevo marco normativo sustentado en la Ley General de Cooperativas de 1978, la cual tuvo por objetivo el limitar la capacidad de agencia del sistema cooperativo en un contexto de sistema neoliberal instaurado en esta época (Cárcamo, 2006), se produjo un traspaso de responsabilidades desde

¹¹ “Hacia 1973 existían en Chile 1.476 cooperativas y en 1980 eran 1.606, cantidad que a partir de entonces empezó a decrecer. El ambiente económico e institucional, “hostil a una economía solidaria” (Miguel, 1989) produjo una disminución drástica en el número de cooperativas, en su capital y en la cantidad de asociados. El mayor impacto negativo que tuvo el cooperativismo se produjo con la crisis que afectó la economía nacional en 1982, año en que fueron disueltas 363 organizaciones, lo que contribuyó a minimizar el cooperativismo y a marginarlo de la acción de los organismos técnicos y promocionales del Estado y del sistema financiero”. (Pérez, 1998: s.p.).

las cooperativas hacia las nuevas juntas de vecinos y comunidades de agua que se crearon en estos años. La emergencia de estas nuevas organizaciones trae consigo un cambio en relación con que éstas poseen funciones más sectorizadas que las de las cooperativas, por lo que la agencia en los Huertos se fragmentó y se dejaron de lado algunas de las acciones que antes ponían en marcha las cooperativas.

Es así como la cooperativa de Huertos José Maza también sufre en estos años una disminución de su agencia. La labor de la cooperativa en esta década se centró en la venta de insumos y en la prestación de servicios agrícolas, pero con escasa participación por parte de los cooperados (Catalán, Fernández y Olea, 2013). Asimismo, en estos años se transforma en una Sociedad Anónima, con la finalidad de resguardar el capital que poseían a causa de los derechos de agua que habían sido consagrados en la Constitución de 1980.

Si bien esta organización, desde sus inicios, nunca funcionó como una cooperativa agrícola propiamente tal, en Dictadura su escasa labor y la falta de participación de sus socios hizo que entrara en una fase de aletargamiento, *“Es cierto que la Cooperativa, acorde con los signos y acontecimientos políticos del país, no fue inmune a estos avatares y hubo una época de simple administración, con evidente detrimento de su patrimonio y de su labor social y comunitaria”* (Germán Arias, Revista Caudal N° 3, 2010: 20).

El quiebre de la comunidad y el retroceso de “lo común”, junto con el reemplazo de parcelas por industrias y empresas, inició una profunda transformación del lugar. Si bien en las décadas anteriores se produjeron una serie de hitos que encaminaron a un distanciamiento respecto del proyecto original de los Huertos, siendo el más relevante el retiro de la Ley 6.815 por parte de la cooperativa, tras el Golpe se produce un contexto no sólo desfavorable, sino que contrario al proyecto de los Huertos, a lo que se sumó una pérdida en las capacidades agenciales propias del lugar a causa del quiebre relacional de la comunidad.

En términos contextuales, podemos decir que uno de los hitos más relevantes para la transformación de los Huertos estuvo en la falta de reconocimiento en la política urbana y la conversión hacia una zona de extensión urbana. A esto se le sumó el nuevo enfoque de gestión urbana y cambios en la dinámica económico-productiva, lo que se tradujo en una transformación del periurbano hacia uno difuso y extendido (De Mattos, 2004), multifuncional y con multiplicidad de usos de suelo (Greene y Soler, 2004). Este cambio de visión conducida desde el Estado sobre cómo producir la periferia de Santiago trajo consigo la oportunidad de cambio en el destino de la propiedad de los Huertos.

En este contexto muchos huerteros deciden vender y migrar a otras comunas de la ciudad, comenzando un proceso de transformación espacial con la instalación de industrias y talleres, el cual ha sido constante hasta el día de hoy. Este proceso se da

además debido a que las industrias requieren de amplios espacios y proximidad con redes de comunicación, buscando una localización estratégica que los Huertos poseía debido a encontrarse próximos a Av. Santa Rosa, la cual comunica directamente al centro de Santiago.

Además, el contexto de economía de libre mercado orientada hacia la agricultura de grandes extensiones repercutió en el retroceso del proyecto agropecuario en los Huertos, dificultándose su producción y comercialización, siendo esto otro elemento más que impactó en la continuidad del proyecto. Esto se sustentó en la imposibilidad de competir con los grandes empresarios agrícolas, orientados a la agricultura de exportación, a lo que se sumó la pérdida de apoyo por parte de instituciones como INDAP o CORFO. Tal como relata Juan (2016) *“Hasta cuando comenzó la apertura del país, empezaron a bajar los precios, subieron los insumos y todos los chicos desaparecimos y quedaron los grandes”*.

Sin embargo, la transformación de los Huertos no sólo obedeció a un retroceso del proyecto de lugar frente a la instalación de un nuevo contexto. En la década del sesenta se instaló una condición que emergió desde los cooperados por tener mayor libertad en la toma de decisiones respecto de la venta de las parcelas. Esto se sustentó en el retiro de la Ley 6.815 por parte de la Cooperativa, lo que implicó que ya no se requiriera de la autorización por parte de ésta para la compra o venta o para realizar transformaciones en el interior de las parcelas, modificándose la estructura de normas internas bajo las cuales se regía la comunidad, pasando de una toma de decisiones de carácter centralizado en la cooperativa, la cual buscaba anteponer el bien común y la continuidad del proyecto por sobre el derecho individual, a una individualización en la toma de decisiones respecto del destino de cada una de las parcelas. Este cambio generó que en la década del setenta y ochenta cada propietario negociara de forma directa la venta de su parcela, perdiéndose además el control sobre los usos y actividades que se instalaban en cada una de estas, *“(…) cada uno es dueño de su fundo digamos, son todos latifundistas”* (Hombre, 75 años, 2017). Esto, junto con la liberalización de los usos de suelo por parte de la normativa urbana, generó que se instalaran progresivamente industrias y empresas molestas y contaminantes en un contexto de parcelas habitacionales.

De esta forma, se produjeron una serie de condiciones que significaron que fuera muy difícil poder conciliar los deseos de una parte de la colectividad que buscaba mantener el proyecto de lugar con otros que buscaban un beneficio individual a raíz de la venta de sus propiedades. Lo que primó fue que cada dueño de parcela decidiera de acuerdo con sus deseos y necesidades propias, lo que generó que algunos optaran por quedarse y mantener sus huertos, mientras que otros decidieron vender. Esto produjo un proceso de fragmentación espacial que fue progresivo a medida que avanzaban los años, comenzando un proceso de constitución de los Huertos como un verdadero mosaico de actividades.

La pérdida de proyección colectiva sobre el proyecto de lugar, entre otros motivos, hizo que las nuevas generaciones también migraran,

“(...) la gente se fue, se empezó a ir por diferentes motivos, porque se fueron a trabajar, se fueron a Santiago, por la cercanía, porque nosotros estamos a veinte kilómetros de Santiago, digamos, estamos cerca, pero cerca lejos, ahora hay mucho más acceso, pero hace unos quince años atrás no era tanto el acceso si no estaba el acceso sur, las autopistas casi no existían creo, entonces el viaje ida y vuelta era como una hora de ida y una hora de vuelta entonces eso como que empezó a... los más jóvenes se empezaron a ir.” (Hombre, 75 años, 2016).

Si bien en la década del ochenta las empresas que llegaron a instalarse eran de menor escala, a medida que avanzaban los años comenzaron a producirse problemas debido a la llegada de industrias molestas, lo que generó incompatibilidad entre las actividades de éstas y los huertos. Es así como a fines de la década algunos vecinos comienzan nuevamente a reunirse con la finalidad de denunciar los problemas ambientales que generaban las industrias y debido a rumores de que nuevamente se produciría un cambio en la normativa de uso del suelo. Es así como nace en Huertos José Maza la organización ecológica Karumapu, la cual estuvo integrada por huerteros con la finalidad de denunciar a la municipalidad principalmente por problemas de malos olores y ruido. En Villa Las Rosas también se formó a fines de la década del ochenta una organización ecológica, Consejo Ecológico de Las Rosas, el cual duró pocos años para transformarse en CECLAP (Consejo Ecológico Comunal La Pintana), también a causa de los problemas que se generaron con la instalación de industrias contaminantes y depósitos de camiones y buses, principalmente.

Es así como, en síntesis, se puede decir que al debilitamiento de las relaciones entre las organizaciones de Huertos José Maza y la institucionalidad del Estado Central y local se suma en estos años una fragmentación de las relaciones de amistad y vecindad de la comunidad, fundamentalmente a causa de la polarización política, lo que generó divisiones y conflictos entre los huerteros. Este quiebre de la comunidad trajo consigo la pérdida de la agencia y del proyecto de lugar, comenzando un proceso de transformación que se evidenció en la llegada de industrias y empresas y en la partida de muchos vecinos hacia otros sectores de la capital, el cual estuvo sustentado en un contexto favorable hacia la reconversión de los Huertos.

PARTE III.

Estado, Mercado y Comunidad.

1990-2021

Introducción

A partir de la década del ochenta los Huertos comienzan a experimentar un proceso de transformación, el cual se agudizó en la década del noventa y que permanece en el presente. En este proceso se observa el paso de una eutopía a un territorio cada vez más funcional, evidenciándose el cambio en la sustitución física de viviendas y sus huertos por la instalación de empresas e industrias, algunas de ellas molestas y contaminantes, pero también en una transformación de la significación del lugar basado en un sentimiento colectivo sobre la posibilidad del fin de los Huertos como proyecto utópico. Este proceso de transformación ha traído consigo una degradación ambiental del lugar, produciéndose entre muchos huerteros una experiencia del habitar ligada a formas de sufrimiento ambiental.

La transformación de los Huertos puede entenderse, por una parte, a partir de la vinculación entre territorio y las grandes estructuras político-económicas moldeadas fundamentalmente a partir del Estado y de clases hegemónicas dominantes y por una búsqueda por reconstruir estas relaciones de poder a partir de resistencias desde el microterritorio (Haesbaert, 2013). En el presente capítulo nos centraremos en la vinculación entre macro-estructura y la transformación de los Huertos, focalizándonos en la Parte IV en las prácticas agenciales desde el lugar. Sin embargo, esta división es sólo para facilitar una lectura analítica, debido a que estructura y agencia se co-constituyen de forma dinámica. De esta forma, el presente apartado busca establecer los vínculos entre la instalación del modelo de ciudad neoliberal y sus lógicas de producción del espacio en Santiago y el proceso de transformación material y de disolución del proyecto de lugar.

La instalación del modelo de ciudad neoliberal refuerza y profundiza, por una parte, la lógica de la producción del espacio urbano como una mercancía. Por otra, el modelo político-administrativo ha generado bajo este modelo una nueva forma de gestión urbana en la cual se invisibiliza a los territorios locales y sus comunidades, dejándolas fuera de la toma de decisiones (Salazar, 2019). Esto viene acompañado, además, de un debilitamiento de la ciudadanía como colectivo y un cambio en los valores sociales, privilegiándose la libertad individual por sobre los valores colectivos (Harvey, 1996; Barcellona, 1992). Estas lógicas se sustentan, entonces, en un reordenamiento de las relaciones de poder, perpetuándose en democracia un duopolio Estado-Mercado sustentado en una estructura de gobernanza la cual se caracteriza por un Estado debilitado, el cual además ha establecido barreras para la participación social en la toma de decisiones respecto del futuro de los lugares, dejando especialmente fuera a la sociedad civil organizada desde la escala local, negándose sus derechos de acceso al dificultarse su inclusión.

A partir de esta relación de fuerzas, profundamente desigual, se han institucionalizado mecanismos de capital o estatales (Dirlik, 1999) que han llevado a la comodificación de Huertos José Maza, concibiéndose este lugar por parte de la institucionalidad pública y por inversionistas como un espacio disponible para su reconversión. Esta reconversión ha estado amparada en prácticas de poder (Haesbaert, 2013) sustentadas en mecanismos institucionales de cambio de uso de suelo por cambios en las normativas de los instrumentos de planificación a escala metropolitana, los cuales han permitido la actividad industrial no molesta. Estas prácticas de poder también han sido llevadas a cabo como estrategias de control por parte de inversionistas privados, las cuales posibilitan una transgresión sistemática de las normas, sin mayores consecuencias en términos legales. Debido a esto, en Huertos José Maza el Estado es percibido como un Estado ausente, que no solo los excluye de los procesos de planificación, sino que invisibiliza su territorio y sus problemáticas, privilegiándose una visión de desarrollo ligada a un crecimiento económico a expensas de la pérdida del lugar.

Esta visión de desarrollo ha estado fuertemente relacionada con una fuerte desigualdad a escala metropolitana, evidenciada en la falta de recursos municipales en La Pintana para hacer frente a una gran cantidad de necesidades debido a su conformación, conducida desde el Estado Central, a partir de una importante cantidad de población vulnerable. La transferencia de responsabilidades desde el Estado Central a los gobiernos locales sin una adecuada transferencia de recursos ha traído consigo una necesidad de entrada de recursos económicos, los cuales se obtienen a partir de pagos de contribuciones. Esto ha influido en el rol que ha adoptado el municipio de La Pintana respecto de posibilitar la transformación y las relaciones que han establecido con los habitantes de los Huertos, siendo la conversión de suelo de rural a urbano y la instalación de industrias una entrada económica en cuanto a pago de contribuciones y patentes.

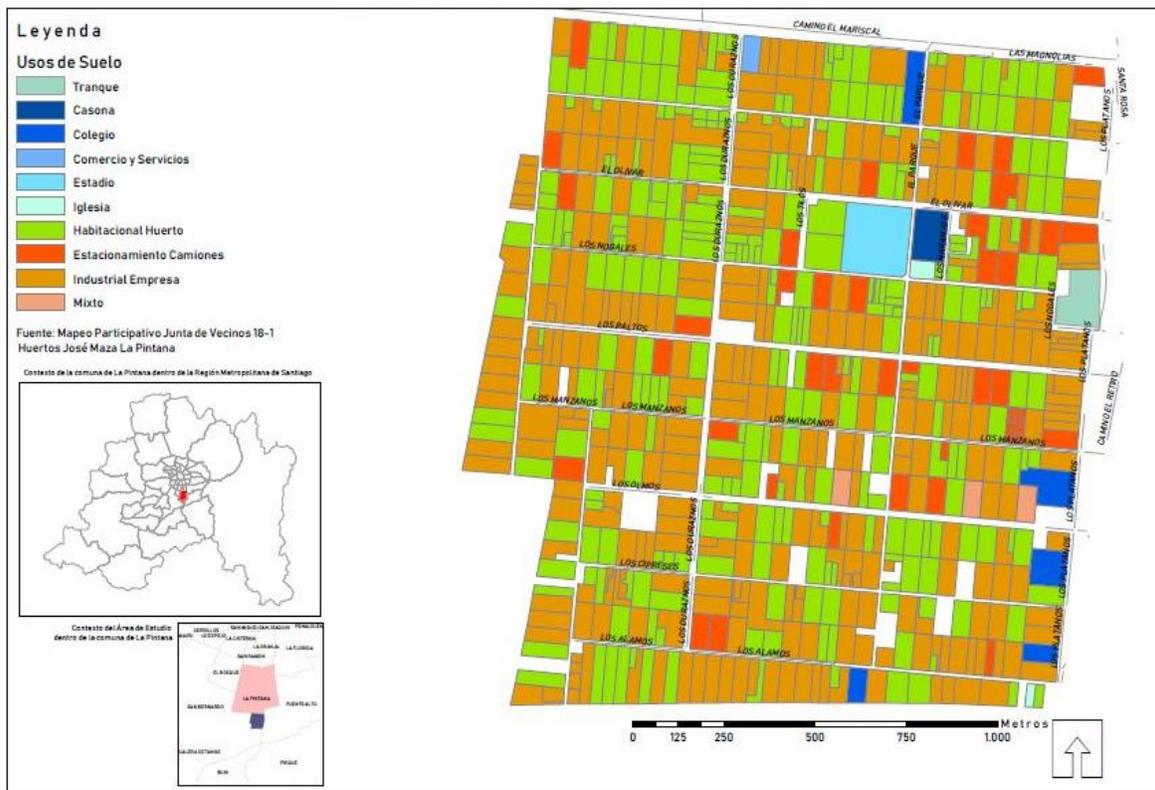
El rol de la comunidad local en este proceso ha transitado desde la pasividad como colectivo a la emergencia de agenciamientos para la resistencia de la transformación y para la emergencia de un proyecto actualizado, como se verá en la Parte IV. Si bien esta pasividad puede comprenderse a partir de que esta transformación posee raíces en un cambio que se produjo en la forma de relacionarnos como sociedad a nivel global y nacional, en donde la individualización ha traído consigo una disolución de los lugares, también puede comprenderse a partir de dinámicas desde el lugar, en una comprensión de relación entre estructura y agencia, pero también de vinculación entre escalas.

1. El capitalismo nos fragmentó

“El capitalismo nos fragmentó”, dice una dirigente de los Huertos.

Esta frase nos habla de un doble proceso. Por una parte, nos habla de la fragmentación de los Huertos, en su condición de lugar en términos de su espacio físico quebrado y desvinculado entre sí, como una agregación de parcelas que hoy albergan diversos usos, perdiéndose la unidad y coherencia de antaño.

Usos de suelo Huertos José Maza, 2018



Fuente: Elaboración propia sobre la base de Mapeo Participativo Junta de Vecinos 18-1 Huertos José Maza.

Nos habla también de una fragmentación de su condición relacional, de pérdida de los vínculos comunitarios, siendo por lo tanto no sólo una fragmentación del espacio físico, sino que también de sus relaciones. Esto porque se refiere a que “nos fragmentó”, eludiendo a un lugar que no está allí fuera de forma separada, sino que son ellos. Por último, atribuye esta fragmentación al capitalismo, y, podríamos agregar, a la forma en la cual se produce el espacio bajo este modelo.

También nos habla de cómo este capitalismo ha traído una pérdida de lazos sociales no sólo comunitarios, sino que territoriales en sus distintas escalas, debido a una pérdida de visión respecto de considerarse a ellos y al territorio como parte de una red más amplia, con procesos que se interconectan entre sí. Tal como dice una dirigente, “(...) tenemos que entender que somos una gran red”, pero para ella el capitalismo necesariamente debe fragmentarnos e individualizarnos para poder llevar a cabo su proyecto.

Este proyecto se puso en marcha a partir de un cambio de modelo económico y político que introdujo la Dictadura Cívico-Militar con la instalación del neoliberalismo en Chile, trayendo consigo una nueva forma de construir la ciudad, la cual se basa en concebir al espacio como una mercancía a partir de la cual es posible obtener ganancias y acumulación de capital. Esta forma de producir el espacio está basada en los principios que constituyen al modelo neoliberal, el cual busca ante todo la defensa del derecho a la libertad individual y el derecho a la propiedad privada (Harvey, 2007). La primacía de estos derechos vino de la mano con el fortalecimiento progresivo de los mercados y de los agentes privados como los principales productores del espacio (Harvey, 2007), debilitándose el rol que había tenido hasta entonces el Estado y el poder que había logrado la ciudadanía en las décadas anteriores al Golpe de Estado.

1.1.La reconversión bajo una lógica de comodificación del espacio

“Lo que existe en la ciudad no existe de forma aislada” (Merrifield, 2002: 22). Esta sencilla premisa, sobre el carácter relativo del espacio en relación con su localización, nos lleva a comprender cómo, en el momento en el cual Huertos José Maza comienza a integrarse a la ciudad, es el momento en el cual comienza su transformación. A partir de los años ochenta los Huertos comienzan a formar parte de esa ciudad que se encontraba “cerca lejos”, como dice uno de sus habitantes, a la cual antes viajaban a diario, pero que debido al explosivo crecimiento de la comuna de la cual ahora formaban parte, La Pintana, fueron alcanzados por la mancha urbana. Es así como dejan de ser una comunidad rural para pasar a formar parte de una comuna altamente densificada y poblada. La ciudad los absorbe y comienzan a existir en la ciudad y para la ciudad. Y junto con ello son integrados por sus lógicas de producción del espacio urbano.

La forma en la cual los Huertos pasan a formar parte de la ciudad, a partir del crecimiento explosivo de la comuna de La Pintana frente a la llegada de familias de bajos ingresos, da cuenta de cómo este lugar comienza a albergar, paulatinamente en los ochenta y de forma más acelerada en los noventa, actividades industriales crecientemente perjudiciales para las condiciones de vida de los habitantes y para

el medio ambiente. La importancia de su localización en el proceso de transformación, en el sentido topográfico, nos lleva a relevar la importancia del lugar y cómo la forma en la cual se produce necesariamente guarda relación con su entorno inmediato (Dirlik, 1999).

También nos habla de la importancia de considerar a los Huertos como parte de un contexto no sólo local, La Pintana, sino que también dentro de una serie de procesos escalares de carácter metropolitano, nacional y global, internalizando el lugar procesos más generales (Merrifield, 2002) de una nueva forma de producir la ciudad, la cual se instala con la Dictadura Cívico-Militar. En este sentido, una de las claves para comprender la transformación de los Huertos bajo una lógica de comodificación del espacio se centra en comprenderlos como parte de y en relación con la comuna de La Pintana en tanto territorio planificado desde el Estado Central.

La decisión en la década del ochenta de concentrar a familias en condición de pobreza en un territorio periférico, creando de esta forma la comuna de La Pintana, trajo consigo que hasta el día de hoy como comuna pobre ha generado una importante necesidad de atraer capitales, aún mayor respecto a otras comunas de la región. La presencia de una gran cantidad de personas en condición de vulnerabilidad y el déficit de servicios e infraestructura aún insuficientes para cubrir adecuadamente necesidades y condiciones de habitabilidad aceptables ha traído consigo la búsqueda de estrategias para la atracción de recursos a las arcas municipales.

Esta problemática se agudiza con los “ajustes estructurales”, la cual se da como una serie de procesos de devolución de poderes desde el Estado Central hacia el sector privado (Salazar, 2019) y una transferencia de responsabilidades desde el Estado Central hacia los gobiernos locales. Este es un proceso que se ha dado a nivel mundial de políticas urbanas contemporáneas insertas en una era de “devolución gubernamental” (Martin, 2004) en el cual *“(…) las funciones nacionales y regionales son trasladadas cada vez más hacia la supervisión del gobierno local”* (Martin, 2004: 592). Este contexto de reformas económicas relacionadas con una contracción del Estado, limitan fuertemente la capacidad de gestión de los gobiernos locales y llevado a una profundización en la desigualdad socioeconómica (Janoschka, 2002).

Sin embargo, este proceso de devolución gubernamental se dio posteriormente a un proceso de asentamiento poblacional conducido desde el Estado Central, a través de la SEREMI MINVU, con la planificación en los años ochenta de la comuna de La Pintana como receptora de familias en situación de vulnerabilidad, tal como se vio en el capítulo anterior. Es así como, *“(…) las problemáticas que hoy se identifican en materia de ordenamiento territorial, responden a las distintas políticas que surgen desde el gobierno central, de la mano de los instrumentos regulares, decretos y modificaciones implementados. En este sentido, la regulación ha*

incidido en la fragmentación y desigualdad del territorio, a causa de un crecimiento fragmentado, que incide directamente en las condiciones de habitabilidad de la comuna en la actualidad. (PLADECO 2020-2023). Esta problemática se inserta en una tendencia más amplia, a nivel global, en la cual los gobiernos locales se encuentran anidados en reglas y recursos distribuidos por el gobierno central (Amin y Thrift, 2002).

A los problemas heredados por una planificación desde el Estado Central que decidió concentrar a familias vulnerables en La Pintana se suma la reestructuración del Estado, lo que se ha traducido en materia local en una modificación del marco normativo en relación a las atribuciones para los municipios, lo cual ha traído consigo una restricción de “(...) *dimensión política de lo local, limitándolo a ser un espacio intermedio de articulación de demandas en torno a equipamiento y servicios urbanos*” (CEUT UCM / Corporación SUR, 2020: pág). En La Pintana esta reestructuración se torna crítica, debido a que no cuenta con suficientes recursos propios ni tampoco se produce una adecuada transferencia de recursos desde el nivel central, siendo insuficiente el aporte del Estado mediante la redistribución de recursos municipales a través del Fondo Común Municipal. Es así como esta devolución gubernamental, para una comuna como La Pintana, se vuelve crítica, siendo las necesidades muy altas y los recursos muy escasos.

La agudización de la pobreza en La Pintana y la necesidad de recursos puede comprenderse, entonces, a partir de la formación y el rápido crecimiento de la comuna debido a decisiones tomadas desde el Estado Central, generando un bolsón de pobreza, para luego transferirle responsabilidades al gobierno comunal sin el apoyo necesario para poder superar estas problemáticas. Esta situación se ve reflejada en una publicación de la Revista Hoy, en 1990, situación que persiste hasta la actualidad:

“Entre tanto nadie preguntó a la municipalidad de La Pintana si quería recibir esta invasión. Recursos no tiene porque el 96 por ciento de las propiedades agrícolas y urbanas no pagan contribuciones, sus moradores en un 55 por ciento no cancelan dividendos habitacionales y un número importante adeuda la luz” (Cecilia Binimelis, Revista Hoy N° 636; en Klapp, 1990).

Frente a estos procesos de “devolución gubernamental”, los gobiernos e instituciones locales a escala global orientan sus políticas hacia la competitividad económica de sus localidades, con la finalidad de atraer y retener inversiones (Martin, McCann y Purcell, 2003; Merrifield, 2002). Este creciente giro de las políticas locales hacia una orientación neoliberal se debe a que el capital es móvil, pudiendo cambiar su inversión de un lugar a otro. Y para fijar el capital en el espacio las localidades deben presentar una buena imagen y ventajas espaciales respecto de otras localidades (Merrifield, 2002).

En un contexto de una creciente necesidad de recursos municipales y una imagen de comuna con un alto estigma ligado a la pobreza, una de las principales ventajas para atraer inversores potenciales en La Pintana es ofrecer suelo “disponible”, gracias a la existencia de grandes paños agrícolas. Una forma de lograr un flujo de dinero al municipio es a través del cambio de uso de suelo de agrícola a urbano, debido a que las contribuciones de bienes raíces no agrícolas son mayores que las agrícolas, siendo ésta la principal fuente de ingresos para los municipios (representando un 38% del total de ingresos municipales propios) (Trivelli, 2017). Las actividades productivas también aportan con el pago de patentes, lo que representa otra entrada de recursos al municipio. Frente a esto, el rol que ha adoptado la institucionalidad pública ha sido la de considerar a los Huertos como un espacio disponible para su reconversión. En La Pintana el 80% de las patentes municipales corresponden a patentes industriales, siendo este tipo de patentes las que generan mayor cantidad de ingresos al Municipio (PLADECO La Pintana 2020-2023).

Esta situación, de ver en la instalación de industrias una de las pocas soluciones para un mayor flujo de recursos a las arcas municipales, ha sido una visión que se ha perpetuado en el tiempo en las autoridades locales. Tal como relata Wolrad Klapp, un antiguo dirigente, la interpelación a la transformación de los Huertos comenzó a fines de los años ochenta, transparentándose en una reunión entre organizaciones y el alcalde los motivos que llevaron al municipio a autorizar la instalación de las industrias, a pesar de tener conocimiento de su carácter contaminante: “(...) dirigentes acuden al despacho del nuevo alcalde de la comuna para conocer de la autoridad la instalación de industrias polutivas en el área. Dice el alcalde Luis Ulloa que la Municipalidad carece de fondos para su financiamiento. Por ello se ha visto en la necesidad de autorizar el funcionamiento de algunas pequeñas industrias”. (Klapp, 1990: 17).

Con ello, los Huertos se fueron transformando, primero lentamente en la década del ochenta y luego de forma más acelerada en los noventa y dosmil, en una suerte de zona de sacrificio, a partir de la cual el municipio obtiene recursos que luego invierte en sectores de mayor necesidad. Los Huertos, en este contexto, se han visto casi sin inversiones públicas desde hace décadas.

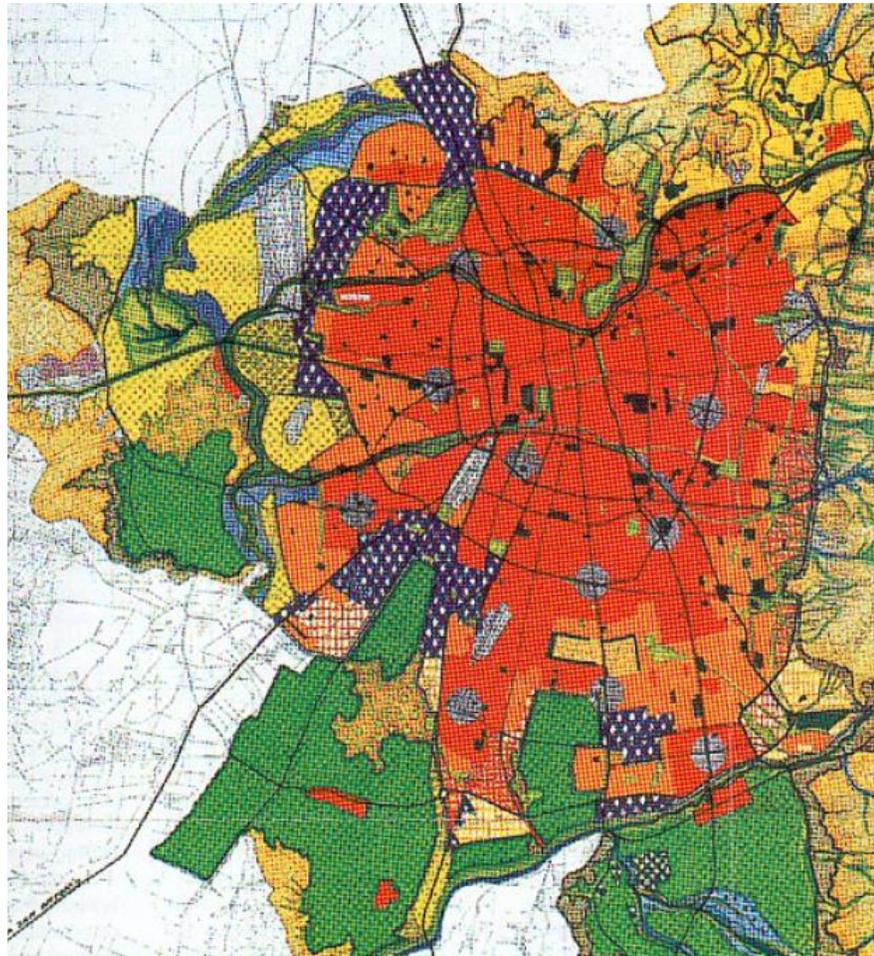
Esta situación es significada por parte de los habitantes de los Huertos como el de un abandono institucional amparado en la importancia de las industrias para el municipio debido a sus aportes en el pago de patentes por sobre las parcelas que se mantienen habitacionales y con actividad agropecuaria. “(...) resulta que la patente de esas personas es importante para la municipalidad, no se va a ir en contra de los industriales” (Mujer, 60 años, 2015). También se percibe este abandono por debido a que los huerteros no serían considerados como importantes en cuanto a que no poseen un peso como votantes. “Los Huertos siempre han sido un problema

para el municipio porque tienen pocos habitantes, que también tienen necesidades, pero como son pocos habitantes tienen pocos votos, entonces nunca ha sido prioridad para el municipio dar soluciones a los huerteros. Siempre están las poblaciones San Rafael, San Ricardo, Pablo de Rokha... en fin, un montón de poblaciones porque ahí están los votos, pero acá no hay votos". (Hombre, 62 años, 2016).

A la problemática de la falta de recursos municipales y de concebir a los Huertos como un espacio a partir del cual se pueden obtener recursos gracias a la instalación de industrias, se suma una visión desde la escala metropolitana materializada en una agenda vinculada a un paradigma de crecimiento económico amparado en una lógica de mercado, en el cual se ha propiciado la expansión de la ciudad junto con el desarrollo inmobiliario como motor económico. Esta agenda se materializa en el Plan Regulador Metropolitano de Santiago, frente a la ausencia de una Política Nacional de Desarrollo Urbano, siendo este Plan el cual, mediante la regulación de los usos del suelo, ha orientado la evolución de la ciudad. Desde la escala local, el rol del municipio ha sido el de adoptar la agenda metropolitana e implementarla en la comuna. La Pintana, desde su fundación, nunca ha contado con un Plan Regulador Comunal, por lo que su planificación comunal se rige por el Plan Regulador Metropolitano de Santiago (PRMS).

Si bien con el retorno de la democracia vuelven las ideas de una planificación territorial más racionalista, teniendo el PRMS del año 1994 el objetivo de contener la expansión de la ciudad y normar de forma más estricta los usos del suelo de la metrópolis, más cercana al espíritu del PRIS de 1960 (Vicuña del Río, 2013), Villa Las Rosas y Huertos José Maza son transformados en Zonas Habitacionales Mixtas, lo que significaba que podrían albergar viviendas, pero también equipamiento y actividades productivas de carácter industrial calificadas como inofensivas, quedando de esta forma anexados a la ciudad. Las densidades aumentaron respecto de la modificación del PRMS de 1989 de 81 Hab/Há y máx. de 196 Hab/Há para Villa Las Rosas a 150 Hab/Há y máx. de 600 Hab/Há, y para Huertos José Maza de 20 Hab/Há y máx. de 49 Hab/Há a 150 Hab/Há y máx. de 600 Hab/Há, es decir, zonas con la posibilidad de ejecutar proyectos habitacionales de alta densidad. Mapuhue, por su parte, fue reconocida por su "gran aptitud agrícola" (PRMS 1994: 35), estableciéndose como Área de Interés Silvoagropecuario Exclusivo, lo que significaba que se permitía una baja intensidad de ocupación del suelo. Esta situación, sin embargo, fue revertida en el PRMS 100, recalificándose Mapuhue como Zona Habitacional Mixta.

Este cambio de uso de suelo, si bien reconocía una tendencia que venía produciéndose desde los años ochenta respecto de la instalación de industrias en los Huertos, profundizó y aceleró este proceso al legitimarlo mediante normas en las décadas siguientes.

Los Huertos en el PRMS 1994

Fuente: Pávez y Parrochia, 2006.

La ratificación del uso del suelo en el PRMS de 1994 para Villa Las Rosas y Huertos José Maza como Zona Habitacional Mixta, de la mano con la tendencia que se venía produciendo desde los años ochenta con la llegada de empresas e industrias, significó plasmar en la política urbana una visión de legitimidad de la transformación de los Huertos respecto de su proyecto original. Si bien con el Decreto Ley N° 420 de 1979 ya se había establecido para los Huertos una libertad en relación con las actividades que allí podrían desarrollarse, esto había ocurrido en Dictadura. Es así como el fin del reconocimiento del proyecto de lugar de los Huertos en democracia aceleraría su proceso de transformación. La sensación fue de un abandono total por parte del Estado y de vulnerabilidad respecto de un cambio inminente: “(...) *la ciudad nos dijo “no los queremos, chao, váyanse”*” (Mujer, 62 años, 2017). Por su parte, el Plan Regulador Comunal, que se encuentra

en proceso de diseño desde hace más de una década, reafirma lo estipulado en el PRMS de 1994, calificando a Huertos José Maza como Zona Mixta Habitacional-Productivo. Además, a pesar de que el PRMS establece que la actividad industrial debe ser inofensiva, la calificación como Zona Habitacional Mixta se percibe como una puerta de entrada a actividades molestas. *“(...) el problema es que, como zona mixta, entre comillas, empiezan a entrar muchas más empresas”*. (Mujer, 68 años, 2014). En este sentido, se percibe al PRMS de 1994 como uno de los principales culpables de la transformación del lugar. *“(...) el Plan Regulador a nosotros nos ha afectado mucho”* (Mujer, 68 años, 2014), ocasionando *“(...) mucho daño, esa es la realidad”* (Mujer, 50 años, 2014).

A la problemática de un instrumento planificado desde la escala metropolitana se suma la falta de instrumentos en la escala local que permitan orientar el desarrollo de los microterritorios. En el PRMS los Huertos son tratados como una zona de extensión urbana, desconociendo con ello las particularidades de este espacio. El impacto que tuvo este instrumento como el principal instrumento de política en la orientación del ordenamiento del territorio es reconocido por parte de las autoridades locales:

“A partir de lo planteado por el PRMS (1994) el ordenamiento de La Pintana se orienta bajo el cumplimiento de las políticas del nivel ministerial (central), lo que genera ciertos conflictos con las necesidades y perspectiva de desarrollo urbano a escala comunal, toda vez que sociedad civil, los actores locales y la municipalidad, proyecta un desarrollo urbano más equilibrado, integrado y con mayor dotación de servicios y equipamiento, favoreciendo además mejores condiciones de habitabilidad y densidades, que permitan desarrollar proyectos habitacionales con “sentido de barrio”. (PLADECO 2020-2023).

Por otra parte, la bonanza económica que se produjo a nivel país en la década del noventa trajo consigo la expansión de la actividad productiva y su demanda por mayor espacio para su localización. El bajo precio del suelo en la comuna de La Pintana, en comparación con otras comunas de la región, las ventajas de localización próximas a ejes viales como Santa Rosa y al Acceso Sur (a partir del año 2011) y la parcelación de los Huertos en extensiones de 5.000 m² en Huertos José Maza y Villa Las Rosas y en 10.000 m² en Mapuhue se convirtieron en condiciones favorables para la atracción de empresas e industrias, aumentando la demanda y presión.

Con todo esto, en la década del noventa comenzaron a llegar una cantidad cada vez mayor de industrias, cambiando su carácter de pequeños y medianos talleres en los años ochenta a industrias químicas, metalúrgicas, estacionamientos de buses y camiones, entre otros a fines de esa década. Algunas de éstas se encuentran dentro de una cadena productiva del retail, como mueblerías. Otras prestan servicios que en otros sectores de la ciudad serían impensables de localizar, como fábricas de

plásticos o de productos químicos. Si bien muchas de estas empresas no se encuentran legalizadas¹², al inscribir patentes con rubros distintos de las actividades que realizan finalmente, siguen operando e instalándose en la comuna y en los Huertos, por lo que el Municipio se ve beneficiado en sus ingresos municipales.

1.2. El Estado, el gobierno, el país, te está presionando a vender tu propiedad

De la mano de una agenda institucional que posibilita la conversión de los Huertos, mediante instrumentos de planificación que permiten la instalación de industrias, y de agentes privados que ven en este espacio un espacio atractivo para la instalación de actividades productivas de carácter industrial, se produce la transformación de los Huertos gracias a la individualización en la toma de decisiones gracias a una estructura de propiedad privada de carácter individual. Si bien el régimen de propiedad ha sido en los Huertos siempre de carácter privado, es decir, los derechos de propiedad pertenecen a propietarios individuales, existía cierto control por parte de la cooperativa en las decisiones de venta y de actividades que se desarrollaban en las parcelas, lo cual se perdió en la década del sesenta. A este cambio en la gestión de la propiedad se sumó la instalación del modelo neoliberal en la década del ochenta, agudizándose con ello la individualización en la toma de decisiones. Estos cambios generaron una mayor posibilidad de libre transacción de las parcelas por parte de sus propietarios, produciéndose, de esta forma, un mercado potencial de parcelas.

En este sentido, el lugar, al constituirse a partir de una “(...) *agregación de derechos de propiedad privada*” (Castro-Coma y Martí-Costa, 2016: s.p.), deja en manos de cada propietario el destino de su parcela, cayendo en una serie de decisiones individuales que, al sumarse, dan como resultado un espacio crecientemente fragmentado. La atomización en la toma de decisiones sobre el destino de cada propiedad y la falta de recursos lleva a una agencia individual en lo económico.

La importancia de comprender la transformación del lugar a partir de la estructura de propiedad nos lleva a visualizar una doble paradoja. Por un lado, la dificultad para la sostenibilidad de un proyecto como este en el tiempo, de una eutopía comunitaria sin un mecanismo de control colectivo. Se produce de esta forma una paradoja, al estar el control del lugar en manos de una comunidad que, si bien es propietaria del suelo, lo es de forma individual. En este sentido, la transformación del lugar, como dimensión colectiva, cae en manos de individuos. Por otra, se produce una paradoja de una transformación basada en transacciones económicas

¹² A nivel comunal: “Se identifican 98 empresas en zona industrial entre ellas empresas de reciclaje (neumáticos, cartones, plásticos y botellas), metalurgia, químicos, pinturas y fábricas de muebles. De este total sólo 12 empresas se encuentran formalizadas”. (PLADECO La Pintana 2020-2023).

realizadas bajo una apariencia de libertad. Se genera, de esta forma, una “Ilusión de elección”.

Si bien la migración y la venta o arriendo de parcelas ha sido una situación deseada por parte de algunos habitantes, considerando que gracias a ello han mejorado sus condiciones de vida, muchos de ellos se han visto presionados a vender y migrar por necesidades económicas y por un deterioro en su calidad de vida frente a la proliferación de actividades molestas. En este sentido, la transformación Huertos José Maza se ha dado en un contexto en el cual la vulneración de derechos de participación en la producción del espacio habitado ha sido la norma desde la instalación de la Dictadura cívico-militar hasta el presente. Frente a la pérdida del lugar, la decisión de vender y migrar se constituye más como una “ilusión de elección”, en palabras de Cresswell (2013), que una decisión “en libertad”. Esta ilusión de elección se sustenta en que muchos de los habitantes de los Huertos venden debido al efecto bola de nieve que se produce frente a la llegada de industrias, debido a que el deterioro de las condiciones de vida y del medio ambiente es creciente y, por lo tanto, se produce una suerte de expulsión mediada por una transacción económica, la venta de la parcela. De esta forma, bajo el paradigma de la propiedad privada y de la libre elección se ve la transformación de los Huertos como una operación legal que obedece a las reglas de la oferta y la demanda, amparada en la regulación del suelo y en el derecho de propiedad, pero que, en el fondo, se sustenta sobre la base de la vulneración de una serie de derechos, los cuales, al no respetarse, llevan a que algunos migren.

La paradoja estaría, entonces, en que la venta de un bien como una parcela, y la llegada de una industria, afecta a terceras personas que no tienen poder de decisión sobre esta transacción, excluyéndolas del proceso, pero pudiendo ser parte al encontrarse, primero, afectada y luego, “beneficiada” por la venta. Esto lleva a cuestionarse sobre no sólo la libertad de la elección sino sobre quién tiene realmente el poder en la transacción.

Dirlik (1999) plantea que la “globalización de lo local” requiere de un sentido de historia, debido a que *“(…) lo que hoy parece como una especie de intercambio, en el que participan ambas partes, puede resultar menos que un intercambio porque es un intercambio desigual”* (Dirlik, 1999: 177). Es por ello relevante observar este proceso a partir del contexto en el cual se da y, especialmente, en relación con una trayectoria del lugar y de trayectorias de vida, encontrándose en este caso ambos íntimamente entrelazados. Tal como plantea Creswell (2013), al contrastar las trayectorias individuales con los proyectos institucionales dominantes podemos dar cuenta sobre las asimetrías de poder en el devenir del lugar.

En el caso de los Huertos, el intercambio de que se da es desigual, gracias a una asimetría de poder que es manifiesta a pesar de la legitimidad de un intercambio legal entre partes. La relación entre quien compra una parcela para instalar una

empresa o industria y quien se la vende o arrienda es, entonces, compleja. Si bien se encuentra mediada por una racionalidad económica basada en el intercambio de flujos monetarios, lo que la convierte en un negocio, se da dentro de otros procesos, como es el creciente deterioro de las condiciones de vida y del medio ambiente del lugar.

Es así como, junto con la disminución de la calidad de vida, a raíz de la incompatibilidad entre el funcionamiento de industrias contaminantes e infraestructuras tales como estacionamientos de camiones y el carácter habitacional y agrícola de las parcelas, algunos deciden vender al ver un importante aumento en el precio de éstas, debido a que al pasar de ser suelo agrícola a urbano el valor de la propiedad se multiplica. Esta alza en el precio les permitió a algunos emigrar a otras comunas de la ciudad buscando una mejor calidad de vida. *“La presión es cuanto te están ofreciendo por parcela, entonces una persona o una familia modesta que le ofrecen sobre doscientos millones... la necesitan pero volando... así que les entregaron las parcelas”* (Hombre, 57 años, 2016). Hoy en día el precio de venta de las parcelas en Huertos José Maza fluctúa entre los 300 y 400 millones de pesos (Fuente: Portal Inmobiliario, julio 2019). En Villa Las Rosas y en Mapuhue los precios también se han multiplicado. (En Mapuhue) *“(...) empezaron a aparecer los corpúsculos como les digo yo, que son los industriales que empezaron a comprar, porque estas parcelas costaban hace cuatro años atrás, dos años atrás digamos, antes del PMRS100, ciento veinte millones, las podías vender bien así como en ciento cuarenta porque era agrícola, resulta que ahora subieron al triple porque tú puedes venderlas a tres sesenta, entonces los industriales compraron en esa etapa, o compran ahora, que aun todavía es barato para él, y puso su corpúsculo de galpón, y ahí estamos trabajando, han aparecido de hace dos años atrás más de dieciséis galpones”* (Mujer, 62 años, 2015).

El alto precio de las parcelas constriñe la capacidad de mantener su carácter de vivienda unifamiliar con huerto, por lo que la mayoría de las veces las parcelas son adquiridas con la finalidad de instalar una industria, *“(...) ya no hay nadie que compre aquí para venir a hacer siembra, el que llega aquí llega para poner una empresa, que es lo mismo que paso en la Villa La Pintana, uy pero si está lleno de camiones, pero si en la cuadra no existe ninguna otra cosa que no sean fábricas, porque se empezaron a instalar las empresas y los huerteros le vendieron a empresarios porque otra opción no tenían para sacarle más plata”* (Mujer, 62 años, 2015).

De esta forma, se da un proceso de transformación el cual se encuentra impulsado por un paulatino aumento del valor de las parcelas en los sectores de Villa Las Rosas y Huertos José Maza y el empeoramiento de las condiciones de vida en las villas. Frente a esto muchos deciden vender. Es así como a mediados de los años noventa se produce un importante aumento en la llegada de industrias a los Huertos, el cual

estaría además asociado a una presión por vender al ver que, frente a la llegada de empresas al sector, las condiciones de vida en los Huertos empeoraban. Algunos hablan de que en esta década se produce una verdadera “invasión” *“(…) como les pasó a muchas familias que han sido invadidas, no han podido evitar la presión que ha implicado... han tenido que luchar, y finalmente han claudicado, han tenido que vender por la presión, porque han tenido mejores oportunidades, además de las dificultades que tenían para ejercer sus actividades”* (Hombre, 59 años, 2016).

A la presión por vender debido a la disminución de su calidad de vida se suma la dificultad económica de mantener las parcelas, más aún de mantenerlas productivas. Esta falta de recursos económicos es considerada como un fuerte impedimento difícil de superar por parte de los huerteros que desean continuar con su modo de vida ligado a la agricultura, especialmente por parte de aquellos que pertenecen a la tercera edad y viven de sus jubilaciones, debido al alto costo, el cual aumenta con el pasar de los años, y los escasos apoyos que existen para la preservación de sus prácticas.

Por una parte, debido al cambio de uso de suelo de agrícola a urbano aumentaron las cuotas de las contribuciones, pudiendo pagar una parcela en Huertos José Maza \$83.000 pesos mensuales. *“Impuestos internos es uno de los que nos están echando... subiendo las contribuciones, y de una forma espantosa, porque yo soy uno de los afectados imagínate, nos cobraron tres años retroactivos, y nos subieron las contribuciones a \$387.000 pesos cada cuota y tuvo que pagar una multa de once millones, entonces la gente que no tiene, qué hace, tiene que vender e irse, tan sencillo como eso”* (Hombre, 62 años, 2016). *“Va a llegar el momento en que se me va a juntar mucho de contribuciones y con el peligro de que si no vendo me voy a remate y voy a sacar menos de la mitad de lo que podría sacar vendiendo. Entonces uno se asegura mejor y vende. Que es lo que les pasó a varios vecinos, que venía el remate encima y tuvieron que vender para poder pagar lo de las contribuciones y quedarse con la plata”* (Mujer, 47 años, 2014).

Al alza de las contribuciones se suma el encarecimiento de la mano de obra agrícola y la dificultad para encontrar personas que realicen labores de mantención de las parcelas y huertos. Este es un oficio que ha ido desapareciendo en el tiempo, al menos en la ciudad. Si bien antes *“(…) siempre había gente que trabajaba en los huertos”* (Hombre, 67 años, 2016), existiendo *“un maestro por parcela”*, hoy en día *“(…) no encuentras una persona que te vaya a arar algo en parcela”* (Mujer, 65 años, 2016), porque es *“escaso y caro”* (Mujer, 60 años, 2016). *“(…) un trabajador cobra entre diez mil hasta quince mil pesos diarios, entonces no recompensa lo que uno saca del huerto a cinco, diez mil pesos, quince mil pesos diarios es mucha plata”* (Hombre, 60 años, 2016). Olfa pasó de tener 3 trabajadores (cultivo de flores y cerdos) a no encontrar hoy mano de obra. Confiesa que le cuesta encontrar trabajadores que la ayuden con la siembra y la cosecha, debido a que dice que la

mano de obra está muy cara, y a su avanzada edad ya no puede trabajar la tierra. Piensa, por lo tanto, que pronto tendrá que vender. Dora, por su parte, tiene un trabajador, pero dice que cobra “un disparate” por día.

Otro problema es el costo, acceso y calidad del agua para riego. Si bien el agua de riego no se paga, debido a que está asociada a un derecho de agua que poseen los propietarios de cada parcela, el acceso a ésta es cada vez más difícil. El acceso al agua de riego es una de las principales preocupaciones por parte de quienes mantienen sus huertos con cultivos y parcelas con vegetación. *“El origen de esta comunidad son los huertos, y para tener huertos necesitamos agua”*. (Mujer, 45 años, 2017). Para enfrentar la escasez de agua de riego de canales, muchas veces los huerteros tienen que regar con agua potable para no perder su producción, o bien dejar de cultivar sus campos debido al alto costo que esto significa. *“(…) tú puedes hacer unos huertos en 100 metros, pero corres el riesgo de que si no llegó el agua de riego tienes que abrir el agua potable no más”*. (Mujer, 43 años, 2015). *“Cuando no hay agua de regadío es muy costoso regar con agua potable: yo puse por goteo, puse con mangas, pero yo tenía ciento cincuenta mil pesos de agua que pagar... INDAP te dice “oye, pero pone por goteo”... ya, voy a poner por goteo, ahí va a ser, voy a poner por goteo, ¡ciento cincuenta mil pesos de agua!”*. (Mujer, 62 años, 2015).

Los bajos ingresos familiares, el alto costo de la mano de obra y la dificultad para obtener agua de riego se traducen en una barrera difícil de superar. *“De todas maneras hay dificultades para ser huertero en este momento, yo vivo en una parcela de cinco mil metros y de hecho no vendo frutas, podría vender poca cantidad, podría vender algunas hortalizas, podría vender, pero no tengo buena producción, no tengo gente que trabaje, la gente que trabaja es muy cara, un obrero agrícola para trabajar un día vale quince mil pesos el día, y para limpiar solamente, para sacar el pasto que se yo, limpiar los árboles hay que pagar, hay que pagar por el agua, hay que pagar el empleado, la fruta también está muy contaminada...”* (Mujer, 45 años, 2017).

La paradoja de la libertad de elección puede verse también en cómo algunos agentes que se han posicionado y actuado en la defensa del lugar han terminado vendiendo o arrendando parte de sus parcelas, migrando algunos y abandonando su rol de defensa activa, pero otros manteniendo un doble rol, de líder comunitario y de arrendatario. Este cambio de rol en un mismo actor, pudiendo ser agente político en la defensa del lugar y agente económico que forma parte de su proceso de transformación da cuenta no solo de la complejidad del fenómeno, sino de cómo la necesidad de utilizar su parcela como inversión o como bien de intercambio con el fin de obtener una ganancia económica muchas veces se opone con el deseo de permanencia del proyecto de lugar. Es así como la decisión de vender no es fácil, y muchas veces está cargada de dolor. Muchas de éstas están fundamentadas en la necesidad de vender y no en un deseo por dejar la parcela y la vida en los Huertos.

Frente a las dificultades para poder producir los huertos y como forma de tener un ingreso económico, muchas parcelas han sido subdivididas para arrendar una segunda vivienda o bien para la instalación de alguna industria u otro tipo de infraestructura. “(...) otros quieren ingresos no más, entonces arriendan un pedazo, hacen un galpón, le arriendan a alguien para una estructura para metalúrgica o bodega, lo que quieran. Si la persona hace de su espacio, de su terreno, lo que él quiere”. (Mujer, 43 años, 2017).

En este sentido, se produce un desequilibrio en la forma en la cual se están produciendo los Huertos; si bien se produce una transacción económica en “total libertad”, lo cierto es que muchos de quienes venden o arriendan lo hacen porque no les queda mayor alternativa, presionados por una necesidad económica o por la disminución en su calidad de vida debido a las molestias generadas por el funcionamiento de industrias próximas a sus viviendas. Un ejemplo de ello es la transformación de la Parcela de Luis Riveros, quien fuera uno de los pioneros del proyecto de lugar en Villa Las Rosas. Se formó en técnicas agrícolas en la Universidad de Chile y gracias a ello fue un agente clave en la gestión del proyecto agrícola en Villa Las Rosas. Asimismo, fue un importante dirigente, formando distintas organizaciones, entre ellas la Asociación Gremial de Huerteros de La Pintana. Sin embargo, debido a su avanzada edad y a que su parcela se encontraba rodeada de industrias molestas vendió, convirtiéndose su parcela, la cual “*era un ejemplo, llena de árboles frutales*” (Hombre, 62 años, 2017) en una planta de revisión técnica.

2. El Estado no ve el territorio... (y el territorio no ve al Estado)

“(...) yo creo que no lo ven, a nuestro territorio, ven sólo el desarrollo industrial, o el desarrollo quizás más adelante inmobiliario que pueda tener. Pero no tienen una visión, no tienen realmente una percepción de lo que es este territorio y de lo que puede llegar a ser” (Mujer, 30 años, 2020).

Entre los habitantes de Huertos José Maza y de las otras villas que integran los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana se da un sentimiento colectivo de encontrarse al margen, de no ser vistos ni reconocidos por el Estado y por sus instituciones en las distintas escalas. Esto en dos sentidos, por una parte, la invisibilización de ellos como territorio, lo cual queda plasmado en las narrativas y representaciones de los Huertos desde la institucionalidad pública, y, por otra, en la exclusión de ellos como comunidad en la participación y acceso a la toma de decisiones en el diseño de políticas que moldean el futuro del territorio.

La invisibilización de los Huertos en los instrumentos de desarrollo y planificación urbana y la exclusión de la comunidad en la política urbana, iría de la mano con el proceso de comodificación de los Huertos, para lo cual se debe generar desde una dimensión simbólica la imagen de un territorio vacío y desde una dimensión política la regulación de un espacio disponible para su conversión, además del silenciamiento de su comunidad para imponer una agenda urbana “desde arriba hacia abajo”. Esta estrategia es llevada a cabo en las distintas escalas, desde la metropolitana a la local, presentándose una coherencia en la visión entre las instituciones localizadas en la escala metropolitana y las situadas en la escala local de los Huertos como un territorio que debe ser rentabilizado.

La invisibilización del territorio y la exclusión de la comunidad nos habla, finalmente, de un mecanismo político-institucional que busca sostener una estructura relacional en donde la comunidad queda completamente fuera de las relaciones de poder. Para Salazar (2019), las identidades locales son estorbos para el capital mercantil financiero, el cual debe fluir libremente sin reconocer fronteras, transformándose una comunidad en barreras u obstáculos que deben ser traspasados.

Este mecanismo se sostiene, además, en una pérdida del poder Estatal y en una descentralización del poder político, produciéndose una dispersión administrativa del Estado, la cual asegura la *“(...) coherencia neoliberal del sistema político consigo mismo”* (Salazar, 2019: 239). Para los habitantes de los Huertos la responsabilidad institucional respecto de la transformación del lugar y sus consecuencias negativas sobre la calidad de vida y el territorio es poco clara,

interpelándose a distintas instituciones, las cuales en casi treinta años no han dado respuestas.

En este sentido, al ser la ciudad neoliberal un modelo avalado tanto por gobiernos de derecha, centro y centro izquierda (en sus distintas escalas territoriales), se ha podido notar cómo, a pesar de los cambios que se han producido en la alternancia de administraciones públicas desde la década del noventa hasta hoy, este mecanismo se ha mantenido casi inalterable. Pareciera ser que, tal como plantean Amin y Thrift (2002), “(...) *no hay forma de salir de las gubernamentalidades modernas: podría parecer que están cerrando gradualmente todos los intentos de escape, produciendo ciudades que proporcionan espacio libre solo de nombre*” (Amin y Thrift, 2002: 128).

2.1. Un espacio vacante para la ciudad: representaciones y narrativas desde el Estado

“Olvidar no es solamente la no-Memoria, es sobre todo la no-Verdad” (Claudio Magris; en Borja, 2013: 156).

La trayectoria de la agenda urbana desde los años noventa hasta hoy da cuenta de una sistemática imposición de proyectos institucionales. Estos proyectos se sustentan en una forma de construir un argumento respecto de los Huertos por parte de redes político-institucionales como el de un espacio disponible para albergar nuevos usos, el cual busca expresarse en representaciones (fundamentalmente mapas) y narrativas presentes en los instrumentos de política urbana, los cuales tienen por objetivo normar y orientar el devenir de este espacio, mediante su significación, valorización y estructuración.

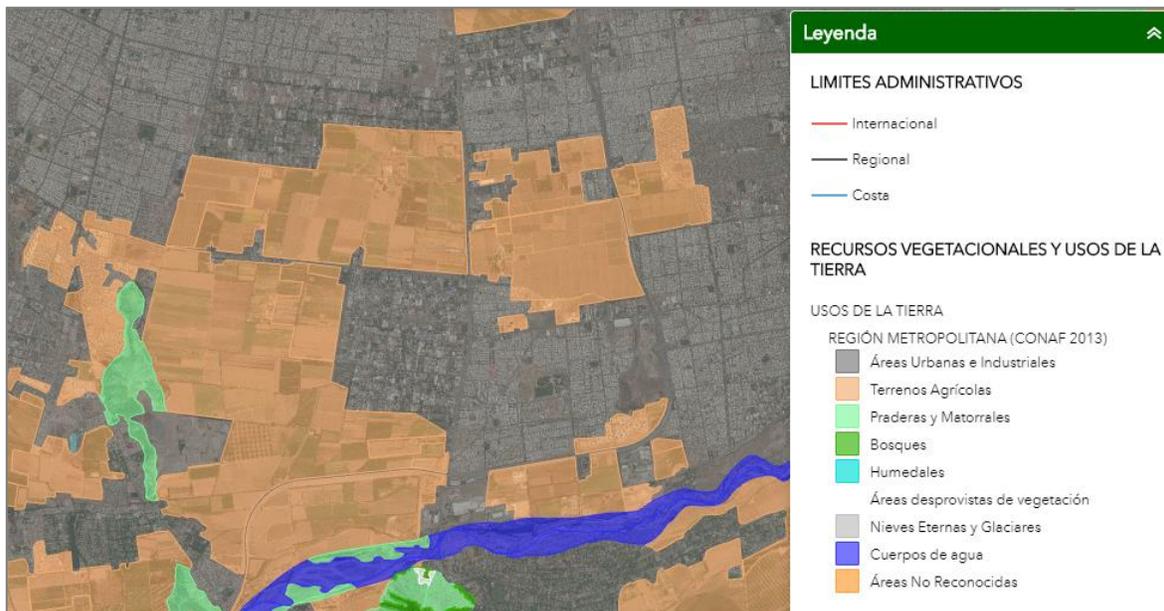
Si bien se considera que las representaciones y las narrativas no poseen un poder en sí mismo para estructurar el mundo, sino como un proceso de mediación simbólica en la producción del espacio, nos aproximamos a ellas para comprender las visiones que posee las institucionalidades públicas situadas en distintas escalas respecto de los Huertos y, como veremos más adelante, cómo estas visiones se relacionan con prácticas institucionales y con formas de relacionarse con la comunidad.

La representación de los Huertos, y cómo se los nombra y clasifica en los distintos instrumentos territoriales, van en directa relación a un objetivo sobre cómo se desea que se constituya ese territorio, jugando la representación un rol respecto de la visión desde la institucionalidad sobre el lugar. En este sentido, la representación no es una representación “transparente”, sino que es un ejercicio de poder.

Esto resulta evidente cuando se observan los mapas y catastros territoriales elaborados por el Ministerio de Agricultura e instituciones dependientes en una escala metropolitana. En ellos, se invisibilizan prácticas agropecuarias que, si bien

se encuentran en retroceso en los Huertos, aún persisten, así como también sus “recursos” ambientales, como es la capacidad de uso de suelo y la presencia de vegetación. Esto debido a que se representa al espacio en el cual se localizan los Huertos como una zona sin producción agrícola, como una zona desprovista de vegetación y como zona urbana e industrial. De la mano de esta representación los Huertos quedan fuera de toda estadística agropecuaria, estando su territorio fuera de las zonas que son censadas por los censos agropecuarios, y fuera de los catastros frutícolas, a pesar de que existe una categoría de predios de menos de 5 Ha.

Mapa de recursos vegetacionales y usos de la tierra en la Región Metropolitana de Santiago



Fuente: <https://simef.minagri.gob.cl/>, (consultado noviembre 2020).

Estos mapas catastrales dan cuenta de una “falta de presencia”, de una omisión de algo que existe pero que sin embargo se oculta. Si bien *“El sentido común nos dice que el territorio es el dato original y presente, mientras que el mapa sería una representación más o menos fiel de aquel, es decir, algo secundario y derivado en relación al territorio”* (Lladó, 2013: 242), en un supuesto de “metafísica de la presencia” (Lladó, 2013), se torna evidente que este orden se debe subvertir y comprender que el mapa, y las representaciones, están lejos de ser neutrales, en cuanto a un deseo de plasmar una realidad, sino que forman parte de un ejercicio de poder: *“La representación no era principalmente “sobre” alguna realidad, sino un elemento importante en la producción de lo que llegaría a ser pensado como realidad”* (Creswell, 2013: 187).

En este sentido, quizás más que de representación se podría hablar de “estrategias representacionales”, otorgándole una intención a la representación, la cual es moldeada para la producción del espacio, desde la escala metropolitana y local al microterritorio o al lugar. Es así como el catastro traducido en mapa se trataría más de un ejercicio de relevar aquellos aspectos del territorio que pueden servir para su rentabilización: *“El localizar cosas (tanto física como metafóricamente) es fundamental para las actividades de valoración, así como también de identificación”* (Harvey, 1996: 265).

En este sentido, las representaciones nos dan cuenta del reconocimiento político del territorio por parte de la institucionalidad pública. En los Huertos, la falta de reconocimiento opera en una doble dimensión. Por una parte, una operativa, en el sentido de no ser considerados como parte de procesos de desarrollo en una política de ciudad y regional. En este sentido, su falta de consideración nos habla de un abandono o, más aún, de corrientes contrarias a su preservación. Por otra, el reconocimiento posee una dimensión simbólica, la cual se traduce en que la invisibilización de los Huertos es percibido desde una noción de que la ciudad ya no los considera importantes, tal como decía una dirigente.

La clasificación de los Huertos como una zona invisibilizada, sin prácticas agropecuarias y sin vegetación, a pesar de su existencia, nos habla, entonces, de una voluntad de decretar a este territorio por aquello que debería ser o en lo que la institucionalidad pública desea que se convierta y no necesariamente por aquello que es. Al clasificarse como zona urbana, se instala una “imaginación geográfica” en la cual la agricultura y la vegetación se relacionan al mundo rural y lo urbano a la no presencia de ello, sin considerar a la agricultura urbana de pequeñas extensiones como una realidad metropolitana y como una alternativa de desarrollo. Esto debido a que la agricultura urbana no es catastrada como uno de los usos de suelo ni tampoco aparece como una de las prácticas que se desarrollan y que podrían ser reconocidas en la ciudad por parte del Gobierno Regional en la Estrategia de Desarrollo Regional de la Región Metropolitana. Se puede notar, de esta forma, que las representaciones moldeadas por parte de la institucionalidad pública poseen una clara connotación “desarrollista” del territorio, desde una perspectiva de optimización económica del espacio.

De la mano de la representación del territorio viene el cómo se le nombra, como se le reconoce. El nombrar, al igual que el representar, también es una estrategia de poder carente de neutralidad, sino que, por el contrario, posee una clara voluntad de dirigir lo que se desea que exista: *“(…) el poder de nombrar como un poder sobre otros, así como también sobre cosas”* (Harvey, 1996: 265). A través del nombre se le asigna significado al lugar (Creswell, 2015), pudiendo el nombrar *“(…) atraer atención a los lugares y localizarlos en narrativas culturales más amplias”*

(Creswell, 2015: 140). Podríamos decir que, por el contrario, el no nombramiento puede ser interpretado como una voluntad de borramiento del lugar.

Desde la escala metropolitana, los distintos instrumentos de política territorial suelen poseer una aproximación desde la escala comunal, quedando los microterritorios invisibilizados. Es así como los Huertos tampoco “aparecen” en ninguna política urbana o territorial elaborada por instituciones desde el ámbito metropolitano: no son mencionados ni en la Estrategia de Desarrollo Regional ni en el Plan Regulador Metropolitano de Santiago.

Entre sus habitantes no existe consenso respecto de su visibilidad frente a la institucionalidad pública instalada en la escala nacional o metropolitana. Por una parte, se plantea que éste es un proyecto desconocido, pudiendo ésta ser una de las razones bajo las cuales la política pública actúa sobre este territorio como si fuera una tabula rasa. *“(...) si tú vas al Ministerio de Vivienda no tienen idea de lo que es un huerto cooperado, ósea que son todos colegas míos, todos estudiaron arquitectura, y no saben que uno de los mejores proyectos socio-urbanos de Santiago se pierde”* (Hombre, 63 años, 2016). Sin embargo, la noción de que más que desconocimiento existe una voluntad de invisibilización. *“En una oportunidad yo recuerdo haber oído de la gente que le dijeron que Osvaldo Andrade había dicho “dónde, si no existen parcelas en La Pintana”, y a mí me hubiese gustado estar ahí en ese momento para haberle refregado en la cara cuantas veces vino a la parcela donde yo vivo a pegar en la pera ahí con los otros diputados... como el Montes, y unos tantos, como ciento y veinte que venían de todos los partidos... cuando mi patrón era político, entonces es tonto decir una cosa así”* (Mujer, 57 años, 2016). Esta invisibilización estaría amparada en una política de reconversión, es apoyada por una dirigente que se involucró activamente como agente en el proceso de elaboración del PRMS 100 (en el cual se cambió el uso de suelo de Mapuhue, incorporándolo como zona urbana), planteando que la transformación de los Huertos *“(...) es producto de la desprolija política pública que nos ha llevado a todo esto, y no es porque no sepan quienes somos, no es porque no nos conozcan, toda la gente de la Concertación sabe dónde están los Huertos de La Pintana, todos, desde la intendencia para abajo, lo que pasa es que no les interesamos”* (Mujer, 62 años, 2015).

Desde el municipio de La Pintana, siendo la institucionalidad más cercana a los Huertos, la forma en la cual se les ha nombrado y se les nombra ha presentado ciertas ambigüedades.

Por una parte, durante la administración de Jaime Pávez (1992-2016), y en coherencia con las políticas urbanas diseñadas desde la escala metropolitana, los Huertos también fueron invisibilizados. Más aún, se buscó representar a los Huertos como un espacio no sólo disponible, sino que idóneo para su reconversión. En la propuesta de Plan Regulador Comunal de 2008 (el cual no fue aprobado) se

habla de Huertos José Maza y de Villa Las Rosas como un espacio en proceso de deterioro, el cual está cambiando su uso residencial agrícola hacia “otros usos”, para posteriormente decir que estos usos corresponden a actividades regulares y reguladas. Si bien el Plan Regulador Comunal se encuentra condicionado por lo establecido en el Plan Regulador Metropolitano, planteándose en esta propuesta a los Huertos como una zona Mixta Habitacional-Productiva en concordancia con lo regulado por el PRMS, el Plan de Desarrollo Comunal, al ser la agenda de desarrollo de la comuna, nos permite comprender de mejor forma cómo el municipio concibe el futuro de los territorios comunales.

En primer lugar, los Huertos aparecen mencionados en el PLADECO de 2012-2016 como “Huertos Obreros y Familiares”, con la finalidad de dar cuenta de la historia del poblamiento de La Pintana (*“Los Huertos Obreros y Familiares: Un primer ensayo de ingeniería social en el territorio”*). Para Salazar (2019), el acto de reconocimiento de la comunidad como un *“pasivo monumento arqueológico de sí misma”* (Salazar, 2019: 251), da cuenta de reconocer a la comunidad, pero desde un rol pasivo, desde una memoria nostálgica del pasado y no como un sujeto de poder presente. Esto se hace evidente cuando, más adelante en el mismo documento, se plantea que los Huertos Obreros y Familiares fue *“una experiencia finalmente fallida”* (PLADECO La Pintana 2012-2016: 47). Esta calificación nos hace pensar que *“La negación de valor es tan importante como su producción”* (Harvey, 1996: 222). Huertos José Maza, por su parte, no es mencionado ni una vez en el documento.

El hablar de los Huertos como una experiencia fallida, como un territorio en proceso de deterioro y el “no nombrar” a los Huertos como una realidad del presente puede leerse como una estrategia concordante con la política de reconversión de los Huertos en condominios impulsada por esa administración. En el mismo PLADECO de 2012-2016 se habla reiteradamente de este territorio como un espacio disponible para la construcción de condominios, con la justificación de que mediante éstos la comuna pueda desarrollar una mayor “integración social”, al estar estos futuros condominios orientados a familias de mayores recursos que los actuales habitantes de La Pintana. Esta visión de integración sería posible de lograr mediante la atracción de inversiones para la instalación de clases medias en La Pintana, gracias a subsidios orientados a este segmento de la población.

Como resultado de esta política se construyeron en Villa Las Rosas y Mapuhue condominios de edificios, que, si bien evocan en sus nombres al territorio en el cual se localizan, “Condominio Huertos de La Pintana” en Mapuhue y “Condominio Las Rosas” en Villa Las Rosas, no guardan relación con el lugar.

Imagen publicitaria de Condominio Huertos de La Pintana, en Mapuhue

Condominio **HUERTOS DE LA PINTANA**

NINHUE desarrollo inmobiliario

PAGA UN DIVIDENDO MENOR A UN ARRIENDO

PRECIO DESDE 1.390 UF

PROYECTO NUEVO Y EXCLUSIVO PARA LA PINTANA

MEJOR LUGAR DONDE VIVIR. TRANQUILIDAD Y CONECTIVIDAD

SUBSIDIO AUTOMÁTICO DESDE 525 UF

GESTIONAMOS TU CRÉDITO HIPOTECARIO

EJECUTIVA: BERNARDITA VERGARA
BVERGARA@NINHUE.CL
+569 8745 1272

SALA DE INFORMACIONES
AV. SANTA ROSA N°12.500 LOCAL 27 (ESQUINA CABRIELA)
WWW.NINHUE.CL

TIPOLOGÍAS

D1 D2 D3-R D5

Fuente: <http://www.ininhue.cl/#pintana>

Imagen publicitaria de Condominio Las Rosas, en Villa Las Rosas

Las ROSAS CONDOMINIO

4 MODELOS

Las ROSAS A 62m²

Las ROSAS B 58m²

Las ROSAS C 54m²

Las ROSAS D 47m²

Las ROSAS CONDOMINIO

MASTERPLAN

AV. SANTA ROSA

LOCALES COMERCIALES

RECEPCIÓN Y CONSERJERÍA

AV. SANTA ROSA

ACCESO VEHICULAR

Fuente: <https://www.lasrosas.cl/>

El cambio de administración municipal en el año 2016, de Jaime Pávez a Claudia Pizarro, les dio a los huerteros la esperanza de un reconocimiento por parte de ella, esto debido a su cercanía a los Huertos y sus organizaciones en su época de concejala de la comuna. Si bien se ha producido un acercamiento y un mayor reconocimiento respecto de la administración anterior, la forma en la cual se representan a los Huertos aún deja entrever la voluntad de que este espacio pueda ser reconvertido.

En el nuevo PLADECO 2020-2023 se nombra en reiteradas ocasiones a Huertos José Maza, Mapuhue y Villa Las Rosas como “Las Parcelas o Ex Huertos Familiares”, en lugar de hablar de los Huertos Obreros y Familiares. Si bien existe una identificación por parte de los habitantes de los Huertos con “Las Parcelas” como el sector que aglutina a los Huertos y a otras parcelas que mantienen sus actividades agropecuarias en la comuna y que los diferencia de “las poblaciones”, autodenominándose en ocasiones como “parceleros”, el nombrarlos como “Ex Huertos Familiares”, resulta violento, ya que no solo los invisibiliza mediante su renombramiento, sino que habla de una desaparición que aún no se produce: *“Ex: que fue y ha dejado de serlo”* (RAE, 2020).

Esto también nos lleva a pensar que la forma en la cual se nombran a los Huertos en el PLADECO 2020-2023 va de la mano con una visión de desarrollo que articula el municipio sobre este espacio.

Por una parte, se plantea reiteradamente que las grandes extensiones de terrenos agrícolas en la comuna, entre ellos las tres villas que conforman los Huertos Obreros y Familiares, representan barreras para el crecimiento de la ciudad debido a que no permiten una adecuada conectividad y accesibilidad, fragmentando el territorio comunal. También son vistos como un espacio disponible para el desarrollo inmobiliario, como oportunidades para un desarrollo urbano planificado: *“Sumado a este gran predio disponible, el Campus Antumapu de la Universidad de Chile, el denominado Ex – Fundo San Antonio y el sector Huertos de la Masa, constituyen las principales “reservas” de terreno con las que cuenta la comuna de La Pintana para el desarrollo de una comuna más integrada y equitativa desde el punto de vista del ordenamiento territorial y el desarrollo urbano”*. Pero luego agregan *“Sobre todo, desde el punto de vista ambiental y de dotación de áreas agrícolas”*. A diferencia de la administración anterior, se concibe entonces este espacio como un espacio disponible, pero que sin embargo debe ser desarrollado de *“manera armónica”* (PLADECO 2020-2023) con una visión de *“desarrollo urbano integrado”* (PLADECO 2020-2023).

El principal reconocimiento que se hace de los Huertos es desde su valor cultural agropecuario, esto al apoyar el municipio la *“recuperación de la tradición de los huertos familiares”* con la finalidad de que exista una *“apropiación de cultura viva”* asociado a su valor cultural agropecuario, mediante el apoyo a las labores de la Cooperativa. También se identifica a la Casona Aníbal Pinto como uno de los

Inmuebles de Conservación Histórica a ser contemplados en la futura elaboración de un instrumento de regulación comunal, formando además esta casona parte una ruta patrimonial y turística comunal. (PLADECO 2020-2023). Sin embargo, en ambos casos este apoyo no se traduce en un apoyo tácito por la preservación de los Huertos como un lugar.

La sensación que queda, luego de analizar la forma en la cual se representa y nombra a los Huertos en las distintas administraciones es de un suavizamiento del discurso respecto de cómo se deben desarrollar los Huertos, pero que sin embargo el fondo no cambia. Son espacios decretados como disponibles desde el nivel metropolitano, quedando zanjada su norma de uso de suelo, lo cual trajo consigo que para la administración de Pávez los Huertos fueran completamente invisibilizados con la finalidad de promover su desarrollo inmobiliario, pero que, en la administración de Pizarro, si bien son parcialmente reconocidos, siguen siendo espacios disponibles que deben ser producidos “armónicamente”. Esto nos lleva a pensar que, a pesar de los cambios en los ciclos políticos, prima una visión en los Huertos de que “(...) *el cemento es más importante que la tierra*”, tal como plantea una dirigente.

2.2. Más allá de la representación: la exclusión de la comunidad como práctica estructural gubernamental

“Es el 29 de abril de 1985 cuando dirigentes de la Junta de Vecinos de villa La Pintana y un representante del Comité de Defensa se entrevistan con los principales funcionarios de la secretaría ministerial del Ministerio de la Vivienda. Entonces, a propósito de la radicación de un campamento en lo que se llamaría villa Chiloé, la consulta a Gustavo Radrigán, jefe del departamento de planes y programas:

¿Por qué el afán de construir poblaciones en las proximidades de la comunidad agrícola?

Responde el señor Radrigán que la zona del antiguo fundo La Pintana se encuentra inserta (señala un mapa) en el plan general del Ministerio denominado “Área de Expansión Urbana”, pero dentro de él prevalecerán, respetaremos, los terrenos de finalidad agrícola.

La reunión planteada para tratar específicamente la radicación de pobladores en Chiloé, concluye:

Responde el señor secretario ministerial de la Región Metropolitana, pueden estar tranquilos; tenemos planes para construir allí una población como lo contempla el subsidio habitacional, para gente modesta pero buena: así que váyanse tranquilos”.

La tranquilidad solicitada por el funcionario, aunque en otra dirección, murió joven porque el sábado 10 de marzo reciente, un funcionario de Impuestos Internos y otro municipal llegaron con la mala nueva: no más sector agrícola. En los huertos pueden construirse casas, bodegas, instalarse industrias con tal que paguen sus obligaciones tributarias. De hecho algunos huertos, los menos, habían sido poblados por viviendas y algunas fábricas, algunas de ellas de sospechoso comienzo, amparo y producción” (Klapp, 1990: pág).

El relato de Wolrad Klapp, dirigente en los Huertos a finales de los años ochenta e inicio de los noventa, es sorprendentemente actual. Da cuenta de una forma de relación entre las organizaciones de los Huertos y la institucionalidad pública que se ha perpetuado durante más de tres décadas, la cual se caracteriza por ser de carácter jerárquico, en donde la comunidad ha quedado mayormente excluida de la toma de decisiones, siendo únicamente “informados” o consultados sobre los procesos de producción del espacio que habitan orquestados desde el Estado. Estos mecanismos han estado lejos de formas de gobernanza participativa y de deliberación pública que permitan una mayor democracia y de la consideración de la diversidad en la forma en la cual se moldea el espacio urbano.

A pesar de que se ha producido una tendencia a nivel mundial de una mayor búsqueda por una progresiva institucionalización de los arreglos participativos como mecanismo habitual en la gobernanza local (Casellas, 2007), se produce una paradoja al estar éstos enmarcados en un modelo neoliberal, el cual reproduce intrínsecamente relaciones de poder en donde el Mercado y el Estado son quienes conducen los procesos de producción del espacio. En el caso de los gobiernos locales, éstos actúan como agentes en la fijación espacial del capital, asegurando para ello condiciones en lugares particulares para que esta fijación espacial pueda perpetuarse la mayor cantidad de tiempo posible mediante el ofrecimiento de ventajas respecto del costo oportunidad de instalarse en ese espacio y no en otro para agentes privados (Cox, 1998), lo cual posibilitan mediante la determinación de normas de uso de suelo. Para garantizar que estas normas posibiliten la atracción de capital las comunidades quedan excluidas del proceso de toma de decisión, o bien participan, pero como individuos atomizados y sin un poder vinculante. Se da, de esta forma, una paradoja entre una creciente necesidad por una mayor democracia en la ciudad, pero en un marco de progreso capitalista, en la cual los lugares son borrados o mercantilizados, o, en palabras de David Noble, un “progreso sin las personas” (en Dirlik, 1999: 184).

En este sentido, se da una tensión entre la necesidad de incluir a la sociedad civil en los procesos de toma de decisión con la finalidad de minimizar los conflictos, pero sin tener que transferir un poder real. Es así como la estructura de gobernanza y la forma en la cual las organizaciones territoriales participan de la producción del

espacio debe necesariamente comprenderse desde el marco neoliberal en el cual se inserta.

Dentro de este marco neoliberal y como parte de los ajustes estructurales, la devolución de poderes también ha consistido en una devolución “hacia abajo”, en términos de participación ciudadana en el emprendimiento económico y en el desarrollo social (Salazar, 2019: 240), la cual ha estado amparada en un marco legal vecinal bajo la Ley 18.893 de juntas de vecinos y organizaciones comunitarias promulgada en Dictadura, en 1988, el cual ha traído consigo la fragmentación organizacional y una relación entre organizaciones territoriales y municipios mediada por instrumentos de política propios de un Estado subsidiario. En esta devolución hacia abajo Salazar (2019) distingue entre una devolución de poder hacia los ciudadanos y una devolución a la comunidad local.

En el primer caso, la participación se constituye más como una “invitación a colaborar”, ya sea en organismos públicos de carácter consultivo o bien mediante una figura de ciudadano “coadyuvante” en la ejecución de proyectos en el cual el ciudadano es beneficiario directo, basado casi exclusivamente en el otorgamiento de subsidios y fondos concursables para el desarrollo de los espacios vecinales, tales como pavimentaciones, actividades culturales, seguridad, mejoramiento de sedes comunitarias, entre otros (Salazar, 2019; CEUT UCM / Corporación SUR, 2020). Es, por lo tanto, una participación funcional que no se traduce en una devolución de poder, sino que en el “(...) *fortalecimiento cívico del poder administrativo del mismo Estado Neoliberal*” (Salazar, 2019: 251).

En el segundo caso, la participación de las comunidades se da en una serie de “*propuestas puntuales a problemas puntuales*” (Salazar, 2019: 245), como una suerte de pragmatismo particularizado, el cual se traduce muchas veces en la participación de políticas dispersas y no en políticas constituyentes de soberanía popular (Salazar, 2019), siendo este el caso de programas de intervención en la escala microlocal como el Programa de Mejoramiento de Barrios (CEUT UCM / Corporación SUR, 2020).

Esta forma de relación entre organizaciones territoriales y los municipios de carácter clientelista “(...) *asume que los problemas urbanos y sociales están en la escala de la población o villa, y no en su relación con las políticas a nivel nacional y las dinámicas de la gobernanza urbana*” (CEUT UCM / Corporación SUR, 2020: 3). Esta desvinculación del barrio respecto de procesos de producción del espacio de carácter escalar (nacional, metropolitano o incluso global), se puede comprender como una dinámica en la cual “*El Estado y las políticas públicas han aislado el vecindario y lo comunitario de todo cuanto realmente reproduce su condición y sus problemas*” (Letelier et al., 2019, pp. 233–234; en CEUT UCM / Corporación SUR, 2020). Podemos ver, de esta forma, que el Estado neoliberal no reconoce a la comunidad local como depositaria de soberanía popular ni como actor político

colectivo, sino que tan solo como una suma de individuos que habitan un territorio en común (Salazar, 2019).

Esta forma de relación entre comunidad y organizaciones territoriales y la institucionalidad pública guarda directa relación con la forma en la cual se representa a los Huertos desde la institucionalidad pública, estando vinculada su invisibilización o su escaso reconocimiento con una estructura de gobernanza y un acceso a mecanismos de participación por parte de la comunidad que busca precisamente que la comunidad se mantenga al margen de la toma de decisiones, pero que se sienta incluida con la finalidad de que no surjan conflictos por la forma en la cual se orquesta la producción del espacio.

La imposible disociación entre representaciones y narrativas del lugar desde la institucionalidad pública y las relaciones de poder que las crean para llevar a cabo sus imaginarios espaciales nos habla también de una sistemática imposición de proyectos que han sido articulados “de arriba hacia abajo” sin considerar a la comunidad u otras organizaciones territoriales. Han sido creadas, por lo tanto, por redes de poder que buscan, a través de éstas, imponer un proyecto, una visión de desarrollo y perpetuarlo para poder llevarlo a cabo. La marginación de la comunidad en la representación de su espacio habitado, siendo por lo tanto un espacio representado por otros, da cuenta de la negación de la posibilidad de autorrepresentación, lo que puede ser visto como una forma de represión y de negación de la pluralidad (Beck, 2015).

Esta imposición de proyectos, amparada en una clara falta de arreglos participativos en la gobernanza metropolitana y local, es evidente al observar la trayectoria de cómo se han diseñado los distintos instrumentos de planificación territorial que inciden sobre las normas de usos de suelo en los Huertos.

Tal como leíamos en el relato de Wolrad Klapp sobre el proceso de cambio de uso de suelo a finales de la década del noventa, el cual se cristalizó con la promulgación del PRMS de 1994, no existió un proceso de participación ciudadana para su diseño y aprobación. El PRMS de 1994 fue impulsado y formulado por el Ministerio de Vivienda y Urbanismo y aprobado por los consejeros regionales electos por los concejales municipales, sin consideración de la sociedad civil y organizaciones sociales (Jara, 2015). En este sentido, si bien la organización ecologista Carumapu de Huertos José Maza buscó entablar mecanismos de comunicación e incidencia en el proceso de planificación del PRMS de 1994, debido a que consideraban perjudicial para los Huertos el cambio de uso de suelo, no fue contemplada en el proceso. El PRMS de 1994, con el cual se cambió el uso de suelo de agrícola a habitacional mixto en Huertos José Maza y Villa Las Rosas fue, entonces, realizado al margen de la ciudadanía.

El PRMS 100 se comenzó a diseñar casi 18 años después del PRMS de 1994, en el año 2006, sin embargo, tampoco contó con un proceso de participación ciudadana ni con una participación local a través de la cual se pudieran canalizar las demandas ciudadanas desde los territorios hacia los consejeros comunales y desde éstos a los consejeros regionales (Serra, 2011). Si bien el PRMS 100 no generó modificaciones en las normas de uso de suelo en Huertos José Maza, si repercutió en la recalificación de Mapuhue, la cual era hasta entonces agrícola, a Zona Habitacional Mixta, produciéndose un rechazo transversal hacia este instrumento entre los habitantes de las tres villas que conforman los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana, quienes buscaron incidir en el rechazo de este, como veremos en el próximo capítulo con mayor detalle.

De acuerdo a Serra (2011), todo el proceso de toma de decisión respecto de este instrumento fue irregular, desde la forma en la cual participaron los actores involucrados hasta la discrecionalidad con la cual se tomaron las decisiones, sin contar con un mecanismo de transparencia que permitiera darle legitimidad: *“El principal problema es la “caja negra” en la que se transforma el proceso de toma de decisiones públicas urbanas, ocultando una negociación poco transparente donde los intereses son capturados por los actores de mayor poder que finalmente definen discrecionalmente el resultado”*. (Serra, 2011: 2).

Desde el Ministerio de Vivienda y Urbanismo se calificó el proceso de elaboración y aprobación del PRMS 100 como un proceso *“transparente y abierto”* y *“participativo”* (Memoria Explicativa PRMS 100: 1), sin embargo, esta aseveración se sustenta en que se tomó *“(…) conocimiento de las opiniones, expectativas y voluntades”* (Memoria Explicativa PRMS 100: 1) por parte de municipios y privados. Las observaciones técnicas que otorgaron las distintas instituciones fueron consideradas, tal como dice el MINVU, como opiniones, careciendo por lo tanto de un carácter vinculante, siendo más relevante la presión y poder que poseía cada alcalde (Serra, 2011) frente a la ausencia de un mecanismo que garantizara un proceso más democrático. La sociedad civil y las comunidades fueron completamente excluidas del proceso, quedando nuevamente los microterritorios invisibilizados y sometidos a una norma de uso de suelo impuesta desde el nivel central y, peor aún, bajo presiones desde un sector privado ligado a negocios inmobiliarios¹³.

¹³ Serra (2011) denuncia que el posicionamiento del tema de la necesidad de mayor suelo para la expansión de la ciudad fue impulsado desde la Cámara Chilena de la Construcción y la Asociación de Desarrolladores Inmobiliarios, mediante la instalación del tema en medios de comunicación, estudios, seminarios y prensa. Asimismo, el rol del entonces intendente Fernando Echeverría fue muy cuestionado, debido a que fue presidente de la Cámara Chilena de la Construcción y que mantuvo su vinculación a la empresa constructora Echeverría– Izquierdo mientras era intendente, la cual desarrollaba proyectos inmobiliarios en Santiago (Serra, 2011). Por último, Serra (2011) plantea que se produjo un lobby privado por parte del sector inmobiliario.

A pesar de que se elevaron voces desde distintos sectores criticando la propuesta de expansión de la ciudad que proponía este instrumento, llevando al rechazo por parte del Consejo Regional en primera instancia, éste finalmente se aprobó en una segunda votación luego de intensas negociaciones realizadas al margen de la ley (Serra, 2011).

La presión por parte de grupos de poder, llevada a cabo principalmente por agentes privados (propietarios del suelo y de los medios de producción, promotores inmobiliarios y empresas de la construcción, principalmente) para el cambio en la normativa del uso de suelo, de agrícola a urbano en la periferia de Santiago, resultó evidente para las organizaciones de la sociedad civil que intentaron frenar este proceso. Esta presión cruza muchas veces la barrera de lo legítimo, desdibujando además el límite entre el poder político y el poder económico. Tal como plantea una dirigente de la Asociación Gremial de Huerteros que estuvo involucrada en la defensa del uso de suelo agrícola de Mapuhue, “(...) yo sé quiénes son los gestores de todo eso, la parte de atrás, desde Mapuhue, todos esos terrenos, son de Cisternas, Yomas y Frei, sabes que ellos tienen inmobiliarias y nosotros sabemos que las inmobiliarias son las que presionan para que los terrenos agrícolas se transformen”. (Mujer, 62 años, 2016). Este cambio en las políticas urbanas reafirma lo planteado por Capel (1974), quien postula que bajo un modelo neoliberal el marco institucional o normativa judicial nunca es neutro, sino que está hecho para representar y defender el interés de las clases dominantes.

Se puede observar a partir de los procesos de diseño y promulgación de ambos PRMS, el de 1994 y el PRMS 100, que en ambos casos responden a formas de toma de decisión de carácter centralizadas y burocráticas y, más aún, con un importante rol de los agentes privados con interés en el crecimiento de la ciudad para desplegar sus negocios inmobiliarios, excluyendo a la sociedad civil e invisibilizando de esta forma al territorio como un espacio plural.

En el año 2006 también se dio inicio al proceso de diseño del Plan Regulador Comunal de La Pintana bajo la alcaldía de Pávez, el cual nunca fue aprobado. En este caso, el diseño del plan si consideró procesos de participación ciudadana mediante la invitación a organizaciones territoriales de la comuna a participar en talleres realizados por una empresa externa, esto también dentro de una tendencia mundial de subcontratación de agencias para el diseño de políticas locales como parte de un proceso de fragmentación del gobierno (Martin, 2004) y del abandono de la función de la planificación urbana por parte de organismos del Estado, debido a su menor capacidad de gestión y control y a la crisis financiera de las comunas (Janoschka, 2002).

En el caso de Huertos José Maza, se recuerda que, si bien la Junta de Vecinos fue convocada a formar parte de los talleres, en estos participaban mayoritariamente funcionarios municipales y profesionales de la consultora a cargo del diseño del

Plan, quienes “(...) tomaron decisiones sobre qué íbamos a ser cada uno de los sectores en el futuro, y a nuestro sector en ese plan regulador nos cambiaban a *habitacional productivo, en otras palabras, a industria*” (Hombre, 66 años, 2015). En este sentido, consideran que la participación fue más bien para cumplir con un requerimiento legal que una participación real en la cual pudieran incidir en el diseño del plan, debido a que, por una parte, se asistió a pocos talleres y la representación de la comunidad quedó en manos de tan sólo tres personas vinculadas a la JJ.VV. 18-1: “(...) *hubo súper poca participación por parte de la comunidad, muy poca, poquísima*” (Mujer, 30 años, 2020). Por otra, hubo una sobre representación en los talleres de funcionarios municipales, quienes condujeron el diseño del plan hacia sus propuestas establecidas de forma previa a los procesos de participación: “(...) *en cada taller habían muchos más funcionarios municipales, entonces las decisiones de los distintos grupos finalmente era lo que decían ellos, era lo que decidían ellos*” (Hombre, 66 años, 2015). Esto llevó a que el proceso de participación del Plan finalmente resultara en un proceso poco democrático “(...) *se tomaron acuerdos y lo que quiso el municipio fue lo que se acordó, es decir, para mí fue una pantalla de que participaron las instituciones sociales*” (Hombre, 66 años, 2015).

La Comunidad de Aguas de Villa Las Rosas también formó parte del proceso de participación del PRC de La Pintana en el año 2006. Si bien su participación fue más activa que el de la Junta de Vecinos de Huertos José Maza y consideran que, gracias a la fuerte oposición que manifestaron al diseño del plan lograron detenerlo, este triunfo da cuenta de la otra cara de cómo se vinculan las organizaciones territoriales con la política pública: de una forma defensiva que más que contribuir en las políticas públicas que inciden en los procesos de producción del espacio que habitan su participación se restringe a la aprobación o rechazo de propuestas realizadas de antemano. “(...) *han intentado en varias oportunidades hacer el plan regulador comunal, porque no hay plan comunal regulador, y en dos oportunidades lo han rechazado, se lo hemos rechazado, porque han querido destruir estos sectores, han hecho cruzar calles diagonales... en el fondo era destruir las parcelas, los huertos... ahora, también prueba de ello es que el municipio no tiene ninguna política municipal de apoyo a los huerteros*” (Hombre, 57 años, 2017). Es así como podemos ver que, a pesar de que existen mecanismos institucionalizados de participación en la escala local, la devolución de poder hacia la comunidad local no se traduce en un poder real, debido a que las instituciones públicas les consultan sobre opciones fijas instrumentos de política, sin que el colectivo pueda deliberar respecto de la decisión en sí misma.

Frente a un nuevo proceso de diseño del Plan Regulador Comunal promovido por la administración presente, un reciente llamado por parte de la JJ.VV 18-1 de Huertos José Maza habla precisamente de la necesidad de incidir como comunidad en este instrumento. “*Cabe hacer notar, que ahora debemos preocuparnos de ser*

escuchados ya que nuestro uso de suelo mixto que estableció el PRMS, nos ha perjudicado como comunidad y debemos imponer nuestras opiniones ante quienes estén desarrollando este estudio en el futuro” (Comunicado JJ.VV. 18-1, agosto 2020).

2.3. ¿Dónde está el poder del Estado?: burocracia y responsabilidad

“¿Dónde está la sanción al industrial que infecta?, ¿Dónde está el chino que le tira, que tiene la Fresia al lado y le tira ácido a sus árboles? Y ella tiene sus gallinas y sus patos, ¿Dónde está esa sanción?” (Mujer, 62 años, 2016). Todas las preguntas que hace esta dirigente frente a una problemática que viene produciéndose hace décadas apuntan a un abandono y a una invisibilidad.

En Huertos José Maza, al igual que en las otras villas que constituyen a los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana, se ha impuesto una visión de desarrollo amparada en una representación de un espacio disponible para albergar nuevas formas territoriales, la cual se ha cristalizado en normas urbanas también impuestas por geometrías de poder en donde la sociedad civil y, más aún, la comunidad, ha quedado al margen. En este contexto, cabe preguntarse cómo se ha sostenido durante décadas un proceso de transformación que ha ido más allá de lo regulado, instalándose y operando industrias y actividades productivas al margen de la ley sin prácticamente ninguna consecuencia en términos legales. O, en otras palabras, cómo se sostiene un mecanismo de poder que permite transformar y mantener esta transformación aparentemente sostenida en una falta de control por parte del Estado.

La transgresión de la norma por parte de agentes privados ha venido acompañada por un vacío en la fiscalización de usos no permitidos por parte de las distintas instituciones públicas responsables. Esta transgresión se traduce en que durante casi treinta años se ha permitido que en los Huertos se perpetúen actividades que se encuentran fuera de norma, afectando a las condiciones y calidad de vida de quienes habitan estas villas. Si bien la norma de uso del suelo establecía que tanto Villa Las Rosas como Huertos José Maza puede albergar usos industriales de carácter inofensivos, lo cierto es que desde la década del noventa cambió el carácter de las industrias que se localizaban en estas villas, llegando industrias de carácter contaminante y molesto que alteran y disrumen la convivencia en el lugar. *“Dice la ley empresas inofensivas, pero aquí se van a encontrar ustedes con empresas que no son inofensivas. Entonces hay una empresa aquí que procesa ácido sulfúrico, hay varias empresas que trabajan con polietileno, plástico” (Hombre, 70 años, 2017).* *“(…) eso de industrial inofensivo en la práctica no es real” (Mujer, 50 años, 2015).* *“(…) hoy en día estamos con una serie de empresas que no tendrían*

por qué estar, si se aplicara la ley no más, si se aplicara la ley no tendríamos empresas contaminantes al aire, acústica... no tendríamos camiones de cierto tonelaje entrando a los huertos, rompiendo las calles... no tendríamos ruidos por las noches...” (Mujer, 63 años, 2016). *“Nos dejaron como zona mixta e industria no contaminante, entre comillas porque es para la risa, ¿qué hace una industria con ácido sulfúrico del año 98? Que tuvo derrames de ácido sulfúrico. ¿Qué hace una empresa que hace chip de plástico que en la noche vota unos olores horribles?”*. (Mujer, 68 años, 2015).

La Junta de Vecinos 18-1 de Huertos José Maza, a pesar de que lleva años denunciando formalmente al municipio y a la SEREMI de Salud la instalación y operación de industrias contaminantes y que infringen todo tipo de normas, sólo han logrado dar cuenta de la problemática, pero sin acercarse a una solución. A pesar de las múltiples cartas y reuniones entre organizaciones de los Huertos y el municipio durante décadas, la respuesta siempre consiste en eximirse de responsabilidad y atribuir ésta a otra institución del Estado. Las denuncias parecen ser una costumbre, una parte de la labor de la Junta de Vecinos frente a la cual se alberga poca esperanza de lograr una salida. *“Ya llevamos años, le hemos explicado a la alcaldesa, a la gente del departamento correspondiente, y no tenemos ningún apoyo por parte de del departamento de fiscalización, y por otro lado, la SEREMI, hasta el minuto, no ha sido capaz, entonces, hoy en día, la pregunta del millón: ¿a quién más recurrimos? Ya no tenemos más alternativas. Se nos está yendo la vida de muchos vecinos. Yo no creo que esto directamente nos mate, pero sí acelera y acorta sus vidas”* (Mujer, 45 años, 2019).

¿Cómo se puede entender esta inacción por parte de las distintas instituciones del Estado, localizadas desde la escala nacional hasta la local, frente a un proceso que atenta contra el bienestar de una comunidad y a favor del deterioro de las condiciones ambientales del territorio en el cual habitan y que, más aún, se encuentra contra toda reglamentación?

La eximición de responsabilidades entre instituciones que son interpeladas por parte de la comunidad, como es el municipio y la SEREMI de Salud, se encuentra asociada a una burocracia propia de una administración pública en donde las problemáticas se fragmentan y dividen en millones de partes. Tal como dice Klein (en Allen, 2016: s.p.) *“Al estar el poder en todos lados, parecería que no está en ninguno”*. Esto va de la mano con el planteamiento de que, detrás de un proceso de vaciamiento del Estado, se encuentra una creciente dispersión administrativa en la cual se encuentra en el Estado una voluntad por asegurar la *“(…) coherencia neoliberal del sistema político consigo mismo”* (Salazar, 2019: 239). Esto se sustenta en que el Estado disperso ha sustituido al Estado moderno concentrado y excesivamente visible; en cambio, en un *“sistema policéntrico de coherencia por*

dispersión” (Salazar, 2019: 239) la sociedad carece de un blanco visible, perdiéndose en una burocracia sin responsables.

Durante la administración de Pávez al argumento de una falta de responsabilidad por parte del municipio se sumó un distanciamiento entre el municipio y los Huertos, llegando a considerarse por parte de las organizaciones de los Huertos la existencia de un mecanismo de corrupción que mantenía el status quo del proceso de industrialización y sus efectos nocivos sobre el territorio. “(...) *lamentablemente no hay fiscalización, se hace la vista gorda*” (Hombre, 65 años, 2019); “(...) *tenemos problemas con el juez de policía local acá... porque les sacan partes a las distintas empresas, y las empresas ya tienen un ítem para pagar en el juzgado de policía local y aparte, tú sabes que son tres los independientes ahí, del alcalde, que sería el juez de policía local, el de tránsito y el de yoga, solo tres independientes del alcalde. Entonces el alcalde saca el parte, y le cobra el mínimo... entonces los otros siguen funcionando...*” (Hombre, 66 años, 2017).

La dispersión y vaciamiento de poder de carácter estructural es coherente con cómo el cambio de administración no ha traído consigo un cambio respecto de repercusiones respecto de la instalación de nuevas empresas y del funcionamiento de otras en contra de la norma. Si bien la nueva administración de Pizarro se considera como más cercana y, entre algunos habitantes de los Huertos, con voluntad para enfrentar las problemáticas que se dan en el territorio, se considera a su vez incapaz de hacer frente.

En este sentido, si bien el cambio de alcalde se erigía como una posibilidad de reconocimiento y de inclusión de los Huertos, siendo la cercanía de Claudia Pizarro hacia los Huertos en su rol de concejala evidente, llegando a considerarse “huertera”, por lo que muchos apoyaron su candidatura con la esperanza de que con un nuevo gobierno la institucionalidad comenzara al fin a operar, en su rol como alcaldesa no se han producido cambios sustantivos respecto de la irregularidad con que operan las industrias, a pesar de una mayor fiscalización municipal. Algunos consideran que la falta de soluciones por parte de la administración de Pizarro se debe a una suerte de pérdida de apoyo amparada en el interés económico que suscitan las industrias. “(...) *ella ya no está con los huerteros, no les interesa, saben que la plata esta con los industriales*”. (Mujer, 62 años, 2016). Otros, sin embargo, creen que si bien la alcaldesa posee la voluntad para realizar cambios éstos no han logrado materializarse. “*Yo creo que hubo una diferencia, yo creo que la Claudia se acercó más a las personas. Pero en términos prácticos no hemos logrado tampoco hacer mucho*” (Mujer, 30 años, 2020).

La sensación es de un municipio sin un poder real para poder revertir el deterioro de las condiciones de vida y del ambiente producto de las acciones contaminantes industriales. “*Hay un sumario que se hizo, sí, se hizo un sumario administrativo a un director que era del Departamento de Partes, por el tema de los permisos de*

edificación, está con sumario administrativo. Ahora estamos igual con una lucha que empezamos con un vecino, que era contra una industria, Enesa, y también estamos ahí a la espera, pero al final siempre nos damos cuenta de que el municipio no tiene ningún tipo de potestad, entonces, ¿por qué existe el municipio si no puede hacer nada?” (Mujer, 30 años, 2020). Se considera, más aún, que el sistema es deficiente. *“O sea en el fondo la fiscalización no tiene ningún peso para las industrias porque muchas industrias que prefieren pagar las multas, que son mucho más baratas que regularizarse porque regularizarse es muy posible que ellos estén fuera de la norma entonces no les conviene regularizarse, les conviene mejor pagar las multas. Entonces estamos en esa lógica ahora”*. (Mujer, 30 años, 2020). Más aún, a pesar de un mayor reconocimiento y cercanía por parte de la administración de Pizarro, se considera que se perpetúan mecanismos de corrupción entre trabajadores municipales y privados: *“(…) en este lugar, en esta comuna hay mucha corrupción”* (Mujer, 62 años, 2018).

Si bien desde el año 2010 miembros de la Junta de Vecinos forman parte del Comité Ambiental Comunal, participando en talleres y cursos, pero también con la finalidad de colaborar en el desarrollo de las políticas ambientales de la comuna, no han logrado soluciones concretas respecto de la falta de fiscalización. En el presente están intentando ampliar la participación y hacer de este organismo un organismo independiente del municipio con la esperanza de que posea autonomía como ente fiscalizador.

En este contexto de dispersión de responsabilidades institucionales el municipio se ampara en que puede fiscalizar y cursar multas, pero que no puede ingresar a la propiedad privada sin autorización del dueño ni puede clausurar el funcionamiento de una industria, lo cual es facultad de la SEREMI de Salud, por lo que poseen escasas facultades para hacer frente a la irregularidad de las industrias. Además, la calificación de una industria la otorga la SEREMI de Salud, por lo que el municipio no puede impedir la instalación de una industria que se encuentra calificada como inofensiva, a pesar de que en su funcionamiento esta calificación no sea respetada. *“Desde el año 2018 venimos haciendo un seguimiento. El 2019 la municipalidad hizo un levantamiento bastante exhaustivo. En ese contexto había una empresa en particular que tenía un tratamiento y utilización de ácido sulfúrico en su proceso. Tenía la resolución sanitaria autorizada el acopio de ácido sulfúrico en un determinado volumen. La empresa estaba no solamente almacenando, sino que estaba haciendo uso del ácido sulfúrico y de aluminio”* (Felipe Marchant, director Gestión Ambiental Municipalidad de La Pintana).

La falta de control queda en evidencia en un incendio ocurrido en el año 2019 de una industria que procesaba plásticos y elementos combustibles, la cual se encontraba denunciada hace años por parte de la Junta de Vecinos, sin obtener

respuesta por parte de las autoridades. El municipio se ampara, nuevamente, en la falta de atribuciones para su inacción.

Comunicado Municipalidad de La Pintana sobre incendio de industria en Huertos José Maza



Municipalidad de La Pintana
7 de marzo de 2019 · 🌟

UNA TRAGEDIA QUE DA CUENTA DE UN PROBLEMA MAYOR / El incendio del día martes en la noche, en Las Parcelas, da cuenta de un problema de fondo mucho más grave: mal uso de permisos de edificación, uso de suelos, abandono de parte de las autoridades y poco aprovechamiento de las oportunidades de construcción en La Pintana, ante lo cual la Municipalidad carece de un campo de acción directa.

Así lo cuenta esta nota, cortesía de 24horas.cl

LA PINTANA
ARDIÓ INDUSTRIA EN MEDIO DE ZONA RESIDENCIAL

TEMPERATURA SANTIAGO 24°
21:48 #24HorasCentral /24horas.cl Comparte tus videos +569 6849 55 60

Fuente: Facebook Municipalidad de La Pintana.

La inacción por parte de la SEREMI de Salud puede ser interpretada, a primera vista, desde una lejanía del nivel metropolitano hacia el territorio local y de falta de recursos para poder proceder con las fiscalizaciones. “*La gente de fiscalización de la SEREMI no se ha puesto los pantalones porque vienen cuando nosotros les avisamos. Una emanación que dura 25 minutos, desde allá, desde Plaza Bulnes hasta este sector se demoran una hora... cuándo van a fiscalizar*”. (Mujer, 45 años, 2019). “*A lo más, cuando se han hecho denuncias viene un inspector, y viene de día cuando no funciona, porque esta gente no va a echar las emisiones de plástico a las 5 o a las 10 de la mañana, lo hacen después de las 8 de la noche, porque tiene un personal que trabaja de noche, ¿te fijas?. Entonces tú sales a tu huerto a las 8 de la noche y sientes olor a plástico.*” (Mujer, 50 años, 2017).

A la inacción por parte de las instituciones competentes se suma la problemática de que este es un problema que es tratado como un problema puntual, el de una industria que opera contra la norma, cuando se trata de problemas de carácter territorial. La judicialización de una industria que opera ilegalmente puede tardar años y, si bien puede finalmente llegar a clausurarse, aún quedan decenas de industrias que deben someterse al mismo proceso. La falta de herramientas por parte del Estado para hacer frente a las problemáticas territoriales se torna evidente en este caso.

3. Si yo tengo una industria ahí y no vivo ahí, me da lo mismo

Si pensamos en la forma de en la cual se han producido y se siguen produciendo los Huertos podemos caer en la lógica de pensar a este espacio como un palimpsesto que alberga dos lugares, las parcelas y las industrias, siendo el de las parcelas el espacio previo y el de las industrias un espacio orquestado desde los flujos de capital. Sin embargo, esta simplificación nos lleva a invisibilizar el que a partir de esta coexistencia nacen nuevas dinámicas y complejidades, pudiendo entonces postularse que aparece un espacio híbrido producido por esta mezcla particular de nuevas relaciones (Massey, 1994; en Dirlik, 1999) pero también de la manifestación de estas relaciones en el lugar (Dirlik, 1999).

En este espacio híbrido, se produce un proceso material de reemplazo de huertos por industrias y una significación de este proceso por parte de los habitantes de los Huertos, el cual se basa en una sensación de pérdida y destrucción. Esto debido a que la lógica de producción del espacio que ha llevado a Huertos José Maza a su reconversión guarda relación con concebir al espacio local como una mercancía disponible para la instalación de industrias que sólo requieren de espacio disponible, conectividad y cierta libertad para ejercer sus actividades.

Los procesos de producción y de significación de la transformación van de la mano con las dinámicas relacionales que se producen entre quienes habitan los Huertos y quienes trabajan en las industrias.

3.1. Del lugar como “familia industrial” a la desvinculación de los lazos sociales en un territorio productivo

En primer lugar, las dinámicas relacionales se encuentran vinculadas a la forma en la cual las industrias y las empresas conciben el espacio en el cual instalan sus infraestructuras.

De acuerdo con Salazar (2019), entre 1750 y 1982 el capital productivo industrial se caracterizó por una impronta espacial de fábricas o talleres que se emplazaban en territorios con perfiles propios, tales como ciudades o barrios industriales, cuyos profesionales y trabajadores se enraizaban en comunidades locales con una fuerte identidad, de mayor o menor autonomía. *“Un modelo de “familia industrial” que garantizaba el desarrollo conjunto de la empresa misma y de la comunidad que la rodeaba”* (Salazar, 2019: 232). Sin embargo, de acuerdo con Weber (en Bauman, 2008), el capitalismo moderno tuvo como “acto fundacional” la separación de la producción del hogar, lo que significó, a su vez, *“(…) la separación de los*

productores de las fuentes de su medio de vida” (Polanyi, en Bauman, 2008: 23). Esta división trae una doble consecuencia. Por una parte, un desvinculamiento de los lazos emocionales, familiares y de vecindad de los lazos sociales productivos, produciéndose una total “(...) irrelevancia de los lazos y compromisos sociales que se contraían y mantenían fuera del taller y de las horas de taller” (Weber; en Bauman, 2008: 29).

Por otra parte, el separar el espacio de producción del espacio en el cual se habita significó convertir al trabajo en una rutina vacía, una rutina “(...) *sin alma del taller de la fábrica, observados no por los suyos o por los vecinos, sino vigilados exclusivamente por el capataz (...)*” (Bauman, 2008: 23). Esto nos hace pensar que la separación de los lazos comunitarios de los lazos de producción nos lleva a una falta de control de la comunidad hacia el lugar como un espacio en el cual, además de habitarlo se produce y, por otra, una despreocupación del lugar por parte de quienes trabajan en un espacio hacia el cual no sienten una topofilia que antes la daba el lugar como hogar. Esto se contrasta con aquellas fábricas o talleres cuyos dueños o trabajadores han vivido en los Huertos. Tal como plantea José Manuel Langer, dueño de la fábrica de manjar Langer, quien llegó a vivir a los Huertos cuando tenía 4 años, en 1954,

“Siento mucho afecto por La Pintana, como también apoyo, si bien no es un apoyo económico, ciertamente lo básico en otras formas. La aceptación de la comunidad nos fue muy fácil desde siempre, nunca nos han hecho un daño. Como anécdota les puedo contar que trabajamos desde el año 1988 a 1995 sin resolución sanitaria tranquilamente, sin que nadie nos fuera a denunciar que aquí se hacía manjar clandestinamente. Es evidente que nos sentimos respaldados, de otra forma nos habríamos ido y es que nos sentimos muy pintaneros, desde los trámites que procuramos hacerlos siempre en esta municipalidad a la trayectoria que aquí hemos forjado” (José Manuel Langer, Revista Caudal N°3, 2010: 24).

Si bien los Huertos no fueron concebidos bajo esta lógica, si se presenta una correspondencia entre un espacio productivo ligado al espacio habitado al ser concebido como una suerte de aldea modelo de inspiración utópica, en la cual el éxito de las dinámicas de producción se encontraba asociadas al bienestar y cooperación de la comunidad (Bauman, 2008). Por ello podríamos hablar también de una dinámica relacional en la cual la comunidad se relacionaba con los medios de producción y se producían dinámicas de intercambio y colaboración. Antes de la década del ochenta los propietarios de industrias o talleres eran huerteros. Sin embargo, a partir de 1982, junto con la erradicación del Estado Social Benefactor viene la caída de la hegemonía del capital productivo industrial, el cual es reemplazado por el capital mercantil financiero, “(...) *cuya capacidad acumulativa no proviene directamente de su ligazón con la comunidad laboral y el territorio local, sino de su movimiento continuo y su capacidad de circulación sobre la*

totalidad del espacio económico” (Salazar, 2019: 233). Es en este momento en el cual comienza en los Huertos el proceso de compra de parcelas con la única finalidad de instalar industrias o empresas y el desmantelamiento paulatino de la eutopía.

Este cambio produjo, de acuerdo con Haesbaert (2013), que las empresas que poseen versatilidad y flexibilidad para salir de un territorio pueden relocalizarse o reterritorializarse más rápidamente. Este es el caso de las empresas que comenzaron a localizarse en los Huertos en la década del ochenta hasta la actualidad, las cuales, si bien realizan una inversión material, se encuentran en ese espacio por sus ventajas de localización y por la flexibilidad que poseen para llevar a cabo su actividad productiva, pudiendo relocalizarse en caso de que otro espacio provea de mayores ventajas en esta materia.

La lógica de producción del espacio por parte de empresas e industrias también repercute en que en este espacio híbrido las relaciones entre quienes habitan los huertos, los industriales y quienes trabajan en las industrias son escasas. Por una parte, quienes trabajan en las empresas no son de La Pintana (PLADECO La Pintana 2020-2023), por lo que su funcionamiento no guarda relación con el entorno en el cual se emplazan.

Por otra parte, si bien existen vínculos debido a que algunos huerteros tienen sus parcelas subdivididas y arriendan parte de ella a algún industrial, o también se presenta en algunos casos la voluntad de cooperar entre industriales y huerteros para hacer frente al problema de la seguridad, lo que prima es un enfrentamiento sobre los términos de producción del espacio, siendo por lo tanto las relaciones más bien de conflicto. Esto debido a las contradicciones que emergen a partir de la coexistencia de industrias con huertos, fundamentalmente respecto de industrias que se encuentran contra la norma, afectando su actividad molesta y/o contaminante a la calidad de vida y al medio ambiente.

Para los huerteros la falta de interés en el cuidado de la villa estaría dada en que quienes trabajan en las industrias y sus propietarios no habitan en los Huertos, sino que se aproximan al lugar únicamente como un espacio productivo, estableciendo un vínculo “funcional” de explotación del espacio. En el pasado, el habitar y trabajar en la villa implicaba un cuidado del lugar, lo que no sucede hoy en día. *“Siempre ha habido industrias, emprendedores. Pero hoy hay gente que no habita los huertos y los descuida”* (Hombre, 63 años, 2017). *“Y cuál es la otra, (...) el desinterés de los que no tienen ligazón a esto, el desarraigo... El desarraigo, si yo tengo una industria ahí y no vivo ahí, me da lo mismo”*. (Hombre, 63 años, 2017).

A la falta de cuidado del lugar por no estar ligados a éste se suma la falta de vínculos entre huerteros e industriales, lo que lleva a una profundización de la degradación del lugar al no generarse espacios de encuentro que permitan negociar sobre los

Los muros como estrategia de control



Fuente: la autora, 2015.

términos de producción del lugar y a entendimientos sobre cómo unos afectan a otros. En el pasado se producía una mayor vinculación debido a que los industriales eran vecinos, por lo que el habitar los huertos posibilitaba la creación de un vínculo a partir del cual se abría un espacio de negociación. *“Desde el inicio de los Huertos hubo empresas, pero eran vecinos y vivían acá. Es distinto cuando viven acá, se puede dialogar”* (Mujer, 67 años, 2018). En cambio, la relación que se da entre industriales y huerteros hoy en día es de fricción. *“(…) tú les vas a reclamar y son peor que...”* *“A, ¿y qué te pasa?; ¿Cuál es el problema si yo compré el terreno? Yo hago lo que quiero en mi terreno”*. Pero uno le dice *“pero es que me está perjudicando”* *“Bueno, búsquese otro lado”*. Entonces, *son maneras...* (Mujer, 68 años, 2017).

Esta desvinculación entre quienes habitan los Huertos y quienes trabajan en las empresas e industrias se agudiza aún más producto de la transgresión de las normas por parte de algunos privados. *“Estas empresas, la mayoría están funcionando hace unos 30 años y otras 20 años. Algunas están irregulares y algunas sacan patentes “truchas”, sacan un tipo de patente y funcionan como otra cosa. De hecho, las empresas que funcionan acá no tienen letrado, tú no vas a encontrar letreros que digan “empresa de tal cosa”* (Mujer, 40 años, 2019). Esta transgresión adquiere un mecanismo espacial de control para poder perpetuarse en el tiempo que Haesbaert (2013) denomina como “contención territorial”, siendo este un proceso contemporáneo de relaciones de poder el cual se manifiesta en una construcción territorial cuya evidencia espacial son los muros. Los muros no sólo dividen, sino que también aíslan, invisibilizan e impiden el paso, siendo la realidad material de un proceso de fragmentación del lugar.

En Huertos José Maza, este mecanismo de contención territorial, como parte de una estrategia que permita continuar con la transgresión de las normas, está dada por el cierre de las parcelas con muros que no dejan ver lo que hay adentro. *“(…) hoy día ponen una pandereta de cinco metros de altura y tú no sabes lo que hay adentro, no sabes”* (Hombre, 60 años, 2016); *“(…) no se sabe si hay contaminantes industriales o químicos”* (Hombre, 62 años, 2017); *“(…) no son pequeñas cositas, no son pymes, son industrias, entonces está lleno de mueblerías... de un montón de cosas que tú no tienes idea de las leseras que hay allí adentro”*. (Mujer, 62 años, 2016). Funcionan, además, como una estrategia que impide la inspección de lo que hay dentro, amparándose el municipio en la falta de visibilidad hacia el interior de las parcelas su falta de fiscalización. Es así como, amparados por la normativa o al margen de ésta, los *“agentes privados sigan desplegando sus estrategias y prácticas particulares, modelando el espacio urbano en función de sus propios intereses”* (Capel, 1974).

3.2. La significación colectiva de la experiencia del habitar: sufrimiento ambiental, devastación y vulneración del derecho a ser pequeño agricultores

El proceso de transformación en los Huertos ha traído, como hemos podido apreciar, importantes consecuencias ambientales, las cuales se han dejado sentir especialmente entre sus habitantes. Si bien la experiencia del habitar es polisémica y puede, por lo tanto, interpretarse de múltiples formas (Moore, 1986; en Low, 2017), la experiencia común de quienes habitan un lugar puede llevar a ciertos marcos compartidos que pueden cristalizarse en una significación colectiva (Martin, 2004).

En los Huertos podemos notar cómo, a partir de la experiencia individual del habitar en un lugar con un proceso de transformación de reemplazo de parcelas residenciales y con producción agropecuaria a industrias de carácter contaminante y una degradación del lugar (en términos del deterioro físico de calles, canales de regadío, pérdida de vegetación, entre otros), se produce entre sus habitantes una cierta coincidencia de experiencia común corporal y en su vida cotidiana a partir de este nuevo ambiente construido.

Estas experiencias se cristalizan en narrativas que reflejan cómo los habitantes del lugar significan sus percepciones y sensaciones de un lugar experimentado (Feld y Basso, 1996; en Low, 2017) y cómo se significa este proceso de degradación del ambiente en relación con los procesos de dominación y violencia simbólica que se desencadenan (Auyero y Swistun, 2008). El carácter totalizante que ha adquirido este proceso de reemplazo, en relación con la magnitud de parcelas convertidas en sitios industriales, y el deterioro del entorno de estas actividades, ha traído consigo que casi todos quienes habitan en los Huertos se han visto afectados por las consecuencias de dicho proceso. Es por ello por lo que, a través de las narrativas individuales, podemos encontrar de forma consistente una coherencia en los relatos, pudiendo dar cuenta de una significación colectiva de una sensación de pérdida y devastación del lugar por el reemplazo de huertos por industrias; una afectación no sólo de la vida cotidiana, sino que también de la salud debido a las acciones contaminantes de las industrias; y una sensación de vulneración del derecho a ser agricultores debido a la incompatibilidad entre esta actividad y la industrial. De la consistencia y coherencia de los relatos podemos dar cuenta de que se evidencia de forma clara entre los habitantes de los Huertos una exposición a riesgos medioambientales y un deterioro de sus condiciones de vida cuyas causas se identifican exclusivamente con la actividad industrial que se ha dado a partir de los años noventa.

En primer lugar, se percibe y siente que las industrias que se han instalado en los últimos años en los Huertos son “basura” y que sólo han traído consigo deterioro y

contaminación. *“Hay una cantidad de empresas, de plásticos, muebles, y qué se yo, la basura...”* (Mujer, 68 años, 2017). En distintas conversaciones con habitantes de los Huertos y en la asistencia a actividades comunitarias se pudo observar que la principal preocupación se centra, por una parte, en las desarmaduras y parcelas destinadas a la acumulación de chatarra, tanto por el ruido que ocasionan como por un sentimiento de violencia simbólica de ver convertida una parcela en un depósito de desechos o en una actividad vinculada muchas veces a una ilegalidad, como es el robo y desarme de vehículos. En segundo lugar, se pudo apreciar que en relación con la contaminación la principal preocupación se centra en las empresas de plásticos y de ácido sulfúrico, por los procesos que deben llevar a cabo para su operación, considerándose una actividad de alto riesgo. Tal como relatan dos dirigentes, *“Hay parcelas en que hay agricultura como hay pura chatarra, desarmaduras de auto. Hay empresas contaminantes de alto contenido... Tenemos ácido sulfúrico, tenemos empresas procesadoras de plásticos que se han cambiado de otras comunas a Huertos José Maza. O en Villa Las Rosas, lo mismo”* (Mujer, 43 años, 2018). *“(...) no puede haber aquí una fundidora de aluminio porque es incompatible con la vida, con los colegios que hay en el territorio, con todas las cosas que hay en el territorio, los viejitos que viven en el territorio”* (Mujer, 30 años, 2020).

El proceso bajo el cual llegan estas empresas es significado como el de una verdadera devastación, en donde el empresario arrasa con todo para poder instalar su industria y la infraestructura necesaria. El relato de María Elena, de Verónica y de Arturo sobre cómo se transforma una parcela de huerto a industria nos muestra cómo éste es vivido con dolor y con una sensación de pérdida: *“(...) viene un industrial y compra, detrás de eso vienen las máquinas y hacen así ssshht, pasa por todo y saca todo, no dejan un árbol, lo rompen todo y lo sacan todo y después le echan asfalto encima”.* (Mujer, 62 años, 2016). *“(...) el hombre que compró limpia los 5.000 metros, tala todos los árboles, saca la tierra, la tiran en los vertederos y llenan de cemento y de escombros, llenan de cemento para construir un galpón y una empresa, puede ser una empresa contaminante, o una empresa metalúrgica, o llenarla de camiones. En eso se han convertido las parcelas. En Mapuhue, José Maza y Villa Las Rosas”.* (Mujer, 43 años, 2018). *“(...) aquí llega una empresa, vota todo lo que hay, sean árboles de donde sean, como están en el interior no les pueden hacer nada, excepto si es una araucaria que no la pueden cortar, pero arrasan y las acequias no las respetan”.* (Hombre, 65 años, 2017).

A la pérdida de un huerto se asocia un proceso de deterioro del lugar en su conjunto, fundamentalmente respecto de una pérdida de la ruralidad (vinculada a sus atributos paisajísticos) y de la naturaleza del lugar: *“(...) tengo industrias, vi cómo se fue deteriorando mi barrio, mi cuadra en verdad. Yo antes podía ver cómo se escondía el sol en la tarde y ya no puedo verlo porque hay un galpón gigante. Me voy dando cuenta que aumenta cada año más la temperatura del lugar porque*

también hay muchas más construcciones de cemento. Todo, los 5000 metros los cubren de cemento de lado a lado, y no respira la tierra". (Mujer, 30 años, 2020). También se releva la importancia de la afectación de la flora y fauna de la villa: *"(...) devastación de las parcelas, devastar una parcela, dejar sin ningún árbol... bajar el porcentaje de verde a todos nos afecta, a los pájaros, a los bichos, todos los que están viviendo..."* (Hombre, 63 años, 2017). Fresia y Tania relatan cómo frente a la llegada de industrias se ha producido un impacto en la flora del lugar: *"(...) aquí se han arrasado con los árboles nativos, se han arrasado con boldos, con araucarias, se han arrasado con araucarias, que tú sabes que son árboles que están dentro de la lista roja... encinos, ¡fuera! Cortan, vamos no más, botan la madera, para poner las empresas. No hay fiscalización"*. (Mujer, 68 años, 2017). También atribuyen a la actividad industrial la pérdida de fauna, especialmente de aves. *"Las lechuzas blancas han ido desapareciendo, antes llegaban las zarcillas, las loicas, tú veías paradas las loicas"*. (Mujer, 68 años, 2017). En el extremo sur de la Villa aún se mantiene un sector con árboles nativos y un poco más alejado de la actividad industrial, siendo un enclave en el cual las aves se refugian. *"(...) hay carpinteros todavía, pero casi todos se han ido replegando hacia el fondo de la villa"* (Mujer, 46 años, 2017). *"Entonces hay un sector de la villa que se mantiene un poquito más... porque se han ido hacia el fondo, se han ido replegando las especies"*. (Mujer, 46 años, 2017). *"(...) donde hay más árboles, donde no los persigan"* (Mujer, 68 años, 2017). *"Lejos de los ruidos"*. (Mujer, 46 años, 2017).

Este proceso de transformación y deterioro se da, de acuerdo con los habitantes de los Huertos, como una suerte de reacción en cadena, en la cual quienes venden lo hacen por una conciencia del riesgo al cual se enfrentan si desean permanecer. *"Yo alcancé a arborizar 40 parcelas con puros árboles nativos, pero después la gente empezó a vender, porque empezaban a llegar las empresas, las industrias, una empresa con ácido sulfúrico, entonces la gente empezó a tener miedo y hoy hay incluso una empresa que hace chip con los plásticos"* (Mujer, 68 años, 2017). A esto se suma una sensación de no poder escapar de los impactos nocivos de las industrias. *"Y no solamente el problema lo tiene ahí, porque un poquito más arriba tienes una de plástico, y esa contamina más que las dos que tenías al lado"* (Mujer, 55 años, 2017).

A esta significación de pérdida por una devastación de las parcelas, no sólo debido a su reemplazo sino a la forma en la cual este reemplazo es realizado, se visualiza en los relatos de los habitantes una experiencia compartida que puede ser significada como de "sufrimiento ambiental", el cual es un término acuñado por Auyero y Swistun (2008) para dar cuenta del habitar en un ambiente insalubre en el cual se producen enfermedades derivadas de las acciones contaminantes de actores específicos, en este caso, de industrias que contaminan en contra de lo permitido por la norma. Si bien es difícil trazar en Huertos José Maza una vinculación entre enfermedades y polución ambiental producto de las industrias localizadas en los

Huertos, si se puede dar cuenta de una experiencia corporal compartida de molestias y afectación asociada a esta actividad. Tal como se dijo anteriormente, si bien el sufrimiento es una experiencia individual, es a la vez social, siendo la significación del padecimiento como el de sufrimiento ambiental “(...) como construcciones colectivas ancladas en contextos relacionales y discursivos específicos que moldean culturalmente las formas en las que los actores viven y entienden su dolor y las causas que lo producen” (Iturralde, 2015: 86).

La relación entre el funcionamiento de industrias y una experiencia de sufrimiento ambiental puede evidenciarse en un diálogo entre miembros de la Asociación Gremial de Huerteros, siendo además esta experiencia común para las tres Villas,

Ya no puede uno vivir en su casa pensando que al lado van a estar todo el día cortando herramientas, que todo el día va a haber ruido, es insufrible (Mujer, 60 años, 2017)

Yo estoy entre dos fábricas. Hay tardes por ejemplo en que yo no puedo salir casi de la casa, por el olor a barniz (Mujer, 56 años, 2017)

Químicos (Hombre, 63 años, 2017)

Uy, espantoso, y yo con mis bronquios, me encierro (Mujer, 56 años, 2017)

Y no solamente el problema lo tiene ahí, porque un poquito más arriba tienes una de plástico, y esa contamina más que las dos que tienes al lado (Mujer, 57 años, 2017)

¿Cuál es la de plástico? (Mujer, 56 años, 2017)

Al frente del jardín infantil... (Mujer, 57 años, 2017)

Por ejemplo, María Teresa al lado tiene una fábrica de grasa... de grasa ¿sabes el olor que hay? Llega hasta la calle Gabriela. Tú vienes por Gabriela antes de llegar a Santa Rosa y sientes el olor, y ella lo tiene al lado en su casa (Mujer, 60 años, 2017)

Yo al frente mío tengo baños químicos, te puedes imaginar el olor a... primero químicos, cuando están lavando y después la mugre. Y en un momento dado estuvieron echando la mugre a la acequia, y cero respeto, cero respeto con el vecino. Fuimos a la DIGA, la famosa DIGA, fuimos a todos lados y es perder el tiempo (Hombre, 63 años, 2017)

En primer lugar, se considera que las industrias producen una afectación en la vida cotidiana vinculada a ruidos, malos olores e inhalación de gases considerados tóxicos. “(...) la contaminación de gases tóxicos, el trabajo fuera de horario, que es el ruido... te afecta en tu calidad de vida y eso es un golpe fuerte” (Hombre, 63 años, 2017). “Emanan olores, gases, que tú tienes que cerrar las ventanas” (Mujer, 50

años, 2018). A los problemas cotidianos se suman eventos puntuales como han sido incendios de fábricas que se han producido en la villa, los cuales también han generado problemas entre los habitantes. *“(Anoche) Se incendió una fábrica, yo tuve que correr atrás de los gallineros, porque dije yo “se me asfixian todas las gallinas”.* (Mujer, 50 años, 2018).

En segundo lugar, el funcionamiento de las industrias es vinculado a la aparición de enfermedades y en una afectación a la salud de la población y animales. *“Los olores se reparten por toda la villa, y comienzan a afectarnos la garganta, picazón de ojos, mareos, dolores de cabeza...”* (Mujer, 40 años, 2019). *“Nosotros lamentablemente ya es un tema de hace más de dos años que estamos sintiendo paulatinamente malestar. Yo personalmente y mi familia sentimos muchas náuseas, dolor, nariz y boca, se nos seca mucho la boca, comezón en los ojos... Entonces tú te empiezas a preguntar qué está pasando. Tú te despiertas en la noche con ciertos olores tóxicos. No es agradable porque te dan náuseas”* (Mujer, 40 años, 2019). Fernando vive próximo a una industria y se ve afectado periódicamente por las emanaciones de ésta: *“Cada vez que esto ocurre (emanaciones) tengo que tomar a mi hijo que está jugando en el patio y escondernos adentro de la casa. Y tomar la precaución de que todas las ventanas estén cerradas. Hasta los perros se me han enfermado por este tipo de cuestiones, entonces es demasiado”; “lo que él emana lo respiramos todos los días. Yo tengo úlceras en mi nariz, mi familia igual, y vecinos contiguos pasa exactamente lo mismo”* (Hombre, 64 años, 2019).

La sensación de devastación y pérdida del lugar y la afectación de la salud y del bienestar físico viene acompañado de una significación de una vulneración del derecho a seguir siendo pequeño agricultores debido a la forma en la cual se constituye materialmente la conversión de una parcela a un predio industrial y a cómo se desarrolla la actividad. La cementación de las parcelas y la afectación de las acequias por parte de muchas empresas se constituyen como problemas importantes para el desarrollo de la agricultura por parte de los huerteros que siguen cultivando y quienes mantienen jardines en sus parcelas. *“La agricultura se ha muerto. No dejan pasar el agua”* (Hombre, 54 años, 2017). Por una parte, la cementación de las parcelas ha traído consigo que el suelo se vuelve impermeable, por lo que frente a eventos de lluvias intensas las parcelas aledañas reciben el agua que no se alcanza a infiltrar. *“(...) ¿te acuerdas que este año llovió mucho?. El hecho de que las empresas se han ido colocando y han ido cementando... este año, se inundaron como 25 parcelas”* (Mujer, 68 años, 2017). *“(...) cementan adentro, adentro el terreno, itodo el terreno! Entonces cuando llueve el agua no la recibe la tierra, sino que se va para el lado, para los lados se va”.* (Mujer, 68 años, 2017). *“Aquí había una cantidad de árboles enorme, en este sector, y estas empresas han arrasado con todo, han pescado los terrenos y los han llenado de cemento, de pé a pé, hay reclamos porque a la gente no les llega el agua, porque los gallos se lo han tapado...”* (Mujer, 68 años, 2017). Otro problema consiste en la intervención de las

acequias, dificultando el paso del agua entre las parcelas. *“El problema es que estos señores (empresarios) que llegan las tapan (las acequias). Quizás no con mala intención, por ignorancia”*. (Hombre, 59 años, 2017). También se produce contaminación de estas. *“Hay una parte que es industrias contaminantes, que trabajan en plásticos, trabajan con ácido sulfúrico, el asunto de los barnices, y los líquidos andan botados en el suelo, el resto lo botan en las acequias, es lo que yo veo”* (Mujer, 68 años, 2017). Existen también huerteros que realizan apicultura, la cual consideran difícil de desarrollar debido a la fragilidad de las abejas y a la afectación de las industrias hacia ellas.

PARTE IV

Agenciamientos y políticas escalares. Entre la disolución y la actualización de la eutopía

Introducción

El proceso de transformación de Huertos José Maza ha sido incesante desde la década de los ochenta, trayendo la instalación de industrias de carácter molesto y contaminante un deterioro progresivo de las condiciones de vida y del medio ambiente. Si visualizamos esta realidad como una tendencia que no ha cesado en casi cuatro décadas se podría decir que, a priori, o bien no ha existido una agencia colectiva o que ésta no ha sido capaz de revertir este proceso.

Ambas presunciones son parcialmente ciertas. La transformación ha sido sin lugar a duda el proceso dominante, bajo prácticas de opresión que restringen la capacidad de aperturidad del lugar, o de agencia desde la subalternidad.

Por una parte, hablar de “la agencia” en los Huertos como un proceso único, homogéneo y permanente puede resultar equívoco. En su lugar, concebimos a la agencia como “momentos agenciales” que forman parte del proceso social, los cuales a partir de la década del ochenta con la instalación del modelo neoliberal se han vuelto aún más heterogéneos: durante cuarenta años se han producido momentos de mayor agencia y momentos de pasividad; de agenciamientos que corren de forma paralela con distintas orientaciones y que, en ocasiones, han logrado encontrar un camino común; y también momentos de mayor involucramiento y otros de desesperanza o indiferencia.

Es por ello por lo que, para entender los procesos agenciales o agenciamientos, es necesario comprender que el proceso de transformación de Huertos José Maza se diferencia de otros procesos en donde la “amenaza” o “el enemigo” es más visible y obedece a una contingencia puntual (la construcción de una autopista, la instalación de un NIMBY, la demolición de algún bien patrimonial) y a partir del cual se articula una resistencia vecinal. Cabe recordar que, en el caso de los Huertos, el PRMS de 1994 fue proclamado ese año, pero diseñado en 1989, momento en el cual la participación ciudadana era inexistente. Sumado a eso, durante décadas se han enfrentado al abandono de un Estado fragmentado y sin responsables y a privados que llevan a cabo estrategias de control que les permiten seguir operando e instalándose contra las normas. Todo esto en un contexto de una comunidad atomizada que, desesperanzada, ha ido migrando hacia otros lugares.

Por otra parte, si bien puede verse a priori que los agenciamientos no han sido exitosos y, tal como muchos de sus habitantes coinciden, este es un lugar condenado a su desaparición, existen procesos de resistencia, de innovación y de aperturidad para su defensa y para la actualización del proyecto de lugar. En este sentido, se conjugan formas de resistencia “clásicas” (interpelación a la institucionalidad pública, protestas con prensa, articulación y creación de organizaciones exclusivas para la defensa de los Huertos, acciones legales) con un movimiento para la construcción de un “territorio alternativo a la globalización” (Haesbaert, 2013)

desde prácticas contra-hegemónicas. El desafío para los habitantes ha sido, entonces, doble: conducir, sostenidamente en el tiempo, agenciamientos para la contención y para la emergencia de una nueva alternativa territorial.

El foco del presente capítulo se centra, entonces, en aproximarnos a encontrar ciertas claves interpretativas que nos ayuden a comprender cómo dan sentido a la transformación y cómo esta significación se relaciona con la articulación de agencias colectivas desde el lugar.

Como pudimos ver en la Parte V, los huerteros significan y problematizan los procesos de transformación de forma bastante homogénea, existiendo un entendimiento común sobre las causas de la transformación material y simbólica de la villa. Sin embargo, se considera que, además de la emergencia de una “conciencia grupal compartida” (Martin, 2003) influyen otros procesos para que el lugar se constituya “(...) como sitio de agencia y resistencia” (Martin, 2003: 371; traducción propia). Para comprender estos procesos, nos aproximamos a la concepción del lugar desde la noción de “espacio vivido”, concebido como el espacio de la imaginación y lo simbólico ligado a una existencia material (Lefebvre, 2013), en el cual se conjugan las memorias, emociones, identidades, valores y deseos.

El objetivo del presente capítulo consiste en comprender los procesos agenciales como resistencia a la transformación y disolución del lugar, fundamentalmente desde su orientación y acción, respecto del rol de la proyectividad del futuro del lugar y su significación política, de los procesos de compromiso e involucramiento, de la articulación de relaciones inter y transescalares y de la capacidad de visibilizar, negociar e instalar sus deseos, proyectos y/o demandas en la agenda urbana y en la participación en relaciones de poder y acceso a espacios de gobernanza.

En este sentido, en un primer momento nos preguntaremos sobre cómo se relaciona la interpretación del proceso de transformación y la significación del lugar con la creencia sobre cómo será el futuro de los Huertos y con cómo desean que este futuro sea. Preguntarnos por la formación de los procesos agenciales desde su proyectividad nos permite aproximarnos, desde una perspectiva de temporalidad, a los elementos cognitivos, emotivos, políticos, ideológicos, éticos, entre otros, con la finalidad de acercarnos a una comprensión, desde la imaginación socioespacial proyectada, sobre la orientación de las agencias y el compromiso en éstas.

Frente a una concepción de una multiplicidad de significaciones de lugar y de significaciones políticas que moldean los agenciamientos y, por lo tanto, de proyecciones de futuro para los Huertos, cabe preguntarse qué los une y qué los separa como comunidad y qué vínculos establecen o desean establecer con personas y organizaciones situadas en otros lugares y/o escalas, con la finalidad de llevar a cabo agenciamientos colectivos. En este sentido, la proyectividad se vincula a formas de involucramiento y compromiso político. Es así como, en segundo lugar,

se analizará la fortaleza de la comunidad como una comunidad política para llevar a cabo procesos agenciales de forma sostenida en el tiempo.

Finalmente, se analizarán los procesos agenciales desde su orientación y capacidad para darle continuidad al proyecto agropecuario y para disputar y controlar los procesos de producción del espacio de los Huertos, articulando para ello distintos tipos de estrategias y prácticas colectivas, vinculadas con proyectos actualizados de lugar.

Es así como, de las significaciones y del tejido social y redes escalares emergen proyectos de lugar, los cuales podríamos concebirlos en el caso de Huertos José Maza en dos grandes proyectos: el de defensa del lugar (Escobar, 2000; Martin, 2003) y el de la actualización del lugar en términos de una búsqueda de espacios de escape (Amin y Thrift, 2002). La comprensión de los procesos agenciales a partir de todas estas dimensiones, significación, poder, relaciones sociales y prácticas materiales desde sus cruces y no desde una circularidad causal del proceso social (Harvey, 1996) nos permite comprender cuál es el rol de la agencia colectiva, en este caso de base comunitaria, en la producción del lugar, como resistencia y actualización, entendiendo a la agencia como un mix entre fuerzas estructurales de economía política y agencia humana (Entrikin, 1991).

1. Futuro imaginado. Entre la desesperanza y el deseo de permanecer

Comenzar por el futuro, por el futuro imaginado, proyectado y deseado, por lo que se prevé que será y por lo que se tiene esperanza de que sea, nos permite acercarnos a comprender cómo se configura la agencia y el compromiso de los agentes en ésta y, al mismo tiempo, a la falta de agencia y de involucramiento colectivo. De acuerdo con Emirbayer y Mische (1998), es en el futuro proyectado en el cual podemos encontrar los deseos e imaginarios colectivos, así como también una reflexividad colectiva sobre los desafíos y oportunidades que presenta el contexto para el desarrollo de la agencia. *“Las creencias y expectativas de futuro determinan, en parte, lo que pasa en el presente al contribuir a cómo la gente piensa, siente y se comporta”* (Zimbardo y Boyd, 2008: 137; en Mische, 2009: 699; traducción propia).

El futuro imaginado, como una conjunción entre el futuro previsible y el futuro deseado, se cristaliza en la esperanza como una construcción individual y colectiva. La importancia que tiene la esperanza en los agenciamientos es que motiva, da forma y sustenta la acción. Tal como plantea Desroche (1979; en Mische, 2009: 694), *“la esperanza es una cuerda”*, la cual se constituye de lo infundado y lo imaginario pero que, sin embargo, *“se sostiene”* (Desroche, 1979; en Mische, 2009: 694), y, en torno a ella, se articulan acciones y se producen eventos. En este sentido, la esperanza es un horizonte traído al presente, un horizonte que crea realidades en cuanto a que en torno a él se generan lazos y se movilizan una serie de recursos para lograrlo. Es por ello por lo que, para poder comprender los procesos agenciales que se articulan desde el lugar, es imprescindible conocer si se alberga en la comunidad esperanzas de cambio y cómo se constituyen estas esperanzas.

Si bien la esperanza se nutre en buena medida de deseos, valores y fantasías individuales y colectivas, siendo un momento en el cual nos preguntamos cómo queremos que el mundo sea (Harvey, 1996), es más que eso.

La proyección de la esperanza se conjuga con un futuro imaginado que se articula a partir del pasado y del presente (Emirbayer y Mische, 1999), en una suerte de *“dialéctica entre lo viejo y lo nuevo”* (Mische, 2009: 694; traducción propia) y, podríamos agregar, entre lo real y lo imaginario. Contiene, en sí misma, una historicidad que da cuenta de una dialéctica que conjuga la reproducción y la transformación de las estructuras sociales, es decir, aquello que resulta estático, rígido, permanente, como pueden ser las estructuras del Estado, frente a la apertura hacia cambios y movimientos de los procesos agenciales. Esta dialéctica se expresa en la trayectoria del lugar y en la experiencia de esa trayectoria por parte de quienes lo habitan, conjugándose de esta forma en la existencia o en la falta de esperanza sobre un devenir del lugar distinto a cómo se ha venido produciendo. Es por ello por

lo que la esperanza es constituida y constitutiva (Mische, 2009), ya que se articula a partir de las limitaciones y oportunidades del contexto, y, a su vez, puede emerger mediante la imaginación de nuevas posibilidades.

Comenzar por el futuro también es un camino lógico, ya que el cómo imaginan el futuro de los Huertos quienes los habitan permea hoy en día todas las dimensiones de la vida en los Huertos, desde cómo se desenvuelve su cotidianeidad, cómo se sociabilizan las significaciones, la participación social o la falta de ésta en las organizaciones del lugar, entre otras. El futuro proyectado y deseado de los Huertos se encuentra recurrentemente en las conversaciones entre vecinos, en fiestas y reuniones, en los programas de la radio local, en los grupos de huerteros en redes sociales, en la revista de la cooperativa y en los discursos de los principales dirigentes. El futuro, en este sentido, es vivido fuertemente en el presente.

Una forma de comprender el futuro imaginado y proyectado, y la esperanza o la falta de ésta, la encontramos en el análisis de la circulación de narrativas o discursos que conjugan marcos de sentido compartidos¹⁴. Estas narrativas del lugar, como “(...) *medio para dar expresión a la experiencia y para representar la realidad*” (Tally, 2013: 75; traducción propia), poseen la capacidad de condensar el significado del lugar al expresar los puntos en común como guiones que se pueden ir reproduciendo (De Nooy, 2006). Las narrativas del lugar, al sintetizar y condensar el significado del lugar, también sintetizan y condensan las problemáticas que aquejan al lugar, las motivaciones de quienes se involucran en procesos de agenciamiento y las razones para ese involucramiento (Lejano, Ingram e Ingram, 2013). Además, aproximarnos a la forma en la cual imaginan el futuro de los Huertos quienes habitan en él desde la oralidad, se sustenta en que “*Los discursos expresan el pensamiento humano, la fantasía y el deseo (...)*”, pero, a su vez, manifiestan “(...) *relaciones sociales y de poder que poseen una base institucional, se encuentran materialmente constreñidos y experiencialmente ancladas*”. (Harvey, 1996: 80; traducción propia).

Ya sea si los habitantes de los Huertos se encuentran activamente comprometidos en agenciamientos o no, es posible encontrar ciertos entendimientos o marcos de sentido colectivos sobre cómo significan la proyectividad, en términos de qué piensan que va a suceder con los Huertos a futuro y las posibilidades que imaginan. Esta proyectividad se sustenta en una percepción y evaluación compartida de la trayectoria del lugar, especialmente sustentada en los últimos treinta años en los cuales la transformación ha sido rápida y profunda, traducándose esto en narrativas de dolor por la pérdida del lugar, de un contexto institucional y económico que imposibilita la permanencia de los Huertos y de una culpabilidad de

¹⁴ La creación de significado como el “(...) *“encuadre” de la situación y como la “adaptación de encuadre” o la creación de significados compartidos entre actores, tiene que llevarse a cabo para que los individuos se involucren en la acción colectiva*” (Stevenson y Greenberg, 2000: 657; traducción propia).

ellos como comunidad en posibilitar la transformación del lugar. Estas narrativas evocan imágenes nostálgicas que contrastan lo que fue y lo que es, y expresan mayoritariamente miedo e incertidumbre sobre lo que será, entremezclándose continuamente el pasado, el presente y el futuro. Además, estas narrativas deben ser comprendidas como “*refracciones de una misma conversación*” más que como zonas distintivas de un discurso (Brosius, 2006: 294).

A partir de estas narrativas que significan la trayectoria del lugar, nacen dos grandes relatos de proyectividad: el de la desesperanza y el fin inevitable de los Huertos, amparado en una incapacidad de revertir procesos estructurales que llevan a su transformación; y el de la esperanza y la aperturidad hacia un futuro posible, el cual se sustenta en abrir las condiciones de posibilidad para que emerja una resistencia a estos procesos y, eventualmente, una actualización del proyecto de lugar.

1.1. Todo va terminando. Narrativas de pérdida del lugar

Fin, pérdida e inevitabilidad son concepciones, sensaciones que se expresan reiteradamente por parte de huerteros de un futuro que irremediamente se encuentra sentenciado, en el cual casi no hay agencia posible. Este abatimiento por una pérdida del lugar, que sin lugar a duda llegará, es expresado en un diálogo entre huerteras pertenecientes a la Asociación Gremial, cuando se les pregunta sobre el futuro de los Huertos,

Donde yo estoy yo les digo que eso se vende y se echa todo abajo... veinte años cuidando duraznos, variedad de árboles frutales, haciendo agricultura, teniendo gallinas... manteniéndolo todo verde... (Mujer, 57 años, 2017)

A ver, ¿cuánto crees tú que queda aquí, de tiempo, antes de que esto realmente sea insufrible el poder vivir, por los incendios, por los camiones...¿cuánto, cuánto? (Mujer, 60 años, 2017)

Yo pienso que más de cinco años no nos queda... (Mujer, 56 años, 2017)

Diez años le pongo máximo, porque todo esto va a ser pavimentado (Mujer, 52 años, 2017)

Yo le pongo cinco años... (Mujer, 60 años, 2017)

Esta sentencia sobre el fin de los Huertos viene siempre acompañada de un sentimiento de dolor. Cuando uno habla con un huertero sobre Huertos José Maza ellos suelen expresarse sobre el lugar en el cual habitan en un doble sentido: por una parte, con tristeza respecto de en qué se ha convertido y, por otra, con afecto sobre el lugar que fue y la vida que se tuvo. “*De manera tal de que esto era hermoso, y de a poco... no ha dejado de serlo para mí... yo, los que nos quedamos ya nos*

quedamos aquí... nos vamos a morir aquí, lo repito a cada rato, esto está sentenciado ya...” (Hombre, 59 años, 2017). Las narrativas circulan en torno a los efectos tangibles de la transformación, percibidos siempre como negativos, y expresados como un proceso que persiste en el presente. *“Que terrible ver mi querida y recordada Pintana convertida en bodegas o industrias. Lo que fue nuestro Paraíso lleno de flores, frutas y sembradíos, hoy es como bien dice Arturo depredado”* (Mujer, 60 años, 2017). La pérdida viene además cargada de una romantización y nostalgia de un pasado imposible de revivir *“(…) da una profunda pena ver en qué está convertido nuestro vergel... todo era silencio, tranquilidad, amistad, olores, ruido de pájaros... todo va terminando”* (Hombre, 63 años, 2017).

Esta narrativa de pérdida del lugar posee una temporalidad que decreta una sentencia de un futuro de fin de los Huertos que se encuentra casi concretado. Esto se sustenta en que la pérdida del lugar se evidencia en el reemplazo físico de parcelas y huertos, imponiéndose una realidad material. Hoy casi la mitad de los Huertos están ocupados con industrias. Cuando se estipula que *“todo va terminando”*, que *“desgraciadamente se acabó la vida campechana, llegaron los camioneros”* (Mujer, 43 años, 2018), que *“esto está sentenciado ya”* (Hombre, 59 años, 2017), no sólo se habla de un futuro cerrado, sino que inminente, que ya está ocurriendo y que una parte del lugar ya desapareció.

Para los habitantes de Huertos José Maza, la pérdida del lugar viene de la mano con la pérdida de identidad. *“Calles de tierra inundada por aguas de acequia, gallinas perdidas en maizales, potreros más grandes que casas, huertos colmados de frutos y tardes de verano bajo el parrón, son sólo parte del recuerdo que tengo de La Pintana que me vio crecer. Una fracción de campo ubicado en la zona sur de Santiago que con el paso del tiempo pierde su identidad”* (Militza Moya, Revista Caudal N°3, 2010: 15). Esta pérdida de identidad no es la del lugar, sino que la de quienes lo habitan, siendo la identidad territorial una construcción socioespacial interna y no una cualidad esencial del lugar. La interacción íntima con el lugar ha traído consigo una fuerte conexión entre sentimientos ecológicos y lugar, un sentido de lugar amparado en la memoria experiencial y, por tanto, en la construcción de una identidad territorial (Harvey, 1996, sobre la base de Bachelard, 1957). En esta conexión íntima entre lugar y habitantes, cargada de memoria, la pérdida del lugar *“equivale a perder la identidad”* (Harvey, 1996: 395). Tal como lo plantea un dirigente en relación con la pérdida de un huerto por la llegada de industrias, *“(…) si tú estás asumiendo que vives en un Huerto José Maza, te afecta en que pierdes tu identidad”*. (Hombre, 63 años, 2017)

Esta irremediable pérdida del lugar se entrelaza con la consideración de que el contexto político-urbano y la cristalización de permanencias en las estructuras de relación que han concentrado el poder en la conducción de los procesos de transformación de los Huertos serían estructuras rígidas que constriñen la

posibilidad de apertura hacia una nueva realidad espacial. Esto se puede notar en la construcción de una narrativa de un “urbano generalizado”, el cual se condensa en la idea de que la llegada de la ciudad es un proceso irrefrenable. “...cada vez más... más va a estar Santiago” (Hombre, 59 años, 2017).

A partir de esta reflexión colectiva, de un pasado reciente y un presente desfavorable, el cual se considera como prácticamente imposible de revertir, se produce una proyección hacia el futuro de una suerte de continuidad sobre cómo se ha dado el proceso de transformación en los últimos treinta años, siendo sumamente difícil imaginar un futuro en el cual este proceso pueda ser revertido. Las causas del proceso de transformación se encuentran sumamente consensuadas: el Estado los abandonó, los abandona y los seguirá, muy probablemente, abandonando en el futuro y, por otra parte, el Estado ya no posee el poder que poseía antes. En este sentido, la reconstrucción del pasado reciente se proyecta en un imaginario de futuro con fuertes determinaciones institucionales sustentadas en una forma de producción del espacio de carácter neoliberal, considerándose que es algo frente a lo cual los huerteros consideran muy difícil luchar. La hegemonía del mercado y el abandono del Estado resultan aplastantes y como un límite en la aperturidad hacia una imaginación que no sea el fin de los Huertos.

Por un lado, el contexto político-urbano se sustenta en un modelo de ciudad que se percibe como una expansión urbana que crece sin límites, presionando sobre sus bordes. El avance de la ciudad les hace presagiar que los Huertos dentro de poco se convertirán de forma definitiva; el imaginario de la “llegada de la ciudad” es común, el cual se sustenta en cómo se ha ido poblando La Pintana de forma rápida e incluso violenta. Se recuerda cómo fue la construcción de Bajos de Mena, al oriente de Huertos José Maza, y se teme que el terreno que se mantiene agrícola al norte de la villa pronto sea transformado en condominios. En este proceso, los próximos a ser “anexados” serían, inevitablemente, ellos. La forma en la cual se ha dado el crecimiento de Santiago y de La Pintana los hace presagiar, entonces, el fin de los Huertos. (Un futuro) “Oscuro, con lo que uno ve cómo se ha ido ampliando Santiago, horizontalmente, que han ido quitando un montón en el último plan regulador, a esta comuna le quitaron como once mil hectáreas de terreno agrícola que pasan a urbanizable” (Hombre, 63 años, 2017).

La proyección de un territorio urbano generalizado, de un avance que no se detiene, se sustenta además en que los políticos y la institucionalidad pública son quienes respaldan esta proyección. “(...) ya nos planteó el senador, cuando nosotros le dijimos “mire, nosotros queremos que esto siga siendo agrícola”, “difícil”, es decir, los políticos tienen claro que hay que seguir metiendo aquí, llegar hasta Rancagua la Región Metropolitana, entonces no hay conciencia de nada, es decir, prefieren que Santiago, en la medida que estos sectores, de San Bernardo, de Talagante, se vayan integrando cada vez más... más va a estar Santiago” (Hombre, 63 años,

2017). Esta sensación de imposibilidad de hacer frente a la expansión de la ciudad viene acompañada de una idea de que la contestación de dichos procesos es sumamente difícil, debido a que a quienes se enfrentan poseen más poder que ellos. *“Los inmobiliarios son puros poderosos”* (Mujer, 52 años, 2017) y *“El poder económico manda”* (Hombre, 59 años, 2017).

A esto se suma un sentimiento de que las normas de uso de suelo están por sobre cualquier agencia posible para resguardar el proyecto de lugar. *“(...) esta cuestión de la tierra aquí en Chile se está dando a cada rato, tú de repente te vas para el lado de Buin, parcelas que yo tenía unas amigas allá, y un día de repente me dijo me voy, ¿pero y por qué?, pero si nos cambiaron el uso de suelo y las casitas vienen ahí como a una cuadra de nosotros y yo la parcela que tengo dos hectáreas la plantaba y ahora adónde me voy a ir. Esa es nuestra realidad”*. (Mujer, 62 años, 2016). Este sentimiento se proyecta a una ratificación de su condición de zona productiva en el Plan Regulador Comunal, el cual se encuentra en proceso de diseño. *“(...) ya nos tienen amenazados con el Plan Regulador Comunal, de la comuna, que esto va a ser productivo. Esto va a significar que esto va a ser una zona industrial, en otras palabras, y que no se va a poder vivir aquí”* (Hombre, 65 años, 2017). Esta transformación conducida desde arriba y amparada en políticas metropolitanas lleva en ocasiones a la consideración de que no existe margen para la agencia. *“(...) pero que puedes luchar si te cambian el suelo, no hay nada que hacer, por eso digo, nosotros somos los que estamos mal, hay muchos huerteros que están pensando igual que yo que nos tenemos que ir y que ya no tenemos nada que hacer aquí”*. (Mujer, 62 años, 2016).

La otra cara de la desesperanza se encuentra en un abandono y una falta de reconocimiento sistemático por parte del Estado, el cual lleva más de cuarenta años. *“(...) ya no tienes un gobierno que patrocine esto, alguien que siga manteniendo...”* (Hombre, 57 años, 2017). La construcción del lugar, desde su ideación hasta su concreción en términos materiales, estuvo amparada en el apoyo del Estado, sustentándose en arreglos político-institucionales con las cooperativas, los cuales, cuando comenzaron a debilitarse, dieron comienzo a los procesos de transformación de los Huertos. El debilitamiento y luego ruptura de estos arreglos considerándose hasta el día de hoy que este apoyo es imprescindible para la continuidad de los Huertos. En este sentido, si bien se posee un orgullo sobre quiénes son y sobre lo que lograron en el pasado, especialmente respecto de la épica sobre la construcción del lugar, el peso de décadas de falta de reconocimiento y apoyo en términos de políticas territoriales para su subsistencia en el tiempo alimenta este sentimiento de un futuro cerrado. *“(...) si tú te das cuenta de que tu municipio no reconoce lo que hay en este lugar es porque ya no hay nada que hacer”*. (Mujer, 62 años, 2016). El abandono del Estado pesa además como un sentimiento de frustración de no ser vistos como un espacio de valor, repercutiendo

esta invisibilización en la falta de deseo de querer comprometerse en una agencia colectiva. *“(...) es difícil querer auto-identificarse con algo cuando ni tu propia comuna siente que tú eres importante”* (Mujer, 62 años, 2016).

El contraste con otros territorios cercanos, del sur de Santiago, que se han urbanizado por completo y que también han albergado industrias sirve como un imaginario tangible de lo que podría pasar frente al irrefrenable avance de la ciudad, articulada además desde discursos de desarrollo considerados como contrarios al proyecto de los Huertos y, por lo tanto, como una amenaza.

“Yo creo que el otro futuro es la industrialización y la urbanización, transformarnos en Lo Espejo, en San Miguel, lo que ocurrió con todos esos territorios. Con Pedro Aguirre Cerda, todos esos lugares, también El Bosque, era El Bosque, era un bosque (risas). Eran otros espacios, también eran personas que vivían de la agricultura, y también se vieron afectados por el Plan Regulador y entraron todas estas empresas inmobiliarias donde borraron la memoria de un barrio, de un territorio, a través de la arquitectura, que ya ni siquiera llamaría arquitectura a las inmobiliarias, son como una aberración de la arquitectura. Entonces estamos como en eso, como en el Burger King de la urbanización y del desarrollo, y llega el Metro, se pone ahí un Dunkin Donuts, una cuestión de helados, llegó Papa John’s “¡uy eso es desarrollo”. Entonces también es fuerte a veces encontrarse con esos discursos. Y son discursos que tienen los políticos, los alcaldes”. (Mujer, 30 años, 2020)

Las narrativas de pérdida del lugar, amparadas en la consideración de dinámicas imposibles de remontar, se entrelazan también con una sensación de que, a pesar del peso del contexto político-institucional en la transformación de los Huertos, ellos han tenido un rol como individuos y como comunidad en este proceso. Es así como, para algunos, la responsabilidad sobre la pérdida del lugar no sólo recae en el Estado y el Mercado, articulándose de esta forma una suerte de “poética de culpabilidad y responsabilidad” (Brosius, 2006), cristalizada en una frase de parte de un dirigente cuando se le pregunta por los procesos de deterioro, respondiendo “fallamos nosotros” (Hombre, 63 años, 2017). Esta poética cual surge de un “monitoreo reflexivo” (Giddens; en Karp, 1986) de la trayectoria de sus acciones como comunidad. Para Giddens (en Karp, 1986), mediante el monitoreo reflexivo de sus acciones los agentes pueden comprender el rol que tienen en la producción de sus estructuras, en este caso, en los procesos de transformación del lugar, coincidiendo Emirbayer y Mische (1998) en el rol de la reflexión como capacidad evaluativa de las acciones, en el cual inciden los procesos de comunicación colectiva y una intersubjetividad o subjetividad colectiva (Retamozo, 2009; Emirbayer y Mische, 1998).

Esta poética de culpabilidad y responsabilidad se expresa, por una parte, en que algunos se amparan en una racionalidad que les permita justificar la decisión de venta de una parcela: “(...) *mucha gente dice no, si esto dejó de ser huertos, ya no son huertos... y esa es gente que en el fondo quiere vender algún día, como poniéndose el parche antes de la herida...*”. (Hombre, 63 años, 2017). Esta proyección de un futuro traído al presente, es decir, de constatar que “ya no son huertos” a pesar de la existencia material de éstos, nos habla de una voluntad por transformar lo imaginario en real para así justificar una actitud y una acción: la venta y posterior migración. En este sentido, se reconoce que la responsabilidad sobre la transformación del lugar no sólo recae en el Estado, sino que también en quienes al vender pasan a formar parte del proceso de transformación.

Por otra parte, el actuar de los habitantes de forma individual y de la comunidad como colectivo es reflexionado y significado como un sentimiento de que se ha abandonado el proyecto y que se ha fallado en poder articular una respuesta organizada ante este abandono.

Durante la década del ochenta y noventa las dinámicas de fragmentación y disolución de la comunidad vinieron de la mano con los procesos de migración de las nuevas generaciones, siendo esta migración considerada como uno de los factores para la venta de parcelas y llegada de industrias. “(...) *por ejemplo aquí en la cooperativa la mayoría de los hijos de los que eran socios han emigrado, es decir, se han ido, porque tienen su profesión, entonces se van, y van quedando huertos muy solos, entonces al final se vende y ahí es donde llegan los empresarios...*” (Hombre, 65 años, 2017). Esta forma individual que ha adquirido el abandono del lugar por parte de las nuevas generaciones se expresa en una movilidad espacial hacia otras comunas de la región, fundamentalmente.

La migración de los más jóvenes y la permanencia de sus padres y abuelos ha llevado a un envejecimiento de la población de los Huertos y a una sensación de que no existe un recambio generacional que pueda hacerse cargo del proyecto de lugar en el futuro. Es el caso de Olfá, quien se encuentra pesimista respecto de su futuro en su huerto. Sus hijos poseen profesiones y oficios que no están vinculados a la agricultura y van de vez en cuando a verla, de visita, pero ya no trabajan en el huerto. Su marido murió hace 22 años y confiesa que le cuesta encontrar trabajadores que la ayuden con la siembra y la cosecha, debido a que dice que la mano de obra está muy cara, y a su avanzada edad ya no puede trabajar la tierra. Piensa, por lo tanto, que pronto tendrá que vender.

Junto con la pérdida de habitantes la comunidad se ha fragmentado, fundamentalmente debido a la represión política que se ejerció por parte del Estado hacia las organizaciones de la sociedad civil y hacia cualquier forma de organización social durante la Dictadura. Esto trajo consigo que en las siguientes décadas se

produjera un desconocimiento entre vecinos y una apatía por participar de la vida social, lo cual no ha sido un fenómeno único de este lugar, sino que más bien general en las comunidades a lo largo del país.

Los procesos de disolución de la comunidad han llevado incluso a que algunos consideren que en el presente no se den dinámicas comunitarias en los Huertos. *“Aquí no existe la comunidad”*, me aseveró la nieta de un huertero que aún habitaba en José Maza. Una dirigente planteaba que la transformación de los Huertos en industrias ha generado una desesperanza para participar, y que este desinterés lleva a que no logren constituirse como una comunidad. *“Yo creo que es difícil porque van existiendo otros intereses, como este lugar se está industrializando empiezan a surgir otros intereses, entonces yo creo que es normal que la gente empiece a segregarse un poco, sobre todo cuando los procesos de industrialización son tan inhumanos, si nosotros en verdad no somos una comunidad”* (Mujer, 30 años, 2020).

Esta idea de que en los Huertos no existe una comunidad debe ser interpretada también a partir del fuerte contraste que realizan continuamente con un ideal de comunidad pasada, la cual es siempre traída al presente desde una memoria saturada de una romantización como una comunidad que era casi perfecta, bondadosa, colaborativa y confiable. *“(...) en esa época (antes de los ochenta) los vecinos colaboraban, trabajaban juntos, porque eran diferentes...”* (Hombre, 59 años, 2017). Nuevamente, cabe preguntarse sobre cómo el compararse con el pasado puede representar un pesado yugo, en palabras de Arendt. *“(...) ha cambiado mucho la vida en nuestros huertos, de antaño era de mucha tranquilidad, unidos los huerteros y participando en la mayoría de los eventos que la Cooperativa realizaba, esto nos indica la tremenda diferencia que existe en la antigua y actual comunidad de huerteros pues, en estos momentos, somos tan displicentes y preocupados sólo de nosotros que creo que es conveniente meditar si en algún momento podemos volver a reunirnos como antaño”* (Fernando Espínola, Revista Caudal N°3, 2010: 8).

“Recuerdo que las asambleas de los socios de la Cooperativa eran masivas, es decir, asistía la mayoría de los socios y escuchábamos a oradores como los señores Orostegui, Puig, Pineda y otros que empleaban muy bien el lenguaje para hacer proposiciones y convencer a la asamblea” (Arturo, Revista Caudal N° 2, 2009: 16).

En términos agenciales, esta falta de comunidad es percibida como una falta de poder para hacer frente a la transformación. *“Sí, no ha habido una comunidad. Y eso nos ha perjudicado”* (Hombre, 63 años, 2017). La apatía de la sociedad en su conjunto, de carácter estructural, hace aún más difícil el poder motivar a las personas a participar e involucrarse en metas conjuntas. *“(...) la idea de José Maza yo te la aplaudo, pero fallamos nosotros, los chilenos, la mentalidad nuestra, el*

personalismo... el trabajar en conjunto, y ayudarnos unos a otros” (Hombre, 47 años, 2017). Esto ha llevado a pensar que en el presente persiste esta falta de interés por parte de los habitantes en organizarse para hacer frente a la transformación. *“(...) a nadie le importa, no le interesa, o sea, lo que pasa no me interesa, y el no me interesa te hace perder cosas...”* (Hombre, 57 años, 2017). Esto ha traído consigo una evaluación colectiva de que no han reaccionado como comunidad en la contestación de los procesos de deterioro y transformación de los Huertos, siendo la falta de involucramiento y cooperación una parte importante de las causas de la disolución del proyecto. Un ejemplo de ello es el no haber actuado como comunidad frente al cambio de uso de suelo en el PRMS de 1994, cuando se recalifican como zona urbana y habitacional-mixta. *“(...) fuimos muy, muy, muy quedados cuando hubo esto del cambio de suelo, hubo una disputa y nosotros participamos poco. De este sector participamos poco. Y ahora estamos pagando las consecuencias”*. (Hombre, 65 años, 2017).

El actuar individual, expresado en la venta de la parcela y migración, y la falta de involucramiento colectivo en el pasado y en el presente es proyectado a futuro como una tendencia, llegando a plantearse que no es posible de ser revertido: *“yo realmente no le veo solución”*. (Hombre, 47 años, 2017). Esta proyección en el tiempo estaría dada por una falta de reconocimiento por parte de sus propios habitantes de que el proyecto de lugar requería de una cooperación e involucramiento sostenido en el tiempo. *“(...) no nos cabe en nuestra cabeza de que todo eso de juntar fuerzas, para comercializar, para producir, lo que significa bajar costos y esas cosas por el estilo, y mejorar las utilidades... eso no lo entendió nadie”*. (Hombre, 47 años, 2017).

Lo que prima al leer las narrativas de significación de la trayectoria del lugar en proyección a un futuro cerrado es de un profundo sentimiento de indefensión frente a la transformación, de desesperanza, de apatía y también de cansancio tras décadas de abandono por parte del Estado, esto a pesar de que existe una sensación de responsabilidad de ellos como huerteros en la misma, la cual sin embargo no se equipara al peso que ha tenido el Estado y el Mercado. A pesar de ello, también es posible leer que el dolor por la pérdida del lugar viene ligado a una fuerte afectividad e identidad territorial, y que en esta responsabilidad por el lugar se encuentra entre líneas una micropolítica o una ética que puede abrir hacia una apertura. Los huerteros, especialmente quienes se involucran en agenciamientos, transitan de esta forma entre la proyección de un futuro cerrado y un deseo de apertura.

La consideración de un futuro cerrado, sin opción de revertir los procesos de transformación, se da a partir de una extrapolación del pasado reciente y del presente hacia un futuro próximo, el cual se predice a partir de lo conocido. Este futuro inevitable es conocido de antemano, produciéndose un cierto espíritu de fatalismo al considerarse que los eventos pasados y presentes se proyectan sin poder

ser evitados. Esta reflexividad que lleva a considerar el fin de los huertos como algo inevitable se sustenta en un momento histórico que enmarca una dificultad para imaginar proyectos colectivos, produciéndose la marginación de las comunidades en la producción del espacio urbano de forma generalizada. Además, al producirse sistemáticamente una *“experiencia de inferioridad y de opresión”* (Merrifield, 2002: 71), se provocan *“sentimientos de aislamiento y un reconocimiento de que, tal vez, solo somos “nosotros” contra las poderosas estructuras de la injusticia y la dominación”*. (Merrifield, 2002: 71). O, tal como plantea Bauman (2008), *“Confiar en que éste (el estado), debidamente interpelado o presionado, haga algo tangible para mitigar la inseguridad de la existencia no es mucho más realista que la esperanza de acabar con la sequía mediante la danza de la lluvia”* (Bauman, 2008: 109). Esta sensación de escaso poder era expresada por un agente, *“Qué le vamos a hacer, somos simples mortales que podemos patalear, pero a nivel local”* (Hombre, 47 años, 2017).

Esta consideración de un futuro cerrado se sustenta además en la forma en la cual se ha producido la transformación en los Huertos, pudiendo ser comprendida como una situación en la cual puede parecer que existe una lógica causal y circular, siendo estas lógicas consideradas como sumamente difíciles de romper por parte de cualquier oposición (Harvey, 1996). Si bien el foco debe encontrarse siempre en las relaciones y no en causalidades, la cristalización de estructuras causales o permanencias puede ocurrir (Harvey, 1996), como pareciera ser el caso de la transformación de los Huertos. Estas permanencias incluso han llegado a ser internalizadas en los discursos de los agentes, por ejemplo, cuando dicen *“somos industrial”*, como una sentencia de una significación impuesta.

Esta visión dificulta cualquier tipo de involucramiento, sea de largo plazo, como son los proyectos utópicos, o de corto plazo, como visiones más pragmáticas (Mische, 2009). *“(la gente) cree que ya pasó el tiempo, que somos industriales y que ya no hay vuelta”* (Hombre, 63 años, 2017).

1.2. De todas formas, La Pintana no muere ni quiere morir. Narrativas de duelo y renovación del apego

Al leer las narrativas de pérdida del lugar se podría pensar que para los huerteros el futuro se encuentra cerrado, sin embargo, si la noción de que los Huertos se encuentran definitivamente condenados a su desaparición fuera la única, entonces no solo no habría agencia posible, sino que no existirían acciones encaminadas a resistir la transformación. La realidad es que en los Huertos han existido siempre agenciamientos, en algunos momentos de forma más pasiva y en otros más activa y con mayor involucramiento de la comunidad, los cuales vienen acompañados de

relatos de esperanza y aperturidad. Estos agenciamientos sustentados en esperanzas no buscan articular una reflexividad distinta, sino emerger a pesar de ella. “(...) nosotros a pesar de todo, a pesar de todo nos agrupamos y luchamos por las últimas parcelas que quedan”. (Mujer, 68 años, 2017).

Es así como este relato de esperanza cohabita y se imbrica con el de desesperanza. Podría pensarse que ambos relatos, de esperanza y desesperanza, se desenvuelven de forma paralela, adscribiéndose algunos huerteros a uno o a otro. Sin embargo, ambos relatos se presentan como dos caras de una misma moneda, existiendo momentos de mayor desesperanza y otros de mayor esperanza. “(...) en algún minuto, y creo que es lo que le pasa a mucha gente hoy día, sentí que era una batalla perdida, que ya no había posibilidad, que el deterioro venía... y ahora no, estoy participando en una serie de cosas para frenar o controlar o armonizar el cambio” (Hombre, 63 años, 2017). También pueden existir ambos simultáneamente, como relataba un dirigente en una conversación: “(...) tú estás presenciado el epílogo de estas cosas, el final del camino”, para más adelante comentar “(...) nunca es tarde (...) ni una batalla está perdida”. (Hombre, 63 años, 2017). Esta ambivalencia, para Auyero y Swistun (2007), puede darse en procesos de transformación del lugar en una misma persona, la cual puede cargar con una diversidad de visiones y creencias que coexisten, trayendo consigo vacilaciones personales sobre cómo interpretar y representar los procesos.

Esta ambivalencia puede comprenderse, por una parte, en que los agentes fluctúan entre su rol como agente político, en donde el discurso posee una finalidad dirigida hacia un fin específico, como puede ser la denuncia o la motivación a la participación, y su rol como habitantes en conversaciones informales, en las cuales expresan sus preocupaciones y aprensiones libremente. En este sentido, si bien las narrativas son evaluaciones racionales y emocionales, los relatos de esperanza pueden comprenderse como “esfuerzos de compromiso” (Brosius, 2006), es decir, buscan aunar un sentido y ser reconocible para el resto, por lo que presentan una intencionalidad política. Las narrativas, por lo tanto, condensan sentido, pero al mismo tiempo cobran un sentido político para movilizar hacia la acción, siendo “(...) parte del “pegamento” que une a los actores en una red y que les permite resistir amenazas y crecer” (Lejano, Ingram e Ingram, 2013: 56; traducción propia). Asimismo, estas narrativas buscan superar el lugar topográfico para llegar a personas situadas en otras escalas (De Nooy, 2006), buscando hacerlos parte e involucrarse en sus agenciamientos, debido a que “Así como usamos historias para expresar quienes somos, también usamos las historias para “moldear” realidades complejas alrededor nuestro” (Lejano, Ingram e Ingram, 2013: 35; traducción propia).

Esta ambivalencia entre desesperanza y esperanza expresa entonces una lucha interna y colectiva que fluctúa entre el pesimismo y el abandono y la voluntad

política como deseo de resistencia. Si sólo primara la visión de un futuro cerrado, como es el imaginario del fin de los Huertos, entonces ¿cómo podríamos comprender la voluntad o el deseo de imaginar un futuro posible para los Huertos, a pesar de una evaluación racional y un entendimiento compartido de un contexto que constriñe las posibilidades de futuro?. Una posible respuesta puede ser el entender estas narrativas de desesperanza y esperanza bajo la noción de duelo de Sennett (2012), y cómo el duelo, como una fuerza transformadora, se relaciona con el compromiso personal como práctica.

Para Sennett (2012), sobre la base de Freud, el mantener la “moral alta” en tiempos de dificultad depende del estado de ánimo, el cual, frente a una pérdida, en este caso, la pérdida paulatina del lugar, puede tomar dos caminos: la depresión y melancolía, como un estado permanente, o el duelo, en el cual se reconoce una pérdida irremediable, lo cual también trae consigo dolor, pero surge sin embargo en un momento un deseo de seguir adelante. El duelo, vivido personalmente, puede llevar a la migración y la búsqueda de una nueva vida en otro lugar. Sin embargo, el duelo vivido colectivamente puede traer la búsqueda de un nuevo estado en el lugar.

Esto es claramente reconocible en el relato descrito previamente, en el cual se expresa un tránsito de un estado de sentir que estaba todo perdido a sentir que existían opciones de revertir la transformación y el deterioro, surgiendo “(...) *el deseo de seguir adelante*” (Sennett, 2012: 359). Este cambio es descrito por Sennett (2012) como un momento crucial en el cual el sujeto se encuentra entre la anomia y el duelo, enfrentándose a una situación en la cual debe tomar una decisión, agudizándose la pregunta no sólo sobre el duelo por el lugar, sino que en el cual se “(...) *reconsidera cómo quiere vivir, (...) poniéndose a prueba el compromiso personal*” (Sennett, 2012: 362). En estos relatos se vislumbra de esta forma una agudización de la pregunta y la búsqueda por una respuesta, lo cual trajo consigo que el dirigente pasara de un estado de distancia respecto de lo que estaba ocurriendo en los Huertos a un involucramiento activo como agente. El duelo por el cual ha transitado este dirigente lo ha llevado, de esta forma, a un “trabajo de reparación”, lo cual también es estipulado por Sennett (2012) como parte del duelo.

A través de este ejemplo podemos ver que la importancia que posee esta significación dual, entre esperanza y desesperanza, radica en que no sólo es un ejercicio retórico a partir del cual podemos comprender cómo interpretan la realidad respecto del contexto y la afectividad y emocionalidad que poseen respecto del lugar, sino que es a partir de estas narrativas que se le da forma a la agencia, orientando la acción y buscando la articulación y fortalecimiento de vínculos, y también las disputas y quiebres de relaciones.

El adscribirse a una situación de duelo en lugar de una de anomia, o el superar la anomia y transitar hacia el duelo, se relaciona, además, con el hecho de que el duelo

no es una simple adaptación, sino que se produce “(...) un nuevo vínculo con una nueva condición” (Sennett, 2012: 362), una “(...) renovación del apego” (Sennett, 2012: 362). Para transitar hacia el duelo, la nostalgia de una comunidad que no volverá, la cual pesa muchas veces sobre la comunidad en el presente, debe ser superada, sin llegar a constituirse en lo que Hannah Arendt (en Sennett, 2012) denomina como un “pesado yugo”, lo cual ocurre cuando es el pasado la historia dominante. La necesidad de transitar de una pesada nostalgia hacia un nuevo estado, sin dejar de lado su historia, es reconocido por parte de los agentes: *“Basta de añoranzas, de llorar lo perdido. A construir un mañana esperanzador abonado por un pasado hermoso pero con plena vigencia en el siglo XXI”* (JJVV 18-1. Circular de presentación de nueva directiva, 2014). Para ello, si bien la anomia se considera como una pérdida de autoestima y un sentimiento de desarraigo y desafección (Sennett, 2012), en el duelo el apego y el afecto son las fuerzas motoras para poder superar del estado de melancolía al de reparación.

¿Qué es ese “algo”, entonces, que diferencia a una narrativa de anomia y de un futuro cerrado de una de duelo y de esperanza?.

Ambas narrativas se construyen a partir de la consideración de la existencia o la falta de un margen de posibilidad para revertir la transformación y el deterioro de los Huertos. En este sentido, ambas narrativas están cargadas de una fuerte afectividad e identidad, sin embargo, cuando prima la desesperanza no prima una desafección, sino que es un relato cargado de dolor en el cual prevalece una evaluación en la cual se considera que es prácticamente imposible moldear un futuro de un urbano generalizado, de un borramiento del lugar. Si bien en la narrativa colectiva en la cual se vislumbra la esperanza de poder incidir en el control del territorio y, por lo tanto, en su futuro, también se exponen, pesadamente, las dificultades como falta de oportunidades y de posibilidades, existe algo que los impulsa no sólo a imaginar un futuro de permanencia de los Huertos, sino que, en este preciso acto de imaginar, actúan y por tanto se genera una aperturidad del lugar.

Si bien tanto en los relatos de desesperanza como en los de esperanza se le da una fuerte preeminencia a la afectividad y a la identidad territorial, en los de esperanza emergen elementos de lo que Castree et al (2010) denominan como una “micro-política de emociones, afectos y ética”, o que en el caso de los existencialistas estaría dado como un compromiso afectivo hacia el lugar (“care”, en Heidegger). Desde la fenomenología este compromiso afectivo está dado a partir de una interacción íntima con el lugar y de una comprensión profunda a partir de la experiencia socioespacial ligada al habitar, lo que puede traer consigo una responsabilidad moral del mundo inmediato a partir de una experiencia contemplativa y sensorial (Harvey, 1996, sobre la base de Heidegger).

Por una parte, a pesar del deterioro y la transformación, se sigue valorando la vida en los Huertos. El poner el valor de uso por sobre el valor de cambio como una decisión cotidiana también es relevante en la proyección del futuro. Si bien hay personas que ven en la urbanización de los Huertos un beneficio al aumentar la plusvalía de sus terrenos, existen otras que ponen el valor de los Huertos en otras cualidades, *“nosotros la verdad es que valoramos lo que tenemos aquí”* (Hombre, 63 años, 2017). El que aún exista satisfacción y un disfrute real en la vida cotidiana, así como un apego hacia el lugar, lleva a una agencia cotidiana de resistencia. *“(…) disfruta haciendo lo mismo, han pasado 40 años y tú la ves con su gladiolo igual que hace cuarenta años... y es su vida, porque encontró como muchos el oasis, el lugar que la satisface, es su aspiración máxima... además con 82 años que otra aspiración quieres... vivir los últimos años que te quedan tranquilamente en un lugar que ya conozco y haciendo lo que me gusta”* (Hombre, 59 años, 2017). Se valora además la vida en los Huertos por la posibilidad de vivir en un entorno natural, relacionando esto con una mayor calidad de vida y considerándolo un verdadero privilegio con el cual no se cuenta en la ciudad. *“Tener una parcela hoy es un tremendo privilegio. Vivimos con espacio para una mejor vida familiar, con un entorno rico para la formación psicomotriz de nuestros niños, con la posibilidad de apreciar la naturaleza y la vida animal como parte de nuestras vidas”* (María Paz González, Editorial Revista Caudal N° 1, noviembre 2008: 1). *“También tiene que ver con calidad de vida, esto también para nosotros es una forma digna de vivir”* (Mujer, 30 años, 2020). Esta valoración de la forma de vida ligada a la agricultura y la “naturaleza” y la identidad que se construye a partir de ello lleva de esta forma una creciente topofilia. *“El amor que uno tiene por lo que tiene, por las raíces, por lo que ha hecho, por lo que ha construido. Tal vez ese es el apego. Ese es el apego que uno tiene. Y por esa razón no lo cambiaría. Y si me llevo a ir alguna vez no me gustaría deshacerme de esto”*. (Mujer, 45 años, 2015).

Por otra parte, la revitalización de una sensación de orgullo por el proyecto, ligado a la identidad territorial, también se presenta como una fuerza que lleva a la “renovación del apego” y a una voluntad para involucrarse y abrir el futuro. La tradición también juega un papel importante en la valoración de la vida en los Huertos; el mantener una forma de vida que da sentido y el poder seguir viviendo como se ha vivido. En el caso de la identidad territorial de quienes habitan o han habitado los Huertos, se produce además un orgullo que nace de la épica de la construcción del proyecto de carácter colectivo y lo que los esfuerzos de sus abuelos o padres fueron capaces de lograr. *“(…) nuestros intereses son precisamente porque vivimos aquí, y en algunos casos, nuestras generaciones anteriores participaron en los orígenes de la comunidad, de los huertos”*. (Hombre, 63 años, 2017). Este orgullo se traduce de esta forma en una motivación agencial para la conducción de acciones hacia el cuidado del lugar. *“Cuidemos nuestra villa, que cada rincón representa la historia de nuestras familias, que esperanzadas instalaron sus*

hogares hace 75 años dejando un legado de convivencia y amistad". (Kranko Zapatta, 2011: 19. Revista Caudal N° 4).

En este sentido, se produce un fuerte sentido de pertenencia que lleva a querer la continuidad del lugar. *"Nosotros somos nacidos o hijos de huerteros. Debemos prevalecer a los cambios"* (Hombre, 63 años, 2017). Este deseo por prevalecer como pintaneros, ligando la identidad al lugar a *"(...) una decisión política de autoafirmación"* (Creswell, 2015: 45; traducción propia), se sustenta en lo planteado por Bruner, *"Nos hacemos parte de algo cuando esto se convierte en una parte esencial de la historia sobre quiénes somos"* (Bruner, 1990; en Lejano, Ingram e Ingram, 2013: 56; traducción propia). Esto se encuentra ligado además a una memoria social, a un saber hacer y una herencia de la cual hay que hacerse cargo, decretándose, tal como decía un dirigente, que hay que sobreponerse a los tiempos. Es así como, en la proyección de futuro de una joven dirigente, la posibilidad de imaginar un futuro optimista va ligada a la apertura del espacio y al involucramiento de la comunidad: *"(...) hay un final donde la gente se compromete, y yo siento que puede existir si volvemos a abrir esos lugares de diálogo entre la comunidad, para ir construyendo lo que uno quiere y poder preservar quizás las parcelas que van quedando con esta historia, y tratar de hacer un filtro de las industrias que hay en el territorio"* (Mujer, 30 años, 2020).

Esta esperanza se fundamenta en que no sólo se produce una voluntad colectiva, sino que también la consideración de que existen suficientes personas con deseos de involucrarse en un proyecto común. *"Hay masa crítica, yo creo que si no existiera yo ya hubiese abandonado esto hace harto rato"* (Mujer, 30 años, 2020). En este sentido, si bien muchos consideran que en los Huertos la comunidad envejece y que no existe un recambio generacional, existen otras voces que hablan de la permanencia o retorno de jóvenes, fundamentalmente hijos o nietos de huerteros, que movilizadas por un interés en habitar un espacio alejado de la ciudad y poder vivir de una forma más colectiva ven en los Huertos un espacio para desarrollar una nueva forma de vida. *"Ha vuelto mucha gente y se ha dado cuenta que este territorio es muy valioso"* (Mujer, 30 años, 2020). Ellos se suman a los habitantes que han permanecido habitando en los Huertos y que hoy buscan organizarse para conducir una revitalización del lugar.

Si consideramos como punto cúlmine de la esperanza el permitirse soñar, la fantasía como apertura hacia la precondition de la imaginación (Foucault; en Amin y Thrift, 2002: 115), como el ejercicio más alto en la búsqueda de la libertad, podemos notar que esta voluntad de soñar existe entre los huerteros, entremezclándose de todas formas con esta noción de un futuro cerrado. Por ejemplo, cuando se les preguntaba a quienes forman parte de la Asociación Gremial sobre cómo imaginaban el futuro de los Huertos y su futuro como organización, lo primero que dice una de sus dirigentes es *"soñemos"*, diciéndoselo a sí misma pero también como una

instrucción. Un miembro de la Junta de Vecinos también interviene antes de que empiecen a responder y dice “*soñar un poco...*” (Hombre, 63 años, 2017). Por eso el “permitirse soñar” es una actitud voluntaria, más aún cuando el soñar se instruye como un ejercicio colectivo.

El permitirse soñar es aún más claro en el caso de una joven dirigente de la organización Ecopintana. Cuando se le pregunta cómo imagina el futuro de los Huertos, a diferencia de otros dirigentes de más edad, quienes cuando se les pregunta por el futuro contestan rápidamente, casi sin vacilar y con una narrativa común y coherente, ella se detiene, elude, hace pausas, cambia el tema. Sin embargo, cuando se le insiste en la pregunta, dice que imagina dos futuros, y describe en primer término un futuro optimista. Luego se desvía y comienza a hablar de otros temas. Cuando se le pregunta por el otro futuro, dice que ni siquiera lo quiere nombrar, para que no se cumpla. El contraste entre la desesperanza de dirigentes de mayor edad y con décadas de involucramiento en las organizaciones de base y el optimismo de quienes recién comienzan una trayectoria de participación es claro.

2. El lugar imaginado. Idearios y horizontes políticos en la actualización de los Huertos como ciudad jardín y comunidad eutópica

“Todos nosotros habitamos un “terreno de conciencia” determinado en gran medida por el lugar que habitamos, el trabajo que realizamos, y las personas con las cuales compartimos nuestras vidas” (Berg, citado en Alexander, 1990: 170; en Harvey, 1996: 202. Traducción propia).

De la mano de la esperanza nace una proyectividad de futuro para los Huertos, una “esperanza totalizante”, en palabras de Mische (2009), que se condensa en imaginarios sobre cómo se desea que sea el futuro del lugar. Esta proyectividad va un paso más allá de la esperanza de cambio, al concretizarse en horizontes políticos que aúnan metas comunes hacia dónde encauzar la acción de quienes participan de los procesos agenciales. En este sentido, el duelo y la esperanza también se sostienen de un ideal político, el cual puede traer consigo una intencionalidad compartida de llevar a cabo metas colectivas.

Estos horizontes políticos se sustentan y adquieren forma y sentido sobre la base de una serie de narrativas que cristalizan visiones y deseos sobre las problemáticas que se enfrentan (y cómo éstas pueden ser resueltas) y el lugar que se quiere construir. Estas narrativas pueden proveer, entonces, de “mapas de acción” (Ricoeur, en Emirbayer y Mische, 1998) en la búsqueda de nuevas posibilidades de futuro, hacia los cuales se orienta la agencia. La proyección de horizontes políticos abarca, además, un imaginario común, *“Aquellos que viven en un lugar (ya sea Guilford o Guatemala), que tienen pretensiones de crear un locus institucionalizado de poder social y político, tienen que encontrar o inventar un imaginario que permita alcanzar cierto nivel de cohesión y solidaridad social además de un orden institucionalizado”* (Harvey, 1996, p. 414).

Estos trazados u horizontes políticos se construyen gracias a una voluntad de involucrarse colectivamente en el logro de ciertas metas o visiones comunes, a una intencionalidad compartida de moldear el futuro, los cuales a pesar de ser flexibles y encontrarse siempre en proceso, se producen de todas formas como marcos o significaciones colectivas sobre cómo se desea el futuro del lugar, como una capacidad proyectiva de imaginar posibilidades alternativas (Emirbayer y Mische, 1998) y como una “consciencia oposicional compartida” (Martin, 2004).

La proyectividad abarca *“la generación imaginativa de actores de posibles trayectorias futuras de acción, en las cuales las estructuras recibidas de pensamiento y acción pueden ser creativamente reconfiguradas en relación con las esperanzas, temores y deseos para el futuro”* (Emirbayer y Mische, 1998: 971).

Esta concepción de proyectividad se sustenta en una esperanza de cambio producida por motivaciones que se relacionan con visiones, símbolos, ideologías y discursos que enmarcan los agenciamientos, dándoles un significado o sentido compartido (Klandermans et al, 1988; en Martinelli, 2010; en Moulaert, Martinelli, Swyngedouw y González, 2010), los cuales son además contextuales y contienen una historicidad, conjugándose en los horizontes políticos que se trazan para encaminar los procesos agenciales deseos de cambio, pero sin dejar de lado una evaluación de lo que se considera que es posible de lograr.

Las vinculaciones que se producen en los Huertos entre la defensa y protección del lugar con discursos e idearios de políticas universales se cristalizan en proyecciones u horizontes en los procesos agenciales, siendo éstos relevantes debido a que es en torno a éstos que se establecen compromisos e involucramientos tanto por parte de la comunidad como de agentes situados en otros lugares y escalas. Por una parte, impulsan un “(...) *sentido de finalidad interior mediante la cooperación comunitaria*” (Sennett, 2012: 369), como una parte del sentido de vocación comunitaria. Por otra, al vincularse con ideales socioespaciales más amplios, se puede dar una naturaleza abierta de la comunidad que lleve a que otros quieran formar parte de ésta y de sus proyectos y prácticas (Harvey, 1996; Castree et al, 2010).

En los últimos treinta años de existencia de los Huertos los procesos agenciales han pasado desde una mayor pasividad en los años noventa hacia el renacimiento de la actividad comunitaria a partir de mediados de la década del dos mil. En esta trayectoria agencial, el tránsito de distintas orientaciones agenciales por parte de las organizaciones del lugar da cuenta de que persisten ciertos horizontes políticos que poseen sus raíces en el imaginario de la ciudad jardín y el socialismo utópico, como los idearios fundacionales de las tres villas que componen los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana. Sin embargo, a casi ochenta años de la fundación de los Huertos, estos idearios se actualizan, imbricándose con formas renovadas de pensar la relación entre naturaleza y ciudad y de concebir la comunidad, articulándose de esta forma las narrativas locales con discursos globales. Es así como en los Huertos la proyectividad del lugar adquiere un significado espacial sobre la base de la memoria y la experiencia, pero también sobre idearios universales de transformación de la sociedad.

Esta relación entre defensa del lugar por el lugar y la concepción de la defensa como parte de políticas universales se puede comprender a partir de sentimientos de topofilia, que nacen a raíz de la experiencia vivida, y por una consideración del rol del ser humano como parte de un contexto más amplio, que va más allá de su experiencia inmediata. Es así como, si bien desde la fenomenología una política del lugar nace a partir de una relación íntima con el lugar basada en la experiencia, lo que puede traer consigo una capacidad protectiva desde la afectividad e identidad

(Harvey, 1996), en el caso de los Huertos ésta también se liga a idearios universales, en lo que Marx concibe como “(...) *la construcción de un sentido del “ser en la especie”*” (Marx, en Harvey, 1996: 407). Esta vinculación entre el pensamiento desde la fenomenología y el marxismo se sustenta en el valor de la práctica o la producción “(...) *como momento privilegiado de participación sensorial en el mundo*” (Harvey, 1996, p. 407), como momento vital que va más allá del discurso.

En este sentido, la proyectividad en términos de horizontes o proyectos de lugar contiene una dimensión ética y política sobre el rol del lugar respecto de procesos y transformaciones socioespaciales más amplias. Si bien una parte importante de los procesos agenciales que se han llevado a cabo en los Huertos a partir de la década del noventa han sido orientados hacia su defensa, siendo, por lo tanto, reactivos, éstos se ligan discursivamente a políticas universales. Es así como surge a raíz de la transformación de los Huertos en su relación con Santiago como ciudad neoliberal un discurso de Derecho a la ciudad que sustenta las acciones de las organizaciones en su defensa, pero también una búsqueda por ser un territorio alternativo a las formas dominantes de producción del espacio bajo una lógica neoliberal.

Las narrativas y representaciones de lugar que se articulan como mapas de acción en los Huertos se sustentan, además, en una búsqueda por mantener una coherencia en la trayectoria del lugar, sustentada en una defensa de ciertas cualidades o de una identidad de lugar, las cuales se encuentran en permanente negociación. Como vimos anteriormente, la condición de duelo de Freud, reflexionada por Sennett (2012) como uno de los motores de compromiso social, se sustenta en la renovación del apego hacia una nueva condición, pero que sin embargo mantiene sus raíces. Por eso se habla de una renovación, de una actualización y no de un nuevo apego. En este proceso de duelo muchos se adhieren a la aceptación de esta nueva condición que significa el reemplazo material de huertos por industrias, encaminando los procesos agenciales hacia una relación armónica con esta realidad. Sin embargo, persiste una visión ideal, un imaginario socioespacial que posee fuertes raíces en la concepción de ellos como un proyecto que formaba parte de un plan territorial de carácter metropolitano. Quienes habitan en los Huertos se sienten parte de una historia única, de una épica eutópica de un lugar por el cual, a pesar de llevar casi cuarenta años bajo una política del abandono, sienten un fuerte orgullo.

En este sentido, la defensa del lugar no se articula como una defensa agregada de derechos individuales, sino que quienes participan de los procesos agenciales sienten fuertemente que los Huertos forman parte importante del sistema regional, poseyendo de esta forma la defensa del proyecto una consideración colectiva que va más allá del lugar y que se concibe como relacional al encontrarse en relación con otros lugares y con territorios más amplios. Además, persiste la noción de que los Huertos nacieron como un impulso utópico, relacionándose con el cuestionamiento

de lo hegemónico al ser las utopías una crítica al status quo, buscando estas formas alternativas a cómo se produce el espacio (Amin y Thrift, 2002; Tally, 2013), conservando esta idea de un lugar en el cual se pueden poner en práctica imaginarios contrahegemónicos.

El concebir la protección de los Huertos desde una comprensión del lugar como parte de un sistema territorial sin dejar de lado una búsqueda por una cierta autonomía y autosuficiencia del lugar apela a sus raíces como una comunidad concebida bajo los ideales de la ciudad jardín y sus vinculaciones con el pensamiento anarquista, los cuales buscaban dar respuesta a los problemas de la ciudad occidental de finales del siglo XIX. Sin embargo, estas ideas fueron actualizándose a lo largo del siglo XX, entrelazándose los idearios de los Huerteros con los de la ciudad regional y su imbricación con el pensamiento ecologista, la cual buscaba el desarrollo armonioso del territorio bajo principios de equilibrio ecológico, concibiéndose el crecimiento de la ciudad en relación con la región de la cual forma parte (Hall, 1996). Estas raíces anarquistas resurgen a nivel mundial frente a las problemáticas de la ciudad neoliberal con el movimiento de planificación comunitaria y una voluntad por devolver la construcción de la ciudad a sus habitantes, las cuales forman parte del pensamiento de Howard sobre la ciudad Jardín y de Geddes en la planificación regional (Hall, 1996). Tal como lo plantea una dirigente, *“(...) hacia dónde vamos, como mundo, hay que tomar decisiones que claramente no van a ser reflejadas de aquí a un año, quizás nuestra generación tampoco lo va a poder apreciar. Pero yo creo que tenemos que cambiar nuestra percepción de vida, de desarrollo, y eso yo creo que se va armando y se va construyendo con diálogos ciudadanos”* (Mujer, 30 años, 2020).

Es así como los idearios bajo los cuales se concibe el proyecto de los Huertos permanecen vigentes, actualizándose tanto a nivel mundial como en los imaginarios, discursos y narrativas de los huerteros como horizontes políticos. Dentro de estos idearios podemos mencionar como aquellos que permanecen y que son disputados por parte de los huerteros, dándole forma a la orientación de la agencia, la búsqueda por una armonía con la naturaleza, la concepción de la periferia como un espacio funcional de agricultura de cercanía, la preeminencia de una política de lo común como base de la comunidad e ideales económicos y sociales basados en el cooperativismo, la solidaridad y la ayuda mutua.

2.1. Los Huertos como un pulmón verde para la ciudad

Uno de los pilares de la idea de la ciudad jardín era la concepción de la planificación de lugares en los cuales naturaleza y medio construido coexistieran en equilibrio y armonía gracias a un buen diseño (Hall, 1996; Sennett, 2012). Este equilibrio se encontraba tanto dentro del lugar planificado, la comunidad, como de ésta respecto

de su entorno, en una lógica de sistemas en el cual la ciudad y el campo (asociado a la naturaleza) estuvieran interrelacionados de forma tal que se pudiera lograr un equilibrio benéfico tanto en términos ambientales como económicos y sociales. Debido al carácter hiper planificado del modelo de ciudad jardín, la relación entre naturaleza y ciudad se daba, en parte, gracias a la zonificación de parte importante del periurbano como un cinturón verde de naturaleza y agricultura. Esta concepción por parte de quienes idearon la ciudad jardín, en donde la naturaleza era relevada como un componente importante en la planificación del territorio, inició una tradición en la planificación territorial que se mantiene hasta el día de hoy, siendo Lewis Mumford quien acuña el término de “ciudad sostenible” (Sennett, 2012).

La relación entre lugar, naturaleza y territorio, si bien mantiene sus raíces en el pensamiento de los ideólogos de la ciudad jardín, se actualiza en las narrativas de los agentes de los Huertos incorporando formas biorregionalistas, comunitarias y anarcosocialistas de la política ecológica. Si bien en el ideario de la ciudad jardín la planificación y la concepción de que a través de la forma se puede lograr la armonía y equilibrio entre naturaleza y medio construido, en el pensamiento ecológico actual el foco se encuentra en los procesos (Harvey, 1996), siendo la crítica hacia la economía política en un contexto capitalista y la conservación de las cualidades medioambientales del lugar uno de los focos de los movimientos de justicia medioambiental, “(...) *enfaticando la comunidad, la localidad, el lugar, la proximidad a “la naturaleza”, la particularidad y la descentralización (de forma antagonista a los poderes del Estado), en oposición a formas más tradicionales de socialismo vinculadas a la universalidad de la lucha de clases y el capitalismo como un sistema de dominación*” (Harvey, 1996: 201). Es así como las organizaciones presentes en Huertos José Maza, con sus formas de organización, sus visiones y proyecciones, poseen raíces en distintos movimientos y tradiciones del siglo XX e incluso XIX, resignificados de acuerdo con la realidad nacional y local e imbricados con narrativas globales.

Estas narrativas entrelazan la particularidad del lugar con discursos contra hegemónicos críticos de los procesos de globalización neoliberal que desafían la forma en la cual el poder político y económico los definen y cómo los sitúan en configuraciones sociales y políticas existentes. Con ello, buscan subvertir el orden bajo el cual han sido excluidos e invisibilizados, adoptando una visión crítica no sólo de la condición de su territorio, sino que una más amplia respecto de derechos universales y de su rol como comunidad en territorios más amplios. “*Sí al final a nosotros nos han dicho que somos eco terroristas, anti-progreso, cosas así... no es que estemos en contra del progreso, pero no queremos que siga siendo en desmedro de la naturaleza, porque también afecta a nuestra propia naturaleza*”. (Mujer, 30 años, 2020)

Este vínculo entre lugar, naturaleza y territorio se mantiene a lo largo de la trayectoria de los Huertos hasta la actualidad, existiendo una relación entre una topofilia y valoración del lugar por la experiencia vivida y una conciencia política ecológica de carácter universal que se da gracias a una *“comprensión profunda experiencial de la naturaleza”* (Harvey, 1996: 392). Tal como relata Wolrad Klapp respecto de la asamblea en la cual se forma la organización Karumapu en 1989, en ésta se conjuga el conocimiento y la práctica desde la experiencia del habitar con ideales desde una política universal ambiental:

“De paso exigirán que los nuevos socios de la entidad sean como ellos, gente de corazón humilde, no alardearán de conocimientos que no se tienen, no posarán de trascendentes, serán, no hay sospecha, ecologistas/empíricos. Esa es la palabra. Más adelante, tiempo al tiempo, se adentrarán en lo de efecto invernadero, en la destrucción de la capa de ozono, comentarán de macro, reciclaje, praxis, cosmovisión” (Klapp, 1990: 6).

Este vínculo entre saber, experiencia y conciencia y responsabilidad del lugar desde el habitar posee el potencial de articularse con idearios universales, debido a que mediante esta experiencia se comprende que el lugar forma parte de procesos más amplios. Para una dirigente, los habitantes de los Huertos se dividen entre quienes son dueños de las parcelas y ven en los procesos de transformación una oportunidad de ganancia monetaria con su venta o rentabilización por arriendo, y los huerteros, quienes valoran su habitar y lo conectan con una comprensión más amplia del territorio,

“La otra cara son personas que valoran mucho el lugar donde viven, valoran mucho tener tierra, valoran tener agua, valoran tener un ecosistema vivo en que pueda haber aves nativas que no se vayan a otros lugares, entienden la importancia que tiene esto como un pulmón verde de Santiago, entienden también el tema de la ecología como búsqueda de un cambio de conciencia que es importante comenzar a activar en nosotros. Entonces yo creo que tienen otra visión, no son tan empresarios” (Mujer, 30 años, 2020).

Esta noción de comprender al lugar como parte de un territorio desde la experiencia, pudiendo esto traer consigo una capacidad protectora, se puede apreciar también en el relato de Fresia sobre los Huertos y la protección de las aves,

“Había aquí una cantidad de árboles inmensa, la temperatura que tú encuentras ahora era un poquito más baja. Pero se han talado tanto los árboles, tanto, entonces cada vez vamos quedando con menos árboles y nosotras escondidas seguimos plantando. ¿Por qué escondidas? Porque a veces te da miedo que vengan a robarte tu árbol y no plantamos con árboles ornamentales, son nativos. Porque tratamos de defender las últimas aves que quedan. Cuando hay incendios forestales en Peñaflor, en el Cajón del Maipo, para el lado que sea, Puente Alto,

ellas van a llegar acá. Y las aves que vienen cruzando la cordillera, bueno, yo no soy técnica, pero ellos se guían por el área donde ellos pueden descansar. Ellas vienen bajando de Puente Alto, “uuuuuu, hace un calor más o menos”, dice el pájaro, “¿oye, y si bajamos un poco más allá?, me dieron el dato de que hay un lugar que hay un lote de árboles, vamos a descansar allá, está fresquito porque allá hay unas viejitas que se ponen a regar el terreno, podemos descansar, bañarnos un rato, comer alguna frutita, que en arbolito siempre quedan, y de ahí al otro día remontamos, en la madrugada”. Bonito el cuento, ¿verdad?. Pero si es la verdad. Si supiera la gente lo que sufre un pájaro cuando viene bajando. Hay corrientes de aire que pescan a los pájaros y los dan vuelta, los golpea contra los cerros, las rocas, lo que haya, para que te hagas una idea. Nosotros varias veces nos fijamos en lo que pasaba. Encontrabas un pajarito muerto, pero no es de este sector. De cincuenta pájaros que pasan llegan veinticinco. Ellos pasan un montón de cosas, si están al otro lado hay siembras, el hombre fumigó, el otro echó veneno y el tercero está con una escopeta. De esa bandada grande llegan aquí a penas. Entonces hay que enseñarle a los niños cómo es el viaje de un ave, para que vean un árbol y le tengan respeto, y sepan que ahí tiene sombra y comida” (Mujer, 68 años, 2017).

Para una dirigente, el problema también se encuentra en que la comunidad debe estar informada y comprender cómo procesos más amplios pueden afectar al lugar. (Sobre los huerteros y el problema del agua de regadío) *“La gente dice “¡ay no la sequía, que el agua, que los pozos, que la cuestión, no sé qué!”, pero la deforestación que avanza en la ciudad sobre todo es súper fuerte. Entonces cómo no vamos a tener problemas de agua si estamos deforestando todo. Hay un proyecto en el Río Maipo que está desviando los caudales de agua, que está terminando con capas vegetales que son importantes” (Mujer, 30 años, 2020)*

El valor que se le otorga a la naturaleza en y de los Huertos y la importancia de su conservación para el sistema regional se aprecia en estas narrativas y también en cómo los huerteros involucrados en procesos agenciales representan el lugar, existiendo en la actualidad una movilización discursiva de la representación de los Huertos como un pulmón verde.

La significación de los Huertos como un pulmón verde se sustenta en la consideración de éste como un espacio natural importante de ser preservado se cristaliza en su representación como parte de un cinturón verde de escala metropolitana, en un contexto de ciudad saturada de contaminantes, siendo esta una de las representaciones que se han mantenido a lo largo de la trayectoria del lugar desde su fundación, pero actualizándose como parte de la solución de la problemática ambiental actual. La situación de los Huertos en el sur de la región los localiza estratégicamente respecto de la dirección de vientos predominantes, los cuales van de suroeste a noreste. Las tres villas, en conjunto con La Platina y el

campus Antumapu de la Universidad de Chile, son consideradas por los huerteros como un verdadero pulmón verde que presta un servicio ecosistémico en una metrópolis con altos índices de contaminación del aire. “(...) *la zona sur de la Región Metropolitana es el pulmón verde de Santiago*” (Mujer, 43 años, 2018). Esta característica de pulmón verde también es considerada como una cualidad de los Huertos en cuanto a que, gracias a su vegetación y localización, es un lugar libre de los índices de contaminación que aquejan al resto de la ciudad, conformándose como un corredor de aire limpio y, por lo tanto, un pulmón para la ciudad. “(...) *en este lugar no hay smog, gracias a todo el viento que viene del Raco del Maipo nosotros no tenemos smog en La Pintana, por esto es un pulmón*”. (Mujer, 62 años, 2016).

Esta narrativa de los Huertos como un pulmón verde para la región es movilizadora como un discurso de defensa del lugar y de una agencia que busca mantener esta cualidad. “*Esto es realmente un pulmón verde que arrastra los vientos que van hacia el centro de la ciudad, entonces imagínate lo que es eliminar esto, ¿te imaginas lo que sería con la contaminación?*” (Mujer, 50 años, 2017). Este discurso se enlaza con el reconocimiento de esta cualidad por parte de expertos en materia ambiental, buscando con ello su legitimación. “(...) *una universidad iberoamericana en el año 1999 hizo un catastro de árboles, contabilizó que habían más de 190.000 árboles, solamente en Huertos José Maza. Nosotros luchamos por el pulmón*” (Mujer, 68 años, 2017).

Estos discursos, del valor natural de los Huertos y la representación de los Huertos como un pulmón verde, continúan siendo uno de los valores más fuertes que se da entre los huerteros, especialmente entre quienes formaron parte de Karumapu y de quienes forman parte en la actualidad de Ecopintana y de la Asociación Gremial de Huerteros. Esta valoración, la cual la podemos encontrar tanto en las narrativas de los agentes como en la orientación de la agencia de las organizaciones, se da tanto como componente fundamental del lugar como también como parte de una política universal ligada al pensamiento ecológico, alejándose de esta forma de estrategias agenciales que se articulan exclusivamente para la defensa del lugar sólo por el lugar, como un espacio aislado.

La voluntad de proteger a los Huertos, sustentada en narrativas y discursos que buscan relevar el rol ambiental de los Huertos a escala metropolitana y en la representación de los Huertos como un pulmón verde se entrelaza con la orientación de la agencia de las organizaciones de los Huertos.

“*Preservemos, en el marco de la modernidad, el carácter verde que siempre nos caracterizó. Es necesario para ello cuidar y mantener nuestra identidad de “Huertos Agrícolas Obreros José Maza”* (JJVV 18-1. Circular de presentación de nueva directiva, 2014).

En el caso de Karumapu, organización ecologista formada por huerteros en 1989 y cuyo nombre en mapudungún significa “Tierra verde”, ésta nace con el objetivo primario de dar a conocer el problema de la industrialización de los Huertos como un problema ambiental, centrándose además en la pérdida de flora y fauna que este proceso conlleva. El presidente de la organización, Wolrad Klapp, definía de esta forma la razón de su constitución “(...) *dar forma a una institución que defienda a la comarca de la destrucción de su arboleda, del desaparecimiento de los huertos agrícolas, de las fábricas humeantes o ruidosas, de los grandes depósitos de vehículos que empiezan a instalarse velozmente sin que nadie haga nada por detener la amenaza que ya ataca a los comuneros y a toda la población de Santiago que pierde, en silencio, una de sus escasas bolsas de oxígeno*” (Klapp, 1990: 4).

El foco de esta organización fue centrar sus metas en la protección de la flora y fauna del lugar y sus narrativas en el reconocimiento de los Huertos como un pulmón verde para Santiago, en un contexto de una ciudad que a comienzos de la década del noventa presentaba un rápido crecimiento en los índices de polución atmosférica y un momento en el cual, desde la planificación territorial, se trazaba un plan para trasladar a las industrias contaminantes desde el sur hacia el norte de la región, con la finalidad de disminuir dichos índices. “(...) *persiguiendo mantener el entorno natural del Fundo de La Pintana, junto con unos amigos formamos KARUMAPU, el que perseguía mantener el pulmón verde de Santiago (...)*” (Wolrad Klapp, Revista Caudal N°2, 2010: 22).

De esta forma, se liga en sus narrativas el problema creciente de la contaminación de la metrópolis con la emergencia de una conciencia ambiental que se da a escala global, situando a los Huertos como parte importante del sistema metropolitano, los cuales al ser protegidos pueden contribuir a la solución de dichas problemáticas:

“Cuando Karumapu señala que la comunidad agrícola está en peligro refiere el hecho que en el sector de su existencia, en desmedro de su masa forestal, están siendo instaladas, lenta y gradualmente, industrias polutivas (...) además de varios depósitos de vehículos de locomoción y carga. De esta manera, lejos de proporcionar oxígeno a la población de Santiago por la acción de los vientos sur y suroeste sobre nuestra arboleda (informe del Centro Metereológico de Chile, obtenido en febrero de 1990), lanzaremos ahora dióxido de carbono y gases sobre su corrupta atmósfera” (Klapp, 1990: 14).

Este discurso se enlaza con una representación de los Huertos como un lugar prístino y puro, ligado a la naturaleza, la ruralidad y una buena comunidad, alejado de las maldades propias de la ciudad, el cual se socializa en una búsqueda de reconocimiento por parte de personas situadas en otras escalas. Así describe Klapp

(1990) a los Huertos en el Primer Encuentro Nacional de Organizaciones de Acción Ecológica:

“Un poquito más allá comienza el reino de una hermosa tierra verde Karumapu, que es un conjunto de 500 huertos de media hectárea cada uno, entre una docena de calles que perfilan su extensión y contienen su crecimiento. Es el lugar que mantiene la pureza de los cielos azules, de los hermosos días de campo y en el que se entrecruzan los vuelos de las tradicionales avecillas, ya perdidas en la memoria del santiaguino, como los tiuques, agoreros de la lluvia; los búhos, centinelas de la noche; los queltehues, continuos vigías de potreros y alfombras verdes. Figura entre los árboles centenarios una antigua casa patronal de aquel fundo que dio origen a esta zona y a su, hasta ayer, original nombre de La Pintana, reminiscencia de frutos, pinturas, colores, historia patria”. (Klapp, 1990: 10).

“(…) milagro de vida verde, tierra original, vida primitiva, milagro de pureza en medio de una avalancha de poluciones, contaminación ambiental y corrupción moral de las grandes aglomeraciones de las ciudades” (Klapp, 1990: 11).

Esta representación se complementa con la de los Huertos como un bosque cuya existencia beneficia a la región. Para ello, las narrativas se orientan hacia una descripción de la flora y fauna bajo un lenguaje de expertos, buscando además representarse como una formación vegetacional específica, utilizando para ello un lenguaje ligado a las ciencias ambientales: *“La comunidad agrícola en sus quinientos huertos distribuidos en 315 htas. da cabida a unos 40 mil individuos forestales que dan forma a lo que podría denominarse bosque tipo pintanero y cuya particularidad es que habitan en él – en buena convivencia - especies de diverso origen y patria”* (Klapp, 1990: 13). La descripción del bosque tipo pintanero continúa en este relato con la descripción de las especies de flora y fauna con sus nombres científicos, todo ello amparado en el estudio de expertos y en la observación de los habitantes.

La organización ecológica Ecopintana nace casi veinte años después de que se disolviera Karumapu, en 2019, manteniendo en gran medida el pensamiento que inspiró la formación de Karumapu respecto de la defensa del lugar. Eli, presidenta de la organización, plantea la voluntad de formar Ecopintana, *“Desde la inquietud de poder proteger nuestro territorio, sobre todo porque muchos de los que partimos sus papás habían vivido acá desde chicos, sus abuelos habían llegado, entonces igual había como una ideología de tratar de proteger los Huertos o volver a revitalizar el problema de las aguas, de la tierra, que la gente volviera a valorar eso, entendiera que también era parte de un patrimonio importante, que era la primera cooperativa de huertos obreros de Sudamérica. Y tratar de visualizar eso en este presente también, cómo podríamos volver a retomar todas esas prácticas que existían antiguamente, ahora”.* Este deseo y enfoque de la organización se

cristaliza en los objetivos de la organización, enfocados en el rescate del lugar desde su particularidad: *“Proteger, recuperar y defender el territorio, su memoria, su cultura y las prácticas que le dieron forma en su constitución original”*, incluyendo en ellos sus valores ambientales, (recuperar) *“(…) los recursos del agua y la tierra fundamentales para el desarrollo de la vida, la biodiversidad y por cierto la agricultura”* (Petitorio alcaldesa, agosto 2019).

En este sentido, se mantiene entre Karumapu y Ecopintana una visión compartida respecto de orientar su agencia hacia la resolución de los problemas ambientales que se dan en los Huertos, sin embargo, el contexto cambia, enfrentándose Ecopintana a un espacio con un mayor deterioro y con una importante parte de su población original vendiendo y migrando. Es así como, si bien el foco de Karumapu se encontraba principalmente en la desaparición de los Huertos como pulmón verde y en la instalación de las industrias como un problema incipiente, Ecopintana se enfrenta a estas mismas problemáticas, pero agravadas tras treinta años de un proceso de transformación casi sin oposición. Para ello, sus narrativas contienen por un lado un tono de denuncia y del respeto de sus derechos, *“(…) las condiciones de contaminación a las que ha sido expuesta nuestra comunidad durante largos años por la creciente zona industrial, al margen de la ley tiene afectada a todas las familias que habitan en el sector, no solo atentando con nuestra salud y el derecho humano de vivir, sino también el de los cientos de niños que se encuentran expuestos a los contaminantes ya que en el sector existen alrededor de 10 escuelas funcionando”*. Por otro, se busca también el reconocimiento de ellos como parte importante del sistema natural de la región, *“Nos parece de una gravedad importante que todas estas problemáticas se den en medio del único patrimonio natural que nuestra comuna tiene y que el uso para el cual fue originalmente pensado el territorio se haya visto en desmedro de la proliferación de pseudo industrias, que carece de fiscalización”* (Ecopintana 2019, Petitorio alcaldesa).

2.2. Los Huertos como un pulmón de verduras para la ciudad

Íntimamente ligado a la importancia que poseía en el ideario de la ciudad jardín la relación entre naturaleza y ciudad se encuentra la consideración del desarrollo de la agricultura como una actividad de proximidad, localizada en los entornos de la ciudad y en las comunidades de la periferia, considerando de esta forma al periurbano como un espacio funcional a la metrópolis, siendo los planificadores de la ciudad jardín uno de los primeros en pensar en la agricultura urbana (Sennett, 2019). La proximidad de la agricultura a la ciudad también puede encontrarse en los fundamentos de las comunas de los socialistas utópicos, quienes relevaban diferentes concepciones sobre la relación campo-ciudad y hombre-naturaleza

dentro de una noción de progreso (Verdaguer, 2002). La importancia de la agricultura en este ideario se encuentra, de esta forma, en las raíces de los Huertos, manteniéndose hasta el día de hoy, pero de forma actualizada, al entrelazarse con narrativas globales como la agricultura orgánica y los discursos que valoran estructuras de economía local y cercanía al productor, también presentes en corrientes de carácter biorregionalistas, comunitarias y anarcosocialistas de la política ecológica.

La agricultura, como práctica económica y social, ha existido desde la formación de los Huertos, pero ha retrocedido de forma importante en los últimos años. Las parcelas que permanecen hoy como huertos experimentan para su preservación a futuro una serie de problemáticas, algunas de las cuales se mencionaron anteriormente respecto de los costos de mantención y producción, la falta de trabajadores agrícolas y el envejecimiento de sus habitantes. Estas problemáticas han traído consigo que, en el presente, de las 500 parcelas que existen en José Maza tan sólo cerca de 50 sean productivas.

En este contexto, el proyecto agrícola y agropecuario de los Huertos tiene una serie de dificultades para ser llevado a cabo. Uno de estos es que, debido a la contaminación del lugar y las aguas la producción agrícola se ve perjudicada, contaminándose también. El deseo de los huerteros es de poder realizar una agricultura lo más cercana a una producción ecológica, por lo que la contaminación juega en contra de sus aspiraciones. *“Los árboles están contaminados, el producto... no queremos los productos, no queremos llenar los manzanos de productos químicos, ni los duraznos, ni los parrones, entonces la producción de fruta es poca, y es mala, porque queremos que sea orgánica”*. (Mujer, 60 años, 2017).

Por otra parte, la producción de los huertos no alcanza muchas veces para poder cubrir los costos de esta, menos aún tener una ganancia económica por la comercialización de sus productos. *“(...) ese es otro punto por el cual se dejó de producir, porque sale más barato comprarlo que producirlo”* (Hombre, 65 años, 2017). *“(...) tampoco se puede subsistir de la parcela, una parcela aquí de cinco mil metros necesita que los propietarios que sean jubilados, o que trabajen activamente y tener un sueldo aparte, porque esto es solamente una cantidad que puedes recibir al vender algunos productos, entonces la idea de parcelas agrícolas yo pienso que ha ido disminuyendo... Ahora, hay personas que producen... por ejemplo los que producen miel, yo sé que tienen varios panales y venden miel, venden bastante, pueden ganar algo, pero tampoco para vivir, porque no se vive de la miel...”* (Mujer, 60 años, 2017). Es así como, si bien desde la planificación del proyecto de los Huertos la agricultura se concibió como una actividad complementaria, en la actualidad existe un deseo por ser agricultores y vivir de ello, lo que se evidencia continuamente en una pesadumbre con la cual declaran que no

es posible vivir de la agricultura, “ningún huerto te da para vivir” (Mujer, 43 años, 2017), “No se vive de la miel... no se vive de la lechuga, ni de las gallinas, ni de los huevos...” (Mujer, 52 años, 2017).

En su lugar, algunos huerteros perciben el trabajo agrícola más como un pasatiempo que les genera bienestar “yo soy jubilado, y lo hago como un hobby, a mí me gusta trabajar la tierra, y la trabajo desde chico, a mí me enseñaron a trabajar” (Hombre, 57 años, 2017). O como una forma de tener una producción propia y de poder vender a pequeña escala o de “hacer trueque” con vecinos. “Es más para consumo interno y algo que sobre ellos lo venden, y bueno, ahí lo que más venden son vegetales que ellos producen, también hay algunas personas que se dedican a criar gallinas, huevos, está la collonca, la gallina mapuche... mermeladas, también” (Hombre, 65 años, 2017).

Sin embargo, a pesar de que existe un consenso común sobre la dificultad para ser agricultor en los Huertos hoy y de considerar que, si bien se desea que esta actividad pudiera dar más ingresos de los que da, algunos huerteros perseveran en continuar con estas prácticas, buscando las organizaciones y agentes del sector su revitalización. Esta perseverancia puede comprenderse desde lo que significa para ellos ser huertero, encontrándose esta práctica íntimamente ligada a la identidad del lugar. La identidad huertera se concibe como un principio de distinción respecto de otras identidades sociales y de unión al reconocer como iguales a quienes habitan en las otras villas que conforman los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana (Mapuhue y Villa Las Rosas), debido a que poseen un origen común, una forma de vida y problemáticas similares. El ser huertero se relaciona además con una topofilia hacia el lugar marcada por su paisaje y por las prácticas agrícolas, “(...) la gente que vive en las parcelas es pura gente romántica, es gente que vive pensando en lo lindo que es la naturaleza, que yo no quiero que me corten la rama, que el arbolito, que el pastito, que la siembra” (Mujer, 62 años, 2016).

Es así como, a pesar de la dificultad para sustentar las prácticas agrícolas y, de forma más amplia, una experiencia del habitar ligada a una forma de vida en donde la agricultura toma un lugar central, la actualización de un ideario ligado a los Huertos como espacio habitacional y agrícola se sostiene en el tiempo, expresándose ello en la representación de los Huertos como un “pulmón de verduras”, como un espacio en torno a la ciudad que por sus particularidades es ideal para el desarrollo de agricultura de proximidad. “Este territorio también podría ser un territorio que tiene un potencial económico más desde la mirada de la agricultura a pequeña escala, como una agricultura urbana, una permacultura” (Mujer, 30 años, 2020).

La agricultura en pequeña escala como uno de los pilares de la idea de los Huertos Obreros y Familiares es actualizada con circulaciones de sentido a partir de las cuales se actualizan y buscan instalar discursos en otras escalas. Es así como se

habla de que la agricultura que se desarrolla en los Huertos es orgánica, está libre de transgénicos, que son una alternativa saludable, cuyas gallinas son felices, que son agricultores de proximidad, articulándose de esta forma un discurso que busca proteger, pero también potenciar las prácticas agrícolas en los Huertos. “(...) nosotros, en esta medida pequeña, sí estamos dando la posibilidad de que la gente elija vivir sano, que se coma un tomate recién cosechado, una lechuga que recién sacamos en la mañana, ¿te fijas?” (Mujer, 50 años, 2017). Mediante el aporte a la región como agricultores desde un enfoque ecológico buscan también situarse como agentes relevantes de ser tomados en cuenta. “Tenemos tanto que decir acerca de esta agricultura agroecológica y autosustentable, sin pesticidas ni plaguicidas”. (Discurso María Elena Leyton, entonces presidenta de la Asociación Gremial de Huertos La Pintana, 2013).

“Toda esta gente, adónde van a ir a comprar, lo que compran va a venir de mucho más lejos, y va a ser transgénico, porque tú no puedes llevar un tomate normal para que te aguante no sé cuántos días de viaje, y los empaques, y los cajones y todo eso... entonces, obligan a la gente a comer transgénico, obligan a la gente a pagar más porque viene de Chuchunco City, porque de dónde lo traen, cada vez más lejos, cada vez más lejos. En cambio, nosotros estamos ofreciendo una alternativa diferente” (Mujer, 50 años, 2017).

El ligar la agricultura al medio ambiente para orientar su agencia es también percibido como una oportunidad de contexto para instalarse en escalas superiores y poder llevar a cabo sus proyectos, debido a que existe una mayor conciencia y valorización social por productos con un sello ecológico. “(...) hay un nicho ahora, que nos podría salvar un poco, que es el respeto por la parte ambiental, entonces los productos sustentables, que estamos cerca de la ciudad, si procreamos natural, podríamos vender más nosotros” (Hombre, 59 años, 2017). “si te ofrecen un huevo natural, hoy en día hay conciencia, las nuevas generaciones de “ya, yo pago luca por el huevo”, si es algo que es porque es natural, pero antes eso no existía” (Hombre, 59 años, 2017).

Esto también se refleja en que se plantea que a nivel mundial está emergiendo una mayor conciencia ecológica, valorándose este tipo de agricultura y sus prácticas asociadas. “Nosotros queremos ser una alternativa real. Oye, en Europa, ¿has visto? ¿has consultado el tema en Europa cómo es?” (Mujer, 50 años, 2017). “(...) tú te das cuenta que las personas allá (en Europa) tienen tanto respeto por esa persona que hace un trabajo que es tan importante ¿y aquí porque nosotros no podemos tener ese respeto?” (Mujer, 62 años, 2016). La representación de los Huertos como un pulmón de verduras y los deseos de potenciar la agricultura ecológica de proximidad se entrelaza con el auge de movimientos e iniciativas locales, percibiéndose este contexto como una oportunidad. “Creo que se puede salvar, si tú ves experiencias en Europa, te das cuenta del valor que se le está dando

allá (Mujer, 50 años, 2017). *“Tanto que queremos copiar, copiemos lo bueno. Porque en Europa la gente está de vuelta con esto”* (Mujer, 50 años, 2017).

Esta significación de que los Huertos poseen el potencial para convertirse en un espacio que aporte con agricultura ecológica para la metrópolis se fundamenta en que existen condiciones de oportunidad para ello gracias a las condiciones que brinda el territorio. *“Aquí podría haber agricultura orgánica demás... Tenemos derechos de agua”* (Mujer, 56 años, 2017). *“(...) estos suelos son suelos fértiles absolutamente”* (Mujer, 50 años, 2017). *“Esta zona es zona agrícola; debemos aprovechar esta situación”* (Hombre, 60 años, 2018). Junto con ello se releva un “saber hacer” por parte de huerteros que llevan décadas dedicados a la agricultura y que este aprendizaje puede ser difundido y socializado. *“(...) soy casi experto en la materia, por ejemplo, teníamos porotos verdes, maíz, y se hacía de tal manera de que cuando una planta estaba saliendo la otra estaba floreciendo y la otra estaba para consumo, muñequando, medio grano y consumo. Los tomates, también, cultivarlos en el sistema de racimos, no una mata llena de ganchos si no que, con un palito, va tirando racimos la mata... que tenga harto sol y que vayan madurando...”* (Hombre, 50 años, 2018). Este “saber hacer” de ellos como agricultores también los sitúa como agentes en términos de difundir una forma de vida alternativa, conjugándose experiencia vivida con una proyección política, *“Somos capaces de instruir a muchas personas sobre el real significado de poseer un pequeño pedazo de tierra, las posibilidades que ésta tiene, los beneficios que nos puede entregar, comprendiendo que en ella tenemos todo cuanto el ser humano necesita”*. (Discurso María Elena Leyton, entonces presidenta de la Asociación Gremial de Huertos La Pintana, 2013). *“(...) este territorio tiene un potencial económico desde la mirada de la agricultura a pequeña escala, como una agricultura urbana, una permacultura”*. (Mujer, 30 años, 2020).

El significar a la agricultura en los Huertos como una actividad que puede ser potenciada, movilizandando la representación de los Huertos como un pulmón de verduras, ha venido de la mano de la principal orientación de la agencia de la Asociación Gremial de Huerteros, organización que nace en el año 2008 con el objetivo de vincular a los huerteros de las tres villas que conforman los Huertos Obreros y Familiares para potenciar la actividad agrícola desde un enfoque ecológico, con agricultura orgánica y de proximidad.

Además, al igual que Ecopintana y Karumapu, comprenden al lugar como parte del sistema metropolitano, enfocando su agencia en relación con un entorno, *“La idea de asociación siempre fue que este lugar se transformara en un pulmón de verdura para el resto de las comunas aledañas, no en el pulmón verde, no, sino que un pulmón de verduras... las verduras que podíamos vender en Puente Alto, que la gente viniera para acá, que pasara y comprara en las parcelas”*. (Mujer, 62 años, 2016). La orientación de la agencia se centra, de esta forma, en el desarrollo de una

actividad vinculada al lugar, estando este objetivo vinculado a la preservación de las villas frente a la amenaza de su transformación. El desarrollo de la agricultura se enlaza además a una forma de habitar y a una identidad, la identidad huertera, en torno a lo cual se articulan,

“La Asociación Gremial de Huerteros La Pintana es una organización formada por personas interesadas en promover la agricultura, la producción de alimentos agrícolas y artesanales y su distribución. También nos ocupamos de proteger los huertos urbanos, las tierras agrícolas, las aguas de riego y la calidad del ambiente de la comuna de La Pintana”. (Asociación Gremial de Huerteros La Pintana, 2013).

La representación de los Huertos como un pulmón verde y como un pulmón de verduras se encuentra imbricado, entonces, con mapas de acción que buscan llevarlos a cabo. Es así como las orientaciones de la agencia inspiradas en estas representaciones se encuentran impulsadas por distintas organizaciones sociales del lugar, las cuales buscan construir permanencias en el proceso y en la disputa por la producción del lugar, a partir del impulso de procesos agenciales. Si bien las representaciones son flexibles y pueden disolverse, podemos ver que en este caso han persistido a lo largo de la existencia de los Huertos, moldeándose de acuerdo con nuevos contextos e ideales políticos. Se puede decir, entonces, que estas representaciones han sido principios de construcción del lugar que han persistido en el tiempo.

2.3. Los Huertos como un “Buen lugar”. Política de lo común, economía solidaria y cooperativismo

Otro de los pilares del ideario de la ciudad jardín, pero más aún de las comunas ideadas por los socialistas utópicos, es el de la colaboración como base para el desarrollo y el progreso, sustentándose el trabajo, la educación, la vivienda y el ocio sobre una comunidad fuerte y cooperativa, estando el trabajo, la familia y la vida cívica interrelacionados espacial y socialmente (Sennett, 2019). Los ideólogos de la ciudad jardín y los socialistas utópicos creían que la planificación y que una buena arquitectura, ligada al buen diseño, permitirían una buena vida y, más aún, conducirían a una reforma social como solución a los problemas de la ciudad y sus suburbios industriales (Hall, 1996; Sennett, 2019). En ello, una estructura social planificada como base de la comunidad era clave, alejándose de esta forma de un socialismo marxista, burocrático y centralista, para acercarse a uno de base comunitarista. El ideario socialista que inspiró el proyecto de los Huertos, fundamentada en una reforma social desde el desarrollo del lugar y la comunidad, es valorado y reconocido hasta el día de hoy por los huerteros que forman parte de procesos agenciales: *“(…) la dignidad, sentir su tierra, el valor de la tierra, tan de pensamientos reaccionarios, sin embargo, corresponden a pensamientos*

profundamente socialistas, socialistas en el amplio aspecto de la palabra.” (Hombre, 63 años, 2017).

Desde la experiencia del habitar, la colaboración entre las organizaciones del lugar permitió construir y sustentar el proyecto de lugar, lo que se tornó evidente en las primeras décadas de vida de los Huertos, cumpliendo con ello el principal cometido de la ciudad jardín y del ideario de los Huertos Obreros y Familiares: abrir la posibilidad del buen vivir para todos. Esta experiencia es fuertemente valorada por los huerteros en la actualidad, existiendo un orgullo importante por las relaciones colaborativas bajo las cuales se construyó y desarrolló la villa las primeras décadas, hasta la llegada de la Dictadura. Por una parte, se valora el ideario de los Huertos como proyecto social, *“(…) no creo que haya un mejor proyecto en los últimos 100 años en Chile... los Huertos Obreros se basan en un concepto social que creo que en Chile no se repitió nunca más con la efectividad que tuvo el cooperativismo en los años 40”* (Hombre, 63 años, 2017).

Por otro, el que este ideario se haya sustentado en una forma de concebir lugar y comunidad, encontrándose en sus bases ideológicas la colaboración y ayuda mutua es también algo por lo cual también se siente un profundo orgullo y se expresa además como un principio de distinción respecto de otros proyectos de lugar en la ciudad, *“(…) sin agua, sin gas, sin transporte público, nada, tenían la tierra no más y las ganas de crecer, entonces eso ya es una cultura, es distinto a los proyectos de los 80`s que eran las erradicaciones de gente, que era tomar gente de un lado de Santiago y la tiran para otro lado de Santiago”* (Hombre, 63 años, 2017). También se considera que gracias a la ayuda mutua se pudieron lograr ciertos progresos sociales en el lugar, como una mayor igualdad gracias a los distintos orígenes sociales de sus habitantes. *“(…) a toda la gente que era más o menos de bajos recursos se le empezó a enseñar a... cómo se comportaban las otras personas de mejor educación, entonces se formaron muy buenas familias ahí. ¿Me entiende? Eran todos, jugaban juntos, nadie se preguntaba “tú eres más pobre, tú eres más rico”, no, nada”*. (Mujer, 68 años, 2017). También el de una comunidad unida. *“Los vecinos hacían campañas para limpiar acequias, plantar árboles, aseo en las veredas, en las calles. Entre todos ellos se juntaban porque eran vecinos unidos”* (Mujer, 43 años, 2018). La idea de que “el buen lugar” posibilitó el ascenso social de las generaciones que nacieron y crecieron en Huertos José Maza también es una percepción colectiva ampliamente consensuada y ligada al lugar más que a procesos de carácter más amplio vinculados a políticas públicas de carácter nacional que pudieran encontrarse en marcha en esas décadas. *“(…) si bien los que llegaron eran obreros o empleados, sus generaciones posteriores, la primera o segunda generación son todas profesionales, todo vecino que nació en La Pintana llegó a ser profesional y no es casualidad, tiene que ver con el buen vivir, tiene que ver con la forma que nos criamos”* (Hombre, 63 años, 2017). Esto debido a que los servicios

como salud y educación fueron proporcionados por la propia comunidad, pero más allá de eso se percibe que existió un espíritu comunitario de buena convivencia que superó a la cooperación mutualista, trayendo consigo otras formas de cooperación de carácter menos utilitario, como el altruismo y la solidaridad, los cuales, de acuerdo con Tomasello (2010) nacen gracias a una colaboración previa a partir de la cual se pueden generar lazos de confianza. La experiencia del habitar y cómo esta es significada colectivamente es coincidente, en tanto, con la noción de Kropotkin de la *“Ayuda mutua como una potente fuerza de la evolución natural y social”* (en Harvey, 1996: 211) y también con la defensa de Mumford sobre las ideas Howard, argumentando que en la ciudad jardín y la ciudad social la forma física se encuentra íntimamente relacionada con los procesos sociales, pero siempre al servicio de éstos (Hall, 1996).

En la actualidad, los valores de la colaboración y la ayuda mutua son socializados en narrativas en donde el pasado está siempre presente, concibiéndose como algo que se desea recuperar, como parte de un pasado ideal que no se encuentra en la actualidad. *“(...) rescatar el valor del legado de nuestros antepasados, que llegaron a esta Pintana en busca de un mejor lugar para vivir, de un oasis en la ciudad donde enraizar su futuro y el de sus familias”*. (JJVV 18-1. Circular de presentación de nueva directiva, 2014).

A nivel discursivo, el cooperativismo como estructura sobre la cual se sustentó un trabajo conjunto para la construcción del lugar y el éxito que éste tuvo también es valorado hoy como uno de los aspectos que se busca rescatar. En este sentido, existe cierto consenso sobre relevar esta faceta social del cooperativismo, buscándose en el presente y para el futuro este fin para la comunidad. *“Cooperativismo es un ejemplo para el futuro, es un ejemplo de buen vivir”* (Hombre, 63 años, 2017).

Esta narrativa también posee una dimensión ligada a la economía, la cual es actualizada, imbricándose con narrativas de carácter global o “circulaciones de sentido” (Gravano, 2016), como es el caso de la economía alternativa fundamentada en una economía local y asociativa, y el uso de ideas como “precio justo” o “cercanía al productor”, ligada a la representación de los Huertos como un pulmón de verduras. *“Así nacen las cooperativas, ayuda fraterna, es decir, trabajamos todos para todos. Ese es más o menos el principio que hoy en día vendría siendo la economía alternativa... Es decir, el ideal es que quien produce se asocie con quien va a vender directamente y que no haya intermediarios, porque así los precios van a ser más justos”* (Hombre, 65 años, 2017). También se reconoce un auge de estas ideas en los últimos años, considerándose que si bien el cooperativismo ha estado siempre presente hoy en día se asocia a corrientes de pensamiento económico que se están potenciando a nivel global, nacional y local. *“(...) asociatividad, es decir, un poco orientar a la gente en cómo se puede asociar para trabajar en conjunto que es un tema que está en boga hoy en día, al cooperativismo le han cambiado el*

nombre por asociatividad que es más amplio, más actualizado, pero es lo mismo” (Hombre, 63 años, 2017).

Se concibe, además, que la idea de asociatividad entre productores en una economía local representa un modelo alternativo a la economía capitalista del cual quieren formar parte, *“(...) está todo esto de los precios justos, y todas esas teorías que se tratan de implementar y que ya se está haciendo, en que la idea es que en las organizaciones haya interacciones de asociaciones más o menos similares, de modo que no aumente el precio tan enormemente como cuando aplicamos la oferta y la demanda no más”*. (Hombre, 63 años, 2017). Esta narrativa de cooperativismo ligada a una economía alternativa se sustenta además en un contexto que hoy es considerado como más favorable debido al impulso que están teniendo las cooperativas en los últimos años por parte del Estado. *“El precio justo, todas esas ideas digamos que se están manejando hoy en día y que el departamento de cooperativa está también apoyando en este momento porque el departamento de cooperativa hace unos dos o tres años solamente se dedicaba a fiscalizar las cooperativas”*. (Hombre, 65 años, 2017). Sin embargo, se percibe al mismo tiempo que el modelo neoliberal es de todas formas el modelo dominante y que el marco legislativo se orienta hacia su desarrollo, en detrimento de una economía alternativa. *“Ocurre que la legislación está hecha toda para sociedades anónimas, no para cooperativas. Entonces, problemas. Y nadie sabe cómo funcionan las cooperativas. Toda la legislación está hecha para el neoliberalismo. Yo por lo menos no estoy ni ahí con el neoliberalismo”*. (Hombre, 65 años, 2017)

A nivel discursivo o de circulación de narrativas los idearios del cooperativismo, la ayuda mutua y la economía solidaria se encuentran ampliamente consensuados entre los huerteros como valores fundacionales que desean rescatar, afirmándose un sentido comunitario y colectivo propio de las prácticas económicas de tipo cooperativo, solidarias y autogestionarias (González Meyer, 2016). Sin embargo, a diferencia de la actualización y movilización de las representaciones de los Huertos como un pulmón verde o un pulmón de verduras, la circulación de una representación de los Huertos como un “buen lugar”, en un sentido asociativo y comunitario, presenta en la actualidad escisiones, desagregándose de cierta forma lo que un “buen lugar” significa hoy en día para los huerteros, debido a que no existe un marco compartido sobre cómo redefinir “lo común”.

En primer lugar, cuando se hace referencia al pasado, se considera que estos valores se encontraban entrelazados unos con otros, existiendo en las primeras décadas de los Huertos mutualismo y cooperativismo; colaboración desinteresada gracias a la confianza, lo que daba lugar a prácticas solidarias y altruistas; y una intencionalidad compartida de un proyecto de lugar conjunto. Sin embargo, hoy en día estos valores o principios de colaboración se fragmentan. Por un lado, la colaboración ligada a prácticas económicas o que posean alguna incidencia sobre estructuras de

propiedad o gestión de recursos se encuentra en disputa, sin presentarse un consenso a nivel comunitario sobre cómo encausarlo. Por otra, la cooperación vinculada a ayuda mutua u orientada hacia una sociabilidad de la comunidad tiende a considerarse como algo muy difícil de lograr, existiendo constantemente una pesada comparación con un pasado ideal.

Por otra parte, la colaboración ligada a prácticas económicas o que posean alguna incidencia sobre estructuras de propiedad o gestión de recursos se encuentra en disputa, sin presentarse un consenso a nivel comunitario sobre cómo encausarlo.

Es así como las significaciones sobre cómo imaginar y encaminar acciones para el logro del “buen lugar” se encuentran en disputa, sin lograrse un consenso sobre cómo encausarlo y llevarlo a la práctica en una estructura relacional más amplia que supere a la orientación de cada organización.

Se observa, además, que los valores del cooperativismo son muchas veces recursos discursivos que buscan establecer un principio de distinción y pertenencia y de orgullo identitario, los cuales son puestos en marcha para el involucramiento y compromiso por parte de los habitantes en dichos procesos, como uno de los motores para impulsar los procesos agenciales. El discurso de la comunidad ligada a su trayectoria cooperativista también se despliega como una táctica de reconocimiento por parte de otros, pero que no ha logrado articular una práctica común actualizada de cooperativismo, como se verá en los capítulos siguientes.

En este sentido, cuando se observa la orientación de la agencia de las organizaciones del lugar se puede apreciar que existen distintas concepciones sobre cómo poner en marcha estos idearios en el lugar, o como traducirlos en proyectos territoriales. Si bien todas buscan el progreso material gracias a prácticas colaborativas mediante “(...) *formas de propiedad, de organización y de gestión colectiva y participativa*” (González Meyer, 2016: 5) propias de un amplio sector denominado como “Economía social” al cual se adscriben los distintos agentes y organizaciones de los Huertos, el cual busca “(...) *analizar los fenómenos económicos en sus orígenes y consecuencias sociales, los que desbordan el punto de partida en el *homus economicus* (...)*” (González Meyer, 2016: 8), se transita entre las organizaciones de los Huertos desde una visión cooperativista más ligada a un carácter mutualista, en donde el beneficio económico se distribuye exclusivamente entre quienes participan de la práctica, a visiones centradas en las prácticas colaborativas como base para la autogestión y solidaridad hacia la comunidad. Por otra parte, existen divergencias sobre cómo considerar “lo común” no desde una dimensión de desarrollo económico, sino como un espacio de integración social que permita la mejora de la calidad de vida y el encaminar un proyecto de vida en comunidad, a través del desarrollo de capacidades (“capabilities”) tales como la educación.

Dirigentes sociales en la Cooperativa



Fuente: Facebook La Voz de los Huertos

La primera visión, de carácter mutualista, es impulsada desde la Cooperativa, la cual funcionó en sus inicios más bien como una cooperativa habitacional, con la finalidad de acceder a los beneficios de la Ley de Huertos Obreros y Familiares, pero que con el tiempo sólo realizaron algunas prácticas de ayuda para el impulso de la agricultura, las cuales no se sostuvieron en el tiempo. En la actualidad, la Cooperativa se constituye como una sociedad anónima, cuyos miembros poseen acciones y perciben beneficios de la administración de sus bienes.

La visión sobre cómo se gestiona la Cooperativa y, más profundamente, qué significa ser una cooperativa, es disputada tanto entre quienes forman parte activa de ésta como de parte de miembros de la comunidad que no son socios. Desde la actual administración se impulsa una visión centrada en la importancia de preservar la institución con una retórica en la cual se recurre frecuentemente al pasado, recurriendo al ejemplo de los fundadores de los Huertos como un principio de identidad que se condensa en la Cooperativa,

“(...) es vital comprender que esta cooperativa fue constituida por personas que en su tiempo desarrollaron una forma de vida, una vocación de trabajo en conjunto, la formación de familias, la educación de sus hijos, la lucha con la soledad y el ideal de vivir en un lugar privilegiado por la naturaleza. Estas ilusiones y pasiones se deben mantener y deben vivir en sus actuales socios y en sus dirigentes de turno, quienes siempre deberían tener presentes los ideales de los fundadores como ejemplo de esfuerzo, sus ilusiones y frustraciones” (Germán Arias, presidente Cooperativa. Revista Caudal N° 3, 2010: 26).

“(...) somos los desarrolladores de una historia viviente y que si algo hemos hecho, es solamente haber sido capaces de captar las percepciones de nuestros socios fundadores, en consecuencia, somos una institución que a sus setenta y cuatro años viaja acompañada de tradiciones, pero que con permanencia y presencia para desarrollar con fuerza y mística los mismos, pero hoy renovados ideales de sus fundadores (...)” (Germán Arias, presidente Cooperativa. Revista Caudal N° 3, 2010: 26).

Es así como la Cooperativa ha centrado sus acciones en los últimos años en la búsqueda de generar ganancias a partir de sus activos patrimoniales, siendo uno de sus objetivos en la actualidad la creación de un Centro de Extensión Cultural, Social y Deportivo y la reconstrucción del estadio, transformándolo en un Centro Deportivo Multiuso.

“Lo hijos de los fundadores, y los hijos de aquellos, deben entender que el tiempo alado que siguió su vuelo, nos ha transportado a una sociedad distinta, a costumbres nuevas y a desafíos enmarcados en un economicismo que todo lo abarca y todo lo dirige bajo sus inflexibles reglas. Y, desde este punto de vista, la misión no puede ser tan simple de buscar, solamente, preservar los bienes de la

institución, se debe dar paso a una energía distinta: los bienes de la institución deben ser administrados para que produzcan a los socios réditos proporcionales a sus cuotas de co participación.

Para lograr lo señalado es necesario que los bonos de la sociedad adquieran su valor real (...). Es necesaria la suficiente audacia para crear los mecanismos que nos permita un emprendimiento en grande, como la explotación integral de la multisala, la construcción de otros polos de explotación como un Centro de Tenis y piscinas, sin olvidar la lucha por cambiar el destino administrativo del eje sur de la Avenida Santa Rosa.

En el fondo se trata de legar a quienes nos sucederán, tanto en la administración de la sociedad como en la vida, lo mismo que recibimos de los fundadores, y eso se consigue con un ideal: la fuerza para enfrentar los primeros decenios del siglo venidero” (Germán Arias, Revista Caudal N°5, 2012: 10).

Esta concepción de una cooperativa como sociedad anónima es considerada por algunos agentes como una institución que, si bien otorga beneficios a quienes forman parte de ella y se gestiona de forma democrática y participativa, no sería una cooperativa propiamente tal, siendo una cooperativa una institución en la cual se realizan prácticas económicas colaborativas ligadas al trabajo de cada uno de sus miembros. *“Nunca funcionó como cooperativa, porque no tuvo ningún rubro, a lo más fue que en un periodo vinieron empresas como la OSO, una empresa conservera y compró duraznos, porque aquí había bastantes duraznos y la mayoría vendió sus duraznos, la empresa dio un buen precio. Eso fue lo que más pasó, pero eso no fue como cooperativa, fue porque la empresa ofreció y el que quería inscribirse se inscribía, pero no fue una acción cooperativista. Ha sido siempre así, como una cooperativa de comillas” (Hombre, 65 años, 2017).* También se considera que, si bien la Cooperativa impulsó algunas iniciativas para apoyar el desarrollo de la agricultura, éstas fueron más bien puntuales y dejaron de realizarse hace décadas. *“La cooperativa tuvo iniciativas muy buenas, como comprar cosas a menor precio para los agricultores, y creo que hay muchas ideas ahí que se pueden reflotar. Hoy en día no funciona así, está convertida en una sociedad anónima” (Mujer, 50 años, 2017).* Esta evaluación de una incompatibilidad entre ser cooperativa y ser una sociedad anónima, y la falta de involucramiento de la institución en el desarrollo de la agricultura en los Huertos, lleva a que se considere que esta institución no es una cooperativa. *“La realidad es que no es cooperativa, nunca hemos trabajado nada en cooperativa. Por tradición se puso cooperativa” (Hombre, 65 años, 2017).* *“Nunca hemos actuado como cooperativa, sino que ha sido más bien una unión de personas que han avanzado, socialmente” (Hombre, 65 años, 2017).* *“La Cooperativa cambió su rumbo, su fuerte en verdad es su capital. Se ha transformado, es como más una asociación de personas que tienen un capital juntos, más que una cooperativa que impulse actividades o genere algún*

tipo de movimientos que influyan en el territorio, para que el mismo territorio se vea favorecido, yo lo veo así por lo menos, personalmente” (Mujer, 30 años, 2020).

Esta visión contrasta con una visión que impulsa un deseo por prácticas cooperativas más ligadas a un cooperativismo postcapitalista, sustentado en una reforma social mediante prácticas alternativas al sistema económico capitalista, las cuales pueden ser ensayadas en el lugar. Esto significa disputar el concepto de propiedad privada y las prácticas sociales comunitarias y su relación con los mercados locales desde una concepción más profunda de la economía social, impulsando prácticas autogestionarias.

Esta visión se encuentra plasmada en la orientación de la agencia de la Asociación Gremial de Huerteros y en la de Ecopintana. La primera, tal como dice su nombre, se forma como una asociación gremial con la finalidad de ir más allá de la idea original de los Huertos y el trabajo agrícola en sus horas de ocio, planteándose a la agricultura como una actividad económica no solo para autoconsumo, sino que sus productos pudieran ser comercializados, mediante una estructura organizada de huerteros. La organización Ecopintana, por su parte, posee un carácter comunitario, orientando su agencia hacia el lugar más que hacia una actividad en particular, como es el caso de la Asociación Gremial. Esta distinción hace que la visión de Ecopintana de potenciar “lo común” sea transversal a sus diversos objetivos.

De esta forma, desde Ecopintana se actualiza la concepción sobre cómo trabajar colectivamente en comunidad, buscando además resurgir el cooperativismo desde la acción, en comparación con otras organizaciones en donde el cooperativismo no logra traspasar desde un nivel discurso hacia una práctica. *“(...) tratar de potenciar el tema del cooperativismo. Pero también desde nuestra visión, que es quizás un poco más... nuestra realidad más contemporánea. Quizás nosotros no vamos a tener caballos y vamos a arar la tierra toda entera completa, y vamos a ir a vender a la feria, como quizás lo hacían antiguamente muchas cosas que cultivaban acá. Pero sí podemos hacer otras formas” (Mujer, 30 años, 2020).* Esta actualización en una búsqueda por resurgir el cooperativismo nos habla de una aperturidad del lugar y de una reconfiguración de las ideas, de las relaciones y de las prácticas.

Es así como “lo común” se orienta y practica hoy en los Huertos, desde las orientaciones agenciales de las organizaciones del lugar, no como una alternativa radical al sistema capitalista, sino que busca hibridarlo con prácticas de economía solidaria pero también con formas de concebir los recursos desde un carácter más comunitario.

Si bien los contextos culturales, políticos, económicos y sociales han tenido profundos cambios desde el surgimiento de los ideales que inspiraron el diseño y construcción de los Huertos, podemos ver cómo las visiones y repertorios en la actualidad mantienen fuertemente las raíces en las trayectorias filosóficas del

socialismo utópico. Su actualización, como horizonte político, adquiere un carácter materialista propio de estas trayectorias filosóficas, pero se suma un carácter post-materialista sustentado en la búsqueda por el reconocimiento, así como también por espacios de mayor participación y democracia (Martinelli, 2010; en Moulaert et al, 2010).

3. La comunidad por sí misma

Hoy en día, los dirigentes y quienes participan de las distintas organizaciones de los Huertos coinciden, ampliamente, en dos reflexiones o marcos de diagnóstico compartidos (Snow y Benford, 2000): en la importancia y la necesidad de una comunidad unida como sustento de la agencia, y en la dificultad que ha existido desde la Dictadura hasta hoy para construir una comunidad cohesionada, llegando esta dificultad incluso a la consideración de que en la actualidad en los Huertos no existe una comunidad. Ambas reflexiones se sostienen tanto en un juicio evaluativo de un presente en el cual los lazos vecinales se encuentran debilitados y en donde la participación de la comunidad en las organizaciones de base es baja, como en una proyección a futuro de un ideal sobre cómo les gustaría ser como comunidad. Esta proyección a futuro tiene como sustento una comparación respecto de cómo fue la comunidad de huerteros de antaño, la cual se sostenía en lazos vecinales fuertes y unidos en base a la colaboración, la ayuda mutua, la solidaridad y también en espacios de encuentro y ocio en donde se compartía y socializaba. Nuevamente, pasado, presente y futuro se entremezclan en la forma en la cual interpretan y significan el cómo se relacionan como vecinos y como agentes, en una suerte de temporalidad múltiple (Zemelman, 1983; en Retamozo, 2009; Emirbayer y Mische, 1998).

En el caso de los Huertos, es claro que su proceso de construcción ha sido conducido desde sus inicios, con la idea del lugar, hasta el día de hoy desde procesos “desde abajo hacia arriba”, con una comunidad que debió articularse como una fuerza política para lograr construir y mantener el proyecto de lugar. Esto debido a que el proyecto de los Huertos se encontró en sus primeras décadas en la periferia de la agenda pública y, desde la instalación del modelo neoliberal, definitivamente en contra de ésta. Es por ello por lo que la comunidad de los Huertos fue en el pasado y considera que debe ser en el presente y a futuro la base de la agencia para la producción del lugar.

Esto va ligado a la concepción de la comunidad como la base del poder en los modelos territoriales de los socialistas utópicos, al ser al mismo tiempo agentes y vehículos de la transformación social (Verdaguer, 2002), existiendo una continuidad que persiste hasta el día de hoy en los ideales fundacionales de los Huertos mediante no sólo la representación del lugar, sino que también en ideales relacionales. Sin embargo, ¿qué pasa con la comunidad como agente cuando el modelo se disuelve y debe ser actualizado?. El rol de la comunidad hoy es distinto al de los tiempos de diseño, de construcción y de sólo habitar el proyecto, en donde las relaciones comunitarias se estructuraban en función de organizar sus actividades para la conducción del modelo de lugar con el fin último del logro de su bienestar. Hoy en día, frente a la transformación y ante la amenaza de la disolución

del lugar, el rol de la comunidad exige una adaptación para hacer frente a esta nueva realidad. En el fondo, cómo transitar de un modelo el cual, si bien era experimental, poseía un carácter cerrado al encontrarse prediseñado, a uno abierto y flexible que pueda adaptarse a nuevos contextos.

Es así como la consideración por parte de huerteros de que sin una comunidad unida, cohesionada e involucrada en torno a metas, visiones e ideales no es posible llevar a cabo procesos agenciales, va de la mano con la noción de que el poder es mayor cuanto mayor y más fuertes sean las relaciones, siendo fundamental la importancia de los vínculos fuertes entre vecinos y las organizaciones de base. Esta idea se sustenta en la clásica idea de poder relacional de que *“los individuos son más fuertes juntos que separados”* (Sennett, 2019: 16) y de que *“La defensa es más fácil cuando se actúa en grupo”* (Tomasello, 2009: 97) o, en palabras de una dirigente de los Huertos, *“(…) el acto más revolucionario: una comunidad organizada, informada y unida”*.

En el caso de la comunidad de los Huertos, el compromiso e involucramiento en la vida en comunidad como también en procesos agenciales puede observarse a partir del consenso y los disensos que se producen en las narrativas sobre cómo interpretan su realidad y la proyección del lugar a futuro, como también a partir de los horizontes políticos y los deseos colectivos que vimos anteriormente. Además, para poder considerar realmente si la voluntad y el deseo van más allá del discurso y de las narrativas debemos aproximarnos a lo que Harvey (1996) y Nicholls (2009) plantean como uno de los requisitos para el poder colectivo: el desarrollo de un cierto grado de cohesión organizacional e ideológica en los lugares, sustentado en un compromiso político para la construcción de una fuerza coherente como base para la agencia (Harvey, 1996). En este sentido, debemos observar la forma en la cual se relaciona la comunidad localizada (vecinos) y ésta con personas u organizaciones situadas en otros espacios, es decir, cómo se desarrolla una articulación en torno a marcos de sentido compartidos.

3.1. Entre la fragmentación y el retorno a la comunidad (política)

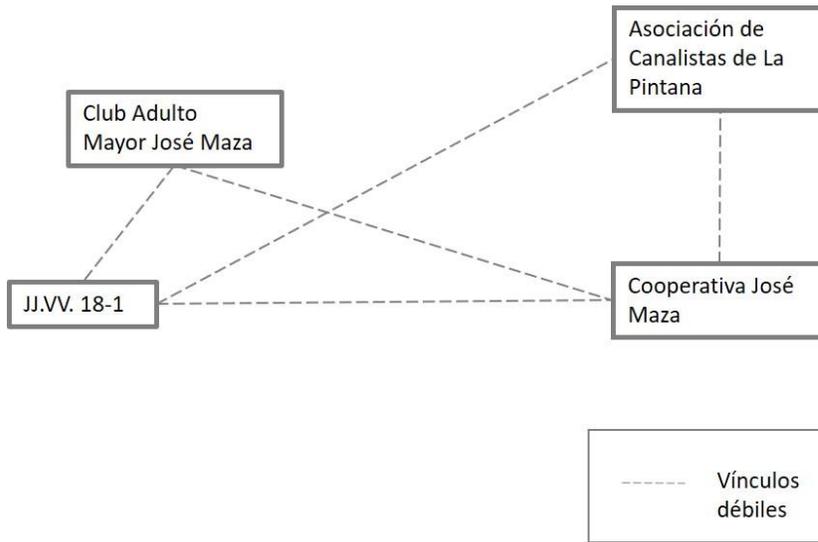
Luego de casi veinte años de Dictadura las organizaciones sociales de Huertos José Maza estaban a comienzos de los años noventa aletargadas y la comunidad fragmentada, así como sucedió con muchas organizaciones sociales y comunidades en el país. El retorno a la democracia prometía un despertar que, en el caso de los Huertos, tardaría casi veinte años más en llegar. En un contexto de relaciones entre las organizaciones prácticamente inexistentes, se produce a mediados de la década

del noventa la transformación más violenta de los Huertos con la llegada de empresas e industrias.

Hoy en día, cuando los huerteros miran la década de los noventa y dosmil en retrospectiva, se habla de una época en la cual muchas de las organizaciones tradicionales de los Huertos se disuelven, lo que vino acompañado de una profundización de la fragmentación de las relaciones vecinales que se venía dando desde el Golpe de Estado y de un adormecimiento por parte de las organizaciones que se mantenían activas.

Esta época es una época marcada por el individualismo y el desconocimiento entre vecinos, en la cual las organizaciones que persistían como activas trabajaban prácticamente solas, con una cooperativa más bien cerrada hacia la comunidad, una junta de vecinos casi sin actividad y una asociación de canalistas muy debilitada, primando la desunión en el tejido organizativo y vecinal. *“Cada uno peleaba casi individualmente sus problemas, entonces no había un eco, por lo menos no era visible”* (Hombre, 63 años, 2017). Los huerteros que hoy participan de las organizaciones interpretan esta desunión del tejido organizativo por conflictos entre organizaciones y dirigentes. *“(...) no tengo la imagen de que jamás haya habido una interrelación... siempre escuchaba que había alguna discusión”* (Hombre, 57 años, 2017). Unos consideran que, más que conflictos, la base de la desunión se encontraba en una apatía generalizada y en la existencia de intereses distintos propios de cada organización, pero también de un marcado individualismo entre los dirigentes. *“(...) yo creo que era apatía... ni siquiera es que fueran peleas, cada uno movía su micro para su lado no más, no había conciencia de que trabajar juntos era la fuerza”* (Hombre, 63 años, 2017). *“Porque de otra forma hubiesen trabajado en conjunto, por toda la comunidad... Entonces cada uno se preocupaba de su institución y nada más...”* (Hombre, 59 años, 2017).

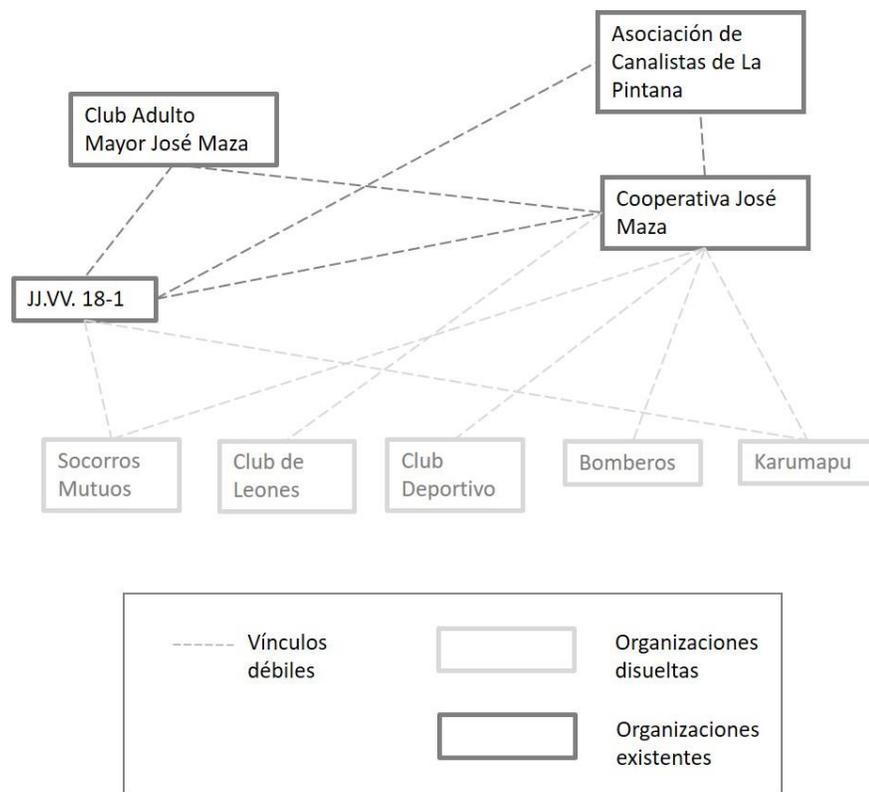
Relaciones organizaciones Huertos José Maza, década del noventa



Fuente: Elaboración propia.

De la mano de una comunidad pasiva vino la disolución de lo común en la década del noventa y dosmil, debido al declive y desaparición de una serie de instituciones que habían sido creadas en los inicios de los Huertos, como Socorros Mutuos, el Club de Leones, el Club Deportivo y Bomberos. Todas estas organizaciones no sólo fueron construidas por la comunidad para la comunidad, muy desde la lógica de la aldea modelo de los modelos de los socialistas utópicos y la Ciudad Jardín, centradas en el bienestar y la cooperación, sino que eran instituciones que además prestaban servicios a poblaciones cercanas. La Sociedad de Socorros Mutuos fue muy importante, y si bien en los años noventa su accionar fue en declive, aún se mantenía vigente. Junto con la desaparición de Socorros Mutuos en la década del dosmil desaparece consigo uno de los pilares de los valores del cooperativismo fundacional de los Huertos: el mutualismo. Las mutuales eran formadas por pequeños gremios de empleados de correos, obreros u otros oficios, siendo el valor que las movilizaba el que “(...) *la unión hace la fuerza, por eso son manos unidas*” (Hombre, 63 años, 2017). La finalidad de la institución de Socorros Mutuos de Huertos José Maza consistía en “(...) *proteger al individuo a través de la unión*” (Hombre, 63 años, 2017), buscando darle una mejor calidad de vida a sus socios mediante la ayuda mutua, por ejemplo, a través de una cuota mortuoria.

Disolución y fragmentación tejido organizacional Huertos José Maza, década del dosmil



Fuente: Elaboración propia.

Como una excepción dentro de este tejido organizativo pasivo se crea a fines de los años ochenta y comienzos de los noventa Karumapu, organización ecologista que aparecía como respuesta a una creciente preocupación por el medio ambiente a nivel global, lo que activa la creación de muchas otras organizaciones de este tipo en el resto del país y también en Villa Las Rosas¹⁵.

Para Karumapu la defensa de los Huertos no podía ser una labor únicamente dirigida desde una organización, sino que consideraban como imperativo el fortalecimiento de las relaciones entre las organizaciones de los Huertos para la conducción de un proyecto político común. *“Corresponde ahora a los comuneros de La Pintana -a quienes quieren realmente su comarca- reforzar de inmediato, ahora mismo, sus instituciones originales: la Cooperativa Agrícola y la Asociación*

¹⁵ De igual forma, en Villa Las Rosas también se crea una organización ecologista, Consejo Ecológico de Las Rosas, también para hacer frente al cambio de uso de suelo que afectaría a su villa y debido a otros problemas ambientales, tales como la instalación de antenas de celular y la llegada de industrias contaminantes, depósitos de camiones y desarmaduras. A partir de esta organización se crea posteriormente un Consejo Ecológico Comunal, CECLAP, con la finalidad de darle más fuerza a la organización. Este Consejo estuvo activo algunos años, pero después se disuelve.

de Canalistas, sin dejar de lado a su Junta de Vecinos” (Klapp, 1990: 33). Sin embargo, a pesar de que dentro de sus planteamientos se encontraba la voluntad de poder articularse con la Junta de Vecinos y con la Cooperativa, la cual consideraban como la institución más importante de los Huertos, Karumapu no logró articularse con estas organizaciones, probablemente debido a que éstas se encontraban debilitadas y ensimismadas, sin una visión de defensa y construcción del lugar como era la visión de Karumapu. Esta organización duró cerca de diez años, disolviéndose debido a que muchos de sus integrantes eran ancianos, sin lograr convocar a habitantes más jóvenes, quienes se encontraban mayoritariamente en un proceso de venta y migración.

Esta comunidad dormida e individualizada comienza a rearticularse a mediados de la década del dosmil, produciéndose una activación y creación de nuevas organizaciones de base y la generación de nuevas formas de asociatividad en una búsqueda por volver a urdir el tejido social de la comunidad. Este deseo, materializado en la reactivación de las relaciones sociales, se sustenta en un relato que busca movilizar hacia la agencia, el cual activa una memoria colectiva de un pasado en el cual existió una comunidad de huerteros en la cual primaban valores y prácticas de solidaridad y cooperación, cargando este relato con un anhelo y una motivación por volver a participar de una comunidad. *“Para todos es muy necesario volver a los orígenes, a la comunidad, donde realmente se pueden concretar alianzas, mantener lazos y esa exquisita vida de barrio (...)”* (Militza Moya, Revista Caudal N°3, 2010: 15). Esta memoria es también una memoria agencial, al considerar que cuando fueron más fuertes como agentes fue cuando eran una comunidad cohesionada. En este sentido, para contestar los procesos dominantes de producción del espacio que se venían dando en las últimas décadas y que continúan desenvolviéndose, los huerteros consideran que se requiere necesariamente de una comunidad fuerte y cohesionada para la conducción de agenciamientos para la resistencia.

Se da de esta forma en esta década un despertar, o, en palabras de Sennett (2019), un “momento de ruptura” en el cual algunos huerteros toman conciencia de que la apatía y la fragmentación de la comunidad y la debilidad de las organizaciones han jugado un rol en el proceso de transformación de los Huertos. *“Es que precisamente porque no había relaciones entre las organizaciones es porque estamos así. Si hubiera habido una conexión fuerte entre estos grupos, las defensas habrían sido mejores, y no hay resultados de eso, porque no hubo esa unión. Yo creo que ese es el norte, esa es la visión nuestra, con nosotros me refiero a la palabra de todos, los que estamos en conciencia reciente, en estos últimos años”* (Hombre, 59 años, 2017). Esta toma de conciencia sobre la responsabilidad de ellos en el pasado respecto de la industrialización de los Huertos viene de la mano con la emergencia

de un llamado a asumir un nuevo rol como agentes y comunidad, de asumir esta responsabilidad desde un accionar colectivo.

Es así como la reconstrucción del tejido social como respuesta a la fragmentación y a la disolución de los vínculos se puede interpretar como una meta en sí misma, pero también como una condición base para el desarrollo y éxito del resto de los procesos agenciales que se despliegan para contener el deterioro del lugar y su conversión hacia un territorio industrial. Para ello, tanto a nivel discursivo como desde sus prácticas plantean la necesidad de generar una mayor vinculación entre las organizaciones del lugar, un trabajo en conjunto que además les permita visibilizarse y ser reconocida como una comunidad fuerte frente a las instituciones públicas, especialmente frente a la municipalidad. *“Si vamos a seguir desunidos nos vamos a ir a la punta del cerro, nos van a echar, nos van a ganar”*. (Hombre, 54 años, 2018). *“Si no nos unimos, si no nos organizamos, vamos a sucumbir”* (Hombre, 73 años, 2018). Poder y reconocimiento van de la mano con la búsqueda por una mayor participación por parte de los huerteros en sus organizaciones, siendo permanente el llamado al involucramiento en éstas. *“(…) lo que falta es socios, es decir, gente que quiera participar en esa institución, y esa es la labor en la que estamos, tratando de llevar más gente, que se incorpore porque en la medida que crece el volumen las autoridades van a ir mirando, es decir, es la única forma, sino nos van a seguir avasallando”* (Hombre, 65 años, 2017). Finalmente, esta voluntad por volver a vincularse ha traído consigo que, de forma paulatina, se ha producido la formación de nuevas organizaciones vinculadas al deseo de resistir al proceso de industrialización de los Huertos, pero también en trazar un futuro del lugar vinculado a los idearios de los Huertos como un pulmón verde y como parte del cordón de verduras metropolitano, como la Asociación Gremial de Huerteros y, más recientemente, Ecopintana.

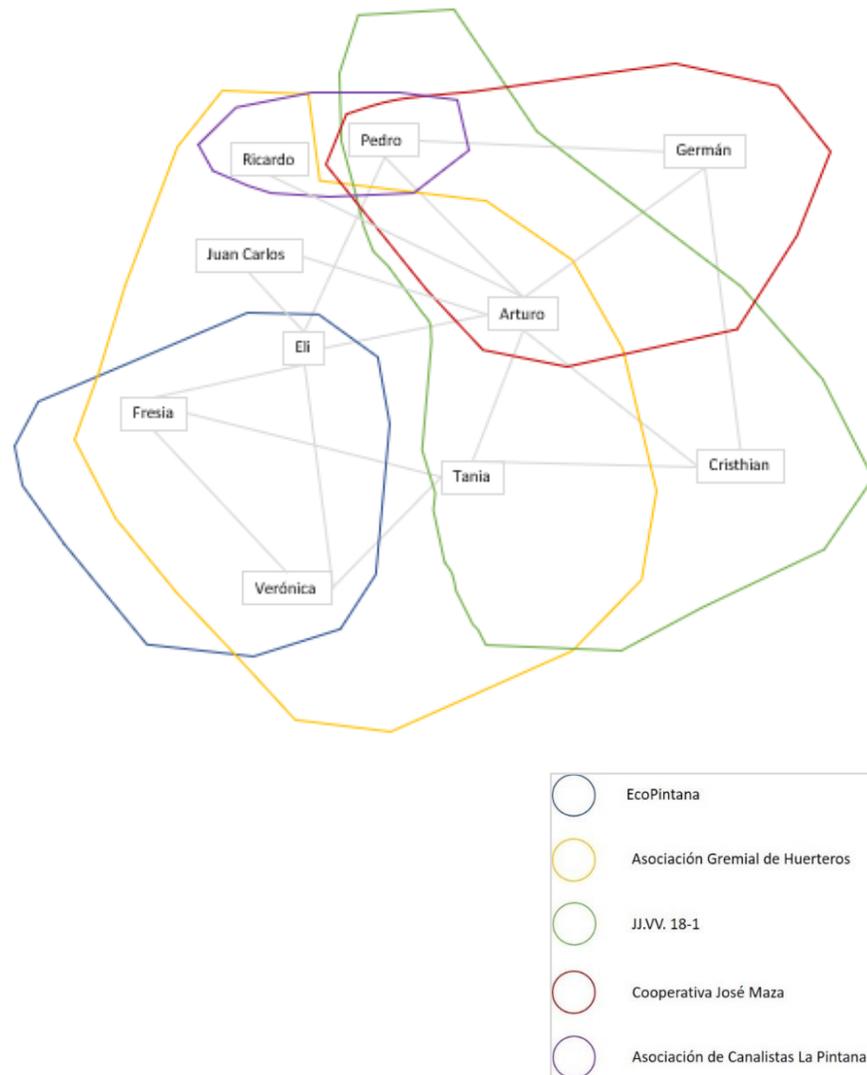
El deseo y los procesos que se llevan a cabo con la finalidad de articular relaciones fuertes entre las organizaciones, con el objetivo de tener un mayor poder en el control de las dinámicas de construcción del lugar, debe comprenderse a partir de las dinámicas relacionales entre sus dirigentes, debido a que son finalmente ellos quienes se relacionan. En Huertos José Maza se da una dinámica relacional que se configura a partir de una suerte de involucramiento múltiple por parte de los dirigentes en las distintas organizaciones de base, es decir, gran parte de los agentes participan en más de una organización. Además, esta participación se da desde un compromiso sostenido en el tiempo, lo cual se expresa en que muchos de éstos participen de organizaciones de los Huertos desde hace décadas, produciéndose una red densa de vínculos. *“En su minuto yo era presidente de la mesa vecinal y presidente de la junta de vecinos y ahí estaba yo, Arturo, la Tania y Eduardo, y en las reuniones de las juntas de vecinos está la Tania, Arturo y Eduardo, y en las*

reuniones de la cooperativa está la Tania, Arturo y Eduardo, yo no, yo no participo ahí, pero somos siempre los mismos” (Hombre, 63 años, 2017).

A esta red densa y de roles múltiples se le atribuye una cualidad positiva, al considerarse que de esta forma poseen más poder. *“(…) yo soy... de la junta de vecinos, de la mesa vecinal, y de los canalistas además, ¿te fijas?, entonces hemos visto que la unión hace la fuerza” (Hombre, 63 años, 2017).* Además, algunos consideran que, de esta forma, la información fluye más fácilmente entre las distintas organizaciones. *“Se ha hecho esa amalgama que hay dirigentes de las distintas organizaciones, de las más importantes acá, están en la junta de vecinos... por lo tanto de alguna manera a las organizaciones les llega la información de lo que se está haciendo” (Hombre, 63 años, 2017),* y que se producen lazos de confianza y solidaridad entre los agentes, *“Si ellos nos piden ayuda nosotros los vamos a ayudar y ellos también a su vez” (Hombre, 59 años, 2017).*

Sin embargo, esta condición de agentes en roles múltiples es valorada de forma negativa por algunos, al sentir que si no son ellos quienes se involucran entonces nadie lo hará, que se necesita de más personas para llevar a cabo los procesos agenciales, y porque algunos también consideran que el círculo de dirigentes es cerrado y que poseen una cultura organizacional en la cual es difícil introducir ideas nuevas y nuevas formas de relacionarse. *“Yo creo que pasa porque son personas muy viejitas, son personas que tienen otro tipo de estructuras, y vienen con un registro de participación ciudadana que es muy distinto al que estamos viviendo ahora porque, por ejemplo, yo tengo 32 años y mi generación no fue una generación que estuvo muy presente en el tema de la educación civil, de la participación, entonces ellos tienen más estructuras, yo poco a poco he ido entendiendo sus protocolos, tienen sus tiempos. Yo creo que de alguna forma los ha alejado de la comunidad, y también porque hay colores políticos que están muy marcados” (Mujer, 30 años, 2020).*

Participación agentes en organizaciones del lugar, década del dosmil



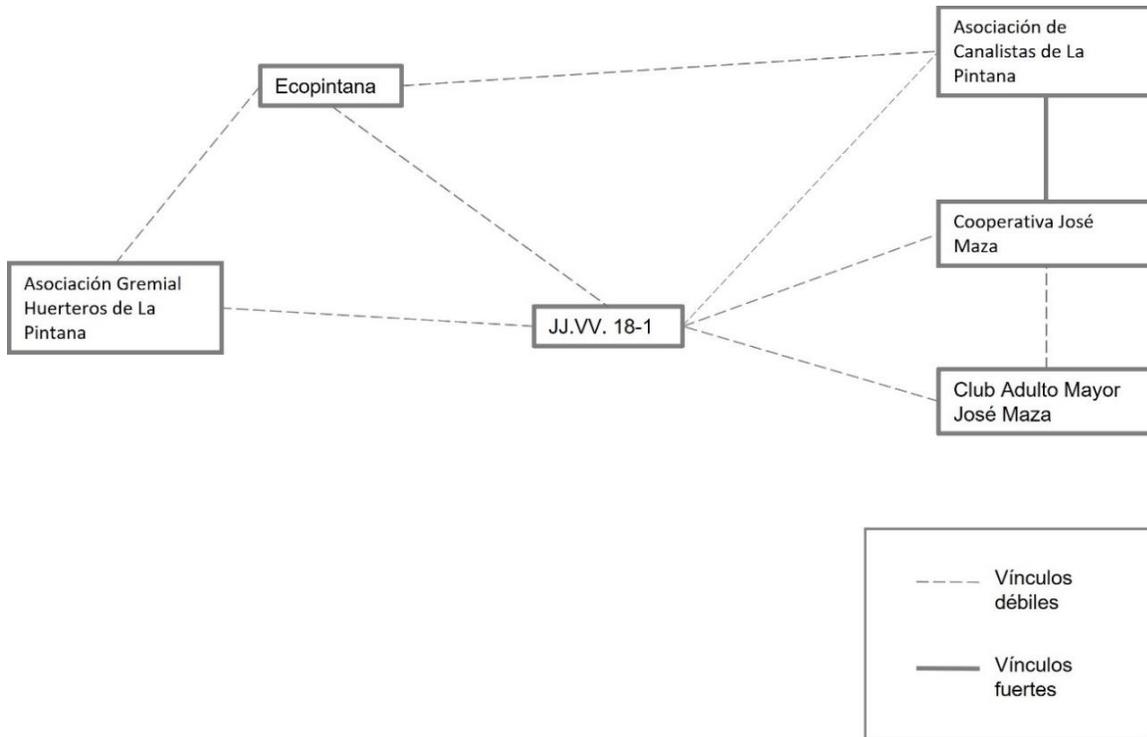
Fuente: Elaboración propia.

Esta suerte de red densa y de participación múltiple en distintas organizaciones también les ha permitido impulsar y experimentar nuevas formas de gobernanza interna con la finalidad de que les permita tener más poder, o *“hacer fuerza”* (Hombre, 47 años, 2017), como dicen ellos. Dentro de estas nuevas formas de gobernanza se encuentran la creación de la Mesa Vecinal (2013-2015) y la Unión por la Defensa de los Huertos (2017), siendo ambas una articulación entre las organizaciones de los Huertos bajo una misma institución que les permitiera canalizar demandas y que les sirviera de interlocutora frente al municipio. En el caso de la Mesa Vecinal, ésta logró un mayor reconocimiento del lugar y de sus

problemáticas por parte del municipio, logrando instalar los problemas derivados de la convivencia con las industrias y la creciente sensación de inseguridad por parte de los habitantes de los Huertos. Si bien se coordinaron algunas acciones, lo cierto es que no se lograron mayores soluciones, y dejó de funcionar debido a que la Junta de Vecinos asumió el rol de ser la organización que vehiculiza las problemáticas desde el territorio hacia el municipio. En el 2017 se articula la Unión por la Defensa de los Huertos, la cual no llegó a constituirse como una institución formal debido a las diferencias internas sobre qué significaba, finalmente, defender a los Huertos.

En este sentido, al observar estos procesos de rearticulación se puede notar que existe una sensación por parte de los huerteros de que las organizaciones no han logrado consolidar una relación estable de colaboración, a pesar de que han existido distintas instancias por formalizar una fuerza común. “(...) *nunca hubo un trabajo entre las organizaciones, por eso es que no tenemos mucha fuerza*” (Hombre, 47 años, 2017). Es así como, si bien en la actualidad y desde hace algunos años la Junta de Vecinos es la organización más importante en los Huertos, al ser el puente entre las demandas del resto de las organizaciones y la institucionalidad pública (municipalidad, principalmente), abrir su espacio para el funcionamiento de organizaciones que no poseen sede e impulsar una serie de iniciativas por congregarse a la comunidad, lo cierto es que existe una visión conjunta de que no se ha logrado un trabajo colaborativo sostenido entre las organizaciones, lo que genera que las relaciones entre éstas sean más bien débiles. “*Conexión entre instituciones hay poca*”. (Hombre, 57 años, 2017). Esto ha llevado a la idea entre los más jóvenes de que jamás han logrado unirse y proyectar una conducción de una agencia común para el logro de una visión colectiva. “*Nunca hemos logrado unificarnos. Unificarnos, así como decir ya, estamos todas las organizaciones, realmente estamos todas. Y sentarnos a conversar para saber hacia dónde va nuestro territorio*” (Mujer, 30 años, 2020).

Relaciones organizaciones Huertos José Maza, década del dosmil



Fuente: Elaboración propia.

Sin embargo, tal como se dijo anteriormente, se mantiene una evaluación respecto de la necesidad de una articulación más fuerte, sostenida y formal entre las organizaciones en el tiempo para la conducción de procesos agenciales que permitan, efectivamente, resistir la transformación. *“Por eso que obviamente estamos intentando conectarnos con otros, y cuando nos preguntan qué íbamos a ganar ahora que estamos en al agua (haciendo alusión a la Asociación de Canalistas) ¿por qué no?... Hasta tenemos nexos con los famosos señores huerteros (haciendo alusión a la Asociación Gremial de Huerteros)”* (Hombre, 59 años, 2017).

Por otra parte, las relaciones entre las organizaciones de las tres villas que conforman los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana son débiles. A pesar de contar con una identidad de huerteros, un origen común y problemáticas similares, las organizaciones de Huertos José Maza no poseen vínculos con las de Mapuhue. *“Nula, siempre ha sido muy difícil, incluso ahora, con Mapuhue, por ejemplo no tenemos casi contacto”* (Hombre, 63 años, 2017). *“No nos conocemos”* (Hombre, 47

años, 2017). Poseen una relación de “amistad” con la Comunidad de Aguas Villa Las Rosas, pero no se ha producido un trabajo en conjunto. Entre JJVV 18-1 y Comunidad de Aguas Villa Las Rosas: *“Tenemos buenas relaciones, pero pocos proyectos en conjunto”* (Hombre, 63 años, 2017). En su lugar, la relación se describe más como una relación esporádica de ayuda mutua pero distanciada en el tiempo y por problemáticas puntuales comunes que poseen ambas villas, especialmente respecto del manejo del agua de riego y contaminación. *“Ellos tienen problemáticas de agua igual que nosotros, y en realidad no hay un intercambio de experiencia, es decir, se conversa así informalmente, es decir, “oye, mira es que pasa...” y ahí nos cuenta que han hecho ellos. Echaron a unos depósitos de camiones de allá, que es positivo, que es un antecedente, entonces nos cuentan ahí “Hicimos esto, todo esto otro con la junta de vecinos y resultó” o nos cuentan cómo van comprando derechos de agua”* (Hombre, 63 años, 2017). *“Nos reunimos por temas en común, en general, cuando aparece un tema nos reunimos. No hay una organización acabada en hacer cosas que debería haber... reunirnos cada cierta vez para ver intereses comunes... pero como se da de forma natural el reunirse por otras cosas porque igual nos estamos reuniendo todo el año en cosas distintas... nos invitan ellos, nosotros los invitamos... Si cuando es el aniversario de la cooperativa estamos todos. Ellos también tienen su aniversario de la asociación de aguas, también nos invitan entonces se va encontrando”* (Hombre, 63 años, 2017).

3.2. Difícilmente podemos trabajar unidos si no nos conocemos. La dificultad para hacer comunidad

El “momento de ruptura” que experimentaron algunos habitantes de los Huertos ha venido acompañado de un juicio evaluativo en el cual, tal como lo hemos dicho anteriormente, consideran que la comunidad se encuentra fragmentada, debilitada e incluso apática, considerando que una de sus principales causas radica en que los vecinos no se conocen. *“Difícilmente podemos trabajar unidos si no nos conocemos”* (Hombre, 23 años, 2020). También en una dificultad por comunicarse como comunidad, la cual se sustenta, en parte, en una falta de propinuidad producto de la morfología de la villa. *“Yo hubiera participado si hubiera sabido, pero aquí nunca se sabe nada”* (Hombre, 23 años, 2020).

El desconocimiento entre vecinos lo fundamentan principalmente en una condición morfológica de los Huertos, la cual constreñiría la capacidad de generar vínculos vecinales, debido a que al ser parcelas las viviendas se encuentran distantes unas de otras. *“A la distancia”*, como dicen algunos, o a que *“cada uno está encerrado en su parcela”*, *“cada familia se mete adentro del huerto y salen poco”* como dicen otros. Para algunos, hoy en día la parcela parece ser un espacio suficiente para un habitar que no requiere de otros espacios. *“Vivimos lejos uno de otro, tienes un espacio que*

te queda autosuficiente, no necesitas estar en la calle” (Mujer, 47 años, 2017). En este sentido, si bien se produce por parte de algunos el deseo de reunirse, la distancia dificulta los encuentros. “Nosotros tratamos de vivir en comunidad, de ayudarnos, conocernos, vernos, pero no hemos podido porque una, viven muy lejos y la otra es que trabajamos” (Mujer, 68 años, 2017).

Pero para los huerteros es aún más importante la inexistencia de espacios públicos, de lugares en donde reunirse y encontrarse libremente. *“No hay una plaza, no hay puntos de encuentro” (Hombre, 63 años, 2017). Esta condición morfológica de los Huertos es contrastada con otros lugares en donde el encuentro es inevitable. “Si tú estás en El Castillo, en cualquier parte, el calor, todo, te mata y te tira para afuera y tu patio es la calle, o sea, tienes conexión, y, además, vuelvo al Castillo, allá hay quince casas donde acá hay una, ¿te fijas?, o sea, hay sesenta vecinos y nosotros dos. Entonces, aquí la posibilidad de contactarse, de necesitar contactarse es muy, muy baja”. En este sentido, la morfología de las tres villas que constituyen los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana dificulta el encuentro. Tal como dice un huertero, “es un trazado que no responde a una planificación urbana de encuentro social” (Hombre, 57 años, 2017); lo que se traduce en que “la característica de los huertos es que el vecino que está al lado lo más cerca que está es a cien metros, está la casa aquí ¿cierto? y cien metros más allá está la otra casa, y cien metros más allá está la otra” (Hombre, 65 años, 2017). Esta relación entre distancia física y desconocimiento se evidencia en que en Mapuhue sería aún más profunda, al tener las parcelas el doble del tamaño de las parcelas de Huertos José Maza y Villa Las Rosas y poseer una morfología que dificulta aún más la interacción social. La dificultad del encuentro amparada en la morfología de las villas quedaba en evidencia en una conversación entre una mujer de Huertos José Maza y otra de Mapuhue en una actividad comunitaria,*

“¡Que bueno encontrarnos por aquí y poder conocernos!. Tanto que cuesta...”

“Por lo menos ustedes aquí (en José Maza) tienen las casas al frente, salen a la calle y ven la casa de la vecina, en cambio en Mapuhue tenemos las casas al fondo, hay que recorrer toda la parcela para salir a la calle y la casa de la vecina no se ve”

El diseño de los Huertos respondía al objetivo de que la parcela se constituyera como un espacio productivo y un espacio destinado a la vivienda, y de espacios destinados a bienes comunitarios en donde la sociabilidad estaba dada en la autoorganización de la producción de bienes agropecuarios y de bienes comunes y en una vida social que circulaba en torno a ellos. Los encuentros se producían gracias a la existencia de instancias comunes que generaban una vida cotidiana en la cual la comunidad se reunía, como en el trabajo colaborativo de organizaciones sociales, el Club de Leones, el Club Deportivo, el colegio, los viajes en bus hacia y

desde Santiago, fiestas comunitarias, entre otras. *“Todos nos conocíamos, jugábamos juntos, estudiábamos juntos...”* Militza Moya, Revista Caudal N°3, 2010: 15). Las relaciones entre vecinos se producían por un deseo de vivir en comunidad, de un placer de la convivencia, pero también por una necesidad que era satisfecha gracias a la cooperación, *“porque necesitabas agua, necesitabas transporte, necesitabas energía”* (Hombre, 47 años, 2017) y también por un vínculo basado en una norma comunitaria como era la obligatoriedad de pertenecer a la cooperativa. En este sentido, debido a un desarrollo de “lo común” las interacciones sociales eran posibles y buscadas gracias a prácticas colectivas y a espacios de encuentro fundamentados en el ocio y la colaboración, en torno a los cuales la comunidad lograba una integración y cohesión social. Todas ellas eran instancias en las cuales la comunidad se fortalecía y se producía la comunicación necesaria para que emergieran agenciamientos. Es así como se producía una voluntad por relacionarse, sustentada en el deseo de ser y hacer comunidad.

Al depender, en gran medida, la sociabilidad de los Huertos de una estructura organizativa en torno a lo común, una vez que tanto la comunidad como lo común entran en declive vino consigo una pérdida de estos encuentros y, por lo tanto, una disolución de los lazos comunitarios. El cierre de la escuela trajo consigo la pérdida de un espacio en el cual se generaban lazos entre compañeros, la disolución de las organizaciones de ayuda comunitaria generó una pérdida de los vínculos de colaboración entre quienes participaban como voluntarios y entre éstos y la comunidad a la cual asistían. Con la migración de los más jóvenes se debilitaron los espacios de ocio que aún perduraban, como el Club Deportivo. Frente a esto, hoy en día los huerteros ven en la falta de espacios públicos de reunión una de las causas del desconocimiento entre vecinos y, por lo tanto, del debilitamiento o incluso la falta de comunidad. *“(…) no tenemos una plaza para reunirnos, la Junta de Vecinos o el lugar que representa la Junta de Vecinos es un lugar que está súper olvidado, no tiene mucha actividad”* (Mujer, 30 años, 2020).

Además de un entorno construido que constriñe la capacidad de encontrarse y sociabilizar se produce una dificultad del encuentro producto de una realidad y una experiencia material adversa derivada del proceso de transformación o industrialización de los Huertos. Las cuerdas son largas; el recorrido a pie es difícil debido a que las veredas están ocupadas con camiones, buses estacionados, o incluso microbasurales; la polución evidenciada en malos olores incide negativamente en la experiencia del desplazamiento a pie y, además, el caminar es limitado al existir temor y una sensación de desprotección debido a que las calles se encuentran siempre vacías y se producen asaltos. Se produce así un ambiente hostil que limita el deseo de caminar, restringiéndose su práctica y, por lo tanto, disminuyendo la posibilidad de encuentro.

A la falta de propinquidad y de espacios de encuentro se suma el desconocimiento entre vecinos debido a la migración de los más jóvenes y a que quienes llegan a instalarse en las parcelas con un fin productivo no generan lazos como vecinos. *“De hecho, todavía muchos vecinos no conocen a quienes tienen a sus lados. Y ahora es más todavía porque como han llegado personas en el último tiempo, menos se conocen... ese es un déficit también que tenemos”* (Hombre, 63 años, 2017).

El desconocimiento, sin embargo, no sólo se sustenta en un problema físico de falta de espacios de encuentro, sino que también por una falta de motivación en relacionarse y en participar de la comunidad y de sus organizaciones amparada en una apatía social estructural producto de un cambio en los valores sociales en la sociedad en su conjunto. Esto se puede evidenciar al analizar la disminución progresiva en organizaciones sociales en Santiago, la cual cayó casi a la mitad entre el año 2000 y 2013. Si bien en el año 2000 un 31% de la población declaró participar en alguna asociación voluntaria y un 24% en alguna organización social, esta participación bajó a un 20% en el año 2009 y a un 12,4% en el año 2013, respectivamente (Herrmann y van Klaveren, 2016). Estos datos refuerzan la idea de una creciente singularización de los intereses y deseos y, más aún, a que las dinámicas de colaboración estén siendo sustituidas por dinámicas de competencia para poder acceder a *“(...) las escasas oportunidades que brinda el sistema”* (Mejía Pavony, 2013: 259).

Esta apatía era evidenciada por parte de los huerteros a comienzos de los años noventa como una característica propia de la sociedad de ese tiempo, como manifestaba el entonces presidente de la organización ecologista Karumapu. *“(...) los signos de este tiempo. La indiferencia, la descalificación, la duda hija de la crisis de credibilidad”* (Klapp, 1989: 6). La falta de interés por participar la explican como un proceso que ha ido aumentando en el tiempo. *“Participaba la gente, y ahí vamos a entrar de nuevo en cosas que tienen que ver con los tiempos... en esos periodos la gente participaba además por naturaleza, o sea, cualquier chileno participaba para rojo, para blanco, para azul, lo que fuera, pero tenía una posición y la planteaba. No como ahora, que a nadie le importa, no le interesa, o sea, lo que pasa no me interesa, y el “no me interesa” te hace perder cosas* (Hombre, 57 años, 2017).

Esta apatía, sin embargo, no es sólo estructural. En los Huertos se produjo un quiebre de la comunidad a raíz del Golpe de Estado, produciéndose divisiones políticas entre sus habitantes que incluso llegaron a denuncias entre vecinos. *“Hay muchos que no creen. No creen en las organizaciones, no creen en estar en conjunto con otra persona que los denunció. Entonces yo creo que fue muy perjudicial para este sector eso, eso produjo división”* (Hombre, 47 años, 2017).

Esto va de la mano con la significación de un futuro finito, el cual, tal como vimos anteriormente, ha llevado a una desesperanza bajo la cual es difícil motivarse para poder emprender acciones colectivas. *“A la gente ya no le interesa porque se desmotivó, y tú cómo vuelves a motivar a esas personas, difícil”*. (Mujer, 62 años, 2016). Este futuro finito no es sólo del lugar, sino que también se produce una sensación entre los agentes de mayor edad de que les queda poco tiempo, relacionando esto a una desmotivación y pesimismo sobre la capacidad de ellos como agentes. Esto se ve reflejado en un diálogo entre huerteros pertenecientes a la Asociación Gremial,

Oye, los viejos somos siempre buenos para alegar y encontrar todo malo... los jóvenes deben tener un poquito de ilusión por el futuro... (Mujer, 52 años, 2017)

Yo, para decir la verdad, me queda poco tiempo, unos cinco, diez años...
(Hombre, 57 años, 2017)

Ustedes tienen que ser soñadores y cambiar este país (Mujer, 52 años, 2017)

La debilidad de la comunidad, amparada en su falta de cohesión, también se puede notar en la dificultad para comunicarse y transmitir información, siendo esta cualidad, de acuerdo con Giuffre (2013), uno de los pilares que sostienen la existencia de una comunidad. Existe una gran parte de la población en los Huertos que pertenece a la tercera edad y que, al no manejar redes sociales o sistemas de mensajería modernos, sustentan en gran medida su sociabilidad en los encuentros presenciales, los cuales, como hemos visto, son poco frecuentes. Esto se expresa tanto en una dificultad para ser comunidad como para conectarse como agentes en la participación de una comunidad política. Quienes forman parte de las organizaciones consideran que este es uno de los mayores problemas que tienen, el no poder comunicarse y congregar a los habitantes de los Huertos. *“La difusión es nuestra debilidad”* (Hombre, 60 años, 2017). Los llamados a asambleas o a actividades generalmente se hace mediante la entrega física de panfletos parcela por parcela, muchas veces sin ser vistos. *“Yo he logrado detectar que hay un problema muy serio de la difusión de las actividades o de los movimientos que se hacen en el territorio”*. (Mujer, 30 años, 2020).

Ambos fenómenos, la limitación de la sociabilidad por encontrarse distantes unos de otros y por una falta de espacios de encuentro, así como la desmotivación para hacerlo genera, para ellos, una profundización de la falta de involucramiento en la comunidad. *“Primero, la apatía, para cualquier cosa aquí, para cualquier actividad... bueno, es un problema nacional, pero acá siempre ha sido más fuerte aún creo yo, por nuestra condición natural de que estamos distanciados de cada uno, no es llegar y juntarse, solo venir a una reunión implica caminar dos kilómetros por ejemplo”* (Mujer, 52 años, 2017). Esto ha traído consigo que la participación en las organizaciones de base y actividades comunitarias es baja.

“Cuando llamamos a reunión no llega nadie” (Hombre, 65 años, 2017); *“la gente está menos activa”* (Mujer, 57 años, 2017); *“si tú haces una reunión, por ejemplo, para juntar a los huerteros, llegan veinte”* (Mujer, 62 años, 2016). Si bien se producen momentos de mayor entusiasmo en los cuales el involucramiento por parte de los huerteros es mayor, especialmente cuando se forma una nueva institución, estos han tendido a perder fuerza con el tiempo. *“Pierden interés, dejan de lado los proyectos”* (Hombre, 47 años, 2017).

El desinterés, expresado en una falta de participación, trae consigo que las organizaciones sociales se debiliten y no tengan un soporte social suficiente para poder llevar a cabo agenciamientos. *“Nuestras organizaciones en general no son fuertes, son débiles porque no representan a mucha gente... uno salió elegido pero la cantidad de personas que participa es muy baja por razones de apatía nacional... cualquier cosa que sea sobre actividad comunitaria hay apatía”* (Hombre, 63 años, 2017). Además, el riesgo de la persistencia de esta apatía se encuentra en que se vaya profundizando la disolución de la estructura comunitaria, la cual se sostiene en las organizaciones sociales y en las estructuras cooperativas bajo las cuales se organizan las relaciones políticas y sociales en los Huertos. *“En este minuto somos como 40 o 50, pero, y si somos 10 que estamos pagando la cuota y a las actividades cada día van menos, ¿qué justifica una asociación?. No la va a justificar”* (Mujer, 62 años, 2016).

Esta apatía es significada desde una falta de responsabilidad de ellos como comunidad por el lugar, relacionada con la poética de culpabilidad. *“Es culpa de nosotros el no participar; cada vez se participa menos en las instituciones”*. (Hombre, 54 años, 2016). Sin embargo, la falta de participación, expresada como apatía, no es un fenómeno aislado, sino que se relaciona también con la sostenida falta de reconocimiento del Estado. Por una parte, esta falta de reconocimiento se ha traducido en que el lugar ha caído en una espiral de deterioro y transformación amparada por el Estado desde hace décadas, imponiéndose una sensación de que la realidad material de la transformación es irrefrenable. *“A la gente no le interesa participar porque se dan cuenta que al lado de su casa le pueden poner edificios”* (Mujer, 62 años, 2016).

Este deterioro se expresa no sólo en un decaimiento del espacio físico existente, sino que también en la falta de inversión para generar nuevos espacios de desarrollo. *“Ya no tienes un gobierno que patrocine esto, alguien que siga manteniendo”* (Hombre, 59 años, 2017). Es por ello por lo que muchos jóvenes han migrado *“este territorio no tiene nada que ofrecerles a los jóvenes”* (Mujer, 30 años, 2020), esto en relación no solo a equipamientos como plazas o servicios básicos de calidad, sino que también respecto a las bajas perspectivas de empleo en los Huertos y en la comuna. En este sentido, si bien algunos jóvenes valoran la vida en los Huertos, se percibe un decaimiento y un abandono institucional que repercute en una falta de interés

por permanecer y, quienes permanecen, por participar en la comunidad y en procesos agenciales.

A esto se suma que la posibilidad de migrar por parte de las generaciones más jóvenes se da en un contexto de movilidad social, que han tenido las generaciones de los hijos y nietos de los primeros huerteros que llegaron a habitar y construir las villas. Es de común acuerdo que las nuevas generaciones tienen más y mejores oportunidades que las que tuvieron sus padres, logrando muchos de ellos tener una profesión, lo que llevó a la posibilidad de migrar hacia Santiago y a comunas con un buen estándar de calidad de vida. *“se fueron a Ñuñoa, a Las Condes, a distintos lugares donde desarrollaron su lado profesional, porque ya profesional o económicamente estaban en una situación distinta”*. (Hombre, 62 años, 2017). Algunos incluso consideran que las nuevas generaciones se encuentran desarraigadas de su origen como hijos de huerteros, a lo que se suma el estigma de nacer y vivir en La Pintana. *“hubo un desarraigo en la gente de la nueva generación como diciendo “¡oh! ¡La Pintana!” y este estereotipo del que vive en La Pintana como que era delincuente... entonces se fueron y desaparecieron, y claro ahora logrando un mejor estándar de vida tienen toda esta añoranza por lo que vivieron acá, pero en el momento en que había que ponerse en el noventa, emigraron”* (Hombre, 60 años, 2016). La migración de los más jóvenes también ha repercutido en la disolución de lo común, existiendo cada vez menos huerteros que sostengan las instituciones. *“por ejemplo aquí en la cooperativa la mayoría de los hijos de los que eran socios han emigrado, es decir, se han ido, porque tienen su profesión, entonces se van, y van quedando huertos muy solos, entonces al final se vende y ahí es donde llegan los empresarios...”* (Hombre, 65 años, 2017).

Esto trae consigo una sensación intensificada de finitud del lugar y de capacidad de agencia, sensación que también comparten algunos agentes que se involucran en la resistencia del lugar. *“¿En realidad valdrá la pena que sigamos, así como estamos? Esas son las cosas que te digo yo, esas son las cosas así como estamos, porque ya ninguna de las personas que yo tenía para decirles; oiga don Juan, voy a venir para acá porque resulta que van a venir cinco... así llegaba yo a las parcelas, don Juan voy a venir con diez cabros de la universidad que le van a hacer un filtro de agua para la acequia, ¿le parece?, ¿Qué tengo que tener? me decía, y adonde están esos si ya no existen, si están vendiendo, si pusieron una chatarra, si este otro no tiene agua y no planta, se fue a plantar por allá abajo, está lleno de lo que no queremos, yo no tengo casi huerteros”*. (Mujer, 62 años, 2016). Este relato nos plantea la difícil pregunta sobre el compromiso personal de quienes habitan en los Huertos para hacer frente a la transformación, un compromiso como una “sociabilidad estratégica” con el fin de conseguir algo (Sennett, 2012).

En este sentido, a pesar de compartir una experiencia vivida común, la de la industrialización de los Huertos, y poseer un marco compartido respecto de cómo

esta transformación les ha afectado, se perpetúa una carencia de relaciones vecinales más densas y de un espacio de comunicación, de conversación y, por lo tanto, de politización, dificultándose la capacidad de organizarse en procesos agenciales.

3.3. Hacer comunidad. De la tradición a la experimentación

Las dificultades para ser y hacer comunidad y para llevar a cabo procesos agenciales desde ésta nos permiten comprender la falta de relación, de sociabilidad y, por lo tanto, de cohesión en la comunidad. Pero, tal como vimos anteriormente, se produce entre algunos habitantes un momento de ruptura en el cual frente a esta falta de comunidad y de participación se toma la decisión de actuar colectivamente en la recomposición de los lazos perdidos y en la creación de vínculos nuevos. *“Los quijotes somos nosotros que estamos tratando de hacer entender a la gente que tiene que ser más participativa, no tan personalista”* (Hombre, 47 años, 2017). En esta toma de conciencia buscan no sólo reunir a la comunidad para fortalecerla y superar un “decaimiento del espíritu comunitario” (Martinelli, 2010), sino que también actuar como una fuerza social coherente y unida en procesos agenciales. Esta ruptura respecto a un pasado reciente de inmovilidad busca, mediante la rearticulación y la organización, subvertir una historia reciente significada como de fracaso en los procesos agenciales desde la comunidad, a través de una movilización de prácticas cotidianas que traiga consigo una apropiación del lugar, pero también de movilizaciones esporádicas con metas concretas. Además, como parte de este proceso de empoderamiento comunitario se produce una búsqueda por reforzar la memoria y la identidad y, con ello, fortalecer el sentido de pertenencia al lugar y la noción de una comunidad compenetrada y unida en torno a un ideal de lugar y, además, el aumento de su visibilidad y reconocimiento (Martinelli, 2010; Moulaert, 2010).

Este punto de inflexión o momento de ruptura ha traído consigo no sólo una voluntad por articularse en torno a una resistencia, sino que también, como se puede apreciar desde la creación de marcos de sentido compartidos que han dado lugar a horizontes políticos, a un deseo de fortalecer la comunidad en torno a una “construcción con sentido ético” (Sennett, 2019) del lugar. En este sentido, si bien este contra movimiento que busca la rearticulación de los habitantes de los Huertos se da en un contexto de desesperanza por las dinámicas de disolución social y de transformación material del lugar, se produce a su vez una esperanza renovada que es necesaria para poder llevar a cabo acciones, tal como vimos anteriormente en las narrativas de duelo y renovación del apego. En esta “construcción con sentido ético”

se conjugan los distintos horizontes y visiones de los Huertos como un pulmón verde, como un cordón de verduras y como un “buen lugar”.

Más allá de las dificultades para ser comunidad, como el desconocimiento entre vecinos y una apatía social generalizada, se encuentra otra dificultad entre los agentes y habitantes de los Huertos que se evidencian al observar con mayor profundidad las prácticas agenciales y la forma en la cual las interpretan: escisiones sobre cómo construir el lugar en el presente, lo cual se encuentra directamente relacionado con los horizontes políticos y el futuro del lugar. En este sentido, los deseos y las formas en las cuales se llevan a cabo son múltiples y, en algunos casos, contrarias, a pesar de este impulso inicial y unitario por hacer comunidad.

Es en la concepción de Sennett (2019) de una construcción con sentido ético desde la recuperación o desde la reparación a partir de la cual podemos encontrar una clave interpretativa para comprender la forma en la cual la cognición y las narrativas inciden en lo que los agentes hacen, cómo lo hacen y con quién lo hacen (Mische, 2009) en la búsqueda por fortalecer la comunidad. Sennett (2019) diferencia a la recuperación de la reparación en que la primera busca o anhela el retorno a una condición inicial, a un “(...) tiempo paradisíaco en que la gente parecía vivir con pureza y autenticidad” (Sennett, 2019: 369), mientras que en la reparación se busca una libertad para evolucionar hacia otro estado, lo que implica un hacer distinto. La construcción con sentido ético desde la reparación se liga fuertemente a la noción de que el espacio no solo “está abierto” como potencialidad política para su transformación, sino que debe concebirse como abierto para su reconstrucción, para que “nuevas trayectorias espaciales puedan ser dibujadas en otras direcciones” (Haesbaert, 2013: s.p.).

Como punto de encuentro entre las metas de las distintas organizaciones de los Huertos se encuentra la reconstrucción de los lazos sociales y el fortalecimiento de éstos, lo cual es buscado mediante la activación de una vida social, sustentada en prácticas tales como ferias, aniversarios, encuentros culturales, fiestas comunitarias, entre otros, que poseen un carácter eventual y esporádico. En todas estas actividades se evidencia la importancia del encuentro a través del disfrute, del placer de estar juntos a través de la celebración. Entre estas prácticas se encuentra el desarrollo por parte de la Junta de Vecinos de eventos “típicos” de este tipo de organizaciones, como fiestas navideñas para los niños de la comunidad, torneos de fútbol, bingos o actividades recreativas familiares en general.

Sin embargo, se puede observar a partir de otras prácticas sociales que se llevan a cabo para la construcción del lugar que éstas no son “neutras”, en un sentido de que se encuentran moldeadas y dirigidas hacia una visión sobre qué comunidad es la que se busca fortalecer y reconstruir y qué lugar construye esta comunidad. En este sentido, se conjuga en las prácticas comunitarias impulsadas por las distintas

Aniversario 70 años Cooperativa

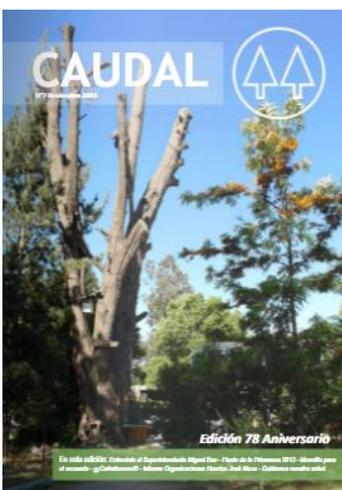
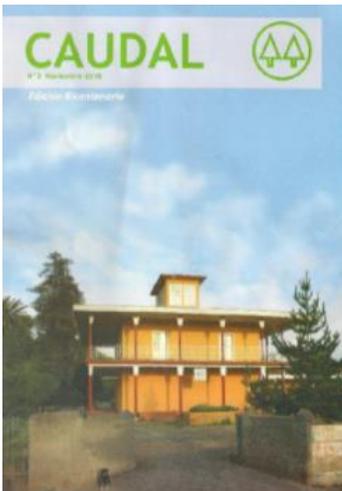
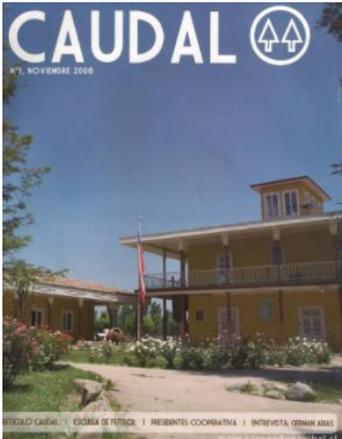


Fuente: Facebook La Voz de los Huertos.



Fuente: La autora.

Revista Caudal N° 1 (2008),
N° 3 (2010) y N° 7 (2014)



Fuente:
<https://www.casonadonanibal.com/dubo.htm>

organizaciones de los Huertos una visión sobre la construcción del lugar que se encuentra íntimamente conectada a la forma en la cual se relacionan como comunidad.

La construcción con sentido ético desde la recuperación la podemos ligar a lo que Emirbayer y Mische (1998) denominan como un proceso de identificación en la formación de procesos agenciales, el cual proyecta a futuro a partir de la retrospectión y prospección de relaciones con el pasado, trazándose las trayectorias agenciales sobre la base de experiencias pasadas. Esta forma de proyectar el futuro del lugar y de hacer comunidad la podemos encontrar en las prácticas impulsadas desde la cooperativa, las cuales se orientan hacia el fortalecimiento del encuentro con prácticas con una orientación de conmemoración del pasado, buscando reunir a los habitantes que mantienen una visión más nostálgica y tradicional de los Huertos. Esto se evidencia en eventos como las celebraciones de los aniversarios de la cooperativa o aniversarios de la llegada de los primeros pintaneros, además de actividades sociales y culturales como bingos o exposiciones de autos antiguos. En estas actividades suelen reunirse los pintaneros a sociabilizar entre ellos, reafirmando su identidad mediante, por ejemplo, actividades tales como reconstruir la historia de los Huertos a través del ejercicio de la memoria oral. Esta forma de orientar la sociabilidad en los Huertos se da, como en muchas otras comunidades en donde se produce una identidad colectiva fuerte, como una recomposición de la comunidad intencionada desde una búsqueda por encontrarse unidos por una “forma de vida” en común, en donde se refuerzan las instituciones de base y las prácticas sociales (Crow, 2002). En este sentido, podríamos decir que las prácticas se orientan a una recuperación vinculada al retorno a un tejido social perdido mediante la recomposición de los lazos vecinales (Sennett, 2019).

Esta orientación de la cooperativa de la búsqueda de un empoderamiento de la comunidad desde el refuerzo de sus raíces identitarias también se pone en práctica en la creación y circulación de una revista propia, la Revista Caudal, la cual contó con 7 números y se produjo entre los años 2008 y 2014. En ella el rescate de la memoria de los Huertos fue preponderante, recopilando un importante archivo de datos y fotografías desde la fundación de los Huertos hasta el día de hoy. Su visión y objetivo de no sólo ser una revista para la comunidad, sino que también como un medio que diera a conocer los Huertos y aumentara, de esta forma, su visibilidad y reconocimiento, quedaba plasmada en la editorial del primer número que salió a circulación,

“Hoy, no pretendemos permanecer impávidos y conformarnos con observar el caudal de siempre. Hoy, hemos tejido nuevas esperanzas que lo alimenten, que lo renueven de modo que la villa fundada por nuestros antecesores reviente con fuerza para conquistar su identidad, su expansión y para plantar su historia. El caudal debe llevarnos a que en un día no tan lejano los nombres de los fundadores

se lean en las avenidas, en las calles y en las plazas de una comuna que nazca empapada con nuestros valores, con nuestra historia y con la búsqueda eterna de un caudal inagotable". (Editorial Revista Caudal N°1, año 2008: 7).

Sin embargo, el fortalecimiento de la memoria y de la identidad no es sólo un proceso anclado en el pasado, sino que se produce también un proceso social que busca la actualización de esta identidad. En este sentido, se produce bajo una orientación de la construcción con sentido ético ligado a la reparación un proceso de experimentación en la formación de la agencia, bajo el cual la proyección de los procesos agenciales se orienta más hacia cursos alternativos de acción (Emirbayer y Mische, 1998). Este proceso de experimentación se ha dado fundamentalmente bajo el deseo de llevar adelante las representaciones de los Huertos desde una mirada ecológica más actual. Esta visión se basa también en que, frente a la idea de que muchos jóvenes han migrado debido a que el territorio no se ha adaptado para que permanecer les resulte atractivo, una respuesta ha sido buscar que el territorio transite hacia una alternativa en consonancia con modelos territoriales ligados a imaginarios contemporáneos, como es el de la agroecología o el vivir en la naturaleza desde una forma comunitaria vinculada al desarrollo de esos imaginarios. En este sentido, el ideal del buen lugar de las aldeas utópicas de la ciudad jardín se entremezclan con ideales ecologistas, articulándose una nueva forma de concebir la comunidad, fundamentada en una comunidad que se relaciona de una forma más horizontal y que se encuentra unida por intereses, los cuales pueden desarrollar gracias a cohabitar un espacio común y delimitado. Así lo señalaba una dirigente de Ecopintana, *"Nosotros lo que detectamos como urgente era la reconstrucción del tejido social, porque si no hay reconstrucción del tejido social, es muy difícil liderar procesos ambientales, o tratar de generar movimientos ambientales, concientizar"* (Mujer, 30 años, 2020). Es así como se produce una visión del desarrollo de una sociabilidad en donde el relacionarse se liga al poder llevar a cabo un contra-imaginario de una comunidad que desarrolla prácticas cívico-ecológicas. Tal como lo planteaba un miembro de la Junta de Vecinos, *"A nosotros lo que nos importa es el rescate, el retorno de la gente, la incorporación de la gente a las actividades, para el fin último que es el preservar nuestro medio ambiente, nuestra forma de vida"* (Hombre, 58 años, 2017).

A partir de estos contra-imaginarios se producen una serie de prácticas, impulsadas principalmente desde la Junta de Vecinos y desde Ecopintana y desarrolladas muchas veces en los espacios de la Cooperativa, orientadas hacia una búsqueda por actualizar una forma de vida tradicional, manteniendo ciertas dinámicas y elementos, pero incorporando nuevas ideas, formas de habitar y abriendo la sociabilidad hacia personas fuera de la comunidad, produciéndose en los últimos años una voluntad por organizar actividades para el mejoramiento de la calidad de vida ligada a la protección ambiental. *"El gran desafío es tratar de reconstruir el*

tejido social, volver a activar los lugares de encuentro para también conocer que comunidad existe ahora, porque no es la misma que era hace 10 años o hace 15 años, es otra comunidad. Han llegado personas nuevas, también personas que tienen intereses ecológicos y que se encontraron con este lugar y fue como “oye pero qué bueno que hay agua de acequia no sabía” y se dan cuenta que realmente es un lugar generoso”. (Mujer, 30 años, 2020)

Es así como se han desarrollado ferias ambientales y actividades ligadas al intercambio y fortalecimiento de prácticas cívico-ecológicas, abriéndose hacia nuevas prácticas y formas de encontrarse en donde la comunidad localizada se relaciona con organizaciones y personas fuera del lugar que comparten visiones y horizontes políticos vinculados a la agroecología, principalmente. Esto ha venido de la mano con la formación de una red de organizaciones y personas que intercambian experiencias de lugares con problemáticas similares y también de experiencias y conocimientos, articulando miradas conjuntas sobre un saber hacer y comprender el territorio. Tal como plantea Moulaert (2010), estos vínculos que se construyen más allá de la localidad se articulan en la búsqueda por construir sus imaginarios, por lo que no son sólo funcionales, sino que están ligados a visiones de mundo, territoriales, en donde se identifican y reconocen en el otro. En este sentido, contribuyen a la actualización de sus políticas identitarias de lugar.

Feria ambiental, año 2016



Fuente: La autora.

Entre los vínculos con personas y organizaciones que van más allá de la comunidad localizada de los Huertos cabe destacar los lazos que han formado con estudiantes de Ingeniería en Recursos Naturales Renovables de la Facultad de Ciencias Agronómicas de la Universidad de Chile, con quienes han desarrollado durante algunos años talleres de agroecología y de prácticas territoriales locales más sustentables. En la articulación de lazos entre la comunidad y la universidad se ha producido, además de un aprendizaje derivado del intercambio de experiencias ligadas fundamentalmente a prácticas agroecológicas, un reconocimiento de los Huertos como un lugar que, a pesar de su industrialización, mantiene una identidad ligada al trabajo agrícola y con una comunidad con deseos de mantener esta identidad. En este reconocimiento también han formado parte estudiantes de antropología, quienes a través del registro de la historia de los Huertos desde la memoria oral de sus habitantes no sólo los visibilizaron, al condensar esta historia en un libro que obtuvo fondos del Gobierno Regional para su publicación, sino que también formaron parte del refuerzo de su identidad y de un sentido de orgullo del lugar y del proyecto territorial. *“Para nosotros ese proyecto fue súper importante”* (Mujer, 62 años, 2016). *“Por eso hicimos el libro, es un testimonio de aquí hubo una política habitacional del Estado, de un gobierno que hizo esto”* (Hombre, 62 años, 2017).

Si bien es difícil determinar cómo influyen las visiones y, más aún, la creación de un sentido común entre los habitantes de la comunidad y personas externas a ésta, en este caso, estudiantes y profesores universitarios, muy probablemente se produce en esta relación una valoración renovada del lugar para los huerteros y un influjo de nuevas ideas sobre cómo proyectar el futuro del lugar. Esto se puede notar en que el nombre que se le da a estas acciones es el de Taller de Vinculación Territorial, en donde se busca precisamente relacionar a la academia con los Huertos y a los habitantes de los Huertos entre sí, siendo el primer paso la creación colectiva de un diagnóstico territorial, es decir, la creación de un marco diagnóstico y luego de un marco pronóstico, lo que en palabras de Martín (2003) es uno de los pilares para la emergencia de una comunidad política.

Sin embargo, estos vínculos con personas distantes, en este caso, profesores y estudiantes, posee una condición que se da con frecuencia en redes que superan la localidad: la debilidad de los lazos. Si bien el compromiso entre la universidad y las organizaciones de los Huertos se ha sostenido en el tiempo, esta red no reemplaza la necesidad del fortalecimiento de la comunidad. *“Vienen universitarios a hacer un estudio, vienen a hacer un tema de vinculación, la gente participa, pero muchas veces esos movimientos son gestionados por agentes externos a la comunidad, empiezan y terminan con ellos. Entonces no hay una continuidad”* (Mujer, 30 años, 2020).

Taller de Vinculación Territorial año 2015



Fuente:
<https://www.uchile.cl/noticias/113812/taller-de-extension-ciencias-agronicas-con-habitantes-de-la-pintana>

Afiche Lanzamiento Libro “Los Huertos de La Pintana. Cultivando Historia”



Afiches actividades comunitarias Ecopintana



Fuente: Facebook Ecopintana, Año 2019 y 2020.

La vinculación con agentes externos a la localidad ha generado, a partir de la experiencia de estos vínculos, una toma de conciencia respecto de la necesidad de impulsar desde la comunidad prácticas que superen lo eventual y puedan transformarse en habituales. Es bajo esta reflexión que nace Ecopintana, “(...) cuando nosotros nos presentamos a la Cooperativa como comité, también era con esa intención, de poder ir generando más actividades, porque creo que en el territorio sí ha habido actividades, pero las actividades han surgido de grupos externos a la comunidad. Entonces eso también marca una diferencia, nunca han sido iniciativas que nazcan de la comunidad. O sea, no nunca, pero son más escasas” (Mujer, 30 años, 2020). Esto trajo consigo la movilización de una serie de prácticas gestionadas desde Ecopintana para el reencuentro de la comunidad desde prácticas cívico-ecológicas que fueran impulsadas desde el territorio. “Empezamos a hacer actividades al aire libre, empezamos a hacer talleres, empezamos a hacer bicicletadas. Para poder volver a encontrarnos con la comunidad, a entender cuáles eran los lugares de encuentro. Hicimos ferias también”. (Mujer, 30 años, 2020).

Es así como, a diferencia del proceso de identificación ligado a una visión de recuperación del tejido social impulsado desde la Cooperativa, se produce en la vinculación a contra-imaginarios de una comunidad ecológica un proceso de carácter experimental, ligado al deseo por abrir la comunidad en la búsqueda de nuevos lazos, pudiendo superar con estos lazos a la localidad. Esta comunidad abierta se vincula más a una visión que busca la reparación, en un sentido del deseo por restaurar los lazos sociales perdidos y debilitados, pero también por reconfigurar la forma en la cual se relacionan (Sennett, 2019). La fragmentación y el debilitamiento de la comunidad y el deseo por su reparación llevaría a un grupo de agentes y habitantes a buscar una nueva forma de relacionarse y constituirse como comunidad. “El hecho de que algo se haya roto sirve como pretexto para hacer un objeto distinto del anterior, tanto en su forma como en su función” (Sennett, 2019: 368). Para ello reconocen la necesidad de replantear un proyecto de lugar desde la comunidad, un proyecto que sea generado de forma colectiva y democrática, que incluso pueda cristalizarse en una carta de navegación, como podría ser un manifiesto, tal como plantea una dirigente, “Queremos llegar a un manifiesto como territorio, a un acuerdo, decir qué somos realmente, qué queremos ser, hacia dónde queremos ir, pero algo que sea participativo y que sea para todos. Que incluya a quienes viven en este territorio. Todos. Todas las personas que viven en este territorio. Y creo que ahora viene ese trabajo, tenemos que hacer un trabajo más de puerta a puerta, saber quiénes están viviendo, quiénes quedan, quiénes no, quiénes necesitan ayuda, qué proyectos hay también, de qué forma se podría potenciar este territorio” (Mujer, 30 años, 2020).

3.4. Quiebres y uniones. Asociatividad y comunidad desde lo común

En esta reconstrucción con sentido ético, el lugar del lugar, valga la redundancia, es clave. La búsqueda por el aumento de la sociabilidad, del encuentro, del conocerse entre vecinos posee una espacialidad que no es neutra, encontrándose orientada por una serie de dimensiones en donde, además del horizonte y visión política sobre cómo se desea construir el lugar, las relaciones de poder internas en la comunidad son preponderantes. Además, se combina el debate político, especialmente respecto del futuro del lugar, con la sociabilidad, en lo que Amin y Thrift (2002) consideran como una de las condiciones para la activación de una comunidad política.

Es en la búsqueda por la recuperación o reparación de “lo común” en los Huertos en donde se puede notar más claramente una escisión en la visión sobre cómo se desea construir el lugar. Esta problemática viene de la mano con la llamada “tragedia de los comunes”, en la cual la libertad personal y la búsqueda de beneficios individuales pueden afectar a la preservación de recursos comunes. Si bien esta teoría está enfocada en dar respuesta al impacto sobre los recursos naturales (suelo, aire, agua, entre otros), también podemos considerar como recursos a los bienes intangibles de carácter social o cultural, a la información, seguridad, conocimiento, entre otros y a los tangibles, tales como espacios públicos y áreas verdes, conjuntos de vivienda, equipamiento, infraestructura, etcétera (Castro-Coma y Martí-Costa, 2016). Si nos abstraemos del concepto de recurso o bien, derivado de la teoría económica, podemos decir que la tragedia de los comunes es también una tragedia de la pérdida o deterioro de lugares, paisajes, patrimonio, historias y narrativas que se desvanecen muchas veces a pesar de que éstas puedan ser valoradas por un conjunto de ciudadanos, los cuales ven cómo frente a la libertad de decisión individual su ciudad se transforma.

Si bien se produce entre los habitantes de los Huertos un consenso respecto de una sensación de pérdida de “lo común” vinculado a su disolución de forma persistente en las últimas décadas y la importancia que ha tenido esto en el debilitamiento de la comunidad, traduciéndose en un deseo por reconstruir a la comunidad desde la comunidad y desde un sentido de “lo común”, se produce un disenso respecto de cómo abordar una actualización de lo común. Este disenso se produce desde nuevos enfoques que buscan superar o actualizar el ideal de la aldea utópica en un sentido estricto, los cuales transitan desde concepciones de un espacio más cerrado hacia otras que buscan hacerlo más abierto y poroso y, por tanto, experimental. *“La verdadera cuestión sociopolítica concierne menos, quizás, al grado de apertura / cierre (y la consiguiente pregunta de cómo diablos uno podría comenzar a medirlo), que a los términos en los que se establece esa apertura / cierre. ¿Contra qué se erigen los límites? ¿Cuáles son las geometrías de poder aquí? y exigen*

Manifestación vecinos frente al cierre del Liceo, año 2010



Fuente: Revista Caudal N° 5, 2012.

respuesta política?” (Massey, 2005: 179; traducción propia). Estas escisiones producen, además, tensiones derivadas de distintos modelos organizativos orientados hacia el logro de distintos enfoques, “(...) *existe una constante tensión entre jerarquía y espontaneidad, formalización y disrupción, institucionalización e innovación*” (Martinelli, 2010: 20; traducción propia).

En la construcción de estas visiones el rol que ha tenido la institucionalidad pública respecto de su falta de cooperación en el posibilitar el empoderamiento cívico y la reconstrucción de “lo común” ha sido fundamental para sustentar esta idea de que la comunidad se debe sustentar por sí misma. Frente al abandono del lugar por parte del Estado se ha producido un retorno hacia una búsqueda por reconstruir “lo común” desde la comunidad.

El municipio ha jugado un rol protagónico en la disolución de lo común, no sólo respecto de los cambios en la normativa de uso de suelo que han traído consigo procesos de transformación y deterioro del lugar, y con ello la pérdida de un patrimonio común como es el paisaje y una forma de vida, sino que concretamente mediante acciones directas como fue el cierre del Liceo, el cual también había sido formado por la comunidad, debido a un traspaso hacia el municipio amparado en la ley de municipalización de la educación promulgada en el año 1991. En este sentido, la pérdida de este espacio se da en un contexto de privatización y municipalización de la administración de servicios públicos como parte del proceso de ajuste estructural, en un afán de descentralizar ciertos servicios y dejarlos en manos de los municipios (Salazar, 2019). Sin embargo, el municipio, argumentando una falta de alumnos, cierra el liceo y lo convierte en bodegas municipales, las cuales se mantienen hasta el día de hoy,

“Este era un liceo fiscal, y era uno de los pocos que había, porque hay otro más en el centro de la comuna, y lo cerraron porque no tenía matrícula según la autoridad máxima, y básicamente se basaron en que la mayoría de la gente que venía de los sectores que no son de La Pintana, son de Puente Alto, porque aquí al lado de nosotros tenemos todas esas poblaciones que salen en la televisión, están las casas Copeva, todas esas, del sector de Puente Alto que está aquí cerquita. De ahí venían los alumnos. Entonces la justificación de la autoridad fue que como no había gente de la comuna, él iba a cerrar el liceo. Y lo cerró. Ahora lo tiene de bodega, es decir, ahora tiene bodega la municipalidad aquí, con una instalación increíble que cualquier colegio la quisiera tener”. (Hombre, 70 años, dirigente vecinal, 2017).

Esto se produce como una suerte de paradoja de modernización del Estado, el cual, si bien busca proveer de servicios públicos, lo que finalmente se da es no sólo una transferencia desde la comunidad al Estado, sino que la pérdida de lo construido colectivamente y, finalmente, del servicio.

Si bien en el actual periodo de gobierno municipal se ha dado un mayor reconocimiento y acercamiento por parte del municipio hacia los Huertos, llegando incluso a decirse que la actual alcaldesa “*es huertera*” (Mujer, 60 años, 2017), lo cual se ha traducido en la participación en actividades comunitarias y reuniones con las distintas organizaciones sociales a través de sus distintos departamentos, lo cierto es que respecto de un apoyo municipal para la creación y el desarrollo de espacios comunitarios el marco bajo el cual se relaciona el municipio y los territorios sigue siendo rígido, debiendo los barrios competir entre sí para la obtención de recursos. Es así como para la construcción de “lo común” las organizaciones del lugar deben concursar por fondos, siendo un ejemplo de ello la obtención de recursos por parte de la Junta de Vecinos en el pasado para la pavimentación participativa de calles y para la construcción de la sede vecinal, la cual, paradójicamente, se encuentra emplazada en terrenos del Liceo, ahora propiedad del municipio. Sin embargo, la condición de La Pintana como una comuna de escasos recursos y de muchas necesidades se traduce en que las organizaciones de los Huertos se encuentren en desventaja para la obtención de fondos municipales en relación con otros barrios con mayor necesidad. “*Se postula a fondos, pero nosotros estamos bajos en esa situación, en el caso nuestro somos débiles en eso porque pertenecemos a una comuna además con más problemas, entonces para nosotros, como los vecinos ricos de la comuna, es difícil conseguir cosas, mucho más difícil postular a un fondo, como siempre es más complicado porque se presume que tienes más capacidad de financiar cosas*” (Hombre, 63 años, 2017).

La necesidad de apoyo en recursos también suele ser una forma de buscar vínculos con el municipio, quienes asisten a las actividades y apoyan con financiamiento y recursos materiales para su desarrollo. “*(...) nuestra intención es realizar un trabajo articulado para lo que ya hemos tomado contacto con la Dirección de Gestión Ambiental para vincular los recursos disponibles para un buen desarrollo de la actividad*”. (Ecopintana, petitorio alcaldesa, agosto 2019).

Este marco institucional también se traduce en un marco de gobernanza en el cual predomina una forma de vincularse de forma jerárquica. Es por ello por lo que, entre otros aspectos, el mayor reconocimiento que han logrado en los últimos años, evidenciado en una cercanía entre las organizaciones y la alcaldesa, no se han traducido en un apoyo directo y concreto hacia las políticas y problemáticas barriales. “*(...) la otra vez fuimos a hablar al municipio y dijimos necesitamos plazas, necesitamos un lugar de encuentro de la comunidad, y nos dijeron ¿para qué, si ustedes tienen parcelas?. (...) estamos hablando de lugares comunes, de comunidad, no del confort que pueda tener cada persona dentro de su casa*”. (Mujer, 30 años, 2020).

Frente a esto, algunos agentes desean escalar en las relaciones con instituciones públicas, estando dentro de sus deseos el poder vincularse con programas de

recuperación de barrios impulsados desde la escala nacional, como el programa “Quiero Mi Barrio” del Ministerio de Vivienda y Urbanismo o algún programa para comunidades impulsado desde el Ministerio del Medio Ambiente. Sin embargo, la falta de capacidades por parte de ellos como agentes, fundamentalmente ligada a la dificultad para acceder a información, se plantean como una brecha difícil de superar para poder escalar en las relaciones y lograr apoyo desde la institucionalidad pública o, incluso, desde ONG’s. *“ONG’s tal vez hayan muchas, lo que pasa es que también hay desinformación, por ejemplo, yo sé que el Ministerio del Medio Ambiente tiene un montón de recursos que reparte, que concursa, que licita, pero uno desconoce un poco, es decir, realmente hace falta que nos capaciten en términos de qué organizaciones dan recursos y para qué dan recursos, y obviamente que a nosotros nos interesaría la parte ambiental, que nos permita mejorar los huertos, que permita mejorar la calidad de vida”* (Mujer, 47 años, 2017). También el carácter burocrático para poder postular y adquirir fondos es considerado como una condición que constriñe la capacidad para poder lograr como comunidad acceder a ciertos beneficios que les permitan impulsar proyectos en el lugar. *“Por ejemplo, el Gobierno Regional tiene su concurso que era más o menos en enero, en esta época, pero ahora parece que cambió el sistema, las bases tiene que aprobarlas alguien, y todavía no salen las bases y después se aprieta y no hay plazo para juntar los documentos, eso nos pasó”* (Hombre, 59 años, 2017).

Frente a la falta de apoyo por parte de la institucionalidad pública, surge desde las organizaciones y los distintos agentes del lugar una búsqueda por construir o reparar un espacio común en el cual se pueda desarrollar la sociabilidad y, más aún, los proyectos de lugar. Sin embargo, se producen escisiones sobre la idea de lugar, a pesar de un deseo conjunto por revitalizar el lugar, lo cual se puede apreciar especialmente en cómo se concibe y se actualiza “lo común”, lo cual se puede notar en las prácticas que se llevan a cabo y en la forma en la cual se vinculan para llevarlas a cabo.

Por una parte, la Cooperativa ha jugado un rol fundamental en ser el espacio comunitario más importante de los Huertos, siendo el centro de reuniones sociales. *“Tenemos la buena disposición de la Cooperativa, tenemos una multi sala para hacer eventos, bingos, bailes, lo que queramos”* (Hombre, 47 años, 2017). La disposición de la cooperativa al uso de sus espacios no hace más que confirmar que es un espacio que no reemplaza la necesidad por un espacio completamente abierto a la comunidad. *“No hay ningún lugar donde nos reunamos siempre, no hay un lugar aquí... nos hemos encontrado, pero de pasada, no en un lugar donde llegue toda la gente. Aquí, claro, se hacen algunas actividades, la junta de vecinos hace actividades, pero eso. Se pide por el local, porque la junta de vecinos tiene su sede, pero es pequeña, de repente hacemos unas reuniones más pequeñas, esas se hacen allá, pero las más grandes se hacen acá. Ahí sí, ahí hay buena relación de poder”*

usarlo, no se nos cobra o se nos cobra un poquito para que quede limpio... no se les cobra a las instituciones de acá” (Hombre, 65 años, 2017).

Es por esto por lo que, desde una parte de los habitantes de los Huertos, el espacio de la cooperativa se presenta como un espacio poco poroso. Es decir, es un espacio que se abre a la comunidad pero que no se encuentra abierto en todo momento y para toda ocasión, siendo por lo tanto un espacio cuyo acceso es controlado por la institución. Esta consideración se basa en el rumbo que ha adoptado la cooperativa en las últimas décadas, hacia una institución que ha transitado hacia una Sociedad Anónima, y cuyo lugar es concebido como un recinto privado. Estos espacios son de libre acceso para los socios de la cooperativa, pero también son arrendados para eventos, a partir de lo cual obtienen ganancias. *“Tenemos un salón y lo arrendamos, con eso nos financiamos. Bueno, gastamos en cosas administrativas, como un cuidador en el estadio, consumo de luz, agua, acá mismo. Nos financiamos con el arriendo de la multisala y eso cubre casi todos los gastos, casi, casi, porque en los últimos años hemos tenido pérdidas” (Hombre, 59 años, 2017).* Frente a la dificultad para mantener el financiamiento de la Cooperativa en los últimos años se han concesionado algunos de sus espacios, como es el caso de las canchas deportivas o la concesión de un espacio para un restaurant.

Si bien en décadas anteriores la cooperativa se encontraba más abierta, en la década del noventa y hasta el presente sus dirigentes efectuaron una clausura relacional al restringir sus espacios y actividades, siendo el libre acceso fundamentalmente para socios y para quienes pagan por el uso de sus instalaciones. *“Hubo un buen tiempo que no se podía entrar a la cooperativa, esto estaba cerrado y nadie podría entrar. Fue en otro tiempo, cuando se apagó la cosa... porque antes, antes, al principio, hasta el colegio, todo funcionaba aquí, incluso el teatro, que era parte de la multisala” (Mujer, 57 años, 2017).* Además, para algunos habitantes existe una brecha que no les permite ser parte de la cooperativa debido al alto valor de las acciones, *“(...) si tú no tienes acciones en la Cooperativa, estamos hablando de que una acción para ser parte de la Cooperativa de los huertos es de 22 millones de pesos, eso tienes que pagar para ser un socio de la Cooperativa. Entonces ante esa premisa es súper difícil, es excluyente” (Mujer, 57 años, 2017).* La restricción en el acceso a los espacios en las últimas décadas, abriéndose en ocasiones a la comunidad, pero siempre sujeto a decisiones burocráticas, también es percibido como una clausura de parte de la cooperativa hacia la comunidad. *“(...) lamentablemente la Cooperativa siempre ha estado en un círculo que es súper cerrado, para los socios de la Cooperativa” (Mujer, 30 años, 2020).* Este aspecto de clausura también es significado como algo que no sucedía en el pasado, *“(...) mucha gente se siente discriminada por esos movimientos que en algún momento fueron comunitarios y después se volvieron más cerrados” (Mujer, 30 años, 2020),* lo que es coincidente con la escasa actividad que tuvo en la década del noventa y

Restaurant, espacio concesionado de la cooperativa



Fuente: La Voz de los Huertos. 30 de diciembre, 2020.

parte de la década del dosmil, *“hubo una época de simple administración, con evidente detrimento de su patrimonio y su labor social y comunitaria”* (Germán Arias). En este sentido, si bien la Cooperativa beneficia en la actualidad a sus socios y también a la comunidad como un espacio que se abre para la realización de actividades comunitarias, se experimenta entre algunos huerteros una sensación de pérdida de una institución y de un espacio que antes estaba abierto y al servicio de la comunidad.

La percepción por parte de algunos de que la cooperativa es un espacio controlado se fundamenta en la forma en la cual se relacionan las dirigencias con las otras organizaciones del lugar, considerando que estas relaciones son difíciles de articular debido a que existe una cultura de relacionamiento más burocrática y vertical. *“(…) una burocracia un poco desmotivadora, más si son organizaciones del territorio”* (Mujer, 30 años, 2020). En esta búsqueda por resurgir el cooperativismo desde Ecopintana, ellos han intentado como organización trazar alianzas con la Cooperativa, sin embargo, estos intentos han sido fallidos, debido a las distintas visiones sobre cómo llevar a cabo las prácticas cooperativistas, pero también debido a diferencias sobre la forma en la cual se considera que deben relacionarse entre organizaciones.

“Nosotros como comité nos presentamos a la Cooperativa y pedimos un tipo de alianza, porque nosotros empezamos a gestionar una cooperativa de consumo y abastecimiento responsable. Entonces nuestra idea en un principio era poder reactivar el tema del cooperativismo, y poder volver a activar la Cooperativa, que es un espacio muy bonito, y poder hacer que existiera más vida comunitaria, tratar de luchar sobre esta forma de vivir que están adquiriendo las personas, que es como ya, “esto son puras industrias, no hay nada, en verdad no puedo hacer nada, no hay ningún tipo de actividades para la comunidad”, ni nada de eso, entonces ahí empezamos a... bueno, hablamos con la Cooperativa, solicitamos un espacio para comenzar a hacer este proyecto, un centro informativo de la comunidad, más la Cooperativa, poder empezar a promover el tema del Gremio de Huerteros también con el fin de revivirlo. Pero es difícil porque también tienen su propia burocracia y en ese sentido están bien estructurados. Entonces ahí fue un intento fallido”. (Mujer, 30 años, 2020).

La consideración por parte de algunos agentes de que la cooperativa es más bien un espacio cerrado o de acceso controlado nos lleva a pensar en este espacio y su capacidad de aperturidad en relación con su porosidad, entendida como la facilidad para entrar a un lugar, la cual se delimita a partir de cómo se trazan los límites y quién los traza (Moulaert, 2010). En este sentido, la consideración de la cooperativa como un espacio poco poroso se basa en que se trazan límites por parte de sus dirigentes para el resguardo de sus proyectos internos, se produce un control en el acceso al espacio físico y también se controla la forma en la cual se vinculan con las

otras organizaciones. Si bien la porosidad se negocia y renegocia permanentemente (Moulaert, 2010), tal como vimos en el ejemplo de la relación entre la cooperativa y Ecopintana, se mantiene por parte de la comunidad una sensación de una pérdida de la cooperativa como un lugar de la comunidad. “(...) *ese lugar que fue de todos ya no es nuestro*”. (Mujer, 30 años, 2020). Esto podría entenderse, además, a partir del difícil equilibrio entre el valor de cambio y el valor de uso, entre ser un recinto que debe generar ganancias para sus socios (los cooperados) y ser el centro en torno al cual se reúne y desea reunirse la comunidad.

Frente a la noción de que no existe en la actualidad espacios comunitarios abiertos para el encuentro y desde el deseo de desarrollar formas de relaciones más horizontales se impulsa desde Ecopintana y desde ciertos liderazgos y agentes de otras organizaciones, como la Junta de Vecinos y la Asociación Gremial de Huerteros, el fortalecimiento de la comunidad a partir de la reconstrucción no sólo de espacios físicos de encuentro, sino que de un espacio de colaboración íntimamente ligado a una reconstrucción de “lo común” desde la apropiación, la activación y la construcción de lugares para el desarrollo de la sociabilidad y de una forma de habitar más colectiva. Esto va de la mano con lo planteado por Kadushin (2012), quien plantea que la “(...) *cohesión y apoyo se vuelven aún más importantes en la sociedad moderna que en los sistemas tradicionales, porque la comunidad y la proximidad son a menudo las consecuencias de acciones particulares más que de resultados pasivos del entorno social*” (Kadushin, 2012: 58. Traducción propia).

Es en el deseo, en el involucramiento y en el compromiso en la participación de prácticas y acciones para llevar a cabo estos imaginarios contra-hegemónicos en donde se produce un punto de encuentro entre el empoderamiento de la comunidad y la puesta en marcha de procesos agenciales para transitar hacia un nuevo estado, hacia un lugar en el cual se produzcan dinámicas de relaciones más colectivas y de la creación de espacios más inclusivos y abiertos. En términos discursivos y en las prácticas sociales se puede distinguir una nueva visión y forma de hacer, más vinculado a formas biorregionalistas, comunitarias y anarcosocialistas de la política ecológica. En ella, comunidad y lugar se encuentran íntimamente intrincados, no pudiendo separarse una forma de ser y hacer comunidad de la forma en la cual se habita. “(...) *tenemos que ir creando nuevas formas de habitar los lugares, y eso tiene que nacer de las personas. Tenemos que ser más participativos en esos procesos*”. (Mujer, 30 años, 2020). Pero, más aún, se busca la activación de un saber hacer a partir de las experiencias de vida ligadas al lugar y también el desarrollo de nuevas capacidades para esta nueva forma de habitar, lo que implica un ejercicio de la memoria, pero también nuevos aprendizajes.

Para ello buscan superar las actividades comunitarias como sólo un evento de reunión y disfrute, buscando la activación y recuperación de espacios subutilizados y de aquellos que se encuentran deteriorados para abrirlos a la comunidad. Con ello,

Afiche actividad Huertas Compartidas



Fuente: Facebook La Voz de los Huertos.

Actividad comunitaria de limpieza de calles



Fuente: Facebook La Voz de los Huertos

se pone en práctica la capacidad protectora desde la afectividad e identidad (Harvey, 1996), desplazándose el espacio de encuentro desde la Cooperativa hacia la realización de prácticas comunitarias en las calles, la Junta de Vecinos e, incluso, proyectando acciones para la recuperación del antiguo Liceo y poder transformarlo en una escuela de permacultura. *“Dentro de las actividades que hoy nos estamos planteando está el desarrollo de una feria medioambiental llevada a cabo semana por medio, una brigada infantil medioambientalista, Huertas compartidas, reforestación con nuestra flora nativa y una gran cicletada por la recuperación del tranque de los Huertos Obreros José Maza (...)”*. (Ecopintana, petitorio alcaldesa, agosto 2019).

Los intereses por una recuperación de “lo común” se derivan en prácticas que buscan poner en valor antiguos bienes comunes, como el agua y sus infraestructuras, el antiguo liceo hoy convertido en bodegas municipales, el uso de las calles hoy cooptadas por camiones y buses y la activación de la sede de la Junta de Vecinos como el centro comunal. Pero esta recuperación de “lo común”, tal como dijimos anteriormente, viene desde una lógica de la reconfiguración y, en esta búsqueda por un cambio, intervienen procesos creativos:

“(...) logramos que nos donaran unos carritos que tenía el municipio que fueron comprados para el período de Jaime Pávez y los ocuparon una vez y nunca más los ocuparon, porque los motores eran unos motores que tenían problemas para hacer que pasaran el permiso de circulación, y nos conseguimos esos carritos y tenemos un proyecto de hacer eco triciclos y poder hacer jornadas, hacer actividades y poder armar, no sé, carros alegóricos, ir a buscar a los niños a los colegios con estos triciclos, llevarlos a este centro de experimentación ecológica, donde puedan experimentar la educación” (Mujer, 30 años, 2020).

También al alero de Ecopintana se han creado una cooperativa panadera y una cooperativa de abastecimiento y consumo responsable, junto con una red de comercio y emprendedores dentro de la comunidad, las cuales nacieron a raíz de las dificultades económicas y de abastecimiento producto de la pandemia, entre otras instancias de cooperación de carácter solidario, como ollas comunes. Estas formas de organización colaborativas y de ayuda mutua se basan en prácticas que se desarrollaban en el pasado, activándose una memoria agencial que rescata una forma de movilización social propia de tiempos de crisis, como las ollas comunes y la activación de redes de apoyo y solidaridad, pero también se actualizan estructuras organizativas que no funcionaron del todo en el pasado, como la cooperativa, buscándose en la actualidad una nueva forma. Para ello han debido experimentar con nuevos modelos socio-organizativos, en la búsqueda por generar un circuito de satisfacción de necesidades a través de instituciones informales que permitan una red de intercambios y una estructura colectiva protectora. *“(...) la idea de la cooperativa es AYUDA MUTUA, no hay jerarquías, somos socios y dueños de la*

institución, la COLABORACIÓN es esencial. (...) Los fundamentos de nuestra cooperativa es ecológico y cuidado del medioambiente, no comprar al retail, no generar basura y alimentarnos bien para proveer el buen vivir y la salud, sobre todo en estos tiempos. (...) Somos un grupo de personas que compra colaborativamente para obtener frutas y verduras a precio de costo. Buscamos promover la economía ecológica, social, justa y circular”. (Facebook La Voz de los Huertos en La Pintana. 25 de mayo, 2020). De esta forma, desde Ecopintana se actualiza la concepción sobre cómo trabajar colectivamente en comunidad, buscando además resurgir el cooperativismo desde la acción, en comparación con otras organizaciones del lugar en donde el cooperativismo no logra traspasar desde un nivel discurso hacia una práctica, tomando para ello como referente prácticas de otros lugares, que en los Huertos se transforman en prácticas experimentales. “Compartimos con ustedes esta iniciativa que surge de las ecoferias, una manera de armar redes territoriales, y fortalecer la economía local, saber quién está en nuestros huertos y de qué forma nos complementamos. (Facebook La Voz de los Huertos en La Pintana. 22 de mayo, 2020).

La creación y el fortalecimiento de la comunidad también ha generado prácticas de ayuda que van más allá de los móviles cooperativos mutualistas, en donde todos se benefician de la cooperación (Tomasello, 2009), hacia prácticas altruistas. “Nosotros como comité hicimos una campaña de caja solidaria, y juntamos mercadería entre los vecinos y fuimos a dejarla a los vecinos que la necesitaban. Nos saltamos el proceso de las cajas del gobierno. Existe una necesidad en el territorio, hay personas que lo necesitan, es una urgencia, vamos a activarla nosotros como territorio con la comunidad” (Mujer, 30 años, 2020). Tal como plantea Tomasello (2009), “(...) las actividades mutualistas constituyen un entorno protegido en el cual pueden darse los primeros pasos evolutivos hacia motivaciones altruistas” (Tomasello, 2009: 105).

Todas estas prácticas son autogestionadas, debido en parte a las dificultades para encontrar apoyos desde la institucionalidad pública, pero también por el deseo de llevar a cabo una visión propia que, en la estructura de gobernanza actual, de carácter más bien jerárquico, es difícil de mantener. Un ejemplo de ello fue el acercamiento que tuvieron con el Departamento de Cooperativas de la Municipalidad, el cual no se concretó en una alianza debido a que desde el municipio tenían una visión distinta sobre cómo encaminar el trabajo de las cooperativas que estaban naciendo en los Huertos. “(...) dejamos de participar porque nos dimos cuenta de que tienen una visión súper clara, o sea más que nada ya tienen algo preconcebido sobre el tema de las cooperativas y la asociatividad”.

En este camino por reparar la comunidad y “lo común” se ha producido no sólo la necesidad por llevar a cabo acciones de coordinación y comunicación para el involucramiento de la comunidad, sino que también una necesidad por generar

Afiches Ecopintana: Olla comunitaria, Cooperativa de Abastecimiento y Consumo y Red Comunitaria



Fuente: Facebook La Voz de los Huertos.

Olla comunitaria



Fuente: Facebook La Voz de los Huertos.

nuevos patrones de gobernanza entre las organizaciones del lugar, chocando muchas veces las normas establecidas con formas emergentes de carácter más informal. Es así como frente a una cultura organizativa más jerárquica y formal, con roles entre las organizaciones bien definidos, se busca generar una nueva estructura, más horizontal, flexible, sin roles rígidos, sin embargo, frente a la emergencia de nuevas formas se producen tensiones. En esta tensión entre lo nuevo y viejo y entre distintos intereses en términos de estructura relacional, el rol de la Junta de Vecinos ha sido el de una organización que teje puentes entre organizaciones, tal como queda en evidencia al observar el mapa de relaciones en el cual se le ve en el centro y conectado con todas las organizaciones del lugar. Este rol central que asume la Junta de Vecinos posibilita las conexiones y circulación de información entre las distintas organizaciones y entre éstas y el municipio, pero también asume un rol que busca acercar las distintas visiones que tienen las organizaciones. En ello también ha sido clave el rol de liderazgos más antiguos que buscan encaminar los proyectos colectivos con toda la comunidad. *“Don Arturo es más conciliador, nos dice “no se excluyan ustedes de lo que está pasando porque al final se están auto excluyendo”, “Propongan, ya a ver qué podemos hacer”. Y eso yo creo que ha sido súper importante”* (Mujer, 30 años, 2020).

De esta forma, Ecopintana se centra en la recomposición del tejido comunitario como su principal horizonte, sin dejar de lado que sus problemáticas son locales, pero también de carácter global, enfocándose primeramente en la localidad para luego poder extenderse hacia otros territorios, lo que es coincidente con distintas corrientes del pensamiento ecologista y comunitario. Es así como Ecopintana se ha orientado hacia el fortalecimiento de la comunidad como agente de cambio, *“Asimismo, es de nuestro interés levantar la comunidad del sector reparando el tejido social y sentando un precedente para otros territorios de la comuna que también enfrentan problemas medioambientales en sus comunidades. Esperando que el trabajo pueda articularse más adelante en un fin mayor que tenga un carácter comunal y que los pintaninos protejamos las riquezas de nuestra comuna y administremos nuestros recursos en beneficio de nuestra propia gente”*. (Petitorio alcaldesa). Sin embargo, se mantiene una noción de lugar-red, en el sentido no de una lógica de escalas jerárquicas sino como un todo relacionado. Esto se refleja en que los intereses de Ecopintana se centran en sumarse a movimientos ecológicos y educativos barriales, pero comprendiendo que son parte de procesos más amplios. Esto es concordante con una visión de proyectos sociales más amplios ligados a la defensa del medio ambiente, en los cuales se busca una organización más horizontal y en redes en torno a causas específicas (Ulianova y Estenssoro, 2012).

Es así como, si bien se mantiene una noción de comunidad localizada, el proyecto de lugar supera a la localidad, buscando aunar personas con intereses comunes y,

además, la necesidad de generar lazos “entre territorios”, como una suerte de encadenamiento de lugares (Massey, 2005; Nicholls, 2009). Sin embargo, esta noción no nace únicamente desde una visión filosófica, sino que desde la experiencia práctica de la dificultad por articular a la comunidad en torno a una visión conjunta. *“A nosotros nos encantaría poder trabajar en unión con las organizaciones del territorio, con todas las organizaciones del territorio, con la Junta de Vecinos, con la Cooperativa, pero creo que es difícil. Es difícil porque quizás hay un tema de intereses que todavía nosotros no logramos entender. Y yo creo que lo que nos queda hacer es ir armando alianzas con otros territorios que tengan la misma lucha que tenemos nosotros, ir avanzando. Hemos trabajado con proyectos de huerteros de San Ricardo, Observatorio Sur también, hay una red de huerteros, de chicos que quieren promover proyectos que son más vinculados a la ecología, que tienen esas búsquedas. Entonces también es como darle la energía las semillas nuevas que vienen creciendo”.* (Mujer, 30 años, 2020).

Las prácticas de promoción del encuentro, de reforzamiento y actualización de una identidad territorial y de articular redes más amplias su desarrollo se desenvuelve a partir de un marco de sentido compartido en el cual existe un amplio consenso de la necesidad de revitalizar y fortalecer el tejido comunitario y, es gracias a él que se articulan y se desarrollan prácticas para su logro. Sin embargo, lo cierto es que se mantiene una noción por parte de los agentes de que, a pesar de las acciones que se llevan a cabo, la comunidad aún no se encuentra cohesionada y que el avance es lento. *“Hemos estado intentando crecer, pero lentamente”* (Hombre, 65 años, 2017); *“Hemos mejorado, pero así en chiquito no más”* (Hombre, 65 años, 2017). También persiste una sensación de que, frente al deseo y voluntad por reconstruir la comunidad y la vida social y el lugar en función de una forma de habitar en comunidad, se encuentran siempre límites, límites impuestos “desde dentro” pero también desde la institucionalidad pública. A pesar de esto, se mantiene la voluntad por seguir intentándolo, *“Pensamos que la forma de lograr cosas es, justamente, participando, no bajándose de eso”* (Dirigente, 65 años, 2021).

4. El origen de esta comunidad son los huertos

Los habitantes de los Huertos Obreros y Familiares de la Pintana piensan que de agricultura y huertos queda poco. Esta reflexión colectiva se sustenta en que, por una parte, la realidad material se impone con el constante reemplazo de huertos por industrias, y por otra, por las diversas dificultades para poder llevar a cabo prácticas de agricultura familiar, tanto en los Huertos como en otros lugares de la periferia de Santiago, las cuales han traído consigo el retroceso de esta actividad y la pérdida de un “saber hacer”. A pesar de que los habitantes de los Huertos, quienes en su mayoría no sabían trabajar la tierra cuando llegaron a habitar el lugar, fueron logrando con el tiempo adquirir capacidades gracias a la experiencia del hacer, lo cierto es que en los Huertos la agricultura siempre fue una actividad más bien complementaria, al menos en términos laborales. Sin embargo, la agricultura siempre ha estado fuertemente vinculada a la identidad huertera y, por lo tanto, al lugar, estando el riesgo de la desaparición de la práctica íntimamente relacionado al riesgo de la pérdida del lugar.

Para los huerteros, el rescate de la agricultura es significado como una cruzada casi quijotesca, produciéndose una fuerte sensación de que su retroceso se da por dinámicas difíciles de revertir por parte de ellos como comunidad. Por una parte, la migración de los más jóvenes, gracias a la movilidad social de las nuevas generaciones de huerteros y a las bajas perspectivas de empleo en la comuna, ha producido que existan en los Huertos cada vez menos personas que se dediquen a esta actividad. Por otra parte, desde la instalación del modelo neoliberal, esta práctica ha ido en retroceso debido a la dificultad que tienen ellos para competir en el mercado con las agroindustrias a nivel de precios, por la escasa integración que tienen como pequeños agricultores en los circuitos de comercialización, pero también por una gobernanza en la cual las comunidades y otras formas de asociatividad tienen escasa incidencia (Salazar, 2019), lo que ha traído consigo un debilitamiento del poder por parte de instituciones de los Huertos como la cooperativa, pero también la dificultad para sostenerse por parte de organizaciones nuevas, como la Asociación Gremial de Huerteros. Esto ha venido de la mano con la dificultad para mantener las prácticas agrícolas sólo para consumo familiar, trueques o venta en pequeña escala, debido al alto costo económico que les significa. Además, el espacio de los Huertos se representa desde la institucionalidad pública como un espacio vacante, disponible para albergar actividades industriales o, en los últimos años, desarrollos habitacionales, lo que ha venido de la mano con normas urbanas que promueven la instalación de estos usos, en desmedro de la protección de las prácticas agrícolas.

Se enfrentan, además, a lo imprevisible: el cambio climático. El temor que manifiestan frente a las amenazas derivadas del cambio climático se expresa en el no poder contar con agua, pero también por el aumento en la frecuencia de eventos climáticos extremos que pueden afectarlos, tales como inundaciones o sequías, como ya lo están haciendo. Si bien con su agencia pueden lograr algún control, como limpiar los canales y lograr acuerdos con industriales para permitir el libre tránsito del agua de regadío, existe un riesgo desconocido que parece incontrolable y al cual se le teme.

A pesar de que conciben al contexto como altamente constrictivo, en los Huertos se ha producido en los últimos años una búsqueda por resurgir la agricultura, para lo cual se concibe a los huerteros de las tres villas que conforman los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana como la base de la agencia, pero siempre bajo la idea de que deben articularse con organizaciones e instituciones situadas en otras escalas para poder lograr el desarrollo de esta práctica. La voluntad por llevar a cabo procesos agenciales para poder continuar siendo agricultores se liga fuertemente a una topofilia, al placer y el disfrute que les significa para algunos el trabajo de la tierra “(...) *yo soy jubilado, y lo hago como un hobby, a mí me gusta trabajar la tierra, y la trabajo desde chico, a mí me enseñaron a trabajar*” (Hombre, 57 años, 2017). Pero también se liga a una visión filosófica vinculada a la agroecología y a los movimientos localistas que han emergido en las últimas décadas, lo cual se ha condensado en la representación de los Huertos como un cordón de verduras.

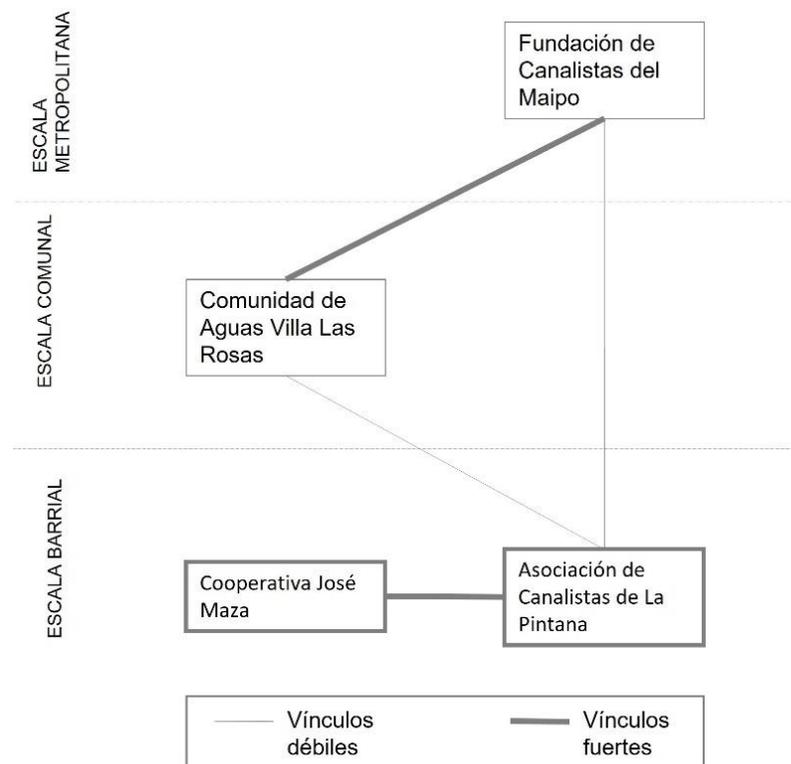
4.1. Trayectorias relacionales en torno a la revitalización de la agricultura y el agua

El lento retroceso de las prácticas agropecuarias comenzó en los Huertos en el momento en el cual el Estado le quita el apoyo a esta actividad a través de la derogación del Departamento Técnico-Agrícola dependiente de la CORVI en la década de los sesenta, perdiendo junto con él la asistencia calificada de ingenieros agrónomos para la explotación de los Huertos. A partir de este momento nunca más existió en los Huertos una institución u organización que velara por el desarrollo de la agricultura. En este sentido, desde la década del sesenta en adelante la agencia en torno a las prácticas agrícolas fue más bien de carácter individual, asumiendo la cooperativa un rol de apoyo, pero de forma esporádica y puntual, sin asumir una posición protagónica en la conducción del proyecto agropecuario. Con el declive de la agricultura a partir de la década del ochenta y acentuándose en la década del noventa y dosmil, se torna evidente el vacío que existía respecto de una gobernanza para la agricultura en los Huertos.

Si bien en la década del noventa comienza a emerger una visión conjunta de los Huertos como un espacio cuyo valor ecológico debe ser protegido, articulándose

algunos de sus habitantes en la agrupación Karumapu, esta organización se centra más en acciones para la defensa del valor ambiental pero no directamente en el desarrollo de la agricultura. En este sentido, en la década del noventa y dosmil la única organización que posee una relación con las prácticas agrícolas es la Asociación de Canalistas, la cual, si bien posee una importancia relevante para el desarrollo de la agricultura, ésta centra sus objetivos en la gestión del agua, específicamente respecto de la administración de infraestructura primaria tales como canales de regadío (Ríos y Quiroz, 1995; en Molina, 2014), por lo que no tiene una incidencia directa sobre la agricultura como práctica. Además, en un contexto de una comunidad fragmentada y apática, durante esas décadas la Asociación de Canalistas se ve profundamente debilitada y casi sin recursos para funcionar. Este debilitamiento se evidencia en la baja participación de huerteros en la Asociación y también en las escasas conexiones que posee con otras organizaciones y las nulas articulaciones con instituciones públicas, siendo los únicos vínculos relevantes los que mantiene con la cooperativa, la cual presta su sede para el funcionamiento de sus oficinas; la Comunidad de Aguas de Villa Las Rosas, organización que les presta ayuda en términos de experiencia e información, y la Fundación San Carlos del Maipo, la cual presta ayuda con la mantención de los canales.

Estructura relacional agua de riego, década del noventa y dosmil



Fuente: Elaboración propia.

La debilidad de la Asociación de Canalistas persiste hasta el día de hoy, manteniéndose la estructura relacional casi intacta desde la década del noventa, sin lograr convocar a los huerteros a involucrarse en la organización de forma activa ni tampoco cumpliendo ellos sus deberes como regantes, como es pagar la cuota de riego y mantener sus acequias limpias y despejadas, profundizándose la falta de recursos para poder llevar una gestión adecuada. Evidencia de ello es que cuentan en la actualidad con tan solo un aguatero, quien es el encargado de solucionar los problemas de los canales y abrir las compuertas para asegurar su distribución. A pesar de que se tiene conciencia de la responsabilidad por parte de la comunidad de esta debilidad, lo cierto es que no se ha producido una mejora en la gestión ni en un mayor involucramiento ni en la organización ni en las responsabilidades de sus socios. La problemática del agua y del escaso poder por parte de la Asociación de Canalistas para hacer frente a ella queda en evidencia en cada una de las asambleas vecinales, manifestándose una y otra vez como uno de los principales temas de preocupación. Cada vez que algún habitante reclama por la falta de agua de riego, se les recuerda que también es responsabilidad de ellos ser parte de la solución: *“Nosotros no le estamos dando fuerza a los canalistas”* (Hombre, 54 años, 2017), *“Los que critican tanto, que ingresen a los canalistas”* (Mujer, 60 años, 2017), *“No es problema de la institución, es problema de los socios que no pagan las cuotas”* (Hombre, 47 años, 2017), *“Canalistas es la institución con más socios, pero sin apoyo, sin voluntarios”* (Mujer, 57 años, 2017).

Las organizaciones de los Huertos también han intentado establecer vínculos más fuertes con la Asociación de Canalistas, como es el caso de Ecopintana en un intento de apoyo en la solución de la problemática del agua, sin embargo, estos intentos no han logrado consumarse en una colaboración sostenida en el tiempo. La Junta de Vecinos, por su parte, colabora en ayudas tales como la canalización de las denuncias, al considerarse que son una institución más fuerte y con mayor visibilidad frente al municipio. Si bien se producen, además, intentos desde las dirigencias de las distintas organizaciones de los Huertos por potenciar la Asociación, lo cierto es que persiste el desinterés por participar en ésta. *“Ahora queremos reestructurar la directiva de la Asociación de Canalistas, pero todavía no encontramos candidatos suficientes... Nadie quiere ser presidente porque es un lío”* (Hombre, 59 años, 2017).

A finales de la década del dosmil comienza una búsqueda por recuperar el proyecto agropecuario, lo cual se cristaliza el año 2009 con la formación de la Asociación Gremial de Huerteros de La Pintana. Esta organización se forma a partir de un “momento de ruptura” a raíz del cambio de uso de suelo en el PRMS 100, bajo el cual Mapuhue, la última villa de los Huertos que aún se mantenía como zona rural, sería anexada a la zona urbana. Frente a esta amenaza, los huerteros de las tres villas

Huerteras de la Asociación Gremial de Huerteros de La Pintana desfilando en feria municipal



Fuente: La Autora.

que conforman los Huertos comenzaron a reunirse y nació la idea de conformar una asociación de personas con una misma identidad, la de huerteros, quienes además de tener algún grado de visibilidad política para contestar el proceso de transformación a raíz del cambio de norma, tenían por finalidad conducir un proyecto colectivo para potenciar las prácticas agrícolas mediante el apoyo estatal.

La idea de que la organización se constituyera formalmente como una asociación gremial se sustentó en que, para poder tener el apoyo estatal, necesitaban conformarse y legitimarse como huerteros, debido a que se encontraban invisibilizados como agricultores. *“El INDAP nos dijo que nosotros no éramos considerados agrícolas, que por lo tanto no teníamos ninguna validez como tal, así que en definitiva no existíamos. Entonces, nosotros vimos que la única forma era hacer algo legal, y ahí entonces hicimos una reunión en Villa Las Rosas, donde nos juntamos e hicimos una directiva tentativa, y formamos la organización”* (Mujer, 62 años, 2016).

Uno de los valores que ha tenido la asociación consistió en agrupar a los huerteros por primera vez a lo largo de la trayectoria de las tres villas, como personas que ejercen una actividad económica en común. Los primeros años de la Asociación Gremial fueron de mucha actividad y de un importante poder vinculante, llegando a agrupar a cerca de 300 huerteros. *“Nosotros nos fuimos agregando a través del tiempo, empezó a aumentar en los tres sectores, empezó a aumentar la gente... nos interesó pertenecer a la Asociación Gremial, porque creíamos que para nuestro huerto iba a ser un plus el tener el apoyo y yo personalmente empecé a asistir a algunos cursos”* (Mujer, 57 años, 2017). Este entusiasmo y el interés por participar se refleja en el relato de afiliación a la Asociación por parte de una huertera, *“Había una reunión y la Remy me dijo “anda tú Verito por mí, ¿te interesa meterte?”, porque ella tenía Prodesal, pensando que yo podía conseguir INDAP también. Y así conocí a la Asociación, aquí en las reuniones en la Comunidad de Aguas de la calle Miguel Ángel, y ahí me metí yo, aquí en Villa Las Rosas”*. (Mujer, 43 años, 2018)

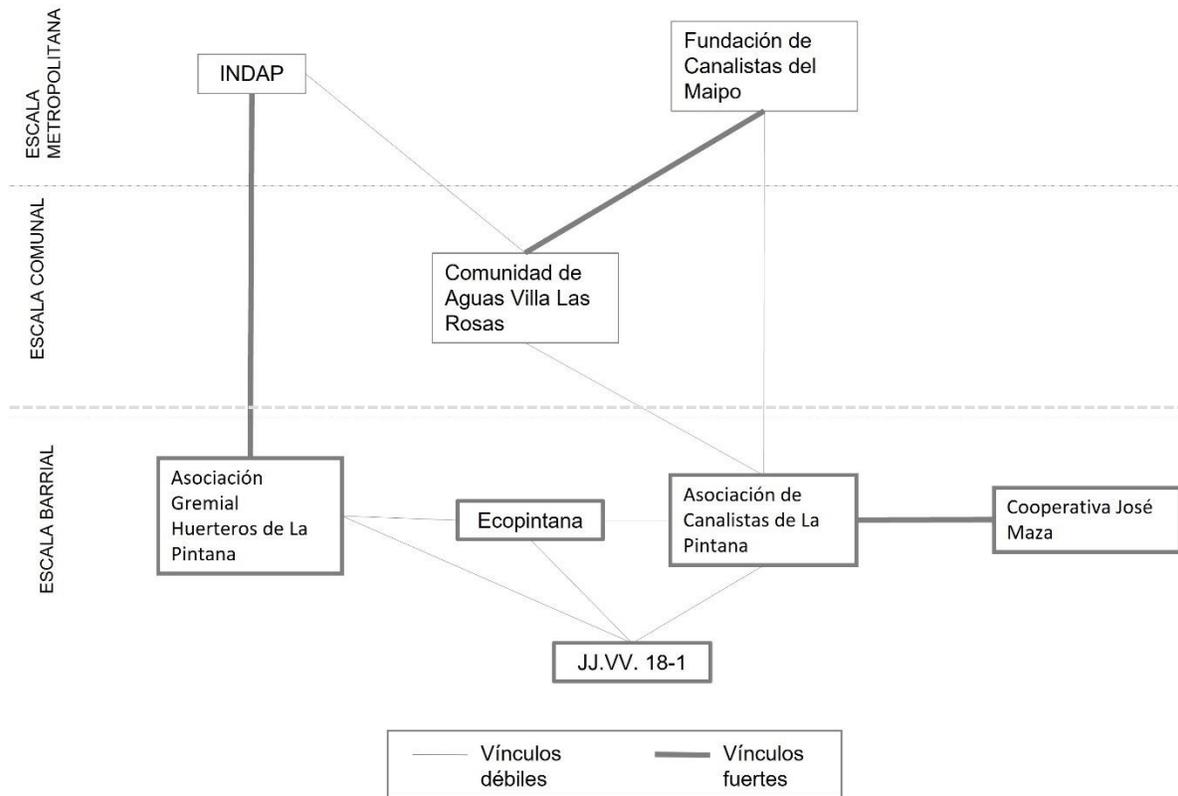
A pesar de que durante unos años esta asociación estuvo muy activa, la participación comenzó a descender. De los 300 huerteros, *“(...) hoy son como 80. De los 80 debe haber vigentes, así de que nos contactamos, unos 40”* (Mujer, 43 años, 2018). Sin embargo, muchos de ellos, si bien no siguen participando activamente de la asociación, al ser socios continúan una vinculación con INDAP mediante su participación en el Programa de Desarrollo Local (PRODESAL), percibiendo los beneficios de este programa.

La Asociación Gremial, si bien ha tenido momentos de articulación con algunas organizaciones de las tres Villas, lo cierto es que ha sido una organización que se ha mantenido independiente, buscando vínculos más allá del lugar, fundamentalmente con organismos e instituciones vinculadas al desarrollo de prácticas agroecológicas. En este sentido, si bien algunos huerteros de la Asociación Gremial participan de otras organizaciones, esto no se materializa en una articulación entre organizaciones. “(...) *no hay trabajo en conjunto, la asociación funciona por sí sola, no hacemos trabajo en conjunto*” (Mujer, 62 años, 2016).

Ecopintana, por su parte, ha centrado su agencia en Huertos José Maza, y, tal como vimos anteriormente, para esta organización la recuperación de las prácticas agrícolas es parte de un objetivo mayor que guarda relación con la protección de la villa y el resguardo de sus cualidades ambientales. Es así como han centrado sus procesos agenciales en el desarrollo de pequeños proyectos relacionados con permacultura y educación, fundamentalmente, los cuales también han buscado extenderlos hacia otras comunidades. Sin embargo, han realizado intentos por tener proyectos en conjunto con la Asociación Gremial, los cuales no han fructificado.

Es así como la estructura relacional para el desarrollo y protección de las prácticas agrícolas en los Huertos se mantiene débil.

Estructura relacional para el desarrollo de la agricultura



Fuente: Elaboración propia.

4.2. Estamos manteniendo la parcela verde por un milagro. El declive de la agricultura

El deseo de involucrarse en una construcción colectiva para la revitalización de la agricultura en los Huertos se enfrenta a una serie de reflexiones sobre una realidad que consideran difícil de revertir, pero frente a la cual sin embargo encaminan acciones y proyectos con la esperanza de producir ciertos cambios que les permitan poder seguir llevando a cabo la agricultura. Estas reflexiones colectivas se enmarcan en dos grandes significaciones, por una parte, en la dificultad por controlar el agua como un recurso y, por otra, en la dificultad por hacer de la agricultura una práctica económica o, que al menos, se sustente por sí misma. Ambas se entrelazan en un problema común: la dificultad por proyectar a futuro la continuidad de las prácticas agrícolas en los Huertos. *“Un huerto sin agua de riego se termina, no hay posibilidad de mantener un huerto si es que no hay agua”* (Hombre, 65 años, 2017).

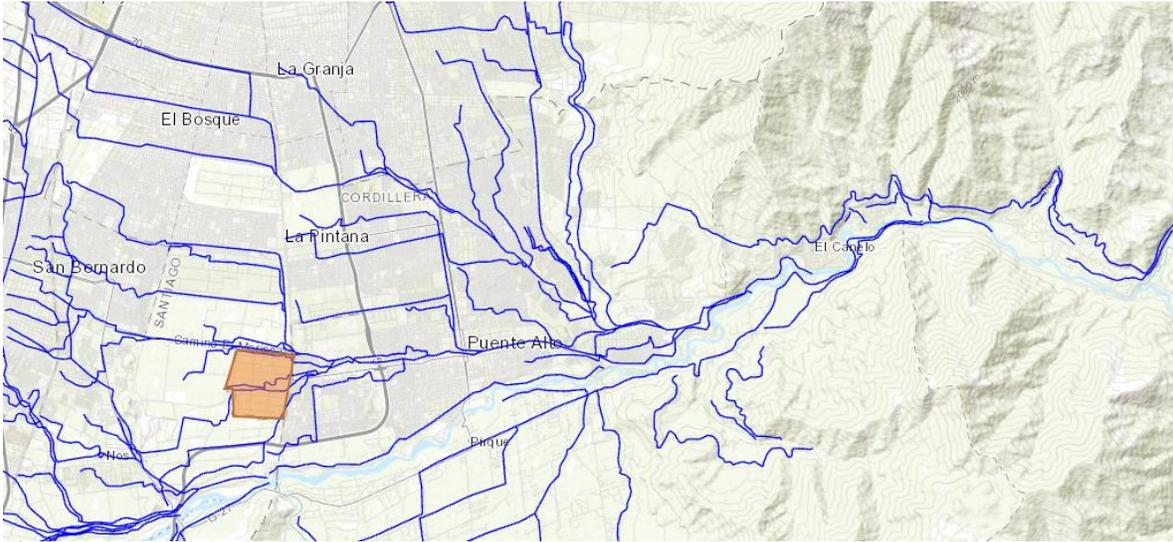
Tal como se dijo anteriormente, el agua de riego es una de las principales preocupaciones en la actualidad de los huerteros. Esto se evidencia en que se

considera que sin agua no sólo no puede cultivarse, sino que tampoco mantener el verdor de las parcelas. *“Los jubilados estamos manteniendo la parcela verde por un milagro”* (Hombre, 63 años, 2017). Este problema condiciona además el futuro de la agricultura en los Huertos. *“Acá en este sector es tarde para algunas personas empezar con la agricultura, porque el tema del agua va a ser uno de los problemas más graves que va a tener la zona en la Región Metropolitana. Tú puedes hacer unos huertos en 100 metros, pero corres el riesgo de que si no te llegó el agua de riego tienes que abrir el agua potable no más”*. (Mujer, 43 años, 2018).

El problema del agua, como recurso para el riego de los huertos que aún se cultivan, es enmarcado por parte de los huerteros como un problema que se sustenta fundamentalmente en un problema de inestabilidad del suministro y de deterioro de la calidad del agua, derivados de dinámicas de gestión pública metropolitana que no han logrado asegurar una adecuada distribución de las aguas en los últimos años, lo cual viene de la mano con dinámicas de transformación en donde el rápido crecimiento de la ciudad ha sido a expensas de preservar adecuadamente la libre circulación del agua a través del sistema de canales que permiten el riego de los espacios agrícolas.

La distribución del agua se relaciona con un contexto que depende de un sistema mayor, como es el sistema de canales del Maipo. Este sistema, del cual forman parte los canales que atraviesan los Huertos, se compone de una red de canales cuyas aguas vienen desde el Cajón del Maipo, para luego empalmar con el Canal San Carlos y, posteriormente, en el Canal Eyzaguirre, el cual es el encargado de distribuir las aguas a los canales que atraviesan los Huertos. Es así como las aguas deben atravesar una zona altamente poblada y urbanizada como es Puente Alto antes de llegar a los Huertos.

Sistema de Canales Región Metropolitana de Santiago



Fuente: Canales de Riego 2020; IDE MINAGRI, 2021.

De esta forma, el problema del agua se encuentra anidado en problemáticas de carácter metropolitano, como es el uso de las aguas de la cuenca y el deterioro de su calidad. “Antes el agua de regadío a nosotros nos llegaba clara, hoy día es un barro” (Mujer, 68 años, 2017). Es así como atribuyen como una de las causas del desmedro en la calidad del agua destinada a riego a trabajos que se han hecho en el Cajón del Maipo, ligados a la construcción de hidroeléctricas y otras actividades productivas, llegando el agua cargada de material sedimentario, lo que produce el tapado de acequias y sifones. (En el Cajón del Maipo) “(...) ha habido explotaciones... el verano pasado quedamos embancados todas las acequias, hubo que hacer un trabajo titánico para destapar, para limpiar, para... todos los sifones que se taparon, las acequias, es horrible...” (Mujer, 50 años, 2017). También, atribuyen las inundaciones que sufren en invierno a que, producto de intensas lluvias y a que la población Chiloé (al este de Santa Rosa, localizada en la comuna de Puente Alto) no posee áreas verdes, por lo que sus suelos no son permeables, el agua escurre hacia Huertos José Maza (al oeste de Santa Rosa), debido a que éstos últimos estarían más bajos. Por otra parte, desde hace algunos años el agua de riego se demora cada vez más en llegar desde el Canal San Carlos hasta el Canal Eyzaguirre y desde allí a los Huertos. “Hace veinte años cuando yo llegué acá el agua llegaba la segunda semana de septiembre, y hoy día después de veinte años llega el dos de noviembre, recién están mandando el agua, llegando a los primeros huertos de fuera...” (Mujer, 47 años, 2017). “(...) yo todos los años tenía mi cebolla para el año, pero como ahora el agua llegó tarde, quería sembrar cebollas, no pude sembrarlas porque no había agua, y si uno planta cebollas sin agua se seca, y cada

año se ve que especialmente aquí, en La Pintana, el agua va a ser difícil" (Hombre, 57 años, 2017).

A estas dificultades se suman dinámicas de carácter global, como es el cambio climático, lo cual se evidencia en que el acceso al agua es cada día más difícil producto de las sequías de los últimos años en la zona central. Frente a la imprevisibilidad de escenarios de disponibilidad de agua debido al cambio climático los huerteros consideran estas dinámicas casi imposibles de controlar desde la comunidad mediante agenciamientos.

Estas dinámicas se entrelazan con dinámicas locales, siendo por lo tanto un sistema altamente sensible a cualquier cambio. Esta fragilidad es considerada como una amenaza por parte de los huerteros, como es el caso del temor que sienten frente a la eventualidad de la venta del terreno donde se emplaza actualmente el tranque, el cual se encuentra a la venta. *"Si el terreno del tranque se vendiera Huertos José Maza quedaría sin agua"* (Mujer, 43 años, 2018). Este temor se sustenta en que las aguas de riego se distribuyen por canales que atraviesan cada una de las parcelas, recibiendo las aguas gracias a un tranque que se alimenta de las aguas del canal Eyzaguirre y que filtra los sedimentos que traen las aguas, corriendo el agua por los canales o acequias más limpia.

Esta amenaza también se encuentra en que en el presente conviven cortes temporales de canales, produciéndose interrupciones en la libre circulación del agua de riego debido a que algunos de los nuevos propietarios que se instalan con industrias cementan, obstruyen los canales o contaminan sus aguas. *"¿Qué pasa con las empresas hoy en día? Te van tapando las acequias, tienes que ir a reclamar, por favor, necesitamos el agua, tenemos árboles frutales"* (Mujer, 68 años, 2017). Esto se suma al problema del retraso en la llegada del agua de riego. *"Recién el dos de noviembre llegó al tranque, el día tres ya venía saliéndose a la calle, y que después entre a los huertos es difícil"* (Mujer, 60 años, 2017). Esta situación también se significa como de difícil solución debido a la dificultad en fiscalizar que han tenido en el pasado y que siguen teniendo en el presente. *"Cuando llegan las industrias es un tema fuerte porque hay muchas industrias que tapan sus sifones, o que desvían las aguas, no abren la puerta para que los mismos canalistas vayan a ver el estado de sus canales, de sus acequias"* (Mujer, 30 años, 2020).

La concepción de que el problema del agua es un problema que involucra múltiples escalas y en donde la responsabilidad se encuentra dispersa entre diversos agentes en el territorio trae consigo una sensación de escasa posibilidad de agencia, lo que podría explicar una creciente sensación de impotencia y de escaso poder para revertir estas dinámicas, produciéndose una apatía generalizada para hacer frente y tomar acciones en revertir estos procesos. Así lo señala un dirigente cuando se le pregunta por cómo se enfrenta el problema del agua desde la comunidad, *"la gente*

está menos activa... Claro, porque es difícil” (Hombre, 65 años, 2017). Esto se relaciona además con la invisibilización del problema del agua en los Huertos por parte de la institucionalidad pública, lo que se evidencia en la escasa fiscalización frente a acciones por parte de industriales que traen consigo cortes de canales o contaminación de sus aguas.

De la mano de la reflexión colectiva sobre la dificultad para hacer frente al problema del agua de riego se produce un juicio evaluativo sobre el vínculo entre declive de las prácticas agrícolas y el alto costo que significa hoy producir los huertos, a lo que se suman cambios socioculturales en los cuales las nuevas generaciones han perdido el interés por perpetuar esta forma de vida ligada al trabajo de la tierra. *“No se puede subsistir de la parcela, una parcela aquí de cinco mil metros necesita que los propietarios sean jubilados, o que trabajen activamente, y tener un sueldo a parte, porque esto es solamente una cantidad que puedes recibir al vender algunos productos, entonces la idea de parcelas agrícolas yo pienso que ha ido disminuyendo*” (Mujer, 47 años, 2017).

En este sentido, las parcelas que permanecen hoy como huertos experimentan para su preservación a futuro una serie de problemáticas, algunas de las cuales se mencionaron anteriormente respecto de los costos de mantención y producción, la falta de trabajadores agrícolas y el envejecimiento de sus habitantes. Estas problemáticas han traído consigo que, en el presente, de las 500 parcelas que existen en José Maza tan sólo cerca de 50 sean productivas.

En este contexto, el proyecto agrícola y agropecuario de los Huertos tiene una serie de dificultades para ser llevado a cabo.

Por una parte, el deseo de los huerteros de poder realizar una agricultura lo más cercana a una producción ecológica se ve limitada por la contaminación de las aguas de riego producto de la actividad industrial. *“Los árboles están contaminados, no queremos llenar los manzanos de productos químicos, ni los duraznos, ni los parrones, entonces la producción de fruta es poca, y es mala, porque queremos que sea orgánica*”. (Mujer, 60 años, 2017).

Por otra parte, la producción de los huertos no alcanza muchas veces para poder cubrir los costos de ésta, menos aún tener una ganancia económica por la comercialización de sus productos. *“Lo que pasa es que aquí hay muchos problemas, como el del agua, y en realidad, como está actualmente la agricultura, ahora para vender productos no hay ninguna ganancia, muy poca ganancia*” (Hombre, 63 años, 2017). *“(…) ese es otro punto por el cual se dejó de producir, porque sale más barato comprarlo que producirlo*” (Hombre, 65 años, 2017). Si bien las prácticas agrícolas fueron concebidas desde el inicio de los Huertos como un ingreso complementario, hace unas décadas el comercio de la producción les trajo algunos ingresos que eran valorados por parte de los huerteros. Sin embargo,

en el presente se ha instaurado una narrativa respecto de que la producción del huerto no permite obtener recursos suficientes para la subsistencia, profundizándose una sensación de pesimismo respecto del desarrollo de esta práctica. *“Ningún huerto te da para vivir”* (Mujer, 48 años, 2017). *“No se vive de la miel... no se vive de la lechuga, ni de las gallinas, ni de los huevos...”* (Mujer, 52 años, 2017).

Pero también se producen una serie de cambios socioculturales que impactan en el declive de la actividad agrícola, como fue la migración de los más jóvenes relacionada a un cambio en la visión de vida, a un aumento en la terciarización de la economía, y, por lo tanto, del sector servicios, queriendo muchos hijos de huerteros vivir en la ciudad y dejar atrás la vida de campo y también al ascenso social que experimentaron sus padres, mejorando la estructura de posibilidades para que sus hijos pudieran elegir otra forma de vida. *“Los mismos muchachos de la gente más antigua de acá se prepararon profesionalmente y el tema de la agricultura nada. Ellos quieren trabajar en una empresa, tener un sueldo, una remuneración buena, comprarse un auto, un departamento, pero no optar por el medio ambiente o la agricultura o cultivar un pequeño cultivo”*. (Mujer, 43 años, 2018). Además, existe la idea de que la vida de campo es una vida de muchas satisfacciones, pero también de sacrificios, que las nuevas generaciones no estuvieron dispuestas a seguir. *“Las descendencias no siempre tienen el ímpetu y las ganas, aparte que tú, todo el tiempo que vives en situación que son de mucho esfuerzo lo único que aspiran las otras descendencias es irse, irse de aquí porque no les recuerda – a una gran parte, no estoy diciendo que a todas- un buen vivir, porque la generación nueva es muy rápida”* (Hombre, 62 años, 2017).

Se produjo, además, un cambio en la estructura familiar y laboral de los huertos. En las primeras décadas del proyecto de los Huertos el rol de la mujer era sumamente importante para la agricultura, debido a que eran ellas quienes estaban a cargo del trabajo del hogar, de la parcela y de la crianza, mientras los hombres iban a trabajar a Santiago, pudiendo ellos trabajar los huertos sólo en las noches y los fines de semana. *“Los hombres se iban a trabajar a la ciudad y las mujeres trabajaban las parcelas”* (Mujer, 43 años, 2018). Junto con la incorporación de la mujer al trabajo asalariado y la migración de los más jóvenes hoy en día el trabajo de la parcela recae mayormente en personas jubiladas y en trabajadores temporales, los cuales son cada día más costosos de contratar. El quiebre en esta estructura trajo consigo, por lo tanto, un declive en las prácticas agrícolas.

4.3. Nos unimos para salvar los últimos huertos que quedan

El problema del agua y el declive de la agricultura son problemáticas que se encuentran íntimamente entrelazadas, produciéndose en los últimos años un diagnóstico compartido entre los huerteros sobre las dinámicas que han llevado al acrecentamiento de ambas problemáticas. Sin embargo, desde las organizaciones de base de los Huertos las respuestas han sido distintas, articulándose procesos agenciales para la revitalización de la agricultura y careciendo de estos procesos en el caso del problema del agua.

Si consideramos que el empoderamiento es un proceso (Rowlands, 2010), vinculado a la capacidad para elaborar visiones e intenciones colectivas que se aúnan hacia una meta conjunta, una respuesta sobre “lo que hay que hacer” (Martinelli, 2010), podemos ver cómo en el caso del problema del agua este proceso no ha logrado superar un momento de diagnóstico compartido hacia la búsqueda de soluciones conjuntas. Si bien no todo es dificultad, vislumbrándose algunas oportunidades *“aquí podría haber agricultura orgánica, tenemos derechos de agua”* (Mujer, asamblea), lo que prima es la desesperanza frente a una sensación de escaso control sobre la disponibilidad del agua de riego. También se produjo una significación conjunta de una responsabilidad y culpabilidad de ellos como comunidad frente al bajo involucramiento en los deberes que tienen ellos como huerteros en el cuidado de la red de canales, pero también en la escasa participación en la Asociación de Canalistas, lo que se refleja en los escasos recursos que posee esta asociación hasta el día de hoy y la falta de trabajo de voluntarios que pudieran colaborar. *“Es culpa nuestra porque no le damos fuerza a los canalistas”* (Hombre, 65 años, 2017).

Esta dinámica se aprecia en que en los últimos años se ha producido no sólo una persistencia de la debilidad de la Asociación de Canalistas, a pesar de que el problema del agua es uno de los cuales suscitan mayor preocupación entre los huerteros, sino que tampoco se ha logrado articular la construcción de una respuesta colectiva, de un proyecto para superar esta problemática por parte de las otras organizaciones de los Huertos. Las acciones que se han llevado a cabo tienden, generalmente, hacia la denuncia y petición de fiscalización frente a la obstrucción y contaminación de las aguas de riego, las cuales son canalizadas a través de la Junta de Vecinos, siendo esta organización el principal apoyo para la Asociación de Canalistas. Es así como, frente al problema del agua, la respuesta se encuentra más ligada a la contingencia que a la proyección de una acción futura a partir de la cual pudieran articular una narrativa y una resolución hipotética a sus problemáticas (Emirbayer y Mische, 1998).

¿Cómo se puede entender que el problema del agua sea de uno de los problemas significados como más graves en los Huertos y que, sin embargo, sea el que tiene la

respuesta colectiva más débil?. Una posible respuesta es la escala y el escaso control que tienen sobre un recurso que tiene que atravesar múltiples territorios antes de llegar a los Huertos, y en el cual intervienen también múltiples agentes, primando muchas veces la desinformación y el desconocimiento sobre cómo y dónde se debe instalar una respuesta, una resistencia. Por otro, el fuerte control que poseen los industriales sobre el territorio de los Huertos y la difuminación de las responsabilidades por parte del Estado en problemáticas de carácter territorial también se traducen en una dificultad para poder actuar por parte de la comunidad. *“Nosotros como canalistas no tenemos el poder como para pasar... podemos hacerlo, sancionar a un vecino, aplicarle la multa, pero cómo la hacemos efectiva, sin ir a un tribunal, por ejemplo, es complicado”* (presidente Asociación de Canalistas). Además, los procesos de denuncia demoran años y muchas veces no se obtienen resultados, traduciéndose en procesos que producen mucho desgaste para las organizaciones que los impulsan. En este sentido, se concibe que las condiciones estructurales bajo las cuales se desarrolla el problema del agua de riego es altamente constrictiva, limitando la capacidad de agencia por parte de ellos como huerteros.

Otra posible respuesta la podemos encontrar en la sensación de finitud de los Huertos, de considerar el futuro del lugar como cerrado, lo cual viene de la mano con la apatía que se presenta para ser y hacer comunidad, para involucrarse en una construcción colectiva del lugar. Pero, además, si vemos que la Asociación de Canalistas es la organización que presenta el menor compromiso por parte de la comunidad, se podría pensar que esto viene de la mano con que es una organización que a diferencia de otras organizaciones, sólo trae consigo responsabilidades pero no se produce un “placer de la cooperación” (Tomasello, 2010; Sennett, 2012), como es el caso de las fiestas o actividades comunitarias tales como ferias, ni tampoco una “práctica estética” (Amin y Thrift, 2002) como si se puede encontrar en la sensualidad del trabajo de la tierra. En su lugar, el llamado a participar en la Asociación de Canalistas es un llamado al desarrollo de actividades de voluntariado que permitan sortear la falta de trabajadores que lleven a cabo labores tales como ser aguatero o verificar que los canales se encuentren despejados, entre otros. Esto nos lleva a pensar que los procesos agenciales no pueden sólo impulsados por una meta, el logro de un horizonte, sino que el camino hacia esas metas debe involucrar prácticas y experiencias que sean satisfactorias.

La debilidad de la Asociación de Canalistas también puede comprenderse a partir del contraste con los procesos agenciales que desenvuelve la Comunidad de Aguas de Villa Las Rosas, la cual se presenta como una organización fuerte que ejerce un mayor control sobre el agua de riego. La fortaleza de esta organización estaría dada, en parte, porque poseen recursos, por los fuertes vínculos que mantienen con la Fundación San Carlos del Maipo, y, además, por significativos liderazgos que han

buscado fortalecer la organización. *“La fortaleza la dan los recursos”* (Hombre, 59 años, 2017).

En primer lugar, podemos decir que la Comunidad de Aguas es una organización “anómala”, en el sentido de que debe ser de las pocas organizaciones de base que cuentan con una gran cantidad de recursos en un territorio en el cual cuesta conseguirlos. Sus recursos provienen de una herencia de cuando se disolvieron las cinco cooperativas de Villa Las Rosas, las cuales le dejaron a la Comunidad de Aguas los terrenos de las cuales eran propietarias. Parte de estos terrenos fueron en un momento expropiados por el SERVIU, pagándole a la Comunidad de Aguas una suma importante de dinero, y otra parte es arrendado en la actualidad, por lo que perciben ingresos fijos. De esta forma, la Comunidad se financia a partir de la cuota que pagan sus socios, pero también gracias a un patrimonio propio. *“Hay una defensa corporativa, como la tenemos nosotros, en que todos los huerteros pagan una cuota anual, y con esa cuota tenemos esta sede, los fondos, tenemos yo creo así, entre pito y flauta, tenemos como mil millones en patrimonio, entonces, es una comunidad fuerte, y eso hace que persistamos”* (Hombre, 65 años, 2015).

La fortaleza que le dan los recursos a la Comunidad, junto con líderes que poseen un profundo compromiso emocional hacia la organización, pero también hacia el lugar que habitan, encaminan hacia acciones conjuntas en donde se produce una persistencia en la acción. *“¿Quién construye? ¿Cuáles son las estipulaciones para que ese canal no lo obstruyan? Porque lo primero que hacen “oye, esto nos molesta, este canal” y llegan y lo cortan y lo cierran y después se dan cuenta que no lo pueden hacer. Todo eso es tiempo de los dirigentes que tienen que conversar con el dueño, ubicar al dueño, el arrendatario no te quiere dar el nombre del dueño porque a la larga lo van a perjudicar a él, porque hizo cualquier modificación...entonces hay mucho tiempo invertido, a veces en conseguir quien es el dueño, y a veces nos hemos pasado años tratando de ubicar al dueño, todavía lo hacemos”* (Hombre, 63 años, 2017). Esta voluntad y compromiso de los dirigentes es acompañado de la posibilidad de contar con ayuda legal debido precisamente a la disponibilidad de recursos. *“Nosotros tenemos felizmente la asistencia y tenemos la capacidad de poder enfrentar los problemas con apoyo legal, y lo que existe en la legislación apoya fuertemente, porque es primaria los derechos de agua sobre todas las actividades que se desarrollan, entonces, lo único que tenemos que tener es un apoyo legal fuerte”* (Hombre, 65 años, 2015).

Por otra parte, esta fortaleza es reconocida por parte de otras organizaciones, produciéndose por ejemplo la comparación entre esta organización y la de Huertos José Maza, *“No hacemos ni la sombra de la Comunidad de Aguas Las Rosas”* (Mujer, 47 años, 2017). Pero también desde otras organizaciones con mayor poder, como es la Fundación San Carlos del Maipo,

“El presidente de los canalistas de Maipo estuvo hace un par de meses y la verdad es que vino a comprobar lo que de alguna forma era evidente, porque ya había recibido información que esta era una comunidad que se manejaba excepcionalmente de acuerdo a lo que ellos estaban acostumbrados, porque normalmente todas las asociaciones, las comunidades han muerto, han languidecido, por una u otra razón los problemas se los comen. Esta es una excepción por varios motivos, y esa excepción ha llevado a que, en verdad no es porque lo digamos nosotros, pero isomos únicos!. Y eso es lo que ha llamado la atención, porque de alguna forma le hemos dado a los canalistas unos lineamientos, sin querer, de que es posible el día de hoy mantener los intereses de las aguas, que prevalezcan y que tengan un peso importante en la comunidad o en el lugar donde estén establecidos, porque eso nosotros no lo podemos ver porque estamos aquí adentro, pero desde fuera se ve que realmente nosotros hemos hecho prevalecer las aguas” (Hombre, 62 años, 2017).

Este reconocimiento no produce sólo una visibilización de ellos como organización en otras escalas, sirviendo además su experiencia para otras asociaciones de canalistas, sino que se ha traducido en la posibilidad de articular relaciones de colaboración sostenida con la Fundación San Carlos del Maipo, a partir de la cual perciben ayudas, las cuales se sustentan en un lazo de confianza, en una confianza hacia ellos,

“Yo veo desde el 2000 empieza un cambio en que nosotros abrimos la boca para decir “necesitamos esto”, “Don Alfredo, ¡allá va!”. El mismo en el sentido del otro día; los llamé por el tema de los candados de las compuertas y al día siguiente está el camión y está el personal, y eso, eso lo consigue la Comunidad de Aguas Las Rosas, no lo consigue Mapuhue ni José Maza. Porque saben que si estamos pidiendo algo es por necesidad, urgente y real y que estamos bien organizados. Y tenemos conductos directos con el presidente de la sociedad.”. (Hombre, 62 años, 2017).

La disponibilidad de recursos les permite no sólo funcionar sin problemas, sino que también proyectar una serie de planes a futuro, siendo la limitante el carácter de la organización respecto del marco legal que los instruye sobre lo que pueden y no pueden hacer (por ejemplo, hicieron talleres de yoga abiertos a la comunidad, los cuales no pudieron seguir realizándose debido a indicaciones de la Dirección General de Aguas, ya que escapaban a sus atribuciones). Un ejemplo de ello es el deseo por llevar a cabo un proyecto que les permita monitorear la calidad del agua que circula por Villa Las Rosas, pero con un interés territorial que supera la localidad, en una suerte de altruismo por entregar aguas libres de contaminación a los regantes situados en otras comunas que reciben las aguas desde Villa Las Rosas. (Queremos) *“(…) saber cuál es la calidad de agua que entregamos, entonces mi idea era hacer un diagnóstico, pruebas de químicos donde entran las aguas y*

donde salen, y ver en qué sector se está produciendo contaminación de las aguas que estamos entregando, porque las aguas que nosotros entregamos, un sector se va hacia San Bernardo, y otro sector llega a Lo Espejo incluso, las aguas nuestras, y que tienen a otro regante de esos sectores. Por lo tanto, la calidad de las aguas que estamos entregando debe ser lo más pura posible, entonces si hay contaminantes industriales o químicos queremos saber quiénes son, o ir acotando los sectores, en este sector se concentran tal empresa química o contaminante, es más fácil llegar que decir “no sabemos”. Como los cierres perimetrales hoy son de altura, no se sabe lo que funciona dentro de un huerto, porque el municipio no fiscaliza, porque la visibilidad, por norma es del 75%, creo, u 85 no sé... eso tengo que hacerlo necesariamente con la Sociedad de Canales del Maipo o postular a algún proyecto de la Comisión Nacional de Riego” (Hombre, 62 años, 2017).

Sin embargo, tal como dicen desde la Comunidad, ellos son únicos. Lo habitual es que este tipo de organizaciones, y que las organizaciones de base territorial en general no posean casi recursos para funcionar, siendo un trabajo más bien voluntario en donde la contratación de ayuda externa, como abogados, es difícil de lograr, siendo un ejemplo de ello que el presidente de la Asociación de Canalistas de Huertos José Maza haga muchas veces de aguatero. Esta debilidad posee una base estructural sustentada en el escaso apoyo financiero por parte del Estado (Pena y Brown, 2003; en Molina, 2010).

Frente a este contexto, el Comité Ambiental Ecopintana ha buscado conducir una serie de iniciativas para poner en valor la infraestructura de riego y, en términos más amplios, articular un valor colectivo en torno al agua como un recurso primordial para la supervivencia de los huertos y del lugar. Para ello han realizado actividades que podemos mencionar como parte de esta visión desde Ecopintana por revitalizar a los Huertos desde “lo común”, tales como una cicletada por la recuperación del tranque de los Huertos Obreros José Maza, lo cual viene de la mano con una voluntad por revitalizar el Tranque mediante un proyecto para convertirlo en un “EcoParque y ecosistema protegido” (Comité Ambiental Ecopintana, Petitorio alcaldesa, 30 de agosto 2019), pero también instando a las autoridades municipales a comprometerse con la protección de los canales, “La protección de nuestras aguas de regadío, del agua, es fundamental, sin agua no hay vida y nuestro origen agrónomo se ve extinto, para ello es URGENTE que PLADECO tome en cuenta esta solicitud para su conservación y uso” (Comité Ambiental Ecopintana, Petitorio alcaldesa, 30 de agosto 2019). Además, realizaron intentos por vincularse y por involucrarse en las distintas problemáticas que tienen desde la Asociación de Canalistas, sin embargo, este intento no tuvo resultados debido a la preeminencia una cultura organizativa más jerárquica y formal, con roles entre las organizaciones bien definidos, en contraste con una visión relacional desde Ecopintana de carácter horizontal, flexible y muchas veces informal,

“Nosotros hicimos una campaña de delegados de aguas, y cuando comenzamos a hacer esa campaña, tratamos de visualizar cuáles eran las necesidades que habían de limpieza de sifones, las acequias que habían sido tapadas por las industrias de camiones. Y decidimos levantar una directiva provisoria porque Don Osvaldo (el presidente) era como el único que quedaba y estaba como ahí resistiendo un poco, solo, porque no tenía a nadie, no había secretaria, no había director, no había nada. Y ahí hicimos un llamado a la comunidad, hicimos puerta a puerta, logramos que llegaran más de cien personas, que eso es hartito. Por el tema de la protección y reinscripción de las aguas, y como la urgencia de poder reactivar el tema de la personalidad jurídica, porque se vienen luchas importantes por el agua. Ahora tenemos el tema de los pozos, pero no sabemos qué puede pasar más adelante si los vecinos no reinscriben sus derechos de agua, quizás vayan a perderlos y ahí quizás no haya mucho más que hacer. Entonces tratamos de generar esa instancia y en ese momento llegó el presidente de la Cooperativa, y lamentablemente no pudimos terminar de hacer nuestra gestión porque él dijo que sólo podía estar presente en la votación las personas que tenían sus aguas al día, y que no se podía votar por una directiva provisoria porque primero había que terminar de zanjar lo que primero estaba con la primera directiva, entonces ahí por ejemplo fue un problema para nosotros porque estábamos tratando de buscar una solución y al final eso fue hace casi un año y todavía no pasa nada, todavía no se han juntado, con el tema de la pandemia menos” (Mujer, 30 años, 2020).

A diferencia de los procesos encaminados frente al problema del agua de riego, se han producido agenciamientos en torno a la revitalización de la agricultura en los Huertos que han logrado articular a los huerteros en torno a una visión conjunta y, no sólo eso, sino que escalar en la solución de demandas.

En primer lugar, a diferencia de los procesos encaminados hacia el fortalecimiento de la comunidad de los Huertos, la recuperación de la agricultura como una construcción colectiva trae consigo la necesidad de una doble articulación. Por una parte, congregar a los huerteros no sólo desde una identidad pasiva, sino que también activa, es decir, involucrar a aquellos huerteros que no sólo se sienten parte del lugar, sino que a aquellos huerteros que practican la pequeña agricultura. Por otra, la necesidad de articularse con organizaciones e instituciones situadas en otras escalas, en un proceso que les permita controlar y sostener el proyecto agrícola. Esta doble articulación se sustenta en la representación de los Huertos como un cordón de verduras, inspirándose en la actualización del cordón verde propio de los imaginarios de la Ciudad Jardín junto con formas renovadas de concebir la agricultura desde prácticas ecológicas, fundamentalmente ligadas a la agroecología. En esta representación los Huertos poseen una base local pero un rol metropolitano, el de proveer de frutas y verduras a la ciudad, por lo que se concibe que su agencia debe superar la localidad para instalar el proyecto en la escala metropolitana. Esto

viene de la mano, además, con que esta representación se configura como un imaginario contra-hegemónico que disputa el modelo de ciudad y, más aún, de región, instalado desde el Estado y el Mercado. Es por ello por lo que tienen una doble estrategia: por una parte, la articulación de una resistencia que se disputa en la forma en la cual se norma la producción del espacio en los Huertos, la cual veremos en el capítulo siguiente, y, por otra, una estrategia que busca potenciar las prácticas agrícolas en los Huertos, buscando para ello aliados y el fortalecimiento de las capacidades y de una identidad activa de ellos como huerteros.

A pesar de que significan el contexto en el cual se desenvuelven las prácticas agrícolas como altamente constrictivo, el proceso de revitalización de la agricultura se encuentra ampliamente respaldado por los huerteros en sus discursos y narrativas, significando a las prácticas agrícolas como la base de los Huertos. En ellos no sólo expresan una alta valoración de la agricultura desde una memoria social nostálgica y cargada de una romantización de un pasado agrícola casi ideal, sino que también proyectan a futuro la voluntad por revitalizarla, entrelazándose en sus discursos el deseo con el derecho. *“Tenemos derecho a ser agricultores, ¿por qué no?”* (Mujer, 50 años, 2017).

La revitalización de los Huertos se concibe como una construcción colectiva pero también como un proyecto que se impulsa desde una agencia individual. La agencia individual cotidiana, basada en una permanencia en el lugar y en una persistencia del hacer, se expresa en una voluntad y en una continuidad de las prácticas agrícolas, buscando mediante algunas estrategias soluciones creativas que les permitan seguir siendo agricultores. Una de estas estrategias es la de la mediería, la cual busca bajar los costos que significa contratar mano de obra de apoyo, la cual consiste en una asociación entre un trabajador agrícola y el dueño de la parcela, aportando el primero con trabajo y el segundo con el terreno, dividiéndose el producto y las utilidades. El trabajador *“(...) hace uso de la tierra, del agua, y después de la producción te da la mitad. La mitad de lo que se produjo es para el dueño de la parcela. En vez de pagar un arriendo y un trabajador. Es más fácil para nosotros porque así no sale tan caro”* (Mujer, 50 años, 2017). Otra estrategia consiste en subdividir la parcela y arrendar una parte, y con ese dinero se puede financiar mano de obra u otros. Todas estas estrategias lo que buscan es poder tener algún tipo de ingreso que les permitan ir obteniendo recursos para poder solventar el trabajo agrícola, el cual, como vimos anteriormente, se hace cada día más dificultoso debido al alto costo que significa. Es así como se desenvuelven una serie de estrategias individuales con ese objetivo, *“Tú puedes tener tu pensioncita, una persona que todavía tiene sus fuerzas y ánimo, siembra, cosecha porotitos secos, guarda para el invierno, siembra unas poquitas papas, guarda para el invierno... ahora, si tú te pones a regalar y regalar y no te quedas nada... Pero tienes al menos para solventarte unos meses. Y las gallinas mías, como no me entra plata*

de ninguna parte para alimentarlas, las gallinas ponen sus huevos y se alimentan con la venta” (Mujer, 43 años, 2018).

A pesar de estas soluciones creativas, persiste la idea de que la agencia individual no es suficiente para poder sostener las prácticas agrícolas en los Huertos. *“Somos valientes en seguir en esto e insistir en que ojalá todos los productos fueran bio... pero es difícil, y también la gente se ha ido alejando, porque no sabemos cómo hacerlo, yo no sé cómo hacer para hacer producir mi huerto” (Mujer, 52 años, 2017).* Frente a esto, emerge una esperanza renovada para la conducción de agenciamientos colectivos, sustentada en que poseen un saber hacer y en el auge que han tenido las prácticas agroecológicas gracias a una mayor valoración de este tipo de producción.

Esta esperanza se ha cristalizado en la formación de dos organizaciones en los Huertos que han tenido como orientación el rescate de la agricultura, como es la Asociación Gremial de Huerteros y Ecopintana. Ambas comparten entre sus visiones el llevar a cabo iniciativas de educación en torno a la agricultura con niños, promoviendo el aprendizaje temprano, pero también la difusión de una filosofía de vida en la cual el ser humano se acerca a la naturaleza.

En el caso de la Asociación Gremial, cabe recordar que ésta emerge con un doble propósito. Por una parte, nace en un momento en que se articula como contraparte en la disputa por la forma en la cual la institucionalidad pública estaba encaminando la producción del territorio de Mapuhue hacia su reconversión a un espacio urbano con la actualización del PRMS 100, invisibilizando tanto al lugar como a sus habitantes en este proceso. Frente a esto, se produce una politización por parte de la comunidad, quienes se organizan no sólo con los huerteros de las tres villas que conforman los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana, sino que también con otras organizaciones y agentes situados en la escala metropolitana, como veremos en el siguiente capítulo. De la mano de este proceso viene una toma de conciencia de la necesidad de aunarse ellos como huerteros, produciéndose un proceso de identificación, en un sentido de un “sentido de nosotros” de una identidad que los une (Tomasello, 2009), tal como dijimos anteriormente, no sólo desde una identidad de lugar, sino que desde un hacer común. Esto se puede apreciar en el relato de la primera reunión de la Asociación a la cual asistió una huertera, *“Me gustó, había harta gente y yo dije “a, estos no están locos”. Hablaban de la agricultura, de los huertos, de los árboles frutales... Y yo la agricultura la sé desde que nací, soy de Chillán, a la costa, nacida y criada en el campo. Mi anhelo no es irme más adentro a la ciudad, todo lo contrario” (Mujer, 43 años, 2018).* Este proceso de identificación también se sustenta en una retrospectiva y en una prospección de relaciones con un pasado común, trazándose un horizonte, una trayectoria posible sobre la base de estas experiencias (Emirbayer y Mische, 1998). De esta forma, la Asociación Gremial se constituye como una organización que,

desde una intencionalidad compartida (Tomasello, 2009), busca politizar a los huerteros para disputar el control en la producción del espacio conducido desde la institucionalidad pública, pero también desde la construcción colectiva de un proyecto de agricultura en donde ellos puedan seguir siendo agricultores. Este proceso se puede apreciar en el relato de una dirigente de la Asociación Gremial,

“Nosotros empezamos con una organización que se dio a través de un plano regulador que se iba a hacer en esta comuna. En esa oportunidad nos sentaron a todos los convivientes de esta comuna en unas mesas donde íbamos a participar, íbamos a hablar del plano regulador, y a raíz de eso se empezó a ver y a constatar de parte de los huerteros que a nosotros nos tenían revueltos con las poblaciones, por lo tanto, los vínculos que había entre las poblaciones y lo que había con respecto a los huertos eran muy disímiles. A raíz de eso tres personas, que fue Don Luis Riveros, la señora Uca de aquí, porque era cada uno de un sector, y yo de Mapuhue, nos paramos y dijimos que no correspondía que a nosotros nos trataran igual, y a raíz de eso se formó como una especie de comité, que se suponía que involucraba estas tres villas. De ahí, entonces, nos dimos cuenta de que a nosotros no nos iban a tomar nunca en cuenta, porque éramos como un espécimen raro dentro de la comuna, y decidimos juntarnos para hacer reuniones. En esas reuniones se empezó a conversar acerca de la posibilidad de cómo nosotros nos podíamos legitimar dentro del gobierno, del lugar, porque prácticamente no existíamos, sabían que existíamos, pero no teníamos validez. Entonces, ¿qué es lo que se hizo?, empezamos a hacer listados, cada uno de los delegados hizo un listado, de cada una de las villas, caminando, buscando cada una de esas personas que le pudiera interesar formar algo, que no sabíamos ni siquiera cómo se iba a llamar. Después, pasado el tiempo, nos dimos cuenta de que esa organización podría ser de huerteros, porque había mucha gente interesada en poder hacer algo con los huertos aún, y eso llevó a que empezáramos a trabajar con los tres Huertos. Esos listados fueron interminables, porque nos demorábamos meses de meses, no avanzábamos, pero al final logramos tener un catastro de lo que era más o menos la gente que aún conservaba huertos. Y ahí entonces empezamos a trabajar con más gente y se fue integrando a otras personas, de aquí, de Mapuhue, de la Villa Las Rosas, y empezaron a llegar más personas que también les interesó. (Mujer, 52 años, 2017).

Este proceso de identificación se produce no sólo a partir de una visión desde los huerteros, sino que también influyen visiones y experiencias externas. *“Nosotros fuimos a hablar con INDAP, nosotros fuimos a hablar con el alcalde, volvíamos a INDAP, volvíamos al alcalde, ¿y sabes por qué?, porque un día en una reunión con la Sara Larraín¹⁶ ella me dijo; mira María Elena, si tú no te autentificas con lo que*

¹⁶ Ecologista, política chilena y actualmente directora de la organización Chile Sustentable.

realidad eres no vas a conseguir nada, y por eso surgió además la asociación, porque teníamos que hacer algo, no podía ser un grupito de una junta de vecinos algo así, ¿entiende?, teníamos que ser algo que autentificara lo que nosotros queríamos decir que éramos” (Mujer, 62 años, 2016).

Esta actualización de ellos como grupo identitario y politizado viene de la mano con una estrategia relacional sustentada en la noción de que para poder encaminar agenciamientos hacia la revitalización de la agricultura en los Huertos deben generar asociatividad entre ellos y fortalecer su identidad como huerteros, para así poder obtener reconocimiento, visibilidad y legitimidad frente a la institucionalidad pública, teniendo como meta el apoyo por parte de ésta al proyecto agropecuario. Esta orientación nos recuerda la agencia llevada a cabo por parte de las cooperativas en el proceso de formación de los Huertos, articulándose en un primer momento como cooperativas y luego escalando para obtener el apoyo al proyecto de lugar por parte de la institucionalidad pública, lo que nos lleva a pensar en la activación de una memoria agencial de un proceso agencial que fue exitoso en el pasado, trayéndose al presente este aprendizaje.

Esto se ha traducido en que la orientación de la agencia se ha encaminado hacia aunar a los huerteros por primera vez bajo una sola institución (antes de la formación de la Asociación casi no existían vínculos entre los huerteros de las distintas villas) y legitimarse para poder obtener apoyos y ayudas desde el Estado y desde otras organizaciones vinculadas a la agroecología con la finalidad de poder ser agricultores. Bajo esta visión ha primado la movilización de un ideal relacional que posee una orientación estratégica que, en lugar de buscar alianzas y vínculos con otras organizaciones de base de las distintas villas que integran los Huertos, han saltado directamente hacia otras escalas, buscado alianzas con agrupaciones y agentes que comparten un interés en común, como es la agroecología.

Tal como se dijo anteriormente, una de las principales motivaciones para formar la Asociación fue obtener el apoyo de INDAP. *“Pasa que nosotros, para poder salvar las pocas parcelas que quedaban, empezamos a pedir que ingresara INDAP, entonces nos empezamos a unir para poder salvar los últimos huertos que quedan”*. (Mujer, 68 años, 2017). Este proceso agencial, orientado hacia el empoderamiento de ellos como huerteros en un sentido de una (re)creación de su identidad que dio a lugar al aumento de su visibilidad y reconocimiento (Martinelli, 2010), se tradujo en que INDAP les otorgara el apoyo que buscaban, instalando la única oficina localizada en una zona urbana en La Pintana gracias a las gestiones de la Asociación, lo cual ha traído consigo que quienes forman parte de la Asociación Gremial participen de los programas de apoyo a la pequeña agricultura

(PRODESAL¹⁷). *“Para que la gente que todavía tenía el interés de trabajar los huertos pudiera buscar o recibir la ayuda que da el Estado... para construir gallineros, para ampliarse en gallineros, para poder tener agricultura, conseguir semillas, fertilizantes, invernaderos. Habiendo una asociación en la comuna podría el Ministerio de Agricultura traer INDAP o PRODESAL, que es lo mismo, a la comuna de La Pintana. Sin asociación INDAP no llegaba”* (Mujer, 43 años, 2018). Se puede decir, de esta forma, que gracias a este empoderamiento se produjo un agenciamiento exitoso.

En los primeros años de vida de la Asociación el proyecto agrícola efectivamente se revitalizó, produciéndose un crecimiento de la Asociación y una difusión del proyecto. Esto se evidencia en que en su mejor momento la Asociación alcanzó a tener cerca de 300 socios, quienes se inscriben motivados en participar de este proyecto colectivo, pero también para poder obtener los beneficios del programa PRODESAL. *“Por ejemplo, Fresia pone 10 e INDAP pone 100. Como los apicultores, pueden comprar más abejas, más cajones, alimento para las abejitas para el invierno... Entonces es una ayuda del Estado para los que tienen PYME”*. (Mujer, 43 años, 2018). (Desde INDAP) *“les entregan conocimiento, implementos a los que tienen lechugas hidropónicas, les implementan los cajones, el toldo, el techo, la plata pa las maderas, pal plástico, les hacen los pozos, el motor, y después los dejan funcionando y vienen a verla. Si en algún momento a la persona se le infectaron las lechugas con pulgón, bueno, tienen remedio o se perdió toda la plantación. Así de simple”* (Mujer, 47 años, 2017).

Una vez que se conforma la Asociación viene también un momento de aperturidad, en el sentido de imaginar un propósito colectivo (Martinelli, 2010) para este nuevo proyecto que fuera más allá de la búsqueda de apoyo por parte de INDAP. Es así como se produce una construcción colectiva en la cual deben definir quiénes son y hacia dónde van a orientar sus acciones, dentro de lo cual trazan como meta el aumento de sus capacidades como agricultores, buscando para ello actualizarse en el aprendizaje de nuevas técnicas, pero también una nueva forma de abordar la práctica agrícola a partir de la agroecología. *“Después de que nosotros nos legitimamos, después que dijimos que éramos la Asociación Gremial de Huerteros de La Pintana, ahí recién entonces empezamos a ver qué teníamos que hacer de nuestras vidas, y ahí se empezaron con talleres cursos, todas esas cosas... proyectos”* (Mujer, 60 años, 2017).

Esto trajo consigo que la Asociación buscara establecer vínculos con organizaciones fuera del lugar desde una motivación instrumental, pero también como un ejercicio de autoafirmación de una identidad como grupo, en donde se establecen lazos con

¹⁷ *“El Programa de Desarrollo Local, PRODESAL, es un convenio entre la Municipalidad e INDAP, a partir del cual se presta asesoría técnica a la agricultura familiar campesina de más escasos recursos”*. (www.indap.gob.cl).

organizaciones con orientaciones en su agencia y con visiones y deseos similares a los de la Asociación. *“Nosotros desde el inicio funcionamos así, no es que nosotros en realidad seamos tan poderosos ni nada, no, lo que pasa es que desde el principio, el caminar por una calle buscando gente y que te crean y que tienes que contar una verdad y que te crean lo que tú estás diciendo, eso te da la facultad para decir yo puedo hacerlo solo, y eso es lo que nosotros hacemos, nosotros necesitamos de nuestros usuarios no de las instituciones para hacer las cosas, las instituciones son un instrumento para llegar a lo que nosotros queremos para nuestros usuarios”* (Mujer, 62 años, 2016) .

En ello, se establecieron vínculos con estudiantes universitarios, con quienes articulan una relación de colaboración sustentada en un interés común, el aprendizaje a partir de la práctica y la experiencia. *“Nos interesó pertenecer a la asociación gremial, porque creíamos que para nuestro huerto iba a ser un plus el tener el apoyo y yo personalmente empecé a asistir a algunos cursos, los alumnos de la Universidad de Chile nos vinieron a apoyar, a hacer clases, hubo muchísimos cursos”* (Mujer, 57 años, 2017). También generan vínculos con organizaciones territoriales con problemáticas similares y con personas que aportaran con experiencia, recursos y conocimiento sobre cómo potenciar la pequeña agricultura desde un enfoque ecológico. *“Mira, de todas las instituciones a las que nosotros íbamos que eran afines a lo que nosotros pensábamos, sacábamos algo, siempre sirvió para todas esas instituciones sirvieron, siempre... para poder sacar información, para ver por qué camino tomábamos... nos daban una idea, se aportaba con otra cosa... porque ellos también luchaban por cosas más o menos afines”*. (Mujer, 60 años, 2017).

Es así como, gracias a estas relaciones se produce una innovación en las prácticas agrícolas, la atracción de nuevas ideas y también apoyo con recursos. *“la FAU nos dio los invernaderos, seis invernaderos hidropónicos”* (Mujer, 62 años, 2016). *“Gente que era de veterinaria venían a ver a los animales, los de Santiago vinieron a hacer filtros para el agua de regadío”* (Mujer, 50 años, 2017).

Uno de los momentos culminales que demostró la capacidad agencial de la Asociación fue la organización de un encuentro nacional de huerteros en el año 2014 con el apoyo de la Comunidad de Aguas de Villa Las Rosas, quien consiguió recursos con la Fundación San Carlos del Maipo, a partir del cual se forma la Asociación Nacional de Huertos y Agricultura Urbana. Este encuentro reunió a huerteros y organizaciones vinculadas a la agricultura urbana de todo el país. (Fueron) *“(...) cuatro días, un día se hizo un prelanzamiento en que se mostró un video de Villa Las Rosas, la gente que vive ahí contó su historia, cómo ha sido, a qué edad llegaron y cómo se fue produciendo todo este deterioro. Y el viernes estuvimos en la Universidad Alberto Hurtado, en que ahí se inauguró el encuentro y los otros dos días, sábado y domingo, fueron acá, que básicamente hubo ponencias bien*

Encuentro Nacional de Huertos y Agricultura Urbana, año 2014



Fuente: Facebook La Voz de los Huertos.

interesantes de, por ejemplo, el grupo Anamuri que es de mujeres indígenas, mostraron su proyecto y varios otros. También Plan Bee, que defienden las abejas y también expusieron, y hubo expositores bastante interesantes, si, fue una buena experiencia” (Hombre, 65 años, 2017). Sin embargo, como asociación duró poco tiempo, fundamentalmente debido a que aglutinaba a muchas organizaciones con diversos intereses, sin poder encaminar un proyecto común. “Se formó en papel, no legal, nunca se legalizó esa organización. ¿Por qué?, porque agrupaba a muchas organizaciones pequeñas, a muchas comunas y tenían sus propios intereses, por lo tanto, no tenían el tiempo suficiente ni la cantidad de dirigentes necesario como para hacer esta organización, sino sólo hacer un encuentro esporádico”. (Hombre, 62 años, 2017).

El empoderamiento de los huerteros logró la movilización de personas y de dinámicas institucionales del Estado, contribuyendo todo ello al desarrollo de una economía social mediante el desarrollo de sus capacidades como agricultores. Esto se ha evidenciado en que en la actualidad los huerteros desarrollan un trabajo colaborativo en donde lo económico y lo social se encuentran íntimamente entrelazados, por lo que, si bien participan de una economía formal con la venta de sus productos, también realizan trueques o intercambios, fundamentalmente entre vecinos. Esto se expresa también en la articulación de una red más amplia a escala metropolitana, a través de la cual realizan intercambios de semillas; comparten experiencias y conocimiento con organizaciones y personas fuera de la comunidad de forma autogestionada y voluntaria. Además, tanto la Asociación Gremial como Ecopintana poseen una estructura de participación horizontal en la toma de decisiones en donde éstas son tomadas mediante acuerdos colectivos entre sus miembros. De esta forma, lo común se practica gracias a la preeminencia del trabajo colaborativo en las relaciones de producción, en una suerte de economía híbrida en cuanto a la obtención de recursos y venta e intercambio de productos, y en una forma de gobernanza interna de carácter democrático. A esto se suma que recientemente han surgido otras instancias de fortalecimiento de la economía local y de redes territoriales impulsadas desde Ecopintana, inspiradas en las ecoferias a raíz de la pandemia, como es el caso de una red comunitaria de emprendedores de los huertos.

Sin embargo, parte importante de las metas de sus agenciamientos se han orientado en la búsqueda por encontrar un espacio en los circuitos de economía formal, específicamente en la participación en ferias agroecológicas, con la finalidad de tener lugares estables donde vender sus productos y, de esta forma, poder participar de una red económica que les permita sustentarse como pequeño agricultores. Si bien en un principio intentaron instalar una feria para los huerteros en la comuna de La Pintana con el apoyo del Municipio, este proyecto nunca se concretó. Frente a esto, y debido a que sus productos son ecológicos, han buscado insertarse en el

sector oriente de la capital, en donde existiría una mayor valoración por este tipo de productos y un mayor poder adquisitivo. Esta búsqueda se concretó temporalmente con la instalación de puestos en Providencia gracias a que existía un vínculo con la entonces alcaldesa Josefa Errázuriz y en La Reina y también en participaciones en ferias esporádicas, como en la Mesa de la Mujer Rural. Sin embargo, los costos de traslado y de instalación en las ferias no se compensan con la venta de sus productos *“Tiene su costo ir al municipio, hay que pagar la patente, el permiso de allá que te cobra impuestos internos”* (Mujer, 57 años, 2017). *“Nos invitan, que participemos, está todo ok, pero hay que pagar”* (Mujer, 60 años, 2017).

Esto ha llevado a que persista una forma de venta individual, realizándose la distribución de los productos de forma directa entre productor y consumidor, no llegando a establecerse un carácter colectivo de venta organizada. *“La Fresia entrega en Santiago en hartas partes. Yo entrego en José Maza, ahora tengo clientes de Villa Las Rosas y unos clientes de San Bernardo. La Fresia también hace años tiene su clientela y vende en su casa también, a maestros, vecinos...”* (Mujer, 43 años, 2018).

Las dificultades que han tenido para poder dar este salto como una asociación que se instale en los circuitos económicos han sido diversas. Por una parte, los vínculos que poseen con alcaldes no se han concretado en una alianza formal. Por otra, no han logrado consolidarse como una organización económica de carácter colectivo, careciendo de proyectos que les permitan dar un salto desde la venta individual y directa mediante la integración de ellos como colectivo en los circuitos económicos. Un ejemplo de ello es que no han realizado proyectos que les permitan resolver el problema del traslado de los productos desde los Huertos hacia otros sectores de la ciudad, o tener un punto de almacenamiento de la producción en los Huertos. *“Nosotros tratamos de comercializar nuestros productos, que en definitiva ese es un problema para todos, porque cualquiera puede tener cosas, pero cuando tiene mucho, no sabe a quién vendérselo”* (Hombre, 63 años, 2017). Estos proyectos sólo se han quedado en deseos, *“Yo quiero un camión tres cuartos, que se le levante la parte del lado, que nosotros rotemos por todas las comunas, vendiendo nuestros productos”* (Mujer, 62 años, 2016). *“El sueño que tenemos es poder tener un local allá afuera para poder poner todos los productos que tengamos... ese sería mi sueño, tener un local bonito, estable, que no tengamos que estar sacando el toldo y desarmando... eso sería un sueño...”* (Mujer, 56 años, 2015).

Desde la Comunidad de Aguas de Villa Las Rosas, la cual posee recursos para poder encaminar un espacio de venta, esta idea también ha quedado en un deseo, fundamentalmente debido a la sensación de finitud que se tiene de los Huertos debido al proceso de transformación e industrialización. *“Nosotros tenemos un terreno, que es de 1,7 hectáreas. Algo tal vez podríamos hacer ahí en ese terreno, lo arrendamos a dos antenas, y nos queda una superficie... y hay una idea de hacer*

como un centro, como una vega chica, una cosa así, pero viendo lo que está pasando con todos los huertos de nuestra zona, probablemente vamos a tener que ir a comprar lo que queramos vender ahí a Rancagua, al norte, entonces no va a tener sentido. Y era precisamente para darle un incentivo al productor, pero si cada vez vemos que son menos, que las áreas agrícolas ya no existen en la comuna, no tiene mucho sentido entonces hacer eso". (Hombre, 62 años, 2017).

Es así como, si bien el apoyo desde INDAP para la realización de prácticas agrícolas ha sido insuficiente para que se produzca una integración de ellos como agricultores en los circuitos productivos locales y metropolitanos. Si bien se ha producido un reconocimiento por parte del Municipio de ellos como huerteros, lo cierto es que este reconocimiento no se ha traducido en apoyos. *"Dígame qué proyecto tiene la DIGA con los huerteros, qué proyecto ha desarrollado en beneficio de esta gran actividad de huertos que ha tenido la comuna, que debería sentirse orgullosa de tenerla, que cualquier comuna yo creo que desearían tenerlo, pero bueno... no hay proyectos"* (Hombre, 62 años, 2017). *"Ayuda del municipio no, no... ¿Se entiende que a estas organizaciones tienen que darle plata?. Olvídate. Nosotros no estamos con el alcalde, porque vivimos en parcelas, somos ABC1 linda, ¿me entiende?"* (Mujer, 68 años, 2017).

4.4. Ser huertero

La formación de la Asociación Gremial de Huerteros fue uno de los principales hitos en el despertar de la comunidad frente al peligro de la desaparición de los Huertos. Esta organización logra una épica, al empoderarse y lograr lo que no se lograba desde la fundación de los Huertos: el visibilizarse frente a la institucionalidad pública y lograr que este reconocimiento se concretara en un apoyo seguro y sostenido en el tiempo. Además, logran lo que nunca se había logrado: unir a las tres villas que conforman los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana. A partir de este momento comienzan una serie de articulaciones entre las distintas organizaciones territoriales, quienes trazan como metas el fortalecimiento de la comunidad y la construcción de una resistencia para proteger a los Huertos de la industrialización. *"Con el Plan Regulador la gente despertó de alguna manera y eso nunca se había dado, porque es realmente inédito que se hayan juntado las tres villas a hacer algo juntas. Esto hizo despertar a los otros, porque de verdad, al menos acá se decía, "Uy, los huerteros están haciendo esto y están juntos" y eso ha ido agregando otras uniones, otros sentimientos de decir "sí, se puede, vamos a hacer algo", "no, no nos vamos a dejar aplastar""* (Mujer, 50 años, 2017).

Este momento viene acompañado de la construcción colectiva del imaginario de los Huertos como parte del cinturón verde y del cordón de verduras metropolitano, asociándose a ello una identidad territorial: el ser huertero. Sin embargo, las

identidades son procesos y, como tal, se disputan, se construyen y se actualizan como construcciones relacionales, siendo por lo tanto sumamente importante comprender quiénes forman parte de este proceso.

La identidad huertera ha sido una de las fuerzas movilizadoras y que han dado forma a los procesos agenciales, tal como hemos podido ver. Sin embargo, a la identidad como una fuerza unificadora se contraponen el que sea, al mismo tiempo, una fuente de disensos y quiebres. Si bien es cierto que la identidad no es homogénea y tolera una cierta heterogeneidad o “diferencias internas disjuntivas”, éstas no son lo suficientemente fuertes como para que la identidad se desvanezca, prevaleciendo siempre la homogeneidad cuando prima la estabilidad y la uniformidad (Gravano, 2016). Sin embargo, la disputa sobre la identidad huertera ha generado suficientes tensiones como para que la modalidad de cooperación entre las organizaciones de los Huertos refleje ciertos procesos de clausura, en los cuales las tensiones sobre qué significa ser huertero generan dinámicas de unión y desunión.

El “sentido de nosotros” (Tomasello, 2009) en este caso se expresa en lo que significa “ser huertero”, siendo esta una identidad basada en una construcción social que tiene, por una parte, al lugar como su referente, relacionando el cómo lo nombran, limitan y diferencian de otros lugares con principios de distinción y rasgos propios de quienes habitan ese lugar (Gravano, 2016), pero también el ser huertero se asocia a una identidad que se practica. En la identidad como pertenencia territorial a los Huertos Obreros y Familiares, siendo esta denominación utilizada desde la creación de las villas para quienes habitaban en ellas, se puede llegar incluso a afirmarse que hay unos que son más huerteros que otros, *“yo soy huertera desde hace poco tiempo, no soy tan huertera porque llegué en los setenta”* (Mujer, 50 años, 2017). En la identidad huertera como práctica el huertero es agricultor, pero no cualquier agricultor, sino que es el agricultor de pequeña escala, de parcela de media o una hectárea. En esta distinción, del huertero como agricultor, se excluye de la identidad a quienes habitan en las parcelas y no practican la agricultura. *“No es lo mismo decir parcela de agrado que huertero. El huertero no está preocupado de tener un jardín bello con puro pasto, el huertero está preocupado que ese terreno de ahí esté plantado”* (Mujer, 62 años, 2016). Ambas distinciones generan tensiones entre los habitantes de los Huertos, pudiendo afirmarse que efectivamente la construcción de esta identidad es foco de disputa. *“¿Por qué yo no puedo ser huertero? ¿por qué no puedo llamarme huertero?... tú no eres huertero me dijeron la otra vez. Además, me lo dice alguien que llegó hace 10 años a La Pintana... Yo nací en La Pintana, yo tengo mis 51 años en la Pintana más los 40 años anteriores de mi abuelo entonces yo soy huertero”* (Hombre, 63 años, 2017); *“Acá hay un montón de gente así, cacareos todo el día y cada vez que uno los escucha uno dice “que fantástico todo lo que dicen” vamos a la realidad, ¿qué tienes*

tú como huertero? A ver... no yo tengo piscina, pasto y rosas, ¿de qué estamos hablando?” (Mujer, 43 años, 2018).

La importancia de la distinción sobre qué significa ser huertero en los procesos agenciales en los Huertos se sustenta en cómo se proyecta la actividad agrícola a futuro, es decir, en las metas, y en la forma que adquiere el sistema de relaciones sobre la base de una intencionalidad compartida para dar lugar a la acción.

La distinción de la identidad huertera basada en la práctica agrícola con una pertenencia territorial ha venido de la mano con estructuras relacionales en donde la Asociación Gremial asume esta identidad como una identidad exclusiva de la cual sólo participan quienes efectivamente producen los huertos, produciéndose una clausura relacional hacia el resto de los habitantes de los Huertos que, según ellos, no son huerteros. Esto ha llevado a una estrategia relacional en la cual se distingue la falta de un trabajo conjunto marcado no por las dificultades para poder llevarlo a cabo, como es el caso de las otras organizaciones de los Huertos que si tienen la voluntad por una construcción colectiva en la cual se incluya a toda la comunidad, sino que como una autonomía respecto de las organizaciones locales buscada y deseada. *“Nosotros no trabajamos en proyectos juntos. La organización funciona sola. Si nosotros queremos algo, nosotros no nos juntamos con otro para ir a buscarlo, nosotros gestionamos todo solos”* (Mujer, 62 años, 2016). La autonomía la justifican, además, en mantener cierta libertad en sus metas como organización, lo cual los ha llevado a casi no tener relaciones con las otras organizaciones de los Huertos. *“Nosotros no tenemos nada que ver con ellos, nada que ver con los de aquí, la Asociación es una cosa aparte, ¿Por qué?, porque el tener una asociación significaba reunirlos a todos y el que yo funcionara con una de las cooperativas significaba que yo me abanderizaba por ese lugar, significaba que esas personas iban a tener la injerencia en mí de decirme hazlo así, así y asá, y la Asociación no puede estar dispuesta a que otras personas le digan qué hacer, porque si yo estoy aquí por ejemplo y yo le dijera quiero hacer, no sé, una actividad para reunirnos todos los que hacemos abejas, ¿y si la gente de ahí no le parecía bueno que hiciéramos abejas?”* (Mujer, 62 años, 2016).

Es por esto por lo que, a pesar de que en un principio trabajaron con la Comunidad de Aguas Las Rosas, el Comité Ecológico Mapuhue y la Junta de Vecinos José Maza para hacer el catastro de huerteros y poder levantar toda la información que necesitaban para que INDAP se instalara en la comuna, estas relaciones se diluyeron en el tiempo, salvo por algunos apoyos tales como el préstamo por parte de la Junta de Vecinos de su sede para que realicen sus reuniones, la participación en ferias o el apoyo por parte de la cooperativa para llevar a cabo la ANHAU. *“Con los huerteros, bueno, los invitamos a participar en ciertas cosas, pero trabajos en común no tenemos. Les facilitamos espacios y los invitamos a participar en actividades nuestras”* (Hombre, 58 años, 2015). Sin embargo, estos apoyos se ven como una

solidaridad más bien distante. (La relación con la cooperativa José Maza) es “(...) buena, buena, pero ellos en lo suyo y nosotros en lo de nosotros, las cosas que ellos hagan bienvenido que lo hagan, si nosotros podemos cooperar bienvenidos, pero no es una cuestión que nosotros estemos metidos ahí con ellos y ellos con nosotros, no es así, son distintas instituciones” (Mujer, 62 años, 2016).

Esta estrategia relacional y la exclusividad en la identidad huertera ha generado que una parte de los habitantes de los Huertos no sientan a esta Asociación como parte de ellos, considerándola más bien lejana. “Yo pertenezco a la Asociación de Huerteros. No tengo idea, yo pago la cuota no más y los apoyo, porque siento que tienen un buen fin, pero yo en el huerto tengo frutales nada más y mantengo que el pasto esté bien, pero no me dedico a plantar y producir” (Hombre, 59 años, 2017). Esto ha llevado incluso a la idea de crear otra Asociación Gremial, una que sea sólo de Huertos José Maza. “A mi parecer, con los huerteros nos pasa que se diluye en el tema de ser, de abarcar las tres comunidades, o sea, no hay un foco así como Huertos José Maza, y eso nos cuesta más el nexa” (Hombre, 65 años, 2017).

Por otra parte, su orientación relacional enmarcada en la búsqueda de alianzas estratégicas con personas y organizaciones que también sean agricultores o que reconozcan su valor como agricultores ecológicos les permitió un reconocimiento como un grupo cohesionado y con una orientación clara, especialmente en los primeros años de funcionamiento de la organización. Sin embargo, estas colaboraciones han disminuido con el tiempo, siendo cada vez menos frecuentes, pero valorándose de todas formas la existencia de estos lazos desde la posibilidad de que pueden activarse en cualquier momento, debido a que el reconocimiento y una visión filosófica en común persiste en el tiempo. (Las organizaciones) “(...) están cada día más lejanas” (Hombre, 63 años, 2017); “que estemos trabajando ahora en este instante, no hay ninguna organización... solamente los huerteros” (Mujer, 53 años, 2015). Este alejamiento lo significan como parte de un proceso en el cual se encuentran ellos como asociación, la cual estaría transitando hacia una segunda etapa en su ciclo de vida en la cual deben redefinir sus metas para proyectar nuevos horizontes, y dado el carácter instrumental de sus relaciones estas se ven suspendidas frente a un horizonte más difuso.

En la movilización de procesos agenciales, Giuffre (2013), sobre la base de Hannerz (1980) plantea que las estrategias que los actores llevan a cabo en movilizar sus relaciones importan en los resultados que se obtienen. Desde la teoría de redes podríamos encontrar una explicación en que, bajo la visión relacional de privilegiar la movilización de vínculos entre organizaciones de forma débil, y en donde prevalece el carácter funcional de los vínculos hacia otras escalas, les ha permitido obtener visibilidad y reconocimiento, adquirir nuevas ideas y apoyos, pero carece de esa solidaridad densa y sostenida que dan los vínculos fuertes. En este sentido, el debilitamiento de los vínculos con organizaciones y personas distantes también

podría deberse a una clausura relacional en la cual la homogeneidad les coartó la posibilidad de encontrarse y colaborar con otros distintos, de tener una estrategia de cooperación no sólo funcional bajo la búsqueda de beneficios directos y evidentes en el corto plazo, sino que más bien generar un ambiente de colaboración sostenida, de *“prácticas sociales en las cuales “nosotros” actuamos en interdependencia asumiendo roles intercambiables que tienen un objetivo común, generan con el tiempo expectativas mutuas”* (Tomasello, 2010: 111). En este sentido, si bien entre las organizaciones de los Huertos poseen marcos de sentido comunes, la diferenciación que ha generado la disputa por la identidad no les ha permitido la emergencia de una base estable de colaboración. En este sentido, no ha logrado emerger una estructura organizativa inclusiva y abierta de la cual todos puedan sentirse parte, sirviendo la clausura identitaria para definir y clarificar metas y para diferenciarse, pero al mismo tiempo los ha encapsulado del resto de la comunidad. Tal como plantea Merrifield (2002), *“(...) a menos de que las expresiones de diferencia entre las personas posean comunalidad, la solidaridad puede ser amenazada por la exclusividad. La exclusividad, en cambio, engendra separatismo y aislamiento”* (Merrifield, 2002).

Esta clausura, sin embargo, no se da sólo respecto de los habitantes de los Huertos que no practican la agricultura, sino que también respecto de otros agricultores. Es así como entre quienes existe consenso sobre el que “ser huertero” se asocia necesariamente al ser agricultor, también se produce una distinción entre el huertero urbano, el huertero de pequeñas extensiones (el pequeño agricultor familiar) y el agricultor de grandes extensiones. *“Somos románticos, todos somos románticos, pensamos en lo maravilloso que es vivir con el placer de recolectar un fruto maduro, entendemos el valor intrínseco que este simple acto tiene, ya que se relaciona con un estilo de vida diferente al de la agricultura de grandes extensiones. Ni menos, porque trabajamos la agricultura sin dañar al medio ambiente; ni menos, porque las personas que se alimentan de ello. Es por eso que somos distintos”*. (María Elena Leyton, discurso lanzamiento libro, 2014). Para algunos tampoco es huertero quien practica la agricultura urbana. *“Nosotros somos huerteros, no somos huerto urbano”*. (Mujer, 43 años, 2018). Tampoco es huertero quien practica la agricultura de forma más extensiva. *“Huertero es el concepto más pequeño, de una o dos hectáreas. La diferencia es que después viene la agricultura, pero esa agricultura de arriba de dos y tres hectáreas ya estamos hablando en realidad de un agricultor que necesita los agroquímicos, que trabaja la maquinaria... nosotros no trabajamos la maquinaria, no ponemos un cegador en la parcela, ¿te fijas? Es todo a pequeña escala”* (Mujer, 43 años, 2018). Esta distinción trae aparejado una serie de particularidades que diferenciarían al huertero del huertero urbano y del agricultor, lo cual quedó en evidencia en que la ANHAU nunca se consolidó como una organización formal, quedando sólo la experiencia de la reunión de todo tipo de huerteros a nivel nacional. *“Me representa*

la ANHAU en el sentido filosófico, por decirlo así, de lo que son los huertos, la agricultura, pero la agricultura urbana no es la realidad de cada parcela. Si yo tengo cinco pulgones en cuatro lechugas, no es lo mismo que tener mil lechugas plantadas y que tenga una peste y que yo necesito saber cómo le hago". (Mujer, 62 años, 2016).

El debilitamiento de la Asociación Gremial en los últimos años también se expresa en un descenso en la participación en la organización, siendo una de sus causas la venta y migración por parte de algunos socios, *"No están porque vendieron las parcelas y se fueron"*. (Mujer, 62 años, 2016). Esto ha traído consigo, además, que debido al proceso de migración no ha llegado gente joven a integrar la Asociación, *"son puros abuelitos"* (Mujer, 30 años, 2020).

La pérdida de socios también se ha dado debido a que en un primer momento se produjeron altas expectativas, algunas de las cuales no fueron cumplidas. *"Al comienzo, cuando se formó, eran 300 personas que se inscribieron, pero de esos 300 de a poco... ¿ellos pensaron que iban a recibir más plata? De lo que ellos iban a entregar, porque era un beneficio para ellos"* (Mujer, 43 años, 2018). Esta debilidad podría comprenderse, además, debido a que la Asociación Gremial debe parte de su estructura a la forma en la cual deben vincularse con INDAP, la cual si bien posee como requisito para colaborar con los huerteros que éstos formen parte de una asociación, finalmente la relación que se articula es entre INDAP y el huertero que pertenece a la Asociación, y no entre INDAP y la Asociación. Es decir, se relaciona de forma directa con el individuo y no con el colectivo, bajo una lógica de "individualismo institucionalizado" propio de los Estados neoliberales (Beck, 2015), al otorgar los beneficios de forma directa al agricultor. Beck (2015) plantea que, si bien la primera modernidad se caracterizaba por relaciones sociales y comunitarias de carácter territorial y por pautas colectivas de vida, el giro hacia el modelo neoliberal trae consigo una creciente individualización, entendida como un "individualismo institucionalizado" de carácter estructural en el cual el Estado de Bienestar se relaciona de forma directa con el individuo y no con la familia o con colectivos (partidos políticos, cooperativas, organizaciones de base, cajas de empleados, entre otros) como en la etapa anterior. Es decir, el Estado garantiza el cumplimiento de los derechos de forma directa con el ciudadano. Esto es de suma importancia ya que la estructura de relación no posibilita la emergencia y la conducción de una construcción colectiva, de una visión de desarrollo entre agrupaciones, sino que entre institucionalidad pública y beneficiario individual. Esto puede llevar a una pérdida de la necesidad de cooperación, por lo que se quiebra el compromiso colectivo.

5. Nosotros no somos ciudad, nosotros estamos insertos dentro de una ciudad. Procesos agenciales y defensa del lugar.

Frente a la transformación de los Huertos, dada por el reemplazo de parcelas habitacionales y agrícolas por industrias, y ante la amenaza de la disolución del lugar debido a que éste ha sido un proceso persistente en el tiempo, ha primado entre los habitantes de los Huertos una significación de que ésta es una dinámica que puede llevar, prontamente, al fin de los Huertos. Esta sensación de finitud viene acompañada de una reflexión colectiva de que, si bien ellos podrían articularse y empoderarse como agentes desde el lugar, los procesos que llevan a la transformación son más poderosos, debido a que la ciudad avanza sin clemencia y a que el Estado continúa estando ausente. A pesar de ello, podemos fijar un “momento de ruptura” (Sennett, 2012) o un “punto de inflexión” (Martinelli, 2010) con la articulación de las tres villas de los Huertos Obreros y Familiares de La Pintana en torno a la Asociación Gremial de Huerteros para contestar la actualización del PRMS 100. A partir de este momento se dan una serie de procesos agenciales y la articulación de nuevas estructuras relacionales que van más allá de la contingencia frente a la resistencia al PRMS 100, produciéndose una esperanza renovada que da lugar a un deseo por empoderar a la comunidad y por proteger a los Huertos.

Estos procesos agenciales, movilizados para la protección de los Huertos, emergen como una reacción a una serie de dinámicas de exclusión derivadas de fallas institucionales y de gobernanza, como es el acceso a espacios de gobernanza para decidir sobre cómo se desea construir y proyectar el futuro de los Huertos y la vulneración del derecho a habitar en un espacio libre de contaminación. Para ello, se han conducido una serie de iniciativas colectivas de carácter oposicional e interpelativas que han tenido por principal objetivo el poder incidir en los marcos normativos que regulan los usos del suelo, demandando un mayor acceso en la toma de decisiones, y estrategias para garantizar el cumplimiento de las normas ambientales. De forma paralela a estas iniciativas han emergido propuestas desde la comunidad para otorgarle a los Huertos una protección oficial y también para pertenecer a un nuevo territorio bajo otra administración, debido a las décadas de invisibilización por parte del municipio. Todas ellas tienen como fin último transformar los procesos en una agencia efectiva, es decir, que sus habitantes organizados puedan “(...) actuar creativamente en la transposición de esquemas existentes hacia nuevos contextos” (Sewell; en Emirbayer y Mische, 1998: 1004; traducción propia).

Bajo esta noción, los procesos agenciales que se han llevado a cabo en los Huertos han sido múltiples, explorándose distintas opciones y modalidades de acción. Por una parte, se ha conducido una agencia individual que busca estrategias creativas para permanecer y prácticas más colectivas para habitar. Por otra, una agencia colectiva que ha ido desde tácticas oposicionales, como protestas o interpelaciones hacia el municipio, principalmente, hasta intentos para “(...) *ganar control y directividad sobre varios contextos en los cuales actúan*” (Emirbayer y Mische, 1998: pág). Estas luchas pueden involucrar formas de movilización social, la cual consiste en acciones colectivas dedicadas a desafiar a instituciones sociales, culturales o políticas (Tarrow, 1997), permitiendo esta movilización, cuando es exitosa, “(...) *instalar demandas en la agenda pública y exigir que sus autoridades se hagan responsables por sus actos*” (Escoffier, 2020: 7), con la finalidad de producir nuevos arreglos institucionales en una búsqueda por una mayor democracia y acceso a espacios de gobernanza (Swyngedouw, 2004). Estas estrategias también han venido acompañadas de una búsqueda por poner en marcha procesos agenciales orientados hacia un nuevo “modo de interacción estable” (Bellotti, 2015) entre los habitantes de los Huertos y los industriales que dé lugar a nuevos comportamientos orientados hacia un mayor cuidado del lugar.

Las iniciativas o procesos agenciales de carácter colectivo que han emergido en los Huertos los podemos situar como una forma de disputa por las representaciones y materialidades del lugar, por lo que podemos decir que la agencia que se busca llevar a cabo no sólo es colectiva, sino que es también política. De la mano de procesos que buscan el fortalecimiento de la comunidad y la preservación de la agricultura en los Huertos, se producen procesos agenciales de carácter político que se orientan hacia una resistencia localizada.

5.1. La parcela como un espacio de resistencia

En los Huertos, los procesos agenciales no son únicamente colectivos y conducidos desde la escala comunitaria, sino que también se produce desde una escala que se encuentra “por debajo” de ésta: el hogar. El foco desde el hogar nos lleva a considerar la vida cotidiana como un espacio de resistencia, la cual puede ser recreada mediante la reorganización de las actividades con la finalidad de poder permanecer habitando en los Huertos.

La agencia cotidiana, basada en una permanencia en el lugar y en una persistencia del hacer, en algunos casos se expresa en una continuidad de las prácticas agrícolas y en otras en simplemente habitar la parcela sin migrar. Se entiende la permanencia no como un estado de inmovilidad, sino que desde una dimensión activa en donde el habitar y el hacer es una decisión diaria, la cual se toma a pesar de las dificultades y gracias a las satisfacciones que esto conlleva. Debido al alto precio de las parcelas

muchos han decidido vender, pero otros permanecen, siendo esta permanencia un ejercicio cotidiano de autoafirmación. Esta agencia cotidiana se sustenta en una topofilia que se expresa en una serie de narrativas en donde el valor del hacer y del habitar se relaciona en gran medida a la cualidad de los Huertos como un espacio rural. *“Debemos cuidar lo que tenemos y mantener vigentes las raíces culturales del mundo rural del que somos parte, como es la acequia que debemos mantener limpia, como lo es el prado que hay que regar o el árbol que hay que podar, como es la necesidad de cuidar nuestros animales domésticos, como lo es la adecuada forma de eliminar las basuras... como lo es el saludar a los vecinos y preguntarles cómo están”*. (María Paz González, Editorial Revista Caudal N° 1, noviembre 2008: 1).

Esta agencia enfrenta el desafío de costear los altos costos que significan para los huerteros el permanecer en sus parcelas. Para la preservación de la pequeña agricultura han desarrollado una serie de prácticas, como el sistema de mediería, el cual les permite ahorrarse el pago del trabajo agrícola remunerado y así bajar los costos de la producción agrícola, o bien optar a los beneficios que otorga el programa PRODESAL para el apoyo de la agricultura familiar. Esto ha venido acompañado de nuevas estrategias de habitar las parcelas, concibiéndolo como un espacio en el cual se puedan desarrollar tanto la dimensión productiva como reproductiva (Smith, 1993; en Holm Nielsen y Simonsen, 2002), como es la cohabitación de varias familias en una misma parcela o la subdivisión de éstas para albergar en una parte de ella una empresa o industria y, en la otra, la vivienda. *“En algunos casos son otras casas, la misma familia particiona y se queda otra parte de la familia. Otros venden la mitad del huerto y ahí se instala generalmente una industria”* (Hombre, 65 años, 2017). En el caso de una dirigente de Ecopintana, ella y su familia han construido varias casas para habitar en la misma parcela. *“Era de mis abuelos, ahora es de mis papás y compartimos nuestro terreno con toda la familia, con los hermanos. Vivo yo, mi tata, vive mi mamá en su casa, vive mi hermano en su casa, como una mini comunidad”*. Esta estrategia viene de la mano con una concepción de una vida más “comunitaria”, en la cual la familia comparte e incluso produce los espacios comunes con huertos.

Estas estrategias vienen acompañadas de una visión, de un deseo de que se pueda contener en alguna medida el proceso de transformación hacia uno más armónico, el cual se entrelaza con la reflexión de que el cuidado del lugar se vincula a habitarlo. Esta concepción implica un cierto retorno hacia la idea de la aldea modelo, en la cual coexiste el trabajo y el hogar, trayendo consigo esta cohabitación el que se desarrollen lazos emocionales de apego y compromiso hacia el lugar. *“Claro, no es como “me voy a comprar un huerto para vivir”, llegan aquí puras empresas. Pero sí hay personas que llegan con sus talleres chiquititos, que son como industrias más inofensivas, que ojalá apostáramos hacia ese tipo de talleres, inofensivos”*

realmente, y que viven en el lugar donde tienen su lugar de trabajo, y disfrutan de donde viven y de donde trabajan, entonces tienen otra relación también con el lugar” (Mujer, 30 años, 2020). También se proyectan otras formas de transformación más equilibrada a partir de ciertas prácticas que se han visto que resultan más armónicas, conjugándose en esta proyección una experimentación que se concibe como más deseable. *“En vez de vendérselo a un galpón gigante o hacer un galpón gigante, ellos hicieron un galpón chiquitito y lo arriendan, y ese es su ingreso también. Esas son formas yo creo que son súper inteligentes de enfrentar el tema de la urbanización”* (Mujer, 30 años, 2020).

Sin embargo, esta estrategia trae consigo la dificultad del escaso control que se tiene sobre las actividades que se desarrollan en el espacio arrendado. *“El problema es que son pocos los talleres que no molestan. Por ejemplo, aquí hay muchos relacionados con muebles, pero contaminan, están pintando, el aserrín afecta a la tierra, desechos contaminantes”*. (Hombre, 65 años, 2017). Y que también, poco a poco, van disminuyendo los huertos, al menos en superficie.

5.2. Que las autoridades nos escuchen. Procesos agenciales para abrir espacios de gobernanza

En Huertos José Maza, pero también en Villa Las Rosas y en Mapuhue, el proceso de transformación de parcelas a industrias se ha visto posibilitado e incluso impulsado por los cambios en los marcos normativos de escala metropolitana y comunal que regulan los usos del suelo de estas villas, pero también por un mecanismo de vacío de responsabilidades del Estado el cual, a través del silencio y la escasa acción, ha permitido durante décadas la instalación y funcionamiento de industrias molestas y contaminantes en contra de la norma. Frente a esto emergen una serie de iniciativas desde las organizaciones de base de los Huertos, fundamentalmente desde la Junta de Vecinos, la cual ha buscado abrir espacios de diálogo con el gobierno municipal con la finalidad de poder resolver estas problemáticas. En este sentido, los procesos agenciales que se han encaminado en esta dirección se realizan desde el entendimiento respecto de que se debe incluir a la institucionalidad pública en este proceso. *“La viabilidad de estos huertos no pasa solamente por sus habitantes, sino también por el Estado, que debiera velar por ellos, resguardando la historia y preservando su longevidad a futuras generaciones”* (María Elena Leyton, discurso lanzamiento libro, 2014).

Estos procesos van de la mano con la noción de que es más factible para individuos y agrupaciones que tienen por objetivo la resistencia a procesos de transformación el incidir en los arreglos institucionales más que actuar directamente en los flujos de capital de carácter global, por lo que las estrategias de acción muchas veces se

vuelcan a la búsqueda de mayor democracia y gobernanza. El involucramiento en la toma de decisiones podría ser una forma de resistencia al estar las redes económicas imbricadas con la organización política e institucional, no pudiendo operar de forma independiente (Swyngedouw, 2004). Es así como *“(...) siempre ha sido en el terreno de lo político donde las tensiones han sido peleadas, mediadas y negociadas, resultando en formas siempre cambiantes de organización territorial o geográfica y en la emergencia de formas de gobernanza territoriales siempre cambiantes”* (Swyngedouw, 2004: 32; traducción propia).

En primer lugar, respecto de los procesos de diseño y fijación de normas de uso de suelo, tal como vimos anteriormente, en Huertos José Maza y en Villa Las Rosas el cambio de rural a urbano se produce en el PRMS de 1994. En el diseño de este instrumento, si bien existieron articulaciones para contestar la propuesta de cambio de uso de suelo, especialmente desde Karumapu en el caso de José Maza, no se produjeron instancias de participación o espacios en los cuales se pudiera producir una inclusión de la comunidad en la toma de decisiones respecto de los términos de regulación del suelo. Además, a pesar de la emergencia de una conciencia colectiva respecto del impacto que podría tener (y que tuvo) el cambio en la norma, la articulación desde la comunidad fue más bien débil, por lo que las disputas que se produjeron no generaron mayor impacto.

En el año 2006 comienza el diseño del PRMS 100, el cual incidía sólo en Mapuhue bajo la propuesta de cambiar la calificación de suelo rural a urbano. A diferencia de la escasa articulación para contestar el PRMS de 1994, en este caso se produce una conciencia oposicional más fuerte y una voluntad por contestar este cambio, produciéndose el involucramiento de las tres villas bajo la Asociación Gremial de Huerteros de La Pintana y de éstas con otras organizaciones territoriales, en una lógica de solidaridad territorial o de encadenamiento de lugares (Massey, 2005). Además, se logró articular a personas y organizaciones en diferentes escalas y con distintos roles, involucrándose ONG's, partidos políticos, activistas ambientales, académicos, entre otros, participando de un movimiento de resistencias locales más amplio frente a una política urbana que promovía la transformación de Mapuhue y de otros lugares de la región.

especialmente cuando el lugar es motivo de disputa (Nicholls, 2009). Es así como, en este caso, se generaron alianzas e interacciones temporales, muchas veces de carácter débil pero relevantes para superar su escala, siendo los más relevantes con personas que ocupaban cargos políticos en ese momento, como la entonces concejala Claudia Pizarro y la consejera regional Eva Jiménez, la ambientalista Sara Larraín, Alberto Gurovich (profesor Urbanismo Universidad de Chile), el Partido Ecologista Verde, la organización Defendamos La Ciudad, la organización por la defensa del Bosque Panul, el periódico El Mostrador, entre otros.

Los vínculos con organizaciones y personas situadas en otras escalas, si bien también se sustentaron en algunos casos en solidaridades territoriales, fueron fundamentalmente de carácter estratégico, debiendo ser reconocidos los Huertos por parte de ellos para involucrarse en la meta común de contestar la recalificación de Mapuhue. De esta forma, se aunaron agentes que poseían distintos roles y capacidades, relacionándose con la finalidad de lograr un mayor poder para llevar a cabo la disputa. En un contexto en donde el espacio urbano se produce por geometrías o coreografías de poder, la búsqueda por alterar estas configuraciones está basada en generar redes sociales más potentes y capaces de movilizar los flujos de información, ideas, financiamiento, entre otros, entre distintas escalas. Es así como estos vínculos les permitieron, entre otras cosas, ganar visibilidad no sólo entre la sociedad civil, sino que también llegar a altos cargos políticos. *“Hemos hablado con los ministros de la época, de la época de Lagos, de la época de Frei, de la época ahora de la Bachelet, con los de Piñera, porque al final al Gurovich lo conocen todos, Defendamos la Ciudad, al Herman lo conocen todos, entonces con ese batallón nosotros entrábamos, ¿te fijas?”* (Mujer, 62 años, 2016).

Esta red social organizada se movilizó en distintos espacios, tales como medios de comunicación o asambleas, pero la disputa directa se realizaba en la Intendencia, siendo especialmente importante los espacios de deliberación formal, como eran las votaciones de los COREs, las cuales eran abiertas a público. En todos estos espacios los huerteros buscaron instalar una narrativa que se sustentó en un “particularismo militante” (Harvey, 1996), en términos de la defensa del lugar por el lugar y desde el lugar respecto de su importancia en un territorio más amplio. De esta forma, se buscaba situar la representación de los Huertos como un pulmón verde y como un cordón de verduras como argumentos para su protección, buscando superar con ello la trampa en la que caen los movimientos de particularismo militante, en los cuales *“la experiencia se vuelve incomunicable más allá de ciertos límites”* (Harvey, 1996: 407) debido a la escasa vinculación que poseen con políticas universales. *“Nosotros íbamos a hacer una cosa, de decir “estas tierras son de nosotros, estas tierras queremos que realmente no se pierdan”, porque en la escala de la calidad del suelo agrícola, que va de uno a diez, estas tierras y nosotros somos siete, miren la aberración que están haciendo”* (Mujer, 68 años, 2017).

Si bien en un comienzo las votaciones fueron favorables para la protección de Mapuhue, rechazándose el cambio de uso de suelo, esta tendencia finalmente se revirtió, siendo calificada como zona urbana. Si bien el rol de Claudia Pizarro como consejera comunal fue clave al lograr los apoyos para votar en contra, el cambio se produjo por un cambio de consejeros regionales, lográndose una mayoría entre los nuevos consejeros por la recalificación de Mapuhue. *“Ahí la pelea fue más complicada porque había habido una elección nueva de cores y habían más cores del otro lado que el del lado de nosotros, porque gracias a la Claudia también nosotros podíamos presionar con la gente que era demócrata cristiana, PPD, comunista y socialista, pero los UDI no, los Renovación Nacional no. El partido demócrata cristiano le ordenó a sus cores que tenían que votar en bancada y era en contra de que a nosotros nos cambiaran el uso de suelo, en eso nos apoyaron”*.

A pesar del reconocimiento obtenido en un primer momento, este no se tradujo en mantener una votación favorable hacia el rechazo del cambio de uso de suelo,

“Nosotros tuvimos que ir a decirle al gobierno “oye, estos somos nosotros”, los invitamos, venían para acá, a todos los cores de la intendencia, vinieron más de dieciséis, son cuarenta y cuatro, vinieron dieciséis para acá a ver, todos nos decían “oh, sí, si una maravilla”, “no si esto es precioso, sabes que nosotros no teníamos ni idea”. Y esos que nos decían “que maravilla” ahora no tenemos ni idea, los PPD que vinieron a votar por nosotros, la primera vez la ganamos para que nos dejaran igual, el primer conclave que hubo para votar sobre el plano regulador y nosotros que éramos como agrícolas la ganamos. (...) El PPD que era un, no voy a decir las palabras, porque fíjate que sí, una maravilla el lugar donde ustedes viven, y el día que se votó de nuevo nosotros estábamos detrás de cada uno de ellos, y el intendente estaba así, mandó a llamar dos carabineros para que se pusieran detrás, nosotros no hemos sido nunca agresivos pero él estaba asustado porque habían llegado los de La Pintana, y todos somos como me ves tú, como ves a la Fresia, somos así, bueno, ese día el core, los cores esos que habían venido para acá, muchos de ellos que eran socialistas y comunistas votaron en contra de nosotros, ¿y sabes porque?, porque a ellos les dijeron; “no, que tienen que ir a defender a esa gente si nada que ver, además son tan pocos”” (Mujer, 62 años, 2016).

Este proceso da cuenta de que, finalmente, a pesar de no lograr detener el cambio de uso de suelo de Mapuhue, se logró una pequeña victoria, la cual consistió en mantener una densidad habitacional baja, lo que limita la posibilidad de desarrollos habitacionales. *“Lo que nosotros logramos fue, pero rasguñando, que al final nos dejaran en dieciséis personas por hectárea, que eso es lo que limita la cantidad de casas que tú pones. La densidad habitacional de este lugar en este minuto es dieciséis, pero nosotros antes éramos ocho” (Mujer, 57 años, 2017)*. En este sentido, los cinco años de disputa, el apoyo de una red social diversa con agentes con distintas capacidades y situados en distintas escalas y, algunos de ellos, con poder

político, si bien no fueron suficientes para revertir una agenda metropolitana si permitió que el cambio a zona urbana fuera más armónico. Además, tal como hemos dicho anteriormente, este momento de ruptura de los huerteros como comunidad política los volvió a situar en un rol de agentes políticos en la búsqueda por controlar los procesos de producción del lugar que habitan. *“Al menos nosotros, que este era el último sector agrícola que quedaba, hemos tenido derecho al pataleo, porque al menos lo peleamos, allá abajo (en Huertos José Maza) se lo pusieron y cuando se enteró la cooperativa habían pasado tres años, y en Las Rosas pasó exactamente igual”* (Mujer, 60 años, 2017).

También, a partir del PRMS, tanto en José Maza como en Mapuhue y Villa Las Rosas la movilización de una idea y de una identidad de lugar se comienza a dar de forma más importante, continuando luego esta circulación en los distintos procesos que se han dado posteriormente, como han sido los procesos de participación en el diseño del Plan Regulador Comunal o del Plan de Desarrollo Comunal. La actualización y fortalecimiento de una identidad de lugar, como estrategia política, se fundamenta en la movilización de una idea de lugar como estrategia de defensa activa (Martin, 2003). *“La idea de barrio provee de una suerte de marco, o una forma de definir una situación, que da forma, guía y contiene una serie de demandas para el activismo”* (Robinson, 2001 y Martin, 1999; en Martin, 2003: 376).

En este sentido, la movilización para el reconocimiento de ellos como pintaneros más allá del lugar, como una estrategia política de defensa del lugar, se da a partir del reforzamiento del carácter de la identidad huertera como un ejercicio de autoafirmación, lo cual se da, tal como vimos anteriormente, por la actualización de la identidad como un proceso de negociación interna. Esto se puede notar en la distinción de ellos como pintaneros y no como pintaninos, siendo este un ejercicio de autoafirmación respecto de los otros barrios de la comuna, definidos muchas veces por quienes habitan en las parcelas como “las poblaciones”, recurriendo a su origen de erradicados. El diferenciarse y separarse del resto de quienes habitan en La Pintana busca, en primer lugar, el reconocimiento por parte de las autoridades municipales, quienes durante décadas los invisibilizaron. Un ejemplo de ello fue la forma en la cual aglutinaban a las personas para el proceso de participación para la elaboración del PRC de la comuna en los años 2000 y cómo se trataban los temas. *“La temática y los problemas de las poblaciones no son los problemas de aquí del sector de las parcelas, entonces a raíz de eso yo levanté mi manito y le dije: a mí me parece que nos están discriminando y tratando en realidad el tema como uno solo cuando no lo es, La Pintana tiene parcelas y las cosas que ocurren en las parcelas no son las cosas que están ocurriendo en el resto de la comuna”* (Mujer, 62 años, 2016).

Esto va de la mano con lo planteado por Jonas (1994), en cuanto a que la definición de un límite en una comunidad local, como acto material y simbólico, puede ayudar

a establecer identidad y principios de distinción respecto de otras comunidades y agrupaciones, lo que podría movilizar agenciamientos. En este sentido, su distinción como pintaneros y no como pintaninos, por una parte, unifica a las tres villas desde un origen común y también desde problemáticas comunes, como es el proceso de disolución que se da en estos tres lugares. Por otra parte, los diferencia del resto de la comuna, de las poblaciones cuyo origen corresponde fundamentalmente a los procesos de erradicación de los años setenta y ochenta y a las políticas de vivienda social de las últimas décadas, y cuyas problemáticas también son otras. Tal como plantea un dirigente, *“si tú hablas de una historia en común y te la conoces, es más difícil desaparecer”* (Hombre, 63 años, 2017). Sin embargo, esta historia común debe ser transmitida, ya que para que un lugar sea considerado como que tiene valor se requiere de actores que puedan explicar que existe ese valor (Sörlin, 1998; en Ernstson, 2013). En el caso de los Huertos, este reconocimiento escaló fundamentalmente entre las organizaciones y agentes vinculados en el proceso de disputa por el PRMS 100, llegando a publicarse notas de prensa sobre los Huertos en distintos medios de comunicación. Así hablaba sobre los Huertos la entonces concejala y actual alcaldesa Claudia Pizarro, en un discurso dado en el lanzamiento del libro sobre la historia de los Huertos en el año 2013,

“Esta vida que conserva el aire puro de la cuenca del Gran Santiago, donde en Puente Alto hay smog, donde en El Bosque hay smog. Yo les pido que lo hagan toda la vida, que sigamos y que seamos muchos más, pintaneros y no pintaneros, porque hoy día esto está plasmado en este libro y mucha gente va a conocer más de nosotros. Y eso, para mí hoy es un día muy especial, estoy tan contenta como ustedes, este es un sueño que ha empezado hace mucho tiempo y la verdad que ha costado mucho incentivar y motivar, pero sigamos luchando porque hoy día esta asociación es mucho más que cinco o seis personas, están ustedes y los que no están, y ciertamente vamos avanzando y avanzando para bien. Los equivocados no somos nosotros, son los que no están acá”.

Este reconocimiento no sólo se fundamenta en el reconocimiento de los valores o cualidades del lugar, sino que también de las dinámicas o procesos que pueden llevar a su disolución. Así hablaba de los Huertos la entonces concejala Claudia Pizarro,

“Perdimos peleas políticas en el PRMS 100 con el cambio de uso de suelo. Yo siento que los intereses son inmobiliarios. Y para vivienda, no para los allegados. Porque solamente el 8% del cambio de uso de suelo agrícola es para viviendas sociales. Y el resto es para lucrar en viviendas. Por lo tanto, el que era pintanero y tenía su cultivo y su huerta, o sus abejas o sus chanchos o sus conejos en La Pintana, el que llegó, el que fundó, el que vive hace sesenta años en esta comuna hoy día pasa a ser casi un allegado. Porque si se instala una industria, si se instala en 5000 metros cuadrados a vivir 200 familias ya no se va a poder criar abejas en la

Reunión entre organizaciones de Huertos José Maza y alcaldesa Claudia Pizarro, proyecto arborización calle Los Duraznos



Fuente: Facebook La Voz de los Huertos

parcela de al lado. El señor se va a tener que ir. Por lo tanto, a mí me parece una injusticia tremenda. Al cambiar el uso de suelo también se cambian las contribuciones, por lo tanto, la gente empieza a pensar “no tengo dinero para pagar las contribuciones, estoy empezando a pensar en vender” (Claudia Pizarro, Documental Villa Las Rosas).

Este reconocimiento y la cercanía que sentían los huerteros hacia Claudia Pizarro los llevó a tener esperanzas en que, en su rol como alcaldesa, ella pudiera contener los procesos de disolución del lugar. Sin embargo, tal como plantea un dirigente, su apoyo se ha traducido en *“cosas puntuales, pero nada relevante”* (Hombre, 65 años, 2017), tales como el aumento de la seguridad, el mejoramiento de una calle gracias a su arborización o la incorporación de la Casona Aníbal Pinto en la ruta turística de la comuna, entre otras iniciativas.

También en un reconocimiento de carácter simbólico, como es la visibilización de los Huertos como un espacio de valor,

“El jueves 16 de noviembre, nos visitó en la Casona de la Cooperativa una delegación de cooperativistas vascos que trajo la sra. Alcaldesa Claudia Pizarro para que conocieran de la historia de la cooperativa José maza que es la institución que logró a partir del año 1946 poblarla y completar los 500 huertos el año 1957. Los cooperativistas se fueron muy interesados de la historia de los huertos obreros. Junto a la señora alcaldesa venía Don Dangelo Gómez uno de los jefes de la DIGA al que le planteamos problemas pendientes como la arborización de Los Duraznos y la denuncia de empresa que emite malos olores ubicada en Los Nogales 2434. Quedamos de reunirnos para ver esas situaciones.” (Facebook La Voz de los Huertos en La Pintana, 22 de noviembre 2017).

En este sentido, si bien se ha producido una reestructuración de los lazos no se han producido nuevas estructuras de gobernanza, como una de las condiciones para poder incidir en las políticas urbanas (Martin, 2004). Esto debido a que el lazo con la actual alcaldesa se mantiene y, gracias a este, pueden acceder a reuniones tanto con ella como con distintos funcionarios municipales, sin embargo, no han podido acceder a la toma de decisiones en los procesos de diseño de los instrumentos de política, por lo que no han podido incidir en los órdenes regulatorios que norman los usos de suelo. Esto queda en evidencia en la desilusión que se produjo por el proceso de participación de las organizaciones de los Huertos en el PLADECO 2020-2023, el cual fue realizado bajo la administración de la alcaldesa Claudia Pizarro,

“Invitaron a los dirigentes de las organizaciones, pero la participación de la gente de esta comunidad fue muy poca, porque no fueron invitados, sólo a los dirigentes. Íbamos los dirigentes de la JJVV. Se dio un poco, pero está muy tenue en el informe del PLADECO. Se logró que por petición de las tres organizaciones de las cooperativas se incluyera el tema de las acequias, que apareciera en el PLADECO

un plan de la mantención de acequias, pero no aparece nada en el PLADECO. Hay ciertas cosas que están prometidas para este periodo, como lo del liceo, o mejora de áreas verdes, algo de un semáforo, eran como tres o cuatro cositas pequeñas”. (Hombre, 65 años, 2017).

Junto con la falta de acceso real a la toma de decisiones y frente a dinámicas de disolución que se perpetúan en el tiempo, a pesar de la cercanía y reconocimiento (aunque muchas veces parcial) que tiene la actual administración hacia los Huertos, persiste entre los huerteros una sensación de abandono. *“Somos el territorio que paga las contribuciones más altas, y somos los más abandonados por el municipio”* (Mujer, 30 años, 2020).

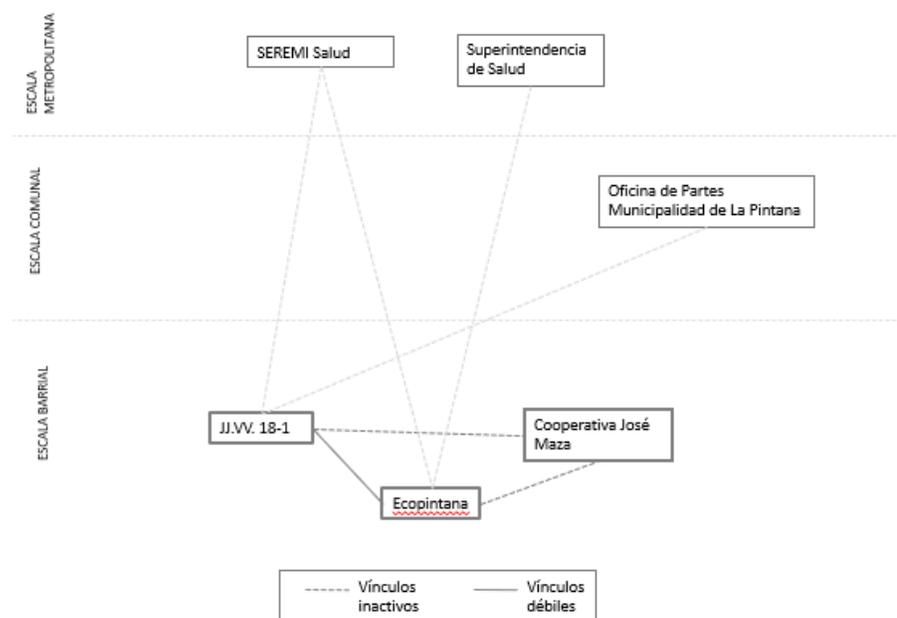
Frente a esto, no se presentan estrategias colectivas fuera del marco institucional que busquen abrir los espacios de gobernanza, los cuales han mantenido las reglas y la burocracia a pesar de los cambios en la administración municipal, concibiéndose que toda acción se produce dentro de los marcos estipulados en las instancias formales de participación. Esto queda en evidencia con el llamado por parte de las organizaciones de los Huertos a participar de forma más importante en el diseño del PRC que se va a realizar en la comuna. *“Del plan regulador, nosotros pedimos que participe toda la comunidad, que no vinieran a imponernos de otros sectores lo que sea este sector”.* (Hombre, 65 años, 2017).

Sin embargo, la dificultad para poder llevar a cabo agenciamientos para incidir en los marcos normativos que regulan los usos de suelo se sustenta, entre otros aspectos, en que la escala local se encuentra anidada en la escala metropolitana (Smith, 1992a; Swyngedouw, 1997a; en Holm Nielsen y Simonsen, 2002), lo cual se traduce en este caso en que las representaciones y los marcos normativos fijados en la escala metropolitana se encuentran en diálogo con los fijados en la escala local. Esto guarda relación con que el poder estatal y la producción de la escala obedece a jerarquías institucionales (Lefebvre, en Brenner, 2000; en Holm Nielsen y Simonsen, 2002), lo que en este caso se torna evidente en que el PRMS, diseñado desde la SEREMI MINVU (escala metropolitana) está por sobre el PRC diseñado desde el gobierno municipal, debiendo este último asumir las normas impuestas desde la escala metropolitana.

En segundo lugar, de la mano con la imposición de normas territoriales que promueven la transformación de los Huertos hacia un territorio con fines habitacionales e industriales se produce una sistemática transgresión de estas normas, llegando a partir de los años noventa industrias de carácter molesto y contaminante a pesar del marco legal. Tal como hemos visto, durante más de treinta años la instalación de este tipo de industrias sin prácticamente ninguna sanción nos habla de un mecanismo de control basado en la inacción del Estado. Frente a esto, las organizaciones de los Huertos, principalmente la Junta de Vecinos, realiza

constantemente denuncias de industrias molestas y contaminantes, las cuales o bien quedan archivadas sin respuesta o concluyen en multas hacia las industrias, sin generarse ningún cambio en el funcionamiento por parte de éstas ni en el cese de la llegada de nuevas industrias. “Se hace la denuncia, va al juzgado de policía local, y la mayoría de las veces queda ahí, porque el juzgado de policía local, no sabemos ahí qué se hace. Ellos dicen que les pasan multas, que pagan las multas y siguen operando. Las multas son bajas, entonces las pagan. Entonces, con las empresas y los estacionamientos de camiones estamos donde mismo, no se ha avanzado en nada”. (Hombre, 65 años, 2017). Esta dinámica está sustentada en una estructura relacional de carácter burocrática, en la cual las instituciones públicas responsables permanecen lejanas.

Estructura relacional fiscalización industrias



Fuente: Elaboración propia.

En este sentido, el acercamiento y el reconocimiento de las problemáticas de los Huertos debido a la instalación y funcionamiento de industrias por parte de la nueva administración tampoco ha tenido efectos más allá de lo simbólico. Esto queda en evidencia en un comunicado por parte de la Junta de Vecinos hacia la comunidad, en el cual se puede notar como el municipio ha ido perdiendo legitimidad frente a esta problemática y cómo se concibe que se debe comenzar a interpelar a otras instituciones,

“Vecinos de Huertos José Maza. Les adjunto imágenes de estado del huerto ubicado en Las Higueras 2765 que es utilizado para estacionamiento de BUSES. Ya están guardando buses allí y autos de choferes; menos de dos meses demoraron desde que se compró y depredó el huerto. La Municipalidad ya debe haber aprobado el funcionamiento porque son cara de dos chapas. Debemos ir a otras instancias para hacer cumplir que en este sector NO PUEDE EXISTIR ESTACIONAMIENTO DE CAMIONES NI BUSES”.

El agotamiento de la estrategia de denuncia en instancias formales también queda plasmado en un comunicado hacia el presidente de la Junta de Vecinos,

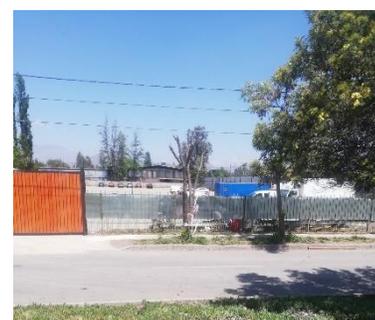
“Chris, hemos solicitado información por transparencia a la municipalidad y no responden, enviamos reclamo al Consejo para la Transparencia y no hay respuesta. Esto se inició en el mes de Junio y todavía no hay respuesta. También el Consejo NO FUNCIONA” (Facebook La Voz de los Huertos, 2019).

De forma paralela a las denuncias por los canales formales se ha producido desde la Junta de Vecinos estrategias para acercar y vincular a las autoridades y funcionarios municipales con la finalidad de lograr compromisos hacia la resolución de la problemática con las industrias. *“(...) queremos trabajar en conjunto con la municipalidad en las áreas que se pueda, de tránsito, con carabineros, con lo que sea, para frenar el crecimiento de las industrias, el avance de las industrias. Yendo a hacer denuncias de los que están contaminando, de todos lo que estén infringiendo la ley de alguna manera” (Mujer, 50 años, 2017).*

Estas estrategias de articulación y compromiso han venido acompañadas de una búsqueda por instalar una representación de los Huertos desde la comunidad en el gobierno local, la cual dé cuenta y visibilice su realidad material. Para ello, una de las tácticas que han llevado a cabo ha sido la realización de un mapeo colectivo de los Huertos desde sus habitantes, con el objetivo de *“(...) resignificar nuestro territorio. Desde la experiencia individual y colectiva, visibilizar nuestras necesidades y nuestra historia para poder fortalecer la organización de nuestra comunidad” (Comunicado JJ.VV. 18-1, noviembre 2017).* Esta táctica va de la mano con la noción del mapa como instrumento de poder,

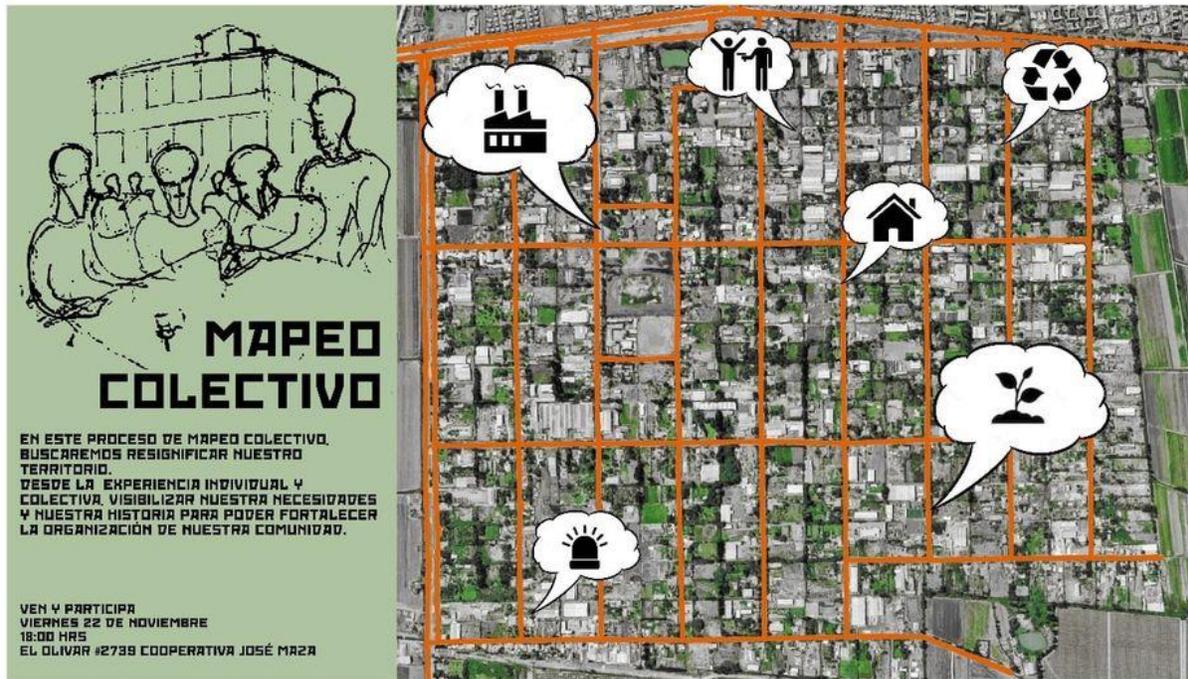
“El cartografiado es una actividad discursiva que incorpora poder. El poder de cartografiar el mundo de una manera en vez de otra es una herramienta decisiva para las luchas políticas. Las luchas de poder sobre el cartografiado (de nuevo, al margen de que estos mapas sean de espacios considerados «reales» o metafóricos) son por ello momentos fundamentales en la producción de discursos”. (Harvey, 1996: 150).

Denuncia de instalación de estacionamientos de buses



Fuente: Facebook La Voz de los Huertos, 17 de octubre 2019.

Mapeo Colectivo



Fuente: Facebook La Voz de los Huertos, 2017.

Gracias a esta táctica, las autoridades municipales se comprometieron a mejorar la seguridad y la fiscalización en los Huertos, compromiso que han cumplido. *“Posteriormente, llegó la señora alcaldesa de la comuna, Claudia Pizarro, a la que se le explicó el trabajo realizado en estos planos por lo cual felicitó que hayamos hecho ese trabajo y que se tratara de completar incorporando horas de ocurrencia de los delitos para organizar las camionetas de seguridad humana en los horarios en que se producen los delitos y pasen por los lugares que son más peligrosos; también se comprometió a que las camionetas hagan de fiscalizadores y de hecho hizo llamar a los funcionarios que estaban trabajando en una camioneta de seguridad en nuestra comunidad y les dio expresas instrucciones delante los asistentes para que a partir del lunes 20 de noviembre comiencen a fiscalizar en conjunto con la DIGA”.* (La Voz de los Huertos en La Pintana, 22 de noviembre 2017).

Junto con el objetivo de instalar una representación propia de los Huertos, para así visibilizar sus problemáticas, emergió un proyecto que buscaba controlar los términos bajo los cuales funcionan las actividades industriales del sector, mediante la creación de una norma interna. *“Queremos conformar un conjunto de normas internas nuestras, en conjunto con la municipalidad. Una ordenanza propia del sector”.* (Mujer, 50 años, 2017). Para ello, han buscado tomar el control de la gestión

del territorio mediante la creación e implementación de una norma que regule las actividades de las empresas e industrias y que también busca vincularse con éstas, otorgando por ejemplo certificaciones ambientales de parte de las organizaciones de los Huertos José Maza a aquellas industrias que sean “amigables” con el medio ambiente. Esta estrategia busca, de esta forma, controlar las actividades que se desarrollan actualmente en la villa, considerando y aceptando que existe una realidad material que se impone, que es la fuerte presencia de empresas e industrias, frente a lo cual se busca negociar en alianza con el municipio una convivencia más armónica. *“Con la dirección de obras estamos preparando un plan local nuestro, una norma local de convivencia, para presentarla a la dirección de obras y que la haga parte de su proceso de autorización de construcciones”* (Hombre, 63 años, 2017).

Este proyecto se basa en la aceptación de una realidad material, la existencia de las industrias, y en la reflexión de que es más factible generar acuerdos entre habitantes e industriales, con el respaldo del municipio, que expulsar a las industrias y, con ello, retornar a un lugar compuesto únicamente por huertos y pequeños talleres. Sin embargo, esta reflexión no es compartida por toda la comunidad, asumiendo algunos de sus habitantes que la aceptación de las industrias constituye una derrota. Ambas posturas nos hablan de un dilema respecto de la aceptación de la transformación, como un lugar que se adapta y en el cual se busca minimizar el impacto derivado de las lógicas espaciales del capital, en comparación a una postura que no acepta esta adaptación, al legitimar esta nueva estructura de ocupación del lugar. A pesar de esto, la visión de aceptar a los industriales como vecinos y que busca un equilibrio con las empresas no carece de un discurso crítico con el rol del Estado y de las industrias en el lugar, sin embargo, se plantea una acción que puede ser vista como más conservadora pero que es defendida al plantearse la enorme dificultad de revertir una realidad material. *“Nos estamos empoderando y nosotros la vamos a pelear. Queremos establecer una ordenanza interna, que nos pongamos de acuerdo con los empresarios porque son vecinos, ya llegaron... tenemos que incorporarlos más que pelear con ellos. Pero pensamos que tenemos que establecer una normativa de modo que ellos cumplan lo que tienen que cumplir. Así que en esa pelea estamos”* (Hombre, 65 años, 2017). Con ello, se establece un consenso en que la presencia de las industrias debe tener ciertos límites y que la ley debe cumplirse. *“Que caminemos por la ley todos, incluso empresarios que manejan grandes capitales”* (Hombre, 47 años, 2016). Esta narrativa, de una aceptación de la transformación, da una especie de base mínima de acción, marcando una mejora de las condiciones ambientales y de la calidad de vida en coexistencia con las empresas como uno de los principales objetivos a lograr. *“Se está partiendo por lo mínimo: hacer valer la ley. Luego, relevar los valores de los huerteros”* (Hombre, 72 años, 2016).

Protesta por industrias contaminantes en Huertos José Maza



Fuente: Programa “Hola Chile”, canal La Red. Octubre, 2020.

La aceptación de la nueva condición, en donde huerteros y empresarios cohabitan los Huertos, trae consigo un deseo de que estas empresas no afecten al medio ambiente y a la calidad de vida, integrándose al lugar y transformándose en buenos vecinos. *“Crear conciencia de la importancia del equilibrio. No estamos contra la iniciativa empresarial de algunos. Esta es posible y loable pues genera empleos y progreso. Siempre que estas actividades se enmarquen en el respeto y la conciencia de que están insertas en un barrio único, verde y habitado, serán bienvenidas”* (Hombre, 60 años, 2016).

El proyecto de la elaboración e implementación de esta norma interna en conjunto con el municipio, tras años de reuniones y trabajo en conjunto, no ha logrado concretarse. En su lugar, el municipio actúa sólo respecto de la mejora de un aspecto sin abordar el problema desde su globalidad, lo que se evidencia en que la norma sólo quedó en la idea de regular el tránsito de vehículos de carga y de pasajeros. *“Una norma interna respecto de los vehículos, del tránsito de vehículos, colocar ciertos horarios, señaléticas para la circulación de cierto tipo de camiones”* (Hombre, 65 años, 2017). Es así como la proyección por parte de las organizaciones del lugar de ganar control sobre las actividades que se desarrollan en los Huertos, buscando un desplazamiento del poder desde el municipio hacia las organizaciones, finalmente se diluyó tras años de negociación.

Si bien las estrategias para circular una representación propia de los Huertos respecto de su realidad material y de ganar poder mediante la creación de un instrumento propio para normar las actividades molestas y contaminantes en los Huertos lograron acercar a las organizaciones con el municipio luego de décadas de alejamiento, lo cierto es que ambas estrategias tuvieron éxitos relativos. Volviendo a citar a un dirigente, son logros pequeños, pero no profundos. Frente a esto, el descontento por parte de la comunidad ha crecido, fluctuando este descontento entre la decisión de dejar de actuar o de encaminar acciones más radicales.

La falta de soluciones ha llevado, de esta forma, a un escalamiento del conflicto, en el cual el municipio va perdiendo rápidamente legitimidad frente a la comunidad. Una de las expresiones de este conflicto se puede notar en la puesta en marcha de tácticas opositoras como vehículo de presión como la protesta. Estas protestas, sin embargo, han sido esporádicas como respuesta a amenazas o eventos puntuales, como la construcción de pozos subterráneos por parte de Aguas Andinas o a raíz de la muerte de un trabajador en una fábrica de ácido sulfúrico, contando esta última con la presencia de medios de comunicación. *“Llamamos a hacer una protesta contra Aguas Andinas en El Mariscal con Los Duraznos y gritamos por el agua y por no más estacionamiento de camiones, ahí estuvimos bloqueando para que no entraran más camiones a la comunidad. Pero punto, nada más”* (Hombre, 65 años, 2017).

En ellas, el discurso que se busca circular, como actos performativos, es desde el reconocimiento de la identidad, de los valores del lugar y de sus imaginarios socioespaciales, “somos patrimonio”, “somos el pulmón de Santiago”, y desde la visibilización de las problemáticas, “*La Pintana no es una zona de sacrificio*”, “*la contaminación está atacando abejas, aves, árboles nativos y a las personas. Somos el patio trasero*”. También se condensan en ellas demandas y expectativas, vinculando derechos con una necesidad de respuesta por parte de la institucionalidad pública. “*La fauna, la agricultura, la flora, se está yendo por culpa de estas empresas que no son bien fiscalizadas, y eso es lo que estamos pidiendo, no pueden haber más muertes, es inaudito que no cuiden nuestro patrimonio, nosotros somos patrimonio, somos vecinos, somos seres humanos, somos vida!*” (Mujer, 45 años, 2018). “*Las empresas funcionan día y noche, por eso es que nosotros pedimos que haya fiscalización, que haya regulación de las empresas. Se nos está empeorando nuestra calidad de vida. Nosotros no merecemos esta calidad de vida*” (Mujer, 40 años, 2018). Si bien la interpelación al municipio es directa, la protesta no tuvo los resultados esperados. “*La Red¹⁸ presentó el caso y nunca más, no llegó ninguna autoridad del municipio, nadie*”. Sin embargo, la protesta posee en sí misma un valor como proceso agencial en cuanto acto de condensar en un discurso los imaginarios socioespaciales con un discurso crítico de demandas y derechos sociales sobre las condiciones que gobiernan el espacio habitado,

“El momento de la conversión de estos imaginarios en discursos es por ello crítico, no en el sentido de que esté determinado, sino porque se produce en el momento relacional en el que las imposiciones de las instituciones, del poder y de las relaciones sociales –y las revulsiones contra todas ellas– se vuelven más evidentes” (Harvey, 1996: 151).

Tanto respecto de los procesos agenciales conducidos para crear espacios estratégicos de involucramiento en la toma de decisiones sobre el destino del lugar, como de aquellos encaminados a buscar un mayor compromiso y responsabilidad por parte de la institucionalidad pública en la instalación y funcionamiento de industrias contra la norma, podemos notar que los logros han sido escasos. Si bien se ha logrado una mayor participación en el diseño de los instrumentos y el municipio se ha comprometido con una mayor fiscalización, el mecanismo sigue siendo el mismo, perpetuándose y profundizándose la transformación del Huertos.

¹⁸ Canal de televisión.

5.3. Reconfigurar el territorio desde su condición de margen

La condición de frontera, de encontrarse “cerca lejos”, fue hasta los años ochenta una condición de refugio que mantuvo a los habitantes de los Huertos mirando desde la distancia la transformación de la ciudad. Sin embargo, esta condición se revierte con la creación de la comuna de La Pintana y la proliferación de poblaciones de vivienda social, frente a lo cual se instaura el imaginario de que los Huertos han sido atrapados por la ciudad, pero sin ser ciudad, como una suerte de enclave sobre el cual se encuentra una permanente presión para su transformación. Esta condición de margen se construye, entonces, como un margen metafórico desde el cual quienes se involucran en procesos agenciales asumen un rol crítico respecto de los procesos hegemónicos de producción del espacio, pero también como un margen desde su localización topográfica. *“Nosotros, los que vamos quedando, somos como un apéndice de la ciudad, todavía estamos flotando abajo y todavía podemos resistir”* (Hombre, 63 años, 2017).

Los procesos agenciales como resistencia desde la protección de su condición de borde o de frontera ha emergido, en un sentido topográfico, a partir de iniciativas que buscan “construir muros” excluyentes como política comunitaria (Harvey, 1996) en torno a los límites del lugar o bien a través del rediseño del territorio político-administrativo. La noción de haber sido incorporados arbitrariamente a un territorio con el cual sienten que no guardan ninguna relación y ninguna identificación (lo cual podemos notar una y otra vez en sus narrativas de diferenciación entre pintaneros y pintaninos, entre los Huertos y las poblaciones) lo asumen como una imposición desde el poder político, la cual los ha perjudicado tanto desde una búsqueda desde el gobierno local por reconvertir estos espacios como desde un abandono material.

Si bien se da un ejercicio de profundizar la diferencia con “el otro” para el fortalecimiento de una autodefinition como comunidad y lugar, esta autodefinition es más un proceso orientado hacia el reconocimiento por parte del municipio y otras instituciones públicas que como un ejercicio que busca aislarse de los habitantes y los procesos sociales que se dan en La Pintana. Es así como entre algunos agentes se produce una diferenciación que los lleva a no querer vincularse con otras organizaciones de la comuna, pero en otros estos vínculos sí son buscados, produciéndose solidaridades territoriales. Esta idea de generar solidaridades territoriales ha tenido expresiones materiales, como el trabajo con escuelas en otros barrios más vulnerables o como alianzas de lucha política. *“Nosotros ayudamos y participamos muy activamente para que no se hiciera la planta de residuos*

voluminosos en la comuna, y ganamos, y eso era para el 29¹⁹, eso no nos afectaba en nada a nosotros, pero nos hizo reconocidos por otros como en la Población Pablo de Rokha o en El Castillo, son los huerteros, son amigos. (...). Si pasa algo como con los vertederos ahí saltamos, porque nosotros llegamos a la conclusión del valor que tiene La Pintana, la riqueza, tiene una gran cantidad de gente y tiene grandes nichos verdes y es algo que la comuna debería defender y crear una identidad". (Hombre, 63 años, 2017).

Estas alianzas no son únicamente altruistas o motivadas por una filosofía política de carácter universal, sino que también posee un fin estratégico en la resistencia de los Huertos. *"¿Qué ventaja tiene eso? Súper fría mi mirada: que la gente que trabaja en la municipalidad, las autoridades del municipio, ellos viven en la comuna, son elegidos, están aquí, ellos nos despreciaban porque decían "a, son los ricos" "son los que no nos quieren", o sea, somos los que son distintos. Pero no, ahora nos reconocen como iguales... y eso, eso es un logro grande" (Hombre, 63 años, 2017).* En este sentido, estas alianzas, como formas de altruismo, pero también como una lucha política más amplia, dan cuenta de los esfuerzos por formar vínculos y por ser reconocidos en el territorio comunal. *"Hemos tratado de integrarnos a la comuna" (Hombre, 62 años, 2015).* Tal como plantea una dirigente, *"Las alianzas entre territorios son muy importantes, sobre todo para nosotros que estamos en un espacio un poco raro en el cual no pertenecemos a ninguna parte" (Mujer, 30 años, 2020).*

Es importante remarcar esta distinción relacional, debido a que, tal como podemos ver, la estrategia de querer reconfigurar el territorio vas más orientada hacia un fin político-administrativo que busca un nuevo marco normativo e institucional que los reconozca como lugar y, con ello, lograr su protección, que a una diferenciación por estigmatización o por una clausura relacional hacia otros lugares y comunidades de La Pintana, Puente Alto o San Bernardo. *"¿Qué es lo que aspiramos de un municipio? Que nos entienda como comunidad, como un territorio donde habitan personas y no donde habitan sólo industrias. Que también estén más comprometidos con el tema de la convivencia ciudadana, tengan una visión más ecológica. Que realmente estén con nosotros en las luchas de las aguas, de la protección de los ecosistemas, que si llega a haber un desarrollo inmobiliario sean con consenso y haya más participación. Esas cosas yo me imagino". (Mujer, 30 años, 2020).* Para ello, han encaminado iniciativas tendientes a lograr una protección oficial de los Huertos como una Zona Forestal a comienzos de los años noventa y otra que ha buscado reconfigurar el territorio mediante la creación de una nueva comuna que posea una vocación agrícola y vinculada una identidad rural. *"Hay dos propuestas de comuna. Hay una que se llama Río Maipo, que serían*

¹⁹ Paradero 29 de Santa Rosa.

todas las poblaciones que colindan de alguna forma con la ladera norte del Río Maipo y generar una comuna, creo que sería Puente Alto, Bajos de Mena, La Pintana y un sector de San Bernardo. Y también de otra que se llama Nos, que sería hacer la comuna de Nos, y que nosotros perteneciéramos a Nos, no a La Pintana” (Mujer, 30 años, 2020).

En primer lugar, la iniciativa de crear una Zona Forestal Protegida en Huertos José Maza nace a comienzos de los años noventa de la mano de la organización Karumapu, la cual busca en primer lugar circular una representación de los Huertos como un pulmón verde. Esta representación la podemos apreciar en el relato de Klapp (1990) en su participación como dirigente de Karumapu en el Primer Encuentro Nacional de Organizaciones de Acción Ecológica, encuentro en el cual frente a la presencia de distintas organizaciones e instituciones ambientales él describe de la siguiente forma a los Huertos,

“Un poquito más allá comienza el reino de una hermosa tierra verde Karumapu, que es un conjunto de 500 huertos de media hectárea cada uno, entre una docena de calles que perfilan su extensión y contienen su crecimiento. Es el lugar que mantiene la pureza de los cielos azules, de los hermosos días de campo y en el que se entrecruzan los vuelos de las tradicionales avecillas, ya perdidas en la memoria del santiaguino, como los tiuques, agoreros de la lluvia; los búhos, centinelas de la noche; los queltehues, continuos vigías de potreros y alfombras verdes. Figura entre los árboles centenarios una antigua casa patronal de aquel fundo que dio origen a esta zona y a su, hasta ayer, original nombre de La Pintana, reminiscencia de frutos, pinturas, colores, historia patria”. (Klapp, 1990: 10).

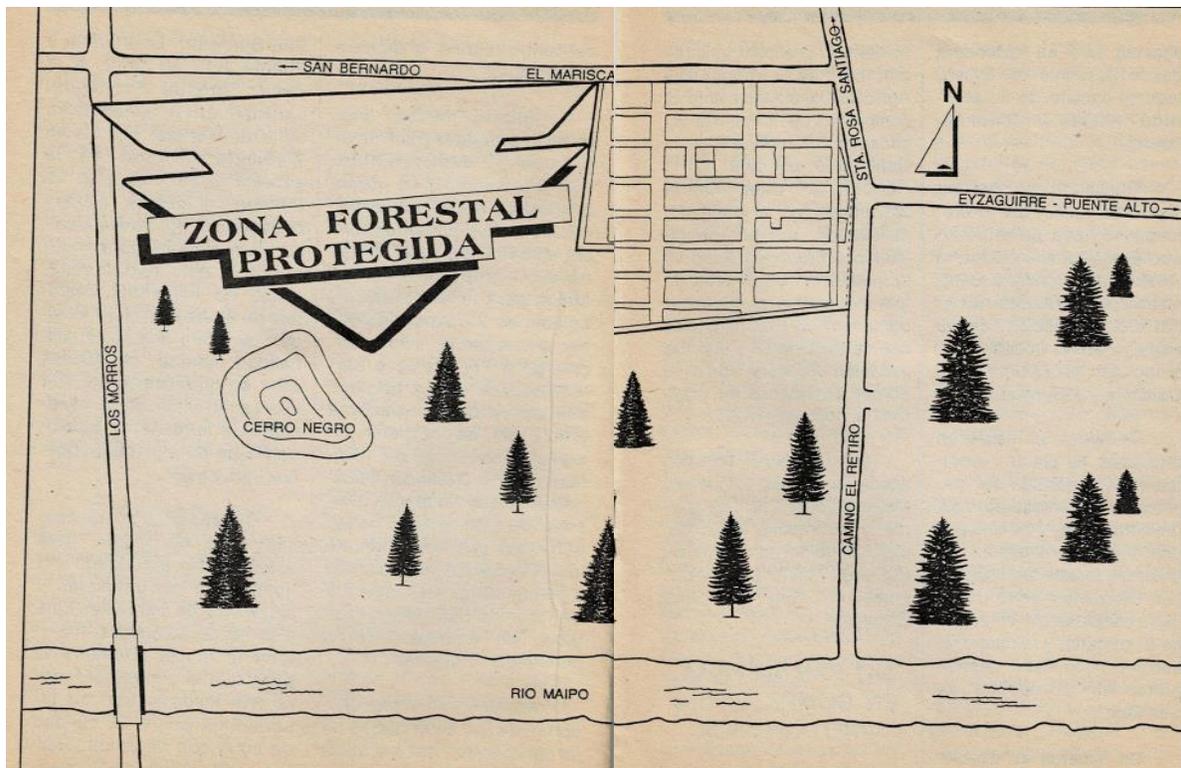
Esta representación vincula a los Huertos como pulmón verde con el rol del lugar como parte de la solución a las problemáticas ambientales propias de Santiago a comienzos de los noventa, pero también como signo de una comunidad moral. “(...) milagro de vida verde, tierra original, vida primitiva, milagro de pureza en medio de una avalancha de poluciones, contaminación ambiental y corrupción moral de las grandes aglomeraciones de las ciudades” (Klapp, 1990: 11).

Cabe recordar que, a comienzos de los años noventa, con el retorno a la democracia y la emergencia a nivel global del movimiento ecológico, se da en Chile el surgimiento de una serie de organizaciones e iniciativas sociales que buscan instalar la problemática ambiental tanto en la agenda pública como en la sociedad civil. En este contexto, Karumapu se hace parte de la “Coordinación de Organizaciones Poblacionales Ecologistas de Santiago” y participa del “Primer Encuentro Nacional de Organizaciones de Acción Ecológica”, en el cual se presenta la iniciativa de crear una Zona Forestal Protegida en Huertos José Maza y su entorno²⁰,

²⁰ “El día 2 de junio del año reciente, en el Plenario del Primer Encuentro Nacional de Organizaciones de Acción Ecológica se da lectura al trabajo fundamental de KARUMAPU. Expresa en su fase resolutive:

“Esta arboleda bajo la denominación de ZONA FORESTAL PROTEGIDA, podría ofrecer las siguientes características: no será necesaria expropiación alguna puesto que se trata en su mayor extensión de terrenos de cultivo agrícola llanos a acoger una reforestación más intensa de frutales. Las especies ornamentales serían destinadas a los sectores de acceso público. Tal vez donde sería necesaria una forestación de manejo corresponda al río Maipo. Toda población existente al interior de la ZONA FORESTAL PROTEGIDA podrá desarrollar su actividad como hasta ahora prevaleciendo el respeto por la arboleda, especialmente si se trata de especies nativas; pero no construirán en esta zona nuevos centros poblados al tiempo de prohibirse explícitamente la existencia de industrias de polución o depósito de vehículos que malogren el medio natural ambiente con el lanzamiento de humo, gases y residuos en desmedro de las nutrientes del ecosistema”. (Klapp, 1990: 15-16).

Propuesta de Zona Forestal Protegida, Huertos José Maza y entorno



Fuente: Klapp, 1990.

Propone, un estudio de los organismos competentes a fin de crear en el fondo del sur del valle de Santiago una franja forestal de más de doce kilómetros de longitud cuyos límites serían:

Norte: Calle Eyzaguirre, aproximadamente del cementerio Bajos de Mena hacia el poniente, Santa Rosa enclave “Vuelta de Cachenchó”, paradero 45, camino El Mariscal hasta camino Los Morros.

Sur: Ribera Norte del río Maipo.

Este: Desde Cementerios Bajos de Mena, una línea al sur hasta el río Maipo.

Oeste: Cruce camino El Mariscal con Los Morros, hacia el sur hasta el río Maipo”. (Klapp, 1990: 15).

La propuesta de la creación de una Zona Forestal Protegida, presentada en el Primer Encuentro Nacional de Organizaciones de Acción Ecológica en 1989, tiene por resultado la presentación de este proyecto a los alcaldes de Puente Alto, La Pintana y San Bernardo como uno de los acuerdos establecidos en dicho encuentro. De esta forma, este cordón de organizaciones sociales ecológicas sirve como una plataforma para la exposición de los problemas en los Huertos a raíz de la instalación de industrias molestas y contaminantes, pero también para escalar el proyecto hacia las autoridades locales y difundirlo en medios de comunicación no sólo como una demanda localista, sino que vinculada a políticas ambientales de carácter metropolitano. *“La forestación de una vasta zona del fondo del sur del valle de Santiago propuso a las autoridades de cuatro comunas la agrupación ecológica Karumapu. El organismo protector del medio ambiente se dirigió a los alcaldes de Santiago, La Pintana, San Bernardo y Puente Alto demandando la ejecución de un plan forestal con especies nativas y frutales, “a fin de oxigenar la irrespirable atmósfera de Santiago, cada vez más corrompida por el smog”*” (crónica en periódico “El País”, 1989, s.p.; en Klapp, 1990). Esta propuesta es nuevamente presentada en el Primer Encuentro Metropolitano Los Pobladores y su Medio Ambiente en el año 1989.

Sin embargo, a pesar de los intentos por establecer una protección bajo una norma de zona protegida, la cual fue presentada en diversas ocasiones a las autoridades de la época desde organizaciones como la Red Nacional de Ecología, CODEFF²¹ o el Instituto de Ecología Político, lo cierto es que esta batalla fue perdida en el momento en que el PRMS de 1994 decreta a Huertos José Maza como Zona Habitacional Mixta.

En segundo lugar, y luego del fallido intento de la creación de la Zona Forestal Protegida, nace también a comienzos de la década del noventa la idea de crear una nueva comuna. Para ello, se hizo una votación en donde acudieron 1.389 personas de la villa, ganando la opción de “Luchar por la creación de una nueva comuna” con el 89,8% de los votos (Revista Caudal, 2009). Tal como se señalaba en un artículo de prensa en el diario La Tercera, del 5 de septiembre de 1994, titulado “Pobladores de La Pintana quieren una nueva comuna”,

“La creación de una nueva comuna parece ser la única posibilidad que los habitantes de la Villa Los Huertos de La Pintana, visualizan para lograr solucionar algunos de los urgentes problemas que los aquejan. Con esa finalidad la comunidad ha organizado una consulta que se realizará los días 24 y 25 de septiembre, en la que cerca de 2.000 vecinos votarán para decidir el futuro de la zona”.

²¹ Comité Nacional Pro Defensa de la Flora y Fauna.

A diferencia de la estrategia relacional encausada por Karumapu, de buscar escalar el proyecto a través de un cordón de organizaciones ecologistas hacia las autoridades locales, en el caso de la cooperativa ésta organizó a los habitantes en una consulta ciudadana para conocer la opinión de los habitantes de los Huertos, pero también para darle fuerza y legitimidad a la propuesta. Sin embargo, debieron pasar cerca de quince años antes de retomar el proyecto y presentarlo en el año 2009 a la SUBDERE, el cual es el organismo encargado de estudiar la pertinencia de la creación de nuevas comunas. *“Las gestiones de creación de esta nueva comuna que se llamará “Río Maipo” ya iniciaron su tramitación al ser entregados los antecedentes históricos, ambientales, poblacionales, arquitectónicos, financieros y de factibilidad en la Subsecretaría de Desarrollo Regional. Se ha iniciado el transitar por el largo camino que habrá de llevarnos a un buen fin. La comunidad se está organizando con la participación de industriales, comerciantes, profesionales, deportistas, instituciones locales, damas y jóvenes, es decir las fuerzas de la comunidad, dirigidos por el Comando Nueva Comuna, representativo de los organismos sociales, laborales y culturales del sector (...)”*. (Revista Caudal, 2009: 7)²².

Este proyecto de nueva comuna se sustenta, nuevamente, en una representación de los Huertos como un pulmón verde y como una zona que posee una vocación agrícola y rural, distinta al del resto de la comuna de La Pintana, justificando la creación de la comuna Río Maipo como una comuna que *“(...) preserve las áreas verdes, cuide el medio ambiente, tenga un destino ribereño, impulse el desarrollo no excluyendo a una parte importante de la población y haga del Río Maipo el centro de su accionar arquitectónico. (Que sea) ecológicamente protegida y que sea preservada como el pulmón verde del sur de Santiago”* (Revista Caudal, 2009: 7).

Pero también se presenta como argumento el abandono institucional del territorio, tales como la falta de atención de salud, la necesidad de contar con un destacamento policial permanente, el abandono infraestructural, la falta de una política de y la necesidad de contar con oficinas administrativas y judiciales. (Revista Caudal, 2009). Tal como plantea una dirigente, *“sería bueno de alguna forma porque La Pintana tiene muchos habitantes y quizás muchas veces no nos vemos tan favorecidos como territorio, porque están puestos los recursos en cosas más urgentes y quizás nosotros no somos una urgencia ante el narcotráfico, la drogadicción y todas esas cosas. Entonces quizás pertenecer a otra comuna nos abra un horizonte distinto”*. (Mujer, 30 años, 2020). La propuesta de límites de esta

²² Si bien se presentaron los antecedentes técnicos desde la Cooperativa hacia la SUBDERE para dar inicio al trámite de evaluación de la creación de una nueva comuna, quien toma la decisión es el Presidente de la República, no existiendo un plazo para ello. Es así como la propuesta de la creación de la comuna Río Maipo se encuentra en estudio indefinido junto con otras 57 solicitudes que se han realizado a lo largo del país, hasta el año 2019 (Emól, 2019).

nueva comuna se fijó en el sur de la avenida Santa Rosa, integrando los sectores sur, poniente y oriente de La Pintana, Puente Alto y San Bernardo. *“Como estamos en estos límites extraños, como muy limítrofes, hay lugares que pertenecen a San Bernardo, lugares que pertenecen a Puente Alto. Entonces ahí también hay propuestas de hacer una nueva comuna”*. (Mujer, 30 años, 2020).

PARTE V.

Conclusiones

La presente investigación ha tenido por principal objetivo comprender las lógicas que se encuentran presentes en los procesos de construcción de Huertos José Maza desde un enfoque relacional y de políticas de escala, desde el análisis de la trayectoria de Huertos José Maza, a partir de la co-constitución entre cambios en los ciclos sociopolíticos y económicos y su vinculación con procesos de producción del espacio en Santiago de Chile y los procesos agenciales impulsados y llevados a cabo desde la comunidad, entre 1936 y 2021. Para ello, se analizaron las distintas configuraciones relacionales que se han dado a lo largo de la trayectoria de los Huertos. Primero, entre cooperativas y el Estado, y luego entre los habitantes de los Huertos y este último. Al hacerlo, el objetivo ha sido contribuir al conocimiento de las diferentes dinámicas presentes en agenciamientos exitosos que dieron lugar al proyecto y a la construcción de los Huertos, y luego, a los procesos de disolución del lugar, concibiéndose a los arreglos político-institucionales entre un tejido asociativo organizado y el Estado como un aspecto clave para la construcción desde el lugar.

Además, el persistente proceso de disolución de los Huertos nos ha llevado a preguntarnos sobre las posibilidades de escape, (Amin y Thrift, 2002), de convertir una utopía de la forma espacial fija en una utopía de procesos, (Harvey, 1996) o de una repolitización y reapropiación del espacio (Lefebvre; en Swyngedouw, 2017). Este interés se enlaza con una problemática actual más amplia: la posibilidad de que persista y se actualice una eutopía experimental, sustentada en un tejido social cooperativo y asociativo y en formas comunales de construir el lugar, bajo un modelo de ciudad neoliberal que busca garantizar los valores de la libertad y propiedad individual.

El enfoque relacional y desde una política de escalas para el análisis de la trayectoria de Huertos José Maza nos llevó a centrarnos en la comprensión de las condiciones de posibilidad para actuar e incidir en la construcción del lugar, debiendo para ello comprender la relación entre estructura y agencia. Para ello, se analizaron dos dimensiones de contexto que posibilitaron o constriñeron la construcción y continuidad de los Huertos. En primer lugar, la relación entre ciclos políticos y, más específicamente, las agendas urbanas y los proyectos de ciudad, y el proyecto de los Huertos; y las estructuras de gobierno, especialmente instituciones vinculadas al desarrollo y gestión urbana, subyaciendo a estas dimensiones distintas lógicas de producción del espacio. En segundo lugar, para comprender la composición interna de la agencia, se analizaron, para el periodo comprendido entre 1936 y 1990, las prácticas, acciones y relaciones del tejido asociativo, profundizándose estas dimensiones para el periodo comprendido entre 1990 y 2021 con las significaciones y el sentido y orientación de la agencia desde los agentes.

El caso de los Huertos, como un lugar que ha persistido a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI, ha experimentado dos grandes momentos: el de su ideación, construcción y consolidación, y el de su progresiva transformación y

disolución. Estos momentos se encuentran fuertemente enlazados con dos contextos más amplios. Por una parte, el de un Estado Liberal Desarrollista cuyo modelo de producción del espacio urbano se basaba en la búsqueda de la mejora de las condiciones de vida desde la vida en común y la búsqueda de sociedades ideales, teniendo como horizonte formas utópicas en el sentido del “Eu-topos” o del “buen lugar” o “lugar ideal para vivir”, en el cual la vida comunitaria o vecinal era la protagonista (Gertosio, 2016). Es bajo este contexto que nace el proyecto de los Huertos, inspirado en los ideales utópicos de la aldea modelo y de la Ciudad Jardín, los cuales planteaban que la comunidad local podía brindar una mejora en las condiciones de vida y ser, además, un vehículo de progreso social, gracias al desarrollo de lazos internos de cooperación y asociatividad. Este contexto se quiebra con la instalación del Estado Subsidiario y del modelo de ciudad neoliberal, el cual suprime esta idea del “Eu-topos” en reemplazo de la premisa de que sería a través de “la mano invisible del mercado” que se lograría la asignación de los recursos en la ciudad (Theodore, Peck y Brenner, 2009; en Vicuña, 2013).

Una primera constatación de la tesis es que la trayectoria de Huertos José Maza se ha encontrado fuertemente relacionada con los cambios en los ciclos políticos, expresados en cambios en los modelos de Estado y en las estructuras político-institucionales, los cuales han estado en relación con una forma de producir el espacio urbano.

El cambio de modelo de Estado, desde un Estado Liberal Desarrollista a un Estado Subsidiario, produjo un reordenamiento de las relaciones de poder en los procesos de producción del espacio urbano, pasando de un Estado como el principal agente a quedar esto en manos del Mercado, generándose una fractura en este cambio con la sociedad civil.

El modelo de Estado Liberal Desarrollista y de una estructura político-institucional amplia y que se encuentra en proceso de construcción (de allí su flexibilidad y apertura) se presenta como un contexto favorable para la emergencia de agenciamientos exitosos para el escalamiento del proyecto de los Huertos en la agenda pública y la posterior construcción de los Huertos.

En una primera etapa, comprendida entre 1936 y 1950, el éxito de los agenciamientos conducidos para la instalación del proyecto de los Huertos Obreros y Familiares en la agenda pública y como parte del modelo de ciudad se debe a un contexto social y político que posibilitó el escalamiento de la idea y la articulación de arreglos institucionales para su consolidación. Esto vino de la mano con un tejido social fuertemente organizado, persistiendo sus acciones para el logro del proyecto durante casi quince años.

El proyecto de los Huertos Obreros y Familiares nace en un momento de alta movilización popular en Chile, en el cual se posiciona a la “cuestión social” y los problemas urbanos y de la vivienda en la agenda pública (Vila, 2014). Además, nace, en un momento a nivel global en el cual intelectuales y políticos del siglo XIX buscan soluciones a la problemática urbana, entrelazando propuestas generales de desarrollo social con soluciones racionales (Harvey, 1996), entre las cuales se encuentran las propuestas de Ciudad Jardín y las aldeas utópicas.

En este sentido, el proyecto de los Huertos fue posible gracias a un contexto social de ebullición de los sectores populares organizados frente a las demandas para una búsqueda de soluciones a las condiciones de vida en la ciudad (Correa et al, 2001). Es en este contexto bajo el cual nacen las cooperativas que se conforman para impulsar el proyecto de los HOF, como reacción a la privación y la exclusión en la cual se encontraban como habitantes en barrios de la periferia sur de la ciudad. Gracias a una experiencia socioespacial compartida y a una fuerte identidad, se encontraban politizados y organizados, lo que se evidenciaba en años de lucha popular frente a las demandas por las mejoras de los espacios en los cuales habitaban (Vila, 2014). De esta forma, cargan de una “memoria agencial” que fue fundamental para el impulso de un nuevo proyecto de lugar, basada no sólo en una conciencia de clase obrera, sino que también sobre la base de una experiencia socioespacial compartida, la cual sustentó el desarrollo de acciones experimentales para proyectar y construir un nuevo lugar. En este sentido, se reafirma lo planteado por Emirbayer y Mische (1999: 1003), *“dibujamos sobre experiencias pasadas para clarificar motivos, metas e intenciones”*.

Este contexto les permitió incidir en las políticas públicas gracias a su capacidad de organización bajo cooperativas, ejerciendo presión política de forma directa o bien a través de políticos y funcionarios públicos que formaban parte de la movilización de la idea de los cuales eran parte, tendiendo de esta forma la asociatividad como vehículo de presión para resultados favorables. Por otra parte, el contexto político en el cual se estaba erigiendo un Estado Moderno, como un estado más robusto e interventor, se construía a partir de una serie de nuevas y múltiples instituciones con una base de profesionales amplia, ofreciendo esto la posibilidad de instalar y ensayar soluciones de política urbana. Esto gracias a que esta nueva forma de Estado y a la juventud de la Caja de la Habitación Popular (creada en 1936) permitieron que coexistieran durante algunos años las ideas y soluciones propuestas desde una incipiente corriente proveniente de la Arquitectura Moderna junto con los idearios de la Ciudad Jardín.

El proyecto de los Huertos nace como un proyecto articulado desde las cooperativas y funcionarios de la Caja de la Habitación, siendo relevante la presión que ejercieron las cooperativas con el apoyo de políticos de la época y su capacidad de negociación para la promulgación de la Ley. *“(…) una estrecha relación entre la capacidad de*

presión de los grupos organizados y la respuesta que obtenían de sus demandas” (Correa et al, 2001: 150). El éxito que significó que el proyecto fuera finalmente promulgado como una ley y que contara con el apoyo del Estado produjo el escalamiento de una necesidad y de un modelo, el de la aldea utópica, el cual es instalado como parte de la agenda urbana.

En una segunda etapa, comprendida entre los años 1960 y 1973, se produce un quiebre entre el Estado Central y las cooperativas, disolviéndose con ello los arreglos institucionales que sostenían el proyecto. Este quiebre se produce por una focalización por parte del Estado hacia las demandas de los sectores urbanos marginales y por un vuelco en la agenda urbana con el desplazamiento del ideario de la Ciudad Jardín y hacia la instalación de las ideas de la Arquitectura Moderna, trayendo consigo la pérdida del apoyo del Estado hacia los Huertos. Además, el excesivo centralismo propio del Estado Moderno trae consigo una debilidad de las instituciones situadas en las escalas metropolitanas y locales, dejando a los municipios muy debilitados (Salazar y Pinto, 2014), por lo que frente al quiebre entre el Estado Central, la comunidad queda sin posibilidad de lograr apoyos desde la escala local. En este sentido, a pesar de que se mantiene un reconocimiento parcial de los Huertos debido a que siguen encontrándose protegidos desde el marco normativo, los Huertos pasan a ser una excepcionalidad en la ciudad, sosteniéndose gracias a un tejido asociativo que se mantenía fuerte y colaborativo.

Una tercera etapa, comprendida entre 1973 y 1990, marca un giro en las lógicas de construcción del lugar, alterándose prácticamente todas las dimensiones que sostenían hasta ese momento el proyecto de los Huertos. La instalación del modelo neoliberal produjo un cambio en las lógicas de la producción del espacio urbano, quedando mayormente en manos del mercado gracias a un reordenamiento de las relaciones de poder. Este cambio, de pasar de ser el Estado el principal agente que orientaba el desarrollo de la ciudad a ser el mercado, y quedando además la sociedad civil completamente atomizada, fragmentada y desplazada como agente, viene acompañado de la anulación de los modelos espaciales que buscaban la mejora de las condiciones de vida y la transformación del ser humano para dar paso a una planificación urbana que se ajustaba al enfoque neoliberal y a la economía social de mercado (Gross, 1991). Este giro hacia la ciudad neoliberal dejó a los Huertos a merced del mercado, representándose desde el Estado como un espacio vacante y disponible para su reconversión. Esta condición de contexto, de un Estado y una sociedad civil débil y anulada como agente político, posibilitó el comienzo de la transformación material de los Huertos hacia una progresiva industrialización, comenzando con ello también la disolución del proyecto utópico.

Una cuarta y última etapa, comprendida entre 1990 y 2021, se desarrolla en un contexto de democracia, manteniéndose de forma menos radical, pero manteniéndose de todas formas las lógicas de producción del espacio urbano. Este

mantenimiento de las lógicas de producción del espacio trajo consigo un aceleramiento del proceso de transformación, el cual se profundiza producto de que el proceso de “devolución gubernamental”, en el cual los gobiernos e instituciones locales a escala global orientan sus políticas hacia la competitividad económica de sus localidades, con la finalidad de atraer y retener inversiones (Martin, McCann y Purcell, 2003; Merrifield, 2002), se torna crítico en una comuna de escasos recursos como La Pintana. Tal como plantea Janoschka (2002), las reformas económicas relacionadas con una contracción del Estado, limitan fuertemente la capacidad de gestión de los gobiernos locales y ha llevado a una profundización en la desigualdad socioeconómica. Esto se evidencia en la lejanía del Estado respecto de las problemáticas de deterioro de las condiciones de vida y ambientales de los Huertos hoy, no existiendo ni reconocimiento del lugar desde instituciones públicas situadas en distintas escalas ni responsabilidades claras sobre cómo hacer valer sus derechos.

Una segunda constatación de la tesis es que, relacionado a los cambios en los ciclos políticos y a las formas de producir el espacio urbano, se produce un cambio cultural en la forma en la cual se relaciona la comunidad, pasando de una comunidad mayoritariamente sustentada en lazos de cooperación y asociatividad a una comunidad fragmentada y atomizada. Estos cambios en las relaciones internas de la comunidad guardan relación con los procesos de construcción y de disolución del lugar.

Este cambio cultural se puede comprender a partir de que, si bien la primera modernidad²³ se caracterizaba por relaciones sociales y comunitarias de carácter territorial y por pautas colectivas de vida, el giro hacia el modelo neoliberal trae consigo la primacía de la lógica mercantil en las distintas esferas de la vida. El valor de la libertad individual vino acompañada de la liberación de la dependencia de los vínculos sociales y comunitarios (Barcellona (1992), lo que ha generado que se acentúen las dinámicas de disolución de la ciudad y de la ciudadanía (Borja, 2013), creándose “(...) un espacio urbano desintegrador y atomizante, destructor de la solidaridad de las redes sociales de interconocimiento y de ayuda mutua (...)” (Santos, 1998: 298-9). Esto viene de la mano con que “El único deber y responsabilidad que tiene es para consigo mismo. Los deberes para con el otro se banalizan y se trivializan en función de intereses, beneficios y placeres propios que puedan reportar. Los deberes, la solidaridad y la responsabilidad quedan

²³ Se caracteriza por la primacía de la industrialización, del dominio de los estado-nación y en la cual la estructura social primordial era la familia (Beck, 2015).

postergadas ante las constantes reiteraciones de derechos que cada cual siente poseer". (Barcellona, 1996a: 30; en de Lourdes Souza, 1999: s.p.).

En este sentido, la comunidad como ideal se debilita frente a la preeminencia de valores como la meritocracia, la autoafirmación y la autocreación, la libertad de elegir y la autonomía individual, especialmente entre aquellos que ya no parecen necesitar de la comunidad, la cual, más aún, puede traer sacrificios y responsabilidades que no reportan necesariamente mayor bienestar (Bauman, 2008). *"(...) no pueden ver qué podría ofrecerles permanecer en y con la comunidad aparte de lo que ya han logrado asegurarse o todavía confían en asegurarse mediante sus propias hazañas, mientras que sí pueden pensar en bastantes beneficios que podrían perder si tuvieran que amoldarse a las demandas de la solidaridad comunal"* (Bauman, 2008: 46).

Se da, además, una creciente individualización, entendida como un "individualismo institucionalizado" de carácter estructural en el cual el Estado de Bienestar se relaciona de forma directa con el individuo y no con la familia o con colectivos (partidos políticos, cooperativas, organizaciones de base, cajas de empleados, entre otros) como en la etapa anterior. (Beck, 2015). Es decir, el Estado garantiza el cumplimiento de los derechos de forma directa con el ciudadano.

En Chile se produjo paradójicamente con el retorno a la democracia en 1990 un nuevo escenario de exclusión política de la sociedad civil (Pickvance 1999; Foweraker 1995; Jara Ibarra 2013, en Escoffier, 2017), lo cual ha venido de la mano con un escaso poder por parte de las organizaciones de base, cuyo debilitamiento sistemático ha sido generado desde el Estado (CEUT UCM / Corporación SUR, 2020: 2).

Este cambio cultural en la forma de relación de la comunidad ha tenido una especial repercusión en la construcción y en la progresiva disolución de los Huertos. En una primera etapa, el contexto de una sociedad que buscaba progresar gracias a los lazos de cooperación fortaleció un ideal de un "espíritu comunitario" capaz de lograr una mejor calidad de vida, gracias al beneficio que significaba para todos establecer vínculos de carácter mutualista (Tomasello, 2010). Este espíritu comunitario tuvo como resultado la construcción del lugar a pesar de una serie de adversidades, generándose además servicios comunitarios que le permitieron no sólo una mejora de las condiciones de vida y una cierta autonomía respecto de la ciudad, sino que también el proveer de estos servicios a poblaciones aledañas que carecían de ellos. Gracias a los esfuerzos de esa comunidad los huerteros hoy en día reconocen un ascenso social y una mejora en su calidad de vida, beneficiándose las nuevas generaciones de una capitalización *"(...) de las batallas colectivas y solidarias de sus padres"* (Bauman, 2008: 45).

Este esquema de una comunidad cooperativa y con fuertes lazos asociativos se quiebra con el Golpe de Estado. Si bien el giro neoliberal a nivel mundial trajo consigo una creciente individualización, en el caso de los Huertos este proceso fue aún más violento debido a que este giro se produjo bajo la instalación de una Dictadura Cívico-Militar que no sólo prohibió, sino que reprimió prácticamente cualquier forma de organización desde la sociedad civil, primando el miedo y la atomización social. En los Huertos, esto se expresó en un fuerte debilitamiento de la cooperativa y en la desintegración del tejido comunitario, replegándose las familias al interior de sus hogares. Las divisiones políticas, la pérdida de la confianza y el trauma de la Dictadura repercuten hasta el día de hoy en una dificultad para volver a urdir la comunidad.

La creciente individualización también se relaciona con una progresiva disolución de “lo común”, debido a que las generaciones más jóvenes no participan de las distintas organizaciones que sustentaban la vida en comunidad. Esto trajo, además, una pérdida de los espacios de deliberación y negociación, cayendo la comunidad en una progresiva despolitización, en un sentido de “lo político” como un proceso de negociación sobre los términos que gobiernan el uso del lugar, pudiendo incluir este proceso la contestación de representaciones de carácter discursivo, conceptualizaciones escalares o sobre los términos de la participación en la construcción del espacio (Harvey, 1996; Martin et al, 2003; y Pierce et al, 2010). Es así como, frente a la creciente llegada de industrias, durante décadas el problema se enfrentó prácticamente de forma individual, cayendo la decisión de vender su propiedad o permanecer en el lugar exclusivamente en el individuo. Si bien muchos capitalizaron el aumento del precio de sus parcelas, vendiendo y migrando hacia sectores más acomodados de la capital, quienes permanecen deben enfrentarse a una transformación que pasa necesariamente por una suma de decisiones individuales.

Una tercera constatación de la tesis se vincula con la relación que existe entre una falta de compromiso político sostenido en el tiempo en los procesos agenciales y un abandono institucionalizado por parte del Estado.

Frente a los procesos de transformación y disolución de los Huertos, los procesos agenciales puestos en marcha adquieren una forma distinta a los que se habían llevado a cabo para la construcción del lugar. Si bien en una primera etapa, los agenciamientos se condujeron con la finalidad de instalar el proyecto de los Huertos en la agenda urbana, buscando articular arreglos institucionales que le dieran soporte a la construcción y desarrollo del proyecto, a partir de la década del noventa los agenciamientos se dan desde una lógica de defensa y resistencia frente a los

procesos de transformación y disolución del lugar, buscando actuar, por lo tanto, como un contra movimiento. Este contra movimiento se sustenta no sólo desde la resistencia, sino que, además, en una actualización de la eutopía, construyéndose y movilizándose una representación de los Huertos como un pulmón verde, como un pulmón de verduras y como un buen lugar, sirviendo estas representaciones tanto como una orientación de la agencia como también como discursos que buscan instalarse en otras escalas.

Si bien los procesos de transformación encontraron en la década de los noventa casi nula oposición, frente a una comunidad que se encontraba fragmentada y apática, se produce a mediados de la década del dosmil un “momento de ruptura” (Sennett, 2012), produciéndose no sólo una significación de un padecimiento colectivo frente a la transformación, sino que también una reflexión sobre la responsabilidad de la comunidad en este proceso. Este despertar de la comunidad vino acompañado de una serie de procesos de compromiso e involucramiento, como fue la creación de la asociación gremial o la participación en distintas causas y prácticas.

Sin embargo, el incesante proceso de deterioro y transformación de los Huertos nos habla, de procesos agenciales que no han logrado ser exitosos. Tal como hemos visto, no se ha logrado una constitución de alianzas y cooperaciones estables en el tiempo como resultado de la movilización de prácticas materiales y de procesos de carácter simbólico como procesos que buscan la dominación del espacio (Swyngedouw, 2004). Frente a esto, las estrategias llevadas a cabo no han sido exitosas en cuanto al logro de políticas escalares que les permitan involucrarse en la toma de decisiones, con la finalidad de influir en marcos normativos que regulan el uso del suelo y su gestión, y en compromisos con instituciones públicas para que éstas asuman una mayor responsabilidad en el control sobre las actividades ilícitas que se desarrollan en los Huertos.

La preeminencia de la transformación por sobre la resistencia la podemos comprender a partir de dos dimensiones. Por una parte, a partir de la comprensión de la estructura interna de la agencia, y, por otra, por la estructura de gobernanza.

En relación con la estructura interna de la agencia, se pudo ver que el aspecto más relevante en un empoderamiento comunitario que no termina de consolidarse se sustenta en un compromiso político ambivalente.

Una posible explicación sobre la dificultad para la conducción de una defensa del lugar la podemos encontrar en la forma que adquieren los procesos agenciales, la cual la podemos comprender, en parte, a partir de la apatía y la esperanza renovada de la cual nos habla Sennett (2012), en esa ambivalencia en la cual transita la comunidad, que los lleva a permanecer estáticos o a involucrarse en la acción. Es así como la falta de acción se relaciona con una significación de un contexto como altamente constrictivo, lo que lleva a la consideración de un futuro cerrado y frente

al cual no se tiene control, por lo que no existe agencia posible, vinculándose esta apatía con una falta de compromiso como agentes. Por otra, de la esperanza y el trazado de horizontes políticos nace una voluntad de asumir un rol activo para poder llevar a cabo los deseos proyectados, orientando la agencia hacia un futuro abierto que se presume que se puede controlar y diseñar en alguna medida. Sin embargo, esta dualidad entre desesperanza y esperanza no se da sólo entre agentes, sino que muchas veces convive en una misma persona, presentándose en la biografía de muchos dirigentes y de quienes participan de procesos agenciales momentos de mayor involucramiento y otros de abandono de la acción.

De esta forma, los procesos agenciales han adquirido una trayectoria que da cuenta de esta significación, siendo estos procesos de carácter cíclico, con un primer momento de entusiasmo e involucramiento, para luego decaer y disolverse, muchas veces antes de intentar escalar y convertirse efectivamente en agenciamientos. En este sentido, si bien la comunidad ha despertado en los últimos años, no ha logrado reaccionar y organizarse lo suficientemente como para poder efectivamente contestar los procesos de transformación. Esto ha llevado a que muchas veces sus procesos agenciales sean significados como “pataleos” o como intentos más bien románticos, o, como dice un agente, como “*utopía*” (Hombre, 47 años, 2017). Es así como, a pesar de que ha emergido una conciencia colectiva sobre el deseo por detener o contener los procesos que generan mayor deterioro en el lugar, dándose momentos agenciales como despertares de una conciencia colectiva, lo cierto es que la emergencia de una comunidad política que encamine “(...) *estrategias y acciones de resistencia a las pautas urbanizadoras dominantes*” (Borja, 2013: 14) ha sido intermitente en la trayectoria agencial en las últimas décadas, con procesos agenciales que son de corta duración y que no logran transformarse en una agencia transformadora.

Esto viene de la mano con lo planteado por Emirbayer y Mische (1998) y Jasper (2012), quienes postulan que el compromiso reflexivo de los agentes, como resultado de los procesos interpretativos y de la experiencia vivida, orientan los procesos agenciales y le dan forma a la movilización social. “*Las formas en que las personas entienden su propia relación con el pasado, el futuro y el presente marcan la diferencia en sus acciones; las concepciones cambiantes de la posibilidad de agencia en relación con los contextos estructurales influyen profundamente en cómo los actores en diferentes períodos y lugares ven sus mundos como más o menos sensibles a la imaginación, el propósito y el esfuerzo humanos*”. (Emirbayer y Mische, 1998: 973). Para quienes se involucran en los procesos de resistencia, la realidad material de un lugar cada día más industrializado, la pesadez de décadas de abandono del Estado y el cansancio que produce la invisibilización de sus problemáticas supera muchas veces una voluntad de acción sustentada en una fuerte identidad y topofilia hacia el lugar.

Por otra parte, la falta de involucramiento en los agenciamientos para la defensa del lugar podría entenderse en que, si bien la vida en los Huertos y el lugar es ampliamente valorada, existe una opción de “escape”. El alto precio de las parcelas hoy da una alternativa para migrar. A diferencia con otros estudios sobre sufrimiento ambiental (Auyero y Swistun, 2008; Iturralde, 2015) en los Huertos no se produce una normalización y aceptación, e incluso invisibilización del proceso de transformación y del riesgo ambiental que experimentan derivado de la actividad de las industrias, sino que se piensa que en este caso pesa más esta posibilidad de escape y de rentabilización de la llegada de industrias a los huertos, obteniéndose un beneficio económico derivado de esta transacción. Es así como el migrar implica un abandono ligado a una búsqueda por una mejor calidad de vida, y en ocasiones, por la libertad de poder vivir como se desea. El quedarse implica asumir una serie de dificultades en lo cotidiano, pero también una decisión política de enfrentarse a la transformación.

Sin embargo, el carácter cíclico de los procesos agenciales y el tránsito entre la apatía y la esperanza nos habla no sólo de la responsabilidad de la comunidad sobre el destino del lugar que habitan, la cual cae muchas veces en una significación de una excesiva culpabilidad por parte de ellos por no ser capaces de resistir, sino que nos habla también de la vulneración de sus derechos y de un problema de democracia.

En los vacíos entre momentos agenciales podemos encontrar también ciertas claves para comprender a la comunidad como agente político. Las acciones no pueden ser sólo vistas como exclusivamente acciones de resistencia (Brosius, 2006; en Biersack y Greenberg (Ed.), 2006), sino que son también intentos, dentro de un contexto de desesperanza y frustración, porque el Estado los escuche, y son también, simultáneamente, esfuerzos de articulación y de compromiso. En esta búsqueda por ser vistos y escuchados, subyace el deseo por participar en la toma de decisiones sobre la forma en la cual se producen los Huertos, específicamente respecto de la regulación del uso de suelo y las actividades que allí se desarrollan. Sin embargo, se encuentran una y otra vez con, primero, la imposibilidad de acceder a esos espacios y, posteriormente, en un acceso parcial en el cual tienen voz, pero no poder. Es así como la falta de involucramiento en procesos agenciales nos habla también de un síntoma de desconfianza en las instituciones.

El caso de los Huertos también nos ilumina respecto del problema de la capacidad de construir el espacio, sustentado en la capacidad que poseen las relaciones que se articulan en éste, no sólo se sitúa en la generación de lazos entre comunidad e institucionalidad pública y en el reconocimiento simbólico del lugar, sino que se debe a un proceso más profundo de producción del espacio bajo un modelo neoliberal. Los procesos agenciales llevados a cabo a partir de la década del dos mil permitieron efectivamente un acercamiento por parte del municipio y un

reconocimiento desde las autoridades locales hacia el valor del lugar, lo cual sin embargo no se ha traducido en un apoyo concreto para revertir las dinámicas de disolución. Esto se puede deber, por una parte, a que la agenda urbana se encuentra definida desde la escala metropolitana. Por otra, La Pintana, como una comuna de escasos recursos, necesita de los fondos provenientes del pago de patentes que realizan las industrias que se instalan en los Huertos, existiendo en ello un problema de distribución desigual de los recursos municipales en una región que cuenta con 52 comunas. Además, se produce una dispersión de las responsabilidades institucionales frente a la problemática de la instalación de las industrias en contra de la norma, lo cual viene de la mano con el carácter de un Estado Subsidiario disperso y lejano a las problemáticas de los territorios locales. Estas estructuras de gobernanza se constituyen, entonces, como “(...) estructuras de poder que constriñen a las posibilidades relacionales de agencias de cambio” (Moulaert y Mehmood, 2010; en S. González, F. Moulaert, F. Martinelli, 2010: 51; traducción propia).

En este sentido, la trayectoria de los Huertos nos ilumina respecto de la necesidad de una fuerte reestructuración en el reconocimiento de los derechos colectivos, mediante el reconocimiento de la comunidad como agente político (Salazar, 2019). En el ámbito económico, esto debe venir acompañado de normas éticas que regulen prácticas económicas más justas y la promoción de valores sustentados en la cooperación y la solidaridad (Moulaert, 2010). Desde el ámbito público, se debe encauzar una devolución de poder a las localidades mediante la promoción de una gobernanza que garantice un mayor involucramiento ciudadano, una mayor transparencia de la administración pública, formas de comunicación más horizontales entre el Estado y las comunidades y una disminución de la burocracia en las escalas jerárquicas (Moulaert, 2010). Es así como, “(...) sin la transformación de las instituciones y las prácticas de gobernanza a través de la redefinición de las relaciones Estado-sociedad civil, se vuelve más o menos imposible superar las fracturas causadas por los distintos factores de desintegración entre las comunidades y sus territorios locales”. (Moulaert, 2010: 12; sobre la base de García, 2006 y Legalis, 2002).

PARTE VI.

Bibliografía

- ALBET, A. Y BENACH, N. 2012. Doreen Massey. Un sentido global del lugar. Ed. Icaria. Colección Espacios Críticos. Barcelona.
- ALLEN, J. 2004. The Whereabouts of Power: Politics, Government and Space. *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography*, pp. 19-32.
- AMIN, A. Y THRIFT, N. *Cities: Reimagining the Urban*. Polity Press. Cambridge
- ARANDA, S. 2014. Análisis Histórico de las Políticas de Vivienda en Chile, Conformación urbana y problemáticas a superar. Santiago de Chile.
- AUYERO, J. Y SWISTUN, D. 2007. Expuestos y confundidos. Un relato etnográfico sobre sufrimiento ambiental. *Revista de Ciencias Sociales*. Núm. 28. Quito, Ecuador.
- AUYERO, J. Y SWISTUN, D. 2008. *Inflamable, Estudio del Sufrimiento Ambiental*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- BARCELLONA, P. 1999. *Postmodernidad y Comunidad: El Regreso de la Vinculación Social*. Colección Estructuras y procesos. Editorial Trotta.
- BAUMAN, Z. 2008. *Comunidad. En Busca de Seguridad en un Mundo Hostil*.
- BECK, U. 1999. *La Sociedad del Riesgo Global*. Siglo XXI de España Editores. Madrid, España.
- BELLOTTI, E. 2015. *Qualitative Networks. Mixed Methods in Sociological Research*.
- BENFORD y SNOW. 2000. Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment. *Annual Reviews Sociology*. N° 26, PP. 611 – 739.
- BIERSACK, A. Y GREENBERG, J. 2006. *Reimagining Political Ecology*. Duke University Press. London.
- BORGATTI, S. ET AL, 2013. *Analyzing Social Networks*. Ed. SAGE. EE.UU.
- BORJA, J. 2013. *Revolución Urbana y Derechos Ciudadanos*. Alianza Editorial. Madrid.
- BRAVO LIRA, B. 2014. La Eterna Crisis Chilena 1924-1973. Ocaso de la Institucionalidad Demoliberal entre dos Pronunciamientos, Militar y Cívico Militar. En *Revista Cruz del Sur*, Año IV, N°8. PP 87-149. ISSN: 2250-4478.
- BROSIUS, P. 2006. Between Politics and Poetics: Narratives of Dispossession in Sarawak, East Malaysia. En BIRSACK, A. Y GREENBERG, J. 2006. *Reimagining Political Ecology*.

CANALES, M. ET AL. 2006. Metodologías de investigación social. Editorial LOM. Santiago de Chile.

CAPEL, H. 1974. Agentes y Estrategias en la Producción del Espacio Urbano Español. Revista De Geografía.

CÁRCAMO, C. 2006. Nueva ley de cooperativas en Chile: ¿un desincentivo para la formación de cooperativas? Memoria para optar al grado de licenciado en ciencias jurídicas y sociales. Universidad Austral de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Escuela de Derecho. Disponible en: <http://base.socioeco.org/docs/fjc265n.pdf>

CARVAJAL, C. 1909 (2012). Arquitectura Racional de las Futuras Ciudades como Solución Práctica Del Problema de la Habitación. Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile. Santiago de Chile.

CARVAJAL, C. 1936. Los Huertos Obreros. Breves Reseñas Históricas. Su aplicación en Chile. En Exposición de la Habitación Económica. Semana de la Habitación. Conferencias y estudios. Santiago de Chile.

CASTILLO, M. E HIDALGO, R. (Editores). 2007. 1906/2006. Cien Años de Política de Vivienda en Chile. Ediciones UNAB. Santiago de Chile.

CASTREE, N. ET AL. 2010. The Point is to Change It: Geographies of Hope and Survival in an Age of Crisis. Ed. Wiley Blackwell. West Sussex.

CASTRO-COMA, M. Y MARTÍ-COSTA, M. 2016. Comunes Urbanos: De la Gestión Colectiva al Derecho a la Ciudad. Revista EURE, vol.42, N° 125. Santiago de Chile.

CATALÁN, E. FERNÁNDEZ, J. Y OREA, J. 2013. Cultivando historia. Trayectorias, problemáticas y proyecciones de los Huertos de La Pintana. Ed. Dhiyo. Santiago de Chile.

CATALÁN, E. Y FERNÁNDEZ, J. 2014. Las raíces de una comunidad. Huertos obreros y familiares Las Rosas. Comunidad de Aguas Villa Las Rosas. Impresión Gráfica Lom. Santiago de Chile.

CAYUL, S. 2013. La constitución de la población de San Rafael y los vínculos entre los pobladores y el Partido Comunista (1960-1970). Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

CEUT UCM. 2020. Las comunidades y la nueva Constitución: derecho a la participación y reconocimiento constitucional de las organizaciones de base local

COLOM, Y. 1999. El Poder Popular en Chile: 1970-1973.

COMUNIDAD DE AGUAS VILLA LAS ROSAS. 2013. Documental Las Raíces de una Comunidad. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=WfRgkyQ8oVE>

COQUE, J. 2002. Las cooperativas en América Latina: visión histórica general y comentario de algunos países tipo. CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa. N° 43, pp. 145-172. Oviedo, España.

CORREA, S. ET AL, 2001. Historia del siglo XX chileno. Editorial Sudamericana. Santiago de Chile.

COX, KEVIN R. 1998. Spaces of Dependence, Spaces of Engagement and the Politics of Scale, or: Looking for Local Politics. Department of Geography, The Ohio State University, Columbus.

CRESSWELL, T. 2013. Geographic Thought. A critical Introduction. Ed. Wiley-Blackwell. West Sussex.

CRESSWELL, T. 2015. Place. An introduction. Ed. Wiley Blackwell. West Sussex.

CRESSWELL, T. 2015. Place. An introduction. Ed. Wiley Blackwell. West Sussex.

DE MATTOS, C. 2002. Transformación de las ciudades latinoamericanas. ¿Impactos de la globalización? Revista EURE, Vol.28, N° 85.

DE RAMÓN, A. 1992. Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una Sociedad Urbana. Ed. Mapfre, Madrid.

DE SHAZO, P. 2007. Trabajadores Urbanos y Sindicatos de Chile: 1902-1927. Ed. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago de Chile.

DIRLIK, A. 1999. Place-Based Imagination: Globalism and the Politics of Place. Research Foundation of SUNY. Vol. 22, N° 2, pp 151 – 187.

EDWARDS, G. 2010. Mixed-Method Approaches to Social Network Analysis. National Centre for Research Methods. University of Manchester.

EMOL. 2019. "El sueño de ser comuna: 64 barrios o localidades han ingresado una solicitud para convertirse en una de ellas. Disponible en <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2019/05/10/947303/64-barrios-o-localidades-del-pais-han-ingresado-una-solicitud-para-convertirse-en-una-nueva-comuna.html>"

EMIRBAYER, M. Y GOODWIN, J. 1994. Network Analysis, Culture, and the Problem of Agency. The American Journal of Sociology, Vol. 99, N° 6, pp. 1411–1454.

EMIRBAYER, M. Y MISCHKE, A. 1998. What is Agency?. American Journal of Sociology, Vol. 103, N° 4.

ENTRIKIN, J. 1991. The Betweenness of Place: Towards a Geography of Modernity. The Johns Hopkins University Press. Baltimore.

ERNSTSON, H. 2013. The social production of ecosystem services: a framework for studying environmental justice and ecological complexity in urbanized landscapes. *Landscape and Urban Planning*, N° 109, pp. 7 – 17.

FIGUEROA, J. 2009. La ciudad lineal del centenario: Los cien años de la utopía lineal. *Revista de Urbanismo* N°20. Disponible en: <http://www.revistaurbanismo.uchile.cl/index.php/RU/article/viewFile/4/4>.

FRANCK, S. Y PÉREZ, L. 2009. Más que una suma de casas. La Unidad Vecinal Villa San Pedro de Coronel. *Revista INVI* v.24 n.67. Santiago de Chile. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So718-83582009000300005

GÁMEZ, V. 2008. Patrimonio en la periferia enclaves patrimoniales y marcas de identidad local en el ordenamiento territorial del Gran Santiago. Universidad de Sevilla. Tesis presentada para optar al título de Doctor en Arquitectura y Patrimonio Cultural Ambiental.

GARRIDO, J., GUERRERO, C., Y VALDÉS, M. 1988. Historia de la Reforma Agraria en Chile. Editorial Universitaria. Santiago de Chile.

González Meyer, R. 2016. La Economía Cooperativa y Solidaria Interrogada desde una Perspectiva Emancipadora.

GRAVANO, A. 2016. Antropología de lo urbano. Ed. LOM. Santiago de Chile.

GREZ, S. 2007. Los anarquistas y el movimiento obrero La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915. Ed. LOM. Santiago de Chile.

GROSS, P. 1991. Santiago de Chile (1925-1990): Planificación urbana y modelos políticos. *Revista EURE*, Vol. XVII, N° 52/53, pp. 27-52, Santiago de Chile.

GUROVICH, A. 1989. *Revista del Colegio de Arquitectos C.A* N° 57. Santiago de Chile.

GUROVICH, A. 1999. Una Ciudad Interminable: La Pintana. *Revista de Urbanismo* N°1. Universidad de Chile. Santiago de Chile.

GUROVICH, A. 2003. Conjugando los tiempos del verbo idealizar: los huertos obreros y familiares de La Pintana, Santiago de Chile. *Cuadernos del Cendes* Año 20. N°53 Tercera Época.

GUROVICH, A. 2009. El proyecto como metáfora: la ética de la sustentabilidad en el discurso urbanístico de la experiencia chilena, 1835 – 1958. *Cuaderno de Investigación Urbanística* N° 67. Santiago de Chile.

HAESBAERT, R. 2013. Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Cultura y Representaciones Sociales* VOL.8, N°15. Ciudad de México.

HALL, P. 1996. Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX. Ediciones del Serbal. Colección “La estrella polar”. Barcelona.

HARVEY, D. 1996. Justice, nature and the geography of difference. Ed. Blackell. Inglaterra.

HARVEY, D. 2007. Breve historia del Neoliberalismo. Ed. Akal. Madrid.

HERMANN, M. Y VAN KLAVEREN, A. 2016. Disminución de la participación de la población en organizaciones sociales durante los últimos trece años en Chile e implicaciones para la construcción de una política de planificación urbana más participativa. Revista EURE, vol.42 N°125. Santiago de Chile.

HIDALGO, R. 2005. La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX. Pontificia Universidad Católica de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago de Chile.

HOLLSTEIN, B. 2014. Mixed Methods Social Networks Research: An Introduction. En DOMINGUEZ, S. Y HOLLSTEIN, B. 2014. Mixed Methods Social Networks Research. Design and Applications. New York: Cambridge University Press.

HOLLSTEIN, B. 2014. Qualitative approaches. En Scott, J. Y Carrington, J. The SAGE Handbook of Social Network Analysis. California.

HOLM NIELSEN, E. Y SIMONSEN, K. 2002. Scaling from 'below': Practices, Strategies and Urban Spaces. European Planning Studies. 11:8, 911-927.

JANOSCHKA, M. 2002. El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización. Revista EURE, v.28, N° 85, Santiago de Chile.

JANOSCHKA, M. 2011. Geografías urbanas en la era del neoliberalismo. Una conceptualización de la resistencia local a través de la participación y la ciudadanía urbana. Revista Investigaciones geográficas, N° 76. Ciudad de México.

JASPER, J. 2012. ¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas. Revista Sociológica, año 27, número 75, enero-abril, Pp. 7 – 48.

JONAS, A. 1994. Editorial. En Society and Space, Vol 12. Pp 257-264.

KADUSHIN, C. 2012. Understanding Social Networks: Theories, Concepts, and Findings. Oxford University Press.

KARP, I. 1986. Agency and Social Theory: A Review of Anthony Giddens. American Ethnologist. Vol. 13, N° 1, pp. 131 – 137.

KLAPP, W. 1982. Crónica de La Pintana. Disponible en: <http://megafindr.com/file/cronica-de-la-pintana-wolrad-klapp-567190>.

Kriés, R., 1983, " Confiar en sí mismos. Las organizaciones de base en Chile ", Nueva Sociedad, N.º 64, enero-febrero de 1983, Fundación Friedrich Ebert

KRIPPENDORFF, K. 1990. Metodología de análisis de contenido: teoría y práctica. Ed. Grupo Planeta. Barcelona.

KVALE, S. 2011. Las entrevistas en investigación cualitativa. Ed. Morata. Madrid.

LAWNER, M. 2013. Memorias de un arquitecto obstinado. Ediciones Universidad del Bío-Bío.

LEFEBVRE, H. 2013. La producción social del espacio. (Primera edición 1974). Ed. Capitán Swing. Madrid.

LEJANO, R., INGRAM M. Y INGRAM H. 2013. The Power of Narrative in Environmental Networks. Ed. Massachusetts Institute of Technology, Cambridge.

LETELIER ET AL. 2019. Lo vecinal en Chile: conceptos, políticas y prácticas en disputa. Ed. SUR. Santiago de Chile.

LÓPEZ, M. 1981. Expansión de las Ciudades.

LOW, S. 2017. Spatializing Culture. The ethnography of Space and Place. Editorial Routledge. Nueva York.

MARRADI, A. ET AL. 2010. Metodología de las Ciencias Sociales. Ed. Emecé, Buenos Aires.

MARTIN ET AL. 2003. Space, Scale, Governance, and Representation: Contemporary Geographical Perspectives on Urban Politics and Policy. Journal of Urban Affairs, Volumen 25, Number 2, pp.. 113-121.

MARTIN, D. 2003. "Place-Framing" as Place-Making: Constituting a Neighborhood for Organizing and Activism. En Annals of the Association of American Geographers, Vol. 93. N°3. Pp. 730-750. Ed. Taylor and Francis.

MARTIN, D. 2004. Reconstructing Urban Politics. Neighborhood Activism in Land-Use Change. Urban Affairs Review. Vol. 39, N°5. Pp 589-612.

MARTIN, D.; MCCANN, E. Y PURCELL, M. 2003. Space, Scale, Governance, and Representation: Contemporary Geographical Perspectives on Urban Politics and Policy. Journal of Urban Affairs Vol 25, N° 2.

MASSEY, D. 1999. En ALBET, A. Y BENACH, N. Doreen Massey. 2012. Un sentido global del lugar Barcelona: Icaria, Colección Espacios Críticos.

MASSEY, D. 2004. Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. En Treballs de la Societat Catalana de Geografia, 57,

pp. 77-84. Disponible en:
<http://revistes.iec.cat/index.php/TSCG/article/view/54650/54846>

MASSEY, D. 2005. For space. Editorial SAGE. Londres.

MASSEY, D. 2005. La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones. En ARFUCH, 2005. Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias. pp. 101-128.

MEJÍA PAVONY, M. 2013. La aventura urbana de América Latina. Ed. Taurus.

MELUCCI, A. 2010. Acción colectiva, vida cotidiana y democracia. El Colegio de México. México.

MERRIFIELD, A. 2002. Dialectical Urbanism: Social Struggles in the Capitalist City

MERRIFIELD, A. 2002. Dialectical Urbanism: Social Struggles in the Capitalist City. Monthly Review Press. New York.

MINISTERIO DE BIENESTAR SOCIAL. 1931. Decreto con fuerza de ley número 33. Santiago, 12 de Marzo de 1931.

MINISTERIO DE HACIENDA. 1953. Ley 285 sobre organización y atribuciones de la Corporación de la Vivienda. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

MINISTERIO DEL INTERIOR. 1968. Ley 16.880 Organizaciones Comunitarias. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

MINISTERIO DEL TRABAJO. 1925. Decreto Ley 700 sobre sociedades cooperativas. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

MINISTERIO DEL TRABAJO. 1931. Decreto con fuerza de Ley N° 33. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

MINISTERIO DEL TRABAJO. 1936. Ley 5.950. Crea la Caja de la Habitación Popular. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

MINISTERIO DEL TRABAJO. 1941. Ley 6.815 Destina fondos para la formación de huertos obreros y al desarrollo y fomento de las industrias caseras. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

MINISTERIO DEL TRABAJO. 1951. Modifica la Ley 6.815, relacionada con huertos obreros. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

MINISTERIO DEL TRABAJO. 1960. Modificación Ley 6.815 Destina fondos para la formación de huertos obreros y al desarrollo y fomento de las industrias caseras. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

MISCHE, A. 2009. Projects and Possibilities: Researching Futures in Action. Sociological Forum, Vol. 24, N° 3.

MOLINA, F. 2014. Negotiated Rationalities, Politicised Identities: Intergenerational Relations, Water Conflicts and Mining in Chiu-Chiu, Chile. Tesis presentada para optar al grado de Doctor en Geografía, King's College London.

MOULAERT, F. ET AL. 2010. Can Neighbourhoods Save the City? Community Development and Social Innovation. Ed. Routledge.

MOULAERT, F., PARRA, C. Y SWYNGEDOUW, E. 2014. Ciudades, Barrios y Gobernanza Multiescalar en la Europa Urbana. Ed. EURE. Pp 5-24.

NICHOLLS, W. 2009. Place, networks, space: theorising the geographies of social movements. Revista Transactions of the Institute of British Geographers. Volume34, Issue1

OJEDA, M. 2003. Las Organizaciones de Usuarios de Aguas en la Legislación Chilena y Comparada. Universidad Austral de Chile. Memoria de Prueba para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales.

PARROCHIA, J. 1994. Orígenes de los Planes Regional, Micro-Regional e Intercomunal de Santiago desde 1960 con Proyección al Año 2000. En Los Primeros Planes Intercomunales Metropolitanos de Chile. Volumen I: Los Planes para Santiago de Chile 1960-1994. Universidad De Chile. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Departamento de Urbanismo

PARROCHIA, J. Y PÁVEZ, M.2016. Los Primeros Planes Intercomunales Metropolitanos de Chile. Volumen I: Los Planes para Santiago de Chile 1960-1994. Universidad De Chile. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Departamento de Urbanismo

PÁVEZ, M. 1992. Precursores de la enseñanza del urbanismo en Chile. Periodo 1928 – 1953. Revista de Arquitectura N° 3. Disponible en: <http://revistas.uchile.cl/index.php/RA/article/viewFile/31061/32803>

PIERCE ET AL. 2010. Relational place-making: the networked politics of place. Royal Geographical Society. N° 36, Pp. 54-70.

PINEDO, J. 2000. La vía Chilena al Socialismo de Salvador Allende y su Relación con la Modernidad. En Anuario de Filosofía Argentina y Americana, N°17, Pp. 133-145. ISSN 1514-9935.

RETAMOZO, M. 2009. Orden social, subjetividad y acción colectiva. Notas para el estudio de los movimientos sociales. Athenea Digital, N° 16, Pp. 95 – 123

- ROBINOVITCH, V. 1936. El Huerto Obrero. En Exposición de la Habitación Económica. Semana de la Habitación. Conferencias y estudios. Santiago de Chile.
- ROWLANDS, J. 1995. Empowerment Examined, Development in Practice. 5:2. 101-107.
- SALAZAR, G. 2019. Historia del Municipio y la soberanía comunal en Chile (1820-1816). Ed. Universitaria. Santiago de Chile.
- SALAZAR, G. Y PINTO, J. 2014. Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía. Ed. LOM, Santiago de Chile.
- SAMPIERI, R. 2018. Metodología de la Investigación: Las Rutas Cuantitativa, Cualitativa y Mixta. Ed. MacGraw Hill.
- SANZ, B. 2010. Socialismo utópico. Universidad de Valencia. Disponible en: <http://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/29277/Historia%20del%20Pensamiento%20Pol%C3%ADtico%20Moderno%2008%20Socialismo%20outopico.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- "SARGISSON, L. 2012. Second-Wave Cohousing: A Modern Utopía? Utopian Studies. Vol. 23, No. 1 (2012), pp. 28-56"
- SENNET, R. 2019. Construir y Habitar. Ed. Anagrama.
- SENNETT, R. 2012. Juntos. Rituales, placeres y políticas de cooperación. Ed. Anagrama. Barcelona.
- SERRA, I. 2011. Análisis del Proceso de Elaboración y Aprobación del PRMS 100. Memoria para optar al grado de Magíster en Gestión y Políticas Públicas. Universidad de Chile.
- SERT, J.L., Y LE CORBUSIER 1942. Carta de Atenas. Disponible en: <http://www-etsav.upc.es/personals/monclus/cursos/CartaAtenas.htm>
- SOCIEDAD COOPERATIVA DE HUERTOS OBREROS JOSÉ MAZA LTDA. 1941. Los Huertos Obreros Chilenos. Se traduce en realidad chilena esta sentida aspiración popular. Talleres Graf San Vicente. Santiago de Chile
- SOCIEDAD COOPERATIVA DE HUERTOS OBREROS JOSÉ MAZA LTDA. 1961. En sus Bodas de Plata 25 años. Santiago de Chile
- SOCIEDAD COOPERATIVA DE HUERTOS OBREROS JOSÉ MAZA LTDA. 2014. Historia de la Cooperativa José Maza. Primera parte. Ed. Dhiyo. Santiago de Chile.
- SOCIEDAD COOPERATIVA HUERTOS JOSÉ MAZA. 2008. Revista Caudal N°1, noviembre. Santiago de Chile.

SOCIEDAD COOPERATIVA HUERTOS JOSÉ MAZA. 2009. Revista Caudal N°2, noviembre. Santiago de Chile.

SOCIEDAD COOPERATIVA HUERTOS JOSÉ MAZA. 2010. Revista Caudal N°3, noviembre. Santiago de Chile.

SOCIEDAD COOPERATIVA HUERTOS JOSÉ MAZA. 2011. Revista Caudal N°4, noviembre. Santiago de Chile.

SOCIEDAD COOPERATIVA HUERTOS JOSÉ MAZA. 2012. Revista Caudal N°5, noviembre. Santiago de Chile.

SOCIEDAD COOPERATIVA HUERTOS JOSÉ MAZA. 2013. Revista Caudal N°6, noviembre. Santiago de Chile.

SOCIEDAD COOPERATIVA HUERTOS JOSÉ MAZA. 2014. Revista Caudal N°7, noviembre. Santiago de Chile.

SOUZA, L. 1999. La Individualidad Postmoderna: Una Lectura del Pensamiento de Pietro Barcellona y Boaventura de Sousa Santos. Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho N°2. I.S.S.N.: 1138-9877

STEVENSON, W. Y GREENBERG, D. 2000. Agency and social networks: strategies of action in a social structural of position, opposition and opportunity. Administrative Science Quarterly, Vol. 45, N°4, Pp. 651 – 678. Johnson Graduate School of Management, Cornell University

SWYNGEDOUW, E. 2001. Scaled Geographies Nature, Place, and the Politics of Scale.

SWYNGEDOUW, E. 2004. Circulations and Metabolism: (Hybrid) Natures and (Cyborg) Cities. School of Geography and the Environment. Oxford University.

SWYNGEDOUW, E. 2004. Globalisation or 'Glocalisation'? Networks, Territories and Rescaling. Cambridge Review of International Affairs Vol. 17, N° 1, pp. 25-48.

SWYNGEDOUW, E. 2005. Governance Innovation and the Citizen: The Janus Face of Governance-beyond-the-state.

TALLY, R. 2013. Spatiality. Ed. Routledge. Nueva York.

TOMASELLO, M. 2010. ¿Por qué Cooperamos? Ed. Katz

ULIANOVA, O. Y ESTENSSORO, F. 2012. EL AMBIENTALISMO CHILENO: LA EMERGENCIA Y LA INSERCIÓN INTERNACIONAL. Universidad de Santiago de Chile. Santiago de Chile.

VASILACHIS DE GIALDINO, I. 2006. Estrategias de investigación cualitativa. Ed. Gedisa. Barcelona.

VEKEMANS, R. Y VENEGAS, R. 1966. Marginalidad y Promoción Popular. S.J. Revista Mensaje.

VERDAGUER, C. 2002. Por un urbanismo de los ciudadanos. Boletín CF+S 24: Ecología y Ciudad: Raíces de Nuestros Males y Modos de Tratarlos.

VICUÑA DEL RIO, M. 2013. El marco regulatorio en el contexto de la gestión empresarialista y la mercantilización del desarrollo urbano del Gran Santiago, Chile.

VILA, W. 2014. La urbanización obrera en Santiago sur, 1905 - 1925. De arrabal decimonónico a periferia proletaria. Santiago de Chile.

YIN,R. 2013. Case Study Research: Design and Methods. SAGE Publications.